



SOMBRAS DE LA GUERRA FRÍA 1929-1968

Ernesto Limia Díaz




EL PERRO
y LARANA

Ensayo

1.^a edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

© Ernesto Limia Díaz

©

Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

Edición

Kattia Piñango

Diagramación

Ennio Tucci

Corrección

José Jenaro Rueda

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4711-5

Depósito legal: DC2020000987

Contenido

PALABRAS PRELIMINARES

Ernesto Villegas Poljak

Ministro del Poder Popular para la Cultura
República Bolivariana de Venezuela

PRÓLOGO

Un andar de medio siglo

Graziella Pogolotti

I. PRELUDIOS DE LA GUERRA FRÍA

Prolegómenos de la II Guerra Mundial

Guernica: un experimento de guerra...

Salto al vacío. Barruntos en el tablero geopolítico...

La II Guerra Mundial: peligros y principios

¿Se despierta el “gigante dormido”?

Francia retorna al corro de los “grandes”

La tierra parecía un desierto y se caminaba entre la bruma...

“Ahora me he convertido en la muerte, la destructora de mundos”

El “Monumento de las mil grullas”

Un largo telegrama de 8.000 palabras

¿Entre dos aguas? Vientos polares se extienden sobre América y Europa

Míster X abre el tablero: comienza la partida...

Una paz sin propósito moral

¡Solo la tumba puede enderezar al jorobado!

II. LA HORA DE LOS HORNOS

Una chispa es más que un sol
El Quijote de la Mancha reencarna en las Antillas
¿Cómo no doblan las campanas por su muerte?
¡Ay, utopía, sin ti la vida sería un ensayo para la muerte...!
No es tiempo para las rosas y es pronto para el invierno
Entre dos aguas: ¿el Danubio o el Mediterráneo?
Y en eso llegó Fidel
¿Una luna de miel sin novios?
El cruce del Rubicón
Llegan a Cuba los vientos gélidos del mar Negro
Al borde del holocausto

III. LLORANDO POR LAS SOMBRAS

Caen las apuestas, se esfuman las esperanzas...
Capitalismo y libertad: el manual de una doctrina
David toma en sus manos la brújula
La doctrina Johnson: los pueblos que despiertan bajo acecho
La I Conferencia Tricontinental
¿Otra invasión contra Cuba?
Las armas que disparan contra el imperialismo...
Ciencia y cultura en la contraofensiva imperial
Ramparts descubre las cortinas...
Crear dos, tres o más Vietnam...
La Habana: capital de las artes y la política
“Solo llevaré a la tumba la pesadumbre de un canto inconcluso”

IV. 1968: SE INFLAMA EL PLANETA

La ofensiva del Têt
Mi abuelo era de *color*, mi padre fue *Negro* y yo soy *Black*
Nixon toma la llave del Despacho Oval
Se extiende el fuego a Europa Occidental
Seamos realistas, pidamos lo imposible
Todo lo sólido se desvanece en el aire
Otoño e invierno en Praga: 1967-1968
La Primavera de Praga
Desaparece la primavera con un tiro de cañón...
“... a los amigos se les hacen críticas; denuncias a los enemigos”

“¿Dónde tiraron a nuestros muertos? ¿Dónde mierda arrojaron a nuestros muertos?”

EPÍLOGO

Después de la tormenta, ¿quién quedaba en pie?...

BIBLIOGRAFÍA

*Nosotros, los sobrevivientes,
¿a quiénes debemos la sobrevida?
¿Quién se murió por mí en la ergástula,
quién recibió la bala mía,
la para mí, en su corazón?
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,
sus huesos quedando en los míos,
los ojos que le arrancaron, viendo
por la mirada de mi cara,
y la mano que no es su mano,
que no es ya tampoco la mía,
escribiendo palabras rotas
donde él no está, en la sobrevida?*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

PALABRAS PRELIMINARES

Dos condiciones sobresalen en el libro que tienen en sus manos. La primera es el conocimiento pormenorizado y sustentado en fuentes primarias de los eventos que analiza. La segunda es la tensión del hilo narrativo que lleva al lector a vivir una experiencia en la que la profundidad del análisis histórico y político contrasta con una respetuosa secuencia de los hechos, para ofrecer así un resultado atractivo a los lectores.

Estas dos cualidades no suelen encontrarse regularmente. Por lo general, la revisión crítica de la historia, su exposición en planes que colocan los hechos en contextos inclusivos, la explicación de las causas de los fenómenos históricos, el ordenamiento de la fuentes que sirven para su estudio y su comparación con eventos similares de otras épocas corren por cuenta de textos no siempre llamativos para el horizonte de expectativas de la lectoría no especializada. Por el contrario, las líneas de Ernesto Limia Díaz tienen la cualidad de trasladar al destinatario al momento que recrean, constituyendo así una pieza digna de atención por parte del mundo editorial, especialmente el de la América Latina y el Caribe.

Luego de la caída del Muro de Berlín y del derrumbe de aquel socialismo, vino la resistencia. Resistencia en contra del mundo unipolar, en contra de la tiranía del mercado y del fin de la historia, como llegó a profetizar algún afamado historiador. Pero resistir no implicó en ese momento la formulación de alternativas. Es allí cuando nacen espacios de discusión en el seno de las fuerzas progresistas, auspiciados por intelectuales honestos y de avanzada, con el objeto de trazar caminos que permitiesen avanzar en medio de las dificultades.

En esa resistencia, el papel del heroico pueblo cubano fue el farol que iluminó la dignidad de un continente. Y en medio de esa luz nace el esfuerzo de Ernesto Limia Díaz. Ese dato no es casual ni fortuito. En su análisis, Limia Díaz toma dos cortes temporales básicos para analizar la historia del siglo xx: el año de 1929, que fue un año de definiciones producto del llamado *crack* de la economía capitalista, y también por el rumbo que tomaba la construcción del socialismo; y el año 1968, tiempo en que, según el historiador recientemente desaparecido Inmanuel Walerstein, se produjo una auténtica revolución cultural.

Lo que van a leer pormenoriza los sucesos políticos más importantes transcurridos en ese tiempo. Hurga en los debates del campo socialista y separa la paja del grano a la hora de juzgar críticamente los errores cometidos en su seno. No está de más repasar aquellos años y extraer de ellos sus principales lecciones, ahora que gracias a procesos como el venezolano se ha vuelto sobre la bandera del socialismo, de la mano del gran líder histórico de nuestro pueblo, como lo es Hugo Chávez Frías. Porque Chávez está en nosotros, día a día.

El trabajo de Limia Díaz ofrece insumos que son indispensables a la hora de hacer un balance sobre las razones que explican el desarrollo y el desenlace de aquella experiencia histórica. El resultado de la procura de este enjundioso historiador cubano debe estar sobre la mesa, a la hora de ponderar críticamente un tiempo vital para comprender nuestra actualidad histórica y política. Se trata de un trabajo honesto, intelectualmente, en el que se cruzan la formación política con la pasión por la investigación histórica. Un insumo, sin duda, de valía a la hora de ponderar los hechos de un lapso vital para comprender en toda sus dimensiones nuestro presente histórico.

Por ello no vacilamos en invitar a los lectores a su discusión y revisión crítica, de cara a los ingentes desafíos de una era que preludia mejores derroteros para nuestros pueblos.

ERNESTO VILLEGAS POLJAK
Ministro del Poder Popular para la Cultura
República Bolivariana de Venezuela

PRÓLOGO

Un andar de medio siglo

Bajo el signo de la posmodernidad, la academia historiográfica ha descalificado el recuento de los grandes metarrelatos. Opta por microlocalizar la mirada en el comportamiento de zonas minoritarias o en territorios geográficos de pequeña dimensión, con el propósito de revelar aspectos soterrados tras los lineamientos centrales que caracterizan el decurso de los tiempos. Sin embargo, esta perspectiva entra en contradicción con un presente modelado por la globalización neoliberal, y el dominio del capital transnacionalizado acrecienta peligrosamente las brechas entre el poder omnímodo de una minoría y el panorama dramático de un mundo que alguna vez se denominó tercero, lacerado por el subdesarrollo y por el legado del colonialismo que adopta hoy nuevas modalidades, con la intervención simultánea de factores económicos, políticos y militares, y de una sofisticada manipulación de las conciencias hasta poner en crisis los fundamentos de una democracia burguesa nunca cristalizada del todo. En un proceso de expansión acelerada a partir de la conquista de América, los territorios del planeta se han vuelto cada vez más interdependientes, a la vez que la depredación impuesta por la demanda de materias primas amenaza la supervivencia de nuestra especie.

Para despejar las claves de tan complejo entramado, el rescate de una visión integradora se convierte en necesidad impostergable. Descifrar la realidad es premisa necesaria para la reformulación de un pensamiento y el diseño de políticas, para construir una plataforma que viabilice la

coherencia de un ideario de izquierda, desconcertado y fragmentado a partir del derrumbe del socialismo en la Unión Soviética y en Europa del Este. El ejercicio del pensar no responde a una actitud contemplativa: es el punto de partida necesario para implementar el hacer. Así lo demostró Carlos Marx en el siglo XIX cuando, sin renunciar a la acción, concentró sus esfuerzos en la investigación histórica que lo condujo a la elaboración de *El Capital*. Con esas herramientas, la clase obrera tomó conciencia de sí y libró numerosos combates, mediante los que logró conquistas parciales, muchas de ellas arrebatadas ahora bajo el manto de la llamada flexibilización laboral, según el lenguaje engañoso difundido por el neoliberalismo.

Con audacia y empeño investigativo, merecedores del mayor encomio, Ernesto Limia ha emprendido en solitario la tarea de restitución de un acercamiento integrador a la historia. A primera vista, el marco cronológico seleccionado (1929-1968) puede parecer arbitrario, pero el año 1929 señala el inicio de la Gran Depresión, una crisis de extensión y consecuencias mundiales, y también de acontecimientos en la Unión Soviética con dramáticas repercusiones, mientras el parteaguas de 1968 prefiguraba la apertura de un nuevo ciclo.

El fascismo, expresión aberrada y extrema del gran capital, aparentemente vencido al término de la II Guerra Mundial, reaparece hoy sin reparos ni disimulo. Su retórica comienza a naturalizarse y toma cuerpo en determinadas agrupaciones políticas. Para la Alemania nazi y la Italia fascista, la guerra de España constituyó una primera demostración de fuerza. A pesar del estremecedor “muera la inteligencia y viva la muerte”, proferido por Millán Astray ante el escritor Miguel de Unamuno, las potencias occidentales ocultaron su complicidad bajo el manto de una supuesta neutralidad. Mientras los falangistas recibían toda clase de ayuda de sus aliados y la población civil padecía los efectos de los bombardeos de la aviación procedente de Alemania e Italia, Francia e Inglaterra cercaban las fronteras a toda forma de colaboración. Era el prólogo a la más atroz de

las guerras conocidas hasta entonces, con sus campos de exterminio y el empleo del arma atómica en Hiroshima y Nagasaki, señal de advertencia para lo que podría sobrevenir una vez terminado el conflicto. Por otra parte, la paz relativa de la posguerra traería un impulso renovado a la descolonización. Emergía la Revolución cubana con sus aportes prácticos y teóricos a la lucha por la emancipación, unidos al empeño por fraguar la cohesión estratégica de la plataforma tercermundista, mientras la guerra de Vietnam mostraba las debilidades del poderío militar norteamericano al enfrentar la resistencia popular organizada y, en el interior de la gran potencia, favorecía las reivindicaciones por los derechos civiles de los afrodescendientes, junto con los reclamos de los *gays* y lesbianas. Los acontecimientos que marcaron el año 68: el Mayo Francés, la represión de Tlatelolco y la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Praga, apuntan hacia el inicio de otra etapa.

Recuerdo los manuales de historia que acompañaron mis años de estudiante. Aspiraban a articular una narración integradora desde la Antigüedad hasta el siglo xx. Comprendí mucho más tarde, a partir de mi propia experiencia vital, que el relato se eslabonaba desde la perspectiva del “primer mundo”, al que atribuía una misión civilizatoria inspirada en la noción de progreso. Instalada en los centros de poder, la academia ha irradiado una influencia decisiva en el modo de representar la realidad. Ese empeño iluminista justifica moralmente la depredación causada por las aventuras coloniales, la castración del desarrollo orgánico de las culturas originarias de América, el saqueo de África con los hombres convertidos en mercancía por su esclavización como fuerza de trabajo barata, la expoliación de las culturas milenarias de Asia...

En este libro, Ernesto Limia proyecta su mirada desde el Sur. Con esa visión, modifica el peso específico de los factores que intervienen en el decurso de los acontecimientos. Se compromete con una tarea pendiente por parte de los intelectuales de nuestro mundo. No basta con contar nuestra

propia historia. Hay que integrarla a la llamada historia universal mediante la edificación de una narrativa verdaderamente liberadora. El autor registra los sucesos ocurridos en Europa, en los Estados Unidos y en el ancho territorio de Asia, África y América Latina, desde el observatorio que le ofrece Cuba. La Isla había sido un punto desconocido del globo, apenas nombrada como productora del mejor tabaco del mundo. El triunfo de la Revolución puso en crisis muchas verdades.

La lucha armada y el sistemático trabajo de concientización podían derribar, sin ayuda externa de ninguna clase, una dictadura militar armada y sostenida por el imperio y potenciar así las ansias populares de profundos cambios sociales. Contaba en su base con el apoyo de campesinos, obreros y de un sector de la pequeña burguesía, procedente de un movimiento estudiantil radicalizado. “Patria es humanidad”, había dicho José Martí, y de esta tradición dimanaba una vocación internacionalista, inseparable de todo proceso de construcción socialista. Con el triunfo, la palabra de los dirigentes cubanos devino voz de los oprimidos por el colonialismo. Su proyección no se limitó a mensajes verbales. Se tradujo en acciones en América Latina y en África, donde resultaron decisivas para la independencia de Angola, de Namibia y para dar término al *apartheid*.

La relectura de medio siglo de proceso histórico pone en evidencia el imperativo de abordar otras temáticas, indispensables para analizar el pasado, entender el presente y esbozar una plataforma de izquierda proyectada hacia el porvenir. Las evidencias de la contemporaneidad muestran que el neoliberalismo responde a una fase del capitalismo de naturaleza depredadora, en extremo peligrosa para la supervivencia del planeta. Se manifiesta en un acelerado quebrantamiento de la democracia burguesa, de la tradición humanista, todo lo cual se traduce en el renacer desembozado de una ideología de carácter fascista con manifestaciones de suprematismo blanco, de racismo y menoscabo de las reivindicaciones de las mujeres, de los homosexuales, que cobraron fuerza en los 60 del pasado

siglo, y se consolida en formas renovadas de neocolonialismo. El imperio se arroga el derecho de intervenir en los asuntos internos de otros Estados y de constituirse en tribunal encargado de determinar buenas o malas conductas, y castigar con represalias a los descarriados. Por otra parte, el derrumbe de la Europa socialista llevó al desconcierto y al escepticismo de las izquierdas.

En estas circunstancias, es indispensable retomar el estudio de la teoría y la práctica del socialismo desde sus orígenes más remotos, los de la Conspiración de los Iguales de Babeuf y Buonarroti en los días de la Revolución francesa; volver al examen de los clásicos prescindiendo de las versiones dogmáticas y simplificadoras; examinar lo ocurrido en la Unión Soviética teniendo en cuenta el asedio externo, el esfuerzo por construir un país, su papel en la II Guerra Mundial, así como los errores cometidos con las deformaciones del estalinismo, incluidos aquellos que comprometieron la política cultural y el desarrollo de las ciencias sociales. Como parte inseparable del proceso, el análisis debe atender las contribuciones de raigambre marxista aparecidas en la América Latina, sustentadas en el conocimiento de las realidades concretas heredadas del colonialismo.

De la Revolución cubana y de la obra de sus protagonistas dimanó una contribución teórica y práctica a la historia del socialismo. Tomando en cuenta un análisis profundo de los textos de los fundadores a través del estudio de las realidades latinoamericanas, en su devenir histórico y en las condiciones de la expansión imperialista, colocó en primer plano esa contradicción fundamental. Imbricó los movimientos de liberación nacional con la perspectiva de la edificación del socialismo, tuvo presente la necesidad de mantener en plena vigencia la vocación internacionalista, de considerar la importancia de la subjetividad humana, de sustituir la imposición autoritaria de las ideas por la acción educativa y suasoria. En el terreno de los hechos, promovió activamente la unidad de la lucha por la emancipación en todos los continentes, en lo conceptual y mediante la

participación en más de un combate. Situó el debate a la luz de las dinámicas de la contemporaneidad.

El proceso no ha estado exento de contradicciones. Se manifestaron en lo interno con el sectarismo, denunciado en 1962, y más tarde con la Microfracción, tema que Ernesto Limia analiza en este libro. Hubo también confrontaciones con la dirección soviética, algunas de las cuales se expresaron en el debate público. Entre las más conocidas puede señalarse la que se produjo con motivo de la Crisis de Octubre, cuando la precipitación y el predominio de razones geopolíticas se distanciaron de la indispensable defensa de garantías para la subsistencia de una nación socialista y soberana; en lo que respecta a la América Latina, la falta de respaldo a la lucha insurreccional, en favor de la llamada coexistencia pacífica, tuvo trágicas consecuencias con el aislamiento del Che en Bolivia y su posterior asesinato.

El pensamiento creador de Fidel reclama numerosas investigaciones en profundidad, desde diversos ángulos. Se eslabona a través de entrevistas y de los numerosos discursos pronunciados a lo largo de su vida. Se enlaza con las ideas del Che, expuestas en trabajos teóricos, en sus apuntes y hasta su epistolario. En todos ellos, la observación de la realidad, el rescate de sus vivencias personales para transformarlas en vías de conocimiento y el acercamiento al legado teórico universal cristalizan en una reflexión que mantiene plena vigencia. En fecha muy temprana, el Che advirtió errores que socavaban, desde el interior, la supervivencia de la sociedad socialista europea.

Los tanques pensantes del imperio comprendieron rápidamente la magnitud del desafío planteado por la Revolución cubana. Con el empleo de todos los medios a su alcance, emprendieron una guerra sin cuartel que, lejos de cesar, se agiganta. Han acudido al uso de la subversión interna en lo ideológico y mediante la organización de grupos armados, sin descartar el brutal asedio económico.

Para los lectores de edad avanzada, el libro de Limia reaviva la memoria y, sobre todo, establece la interdependencia de los fenómenos, ya existente antes de la llegada de la llamada era de la globalización neoliberal. Para los más jóvenes, revela la complejidad de un pasado inmediato, indispensable para entender el tiempo que vivimos. Para todos, es una incitación a la lectura crítica del acontecer, que suscita la reflexión y sugiere los caminos abiertos a las investigaciones que nos apremian, a un pensar para actuar en consecuencia.

GRAZIELLA POGOLOTTI
14 de noviembre de 2019

**SOMBRAS DE LA GUERRA
FRÍA**

1929-1968

Ernesto Limia Díaz

I. PRELUDIOS DE LA GUERRA FRÍA

*Se acercaba una noche de tiniebla evidente,
y no solo una noche, sino una época horrible...*

ROBERT FROST

El 22 de junio de 1941, por segunda vez en 20 años Alemania invadió la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) con las premisas de ocupar, destruir, aniquilar. Después de someter once países de Europa, la Wehrmacht penetró en el territorio del gigante euroasiático y asoló todo a su paso. A finales de septiembre las divisiones nazis llegaron a las puertas de Moscú. Menos de cien kilómetros separaban su casco urbano de más de un millón de oficiales y soldados alemanes con 950 bombarderos, 14.000 piezas de artillería y 1.700 tanques. Un grupo especial del cuerpo de ingenieros había sido preparado para demoler el Palacio del Kremlin cuando rindieran la plaza sitiada, que solo disponía de 1.800 piezas de artillería, 780 tanques y 545 aviones (Bertot, 2015: 9). La dirección soviética decidió evacuar la ciudad. Iósif V. Stalin no abandonó su puesto. Adolf Hitler proyectó acabar en ocho o diez semanas con el más grande obstáculo al proyecto alemán de dominio mundial. En los trenes de su Estado Mayor, *Asia y América*, se confeccionaban mapas con flechas carmelitas, dirigidas hacia la India y el hemisferio occidental. ¿Cómo se llegó a este punto?

La Gran Depresión de 1929-1933 generó una catástrofe económica global, con terribles secuelas de desempleo masivo –en Estados Unidos llegó al 25 %; en no pocos países, al 33 %– y miseria. Frente al cruel infortunio de mujeres y hombres que clamaban por alimentos, eran

destruidos los excedentes de trigo y café para elevar los precios del mercado. Otra consecuencia directa fue el cierre de las sociedades industrializadas a la afluencia de inmigrantes. Las huelgas y paros laborales se dispararon. Al gran capital le urgía desarticular al movimiento obrero y abolir las libertades que, dentro de los marcos de la democracia representativa, concedían espacio a la reivindicación de los derechos de los trabajadores. Dada su incapacidad para hacer frente a este fenómeno, el resultado inmediato fue, en palabras del historiador británico Eric J. Hobsbawm, testigo excepcional de la época, “... un dramático alejamiento de los movimientos obreros y de la izquierda en casi todas partes de Europa” (Hobsbawm, 2015: 421).

Cuando estuvo en juego la supervivencia del sistema, el fascismo – identificado hasta entonces como un fenómeno circunscrito a Italia, donde Benito Mussolini se estableció en el poder mediante un golpe de Estado, el 28 de octubre de 1922– se presentó por la derecha europea como la versión extrema y lógica del capitalismo, un planteo gestado por el núcleo intelectual del capital financiero que ganó aceptación entre la clase media y la aristocracia obrera.

En noviembre de 1932 el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP, por sus siglas en alemán) ganó las elecciones parlamentarias con cerca de doce millones de votos (43,9 %) y aseguró 288 escaños en el Reichstag de un total de 647. El 30 de enero de 1933 Hitler fue proclamado canciller de Alemania y comenzó a erigir un Estado totalitario, mediante la conformación de un gabinete presidencial de facto. Joseph Paul Goebbels, a quien nombró ministro de Instrucción y Propaganda, con sorprendente cinismo había declarado un lustro atrás los objetivos políticos que se proponían cuando tomaran el poder:

¿Qué venimos a hacer al Reichstag? Somos un partido antiparlamentario. Tenemos excelentes razones para rechazar la Constitución de Weimar y las instituciones republicanas que

ella implica. Somos los adversarios de una democracia desnaturalizada, que pone en la misma bolsa al inteligente y al idiota, al trabajador y al perezoso [...] Pero entramos al Reichstag para procurarnos, en el arsenal de la democracia, sus propias armas. ¡Nos sentaremos en el Reichstag para paralizar la ideología weimariana con su propio apoyo! Para nosotros, todo medio es bueno, con tal de que revolucione el estado actual de cosas (Agosto, 2008: 16-17).

Stalin no escuchó a quienes lo alertaron acerca de la necesidad de combatirlo en el terreno político, antes de que el NSDAP se impusiera en las urnas. No pocas veces Trotski llamó la atención al respecto. El error estaba en solo considerar la vertiente militarista del fascismo –y su expresión práctica, el terrorismo de Estado–, sin advertir que se trataba de “un movimiento de masas presentando bases sociales profundas”, como previno Clara Zetkin, quien sugirió poner el acento en que estaba alcanzando la victoria política e ideológica entre la clase obrera antes de ganar en el terreno bélico. Para Antonio Gramsci, el fascismo era “... un nuevo liberalismo en condiciones modernas. Una solución arbitraria a un conflicto con perspectiva catastrófica”, que calificó de “dictadura de la burguesía” (Togliatti, 2010: 6). En 1926, en vísperas de su confinamiento, en las tesis al congreso del Partido Comunista Italiano, por celebrarse en Lyon, convocó a gestar una alianza con los sectores menos reaccionarios de la burguesía.

Entre el círculo de Stalin la lectura fue otra. Tras los primeros indicios de la crisis global concluyeron que la burguesía estaba abocada a un proceso autodestructivo. De acuerdo con este punto de vista, el fascismo no era un nuevo método de gobierno y argumentaban que “... entre el fascismo y la democracia burguesa no existe más que una diferencia de grado...” (Acanda, 2013: 58). Trotski, Zetkin y Gramsci fueron tildados de pseudoteóricos. Y en el VI Congreso de la III Internacional, celebrado en

Moscú entre julio y septiembre de 1928, triunfó la tesis de que las contradicciones interimperialistas desencadenarían una nueva oleada revolucionaria que serviría a los propósitos del triunfo del socialismo. Lejos de abogar por un frente común con el resto de la izquierda y la socialdemocracia, se instituyó la consigna de “clase contra clase” como táctica de lucha.

Hitler enfrentó al movimiento obrero más vigoroso de Europa, después del soviético, con discursos apocalípticos que calaron en un país con dos pesados fardos sobre sí: los efectos de la Gran Depresión –en 1932 Alemania tenía seis millones de desempleados (20 % de su población laboral activa)– y el elevado monto de tributos como indemnización por los daños de guerra, resultante del Tratado de Versalles que Alemania se vio compelida a suscribir con las potencias aliadas el 28 de junio de 1919, para poner fin a la primera conflagración mundial.

Fue considerado por los círculos de poder germanos como una imposición que despojó al imperio de sus colonias en ultramar y de los territorios reclamados por sus vecinos: Francia recuperó Alsacia y Lorena; Dinamarca, la parte danesa de Schleswig-Holstein; Polonia, proclamada Estado nacional –un anhelo de doscientos años–, recibió la mayor parte de la provincia de Posen, Prusia Occidental y parte de Silesia; Danzig, en el delta del Vístula sobre el Báltico, pasó a llamarse Ciudad Libre de Danzig y una cláusula trazó un “pasillo” entre ella y el límite alemán para que Polonia tuviese acceso al mar. Se reconoció como país con plenos derechos a Checoslovaquia, mediante la fusión de Bohemia, Moravia –centros industriales, antes bajo dominio austriaco– y Eslovaquia –región hasta aquel minuto de Hungría, que perdió el 70 % de su territorio de antes de la guerra. Los checos reclamaron, y se legitimó, la cordillera de los Sudetes, que se extiende desde la ciudad sajona de Dresde hasta la Puerta Morava y formó parte del Sacro Imperio Romano Germánico. Desde el siglo XIII la habitaba una minoría germanófona de más de dos millones de personas, que

conservaban su cultura y tradiciones alemanas. Alemania perdió un 13 % de su espacio antes del conflicto y le prohibieron unirse con Austria. La única concesión realizada a un imperio derrotado, sin que un solo soldado enemigo penetrara en su territorio, fue establecer la convocatoria de plebiscito para determinar el futuro de la Alta Silesia –en una votación cuyo resultado intentaron invalidar por la fuerza los polacos.

Otro precepto que conmocionó a la élite alemana fue la regulación de sus fuerzas armadas, hecho que propinó un golpe mortífero al símbolo primordial de las proezas del imperio germano y a la casta que las personificaba. En virtud de ello se exigió el cierre de las academias militares y la desintegración del Estado Mayor, de las divisiones de tanques y de la incipiente fuerza aérea; se estipuló el licenciamiento de 30.000 de los 34.000 oficiales del ejército; y se redujo el número de soldados de 800.000 en abril de 1919 a 100.000 en enero de 1921.

No bastó a los vencedores con neutralizar el poder bélico teutón, tenían la intención de desbaratar la infraestructura económica que lo sostenía: se estableció la compensación, aún no especificada, por daños materiales y la pérdida de barcos, provocados por la guerra –incluido el pago de pensiones a veteranos, viudas y huérfanos; cesión de buques de más de 1.600 t y partidas de carbón, productos químicos y ganado vacuno. Estaban destinadas a envolver a Alemania en una red de obligaciones y limitaciones a perpetuidad, pues a la carga de las indemnizaciones no se le fijó un término. Otro golpe se lo asestaron con la decisión respecto a la cuenca del Sarre, una pequeña franja de territorio alemán ubicada entre Luxemburgo y la región francesa de Lorena –rica en minas de carbón e importantes fundiciones de acero–, que durante más de dos siglos Francia intentó arrancar a Alemania. Y en virtud del artículo 16, parte III, sección IV, capítulo II, del Tratado de Versalles, lo consiguió por un mandato de 15 años. El área afectada incluía porciones de la provincia prusiana del Rin y

el Palatinado Renano bávaro, y a partir de 1920 comenzó su explotación por capitales franceses bajo la bandera de la Sociedad de Naciones.

Era la venganza contra el Kaiser por una Europa que lo culpó de la tragedia y las vidas segadas (artículo 231 del Tratado de Versalles). Ello derivó en un revanchismo propenso a victimizar a todo el pueblo alemán con la Ley del Talión como fundamento, principio jurídico de justicia redistributiva tomado del Código de Hammurabi, en la antigua Babilonia, cuya expresión práctica se recoge en la frase bíblica: “Ojo por ojo, diente por diente”. Dos años más tarde, en abril de 1921, una comisión aliada presentó la factura monetaria: 132.000 millones de marcos oro, equivalente a 30.000 millones de dólares (al cambio en la época).

De Gran Bretaña y Francia surgieron las mayores presiones; mas el liderazgo fascista aseguraba que la “denigrante” penalización se ejercía bajo la instigación implacable de los banqueros judíos y tardarían 59 años en liquidarla, para no caer en la consecuencia inevitable en caso de incumplir: la quiebra de la economía. Desde la Universidad de Cambridge, John Maynard Keynes previno:

... creo que la campaña para que Alemania rembolsé completamente el costo de la guerra fue uno de los más graves actos de imprudencia política cometidos por nuestros estadistas.
[...]

... no siempre la gente acepta morir en silencio: algunos están agobiados por el letargo y la desesperación, pero otros se enfurecen por la inestabilidad nerviosa de la histeria, que puede destruir lo que queda de la organización social y abrumar a la civilización con los intentos desesperados de satisfacer sus necesidades individuales. Es contra este peligro que debemos concentrar todos nuestros recursos, nuestro coraje e idealismo (Keynes, 2002: 99 y 158).

Efectuar estos pagos puso al Gobierno germano en un aprieto: cumplir los compromisos competía contra su interés de comprar paz social y no tenía cómo estabilizar la economía. El marco alemán se depreció y los aliados asumieron que ello constituía una maniobra para reducir las obligaciones al mínimo y para inundar el mercado con artículos de exportación a bajo precio, "... y estas sospechas se intensificaron con la impresión errática que causó el Acuerdo de Rapallo firmado en 1922 entre Alemania y el paria soviético, que a ojos de Occidente amenazaba con estrujar a Polonia, «gendarme de Francia en el Vístula», por el este y por el oeste en una especie de prensa de tornillo" (Burleigh, 2005: 84).

Cuando entre las navidades de 1922 y principios de 1923 el Gobierno alemán incumplió dos veces sus obligaciones, un ejército franco-belga de 70.000 hombres invadió el Ruhr, cuenca extendida por más de 400 km desde Duisburgo hasta Hamm y Hagen en el estado de Renania del Norte-Westfalia, considerada entonces "la mina de carbón de Alemania" dados sus grandes yacimientos del mineral y plantas de fundición de hierro. Desde Berlín se orientó a sus autoridades y a la población una política de resistencia pasiva, que se implementó mediante acciones esporádicas de sabotaje y terrorismo de baja intensidad y actos de desobediencia civil. Las fuerzas de ocupación respondieron con multas colectivas, despidos, agresivos registros domiciliarios, controles de identificación y ejecuciones sumarias. Cerca de 46.200 funcionarios, policías y trabajadores ferroviarios junto con 100.000 familiares fueron encarcelados o deportados. Los tribunales militares crearon mártires del nacionalismo, como Albert Leo Schlageter.

A finales de septiembre de 1923, un nuevo gabinete germano de orientación liberal puso fin a la política de resistencia pasiva, decisión que fue considerada por la extrema derecha como un acto de traición. La pérdida del Ruhr trajo consigo consecuencias catastróficas: Alemania debió comprar carbón a Gran Bretaña y subvencionar a los obreros despedidos. El

cese del suministro de materias primas para su industria generó recortes de producción y una oleada de paralizaciones. El desempleo ascendió del 2 % al 23 % y para octubre de 1923 la recaudación fiscal solo cubría el 1 % del gasto público. La inflación se disparó y floreció una economía de trueque. La clase media se vio compelida a vender sus posesiones más preciadas (pianos, obras de arte). Un proceso de degradación moral catapultó a la escoria y a los especuladores hasta la cúspide de la sociedad. Médicos, abogados, estudiantes, gente honrada y trabajadora en general, se sentían explotados por usureros inescrupulosos que se exhibían en las salas de fiesta y restaurantes elegantes. La desnutrición crónica y la lista de mendigos entre la clase media alcanzaron índices alarmantes. Ancianos con rentas modestas se precipitaron a la pobreza y la inseguridad. No pocos se suicidaban para evitar la indignidad. Cien mil jovencitas de clase media terminaron prostituyéndose:

Un profesor de universidad gana menos que el conductor de un tranvía, pero la hija del profesor estaba acostumbrada a usar medias de seda. No es ninguna casualidad que la bailarina desnudista Celly de Rheide sea la esposa de un antiguo oficial prusiano. Miles de familias burguesas se están viendo obligadas ya, si quieren honradamente arreglárselas con su presupuesto, a dejar su apartamento de seis habitaciones y adoptar una dieta vegetariana. Este empobrecimiento de la burguesía está necesariamente vinculado a que mujeres habituadas al lujo se hagan putas [...] La aristócrata empobrecida se convierte en camarera; el oficial que se ha dado de baja en la marina hace películas; la hija del juez de provincias no puede esperar que su padre le compre la ropa de invierno que necesita –escribió el autor de un artículo titulado: “Berlín se está convirtiendo en una puta” (Burleigh, 2005: 86).

Hacia 1933, con una masa poblacional de setenta y cinco millones de habitantes, Alemania se encontraba dividida y ansiosa. Existía una percepción generalizada de bancarrota, secuela del escenario económico ensombrecido por la miseria social y la incompetencia de su clase política. Quienes combatieron en la I Guerra Mundial y regresaron con vida tenían ante sí un país peor: sin trabajo, endeudado, hambriento... “Una nación encadenada se convirtió en una metáfora conveniente, y las pérdidas de Alemania se ilustraron gráficamente en innumerables cuadros y mapas, con lo que habían sido regiones históricas del país desgajadas brutalmente de él por potencias extranjeras” (Burleigh, 2005: 76).

Hitler supo sacar partido del resentimiento entre la población conservadora y la incertidumbre prevaleciente entre la clase media –y por ello foco fundamental de la propaganda nazi.¹ De abril a noviembre de 1932, habló en “... 148 asambleas de masas, con un promedio de unas tres reuniones de importancia al día, a menudo dirigiéndose a multitudes compuestas por 20.000 y 30.000 personas en las grandes ciudades, y haciéndose ver y oír en persona durante ese año por, literalmente, millones de alemanes” (Kershaw 2004: 63). En su periplo apeló al mesianismo alemán y exacerbó el clima de odio entre estos dos sectores clave con un mensaje de redención nacional. Aseguró que encarrilaría la economía y pondría en marcha un programa de creación de empleos mediante la inversión en obras públicas e infraestructura (autopistas y carreteras, expansión de la red ferroviaria, construcción de represas), la modernización de la industria automovilística, el impulso al sector de los negocios inmobiliarios y un esquema para sustituir importaciones e incentivar la producción fabril; a su vez, prometió una reforma agraria y fomentar políticas sociales en materia de salud y jubilación. Muchos jóvenes sintieron que era un honor defender la nación como hicieron antes sus padres, en la I Guerra Mundial. El Führer les ofrecía esa oportunidad.

Ernst Thälmann, antiguo pugilista que ocupaba la secretaría general del Partido Comunista, pagó con la vida su exigua perspicacia para penetrar la política nazi. Su formación quedó tercera en las elecciones con el 10,2 % de los votos y, no más instalarse en el Reichstag, Hitler ordenó su detención y confinamiento en solitario.² “Nunca, nunca me desviaré de la tarea de acabar con el marxismo y sus secuelas en Alemania, y nunca llegaré a aceptar soluciones de compromiso sobre este punto”, declaró en su primer discurso como canciller el 10 de febrero de 1933. Y en aquella perorata en la que reiteró términos como “resurrección nacional” y “auténtica cultura alemana”, aseguró con voz inflamada: “... albergo la firme convicción de que llegará la hora en que millones que hoy nos desprecian se pongan de nuestro lado y den vivas con nosotros al nuevo Reich alemán duramente ganado y dolorosamente adquirido que hemos creado juntos, el nuevo reino alemán de grandeza y poder y gloria y justicia. Amén” (Burleigh, 205: 185).

El 28 de febrero de 1933, Hitler aprovechó el incendio del Reichstag por parte del holandés Marinus van Lubbe en beneficio propio y firmó el Decreto para la Protección del Pueblo y del Estado, que abolió los derechos garantizados por la constitución de Weimar, bajo la premisa de que la lucha contra el Partido Comunista no debía estar condicionada por consideraciones legales. La norma suspendió la libertad de reunión y de expresión, autorizó las escuchas y la violación de la correspondencia, así como la detención indefinida y registro domiciliario sin orden judicial. Valiéndose del concepto “peligro inmediato”, el número de arrestos sobrepasó las capacidades de alojamiento en cárceles y unidades policiales e improvisaron centros de reclusión en barcos, bares y las frías bodegas de destilerías de alcohol. El 30 de mayo Berlín se convirtió en una gigantesca pira alimentada con toda la creación literaria o de pensamiento de autores judíos y marxistas. Más de 30.000 títulos fueron proscritos e incinerados; las obras de Karl Marx, Karl Liebknecht, Franz Kafka, Stefan Zweig, Heinrich Heine, Ernest Hemingway, Thomas Mann, Erich Maria Remarque

y Sigmund Freud, entre tantos, se tildaron de “expresiones literarias degeneradas”. El jazz correría igual suerte, catalogado de música negra, propia de una “raza” inferior.

El ascenso del Führer y el apoyo financiero recibido por parte del gran capital de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia catalizó los acontecimientos. Desde el ministerio de Información y Propaganda, Goebbels se sirvió de las universidades, centros de enseñanza y los medios de comunicación masiva para sembrar en el imaginario la idea de Hitler como un dios destinado a regir el mundo. Con cerca de mil filmes entre 1933-1945, la industria cinematográfica fue convertida en émula de Hollywood –en ritmo de producción se puso en segundo lugar, detrás de la Meca californiana. No escatimaron dinero ni presiones para preservar a directores y estrellas cinematográficos. Películas de marcado acento ideológico exaltaron hasta el hartazgo el mito de la raza aria y exacerbaron el patriotismo, mientras una larga lista de comedias y musicales amelcochados mostraban la alegría desbordada y el supuesto entusiasmo del pueblo alemán: una “fábrica de sueños” orientada a vender la quimera de un orden global bajo la égida nazi. “En *El Hollywood de Hitler* queda claro un concepto afín a Goebbels: las masas no van al cine para ser aleccionadas, sino para evadir una realidad, de ahí lo imperioso de crear para ellas nirvanas artificiales. Ni siquiera disfrazaban la intención, y al respecto el narrador del documental expresa: «en general el cine nazi estaba pensado para abolir toda distinción entre realidad y fantasía»”, apuntó el periodista, crítico de cine y escritor cubano Rolando Pérez Betancourt en referencia a la obra del realizador Rüdiger Suchsland (Pérez Betancourt, 2019: 6).

Las ideas y fraseología nazi se pusieron de moda. Sus partidarios crecieron y se multiplicaron por toda Europa. América Latina, donde ya existían movimientos de ultraderecha como los sinarquistas mexicanos y los integralistas brasileños, no escapó al contagio, pues su derecha contemplaba fascinada a la europea, cada vez más inclinada a aliarse con los fascistas. En

África –salvo en Sudáfrica, donde la población bóer simpatizaba con los nazis– y Asia –excepto Japón, la otra pieza del eje Berlín-Roma-Tokio– esta corriente apenas caló, debido a su palmario racismo contra las poblaciones de piel amarilla, negra o morena.

Pronto se destapó el *pandemonium*: el 30 de junio de 1934, durante la Noche de los Cuchillos Largos, para concentrar en sus manos todo el poder Hitler mandó a ejecutar la Operación Colibrí y fue asesinada la cúpula de la Sturmabteilung (SA), organización paramilitar con cerca de dos millones de integrantes que formaba parte del NSDAP. Al primero que mataron fue a su líder, Ernest Röhm, a quien se le consideraba poco leal. Entre esa noche y la madrugada del 1 de julio fueron ultimados o arrestados todos los críticos del Führer dentro del partido nazi. Esta purga política contó con el apoyo de las cortes alemanas, encargadas de legitimar los asesinatos extrajudiciales para demostrar su lealtad al régimen. El 26 de julio, en Austria, el fascismo clerical y un núcleo conformado por economistas, matemáticos, sociólogos, historiadores, filósofos, banqueros y hombres de negocio con orientación neoliberal, bajo el liderazgo intelectual de Ludwig von Mises y Friedrich A. Hayek, hicieron causa común para orquestar el golpe de Estado que derribó la República con saldo de 297 muertos y 802 heridos. Tras el asesinato del canciller Engelbert Dollfuss, los sectores que se hicieron del poder en Viena promulgaron una constitución fascista.³ El 9 de octubre, un extremista macedonio asesinó a Alejandro I de Yugoslavia –también conocido como Alejandro el Unificador– cuando recorría en visita oficial las calles de Marsella acompañado del canciller francés Louis Barthou.⁴ Ese propio año Trotski fue expulsado de Francia, donde vivía en calidad de refugiado.

Se agudizaba en Europa el clima de fanatismo e intolerancia y, el 9 de marzo de 1935, Hitler dictó la ley sobre construcción de la Wehrmacht (112 cuerpos y 36 divisiones) y anunció la constitución de la Luftwaffe (Fuerza Aérea). El día 16 restableció el servicio militar obligatorio. A Alemania no le resultó posible recurrir al endeudamiento público por el problema del

pago de las reparaciones de guerra, ni acceder al mercado internacional de capitales, deprimido por los efectos de la crisis financiera. Tampoco le era factible aumentar los impuestos en medio de la crisis económica o recurrir a la emisión masiva de papel moneda, dados sus efectos inflacionarios. Para colmo, sobre el Reichsbank (Banco Central) pesaba una prohibición de conceder fondos al gobierno y el programa de rearme tenía que permanecer en secreto si querían ocultar su magnitud y velocidad, por tanto, no podía aparecer en el presupuesto. ¿Cómo afrontar la falta de liquidez?

Hitler nombró ministro de Economía a Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank, quien resolvió el problema empleando las letras de cambio como instrumento financiero de corto plazo –pero renovable. Con solo un millón de marcos, algunos de los más importantes conglomerados alemanes como Krupp, Siemens, Gutehoffnungshütte y Rheinmetall, constituyeron la MEFO, una sociedad anónima sin existencia física para la “investigación” metalúrgica:

El gobierno garantizaba todas las deudas de esta pequeña sociedad. La MEFO efectuaba los pedidos de trabajos o armamento –en lugar del gobierno– y luego pagaba a los proveedores y/o contratistas del Estado con letras de la empresa que tenían tres meses de plazo, pero eran descontables en forma directa en el Reichsbank –o por redescuento vía bancos– hasta los 5 años [...] el Banco Central garantizaba la conversión de las letras en dinero efectivo a quien las presentase al cobro, pero la mayoría de los tenedores de las MEFO no se apresuraban a cambiarlas porque en esa época había liquidez de corto plazo en Alemania, las letras eran rentables porque pagaban un interés nominal del 4 % anual (con estabilidad monetaria) y la posibilidad de canje estaba siempre abierta por la garantía del Estado a través del Reichsbank (Giuliano, 2019).

No necesitó Alemania imprimir grandes sumas de papel moneda para afrontar el descuento de estas obligaciones, porque durante la existencia de las letras MEFO los títulos emitidos ascendieron a 12.000 millones de marcos y solo se presentaron a cobro 6.000 millones; la otra mitad circuló como una cuasi moneda o dinero paralelo y fue absorbida por el mercado. Mucho contribuyeron a la consolidación del Tercer Reich las sucursales alemanas de Ford (Fordwerke), General Motors (Opel), IBM (Dehomag) y Coca-Cola; las inversiones del banco J. P. Morgan; los negocios con Standard Oil (Exxon), Du Pont, Westinghouse, General Electric, Goodrich, Eastman-Kodac, Singer...; los bufetes asociados a Wall Street como el Sullivan & Cromwell, del que eran accionistas principales los hermanos John F. y Allen S. Dulles. Beneficiados por los pedidos de compra y las grandes contrataciones públicas, hicieron zafra sin perder el sueño ante el desenfreno de la bestia que alimentaban.

Junto con el crecimiento del PIB (5,2 % en 1934, 6,2 % en 1935) llegaron el antisemitismo –los judíos fueron excluidos de los empleos públicos y, en 1935, privados de la ciudadanía alemana– y la represión: “... los sindicatos perdieron su libertad y se prohibieron las huelgas. Se cerraron los partidos políticos y se prohibió toda oposición al régimen nazi, que culminó con el envío de políticos opuestos al gobierno a los campos de concentración” (Noronha, 2013: 45).

Dados esos pasos por Alemania, en octubre de 1935 Italia invadió Abisinia (Etiopía) con un contingente expedicionario de 500.000 hombres. El jefe de operaciones, general Pietro Badoglio, empleó gas mostaza, prohibido por la Convención de Ginebra de 1925, para vencer la resistencia de un país feudal con diez millones de habitantes y un comercio exterior de dos millones de libras esterlinas. Requirieron fondos ascendentes al 20 % del presupuesto anual italiano y el apoyo de la Iglesia católica para deponer al emperador Haile Selassie. Cuando sus fuerzas tomaron Adís Abeba, la capital etíope, un año más tarde Mussolini proclamó: “Italia finalmente

tiene su propio imperio. Un imperio fascista, un imperio de paz, un imperio de civilización y humanidad” (Noronha, 2013: 34).

La siguiente movida de Hitler fue remilitarizar Renania. Cruzar el Rin – barrera natural dentro del territorio alemán–, en 1936, y desplegar tropas en esa zona limítrofe con Francia y Bélgica proporcionó al Tercer Reich una punta de lanza para la eventual invasión a esas dos naciones. Según lo dispuesto en el Tratado de Versalles, Alemania no podía estacionar fuerzas ni ejecutar maniobras militares en esa área sin consentimiento de belgas y franceses. Ambos gobiernos palidecieron, aunque Francia emitió una asombradiza protesta en la Sociedad de Naciones. Solo la URSS exigió, en términos perentorios, adoptar medidas enérgicas contra esta nueva agresión y sus palabras cayeron al vacío. Nadie en Occidente exigió respeto al acuerdo que había puesto fin a la I Guerra Mundial y en las próximas 48 horas tres regimientos de la infantería alemana se reinstalaron en las bases abandonadas diecisiete años atrás.

Prolegómenos de la II Guerra Mundial

Con la conducción del búlgaro Gueorgui Dimitrov, en 1935, el VII Congreso de la III Internacional aprobó crear los “frentes populares” para contener al fascismo. Abierta esta línea táctica, entre junio y agosto fue constituido el primer Frente Popular en España a partir de la alianza electoral entre el Partido Comunista (PCE), que contaba con solo 3.000 militantes; el Partido Obrero Unificado Marxista (POUM), de tendencia trostkista; la poderosa central anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT), con un millón y medio de afiliados; el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), y la organización catalana de izquierda Esquerra Republicana. ¿Cómo tomar el poder político? Serían determinantes los efectos prolongados de la crisis política, económica y social que vivía la península desde principios de la centuria. Detengámonos en ello:

El 17 de mayo de 1902, llegado a la mayoría de edad, Alfonso XIII recibió una Corona decadente. Tres días después se proclamó la República de Cuba, vaca de ordeño peninsular a lo largo del siglo XIX y lugar al que la élite castrense llegaba por su pedazo de la “torta”. Para colmos, Estados Unidos la despojó del archipiélago de las Filipinas y Puerto Rico. La destartalada economía hispánica y las condiciones de explotación a la que estaba sometida su clase obrera despertaban la furia del anarcosindicalismo; mientras, en Cataluña y el País Vasco florecían los sentimientos independentistas. La élite de poder clamaba por la “regeneración nacional” y la recuperación de los lauros imperiales. La autoritaria reforma del conservador Antonio Maura no cumplía las expectativas. El sector ultrarreaccionario apreció una oportunidad en Marruecos, cuyo mapa geopolítico quedó dividido en dos cuando la regente María Cristina firmó el tratado de Marrakech, en 1894: España se agenció el control de la zona

norte; Francia, del sur. Tras la pérdida del imperio colonial, era este el lugar donde la casta militar satisfacía sus ambiciones personales y los políticos sus intereses financieros.

En julio de 1907 el Sindicato Español de Minas del Rif se hizo del derecho de explotación del hierro de Guelaya por un término de 99 años; entretanto, en Toledo, un adolescente de apenas 14 años de edad se incorporaba a la Academia de Infantería: Francisco Franco, quien a los 33 años se convertiría en el general más joven del país y en una de las figuras clave para preservar el *sous-locataire* (5 % del territorio marroquí) convenido en 1912 con París. En el orden simbólico, este territorio les permitía conservar el estatus de potencia colonial y salvaguardar los intereses de la Compañía Española de Minas del Rif –resultante de la fusión de capitales de Madrid, Barcelona y Bilbao para explotar prometedores yacimientos en las inmediaciones de Melilla. “La bandera de España tremola al viento sobre la Alcazaba de Tetuán como 53 años ha”, fue el titular de prensa tras la ocupación formal de la zona norte del Rif en 1913. Para entonces, el joven Franco cruzaba el Mediterráneo rumbo a su destino: “... sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas”, escribió y repitió a menudo (Sarrionandia, 2012: 173-174).

Al igual que hizo en Cuba, el ejército español convirtió a Marruecos en un “burdel y una taberna inmensos”. Los escándalos morales y la corruptela de la comandancia de Melilla no tenían límite. “... nosotros no hemos ido más que, agravio tras agravio, hiriéndole en su religión y, sobre todo, dándole el espectáculo de nuestra orgía militar y administrativa en las tres zonas del Protectorado”, declaró en Cortes Indalecio Prieto, en 1921 (Sarrionandia, 2012: 212-213). Este estado de cosas llevó a Annual, donde entre el 21 de julio y el 3 de agosto las tropas bajo el mando de Mohamed ben Abdelkrim causaron unas 12.000 muertes a tropas del ejército colonial,

que se batieron en retirada intentando llegar a Melilla. En la operación, las fuerzas rifeñas ocuparon 20.000 fusiles, 400 ametralladoras y 129 cañones.

Melilla fue reforzada con 50.000 hombres. Estaba viva en la memoria la debacle de Cuba y el espíritu de revancha tornó el conflicto en espectáculo macabro. Entre los comandantes de la “Campaña de Desquite” se encontraban José Sanjurjo, veterano de la guerra de Cuba, y Francisco Franco. Cada territorio reconquistado por la Legión hispana fue convertido en pasto de las llamas. Al llegar a las localidades marroquíes, todas las casas eran voladas con dinamita y cualquier árabe hallado en el camino era pasado por las armas. La Legión no hacía prisioneros y a sus espaldas dejaba un rastro de escombros. El odio escaló: entre los rifeños se hizo frecuente cortar los genitales a los españoles para atascárselos en la boca y verlos morir al sol, asfixiados y desangrados; entre los españoles, decapitar a los moros para exhibir sus cabezas. “¡Sandías! ¡Sandías!”, gritaban los legionarios por las calles de Melilla mostrando su “trofeo” en carros tirados por burros, como si se tratase de frutas. Y a partir del 12 de agosto la aviación emprendió el bombardeo indiscriminado de arroyos y mercados con fosgeno, cloropicrina e yperita (gas mostaza) para sembrar el terror entre la población civil y cortar el abastecimiento de la resistencia. “... lo importante es exterminar como se hace con las malas bestias a los Beni Urriaguel y a las tribus más próximas a Abdelkim” –escribió Alfonso XIII al embajador francés, quien se preocupó por el efecto nocivo de estas sustancias químicas (Sarrionandia, 2012: 250).

El conflicto dividió a la sociedad española. Para los sectores ultrarreaccionarios salvar a España demandaba ahogar en sangre la resistencia marroquí, someter al movimiento obrero peninsular y arrinconar a los independentistas vascos y catalanes. Ello llevó al golpe de Estado que encabezó en septiembre de 1923 el jefe del Ejército de África, general Miguel Primo de Rivera, quien instauró una dictadura en la península. La guerra en el Rif se prolongó seis años, lapso en el que la aviación española

arrojó un promedio de 1.680 bombas diarias con químicos que los árabes denominaban *arrhash* (veneno) –producidos en la Maestranza de Melilla, en la planta Talleres de Guernica S. A. de Vizcaya, y en una fábrica en La Marañosa, cerca de Madrid, montada en cooperación con Alemania. Cuando en 1927 se dio por terminada, Alfonso XIII concedió el título de Marqués del Rif al entonces jefe del Ejército de África, general José Sanjurjo.

Tres años sobrevivió a esta victoria la dictadura de Miguel Primo de Rivera. A partir del 30 de enero de 1930 no pudo sostenerse y se retiró para morir poco después en París. A los dilatados problemas estructurales de la economía española se sumaron los efectos de la Gran Depresión. La conmoción política y social se extendió por el país. En las elecciones municipales del domingo 12 de abril de 1931, la corriente antimonárquica se impuso en 41 capitales de provincia. En Barcelona, los concejales republicanos cuadruplicaron a los tradicionalistas; en Madrid, los triplicaron. La monarquía solo preservó Ávila, Burgos, Cádiz, Lugo, Orense, Palma de Mallorca, Pamplona, Soria y Vitoria. Alfonso XIII constató que había perdido el favor popular. España votó por la República.

El 14 de abril fue proclamada la República en San Sebastián (Guipuzcoa), mientras en Barcelona Francesc Macià proclamaba el Estado catalán como parte integrante de una República Federativa Ibérica. Era un paso audaz dentro de la tradición federalista, que los republicanos españoles no apoyaron. Y como esa aspiración se anticipaba a la organización de las Cortes Constituyentes, Macià negoció la condición de Generalitat y una promesa de Estatuto de autonomía.⁵ Al general Sanjurjo, en ese minuto jefe de la Guardia Civil, le fue imposible garantizar la vida del régimen. Resignado, esa noche el rey abandonó el país sin abdicar. Viajó a París antes de fijar su residencia permanente en Roma.

Tres días más tarde –o sea, el 17 de abril–, para emprender un movimiento que proyectara su propio Estatuto autonómico, el Partido

Nacionalista Vasco reunió a representantes de los municipios de Vizcaya bajo las sobras del sagrado roble de Guernica, una villa con más de 570 años de existencia que constituía el símbolo de la foralidad y, por extensión, de las libertades vascas.⁶

Junio de 1931 resultó un mes decisivo: las Cortes Constituyentes optaron por el modelo de Weimar, la Carta Magna más democrática en Europa Occidental. Proclamaron una “República de trabajadores”. Triunfó el parlamentarismo con una cámara única y un gobierno permanentemente responsable; el sufragio universal se extendió a las mujeres y los soldados; las regiones podrían pedir un Estatuto de autonomía, aunque no apareció la palabra “federalismo”.

Pronto volvió al ruedo el recurrente problema de Marruecos. Los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos, junto con la CNT y los trotskistas, abogaban por concederle su independencia. El gobierno republicano prefirió preservar la integridad del Protectorado para complacer a Francia y nombró al general Sanjurjo Alto Comisionado en el Rif. Pese a ello, el presidente Manuel Azaña redujo el presupuesto de defensa, lo que implicó recortar la plantilla de oficiales de 21.000 a 8.000 y, bajo el postulado de que constituía una “escuela del africanismo”, cerró la Academia de Zaragoza que dirigía el general Franco, quien lo tomó como un asunto personal. A Azaña no le quedó otro remedio que dejar intactos la estructura y procedimientos del ejército, y en las comandancias se empezó a conspirar. Un año más tarde, en agosto de 1932, Sanjurjo encabezó un pronunciamiento fallido en Sevilla. Fue condenado e indultado, y se exilió en Lisboa.

Profundas contradicciones entre la izquierda abrieron una brecha en la República a los sectores más conservadores, cuando florecía el fascismo en Europa. En septiembre de 1933, José María Gil Robles, un político procedente de la Confederación Nacional Católica Agraria y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, viajó a Núremberg para asistir al

congreso de la NSDAP. Había fundado la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), el primer partido moderno de la derecha hispana, y tenía interés en reunirse con el Führer. No lo consiguió. Entre los políticos peninsulares Hitler solo aceptó recibir durante algunos instantes a José Antonio Primo de Rivera, hijo del exdictador y líder de un pequeño segmento monárquico, al que Mussolini proporcionaría asistencia financiera. En el otoño Primo de Rivera fundó Falange Española. El 29 de octubre expuso su doctrina en el teatro de la Comedia de Madrid: “Ni derecha, ni izquierda; ni capitalismo ni socialismo: revolución en la manera de vivir, llamamiento al héroe. España se ha negado al capitalismo, a la Reforma, al liberalismo, y es capaz de dirigir la revolución del siglo xx” (Vilar, 1978: 41).⁷ Entretanto, el clero, que ostentaba su solidaridad con las fracciones más reaccionarias, movilizaba la opinión rural y a la masa electoral femenina contra los republicanos.

En las elecciones legislativas del 19 de noviembre de 1933, salvo en Cataluña, la derecha se impuso en todo el país. Los católicos de la CEDA irrumpieron con enorme fuerza y obtuvieron la mayor cantidad de escaños en las Cortes (115), por delante del Partido Republicano Radical (102). “Tomaremos el poder cuando queramos”, proclamó eufórico Gil Robles en El Escorial (Vilar, 1978: 42). El fundador y líder de los radicales, Alejandro Lerroux García, un político sin escrúpulos de marcada orientación antisocialista, pactó con la CEDA para formar gobierno y escaló a la presidencia del Consejo de Ministros.

Un huracán comenzó a tomar forma dentro del movimiento sindical y la federación agraria. En la primavera de 1934, el gobierno republicano anuló la expropiación de los grandes de España y los campesinos intentaron la “Huelga de la cosecha”. La represión cobró varias vidas en Aragón y Extremadura. Finalizadas las vacaciones de las Cortes, Lerroux, quien en medio de la convulsa situación del país debió abandonar la presidencia del Consejo de Ministros seis meses atrás, el 4 de octubre recibió el encargo de

conformar un nuevo gabinete y le entregó tres carteras a la CEDA. Era la prueba esperada. La República se desfiguraba.

Madrid y Andalucía permanecieron bajo una tensa calma, solo alterada por manifestaciones aisladas de muy poca fuerza. En cambio, el 5 de octubre Asturias amaneció conmocionada por un levantamiento armado que encabezaron los anarquistas de Gijón, los mineros socialistas de Mieres y los comunistas. Fue declarado el estado de excepción y se movilizaron para su enfrentamiento fuerzas combinadas del ejército y la Guardia Civil. A la mañana siguiente, en Barcelona se proclamó el “Estado catalán dentro de la República federal”.

Al comandante de la guarnición catalana le bastaron 24 horas para extinguir el fuego, con algunos incidentes sangrientos en el campo. No cristalizó la insurrección de masas. Por el contrario, en Asturias los cuarteles de la fuerza pública y las fábricas de armas de Trubia y La Vega cayeron en manos rebeldes. Oviedo fue tomada por 8.000 mineros. La aviación bombardeó sin quebrar la resistencia. En la ciudad y la región se estableció una estricta organización revolucionaria. Como jefe del Estado Mayor Central del Ejército, Franco organizó la respuesta desde Madrid: llamó por teléfono a Toledo al general Eduardo López Ochoa, con experiencia bélica en Cuba y Marruecos, y le ordenó marchar sobre Oviedo; en paralelo, indicó a unidades destacadas en Bilbao acudir en su refuerzo. Luego propuso –y se aprobó por el gobierno de la República– trasladar por mar hacia Asturias un contingente de las Tropas de Regulares y de la Legión acantonadas en Marruecos bajo el mando del teniente coronel Juan Yagüe, oficial de su misma graduación en la Academia de Infantería de Toledo, que militaba en la Falange Española de las JONS y era íntimo de José Antonio Primo de Rivera. Franco conocía de qué era capaz Yagüe y esperaba que el Ejército de África generara pavor entre la población civil. Cuando los legionarios entraron a las localidades mineras, recurrieron a los métodos despiadados con que actuaban en el Rif. El pueblo de España

debió sufrir en carne propia las ejecuciones, las violaciones, la bestialidad... El 13 de octubre todo había terminado. “Se computaron 1.335 muertos y 2.951 heridos, según la contabilidad oficial de la Dirección General de Seguridad” (Sarrionandia, 2012: 380).

Entre Asturias, el País Vasco, Cataluña, Madrid y otras regiones, el gobierno encarceló a más de 40.000 militantes de izquierda. Lerroux se consolidó en el poder. La Falange lo aclamó y, el 6 de mayo de 1935, Gil Robles se incorporó a la República como titular de la Guerra, paso astuto con el que si bien se enajenó simpatías entre el bando monárquico y la Falange, no alcanzó a confundir a la izquierda republicana: “¿Por qué había exigido el Ministerio de la Guerra? ¿Qué tramaba allí con Franco, su jefe de Estado Mayor Central? ¿Por qué las juventudes de su partido recibían aquí y allí funciones de policía armada? ¿Por qué se hacía la campaña electoral solo sobre su nombre, a los gritos de «jefe», «jefe», «jefe» con retratos cuyas dimensiones cubrían cuatro pisos? El bloque «antifascista» se justificaba bien” (Vilar, 1978: 43).

Manuel Azaña recuperó su popularidad. Entre junio y agosto de 1935, sindicatos y partidos de izquierda se pusieron de acuerdo sobre un programa de catorce puntos y constituyeron el Frente Popular. La aparatosa campaña desplegada por la derecha “contra la revolución” esperaba obtener 300 diputados en las legislativas a celebrarse el 16 de febrero de 1936: Gil Robles y José Calvo Sotelo, extitular de Finanzas durante la dictadura de Primo de Rivera y líder del aristocrático Partido de Renovación Española –representante de la burguesía financiera y de los sectores monárquicos–, se unieron en un tándem simbólico para garantizar la victoria en Madrid; Lerroux se encargó de Barcelona junto con el oligarca catalán Francesc Cambó, líder del partido Liga Regionalista.

En las postrimerías de 1935, Gil Robles, menos seguro de su éxito de lo que fingía estarlo, comenzó a pensar en una solución militar. Concluido el sufragio, la victoria del Frente Popular resultó abrumadora: 263 escaños en

las Cortes; la CEDA solo obtuvo 88 –o sea, había perdido 27 bancas respecto a las legislativas de noviembre de 1933. Fue tal la consternación de la derecha, que 24 horas más tarde cedió la presidencia a Azaña. Era el 17 de febrero de 1936.

Los gobernadores de las provincias se retiraron de sus puestos sin esperar la llegada de su sucesor. El fracaso de la consigna “contra la revolución” dio un sentido revolucionario a lo acaecido en las urnas:

Disturbios esporádicos respondieron a esta sorpresa. En los pueblos se pensó: “los curas han perdido”, hay que desarmar a los amigos y vengar los atropellos; de ahí vinieron los numerosos asaltos contra iglesias, conventos y centros de Acción Popular. La agitación agraria se reanudó también: los arrendatarios expulsados volvieron a las tierras y la reforma fue reemprendida espontáneamente; en dos provincias (Toledo y Badajoz) se repartieron así 250.000 hectáreas de tierra en el espacio de tres meses, más de lo que se había repartido en toda España desde 1900. Poblaciones de menos de tres mil almas entraron en conflicto con la Guardia Civil. En las ciudades, la agitación tenía otros objetivos: *libertad de los presos* (había treinta mil; los dirigentes salen pronto, pero las mujeres de los suburbios encuentran lento el movimiento); *indemnizaciones por las represalias sufridas*.

La posición del gobierno sufrió entonces duros ataques. Gil Robles y Calvo Sotelo pintan la situación con tintas negras [...] La extrema izquierda opone un argumento pasional, pero sensible: “silencio a los verdugos de octubre” [...] la menor orden de carácter brutal dada a las fuerzas derivaría en tragedia. Azaña no quiere volver a ser aislado del pueblo. Pero él sigue y no dirige [...] Las formaciones fascistas adoptan el método de los pistoleros: el vicepresidente socialista de las Cortes es agredido, y el magistrado que condena a los agresores es asesinado. Prácticamente, tanto en el Parlamento como en la

calle, *las costumbres del siglo XIX* siguen dominando. La gente se apasiona por el caso del presidente de la República, que ha terminado por no contestar a nadie; al reemplazarlo por Azaña, la izquierda pierde su único presidente del Consejo posible. Madrid da prueba de una sensibilidad primitiva, digna de 1835: una historia de caramelos envenenados provoca una marcha general contra los conventos. Naturalmente, los generales conspiran: no han cesado de hacerlo desde 1931. Pero cuando los comunistas piden que se detenga a los más sospechosos (Goded y Franco), el gobierno prefiere hacerles caer en desgracia enviándoles el uno a Canarias y el otro a Baleares. ¡Clásico precedente de todo pronunciamiento! Sin embargo, el presidente del Consejo, Casares Quiroga, se ha proclamado “beligerante contra el fascismo”; no cabe duda de que conoce la existencia de un complot. Pero finge no ver en ello más que “rumores de café” (Vilar, 1978: 44).

Falange Española de las JONS creció con los afiliados de la CEDA e incrementó las acciones de sabotaje callejero y atentados contra figuras de la izquierda; en tanto, las juventudes comunistas y socialistas, cuya fusión causó gran impresión, se organizaban desde el punto de vista militar. En las violentas discusiones de las Cortes, Calvo Sotelo se declaraba fascista y amenazaba con una asonada castrense. Desde Lisboa, el general Sanjurjo mantenía contacto con los oficiales complotados, que ya le trataban como jefe del Estado. El 12 de julio, cuatro falangistas asesinaron a tiros en plena vía pública a un oficial de la Guardia de Asalto, cuerpo creado por la República. Sus compañeros tomaron represalias contra Calvo Sotelo: en la noche lo sacaron de su casa por la fuerza y lo ultimaron a balazos. El gobierno no sabía cómo maniobrar. No se atrevió siquiera a prohibir las manifestaciones encontradas durante el entierro de las dos víctimas.

Del otro lado del Mediterráneo, la Guardia de Asalto de Marruecos descubrió que el ejército conspiraba en la Comisión Geográfica de Melilla e

intentó tomar cartas. Los legionarios neutralizaron a los guardias. Eran las 5 p. m. del 17 de julio de 1936. La Legión ocupó todos los edificios militares y civiles en Melilla, Ceuta, Tetuán y Larache; solo resistió el aeródromo de Tetuán. Los dos generales de más alta graduación no formaban parte del complot y fueron arrestados. También fue detenido en su domicilio el alto comisario civil del Protectorado. Algunos días más tarde sería ejecutado junto con los oficiales que rehusaron sumarse al golpe. “Al alba no habría de quedar en Melilla ni un rojo con vida” (Sarrionandia, 2012: 385).

Sobre las 6:10 a. m. del 18 de julio, llegó a Melilla un telegrama del general Franco: “Gloria al heroico Ejército de África. España, sobre todo. Recibid el saludo entusiasta estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor” (Sarrionandia, 2012: 382 y 385). Esa mañana Franco proclamó “el estado de guerra”, hizo público un manifiesto y a las 2 p. m. se subió al *Dragon Rapide*, un bimotor que esperaba por este minuto crucial desde el 14 de julio en la Base Aérea de Gando, en las Palmas de Gran Canaria. A petición del teniente coronel Yagüe, había sido alquilado en Londres por Juan March Ordinas, un negociante mallorquín inescrupuloso que se hizo millonario mediante el tráfico de armas, el contrabando de tabaco y marihuana, la especulación financiera; y la creación de la naviera Transmediterránea, con la que controlaba las comunicaciones entre las Baleares y Marruecos, y el tráfico de cabotaje del Levante.⁸ En la noche, Franco llegó a Casablanca y tomó el control del Ejército de África.

“Cuando el Ejército de África se sublevó, los curas tocaron las campanas en los pueblos para llamar a la incorporación, mientras los seminaristas se paseaban con pistolas bajo los hábitos. Los de Artajona sacaron los banderines requetés con bordados de la virgen de Jerusalén. Y la Iglesia impartió su bendición”. Desde el púlpito, el obispo de Cartagena

inflamó los ánimos: “Benditos sean los cañones si en las brechas que abran florece el Evangelio” (Sarrionandia, 2012: 389).

A partir del 18 de julio los golpistas conquistaron Castilla la Vieja (Valladolid, Burgos), Sevilla, Salamanca, León, Galicia, Álava y Navarra. Tomaron también Granada y Córdoba, en Andalucía; Zaragoza, en Aragón; Cáceres, en Extremadura; Mallorca en las Baleares:

Se trata, de hecho, de victorias de las guarniciones sobre las ciudades, quedando en la incertidumbre las zonas rurales que las rodean. El mapa, a finales de julio, presenta así una línea de partición (no un «frente») poco alejada de las ciudades (Cáceres, Ávila, Segovia, Teruel, Zaragoza, Huesca), lo que sugiere que las guarniciones fueron poco capaces de ocupar el terreno rural; y así Albacete pudo ser recuperada por los gubernamentales, y los pueblos aragoneses al este de Zaragoza cambiaron varias veces de manos. Quedan algunas lógicas topográficas: Madrid está protegido, ante Castilla la Vieja, por las crestas y los puertos del Guadarrama, que las pequeñas operaciones lanzadas por una parte y por otra, valientes y costosas, no pudieron franquear. El norte vasco-asturiano está protegido al sur por la cadena cantábrica. Estos frentes “naturales” determinarán amplias zonas de estabilidad.

[...]

El gobierno legal dispone de 21 capitales de provincia contra 29 de los sublevados; de 270.000 km² contra 230.000; de 14 millones de habitantes contra 10,5. Las zonas industriales y la mayor parte de los recursos mineros están en la zona gubernamental, que no ha quedado desprovista de recursos agrícolas (viñas, agrios, arroz), pero las grandes regiones cerealistas quedan en la zona sublevada. Sin embargo, sólo en la segunda mitad de la guerra la relación global producción alimenticia/población llegará a ser catastrófica para el campo republicano. Desde el punto de vista de la Hacienda, el

gobierno dispone de los recursos del Estado, principalmente del oro del Banco de España. Podrá comprar armas. El “Movimiento”, por su parte, encuentra grandes facilidades en los medios económicos internacionales (principalmente petroleros). La ayuda que al principio le ofreció Juan March [...] es suficientemente conocida (Vilar, 1986: 37-38).

Más de 200 oficiales republicanos fueron ejecutados en los lugares donde triunfó el golpe, entre ellos 21 generales. Con la mayoría del ejército en la conjura, el pueblo y las organizaciones de la izquierda reclamaron armas en los cuarteles. La República preservó Madrid, Cataluña, Vizcaya, Asturias –excepto Oviedo– y Valencia; al igual que la lealtad del 35 % de los oficiales de la aviación, quienes aseguraron los aeródromos militares y el 80 % de los aparatos. En la Armada, en la que los mandos jóvenes estaban más comprometidos con el “Movimiento”, la mayor parte de la oficialidad resistió con sus buques.

El 20 de julio, cuando abandonaba Lisboa para asumir la jefatura del golpe, Sanjurjo pereció en un accidente al despegar su avión. Ganó protagonismo entonces el general Enrique Mola, veterano de Marruecos y exjefe de los servicios policiales bajo la monarquía, quien había sido relegado a Pamplona, único sitio donde el golpe contaba con apoyo popular. Enemigo jurado del nacionalismo vasco, llevaba meses negociando el respaldo al pronunciamiento entre carlistas, tradicionalistas y falangistas en Madrid, Lisboa, San Juan de Luz, e incluso con José Antonio Primo de Rivera, encarcelado entonces en Alicante. Sanjurjo se pronunció en la mañana del 19 de julio, cuando en Navarra y Álava se pusieron bajo sus órdenes los requetés.⁹ Mola ejercía un verdadero control de la guarnición, después que el asesinato en el umbral de su cuartel del jefe de la Guardia Civil lo dejara sin ningún oponente de relevancia.

La comandancia de Marruecos empezó a reclutar mercenarios árabes en Gómara, Yebala, Ifni, el Sahara y hasta en el sur administrado por Francia.

La Legión, las Tropas de Regulares y los moros enrolados fueron concentrados en los cuarteles del Protectorado. Según se plantea, se alistaron 84.000 árabes de entre 15 y 50 años de edad: 68.000 procedentes de la zona administrada por España, 7.500 de la francesa y 9.000 del desierto del Sahara. A cambio de sus servicios recibirían cinco pesetas al día y una pensión para la viuda, si morían en combate; además, podrían quedarse con los dientes de oro de los cadáveres republicanos. No puede desconocerse que, dada la psicología y vivencia de los rifeños, este conflicto representaba "... la oportunidad de tomarse la revancha contra los españoles. Tras la derrota y la destrucción que habían sufrido en una guerra tan desigual, la posibilidad de matar españoles con cierta ventaja debía de resultar atrayente para muchos moros de Guelaya, el Rif, Gómara y Yebala". Pronto el Ejército de África superó los 100.000 efectivos (Sarrionandia, 2012: 386-387).

Franco envió una carta a Hitler con Johannes E. Bernhardt, representante de la firma H. & O. Wilmer en Tetuán, donde residía una importante colonia alemana conectada con el partido nazi. El 25 de julio Bernhardt abordó un Junkers de Lufthansa junto con el capitán Francisco Arranz Monasterio para viajar hasta Bayreuth, en Baviera, donde los esperaba el Führer. El conflicto constituía una oportunidad para Alemania: el modelo de desarrollo instrumentado mostraba signos de agotamiento y los estrategas del Tercer Reich llamaban a dirigir la planificación económica hacia la guerra. España contaba con las reservas de hierro demandadas por su industria aérea y las fábricas de armamentos, sin preocuparse por la falta de liquidez; a su vez, podían extender el cerco iniciado contra Francia a su frontera sur y dominar el Mediterráneo occidental, y con ello la línea de comunicaciones gala con sus colonias en el norte de África. Controlar la patria de Napoleón constituía un objetivo clave antes de lanzar la ofensiva hacia el Este para conquistar lo que Hitler había dado en llamar el "espacio vital" germano. Adicionalmente, podrían ofrecer

experiencia combativa a los pilotos de la Luftwaffe, practicar tácticas de bombardeo y poner a prueba su arsenal bélico (diferentes tipos de bombas y cazas de último modelo). Hermann W. Göring, comandante en jefe de la Luftwaffe y segundo hombre en la jerarquía nazi, insistía en que la II Guerra Mundial se libraría y ganaría en el aire.

Ese propio día 25 de julio, en Roma, Mussolini recibía al marqués Juan Ignacio Luca de Tena, emisario de Mola. El *Duce* prometió auxiliarlos con una condición: tenía que pedirlo el rey, pues no podía develar los planes de expansión fascista y la sublevación debía aparentar un objetivo de restauración monárquica. Alfonso XIII no tuvo inconvenientes, aunque nadie le permitió en ese instante, ni con posterioridad, el menor protagonismo.

El 28 de julio, Bernhardt regresó a Tetuán con una flotilla de veinte Junkers y constituyó la Compañía Hispano Marroquí de Transporte (Hisma), destinada a encubrir la operación de traslado del Ejército de África a través del estrecho de Gibraltar, pues volarían desde Tetuán hasta el aeródromo de Jerez de la Frontera, en el sur de Andalucía. Estaba por comenzar el primer puente aéreo de la historia... Tres días más tarde, Göring recibió a los enviados de Franco. Quería informarse sobre el estado de la sublevación y concretar el programa conjunto de explotación de hierro para enviar a Alemania.

Unos 10.000 efectivos del Ejército de África pasaron a la península gracias al puente aéreo germano-italiano. El 1.º de agosto comenzó la ofensiva hacia el norte. Fue nombrado como jefe de las Tropas de Regulares el coronel Mohamed el-Mizián, un marroquí formado en la Academia de Infantería de Toledo, que combatió a las órdenes de Franco en la campaña del Rif.

Franco llegó a Sevilla el 5 de agosto. De súbito, las calurosas noches andaluzas fueron testigo de la presencia de unos forasteros, jóvenes y rubios, vestidos con el uniforme blanco de los juegos olímpicos. Se trataba,

según decían los fascistas, de síndicos de una organización obrera alemana que hacían turismo. Nadie resultó engañado. Los partidarios de la monarquía y la Falange los ovacionaban a su paso por las calles. Formaban parte del primer contingente enviado por Hitler para consolidar la posición de Franco entre el resto de los golpistas. Sin perder tiempo, el Ejército Expedicionario de África y Sur de España –denominación que recibió el núcleo de tropas procedentes de Marruecos– avanzó hacia el norte, rumbo a Madrid, la plaza más importante de la nación.

Entre el 5 y el 14 de agosto, la columna motorizada de la Legión y las Tropas de Regulares, a las órdenes del teniente coronel Yagüe con 2.550 legionarios y 750 regulares, se dirigieron a Extremadura desde Andalucía. En su itinerario ocuparon Almendralejo, Mérida y Zafra. Todos esperaban un choque violento en Badajoz, junto a la frontera portuguesa, rodeada de murallas y donde las milicias se apoyaban sobre unidades militares leales a la República. El combate fue feroz y acabó en una matanza que causó gran impresión en Madrid y en el extranjero. “... asesinaron a unas 4.000 personas entre la plaza de toros, el cementerio y otros rincones de la ciudad. Para celebrar la Asunción fusilaron a un centenar. Como en un paseo de carnaval, decían que traían la reforma agraria, que le daban un pedazo de tierra a cada labrador, sin cobrarle renta y para siempre” (Sarrionandia, 2012: 391). Yagüe recibió el mote de “Carnicero de Badajoz”.

La toma de Badajoz aseguró la unión entre los ejércitos del norte, bajo el mando del general Mola; y los del sur, con Franco instalado en Cáceres. “No era aún la soldadura de la zona sublevada, puesto que faltaba el norte asturiano y el vasco. Pero cubría desde entonces toda la frontera portuguesa” (Vilar, 1986: 43).

Particularmente cruenta resultó la violencia clerical y anticlerical, enfrentadas sin contemplaciones. La mayor parte de los ataques anticlericales se produjeron durante las primeras semanas. Solo entre julio y agosto fueron ejecutados 2.894 católicos. “Se dio muerte a obispos y curas,

se «liberaron» monjas y se martirizaron objetos sagrados. Imágenes de santos, libros benditos y objetos de liturgia fueron ultrajados, destruidos y quemados en público. Habiendo católicos entre los republicanos y ateos entre los nacionales, la presión forzaba al disimulo y la simulación” (Sarrionandia, 2012: 390). Demasiadas pasiones encontradas, demasiado rencor... Pierre Vilar brinda algunas claves para comprenderlo:

La presencia del clero en las ceremonias, en el ejército, en las prisiones, en los paredones, simbolizó en sus aspectos más duros la unión de lo político y de lo religioso, del Estado y de la Iglesia. La vida personal del español (bautismo, casamiento, pautas de conducta...) dependió de nuevo del aparato eclesiástico (uniones recientes fueron anuladas); y el cura del pueblo o el canónigo catedralicio verificaron no solamente la asistencia a misa y la participación en los sacramentos, sino la presencia de medias en las piernas de las feligresas y de las turistas. Todo ello durará bastantes años. No todos los sacerdotes españoles habrán estado de acuerdo con esto; algunos, más tarde, me han contado sus escrúpulos. Pero otros estuvieron encantados. ¿Cómo habría podido ser de otra forma, cuando Franco –aunque su pasado no parecía anunciarlo– multiplicaba los signos de devoción exterior, se rodeaba de reliquias, devolvía a la Virgen del Pilar el uniforme de capitán general y se sumía en oración antes de las decisiones importantes en presencia de los más altos prelados (era su forma de consultarlos)? (Vilar, 1986: 73).

A los asesinatos y fusilamientos masivos en las plazas “liberadas” por la Falange o el Ejército de África se sumaban los espeluznantes cortejos de mujeres con cabezas rapadas y vestiduras rasgadas, a las que castigaban por su condición republicana, su afiliación a la CNT o su militancia socialista – y hasta por tener en la familia un hombre “rojo”. Les afeitaban el cráneo para despojarlas de feminidad y las ponían a desfilar por las principales

calles al compás de una banda de música, retorciéndose de asco, humillación y dolor por el efecto laxante del aceite de ricino tragado por la fuerza para que “arrojaran el comunismo del cuerpo”. Mediante golpes con fustas y palos les ordenaban saludar al estilo nazi o levantar el brazo con el puño cerrado gritando: “Somos comunistas”; en Herencia (Ciudad Real), Andalucía, les preguntaban la razón de tal martirio para que respondieran: “Por putas”. Les presentaban como un engendro de la República. Era la condena contra los primeros pasos de un modelo emancipatorio de género emprendidos en la República y un método de guerra psicológica destinado a aterrorizar a mujeres y hombres. Solo tres fotos se conservan como prueba de estos actos bárbaros, tomadas en Marín (Pontevedra), Galicia; Oropesa (Toledo), Castilla-La Mancha; y Montilla (Córdoba), Andalucía. Pero existen testimonios probados de muchachas ultrajadas en Sástago (Zaragoza) y el Alto Aragón, Aragón; Valencia de Alcántara, San Vicente de Alcántara y Albuquerque (Badajoz), Extremadura; Lucena (Córdoba), Alhambra (Granada), La Peña, Antequera y Ronda (Málaga), y localidades de Sevilla, Andalucía; Oropesa (Toledo) y Bolaños (Ciudad Real), Castilla-La Mancha; y en el País Vasco.

En el ínterin, a instancias de la diplomacia británica, Francia presentó una iniciativa en la Sociedad de Naciones que estipulaba el compromiso de no injerencia en los asuntos internos de España. Cada país debía comprometerse a impedir la exportación de cualquier clase de armas, aeronaves o buques de guerra a la península ibérica, y a mantener informados a los firmantes acerca de las medidas tomadas para hacer efectiva la prohibición. En un acto de cinismo sin parangón, el 18 de agosto, en el plenario, el representante alemán propuso vedar también el envío de voluntarios. De todos era sabido que Hitler y Mussolini habían puesto la fuerza aérea y la flota de sus dos naciones a disposición de los golpistas. Nadie se atrevió a mencionarlo. El proyecto recibió el apoyo de la mayoría de los Estados europeos y se aprobó ese propio día.

Mientras se discutía en Ginebra, los diplomáticos alemanes en Londres y París hacían su tarea. Para cumplir lo acordado se creó un Comité de No Intervención, que tendría a Gran Bretaña como sede. Lo integraron los embajadores de los países europeos acreditados en la capital británica y asumió su presidencia un alto funcionario del Foreign Office. Trataría los asuntos concernientes a la guerra de España y así prescindían de abordar el tema en la Sociedad de Naciones, evidente concesión al expansionismo ítalo-germano. El premier británico, Neville Chamberlain, había cortejado al Führer con la velada intención de encontrarle un enemigo poderoso a la URSS y temía verse envuelto en un conflicto si contrariaba sus ambiciones. Francia sintió cierto recato, pero se dejó arrastrar. En París el gobierno del Frente Popular, encabezado por el socialdemócrata Léon Blum, se negó a enviar las armas correspondientes a los acuerdos suscritos con anterioridad a este convenio con la República española.

Estados Unidos se abstuvo de participar en el Comité de No Intervención. Sus deliberaciones solo concernían a los europeos. Aunque la Administración Roosevelt proyectó una política oficial de absoluta neutralidad en el conflicto, entre telones ejerció presión, tanto en el territorio de la Unión como en América Latina, para obstaculizar el abasto de armas o víveres a la República; y la Texaco Oil Company junto con otros proveedores estadounidenses facturaban petróleo y bienes a los golpistas a través de Portugal o Alemania. Gran parte de los suministros de pertrechos y alimentos enviados a las tropas de Franco llegaban a los puertos portugueses, de donde eran trasladados a Burgos por la frontera común.

Ante la nueva coyuntura, la República se radicalizó. El 4 de septiembre Francisco Largo Caballero, viejo dirigente sindical socialista, fue convocado a formar gobierno e incorporó en su gabinete, por primera vez en la historia de España, a cuadros del Partido Comunista y a representantes de Cataluña y el País Vasco. Cuando estaba en riesgo la supervivencia del

Estado republicano, el Frente Popular dejó de ser una mera fórmula electoral y asumió el poder.

No demoró la respuesta del bando golpista. El 29 de septiembre de 1936 la Junta de Defensa Nacional, que concentraba todos los poderes del campo fascista y su representación internacional, nombró a Franco Generalísimo de los Ejércitos y jefe de Estado. Era un paso de rigor: poseía respaldo de Hitler y Mussolini, disponía del temible ejército africano y gozaba de influjo entre buena parte de la casta militar como director-fundador de la Academia de Zaragoza, formadora de la oficialidad élite hispana con una ideología ultrarreaccionaria.

La contienda tomó otro cariz. Establecido en Burgos, Franco organizó una ofensiva que tuvo como propósito generar el caos. Quienes llegaban a Madrid, procedentes de las zonas ocupadas por el ejército y los árabes, narraban los horrores presenciados: fusilamientos en masa, asesinatos, mutilaciones, violaciones... De acuerdo con un testimonio del periodista e historiador estadounidense John Whitaker, durante el otoño, en las proximidades de Navalcarnero, un municipio al sur de la Comunidad de Madrid, dos muchachas españolas fueron conducidas ante la presencia del coronel el-Mizián. “Una de ellas tenía un carnet sindical. Mizián ordenó que las llevaran a la escuela donde se tumbaban a descansar las tropas moras. Al oír los gritos y los aullidos, Whitaker protestó preocupado, a lo que Mizián respondió con una sonrisa: «No se preocupe, no creo que esas chicas vivan más de tres o cuatro horas» (Sarrionandia, 2012: 385). La prensa golpista se jactaba de tales atrocidades. Querían propagar una atmósfera de terror que paralizara la voluntad popular.

Alemania puso a su disposición la Legión Cóndor, constituida en la Luftwaffe para este conflicto. Nunca sobrepasó los 5.600 hombres sobre el terreno. Göring instauró un mecanismo rotatorio que garantizó aportar experiencia al mayor número posible de pilotos y oficiales de vuelo –casi todos sobre los 20 años de edad, que no participaron en la I Guerra

Mundial. Influidos por el libro de memorias *Tempestades de acero* (1920), de Ernst Jünger, o *La fe en Alemania* (1931), de Hans Zöberlein con prólogo de Hitler, de los que se vendieron en suelo teutón cientos de miles de ejemplares, contemplaban su misión “secreta” como una aventura regeneradora y viril; sin contar que recibían un salario superior al resto de sus compañeros y al arribar a la península ibérica eran ascendidos con un grado militar. De inmediato comenzaron a llegar pilotos, ingenieros de vuelo, artilleros de diferentes armas antiaéreas, técnicos de comunicaciones, instructores y mecánicos, e incluso tanquistas y brigadas antitanque. Se estima en 25.000 la cifra de los alemanes que participaron desde el principio de esta contienda y en su inmensa mayoría no mostraron escrúpulos en el cumplimiento de la misión. Una carta a su esposa del último comandante de la Legión, mariscal de campo Wolfram von Richthofen –uno de los artífices de la estrategia aérea nazi–, resulta ilustrativa: “La vida, el entorno, la comida, la gente, el país: todo repugnante” (Schüler-Springorum, 2014: 170).

A la Legión Cóndor se sumó el Corpo di Truppe Volontarie (Cuerpo de Tropas Voluntarias) organizado por orden de Mussolini con más de 20.000 oficiales y soldados del ejército regular, milicianos fascistas y un nutrido grupo de mercenarios reclutados en el depauperado Sur italiano con la promesa de una paga generosa; en total, 80.000 efectivos de infantería terrestre. Su mando tomó como centro de operaciones la isla de Mallorca, en el archipiélago de las Baleares, relativamente cerca de las costas de Cataluña. “El equipo trasladado ocupó sesenta y dos barcos: incluía 542 piezas de artillería, 105.000 fusiles, dos millones de bombas de mano, 140 millones de cartuchos y cerca de 4.000 vehículos [de transporte, blindados y tanques de guerra]” (Urteaga, Nadal y Muro, 2002: 285). Dominar este archipiélago contribuía al propósito ítalo-germano de interrumpir las líneas de comunicación entre Francia y sus colonias del norte de África, así como la ruta británica de suministros entre Gibraltar y Malta.

Ante el peligro inminente, el gobierno de la República se trasladó a Valencia y solicitó ayuda a la URSS, mientras preparaba la defensa de Madrid. Dolores Ibárruri, líder comunista conocida como “La pasionaria”, impregnó en el corazón del pueblo una consigna de lucha: “¡No pasarán!”. Largas filas de automóviles, trenes y aviones abandonaron la ciudad. Quedaron el Estado Mayor del Ejército Republicano, las milicias populares y las Brigadas Internacionales, constituidas con voluntarios de 54 países. Era el 6 de noviembre de 1936.

La propaganda a favor de la República se había extendido entre los sectores más progresistas de todo el planeta –una generación de intelectuales había acudido a Marx y a Engels en busca de respuestas a la Gran Depresión, sobre todo a partir de que un núcleo reducido de profesores y estudiantes con ideas comunistas empezara a estudiar materialismo dialéctico en la Universidad de Cambridge.

Mucho tuvieron que ver con ello la épica de la Revolución de Octubre, que con Lenin a la cabeza estremeció al mundo, y los resultados socioeconómicos de la URSS. Los bolcheviques impulsaron el desarrollo de aquel país gigantesco, atrasado y empobrecido, en medio de un cruento cerco por parte de las potencias imperiales. Entre 1928 y 1937 un acelerado proceso de industrialización le permitió dar un gran salto. Fueron construidas más de 45.000 fábricas y la industria pesada creció en relación con el resto de la producción fabril del 31 % al 63 %. A su vez, el Estado garantizó el seguro social y declaró gratuitas la salud pública y la enseñanza. Se crearon redes de bibliotecas populares y se estableció una gran novedad: la coeducación. En apenas dos décadas setenta millones de adultos aprendieron a leer y escribir, al tiempo que se multiplicaba el número de graduados universitarios y de la enseñanza politécnica.

También implicó una transformación radical en las relaciones de género. Al eliminar las viejas formas de familia y economía doméstica, se avanzó en la emancipación de la mujer con una agenda defendida desde antes del

triunfo revolucionario por un grupo de líderes feministas entre las que sobresalieron Alexandra Kollontai, Inessa Armand, Nadezhda Krúpskaya (esposa de Lenin), Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo. Un paso inédito fue concederles el derecho al voto y la posibilidad de incorporarse a la vida política y sus instituciones, hasta entonces privativo solo de las reinas (con escasas protagonistas) y las abadesas. Kollontai, comisaria del pueblo para la Asistencia Pública, fue la primera mujer en la historia en formar parte de un gabinete gubernamental. Lo decretado en materia jurídica tendría un significado de amplio alcance:

... se legisló sobre el matrimonio y la familia, reconociendo el derecho al divorcio por acuerdo de ambas partes o a petición de una de ellas. Se anuló la diferencia de derechos entre hijos legítimos e ilegítimos y, sobre todo, siguiendo a Kollontai se puso en marcha la protección estatal a la asistencia materno-infantil. Se establecieron los permisos de maternidad pagados (todavía a debate en USA durante la campaña electoral entre Clinton y Trump). Se crearon guarderías infantiles y se reconoció por primera vez el derecho al aborto con asistencia médica. Se enfrentó el problema de la prostitución, defendiendo el derecho a un puesto de trabajo digno para todas las mujeres (Capellín y Rodríguez, 2017: 146-147).

Ciencia, razón y progreso –sin renunciar a valores tradicionales de la cultura rusa– fueron desafíos clave en los propósitos emancipatorios de la nación. El crecimiento social y económico de la URSS en medio de la borrasca resultó impresionante. Y aunque en 1936 se prohibió otra vez el aborto y, poco después, la coeducación y el divorcio, aquella nación semifeudal experimentó una mejoría de las condiciones de vida de sus hombres y mujeres en términos de igualdad y justicia social nunca antes vistos en la historia universal, aun cuando “... no pudieron crearse las

condiciones materiales, culturales y políticas del socialismo que Marx vislumbró” (Rojas, 2015: 13).

Se puso de moda la idea de que el marxismo era una visión del mundo que englobaba el cosmos natural y la historia humana. Viejos y nuevos naturalistas, y los marxistas que emergieron, hicieron suya la teoría tal como Engels la concibió. Ello tuvo un alcance notable en los tres mayores polos de investigación de las ciencias naturales: Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El número de científicos eminentes de ideas comunistas, simpatizantes o vinculados a la izquierda radical, se multiplicó. Por citar un ejemplo: “... de los 200 mejores científicos británicos de menos de cuarenta años, en 1936, quince eran miembros o afines al Partido Comunista, cincuenta activamente de la izquierda o centro, un centenar pasivamente simpatizantes de la izquierda, y el resto neutrales, con quizá cinco o seis en el bando excéntrico de la derecha”. La fuerza moral, el ímpetu, la capacidad de sacrificio y a menudo el heroísmo de los comunistas generaron simpatías y confianza entre el resto de la intelectualidad:

En política hoy en día no hay nadie que valga nada fuera de las filas de los liberales, excepto la generación de comunistas intelectuales de posguerra de menos de treinta y cinco años. También ellos me gustan y los respeto. Quizás en sus sentimientos e instintos sean lo más cercano que tenemos al típico caballero inglés inconformista que se marchó a las cruzadas, que hizo la Reforma, luchó en la Gran Rebelión, conquistó nuestras libertades civiles y religiosas y humanizó a las clases obreras del siglo pasado –declararía John Maynard Keynes, en 1939 (Hobsbawm, 2015: 296 y 302).

Por el contrario, la alternativa defendida por la derecha como vehículo internacional para salir de la crisis fue el fascismo. La actitud beligerante de fascistas, nazis y falangistas, vertientes de idéntica orientación ideológica, convirtió su derrota en un asunto de vida o muerte. “Si el contraste entre el

derrumbe del capitalismo y la planificada industrialización socialista hizo que algunos intelectuales se decantasen hacia el marxismo, el triunfo de Hitler, una evidente consecuencia política de la crisis, hizo que muchos de ellos se convirtiesen en antifascistas” (Hobsbawm, 2015: 272-273).

Guernica: un experimento de guerra...

Era evidente que se gestaba una nueva edición de la guerra mundial y España sería su polígono de prueba. A excepción de la URSS –baluarte del movimiento internacional antifascista– y el México presidido por el general Lázaro Cárdenas, ningún gobierno prestó ayuda a la República. La coyuntura configuraba un problema profundo. Ante el decadente cuadro exhibido, prácticamente el universo de la intelectualidad dio por sentado que las democracias liberales serían incapaces de contener al fascismo. Estaba en jaque el futuro de la civilización...

Entonces se produjo la mayor movilización internacional espontánea contra el fascismo. Miles de voluntarios –la mayoría trabajadores anónimos; de ellos, 1.412 cubanos– viajaron a España para defender la República. Más que la naturaleza política del régimen que se instauraría al terminar el conflicto, lo que importó a la mayoría fue derrotar a un Franco sostenido por Hitler y Mussolini. Artistas, escritores, periodistas y profesores universitarios se alistaron como combatientes de las Brigadas Internacionales. En respuesta a la crisis universal se fraguó un desplazamiento de la intelectualidad desde el individualismo y el conformismo hacia el antifascismo; no pocos transitaron a posiciones revolucionarias. Romain Rolland, Heinrich Mann y Arnold Zweig, antes críticos de la política interna de Stalin, hicieron causa común con la defensa soviética. Fue decisivo su aporte en el orden simbólico y también por su liderazgo de opinión y presencia en el cine, el teatro, los medios de prensa, la industria editorial... A los comunistas se unieron la izquierda radical, los anarquistas, los socialdemócratas y un segmento republicano de la derecha. Podían discrepar, y discreparon mucho, pero los imantaba un propósito que pusieron por encima de sus concepciones ideológicas:

Si el fascismo acababa con Marx, también acabaría con Voltaire y John Stuart Mill. El fascismo rechazaba el liberalismo en todas sus formas tan implacablemente como el socialismo y el comunismo. Rechazaba toda la herencia cultural de la Ilustración del siglo XVIII junto con todos los regímenes surgidos a raíz de las revoluciones francesa y americana, así como los liberales y los comunistas de la Revolución Rusa; estaban inevitablemente presionados en el mismo bando.

Es imposible comprender la reticencia de los hombres y las mujeres de la izquierda a criticar, o incluso a admitir para sus adentros, lo que estaba sucediendo en la URSS en aquellos años, o el aislamiento de aquellos de la izquierda que criticaban a la URSS, sin esta sensación de que en la lucha contra el fascismo, el comunismo y el liberalismo estaban, en un sentido profundo, luchando por la misma causa, por no mencionar el hecho aún más obvio de que ambos se necesitaban el uno al otro y que, en las condiciones de la década de 1930, lo que Stalin hacía era un problema ruso, por más estremecedor que fuera, mientras que lo que hacía Hitler era una amenaza general. Esta amenaza se plasmó inmediatamente a través de la abolición del gobierno democrático y constitucional, de los campos de concentración, de la quema de libros y de la expulsión o emigración masiva de disidentes políticos y judíos, entre ellos la flor y nata de la vida intelectual alemana. Lo que hasta entonces el fascismo italiano solo había insinuado, ahora se hacía explícito y visible incluso para el más corto de vista (Hobsbawm, 2015: 273-274).

En la medianoche del 6 al 7 de noviembre de 1936 comenzó la ofensiva golpista contra Madrid. El 8 desfilaron por esa capital las primeras formaciones de las Brigadas Internacionales. Se batieron con tanta fe y dignidad, "... que el efecto psicológico fue considerable en un enfrentamiento en el que los valores simbólicos desempeñaron un gran

papel” (Vilar, 1986: 45). No habían transcurrido 48 horas cuando llegaron los primeros tanques y cazas soviéticos (los “Moscas”) –pagados por la República con el oro depositado en el Banco Central de España, dado el cerco financiero extendido por Europa. Muchos comunistas y revolucionarios soviéticos imbuidos por las ideas de Lenin se enrolaron como combatientes en esta guerra, a pesar de que el Ejército Rojo no tuvo participación.

El 18 de noviembre Alemania e Italia proclamaron el reconocimiento oficial del gobierno franquista y designaron embajadores en Burgos. El 20, luego de un juicio en el que resultó condenado a la pena máxima por el delito de alta traición, fue fusilado el jefe de la Falange Española José Antonio Primo de Rivera.

Ni las fuerzas atacantes ni los medios de la prensa internacional dudaban del desenlace en Madrid; todo estaba previsto para su ocupación: la depuración, el avituallamiento, las ceremonias... Franco contaba con el rápido reconocimiento diplomático. “Aquí se sitúa la segunda sorpresa del gran enfrentamiento español: Madrid no fue tomado”. Previó entonces una larga contienda. “Organizó la movilización en su zona, la formación de mandos por instructores alemanes, el entrenamiento de los soldados, la colaboración, bajo mando autónomo, de una infantería italiana, de una aviación alemana” (Vilar, 1986: 45).

Fracasados los intentos de conquistar Madrid, a instancias de las cancillerías británica y francesa comenzó a manejarse una iniciativa mediadora conducente a un plebiscito que permitiera al pueblo español expresar su voluntad en las urnas. El memorando enviado por el Foreign Office a Washington, Berlín, Roma, Moscú y Lisboa, el 3 de diciembre de 1936, propuso establecer la negociación sobre la base de subordinar cualquier consideración política al interés supremo del mantenimiento de la paz, la renuncia por parte de Alemania, Italia, Portugal, la URSS, Gran Bretaña y Francia a cualquier acción que pudiera conducir a una

intervención extranjera en el conflicto, el establecimiento de un control efectivo sobre el material de guerra en el Comité de No Intervención y el alivio de las condiciones deplorables prevalecientes en España.

El 10 de diciembre se hizo pública la iniciativa. Alemania respondió 48 horas después: el reconocimiento del gobierno de Franco definía su posición, no estaba de acuerdo con el plebiscito. Italia fue menos concluyente, aunque se mostró escéptica, dado el "... predominio de las tendencias anárquicas en el bando rojo y los actos de crueldad perpetrados". La URSS respondió estar preparada "... para asociarse en el esfuerzo de poner fin al conflicto por medio de una oferta de mediación y a entrar en conversaciones con los gobiernos de otras potencias para discutir la forma en que habría de realizarse"; Portugal no aceptó "... ningún arreglo que pudiera significar un gobierno rojo en España". El embajador británico en Argentina le pidió al secretario de Estado norteamericano Cordell Hull, quien asistía a la Conferencia Panamericana de Buenos Aires, introducir el tema en el cónclave, pero Hull le respondió que Roosevelt le había dado la indicación de respaldar cualquier iniciativa anglo-francesa, mas la percepción en Sudamérica acerca de este conflicto generaba contradicciones: la mayoría estaba a favor de los insurgentes; otros, como México, a favor de la República: "No parecía factible entonces proponer una gestión de tal tipo en la Conferencia, a no ser que surgiese espontáneamente de la misma" (Marquina, 2006: 232-233).

Nadie condenó la actuación violatoria por parte de Alemania e Italia del acuerdo de la Sociedad de Naciones. Y cuando se hicieron evidentes las dificultades de los fascistas para derrotar a la República, pese a controlar la mayor parte del país, las potencias cerraron el paso a la solidaridad internacional. El 2 de enero de 1937 un acuerdo suscrito entre Londres y Roma excluyó cualquier modificación del *statu quo* en el Mediterráneo. Mientras el enviado de Mussolini lo firmaba, nuevos contingentes del Corpo di Truppe Volontarie arribaban a España; para entonces los golpistas

debían disponer de medio millón de hombres, quizá dos veces más de los que tenían sus adversarios. Francia, por el contrario, el 19 de enero clausuró su frontera a quienes intentaban unirse a las Brigadas Internacionales.

Una guerra aérea planificada –y ejecutada racionalmente– por el mariscal de campo Wolfram von Richthofen se encargó de sembrar el terror mediante la destrucción masiva de ciudades. Están para atestiguarlo la incursión sobre el pueblo cordobés de Bujalance (190 muertos), la masacre de la carretera de Málaga, las veintitrés pasadas sobre Albacete, el bombardeo de Jaén... Para entonces los fascistas disponían de 340 aviones; de ellos, 303 de origen alemán o italiano. Pese a todo, Valencia, Barcelona y Bilbao se habían convertido en plazas inexpugnables y en objeto de la furia fascista.

A finales de marzo de 1937, Mola dirigió un ultimátum a los vascos: "ÚLTIMO AVISO. He decidido terminar rápidamente la guerra en el norte de España. Quienes no sean autores de asesinatos y depongan las armas o se entreguen serán respetados en vidas y haciendas. Si vuestra sumisión no es inmediata arrasaré Vizcaya empezando por las industrias de guerra. Tengo medios sobrados para ello. GENERAL MOLA" (Sarrionandia, 2012: 399). Y lanzó el ataque...

En torno a las 8:30 a. m. del 31 de marzo, mientras se oficiaba misa –“entre la segunda y tercera campanilla de la consagración, según recordó el monaguillo de la iglesia de Santa María–”, cinco bombarderos y nueve cazas de la *Aviazione Legionaria* irrumpieron en el cielo de Durango y, solo en el primer golpe, descargaron 80 bombas de 50 kg. Un hongo denso y gris cubrió el pueblo tras el ataque de los *Savoia-Marchetti 79*, que esa mañana arrojaron 11.940 kg de explosivos (Sarrionandia, 2012: 401 y 614). Sobre las 17:45 p. m. retornaron con otros 3.000 kg de bombas, mientras en vuelo rasante los cazas ametrallaban a la gente que intentaba huir por los campos. Podía mirársele a los ojos a los pilotos italianos, observar su rostro mientras operaban como si se tratase de un simulacro. Nada tenían que temer en la

operación contra una plaza indefensa. El terror se apoderó de sus pobladores toda esa jornada; al final, yacían 330 cadáveres bajos los escombros o desparramados en las huertas.

Ya en abril, Mola decidió asestar el golpe definitivo y eligió un blanco de especial significado: Guernica, donde el 7 de octubre de 1936 –bajo las sombras de su roble sagrado– el presidente José Antonio Aguirre había jurado fidelidad a las instituciones vascas, después que las Cortes de la República aprobaran el Estatuto definitivo de Euskadi. Antes de la guerra, la villa tenía 6.600 habitantes. Luego del 18 de julio acogió como refugiados a 2.000 evacuados de Guipuzcoa, tras la entrada a esa región de los golpistas. Guernica vivía del comercio en un clima de tranquilidad, solo alterado los lunes, día de feria, cuando acudía la gente de los contornos – algunas veces llegaban entre 4.000 y 5.000 vecinos. La villa disponía de tres fábricas con 600 obreros en total: Unceta y Cía., fabricante de las pistolas Astra 400 de 9 mm; Amurrio y Cía. producía cubiertos y vasijas de cocina; la Industrial Vizcaína elaboraba alpargatas. Estaba a unos 20 km del frente. Tanto el Convento de las Clarisas como el Colegio de los Agustinos se habilitaron como cuarteles de cuatro batallones vascos defensores de la República, pero no se dejó de celebrar misa cada día. También disponía de un hospital de campaña y no contaba con defensa antiaérea.

Con frecuencia numerosos cazas golpistas cruzaban el cielo de Guernica. Una posta permanente en el monte Koznoaga anunciaba con banderas o disparos de arma y cohetes la aparición de un avión intruso; otra ubicada en la torre de la iglesia de Santa María, con teléfono directo a la Gobernación de Bilbao, tras recibir la señal alertaba mediante toques lentos de campanas en caso de señal de alarma y repiqueo si había peligro. Las sirenas de las fábricas avisaban con su pitido cuando los aviones se alejaban.

De acuerdo con lo convenido por la coalición fascista, el bombardeo se ejecutaría el lunes 26 de abril, día de mercado, siguiendo la práctica

habitual en la guerra del Rif. Sobre las 11 a. m. pudo divisarse el cielo cruzado de aviones por el Este, sobre Mendata y Arbácegui, dos poblados cercanos a Guernica. Muchos temieron que pudiera producirse un bombardeo aquel día en la villa, donde contaban con seis refugios cuya construcción estaba terminada y seis en vías de construcción, además de otros pequeños refugios en casas particulares; entre todos podían albergar de 3.000 a 3.500 quinientas personas. Los más preocupados obtaron por salir a las afueras y el alcalde José de Labauria decidió prohibir el juego de pelota que cada tarde de lunes se efectuaba en el frontón. El trajín del pueblo no se detuvo, aunque por prevención algunas tiendas cerraron.

El cielo estaba despejado. A las 3 p. m. pasó un caza de reconocimiento. Al volar bajo, su piloto debió de observar muchas personas. Entre sus habitantes y los forasteros en la feria, se calculan aquella tarde unas 10.000 personas en Guernica. A las 4:15 p. m. un Heinkel He 51 arrojó seis bombas de 10 kg sobre el centro de la villa. Le siguió una escuadrilla de ocho Junkers Ju-52 que destruyó el sistema de bombeo de agua; minutos después se incorporó una agrupación de cazas de la *Aviazione Legionaria*. El ruido de sirenas y campanas que instaban a refugiarse se mezcló con las explosiones, los gritos de pánico, la desesperación... Las irrupciones continuaron en formación de tres. Se alternaban en aproximaciones sucesivas para lanzar la carga en racimos; se alejaban y regresaban con más. En una segunda fase ametrallaron y bombardearon en círculo, con la intención de generar un perímetro de fuego a la redonda de la villa que impidiera abandonarla. Para la tercera fase se unió una flotilla de Junkers Ju-52 procedente de Burgos, que arrojó gran cantidad de bombas destructivas de 250 kg y miles de incendiarias. Sumaban ya 59 los aviones participantes en la correría. A las 5:55 p. m. generaron otro círculo de fuego. Las víctimas tenían que morir enterradas bajo los escombros, incineradas o ametralladas.

La intencionalidad aniquiladora de la operación iba más allá del objetivo sobre aquel blanco simbólico: constituía un ensayo táctico para la II Guerra Mundial. Cuando los aviones se alejaron, agotados y sin proyectiles, eran las 7:40 p. m. Guernica parecía una antorcha, cuyas elevadas columnas de humo notificaban la tragedia a gran distancia. Habían empleado contra ella 31.000 kg de explosivos, arrojados desde una altura de entre 600 a 800 metros. Cuando los sobrevivientes regresaron del monte o pudieron salir de sus refugios se enfrentaron a un cuadro que los hizo experimentar una mezcla de incertidumbre, dolor y rabia:

... todo estaba lleno de escombros, muchas casas ardían y otras se estaban derrumbando. La gente, despavorida, alocada, entre lloros y gritos, corría en todas las direcciones, huía a las afueras. Entre escombros había muchos cadáveres de personas que fueron ametralladas por los aviones caza. Los que estaban en el refugio situado entre Artekale y Barrenkale (cabían en él unas 450 personas) fueron muertos todos, a consecuencia de una bomba que cayó en la carnicería Ribera y derribó el edificio a cuyo costado estaba adosado el refugio, desplomándose este sobre los allí refugiados. Unos individuos que huían a las afueras, cuando empezó el bombardeo se echaron al agua desde el puente de Rentería, y allí, en el agua, fueron ametrallados por los aviones caza y muertos en número de dieciséis, de veintitrés que eran los que saltaron al río. En Asilo Calzada (hospital) cayó una bomba, alcanzando el pabellón de ancianas, en donde perecieron las veinticuatro ancianas que había. En las inmediaciones de la carretera que sube de Guernica a Lumo estaban muertos y mutilados unos cuantos individuos (uno de los testigos me aseguró que contó trece; otro me dijo que él había visto siete). En la población urbana céntrica de Guernica quedaron ilesos tan sólo los siguientes edificios: la casa de la viudad de Olazabal, la de los

Allende-Salazar (hermanos: Juan y Ángeles), la iglesia de Santa María (la casa cural adosada a ella se quemó encendida por bombas incendiarias) (Labauria, 1938).

Durante 72 horas se recogieron y desenterraron cadáveres entre los escombros. De acuerdo con la cifra oficial del Gobierno vasco, fallecieron 1.654 personas –a las que deben añadirse otras 450 a 500 que perdieron la vida en el refugio del templo de Andra Mari–, y 889 heridos. A nadie se le ocurrió allí tomar represalias contra los franquistas supervivientes; sin que importara la filiación ideológica, todos se brindaron ayuda. Tres años demoraría retirar los 91.000 m³ de escombros en que fue convertida Guernica. Franco ordenó a la prensa transmitir que había sido incendiada con gasolina por “los rojos separatistas”.

“Guernica ha sido arrasada hoy por razones de guerra, con el más extremo salvajismo. Hombres jóvenes, niños, sacerdotes, una masa católica ha sido ametrallada por aviones católicos al servicio del catolicismo”, escribió el propio 26 de abril el escritor francés François Mauriac (Sarrionandia, 2012: 401). El 27 la noticia saltó a la primera plana de la prensa mundial. *The New York Times* publicó 63 artículos entre el 26 de abril y el 14 de julio; *La Vanguardia*, 93 –72 de ellos antes de que Picasso colocara su sobrecogedor lienzo en la Exposición Universal de París. Frente a la falsedad de Franco, la República solicitó una investigación por parte del Comité de No Intervención. Los cancilleres de Alemania e Italia dinamitaron la iniciativa. Esgrimieron “... que los muertos en Guernica «ciudad de segunda o tercera importancia» no eran muchos y que, por consiguiente, este hecho no merecía una atención especial”. Contaron con la complicidad de Gran Bretaña y Francia. En España se instauró el silencio, se penalizó hablar de lo ocurrido. Una anécdota contada por Xabier Irujo lo ilustra:

Un nuevo párroco fue destinado a Gernika tras el bombardeo, encargado de perpetuar la historia del incendio. Un día tras otro

el sacerdote repetía desde el púlpito la misma historia a los fieles, muchos de los cuales acudían a diario a misa. Tras un tiempo, dos de estas mujeres comentaron al sacerdote en privado que ellos no habían quemado Gernika y que la villa había sido bombardeada. Un día después se presentaron las autoridades ante las puertas de ambas. Allí se les rasuró y se les dio de beber aceite de ricino. Posteriormente fueron paseadas a través de Gernika durante todo un día. Cumplieron una pena de 27 meses en prisión. Así aprendieron a repetir que Gernika había sido pasto de las llamas (Ruiz, 2017).

Dos meses más tarde, del 4 al 17 de julio se efectuó el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en Valencia y Madrid, aunque se desarrollaron actividades en Barcelona y París —en esta última los días 16 y 17. Asistieron 200 escritores de Europa y América, que representaban variadas tendencias estéticas y un amplio abanico dentro de la izquierda, con diferentes grados de compromiso. Entre los de mayor renombre estaban Anna Seghers, de Alemania; André Malraux, de Francia; Alexis Tolstoi, de la URSS; Langston Hughes, John Dos Passos y Ernest Hemingway, de Estados Unidos; Pablo Neruda y Vicente Huidobro, de Chile; Juan Marinello, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, de Cuba; César Vallejo, de Perú; Antonio Machado, Miguel Hernández, Rafael Alberti y León Felipe, de España; “... comprendían todos que, en ese momento, decisivo de la historia, en España se estaba dilucidando el destino del hombre y, junto a él, la supervivencia de una cultura construida a lo largo de un empeño secular. Se bordeaba una tragedia de dimensiones incalculables. En esa circunstancia, no había lugar para la neutralidad. El silencio se constituía en complicidad del crimen” (Pogolotti, 2017: 2).

El 4 de julio se realizó el acto inaugural en el abarrotado salón del Ayuntamiento de Valencia. Cuando el Comisario General del Ejército Republicano lamentó las ausencias irreparables, mencionó al escritor cubano-puertorriqueño Pablo de la Torriente Brau, caído durante la

homérica defensa de Madrid el 19 de diciembre de 1936. El cónclave, presentado por la prensa de izquierda como la “Internacional de las Letras”, se erigió en tribuna de la solidaridad antifascista y el compromiso con la justicia social. A diferencia de la mayoría de los gobiernos del mundo, negados a aceptar lo que se veía venir, los delegados apreciaron la guerra de España como el preludio de un holocausto ya demasiado cercano. Muchos se incorporaron como soldados a las Brigadas Internacionales.

¿Estaban equivocados? Tres días después de inaugurado el congreso, el 7 de julio de 1937, tras un incidente provocado en el puente Marco Polo, en Manchuria, Japón invadió el nordeste de China. Y luego de engrasar su maquinaria bélica en España, en marzo de 1938 Alemania ocupó Austria; a continuación, se lanzó sobre Checoslovaquia para despojarla de los Sudetes, donde estaba enclavada la más próspera planta industrial checoslovaca – minas de carbón, fábricas de vidrio y de artículos de lujo, y la industria Skoda de armamento pesado (tanques de guerra, proyectiles, automóviles...). Desde 1934 el partido nazi en los Sudetes lideraba un movimiento separatista, respaldado por casi el 90 % de aquella población montañesa y germanófona de poco más de dos millones de habitantes, a la que Checoslovaquia intentaba someter a un nacionalismo acelerado, incluida la imposición de la lengua checa. El ejército alemán desplegó tropas en la frontera y las discrepancias escalaron. Desde Praga se decretó el estado de excepción. Hitler no esperó más. En septiembre anunció que el Gobierno checoslovaco no era capaz de proteger los derechos de la minoría alemana y demandó incorporar el territorio al Tercer Reich.

Múnich sirvió de sede a la reunión que sostuvieron al respecto Hitler y Mussolini con los primeros ministros de Gran Bretaña, Neville Chamberlain, y de Francia, Édouard Daladier. A la delegación de Praga no la dejaron entrar a la sala de reuniones, ni siquiera en carácter de observadora. Ese día se firmó el Tratado de Múnich, que despojó a Checoslovaquia de los Sudetes y estableció la evacuación por parte de la

administración checa entre el 1.º y el 10 de octubre, sin dismantelar ni destruir sus industrias e instalaciones militares. Un comunicado que se redactó en alemán, italiano, inglés y francés –idiomas de los cuatro protagonistas– anunció el acuerdo y sus términos. Chamberlain y Daladier recibieron la encomienda de comunicar la resolución a los funcionarios checos que aguardaban espantados en la antesala. Era el 30 de septiembre de 1938.

Otra vez la URSS protestó en solitario en la sede de la Sociedad de Naciones, donde el 21 de septiembre solo se escuchó la voz de su representante:

Es nuestra intención cumplir las obligaciones emanadas del pacto y dar junto con Francia la ayuda a Checoslovaquia que nuestras posibilidades nos permitan ofrecer. Nuestro Ministerio de Guerra está dispuesto a participar inmediatamente en una conferencia con representantes de los Departamentos de Guerra de Francia y Checoslovaquia, con el fin de discutir las medidas adecuadas al momento... Hace solo dos días que el gobierno checoslovaco realizó una consulta formal a mi gobierno para saber si la Unión Soviética está preparada, de acuerdo con el pacto Soviético-Checoslovaco, para proporcionar a Checoslovaquia ayuda efectiva e inmediata si Francia, fiel a sus obligaciones, proporciona ayuda similar, a lo cual mi gobierno dio una respuesta clara y afirmativa (Churchill, 1950: 279).

No obtuvo apoyo. Incluso Roosevelt y el papa Pío XI expresaron satisfacción por el pacto. A su regreso a Londres y París, Chamberlain y Daladier fueron aclamados como salvadores de la paz. “Qué horrible, qué fantástico, qué increíble sería que tuviésemos que cavar trincheras y ponernos máscaras antigás a causa de una querrela que afecta a un país lejano, entre gentes de las que nada sabemos...”, manifestó ante las cámaras de la BBC el premier británico el 1.º de octubre de 1938 (Solé, núm. 46,

1978: 62). Cuatro días más tarde, el 5 de octubre, Francia reconoció la soberanía italiana sobre Etiopía y procedió al nombramiento de un embajador en Roma.

Alemania tomó posesión de los Sudetes el 10 de octubre. En apenas seis meses los nazis ocuparon Austria y los Sudetes sin sentir el peso de la condena internacional. La estrategia de guerra política desplegada por Hitler le había permitido a Alemania recuperar el dominio de Europa Central y su popularidad nacional se multiplicó, sobre todo, entre la clase media. Ese propio 10 de octubre, en la ciudad de Viena, Polonia y Hungría se sumaron a la depredación: la primera se adueñó del distrito de Teschen; la segunda, de una porción de Rutenia. A Checoslovaquia le arrancaron sus principales industrias y le desarticularon su sistema ferroviario. El presidente Edvard Beneš se exilió en Londres. El sacerdote católico Jozef Tiso, líder del ilegal Partido del Pueblo Eslovaco, pactó con Hitler. Alemania obtuvo un enorme potencial económico. Una quinta parte de las armas que usó en la II Guerra Mundial fueron fabricadas en Checoslovaquia.

Hasta el Pacto de Múnich, una parte de la humanidad creyó posible evitar la guerra articulando un vigoroso frente antifascista entre Estados y pueblos. A medida que las agresiones avanzaron se hizo evidente que el conflicto era inevitable; un individuo de personalidad esquizofrénica conducía Alemania. “Es imposible comprender la oleada internacional de apoyo a la República Española, en 1938, sin este sentido de que las batallas libradas en aquel apenas conocido y marginal país de Europa eran, en el sentido más específico, batallas por el futuro de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Italia, etc.” (Hobsbawm, 2015: 273).

La República española quedó aislada. Japón, Hungría, Turquía, Rumanía, Grecia, Portugal y el Vaticano habían reconocido a Franco al nivel de embajadores, y en septiembre la Sociedad de Naciones aprobó una resolución que exigía la retirada de los extranjeros que luchaban en el país.

Contó con el consentimiento de los republicanos, en el entendido de que se marcharían la Legión Cóndor y el Corpo di Truppe Volontarie; la URSS interrumpió el suministro de armas. Nada más alejado de los planes fascistas. Después de romper las líneas que defendían las posiciones del Ebro, la coalición hispano-germano-italiana se lanzó con toda su infantería y más de 500 aviones sobre Cataluña –último reducto importante de la República en el norte de España–, que cayó en enero de 1939.

Ante la presión de la opinión pública, Édouard Daladier se vio forzado a abrir la frontera y acoger la masa republicana que, huyendo del fascismo, emprendió la travesía del dolor, el abandono, la injuria... Del 5 al 15 de febrero pasaron al departamento galo de los Pirineos orientales 353.107 personas, sobre todo a pie. Familias enteras con sus propiedades a cuestas, combatientes de la 130.^a Brigada Mixta del Ejército Popular y de las Brigadas Internacionales que lucharon en el Frente del Ebro, integrantes del gobierno republicano. Luego de llegar a Gerona tenían que comenzar la ruta cuesta arriba por empinadas montañas cubiertas de nieve y con un frío intenso, desfallecidos; solo empujados por el instinto de sobrevivencia. Desde mucho antes había empezado el flujo de españoles hacia la parte francesa y para entonces sumaban 440.000: 170.000 ancianos, mujeres y niños, 220.000 soldados y milicianos, 40.000 inválidos o mutilados y 10.000 heridos. Los concentraron en las inmediaciones de la frontera en campamentos improvisados en la costa, sin electricidad, con barracones de madera y lona levantados por los propios inmigrantes, cocinas improvisadas y letrinas excavadas en la arena. La disentería, el tifus y la sarna multiplicaron la mortalidad. Y el hambre acechando todo el tiempo. No pocas madres –desoladas y vulnerables–, debieron mendigar alimentos o prostituirse para alimentar a sus hijos; avergonzadas, con la mirada seca perdida en el vacío...

El 27 de febrero, Gran Bretaña y Francia reconocieron a Franco. Dos semanas después, el 13 de marzo, Tiso impuso en la Asamblea eslovaca una

proclama de independencia redactada en Berlín –más adelante fue nombrado jefe de Estado de este régimen–, escaparate proyectado por Hitler como ejemplo de los beneficios reportados por su sombrilla. De Bratislava saldría la División Eslovaca de la Wehrmacht: “Y así como la población checa será una de las más castigadas durante la guerra, los eslovacos disfrutarán de un relativo elevado nivel de vida y de tranquilidad en medio de una Europa en llamas” (Solé, núm. 46, 1978: 75). Chamberlain anunció en la Cámara de los Comunes que la desintegración “interna” de Checoslovaquia libraba a Gran Bretaña del compromiso de honrar el pacto bilateral de alianza defensiva. El 15 de marzo, el sucesor de Beneš firmó en Berlín una declaración que puso los destinos checos en manos del Führer. Dos horas después, las primeras divisiones de la Wehrmacht cruzaron la frontera. El 16 de marzo Hitler anunció la constitución del protectorado de Bohemia-Moravia y de una Eslovaquia independiente, bajo protección alemana.

Madrid, Valencia y Alicante cayeron los días 30 y 31 de marzo. Franco dio por terminada la guerra el 1.º de abril y ese propio día Roosevelt reconoció su gobierno. Se organizó el Desfile de la Victoria para la entrada del Caudillo a la capital, tras más de dos años de sitio. Como parte de los preparativos, el nuevo alcalde mandó a limpiar la ciudad de la “carroña marxista”. En febrero Franco había promulgado la Ley de Responsabilidades Políticas, con carácter retroactivo hasta 1934. La *vendetta* atestó las cárceles. Al menos 4.427 republicanos fueron enviados a los campos de concentración de Mauthausen-Gusen en Austria. Se hicieron nota cotidiana los fusilamientos masivos, el trabajo forzado, el exilio... Más de 250.000 españoles se vieron obligados a abandonar el país para escapar de la represión, la mayoría rumbo a Francia. Y en un acto de paradójica complicidad, Francia y Gran Bretaña emitieron una orden que prohibió a sus embarcaciones surtas en puertos hispanos transportar a los republicanos

que intentaban salir de la península. Pretextaron el deber de mantenerse neutrales.

Franco entró a Madrid el 19 de abril. Presidían la tribuna del acto las banderas de la España monárquica y la Falange, y las de Alemania, Italia y Portugal. Entre los presentes estaban el nuncio apostólico –portador de una felicitación de Pío XII– y el embajador de Japón. El Corpo di Truppe Volontarie abrió la parada, seguido de una larga columna con fuerzas del Ejército Nacional, Alemania y Portugal. Cerraba la marcha la Legión Cóndor. A su paso por la presidencia, la plaza se estremeció a los gritos de: “¡Viva el Führer!”, “¡Viva Alemania!”.

De regreso a Berlín el 6 de junio de 1939, Hitler, radiante, los recibió. En España consiguieron poner a punto tácticas de combate y más de 800 aviones de última generación: los bombarderos Junker Ju-52, Heinkel He 111; los cazas Heinkel He 51, los soberbios Messerschmitt Bf 109 y Junker Ju-87 Stuka. Pilotos (25.000), ingenieros de vuelo, instructores y mecánicos de la Luftwaffe participaron de manera escalonada en varios miles de acciones combativas. Con tal experiencia nadie podía disputarles el cielo europeo.

Saltos al vacío. Barruntos en el tablero geopolítico...

Estaba a punto de desencadenarse la II Guerra Mundial y Stalin apreció que tenía a Hitler frente a sí o, para ser exactos, sintió que Estados Unidos y Occidente lo habían echado sobre sí. Para entonces se habían producido dos cambios en la política soviética respecto a los principios emanados de la Revolución bolchevique, portadores de gérmenes corrosivos con consecuencias negativas tanto para la URSS como para el movimiento revolucionario internacional.

Lenin, cuyo nombre, al decir de Clara Zetkin, congregó “en América, en el Japón y en la India, a todos los que se rebelaban contra el poder esclavizador de la riqueza” (Zetkin, 2009: 5), abogó por la revolución mundial. Y cuando en 1918 la Triple Alianza (Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia) penetró en territorio ruso y el ejército alemán amenazó Moscú, definió un principio cardinal de la política exterior bolchevique: “... la guerra patria hacia la que nos encaminamos es una guerra por la patria socialista, por el socialismo como patria, una guerra por la República Soviética como destacamento del ejército mundial del socialismo” (Lenin, t. 36, 1981: 81). Con esa meta, el 2 de marzo de 1919 fundó en Moscú la III Internacional (Comintern). Concebida como un espacio de articulación de los esfuerzos entre los comunistas de diversos países en condiciones de igualdad, mucho contribuyó a la defensa de Rusia con armas, suministros, informaciones relevantes para su seguridad, y movilizándolo a la opinión internacional a su favor. Los bolcheviques, por su parte, les brindaron ayuda financiera y material a los movimientos comunistas de Europa. En 1921 la integraban 43 países, pero la coyuntura en el Viejo Continente era otra. Habían fracasado las revoluciones en Alemania, Austria, Hungría y Eslovaquia y, con la humillante derrota del

Ejército Rojo a las puertas de Varsovia, desapareció la esperanza de crear una amplia zona geográfica centroeuropea que garantizara el avance incontenible de la revolución mundial. En una conversación privada que sostuvo con Clara Zetkin en vísperas del III Congreso de la Comintern, en junio de 1921, Lenin lo reconoció sin dejarse abrumar por los acontecimientos ni perder el sentido del humor:

La primera oleada de la revolución mundial se ha apagado. La segunda no se ha alzado todavía –me explicó–. Sería peligroso que nos hiciésemos ilusiones acerca de esto. Nosotros no somos como Jerjes, aquel que mandó a azotar al mar con cadenas. Pero, ¿es que el reconocer los hechos y el tenerlos en cuenta equivale acaso a cruzarse de brazos, a renunciar a todo? ¡Nada de eso! ¡Aprender, aprender y aprender! ¡Obrar, obrar y obrar! Estar preparado, bien preparado y enteramente preparado, para poder aprovechar conscientemente y con toda energía la próxima oleada revolucionaria que se desencadene. He aquí la táctica (Zetkin, 2009: 29).

En 1922, con Rusia rodeada de Estados hostiles y afrontando desde el año anterior la peor sequía en dos décadas –destruyó las cosechas y llevó a treinta y seis millones de campesinos a una situación de hambre que dio lugar a brotes de canibalismo–, Lenin se vio obligado a guardar reposo permanente. El 2 de abril Stalin fue elegido secretario general del Partido. Estaba entre los fundadores de la revolución y era un orador efectivo con ciertas dotes de organizador.

No llegó con humildad. A diferencia de Lenin, cuyo liderazgo se consolidó en el ejercicio de la razón y la observancia de prestar oído a la voz de las masas, Stalin consideraba una pérdida de tiempo los debates en torno a la construcción socialista y no veía cómo la libertad de crítica podía constituirse en fermento capaz de impregnarle vigor. No compartía el espíritu de la resolución aprobada en el X Congreso del Partido, el 5 de

diciembre de 1921 –cuatro meses antes de que asumiera el cargo de secretario general–, orientada a promover la democracia participativa con un estudio crítico permanente del pasado, la rectificación de los errores y la discusión colectiva de las cuestiones más importantes.

Hijo de un zapatero analfabeto y de áspero genio, que se bebía la mayor parte de sus modestas ganancias, Stalin vio la luz en Georgia, donde la servidumbre fue abolida catorce años antes de su nacimiento y las mujeres permanecían relegadas a la condición de esclavitud doméstica. Creció en Gori, pueblecito de escasísimo desarrollo económico y social, y residió la mayor parte de su vida en Georgia. Entró a los 11 años de edad a una escuela teológica, de las calificadas como “puntos negros” del mapa cultural ruso por el maltrato a los discípulos en la remota Transcaucasia. Era la antesala del camino al sacerdocio; luego se instruyó bajo la rigidez escolástica del seminario ortodoxo de Tiflis, adonde llegó con 15 años y por un lustro se mantuvo retirado del mundo exterior, encerrado día y noche entre muros. La síntesis del maltrato infantil del que fue víctima y la coerción le añadió hierro a su alma.

Contrario a sus compañeros en el buró político, que estuvieron exiliados en Suiza, Alemania o Francia, nunca visitó otro país. Permaneció aislado de las influencias del marxismo occidental y no se nutrió de los saberes acumulados por los revolucionarios al lado oeste del Volga, depositarios del legado de la Ilustración y los enciclopedistas franceses, lo cual lo llevó a negar su tradición intelectual. No tenía cultura para conducir una polémica en la que participaba lo más avanzado del pensamiento del Viejo Continente, con el doble desafío de derrotar la agresión imperialista y barrer el zarismo en un país con relaciones de producción casi feudales; y una mayoritaria población de campesinos descalzos y analfabetos que cultivaba sus pequeñas parcelas con arados de madera, tribus montañosas en extremo conservadoras en el Cáucaso y pastores nómadas y seminómadas en las provincias asiáticas, sumergidos en formas de vida aún más arcaicas.

Quería un país con justicia social en el que su infancia no se repitiera como una maldición. Estaba apurado y no entendía de razones. Consideraba que nadie mejor que él sabía cómo conseguirlo. Pensaba que cada minuto perdido en una disquisición teórica o en una contienda retórica retrasaba la consecución de los objetivos revolucionarios. Al fin y al cabo, según apreciaba, las cosas solo podían avanzar con mano dura. Cuando asumió la nueva responsabilidad trató como adversario a todo el que cuestionó sus criterios. Acuñó un nuevo término: “desviaciones pequeñoburguesas”, e hizo gala de *vendettas* personales.

Postrado, entre el 23 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923, Lenin resolvió redactar una carta programática al XII Congreso del Partido, que se celebraría en la primavera de 1923, en la cual bosquejó su posición respecto a la cuestión nacional para evitar equívocos sobre los extremos de más corriente debate. Agobiado por las divisiones en el seno del Partido, desconfiaba del futuro y caracterizó con cruda sinceridad a varios de los cuadros principales. De Stalin dijo: “... llegado a Secretario General, ha concentrado en sus manos un poder inmenso y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia”. Era “demasiado brusco” –lo que calificó de “intolerable en el cargo de secretario general”– y el carácter controversial de sus relaciones con Trotski –de quien señaló estar “demasiado ensoberbecido y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos”– podía “adquirir importancia decisiva” para la unidad del Partido y la revolución. Para preservar la cohesión propuso sustituir a Stalin por un cuadro “... más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso...” (Lenin, 2013: 140-143).

En la medianoche del 5 al 6 de marzo de 1923 Vladimir Ilich dictó una carta a Stalin para reprenderlo por los insultos telefónicos a su esposa. Debía disculparse o afrontar la ruptura de relación entre ellos. Nunca llegó la disculpa. El 9 de marzo el líder de la Revolución de Octubre sufrió un

acceso que lo privó del habla y le paralizó la mitad del cuerpo, cuadro agravado por el insomnio y la excitación nerviosa. Su actividad intelectual cesó.

La carta programática fue leída durante el XII Congreso ante los integrantes del Comité Central: Stalin se autocriticó y prometió erradicar los defectos. Sus compañeros prescindieron del consejo de Lenin, cuya agonía duró hasta el 21 de enero de 1924, cuando una hemorragia cerebral puso fin a su vida. Murió cuando más se le necesitaba.

Stalin aprovechó entonces el capital simbólico bolchevique para dar un giro de 180°: abandonó la esencia internacionalista del legado leninista e instauró una política exterior sustentada en los intereses geopolíticos. Condenó el concepto de la revolución mundial e impuso la teoría de la construcción del “socialismo en un solo país”, bajo el presupuesto de que la defensa del Estado soviético favorecía los objetivos del proletariado mundial. Desde 1925 trabajó para subordinar la actuación y proyecciones de la Comintern a los objetivos particulares de la URSS y, sobre todo, de Rusia.

También con la ausencia de Lenin cambiaron los métodos de construcción del consenso y la unidad. A partir de los señalamientos críticos recibidos, Stalin sopesó cada movimiento y siempre estuvo un paso por delante de sus adversarios. Los puso a unos contra otros mediante alianzas coyunturales hasta que los desgastó en rencillas y absorbió su capital político; entretanto, se rodeaba de cuadros y funcionarios tan sectarios y dogmáticos como él. Todos con una marca de origen: lo adulaban. Y como advirtió Lenin, dos años más tarde fue por Trotski: presentó una resolución ante el Comité Central que lo acusaba de “desviación socialdemócrata”, por señalar que el Partido se estaba burocratizando y se debían tomar medidas para evitar el distanciamiento con las masas; alertar que el plan económico de ese año no aseguraba la redistribución del ingreso nacional; recomendar la reducción en un 40 % del

impuesto a los campesinos más pobres; y abogar por el apoyo a los movimientos revolucionarios en otros países de Europa, a su juicio, único modo de construir el socialismo frente a la agresividad imperialista. Necesitó tres años para destruirlo y en 1929 lo desterró.

Stalin ignoró la necesidad de promover una cultura que introdujera cambios sustanciales en los fundamentos del socialismo y trocó la educación para formar una conciencia política por la coerción y el ultimátum. No hacían falta argumentos. Cada soviético debía reconocer de antemano que toda decisión proveniente del secretario general del Partido, o del Presídium (buró político), era infalible. La obra de Lenin fue sometida a censura. Se trataba de aprovechar al máximo su capital político sin el soporte de su pensamiento. “La burocracia no solo no permite la crítica de abajo hacia arriba, sino que incluso impide a sus teóricos hablar, conceder atención a los problemas”, escribió Trotski (Trotski, 2015: 268) antes de su asesinato en México por una orden de Stalin a la NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos y el Servicio Secreto).

Abocada la URSS a una crisis alimentaria, por la negativa de las capas medias y ricas del campesinado a vender alimentos al Estado para abastecer las ciudades en el invierno de 1927-1928, y bajo la presión de la población urbana –en la que primaba un clima hostil contra el mercado campesino por la especulación y el abuso con los precios–, en el otoño de 1929 Stalin pasó por alto aspectos éticos, jurídicos y políticos esenciales, para barrer a los *kulaks* (3 % de las haciendas) del escenario agrario: constituyó brigadas de choque que confiscaron sus bienes y deportaron a comarcas lejanas a más de 600.000 familias. La represión se extendió a los segmentos medio y pequeño del campesinado, cuestionados también por el juicio popular, lo que unido a una política impositiva poco racional que afectó a los *mujiks* empobrecidos, enajenó el apoyo a la revolución de este sector clave para alimentar al país y sostener el desarrollo industrial ante la ausencia de

inversión extranjera, con el agravante de que tampoco se contaba con asesoría técnica ni mano de obra especializada.

Mediante medidas de excepción y represión política, la superficie bajo propiedad cooperativa pasó del 4,9 % del total en 1929 al 67,8 % en 1931. La forzada ruptura con la vieja economía rural engendró el caos y un vehemente descontento. Entre enero y marzo de 1930 se produjeron más de 2.000 alzamientos armados y se generalizó la matanza de ganado. Según estimados, el hambre enseñoreada en varias regiones de la URSS cobró entre tres y cuatro millones de víctimas. Veinticinco millones de campesinos pasaron a las ciudades, donde tenían que asimilar los procesos tecnológicos y manejar las máquinas, pero no sabían leer ni escribir. ¿Cómo alcanzar en tiempo récord la disciplina industrial inculcada a la clase obrera en Europa Occidental a lo largo de siglos mediante la violencia y una competencia feroz? Otro desafío esencial: ¿cómo afrontar la epidemia de delincuentes y vagos que se desató por todo el país?

El Partido y el Gobierno de la URSS no supieron dar respuestas adecuadas a estas interrogantes. En 1929 resucitaron la Dirección General de Campos y Colonias de Reeducción Mediante el Trabajo (Gulag, por sus siglas en ruso), surgida al calor de la guerra civil para internar a los guardias blancos capturados durante los enfrentamientos y prácticamente desaparecida cuando, finalizado el conflicto, fueron puestos en libertad. En las nuevas circunstancias se propusieron convertirla en un motor de impulso al desarrollo económico y social. Más que un sistema represivo, el Gulag constituía un sistema de trabajo determinante para el crecimiento acelerado que experimentó el país en los próximos diez años, pero no puede negarse su carácter correccional –“... en el momento crucial de las deportaciones el número total de internados pudo haber llegado a los tres o cuatro millones de personas” (Deutscher, 1953)–; sin embargo, a los internos se les pagaba un salario. Cada ministerio llegó a disponer de su campamento. Con esa fuerza laboral se construyeron en el período obras como la planta química

de Bereznikí, la central eléctrica de Rybinsk, las industrias papeleras de Solikamsk, el eje ferroviario Kónosha-Kotlas-Vorkutá y la planta metalúrgica de Norilsk.

A pesar de todo, en medio de la participación espontánea masiva de millones de soviéticos en la construcción de un futuro promisorio como alternativa al régimen capitalista, Stalin ganó popularidad, simpatía y apoyo entre el pueblo.

En febrero de 1935 el Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Toda la Unión (hasta 1952 se llamó así) decidió introducir cambios en la Constitución de 1924. Ya la URSS era una nación industrializada y no existía analfabetismo. Se habían producido importantes cambios entre su población, en la industria, la agricultura, la cultura, la educación y los servicios. No existía propiedad privada y la fuerza de trabajo había dejado de ser mercancía. La dirección soviética consideró eliminada la división de la sociedad en clases antagónicas. A su vez, el país necesitaba de una nueva dirección para la economía. Una ola de gente joven, técnicamente preparada, comenzaba a desplazar a quienes hicieron la revolución o participaron en la guerra civil y no eran tan viejos. El proyecto lo redactó una comisión integrada por 31 expertos y la presidió Stalin; luego fue sometido a un amplio proceso de consulta popular. Durante seis meses más de la mitad de la población adulta lo discutió. Un tema peliagudo dentro de los debates fue la definición del papel del Partido dentro de la estructura del Estado. No se llegó a puntualizar claramente. Fueron elevadas 169.739 propuestas de enmiendas y adiciones; la Comisión de Redacción aceptó 47. Se aprobó el 5 de diciembre de 1936, en el VIII Congreso Extraordinario de los Soviets de la URSS.

Fue esta la más avanzada legislación social conocida hasta entonces por la humanidad. La URSS experimentó cierta bonanza. Poco duró esa sensación, corroída por la manera en que se resolvieron las contradicciones entre cuadros y dirigentes del Partido, el gobierno y el sistema empresarial a

todos los niveles, dada la ambigüedad de la letra constitucional al respecto.¹⁰

La confrontación de tendencias y alternativas constituyó una manifestación normal en el desarrollo del Partido Bolchevique durante la época de Lenin y se mantuvo durante muchos años, después de su desaparición física. Hacia 1929 Stalin comenzó a ser llamado el “mejor alumno de Lenin”. Pese al calor que adquirieron muchos de los debates y contradicciones en el seno de la revolución, la pena de muerte estaba reservada para los enemigos que cometían actos de guerra contra el Estado y para los delincuentes comunes de alta peligrosidad. “La medida más seria que se tomaba con los disidentes más activos dentro del Partido era como regla la expulsión de la URSS, que fue la medida inicial que se tomó con Trotski y que anteriormente había sido aplicada a otros dirigentes. A partir de la adopción de la Constitución de 1936 esa práctica cambió” (Sánchez Monroe, 2019).

¿Qué sucedió? Argumentando la necesidad de enfrentar una ola de sabotajes contrarrevolucionarios, el secretario del Partido en Siberia Occidental pidió facultad para conformar una troika presidida por él, que aprobaría la pena de muerte dictada en juicios sumarios contra los “enemigos del pueblo”. Stalin lo aprobó. Dado este primer paso, se multiplicaron las solicitudes y el método se extendió a toda la URSS. Stalin carga con la culpa. Como dirigente principal no puede negarse que constituye el máximo responsable, pero no fueron pocos los cuadros, en Moscú y en las once repúblicas, que se deshicieron de sus adversarios señalándolos injustamente como “enemigos del pueblo”, sometidos a procesos de “purgas” y obligados a pronunciar discursos de autoinculpación hasta quedar reducidos a la insignificancia... Sus familiares cercanos: madres, hermanos, esposas e hijos no escapaban. Surgieron los Campos de Reeducación para las Mujeres de los Enemigos del Pueblo (Alzhir, por sus

siglas en ruso) y los campos de internamiento para los hijos menores de edad.

Fueron fusilados casi todos los compañeros de Lenin en el buró político (Kámenev, Zinóviev, Bujarin, Sokólnikov, Groman, Krzhizhanovsky, Piatakov, Rýkov, Yagoda) y 17 de los 31 redactores de la Constitución de 1936; gran parte de una generación bolchevique fue ejecutada o desterrada; a millares de cuadros y jefes que participaron en la insurrección de octubre y en la Guerra Civil, los encarcelaron o deportaron bajo falsas acusaciones.

En vísperas de la nueva conflagración, el Ministerio de Defensa fue descabezado y, víctima de una operación de Inteligencia, condenado a muerte el primer vicecomisario, mariscal Mijaíl N. Tujachevski. Los nazis reclutaron a su amante con la tarea de señalarlo como “enemigo del pueblo” mediante anónimos falsos dirigidos al NKVD; al parecer, el peso de los detalles íntimos consiguió engañar a la contrainteligencia soviética. Los servicios especiales alemanes aplicaron este procedimiento como norma; cualquiera sabe cuántos revolucionarios cayeron como consecuencia de la sombra de sospechas generadas en su entorno en el clima configurado a partir de la divulgación en la prensa de las “purgas”.

Tujachevski se portó con valor durante el juicio sumarísimo, que duró un solo día. Murió dando vivas a Stalin y al socialismo. Con él cayeron otros siete importantes jefes de la cúpula militar, héroes también de la Guerra Civil. El Ejército Rojo resultó dañado en sus principales mandos: tres de los cinco oficiales que recibieron el recién instituido rango de Mariscal de la URSS fueron fusilados: Mijaíl Tujachevski, Vasili K. Bliújer y Alexander I. Egorov. También sufrieron la pena máxima los integrantes de los Estados Mayores del Ejército, la Marina y la Aviación. En general, entre 1936 y 1940 resultaron licenciados 36.898 oficiales o clases, de los cuales 1.634 fueron condenados a fusilamiento –desde mariscales hasta soldados–, la mayoría, por delitos penales.

Así llegó la URSS al verano de 1939, cuando entabló negociaciones con Gran Bretaña y Francia. Los expertos soviéticos consideraban que la potencial amenaza provenía no solo del eje Alemania-Italia-Japón, sino también de Polonia y su agresiva política exterior, que, como probó su ocupación de una parte de Checoslovaquia luego del Pacto de Múnich, estaba en la órbita del bloque fascista. El general Boris Sháposhnikov, jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, pronosticaba una alianza militar entre la Wehrmacht y el ejército polaco, cuyas fuerzas combinadas –según estimados de Inteligencia– dispondrían, para una eventual invasión de la URSS, de 160 divisiones de infantería, más de 7.000 tanques y 4.500 aviones; mientras que el Ejército Rojo contaba con 136 divisiones. El ministro de Defensa, mariscal Kliment Voroshílov, coincidía con esta apreciación.

Tampoco era nuevo el conflicto con Polonia. La Revolución de Octubre proclamó el derecho de las naciones usurpadas por el imperio zarista a determinar su destino, y Lenin y la dirección del Partido Bolchevique trabajaron para que el triunfo de los movimientos obreros en Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, Estonia y Letonia convirtiera a esas naciones, junto con Rusia, en un bloque aliado. No fue posible. Enarblando el derecho a la autodeterminación, la oligarquía de esos países utilizó la libertad obtenida en donación para aliarse con Alemania durante la I Guerra Mundial; bajo su amparo llegó la contienda hasta Rusia y eludieron los peligros que entrañaba el socialismo para sus intereses de clase: “... sin la ayuda del imperialismo alemán, sin «los fusiles alemanes empuñados por los alemanes» [...] no hubieran podido vencer a las masas proletarias socialistas de sus países” (Luxemburgo, 2013: 220).

Polonia fue la más voraz y belicosa de las beneficiarias del Tratado de Versalles. En abril de 1920 el régimen del mariscal Józef K. Piłsudski invadió Ucrania y le arrebató Galitzia Oriental –y su capital, Lvov–; ocupó Vilna, en Lituania, y se la anexó mediante un “plebiscito”. Libró una

contienda en gran escala de adquisición de territorios contra Rusia y, en el verano, las tropas del Frente Occidental del Ejército Rojo, al mando de Mijaíl N. Tujachevski, lo obligaron a replegarse de Kiev. La orden de Lenin fue avanzar como un rayo sobre Varsovia, de paso hacia Berlín. Víctima del hostigamiento y la represión, la vanguardia del movimiento obrero alemán depositó sus esperanzas en ello. “¿Conseguirán o no conseguirán ocupar Polonia y pasar la frontera? ¿Y si la pasan? Tales eran las preguntas que inquietaban y apasionaban los espíritus en Alemania por aquel entonces, y que los estrategas de mesa de cervecería contestaban esbozando grandiosas batallas ante las caras asombradas de sus interlocutores” –contó Clara Zetkin a Lenin en 1921 (Zetkin, 2009: 17). Los hombres con la estrella soviética en la gorra estaban agotados por el esfuerzo de tres años de contienda. Marchaban vestidos con estafalarias prendas de uniformes viejos y de trajes de paisano; los pies envueltos en trapos o metidos en botas desgarradas. Y tenían hambre:

... en Polonia ha sucedido lo que ha sucedido, lo que acaso tenía que suceder. Ya conoce usted todas las causas que impidieron que nuestra intrépida vanguardia, segura de su triunfo, recibiese de la retaguardia refresco de tropas y municiones, e incluso, pan seco en abundancia. No tuvo más remedio que requisar a los campesinos polacos el pan y otros artículos indispensables. Esto hizo que los campesinos viesan en los soldados del Ejército Rojo enemigos y no hermanos que iban a liberarlos. Y sintieron, pensaron y obraron no socialmente, revolucionariamente, sino de un modo nacionalista, imperialista. La revolución polaca, con la que habíamos contado, no estalló. Los campesinos y los obreros, engañados por las gentes de Pilsudski y Daszynski, defendieron a sus enemigos de clase, dejaron a nuestros valientes soldados rojos morir de hambre, les tendieron la celada y los aplastaron –respondió Lenin (Zetkin, 2009: 18).

Al poner fin a este conflicto, Lenin halló similar resistencia a la recibida en vísperas de la firma del Tratado de Brest-Litovsk. Debió emplearse para probar la necesidad de aceptar las condiciones de paz, “... indudablemente, muy favorables para Polonia y perjudiciales para nosotros”, contó a Clara Zetkin. Lo animaron premisas de orden táctico –consideraba más necesario para Rusia concentrarse en la contienda por la península de Crimea con el general blanco Piotr N. Wrangel– y, sobre todo, político: las consignas pacifistas del régimen polaco, promovido y financiado por Francia, y de sus aliados, no eran más que palabrería, pero calaron. De hecho, Clara manifestó que el miedo a la perspectiva de la revolución entre la burguesía, la pequeña burguesía y la aristocracia obrera alemanas, superaba el odio chovinista contra la Polonia de los guardias blancos. “En la situación actual, la Rusia soviética sólo puede salir ganando si demuestra, con su conducta, que ella sólo guerrea para defenderse, para proteger a la revolución; que es el único gran Estado pacifista del mundo; que nada está más lejos de su ánimo que el designio de robar territorios, sojuzgar a naciones y lanzarse a aventuras imperialistas”, concluyó Lenin (Zetkin, 2009: 19-20).

En el curso de la infructuosa marcha sobre Varsovia, más de 30.000 oficiales y soldados rusos, hechos prisioneros por el ejército polaco, murieron de hambre o como consecuencia de las enfermedades. Años después, en Moscú aún se dirimía –en voz baja– quién fue el responsable de la humillante derrota: Tujachevski, que como comandante del Frente Occidental no consiguió la victoria militar; o Stalin, quien como comisario político del Frente Sudoccidental tenía la responsabilidad de garantizar el repuesto de hombres y suministros logísticos desde la retaguardia, y un elevado estado moral entre las fuerzas.

Durante este período, Piłsudski agredió a Checoslovaquia para despojarla de la región de Teschen, aunque fracasó, y contendió contra Alemania para convalidar sus “derechos” en el Báltico y Silesia. Hacia 1922 Polonia tenía el doble de la extensión pactada en Versalles y, dado el

interés de Francia en contar con un aliado en el Este después de la desaparición del zar, y la ojeriza británica contra los bolcheviques, en 1923 esas dos potencias ratificaron los nuevos contornos polacos. En razón de sus niveles étnicos y lingüísticos, en las negociaciones George Curzon, secretario de Asuntos Exteriores británicos, identificó como frontera óptima entre Polonia y Rusia una línea que partía de Grodno, en el norte, hasta Brest; seguía el curso del Bug y terminaba en los Cárpatos. Esta denominada “Línea Curzon” no zanjó, en la práctica, las tensiones territoriales.

La II Guerra Mundial: peligros y principios

Reino Unido y Francia, las dos mayores potencias coloniales del mundo, estimularon el crecimiento de Alemania para presentarle un rival a la URSS, anhelando que la maquinaria nazi pulverizara la Revolución de Octubre; de hecho, mientras sesionaba en Moscú la convención sobre la organización de la defensa militar del Reino Unido, Francia y la URSS contra la agresión en Europa, entre bastidores se llevaban a cabo los contactos anglo-alemanes en Berlín. La Inteligencia soviética proporcionó información detallada al respecto y también probó que desde Londres se mandó a retrasar las conversaciones. “... negociar muy lentamente [...] el Gobierno del Reino Unido no está dispuesto a asumir compromisos detallados que puedan restringir nuestra libertad de acción en cualquier circunstancia”, instruía el cifrado recibido en Moscú por el jefe de la delegación británica en agosto de 1939 (Putin, 2020).

Más que determinación, a las dirigencias británica y francesa les faltó voluntad para formar una alianza con los soviéticos y echaron a pique las conversaciones promovidas por Stalin, pretextando que la URSS demandaba el control de los Estados del Báltico para evitar una amenaza sobre Leningrado. Pesaron sobre ellos las diferencias ideológicas, sin percartarse de que cavaban su propia tumba. Los antecedentes lo ponen de manifiesto: un lustro atrás, el 2 de mayo de 1935, Pierre Laval firmó un tratado de alianza entre Francia y la URSS con vigencia de cinco años; sin embargo, después de brindar con Stalin, de regreso a París realizó una escala en Cracovia para asistir al sepelio del mariscal Piłsudski y allí brindó una atención especial a Hermann. W. Göring, comandante en jefe de la Luftwaffe (Fuerza Aérea) y segundo hombre en la jerarquía nazi, una noticia que la prensa alemana se encargó de resaltar. Édouard Daladier, por su parte, no solo fue cómplice del descuartizamiento de Checoslovaquia,

también lo fue del derrocamiento de la República Española. En cuanto a Neville Chamberlain, era tal su desinterés que mandó a la convención de Moscú una figura de segundo plano.

Frente a la política de “apaciguamiento” de Chamberlain y Daladier, Stalin resolvió pactar con Hitler el Tratado de No Agresión:

La alianza de Gran Bretaña, Francia y Rusia habría provocado gran alarma en el corazón de Alemania en 1939, y nadie puede probar que aun entonces no se pudo haber evitado la guerra (...) No es posible ni aun ahora, determinar el momento en que Stalin abandonó definitivamente toda intención de colaborar con las democracias occidentales para llegar a un acuerdo con Hitler. Y hasta parece que ese momento no existió nunca,

... reconocería años más tarde Winston L. Churchill (Churchill, 1950: 328-329).

Un extraño desasosiego llevó a Stalin a echar a un lado un principio ético esencial entre los revolucionarios: el fin no justifica los medios. Olvidó la responsabilidad de la URSS como brújula del movimiento comunista internacional y líder del frente antifascista, que después de tanto esfuerzo se articuló. Buscaba impedir la posible alianza entre Alemania y Polonia, ganar tiempo para evacuar la planta industrial hacia el Este del país y transferir las divisiones siberianas del Ejército Rojo que defenderían la capital. También esperaba sortear la amenaza de guerra en dos frentes: con Alemania en el Oeste y con Japón en el Este, cuyas tropas habían causado millones de muertes al pueblo chino y ya libraban intensas batallas con el Ejército Rojo en el río Jaljin Gol. De acuerdo con los cálculos de la dirección soviética, tras un pacto con Alemania la atención nipona se desviaría hacia el Pacífico y su maquinaria bélica dejaría de representar una amenaza.

Durante la noche del 23 de agosto de 1939 los ministros de Asuntos Exteriores de la URSS y Alemania firmaron en Moscú el Tratado de No Agresión entre Alemania y la URSS (Tratado Mólotov-Ribbentrop). Se pactó con una vigencia de diez años. Ambas naciones se abstendrían de realizar acciones agresivas entre sí, tanto en forma unilateral como en composición de alianza; en caso de que una de ellas entrara en guerra con una tercera potencia, la otra no prestaría apoyo a esa tercera potencia. Ninguna de las dos –o sea, ni Alemania ni la URSS– podría formar parte de una coalición que se dirigiera contra la otra de forma directa.

En virtud del punto 2 del Protocolo Secreto del Tratado, se estableció que, en caso de reestructuración territorial y política de las regiones que formaban parte del Estado polaco, la frontera de las esferas de interés de los dos países debía discurrir aproximadamente a lo largo de los ríos Narev, Vístula y San. Del lado soviético quedó un segmento de las históricas tierras polacas entre los ríos Bug y Vístula, territorios arrancados por la fuerza a Ucrania y Bielorrusia por parte del régimen de Piłsudski después de la I Guerra Mundial; Lituania, Estonia, Letonia, Besarabia (territorio rumano) y Finlandia –parte integrante de Rusia hasta 1918. A su vez, la URSS proveería a Alemania de carbón, petróleo y acero, para ayudarla a paliar los efectos del bloqueo marítimo británico. La historia reveló después, como agravante, que Stalin operó así a pesar de disponer de informes de Inteligencia que lo alertaron acerca de la ofensiva contra la URSS que Hitler preparaba. Un agente de la NKVD en Japón, Richard Sorge, quien mantenía relaciones extramatrimoniales con la esposa del embajador alemán en Tokio, trasladó la información y resolvieron ignorarlo.

Todo apunta a que el canciller germano Joachim von Ribbentrop le comunicó la intención alemana de ocupar Escandinavia. “A Stalin debieron entrarle sudores fríos. Esto implicaba el total dominio alemán sobre el mar Báltico y Finlandia, es decir constituía una amenaza directa sobre

Leningrado”. Y en un gesto bochornoso, después de sellar el pacto brindó por Hitler con Ribbentrop. “Hoy Hitler es amigo y aliado de Stalin, pero en cuanto consiga una victoria en el Frente Occidental con la ayuda de Stalin, volverá sus armas contra la URSS”, escribió Trotski en una admonición premonitoria (Trotski, 2015: 397 y 414). Lo más trágico es que los partidos comunistas organizados en la III Internacional, que en la búsqueda de la unidad contra el embate de las fuerzas imperialistas se caracterizaban por su disciplina y cohesión en torno a la URSS, se vieron todos obligados a defender el Pacto Mólotov-Ribbentrop y se desangraron políticamente. Sobre todo, después que el 10 de septiembre de 1939 la Wehrmacht invadiera Polonia y Franklin D. Roosevelt promulgara un decreto ejecutivo para prohibir las transacciones exteriores de Estados Unidos con Alemania.

El 1.º de septiembre de 1939, la Wehrmacht invadió Polonia y su gobierno huyó a Londres a través de Rumanía. Hitler había dado una orden terminante: “Sin piedad. La fuerza hace lo correcto” (Noronha, 2013: 49); mientras el acorazado *Schleswig-Holstein* bombardeaba el fuerte polaco de Westerplatte en Danzig. Al día siguiente el gobierno de la ciudad pidió su anexión al Tercer Reich, respondiendo a un lema nazi: “Danzig es una ciudad alemana y quiere pertenecer a Alemania” (Agosto, 2008: 179).

En virtud de un ultimátum no respondido, 24 horas más tarde Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Alemania, pero cuando el 8 de septiembre las tropas nazis llegaron hasta las afueras de Varsovia, los aliados occidentales resolvieron traicionar sus obligaciones. El 12 de septiembre, por primera vez, se reunió el Consejo Militar anglo-francés en la ciudad francesa de Abbeville y acordó detener la ofensiva por completo – según se valoró en el análisis– debido a los rápidos acontecimientos en Polonia. “... si no fuimos derrotados en 1939, fue solo porque unas 110 divisiones francesas e inglesas, que estaban en pie durante nuestra guerra con Polonia en el Oeste contra las 23 divisiones alemanas, permanecieron completamente inactivas”, admitió en Núremberg el general Alfred Jodl, en

aquel minuto jefe de Estado Mayor de la Dirección Operativa del Comando Supremo de las Fuerzas Armadas de Alemania (Putin, 2020).

La Wehrmacht necesitó solo dos semanas para ocupar toda Polonia y, en la mañana del 17 de septiembre, al constatar que las tropas alemanas estaban por llegar a las proximidades de Minsk, Stalin ordenó al Ejército Rojo avanzar hasta las regiones llamadas Kresy –en la actualidad, parte integrante de los territorios de Bielorrusia, Ucrania y Lituania. En el Kremlin se apreció que no tenían otra opción. La antigua frontera soviético-polaca estaba a apenas unas decenas de kilómetros de Minsk y la inevitable guerra contra Alemania habría de comenzar para la URSS desde posiciones estratégicas en extremo desfavorables, sin contar que millones de personas de diferentes nacionalidades, incluyendo judíos que vivían cerca de Brest y Grodno, Przemysl, Leópolis y Vilna, habrían sido arrojados a los nazis y sus cómplices locales: los antisemitas y nacionalistas radicales.

El contacto entre las tropas de la Wehrmacht y el Ejército Rojo se produjo muy al Este de las fronteras estipuladas en el punto 2 del Protocolo Secreto del Tratado Mólotov-Ribbentrop. Fue no a lo largo del Vístula, sino a lo largo de la Línea Curzon impuesta por la Triple Entente como frontera oriental de Polonia en 1919, que despojó a los polacos de un pedazo en el Este –arrancado por Piłsudski a Bielorrusia y Ucrania en la guerra contra Rusia de 1920. “Los dirigentes soviéticos tuvieron la oportunidad de mover las fronteras occidentales de la URSS aún más hacia el Oeste, hasta Varsovia, pero decidieron no hacerlo” (Putin, 2020). Nadie salió en defensa de Polonia, pues en su proyección expansionista su gobierno había ofendido a todos sus vecinos y estaban dispuestos a caer sobre ella tan pronto se les ofreciera la oportunidad. El ejército polaco había sido arrasado: 66.000 muertos, 133.000 heridos, 400.000 prisioneros de guerra. Con este nuevo conflicto en el escenario europeo comenzaba la II Guerra Mundial.

Las tropas de la Wehrmacht y el Ejército Rojo se encontraron el 28 de septiembre en Brest-Litovsk, donde Alemania y Rusia pactaron la paz en

1918. A cambio de exportar a Alemania gran cantidad de petróleo, Stalin solicitó el retiro alemán de la región petrolífera de Borislav-Drohobycz, que se incorporaría a la zona soviética. La URSS y Alemania pasaron a tener contorno común –con línea de demarcación donde los dos ejércitos estaban de hecho– consagrado mediante el Tratado Germano-Soviético de Fronteras y Amistad. En la parte occidental polaca se estableció el Gobierno General alemán; mientras la oriental pasaría a formar parte de Lituania y de las repúblicas soviéticas de Bielorrusia y Ucrania.

Entre finales de septiembre y principios de octubre de 1939, a través de “tratados de seguridad”, la URSS impuso su presencia militar en Estonia, Letonia y Lituania, previa a su incorporación definitiva al gran Estado multinacional –con representación en las estructuras estatales superiores y conservando sus lenguas y cuerpos de poder. La ciudad de Vilna y la región circundante, antes en manos de Polonia, fueron devueltas a Lituania. Quiso hacer lo mismo en Finlandia, pero su gobierno se resistió y el 30 de noviembre Stalin provocó una guerra civil para instalar en el poder a Otto Kuusinen, camarada de Lenin y uno de los fundadores del Partido Comunista finlandés, además de figura importante de la III Internacional. Tras el pacto nazi-soviético se habían mostrado las primeras desavenencias de la izquierda mundial con la URSS y el rechazo universal contra la actitud soviética en Finlandia acrecentó la confusión.

Desde su lecho de enfermo, Lenin lo avisó en una carta al XII Congreso del Partido Comunista (b) de Rusia, el 31 de diciembre de 1922: nada retardaba tanto el desarrollo y consolidación de la solidaridad como la injusticia en el terreno de lo nacional. Realizó un análisis crítico por el empleo de la violencia para reprimir una manifestación en Georgia, de lo que responsabilizó a varios cuadros del Partido y el gobierno –en primer lugar, a Stalin–, quienes padecían una incapacidad crónica para captar lo esencial de la política bolchevique respecto al problema de las nacionalidades. El líder de la Revolución rusa hizo referencia al trato

despectivo que sufrían polacos, ucranianos, tártaros, georgianos y el resto de los naturales del Cáucaso por parte de la gente del Volga. Consideró que, aun cuando se podía y debió hacerse, no se actuó con suficiente solicitud para proteger a las nacionalidades no rusas de un trato tiránico, insolente y grosero. Era preferible exagerar en las concesiones y la suavidad para con las naciones pequeñas y las minorías nacionales: “... la actitud verdaderamente proletaria exige de nuestra parte extremada cautela, delicadeza y transigencia”. Y subrayó:

Una cosa es la necesidad de agruparse contra los imperialistas de Occidente, que defienden el mundo capitalista. En este caso no puede haber dudas [...] Otra cosa es cuando nosotros mismos caemos, aunque sea en pequeñeces, en actitudes imperialistas hacia nacionalidades oprimidas, quebrantando con ello por completo toda nuestra sinceridad de principios, toda la defensa que, con arreglo a los principios, hacemos de la lucha contra el imperialismo (Lenin, 2013: 155-156).

Occidente proclamó la legitimidad de reaccionar ante lo que constituía una violación del derecho internacional por parte de la URSS contra un país libre, y el cuartel anglo-francés amenazó con bombardear desde el aire el ferrocarril de Múrmansk, en Leningrado. Hitler se insultó, pues preparaba el golpe contra Noruega y Dinamarca, y este conflicto afectaba el factor sorpresa demandado por su guerra relámpago (Blitzkrieg) –el 17 de octubre de 1939 le había ordenado al mariscal Wilhelm B. Keitel, jefe del Estado Mayor del Ejército, aprovechar el territorio de Polonia como “plataforma avanzada” para la invasión de la URSS, pero antes debían abalanzarse sobre Francia y aterrorizar a Gran Bretaña. A Stalin no le quedó más remedio que desistir de la soviétización de Finlandia.

La dirección de la URSS cometió otro error grave: el 5 de marzo de 1940, el comisario del NKVD, Lavrenti Beria, elevó a aprobación de Stalin la propuesta de constituir una troika para juzgar mediante juicios

sumarísimos y fusilar a 14.736 antiguos oficiales polacos –de ellos: 295 generales, coroneles y tenientes coroneles, y 2.080 mayores y capitanes–, funcionarios, terratenientes, policías, gendarmes, guardafronteras y exploradores detenidos durante la ocupación de la parte oriental de Polonia –recluidos en los campamentos para prisioneros de guerra–, así como a otros 10.685 que pertenecieron al ejército, los cuerpos de espionaje o que se oponían a la presencia del Ejército Rojo en su nación y fueron catalogados de diversionistas e internados en prisiones de Ucrania y Bielorrusia. En total 25.421 polacos considerados incompatibles con el régimen soviético.

Stalin lo aprobó. No olvidaba la humillante derrota militar ni las pérdidas de vidas rusas en la marcha a Varsovia. Mas, para ser justos, no tomó la decisión de manera unipersonal. El informe de Beria lo firmaron otros cinco miembros del buró político: Viacheslav M. Molotov, Lázar M. Kaganóvich, Mijaíl I. Kalinin, Kliment E. Voroshílov y Anastás H. Mikoyán. De acuerdo con documentos hechos públicos por la Agencia Federal Rusa de Archivos (Rosarjiv, por sus siglas en ruso) el 28 de abril de 2.010, entre abril y mayo de 1940 fueron fusilados 21.857 polacos; de ellos, 4.421 en los bosques de Katyn, a 14 km de Smolensk; 3.820 en el campamento Starobelsk, cerca de Járkov; 6.311 en el campamento de Ostasckonski, región de Kalinskaya; y 7.305 en otros campamentos de Ucrania Oriental y Bielorrusia Oriental. Los cadáveres fueron enterrados en fosas comunes, apilados unos sobre otros (Чернова, 2010).

Entretanto, la Wehrmacht transitaba tranquila, arrolladora: en abril sus divisiones invadieron Dinamarca y Noruega; en mayo, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia. El 14 de junio ocuparon París y Hitler acudió a la Ciudad Luz para regocijarse: había conquistado la tierra de Napoleón. El 22 en Compiègne se produjo la capitulación gala –el mismo lugar donde se firmó la rendición alemana en 1918– y se erigió un Estado colaboracionista de la Alemania nazi, encabezado por el mariscal Philippe Pétain, quien se estableció en la pequeña ciudad de Vichy. Cuatro días antes, en Londres, el

general Charles de Gaulle, viceministro de la Guerra de Francia hasta el momento de la intervención nazi, se había proclamado al frente de un gobierno de la resistencia francesa en el exilio.

Tres meses más tarde, el 22 de septiembre, el mariscal Pétain debió aguantar la penetración a la colonia francesa de Vietnam de las tropas japonesas, que se hicieron del control de la frontera sino-vietnamita y desembarcaron en el golfo de Tonkín para tomar a las tropas chinas por la retaguardia; además, tuvo que ceder 70.000 km² del territorio de Cambodia al Gobierno de Tailandia, aliado de Japón.

El 30 de septiembre de 1940, Alemania, Italia y Japón rubricaron el Tratado del Eje, dirigido contra el Reino Unido y Estados Unidos. En el otoño, Hitler continuó cerrando su círculo de adeptos: envió a Madrid al jefe de la policía y de las SS, Heinrich Himmler, quien el 22 de octubre selló la alianza con Franco después de concluir las negociaciones para cobrar por los costos materiales y de personal en la guerra. Pactaron un pago de 275 millones de marcos, retribuibles en hierro y materias primas. A la mañana siguiente la prensa franquista se encargó de encomiar al Führer y al “... ilustre reichsführer y jefe de la aguerrida S.S., que dio la batalla contra los enemigos interiores de Alemania y puso así el cimiento de las victorias que al correr de los años había el Tercer Reich de lograr contra sus enemigos del exterior” (La Vanguardia, 1940: 1).

Un contingente italiano de 161.000 hombres invadió Grecia el 28 de octubre de 1940. Unos días más tarde, el canciller Viacheslav M. Mólotov fue invitado a Berlín, pues en el Tercer Reich se pretendía empujar a la URSS para que golpeará al Reino Unido en Asia y Medio Oriente. En Moscú se entendió que lo mejor era aceptar la invitación. Necesitaban conocer qué tramaba Hitler. “Para su orientación (...) no se firmó ningún acuerdo en Berlín y no se pretendía hacerlo. Todo el caso en Berlín se limitó a (...) un intercambio de opiniones (...) Los alemanes y los japoneses, como se puede ver, quieren empujarnos hacia el golfo Pérsico y la India.

Rechazamos la discusión de este tema porque pensamos que tal consejo de Alemania es inapropiado”, le escribió el 17 de noviembre Mólotov a Iván Maiski, enviado especial soviético en Londres (Putin, 2020).

Al no arrastrar a la URSS hacia sus propósitos, a Hitler no le hizo falta continuar con la farsa y, en diciembre de 1940, aprobó el plan de la Operación Barbarroja para invadir el territorio soviético. Dejó de lado las advertencias de sus estrategias sobre el catastrófico peligro de una guerra en dos frentes, pues tenía la certidumbre de que la campaña sobre Moscú sería exitosa y de corta duración.

Grecia no resultó un paseo. Su resistencia –las tropas italianas tendrían 50.000 muertos y 150.000 heridos– determinó que el general Pietro Badoglio ordenara arrasarlo hasta el suelo todas las ciudades con más de diez mil habitantes. Fuerzas ítalo-germanas consiguieron ocupar el país a principios de 1941. Poco después la Luftwaffe y la Fuerza Aérea italiana desplegaron una ofensiva sobre objetivos militares, económicos y civiles de Gran Bretaña, que ocasionó 43.000 muertos.

Después de constatar lo que era capaz de hacer mediante la fuerza bruta, no hubo manera de contener a Hitler. En lo adelante todo se tornó una campaña despiadada que dejaría a Napoleón como un pigmeo. Y contrario a lo supuesto por Stalin, el Pacto Mólotov-Ribbentrop permitió a Alemania fortalecer su maquinaria bélica hasta estar en condiciones de asestar el golpe demoledor contra el pueblo soviético, el 22 de junio de 1941, sin contar que lo mismo este acuerdo que la agresión a Polonia y la guerra en Finlandia le granjearon la antipatía a la URSS entre buena parte de la opinión pública entre 1939 y 1941.

Cuando en septiembre de 1941 las tropas de la Wehrmacht llegaron a las puertas de Moscú, los sectores ultraconservadores dentro de los círculos de poder en Estados Unidos abogaron por fortalecer a Alemania para azuzar a Hitler contra Stalin: “Si vemos que Alemania está venciendo, deberíamos ayudar a Rusia. Y si Rusia está ganando, deberíamos ayudar a Alemania. Y

de esta manera, dejar que se aniquilen tanto como sea posible” –declaró, impávido, desde el estrado en el Capitolio, el senador demócrata por el estado de Missouri Harry S. Truman, durante una sesión en pleno del Congreso (Stone, 2012: cap. I). Truman era un granjero de clase media que combatió en la I Guerra Mundial, típico producto de la maquinaria política de Kansas City. Con frecuencia habló de un modo más instintivo que consciente, pero las palabras de su discurso le fueron dictadas por el *lobby* del capital financiero, resuelto a lucrar con la guerra.

¿Se despierta el “gigante dormido”?

A principios de 1941 nueve de cada diez estadounidenses veían con indiferencia lo que acontecía en Europa y se negaban a que el país entrara en guerra contra Alemania, mientras que la Cámara de Representantes aprobó tan solo por un voto la renovación del servicio militar obligatorio. Ocho años atrás el Ejército de Estados Unidos estaba catalogado como el décimo séptimo en el mundo. Cuando Roosevelt ocupó la presidencia pidió al Congreso mayores asignaciones para la defensa e impulsó una ley de expansión naval, que en los próximos siete años proporcionó a la Armada un fondo de 1.500 millones de dólares para desarrollarse (12 cruceros, 63 destructores, 26 submarinos, tres portaviones y dos cañoneras, entre otros medios) e incrementar sus fuerzas de 79.000 a 150.000 hombres.

Hacia 1939 las fuerzas armadas contaban ya con otra disposición y Roosevelt solicitó al Congreso derogar la Ley de Neutralidad de 1937. No contó con apoyo suficiente y el 11 de junio el Comité de Relaciones Exteriores del Senado rechazó su petición 12 votos contra 11, en parte por la convicción de que no habría guerra. En 1940 se postuló para un tercer mandato presidencial, con la promesa de no involucrarse en la conflagración que se extendía por Europa. “Lo he dicho antes, y lo diré otra y otra vez: nuestros muchachos no serán enviados a una guerra extranjera”, aseguró en su programa radial Fireside Chat, desde el que hablaba al pueblo (Morison, Commager y Leuchtenburg, 1988: 753).

La ocupación de Francia en junio de 1940 puso en perspectiva la posibilidad de que Gran Bretaña sucumbiera antes del próximo invierno, y la Inteligencia naval estadounidense pronosticó que si Hitler llegaba a dominar Gran Bretaña, extendería su acción a Canadá y el Caribe. De súbito, la guerra amenazó con dejar a Estados Unidos solo y aislado, y Roosevelt reemplazó a los secretarios de la Guerra y Marina por dos

republicanos: el general Henry L. Stimson, de 72 años, secretario de Guerra en la Administración Taft y de Estado en la Administración Hoover; y Frank Knox, candidato a la vicepresidencia de Estados Unidos en 1936. Roosevelt necesitaba revertir la tendencia aislacionista pregonada, sobre todo, por el capital financiero e industrial que lucraba en los negocios con Alemania, y subió un peldaño en la propaganda contra Hitler en Fireside Chat.

A principios de septiembre de 1940, la Casa Blanca anunció la transferencia al Reino Unido de 50 viejos destructores de la I Guerra Mundial y de 10 fragatas guardacostas, a cambio del arriendo por 99 años de sus bases navales en Bahamas, Jamaica, St. Lucía, Trinidad y la Guyana Británica; Londres también entregaría en donativo las bases de Bermudas y Terranova (Canadá). Y a mediados de mes, el Congreso aprobó el reclutamiento de los hombres de entre 21 y 35 años. En noviembre Roosevelt ganó las presidenciales con 449 votos de los delegados contra 82 de su contendiente –un banquero de Wall Street–, aunque en el voto popular bajó a menos del 55 %. Permanecería otros cuatro años en la Casa Blanca, un hecho sin precedente en la historia de la Unión.

Los acontecimientos se precipitaron. En diciembre de 1940 el primer ministro británico, Winston L. Churchill, le escribió para comentarle acerca de la crisis que atravesaban. Churchill sabía qué botón pulsar: en dos años sus reservas en oro habían caído de 4.000 millones de dólares a 1.000 millones, y advirtió que estaban a punto de quedar sin dinero en efectivo para adquirir la gran cantidad de armamentos suministrada por los fabricantes estadounidenses. La noticia cayó como una bomba en Washington. La industria bélica no se resignaba a reducir la producción y Gran Bretaña era un aliado estratégico que Estados Unidos no se podía dar el lujo de perder. ¿Qué hacer entonces? Roosevelt propuso una fórmula salomónica, prestarle armas con una condicionante: debían devolverlas o reemplazarlas al término de la guerra. Y el 6 de enero de 1941, en Fireside

Chat, apeló al espíritu mesiánico de Norteamérica y brindó contenido moral al curso que se proponía emprender: “Jamás [...] se había encontrado la civilización en un peligro tan grave. Los nazis pretenden utilizar los recursos de Europa para dominar el resto del mundo. Debemos convertirnos en el gran arsenal de la democracia” (Kelley, 2004: 102).

No habría marcha atrás. El Proyecto de Ley de Préstamos y Arriendos generó controversia en el Capitolio. Se podía interpretar entre los países del Eje como una declaración de hostilidades. El *lobby* de la industria armamentista se encargó de desbrozar el camino y en marzo siete de cada diez legisladores se habían puesto de acuerdo. Su aprobación facultó al ejecutivo para vender, transferir, intercambiar o prestar cualquier artículo de la industria bélica a los países cuya defensa concibiera el presidente como vital para Estados Unidos. A fines de mes se concedió un préstamo a Gran Bretaña de 7.000 millones de dólares en municiones, tanques, aviones, camiones y alimentos. Fue el plan de contingencia ideado para garantizar al complejo militar industrial el desarrollo de todas sus capacidades y la multiplicación de las ganancias con apoyo estatal. Pocas semanas más tarde, en abril de 1941, Roosevelt incautó las naves del Eje ancladas en puertos estadounidenses y emplazó tropas en Groenlandia, con el anuncio de que Estados Unidos tomaba la gigante colonia danesa bajo su protección, e hizo público que la Armada patrullaría las aguas del área.

¿Cómo se interpretó la actitud de Estados Unidos por Hitler? El almirante Erich Raeder, comandante en jefe de la Armada nazi, había emitido la orden de evitar incidentes navales con Estados Unidos para no precipitar su intervención directa en la guerra, y Hitler confirmó esta disposición. Pero, al parecer, quisieron enviar una señal de advertencia y en mayo un submarino alemán hundió un buque de carga estadounidense. Roosevelt declaró una “ilimitada emergencia nacional” y en junio mandó a congelar todos los activos de Alemania, Italia y Japón en el territorio de la Unión, además de cerrar sus consulados.

La ocupación de la península de Indochina por parte del ejército japonés dio otro cariz a la puja entre Estados Unidos y Japón por el control del Pacífico y del sudeste asiático, que databa de principios de la centuria y que se acrecentó luego de la inauguración del Canal de Panamá en 1915. Roosevelt nombró a Douglas McArthur, uno de sus más experimentados generales, comandante de las fuerzas combinadas del Ejército, la Marina y la Aviación en el Lejano Oriente. Y con el mar infectado de submarinos alemanes, en agosto navegó 250 millas a bordo del acorazado HMS Prince of Wales rumbo a la bahía de Placentia, en Terranova, donde estaba la base “donada” por Gran Bretaña. Acompañado de diplomáticos de alto nivel y asesores militares, llegaba para reunirse del 9 al 12 con Churchill y trazar una estrategia conjunta. El encuentro concluyó con la rúbrica de la Carta del Atlántico, entre cuyos principios se incluyó la renuncia a cualquier tipo de ensanchamiento territorial, la promesa de devolver su autogobierno a las colonias usurpadas por el Eje, y el compromiso de sustituir el sistema de preferencias vigente para las posesiones británicas, por un régimen de “puertas abiertas” que permitiera a Estados Unidos libre acceso a todos los mercados y fuentes de materia prima en África, Asia y Medio Oriente.

No había transcurrido un mes cuando Estados Unidos acantonó tropas en Islandia. Junto con las emplazadas en Groenlandia, patrullarían el Atlántico Norte y las aguas adyacentes a las islas británicas. El 4 de septiembre de 1941, el *Greer*, uno de sus destructores, avistó un submarino alemán y salió a su caza luego de informar a la Fuerza Aérea de Gran Bretaña. Durante tres horas y media radió su posición, mientras un bombardero británico dejaba caer cargas de profundidad sobre la nave alemana. Después de sufrir los efectos de la cuarta explosión, el capitán del submarino decidió ignorar la orden del almirante Raeder y disparó un torpedo contra el *Greer*. Una semana más tarde, Roosevelt se dirigió a la nación: “He ordenado a la Marina tirar a primera vista contra las serpientes de cascabel del Atlántico. Les diré, el hecho brutal es que el submarino

alemán fue el primero en disparar contra este *destroyer* norteamericano, sin aviso y con el deliberado propósito de hundirlo”, dijo, sin hablar con franqueza acerca de la agresividad del *Greer* durante la operación (Morison, Commager y Leuchtenburg, 1988: 755).

Dos días más tarde, orientó garantizar la protección de todas las embarcaciones que navegasen entre Norteamérica e Islandia –incluso de los convoyes en los que no hubiese barcos estadounidenses. Como la Armada también tenía la orden de “tirar a primera vista” contra cualquier nave nazi, esta disposición presidencial del 13 de septiembre de 1941 puso a la Escuadra del Atlántico en pie de guerra, aún sin declararla.

El 9 de octubre de 1941, Roosevelt pidió al Congreso eliminar las “provisiones maniatantes” de la Ley de Neutralidad. Era manifiesto el rechazo a su petición, pero los acontecimientos de octubre darían un vuelco a este escenario: el día 16 cinco destructores estadounidenses partieron de Reykjavik, Islandia, con la misión de escoltar una agrupación de navíos de guerra anglo-canadiense cargada de armamentos. Cinco submarinos alemanes la avistaron al sudoeste de Islandia y abrieron fuego. Uno de los destructores, el *Kearny*, fue alcanzado por un torpedo al maniobrar para interponerse entre los sumergibles nazis y el convoy, y once de sus tripulantes perdieron la vida. Cuatro días más tarde, el *Reuben James* fue el primer buque de guerra estadounidense hundido por la Armada alemana, con 96 muertes entre oficiales y marinos. Ya en noviembre, en el Capitolio casi nadie tuvo reparos en anular las secciones de la ley que limitaban la autoridad presidencial.

Roosevelt, sin embargo, no contaba con suficiente apoyo interno para lanzarse a la guerra, mucho menos contra Alemania. A la comunidad financiera no le entusiasaban las políticas keynesianas instrumentadas por el presidente y cuando proscribió las transacciones exteriores que pudieran ayudar a los nazis, después de la invasión a Polonia, algunos bancos de inversión y empresas que abrieron oficinas en Berlín después de la I Guerra

Mundial continuaron los vínculos con los capitales alemanes, mediante bancos suizos empleados como pantalla. Se resistían a acabar con aquella fuente de ingresos.

El Brown Brothers Harriman (BBH), por citar un ejemplo, desde 1924 participó en Union Banking Corporation (UBC), un banco establecido en Nueva York por el financiero e industrial alemán Fritz Thyssen, dueño de un imperio de acerías y minas de carbón. Thyssen creó esta filial de su banco en Rotterdam luego de ponerse de acuerdo con Averell Harriman, diplomático, y junto con Prescott S. Bush, uno de los asociados principales de BBH. ¿Cómo operaban? UBC abrió una cuenta de inversión con BBH, que durante diez años gestionó Prescott en términos rentables, y Thyssen pagaba sumas de inversión a BBH. “La cuestión adquirió relevancia moral en los años treinta, cuando Hitler subió al poder y empezaron a llamar a Thyssen, uno de los primeros partidarios del Tercer Reich, el «Ángel de Hitler»”. En BBH “... a nadie le inquietó que el banco de Thyssen pudiera ser en realidad una tapadera nazi. Nada se planteó sobre la ética de seguir aceptando dinero de un hombre cuyas memorias llevaban como título *I Paid Hitler*” (Kelley, 2004: 101).

Los nexos entre BBH y el financiero de Hitler se mantuvieron hasta mayo de 1940, cuando la Wehrmacht ocupó los Países Bajos y Roosevelt instruyó bloquear todos los activos holandeses en Estados Unidos, incluidos los de UBC. ¿Dónde estaba en ese minuto Averell Harriman? En Londres, como ministro plenipotenciario de la Administración Rossevelt; mientras Prescott S. Bush, un veterano de la I Guerra Mundial, en 1953 llegaría al Senado de Estados Unidos. Su hijo, George H. W. Bush, y su nieto, George W. Bush, varias décadas más tarde ocuparían el Despacho Oval de la Casa Blanca.

Frustrado por la prevaeciente tendencia aislacionista y atado a su promesa de campaña de no lanzar el país a la guerra, salvo que fuese blanco de ataque, Roosevelt decidió aguijonear a Japón para provocar el primer

tiro y entrar al conflicto por la puerta trasera. El ejército japonés mantenía la ocupación de China e Indochina, dos puntos estratégicos dentro de la esfera de influencia de Estados Unidos, pero hasta aquel minuto intentaba no generar incidentes que pudieran despertar al “gigante dormido”, como le llamaba el vicealmirante Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de la Flota Combinada de la Armada Imperial. De hecho, cuando el 12 de diciembre de 1937 sus bombarderos hundieron por error al *Panay*, un pequeño cañonero estadounidense que patrullaba las aguas del río Yang Tse, desde Tokio pidieron disculpas y ofrecieron pagar una indemnización por las víctimas. Estados Unidos recordaba con horror el bombardeo nipón de Shangai y el saqueo de Nankín en 1935, y un suspiro de alivio se escuchó en todo el país. Una encuesta celebrada en 1938 arrojó que el 70 % de los estadounidenses, con una opinión sobre este asunto, “... favorecían una completa retirada de China: la flota asiática, los marines, los misioneros, los equipos médicos, todo” (Morison, Commager y Leuchtenburg, 1988: 748).

Para el otoño de 1941, el boicot económico y financiero impuesto por Estados Unidos contra Japón estaba resultando efectivo y su gobierno trató de distender las relaciones bilaterales. A su regreso de Terranova, Roosevelt encontró un mensaje del premier Fuminaro Konoye, proponiendo la búsqueda de un arreglo pacífico a las diferencias. El 16 de octubre, cuando el torpedo nazi impactaba el *Kearny*, en Tokio el general Hideki Tojo relevaba a Konoye en el cargo. No más instalarse, Tojo invitó a establecer una especie de *modus vivendi* por un término de tres meses, mientras conversaban al más alto nivel. Roosevelt asumió que Japón intentaba ganar tiempo con la mira puesta en las procelosas aguas del sudeste asiático. Estaban en juego Filipinas (Estados Unidos), Malasia (Gran Bretaña) e Indonesia (Países Bajos), y no admitiría disputas en el área.

George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército, y Harold R. Stark, jefe de Operaciones Navales, intentaron convencer a Roosevelt de aceptar el *modus vivendi* para completar los planes operacionales de la

inminente guerra en el Pacífico. Nadie lo pudo persuadir y el 26 de noviembre envió un ultimátum a Japón: debía retirar sus tropas de China y de la península de Indochina, y eventualmente rechazar el Pacto Tripartito del Eje. ¿Qué respuesta podía esperarse de semejante intimación? Después de este paso, los diplomáticos abandonaron el tablero y se sentaron los generales. Ese día una fuerza de ataque japonesa con seis portaviones (353 cazas), dos acorazados, dos cruceros pesados y 11 destructores, recibió la orden de emprender rumbo a Pearl Harbor.

El 27 de noviembre Roosevelt convocó a la Casa Blanca al general Henry L. Stimson, secretario de Guerra; Frank Knox, secretario de la Marina; al general Marshall y al almirante Stark, para evaluar la situación. Tenían tres opciones: 1) Esperar a que Japón diese el primer paso; 2) Atacar por sorpresa a Japón, sin la anuencia del Congreso; 3) Poner la cuestión en manos del Congreso. Roosevelt estaba convencido de que debían esperar un ataque japonés antes del 31 de diciembre. A la salida de la reunión, el almirante Stark envió un cifrado a los comandantes del Pacífico, Hawái y el Canal de Panamá, advirtiendo la inminencia del conflicto. "... si las hostilidades no pudieran evitarse, los Estados Unidos desean que Japón tome la iniciativa de deflagrarlas", enfatizó (Moniz, 2010: 86-87).

Para entonces la Inteligencia naval había quebrado el código Purple, empleado por Japón para sus mensajes criptográficos. Dos estaciones contaban con operadores que dominaban el código Morse en japonés: una estaba en Shangai y la otra en Oahu, isla del archipiélago de Hawái cerca de Honolulu donde estaba enclavado el complejo portuario y base militar de Pearl Harbor. Se puso en marcha la Operación Magic, a la que solo tenían acceso Roosevelt y los principales cargos de la cúpula militar en Washington.

Ninguno prestó atención a las señales trasladadas por el jefe del grupo de la Inteligencia Naval en Oahu, que apuntaban a un eventual golpe contra Pearl Harbor el domingo 7 de diciembre. Y en la medida en que se acercó la

fecha, todos los mensajes descifrados encajaban como en un rompecabezas: el interés japonés en obtener información sobre Pearl Harbor los días 3, 4 y 5 de diciembre; el desplazamiento de una escuadra nipona a través del golfo de Siam informado por los británicos el sábado 6; la decodificación ese propio día de cuatro mensajes, uno de ellos para notificar a 12 cónsules la ruptura de relaciones con Estados Unidos, el otro instruyendo al embajador Nomura Kichisaburo presentarse en el Departamento de Estado a la 1 p. m. (7:30 a. m. hora de Hawái) del domingo, para entregar una nota oficial con la respuesta al ultimátum: dada la actitud estadounidense, el Gobierno de Japón “solamente podía considerar que se hacía imposible un acuerdo por medio de negociaciones”. Al leer este mensaje descifrado, Roosevelt soltó de golpe: “Esto significa la guerra” (Moniz, 2010: 88).

Luego de este cifrado no se decretó la alarma de combate en ninguna unidad de las fuerzas armadas de Estados Unidos, ni siquiera en el Pacífico. Se maneja que los comandantes de campo no tuvieron acceso a la Operación Magic porque el código descifrado era demasiado secreto; ello los habría puesto en desventaja al momento de la toma de decisiones. Quienes sostienen este argumento pierden de vista que la falta de previsión del general George McArthur, del contralmirante Husband E. Kimmel, comandante de la flota del Pacífico, y del teniente general Walter C. Short, comandante del Ejército de Hawái, resulta todavía más injustificable, si se tiene en cuenta el mensaje enviado el 27 de noviembre por el almirante Stark, para comunicar la inminencia de un golpe japonés sorpresivo –de acuerdo con la percepción del presidente– antes del 31 de diciembre. Pese a ello, McArthur no desconcentró las naves de la Fuerza Aérea destacadas en Manila; Kimmel no canceló las licencias de fines de semana y Short mantuvo en Pearl Harbor los aviones en tierra, ala con ala, sin preocuparse más que de un posible sabotaje –en este último caso, con la agravante de que el jefe del grupo de la Inteligencia naval en Oahu intentó llamarle la atención al respecto en varias ocasiones.

A las 6:55 a. m. del domingo 7 de diciembre de 1941, el destructor USS *Ward* (DD-139) detectó a un mini submarino japonés próximo a Pearl Harbor y lo hundió. Una hora más tarde, una escuadra aérea nipona comenzó el bombardeo del complejo. En paralelo, una escuadra salida de Formosa atacó Manila. Al final de este golpe deliberado, en Pearl Harbor yacían los cadáveres de 2.403 marinos, infantes de marina, soldados y civiles estadounidenses, y se atendían 1.178 heridos; fueron destruidos –en tierra o en el agua– 142 aviones; se desintegraban en el fondo del mar los acorazados *Arizona*, *Tennessee*, *West Virginia* y *California*, mientras que el *Oklahoma* quedó gravemente dañado. En Filipinas, McArthur no daba crédito a lo que veían sus ojos: los campos de aterrizaje cercanos a la capital ardían por los cuatro costados con casi todos los aviones derruidos.

Los hechos prueban que la maquinaria bélica del gigante ¿dormido? estaba llena de determinación para arrastrar la nación al conflicto un año antes del ataque a Pearl Harbor, cuando la crisis británica se presentó como una oportunidad y fue promulgada la Ley de Préstamos y Arriendo, que –tan solo por ese concepto– entre 1941 y 1945 le proporcionaría contratos gubernamentales con garantía de pago por 50.000 millones de dólares. En el verano de 1941 en la bahía de Placentia, en Terranova, esa maquinaria hizo las apuestas y tiró los dados. De ahí en adelante, Japón avanzó al ritmo marcado por la varilla de Roosevelt, quien –para ser justos– nunca esperó que el primer tiro fuese tan certero y destructivo. De todos modos, logró su propósito: entrar a la contienda por la puerta trasera. El 8 de diciembre de 1941 el Congreso aprobó declarar la guerra a Japón.

La nación escuchó la noticia con una gran impresión, casi de incredulidad. “Japón se convirtió en el corazón de las tinieblas. La guerra pasó por metástasis de Europa al Pacífico y las pequeñas y apacibles islas que en otra época traían a la memoria a muchachas nativas con ceñidos sarongs y flores de hibisco se llenaron de pronto de cadáveres de soldados estadounidenses cuando los japoneses bombardearon el sur del Pacífico, en

su empeño en llegar a Estados Unidos de América” (Kelley, 2004: 116). Barcos suicidas, torpedos humanos, pilotos kamikaze que veneraban a Hirohito como a Dios y asumían la victoria en su nombre como una cuestión de honor, se arrojaban en brazos de la muerte sugestionados por ese propósito. Y el 11 de diciembre, Hitler también declaró las hostilidades.

Toda una generación de jóvenes se llenó de determinación y se alistó para ir a la guerra, incluidos los hijos de las familias de mayor elevación en la pirámide social –no pocos se incorporaron a la Armada, como John F. Kennedy, Richard M. Nixon y George H. W. Bush, décadas más tarde inquilinos de la Casa Blanca.

Tres meses después de Pearl Harbor, las tropas de Japón se habían apoderado de las islas estadounidenses de Guam y Wake, del archipiélago de Filipinas, la colonia británica de Hong Kong, Singapur, Indonesia, Malasia y Birmania.

Las marejadas de pánico y odio que anegaban el planeta alcanzaron a Estados Unidos. Roosevelt emitió la Orden 9.066 autorizando al secretario de la Guerra a crear campos de “reasantamiento” para estadounidenses de origen japonés. Unas 120.000 personas con esta condición, que vivían en la costa Oeste, fueron puestas tras alambradas. “Tenemos que odiar con todo nuestro ser. Tenemos que desear la lucha, nuestro objetivo en la vida ha de ser el de matar. No debe remordarnos la conciencia, pues nuestros enemigos nos han iluminado el camino que conduce a una matanza más rápida, eficaz y cruel”, arengó a las tropas en una transmisión radiofónica el general Lesley J. McNair (Kelley, 2004: 116).

Roosevelt era anticomunista, pero no creía que el comunismo constituyera una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos y, en 1933, no más asumir la presidencia, reconoció a la URSS. Un año más tarde abrió embajada en Moscú, donde los diplomáticos norteamericanos trabajaban como plenipotenciarios en campo enemigo; sin embargo, el 24 de junio de 1941 –después que el submarino alemán hundiera el carguero

estadounidense—, anunció que contemplaría a la Unión Soviética como nuevo aliado para el plan de préstamos y arriendos. Ante la cruda posibilidad de un naufragio, el fascismo se transfiguró en la emanación fantasmal de todo lo que hay de pérfido en la naturaleza humana; de repente, el mundo era presa del mal y puso a un lado las objeciones de tipo ideológico. El ejecutivo y el Congreso se inclinaron por pactar una alianza con el otrora adversario.

Francia retorna al corro de los “grandes”

El 5 de diciembre de 1941, la Wehrmacht desplegó la segunda ofensiva general contra Moscú. El Ejército Rojo defendió palmo a palmo con voluntad espartana y no consiguió impedir que las esteras de los tanques germanos y sus divisiones avanzaran sobre los cadáveres de los oficiales y soldados soviéticos, hasta acercarse a 15 km de la ciudad. No pocas bombas de los cazas nazis cayeron en las inmediaciones del Kremlin; algunas impactaron en su patio. Stalin llegó a dudar de la capacidad de su gente para preservar la capital.

Al llamado de “¡Todo para el frente!”, hombres, mujeres, ancianos y hasta niños se levantaron para protagonizar la Gran Guerra Patria. Entre las páginas más gloriosas de la historia universal, resalta la entereza de la barrera humana que impidió a los tanques alemanes penetrar a Moscú por la carretera de Volokolamsk. Cada día llegaban desde Siberia, los Urales y el Extremo Oriente armas y nuevos refuerzos para cubrir los claros dejados por la metralla enemiga.

A Hitler en un principio todo le pareció simple. Al igual que a Napoleón un siglo atrás en la apoteosis de sus glorias, le faltó sentido histórico; el sadismo impersonal de su régimen le impidió penetrar en la psicología rusa. Hasta el 5 de diciembre los alemanes perdieron más de 100.000 hombres y detuvieron la ofensiva. En la madrugada del 6, el Ejército Rojo comenzó la contraofensiva para recuperar todo el territorio aledaño a Moscú. Al término de la batalla –extendida por más de 200 días–, en abril de 1942, las tropas nazis se replegaron a una distancia de entre 80 y 250 km. Habían perdido en la profundidad del frente soviético millón y medio de hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos, cinco veces más que las bajas del Tercer Reich entre 1939-1941. El mito de la invencibilidad de la Wehrmacht se evaporó.

Stalingrado (17 de julio de 1942-2 de febrero de 1943) marcó el punto de quiebra de la guerra. Los soviéticos lanzaron una advertencia acerca de la solidez de sus convicciones y su patriotismo. Las estepas entre el Don y el Volga sirvieron de escenario a la batalla más grande y sangrienta en la historia de la humanidad, bajo el asedio del 4.º Ejército Panzer, el 6.º Ejército alemán y los regimientos rumano, croata, húngaro e italiano –un cuarto del personal de los ejércitos del bloque fascista en el Frente Oriental. Luego de apoderarse de los graneros más ricos de la URSS, marchaban sobre Bakú para despojarla de las reservas petroleras y estrangular su economía de guerra. Hubo combates en cada calle y edificio de la ciudad. El atroz y sistemático hostigamiento de la aviación nazi no consiguió que las fábricas dejaran de trabajar. Los tanques, cañones, Katiushas y proyectiles no dejaron de llegar al frente. Gran parte de los defensores eran hombres y mujeres civiles, enlistados como voluntarios en el Ejército Rojo. Luchaban y morían por su nación, su libertad, su dignidad... en las más extremas condiciones.

En la parte occidental del frente, en manos de la Wehrmacht se mantenía una poderosa cabeza de puente Rzhev-Vyazemsky, ocupada desde 1941 (200 km a lo largo del frente y 160 km de profundidad). Allí fueron concentrados dos tercios del Centro del Grupo del Ejército Alemán. Constituía el trampolín idóneo para un nuevo ataque general contra Moscú. Solo durante las batallas por Rzhev y la cresta de Rzhevsky –desde octubre de 1941 hasta marzo de 1943– el Ejército Rojo perdió 1.342.888 hombres y mujeres, incluidos los heridos y desaparecidos. La batalla trascendió como el “picador de carne Rzhev”. Cadáveres apilados en tres capas, hinchados, llenos de gusanos, emitiendo un olor nauseabundo y dulce de descomposición, convirtieron aquel sitio homérico en un valle de la muerte. Tras los diecisiete meses de ocupación, de los 20.000 habitantes de Rzhev solo quedaron 150; de sus 5.443 edificaciones permanecían relativamente intactas 297. Pero los alemanes fueron empujados a más de 160 km de

Moscú y, al atraer sobre sí tal número de fuerzas, las tropas soviéticas que combatieron allí bajo el mando del mariscal Georgi K. Zhúkov ayudaron a Stalingrado.

Al concluir las operaciones en Stalingrado yacían muertos 500.000 soviéticos. La coalición fascista perdió un millón y medio (muertos, heridos y prisioneros), incluidos 22 generales, entre ellos el mariscal Friedrich W. Paulus, quien, cercado, enfermo y sin provisiones, capituló. A Paulus se le creyó muerto y fue simbólicamente enterrado como héroe en Alemania; el propio Hitler llevó su ataúd vacío por las calles de Berlín. Y cuando supo la verdad intentó canjearlo por un hijo de Stalin, capturado en julio de 1941: Yákov. El dirigente soviético se negó y, a finales del propio 1943, Yákov Iósifovich Dzhughashvili fue asesinado en un campo de concentración nazi. Stalingrado se erigió en símbolo de la resistencia mundial. Seis meses más tarde, la batalla en el Arco de Kursk (julio-agosto de 1943) marcó un viraje radical. La Wehrmacht comenzó a retroceder.

Devoradas por la metralla y el hambre, Italia vio desaparecer en Stalingrado a sus tropas selectas. El premier británico Winston L. Churchill aprovechó esta debilidad y persuadió a Roosevelt de incorporarse al escenario europeo de la guerra por la península itálica. El 9 de julio se produjo el desembarco de las fuerzas anglo-estadounidenses en Sicilia y el 24 de julio, después de un bombardeo que la convirtió en escombros, cayó Palermo, su capital. El Gran Consejo Fascista destituyó a Mussolini y nombró en su lugar al general Pietro Badoglio. En agosto, a pedido de Roosevelt, se incorporó a las operaciones la 1.^a División de Infantería Expedicionaria conformada por 60.000 efectivos del ejército regular de Brasil. El 3 de septiembre 150.000 hombres, 4.000 aviones y 600 tanques cruzaron el estrecho de Messina y penetraron por la región de Calabria, en el suroeste del país. Cinco días más tarde, Badoglio se dirigió por radio a la nación para dar a conocer el armisticio negociado en secreto. A pesar de sus

antecedentes genocidas, los generales George S. Patton (estadounidense) y Bernard Montgomery (británico) lo reconocieron como jefe de gobierno.

Mussolini fue socorrido por Hitler e instaló en el norte de Italia, ocupado por la Wehrmacht, la llamada República de Saló, el 23 de septiembre de 1943. Para entonces el Duce estaba acabado. Las decisiones eran tomadas por el general Karl Wolff, comandante del frente italiano, y el embajador germano Rudolf Rahn. Veinte divisiones aliadas combatieron en el sur, mientras en el norte cerca de 100.000 partisanos liderados por el Partido Comunista –entre ellos, 5.000 voluntarios soviéticos– ofrecían una resistencia colosal, en una contienda en la que los nazis llegaron a colocar minas personales entre sus adversarios caídos, para que estallaran cuando los fueran a recoger sus compañeros.

Otro golpe decisivo del Ejército Rojo fue propinado en Leningrado (San Petersburgo) a la División Azul española integrada por la Falange, defensores de la monarquía, rusos blancos nacionalizados en España y efectivos del ejército regular. Se incorporó al Eje bajo el nombre de 250.^a División Española del Ejército Alemán, el 31 de julio de 1941, día en el que sus hombres juraron lealtad a Hitler, como comandante en jefe del ejército alemán, y a Franco, como Caudillo de España. Hasta el 1.º de octubre de 1943 –cuando fue evacuada del sitio de Leningrado con la misma premura que los fascistas italianos, tras participar de depredaciones y crímenes sin fin– pasaron por sus filas 45.245 hombres.

En este contexto el vicealmirante Wilhelm F. Canaris, director de la Abwehr (Inteligencia militar), llegó hasta la sede en París de la Orden de la Santa Agonía, que servía como cuartel general del coronel Claude Ollivier, jefe de Inteligencia de la resistencia francesa. Entre ciertos círculos en Berlín había comenzado a pensarse en la posibilidad de capitular. El Ejército Rojo se tornaba arrollador. Hitler actuaba como un demente. Canaris no quería rendir Alemania ante la URSS y fue hasta el vetusto edificio para entrevistarse con Ollivier. Le envió un mensaje a Churchill:

“¿Cuáles serían, eventualmente, las condiciones para una paz entre Alemania y los aliados?”. Quince días demoró la respuesta del primer ministro británico: “Capitulación incondicional” (Lapierre y Collins, 1987: 11).¹¹

Stalin fue declarado el “Hombre del Año” por *Time*. Henry Luce, ferviente anticomunista y dueño de esa publicación, defendió al nominado con una lógica incontrastable: “Los métodos de Stalin son duros, pero funcionan”. Otra revista del magnate, *Life*, calificó al pueblo soviético de extraordinario y aseguró que vestía, actuaba y pensaba como los estadounidenses (Stone, 2012: cap. II).

Una tensión llena de desconfianza y sospechas trepó por el espinazo de Roosevelt. En noviembre, durante la Conferencia de El Cairo –en vísperas de un evento que reuniría por primera vez a los “Tres Grandes”: Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS–, apremió a sus generales: “Seguramente habrá una competencia por apoderarse de Berlín, nosotros debemos mandar las divisiones norteamericanas hacia Berlín lo más rápido posible” (Matloff, 1969: 450).

Teherán sirvió de escenario para que Roosevelt, Stalin y Churchill se encontraran del 28 de noviembre al 1.º de diciembre de 1943. Tropas soviéticas habían ingresado a Irán y se consideraba un punto relativamente confortable para la reunión. La Inteligencia nazi, que contaba con amplia presencia en el territorio, orquestó un plan para atacar contra los tres mandatarios, mediante un comando que desembarcó a 70 km de la capital persa, pero la Contrainteligencia soviética logró desarticularlo. Durante el transcurso de los preparativos fueron neutralizados cerca de 170 agentes alemanes.

Dos temas elevaron la tensión: la apertura del segundo frente por parte de los aliados y el destino de Alemania, una vez terminada la guerra.

Roosevelt corroboró su compromiso de abrir un segundo frente, expresado a Mólotov en mayo de 1942. Churchill se mostró de acuerdo,

siempre que fuera en la península de los Balcanes –según dijo– en apoyo al ingreso de Turquía en la guerra. En las discusiones se hizo evidente que su propuesta velaba la intención de encajar una cuña en el área –aprovechando los casi tres millones de hombres enrolados en el ejército por el Gobierno turco–, que cerrase el paso del Ejército Rojo a Austria, Rumanía y, de ser posible, Hungría. Gran Bretaña ambicionaba garantizar la influencia sobre Europa Central y, para conseguirlo, debía cambiar la correlación de fuerzas en los Balcanes en detrimento de la URSS, dado el empuje de los partisanos yugoslavos organizados por el Partido Comunista –el más fuerte de Europa Oriental, con 36.000 militantes al inicio de la contienda. Las guerrillas encabezadas por Josip Broz Tito, un líder croata que combatió en las Brigadas Internacionales por la defensa de la República española, contaban con 300.000 hombres y mujeres, y en cada aldea, ciudad o zona liberada constituían de inmediato un Comité Popular de Liberación, que repartía las tierras y socializaba la producción. Nada más parecido a la Federación Socialista Balcánica que no pocos comunistas y revolucionarios soñaban desde finales del siglo XIX.

El frenético anticomunismo de Churchill amenazó con arruinar las conversaciones. De nada sirvieron razones y argumentos, ni el reconocimiento del valor que tendría el aporte anglo-estadounidense en el Frente Occidental para la derrota de Alemania. Churchill no perdió los estribos ni la serenidad, pero actuó con tal terquedad que el 30 de noviembre Stalin se levantó de la mesa decidido a regresar a Moscú. Roosevelt intercedió para salvar las conversaciones. Coincidió con Stalin y en privado alentó al premier británico a ceder. Al día siguiente se pactó la apertura del Segundo Frente en conexión con una operación al sur de Francia, en mayo de 1944. La delegación soviética consiguió que se plasmara en el acuerdo final la intención de brindar a los partisanos yugoslavos todo el auxilio posible en material y equipos, y también en ayuda militar mediante operaciones de comandos. La otra treta del premier

británico que tampoco halló consenso fue desmembrar Alemania. “La historia nos enseña que los Hitlers van y vienen, pero el pueblo y el Estado alemán permanecen” –subrayó Stalin (Bueno, 2018).

Veinticinco meses demoró Roosevelt en honrar su promesa con la URSS –seis desde que lo ratificara en Teherán. La tardanza permitió a la coalición anglo-estadounidense beneficiarse del debilitamiento germano a costa de la abnegación soviética. Cuando la luz podía divisarse al final del túnel, se escuchó el pitazo de arrancada en la ciudad costera de Portsmouth, en Gran Bretaña. Era el 5 de junio de 1944. Para entonces el Ejército Rojo había derrotado a más de 450 divisiones de la Wehrmacht –tres cuartas partes del total de sus fuerzas–, y desde la primavera las acciones bélicas se habían desplazado al lado oeste de la frontera soviética, rumbo a occidente. Varios meses hacía que los nazis no pisaban territorio de la URSS. Alemania estaba al borde del colapso.

La Fuerza Aliada Expedicionaria –176.000 hombres de Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Nueva Zelanda, Francia y España– fue reunida en una docena de puertos británicos. Debía tomar una faja de playa de 60 km a lo largo de la costa francesa de Normandía. Poco después de la medianoche inició la travesía por el canal de La Mancha en 600 barcos de transporte con 4.000 cazabombarderos. Las naves de asalto descendieron de los buques a 16 km del litoral. A las 6:30 a. m. del 6 de junio de 1944 las primeras tropas pisaron tierra. El factor sorpresa y la concentración del mando nazi en las encarnizadas batallas del Frente Oriental les permitieron tomar una cabeza de playa en 24 horas. Durante la próxima semana tocaron tierra 326.000 hombres, 50.000 vehículos y más de 100.000 toneladas de abastecimiento. Comenzaba una nueva fase de la guerra en el Frente Occidental, donde la Wehrmacht tenía emplazado el 25 % de sus fuerzas.

El 1.º de agosto ya estaban en Normandía 37 divisiones de la Fuerza Expedicionaria Aliada. Desde su Cuartel General Supremo –en un bosque anegado en agua por la lluvia incesante, a 2 km de la playa de Granville– el

general Dwight D. Eisenhower decidió retrasar el cruce del Sena y la toma de París, cuya caída planificó para entre el 15 de septiembre y el 1.º de octubre. Los aliados estaban conscientes del significado de liberar la Ciudad Luz, donde tres millones y medio de franceses sobrevivían a duras penas la ocupación nazi. Dos fragmentos de un informe ultra secreto entregado a Eisenhower por sus asesores ese día ilustran el porqué de su decisión:

Si los alemanes deciden hacerse fuertes en París, para desalojarlos habría que librar una dura y costosa batalla en sus calles, como en Stalingrado, batalla que acarrearía la destrucción de la capital francesa.

La liberación prematura de París haría recaer sobre nuestras fuerzas graves problemas de aprovisionamiento y transporte. Las obligaciones civiles que tal liberación nos obligaría a asumir representarían el mantenimiento de ocho divisiones combatientes. Solo para el avituallamiento y los medicamentos las necesidades de la población civil de París ascienden a setenta y cinco mil toneladas en los dos primeros meses. Además de quinientas toneladas de carbón diarias para los servicios públicos. Evite cargar con tales responsabilidades [...] y liberar París por tanto tiempo como sea posible (Lapierre y Collins, 1987: 20-22).

En su refugio en la Prusia Oriental, Hitler cavilaba que París era el eje a cuyo alrededor giraba la posesión de Francia. Y si perdía Francia solo le quedaría por librar la batalla de Alemania. Debían luchar por París como lo hicieron por Stalingrado y Montecassino, o los aliados tocarían a las puertas del Reich.

Entretanto, en París, donde los comunistas encabezaban la resistencia antifascista –controlaban los sindicatos, buena parte de la prensa clandestina y disponían de 25.000 hombres armados–, se organizaba un levantamiento. El general Charles de Gaulle en su exilio argelino estaba

impaciente. Soñaba con el regreso desde la noche del 10 de junio de 1940, cuando dejó tras de sí la ciudad entre el caos de la derrota. No albergaba dudas acerca de la importancia de los acontecimientos que se producirían en las próximas semanas para decidir la autoridad de posguerra; atribuía el ímpetu de los comunistas al interés de hacerse con el poder.

Nada más alejado de la realidad, ninguna organización mostró mayor heroísmo que el Partido Comunista ni pagó un tributo tan grande a la causa de la liberación. Por el número de su membresía incorporada a la resistencia (250.000 hombres y mujeres armados en todo el país y otros 200.000 prestos a tomar las armas), su elevada disciplina y probado valor constituían una pieza clave para expulsar a las tropas nazis. El Partido estaba consciente del carisma y reconocimiento nacional e internacional que gozaba quien en el orden simbólico había encarnado el destino de su país en los cuatro años de ocupación: “De Gaulle es, por el momento, un mal necesario. Pero ¡quién sabe si, después de la Guerra, Francia querrá igualmente a De Gaulle...!”, había opinado el comunista búlgaro Iván Kalev, al frente de un *maquis* en el sur de Francia (Lapierre y Collins, 2015: 31).

Tenía razón Kalev. Al decir de Eric Hobsbawm, en el Partido Comunista Francés “... la tradición de la revolución era muy fuerte, pero el marxismo era débil” (Hobsbawm, 2015: 288). Muchos de los intelectuales y académicos que se unieron a sus filas durante la resistencia antinazi, a menudo de orientación socialdemócrata, no abandonaron sus convicciones; de hecho, profesores incorporados al Partido en medio de los combates negaban ser marxistas.

Hitler asignó el mando de la guarnición de París al general Dietrich von Choltitz, cuyo mérito consistía en haber tomado la estratégica ciudad portuaria de Sebastopol en 1942 –después lo dedicaron a proteger la retirada de las divisiones de la Wehrmacht y arrasarlo todo tras ellas. La situación militar de Alemania era deplorable: en el Este, las vanguardias del

Ejército Rojo estaban a 100 km de Berlín; en el Oeste, tras fuertes combates en el sector de Caen-Falaise, la resistencia alemana comenzaba a desmoronarse en Normandía. El Führer recibió a Choltitz el 7 de agosto. Un fulgor feroz iluminó su mirada cuando le dio la orden de reprimir sin piedad cualquier acto de rebelión o sabotaje contra las tropas alemanas. Disponía de 20.000 hombres y recibiría de su parte todo el apoyo. Según le reveló el oficial que lo acompañó hasta la salida del búnker, al día siguiente promulgarían la Sippenhaft, una ley destinada a controlar la actitud de la más alta jerarquía militar alemana. Cada día llegaban noticias de generales rendidos; de otros que retrocedían apocados; de algunos que cuestionaban las decisiones de Hitler... Las mujeres e hijos de los oficiales nazis serían considerados rehenes; responderían del comportamiento de los hombres; en ciertos casos, podrían, incluso, ser condenados y ejecutados. Choltitz narró más tarde: “Al oír estas palabras sentí un prolongado escalofrío a lo largo de mi viejo cuerpo de soldado” (Lapierre y Collins, 1987: 50 y 58).

Tanto el mando aliado como el partido gaullista intentaron obstaculizar la determinación del Partido Comunista de organizar el levantamiento de París. Eisenhower sabía que era clave la entrada triunfal a la ciudad con fuerzas de Estados Unidos y Gran Bretaña, para quedar en posición de establecer las condiciones. Si Roosevelt y Churchill no querían reconocer el gobierno provisional francés ni a De Gaulle como su presidente, menos podían permitirse que los comunistas asumieran el protagonismo y obtuvieran los laureles.

Cuando los mensajes cruzados entre un lado y el otro mostraron absoluta incomunicación, se intentó atemorizar a la población parisina con lo ocurrido en Varsovia en los primeros días de agosto: con el Ejército Rojo a las puertas de la ciudad, la guarnición alemana aplastó la insurrección prematura de sus habitantes iniciada por el Ejército de Krajowa con poco más de 20.000 hombres y mujeres mal armados y, en su mayoría, mal entrenados a partir del 1.º de agosto, a los que se unieron en gesto

memorable miles de ciudadanos comunes y combatientes clandestinos de la izquierda y las organizaciones judías. Zonas urbanas enteras fueron cañoneadas por la artillería nazi. La antiquísima urbe fue demolida y bajo el montón de escombros yacían enterrados 200.000 de sus habitantes, insurgentes y civiles. Varsovia ardía por los cuatro costados.¹²

Al amanecer del 19 de agosto de 1944, París se estremeció con un ruido no escuchado desde las barricadas de 1871: la explosión de la pólvora y las balas. Veinticuatro horas más tarde De Gaulle cruzaba el canal de La Mancha en un avión con el combustible indispensable para no estrellarse. Aterrizó en Normandía y no más bajar las escalerillas corrió hacia el Cuartel General de la Fuerza Aliada Expedicionaria. “De Gaulle pidió que la cuestión de París fuera reconsiderada inmediatamente, teniendo en cuenta la seria amenaza que los comunistas hacían pesar sobre la ciudad [...] si demoraba su entrada en París, se arriesgaba a encontrar allí una situación política tan desastrosa que podría incluso acarrear una ruptura del esfuerzo de guerra de los aliados”, recordó después Eisenhower, quien se mantuvo intransigente y replicó que a causa de la terrible batalla que deberían librar, la entrada en aquel instante era prematura (Lapierre y Collins, 1987: 255).

Hitler dispuso el empleo de dos divisiones de Panzer para la defensa de París y dictó un telegrama al general Choltitz: “La pérdida de la ciudad acarrearía la rotura de todo el frente del litoral al norte del Sena y nos privaría de nuestras plataformas de lanzamiento para la batalla a distancia contra Inglaterra. A todo lo largo de la Historia, la pérdida de París ha acarreado la pérdida de Francia entera”. Estaba en un verdadero estado de trance: “París no debe caer en manos del enemigo. De no conseguirlo, el enemigo no debe encontrar más que un montón de ruinas” (Lapierre y Collins, 1987: 353). Era un ladrido al vacío. De los 800 blindados y 120.000 hombres con que el 58.º Cuerpo de Panzer comenzó la batalla de Normandía no quedaban más que algunos restos esparcidos al sur de Chantilly.

El viernes 25 de agosto de 1944, París volvió a manos francesas. La guarnición alemana fue aniquilada. Choltitz lo comprendió cuando los párrocos de las iglesias echaron las campanas a volar tras recibir la noticia de que los primeros tanques de la 2.^a División Blindada de la Fuerza Aliada Expedicionaria (16.000 soldados franceses y españoles con 4.500 vehículos), al mando del general Philippe Leclerc, cruzaron el Sena y entraban por la Puerta de la Villette. Entre aquellas primeras avanzadillas armadas que alcanzaron el Hôtel de Ville de París, aparecieron tanquetas denominadas *Madrid, Teruel, Guadalajara, Ebro, Gernika, Don Quijote...*, tripuladas por revolucionarios españoles que habían combatido por la República. Miles de parisienses abrieron los postigos y se lanzaron a las calles, aullando de alegría... Entonada a todo pulmón con la radio, la Marsellesa brotaba de innumerables gargantas en las casas, aceras, avenidas y sobre las barricadas: “*Allons enfants de la Patrie, / Le jour de gloire est arrivé!*”.

A Choltitz no le quedó otro camino que capitular. No ante los aliados, como hubiese preferido, sino ante el Gobierno Provisional de la República Francesa. Por la parte gala firmó el acta uno de los principales jefes de las Fuerzas Francesas del Interior: el coronel Rol-Tanguy, un bretón militante del Partido Comunista, conductor de la resistencia en la Île-de-France, y quien mayor determinación mostró cuando el partido gaullista intentó detener el levantamiento hasta que la Fuerza Aliada Expedicionaria se decidiera a intervenir. Se apareció tocado con una boina y un uniforme viejo, gastado..., pero con la serenidad y la altura de los que han desafiado a la muerte durante cuatro largos años, henchido de orgullo por su contribución a desterrar la cruz gamada del cielo de París.

De Gaulle entró a la capital en la tarde del propio 25. A espaldas de Eisenhower llegó en un descapotable negro, marca Hotchkiss, de fabricación francesa, conducido por un chofer francés y precedido de un auto ametralladora de la 2.^a División Blindada. Durante el trayecto no dejó

de pensar en cómo había sido destruido el ejército galo por la Wehrmacht y los acontecimientos que trastornaron al mundo. Se estremecía ante una idea fija: ¡Francia estuvo a punto de naufragar!

En la Puerta de la Ville una marea exultante le levantó el ánimo hasta emocionarlo, sin abandonar la serenidad. Al otro lado del Sena, ante la elevada fachada cubierta de estatuas del Hôtel de Ville, un pequeño grupo de hombres lo esperaba. Eran los jefes de la resistencia. Desde el anonimato, por 1.824 días habían corrido todos los riesgos y vicisitudes junto a un pueblo que ofrendó decenas de miles de mártires, lo mismo en combate que bajo las torturas sufridas a manos de las SS y la Gestapo. Encontraron la fuerza moral y la audacia para llevar la nave a buen recaudo durante la borrasca, y en aquel instante se aprestaban a compartir lauros con el hombre símbolo.

Su mayoritaria membresía comunista llevó a que De Gaulle los ignorara. Ordenó al chofer continuar rumbo al puesto de mando del general Leclerc en Montparnasse. Fue un desaire inexcusable. Por el gran número de militantes caídos durante la resistencia contra los nazis, los comunistas fueron rebautizados por el pueblo francés como el “partido de los fusilados”. Gracias a su arrojo, además de París, fueron liberadas sin intervención ni auxilio alguno de la Fuerza Expedicionaria Aliada ciudades como Marsella, Lyon, Tolón, Tolosa, Montpellier, Limoges, Clermont-Ferrand, entre tantas –casi la mitad del territorio de Francia. Tenían medio millón de hombres y mujeres sobre las armas. Ya en el andén 21 de la estación de Montparnasse, De Gaulle no pudo refrenar un rictus de indignación cuando Leclerc le entregó el acta de capitulación firmada por el general Choltitz y el coronel Rol-Tanguy, a quien por unos segundos que parecieron infinitos vaciló en saludar, aunque terminaron en cordial estrechón de manos.

El sábado 26 de agosto a las 3 p. m. todo estaba preparado para el desfile en los Campos Elíseos. En contra de la voluntad de los aliados, la 2.^a

División Blindada marcharía a lo largo de la avenida, desde el Arco de Triunfo hasta la Catedral de Notre-Dame. Tras encender la llama eterna en la Tumba del Soldado Desconocido y depositar una corona de gladiolos rojos sobre la piedra desnuda –bajo una tormenta de voces que coreaban su nombre–, De Gaulle regresó al Arco de Triunfo y, antes de emprender el recorrido, ordenó con voz soberbia a la oficialidad y representantes de la resistencia que lo acompañaban: “Señores, a un paso tras de mí” (Lapierre y Collins, 1987: 620).

Dos días más tarde, convocó al alto mando de las Fuerzas Francesas del Interior para informarles que ese cuerpo sería disuelto, debían entregar las armas y los combatientes de la resistencia habrían de formar parte del ejército. A partir de ese minuto todo marchó sobre rieles a su favor: el 23 de octubre de 1944, la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña reconocieron su gobierno provisional. Y el 10 de diciembre firmó en Moscú un tratado de alianza franco-soviética que aseguró la devolución a Francia de sus derechos como gran potencia: recibió una zona de ocupación en Alemania, voz plena en el Consejo de Control junto con la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña, y un escaño permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. De Gaulle había entrado en la historia...

La tierra parecía un desierto y se caminaba entre la bruma...

Ardía Europa cuando en Bretton Woods, New Hampshire, del 1.º al 22 de julio de 1944 se celebró una conferencia monetaria a la que asistieron representantes de 44 países. Dada la preeminencia económica de Estados Unidos, los negociadores de la Administración Roosevelt, con el apoyo británico –entre cuyos delegados estuvo John Maynard Keynes–, definieron la pauta de los trabajos y dirigieron los debates. Al final, impusieron la supremacía del dólar en las transacciones bancarias internacionales y consiguieron suplantarlo el rol desempeñado hasta entonces por el oro, plataforma legal sobre la que sustentó su hegemonía en la arquitectura financiera global, a lo cual se añade la creación de las dos principales instituciones del capitalismo como estructuras para preservarla: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

La URSS estaba concentrada en los asuntos de la guerra. Nadie, pese a ello, se atrevía a minimizar su poderío. Su industria militar alcanzaba el máximo nivel de productividad: en 1944 aportó más de 40.000 aviones, 122.000 piezas de artillería y 29.000 tanques y cañones autopropulsados; las filas del Ejército Rojo contaban con 9.400.000 combatientes –hombres y mujeres–, dirigidos por experimentados cuadros de mando. En el otoño sus fuerzas barrieron a la Wehrmacht en casi todas las repúblicas del Báltico, Rumanía, Bulgaria, el este de Hungría y Checoslovaquia; cruzaron la frontera alemana en la Prusia Oriental, la derrotaron en el extremo Norte y entraron a Noruega. En una extensión de entre 600 y 900 km hacia el Oeste, vencieron 315 divisiones y 46 brigadas. Bajo los golpes del Ejército Rojo y la resistencia antifascista, Alemania fue privada de sus aliados. Durante los años de la guerra el Ejército Rojo molió 626 divisiones de los países del

Eje; de ellas, 508 alemanas. En general, la URSS representó el 75 % de todos los esfuerzos militares de la coalición contra Hitler.

Para entonces los partisanos yugoslavos tenían el control de casi todo el país después de derrotar a las divisiones de la Wehrmacht y a las tropas de los partidos pronazis de Bosnia, Eslovenia y Macedonia, sin el apoyo de los aliados. Y el 20 de octubre de 1944 tomaron Belgrado, en una operación conjunta con los guerrilleros de la resistencia búlgara y las fuerzas del Ejército Rojo.

Entre los círculos de poder anglo-estadounidenses resucitó la alarma. Cada nueva noticia sobre las victorias soviéticas hacía que Churchill se erizara de suspicacia y echó mano otra vez a su teoría de la superioridad anglosajona. Ignorando lo acordado en la Conferencia de Teherán –puestos de acuerdo Roosevelt y Churchill a espaldas de Stalin–, un contingente de Gran Bretaña desembarcó en Grecia ese otoño con la intención de impedir el triunfo de las guerrillas comunistas en esa área estratégica de la península de los Balcanes, aunque el mando británico no se atrevió a acercarse a Yugoslavia; mientras, en un cambio de línea editorial, algunos de los medios occidentales volvieron a colgar el traje de los zares a la URSS. La presentaron como una bárbara y brutal nación semiasiática, que estaba invadiendo lo que fue parte de la Europa civilizada.

Los hechos en el terreno militar estaban fuera de su alcance y le exigieron sensatez. A finales de 1944 Hitler lanzó una contraofensiva sobre la Fuerza Aliada Expedicionaria en los densos bosques y montañas de Las Ardenas, en la intersección de las fronteras de Bélgica, Luxemburgo y Francia. Los aliados perdieron la iniciativa. Hasta entonces ni Estados Unidos ni Gran Bretaña habían tratado de coordinar las acciones de sus tropas con el Ejército Rojo. Ahora, abocados a un descalabro, Churchill le escribió a Stalin el 6 de enero de 1945:

En Occidente se libran encarnizados combates, y en cualquier momento pueden exigirse importantes decisiones del Mando

Supremo. Usted mismo conoce, por experiencia propia, lo difícil que resulta la situación cuando se debe defender un frente muy amplio después que se ha perdido temporalmente la iniciativa. El general Eisenhower desea y necesita conocer con urgencia, en términos generales, qué se propone usted hacer, ya que ello, claro está, repercutirá en sus decisiones más importantes [...] Le estaría agradecido si me dijera si podemos contar con una gran ofensiva rusa en el frente del Vístula o en algún otro lugar durante el mes de enero o en cualquier otro momento [...] el asunto es urgente (Rzheshovski, 1986: 110-111).

“La situación se aliviaría considerablemente si los rusos realizaran una gran ofensiva”. Sin la ayuda del Ejército Rojo “... nos veremos en la situación más difícil”, notificó a Washington el general Dwight D. Eisenhower el 7 de enero (Chandler, vol. IV, 1970: 2407). Ese día Stalin respondió la carta de Churchill:

... tomando en consideración la situación de nuestros aliados en el Frente Occidental, el Gran Cuartel General del Mando Supremo decidió culminar a ritmo acelerado su preparación, y pasando por alto las condiciones del tiempo, dar inicio a amplias acciones ofensivas contra los alemanes en todo el Frente Central, a más tardar en la segunda quincena de enero. No tengan dudas de que haremos todo lo posible por prestar ayuda a nuestras gloriosas tropas aliadas (Rzheshovski, 1986: 112).

El Ejército Rojo tenía prevista la ofensiva de invierno para el 20 de enero de 1945. Comprendía asestar golpes simultáneos desde el Báltico hasta el Danubio: en Prusia Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Austria, y en una segunda fase, ocupar Berlín y liberar Praga. En virtud de la difícil situación en que se encontraba la Fuerza Expedicionaria Aliada en

Las Ardenas, el mando soviético la adelantó ocho días y comenzó el 12 de enero sobre Polonia.

Fue una campaña descomunal. La Wehrmacht defendió cada palmo de suelo, sin ignorar que los últimos espasmos de su sufrimiento adelantaban la agonía mortal del Tercer Reich. El 17 de enero cayó Varsovia, una ciudad que había sido borrada de la faz de la tierra. “... sin esperar el fin de la guerra, comenzó el desminado y la reconstrucción. En esa operación murieron unos 90.000 soldados del Ejército Rojo. Y en total, más de 700.000 soviéticos entregaron sus vidas por la liberación de Polonia de los nazis” (Bunévich, 2020). El régimen de ocupación alemán asesinó a unos seis millones de personas –la mitad, judíos– y estableció campos de concentración y exterminio en los que fueron confinados e incinerados millones de hombres, mujeres y niños de varias nacionalidades. El complejo de Auschwitz, en Cracovia, constituye el mayor centro de exterminio de la historia. Allí fueron enviados 1.300.000 prisioneros, de los cuales murió la gran mayoría. El testimonio de Anatoly Shapiro, comandante del batallón soviético que liberó el lugar, donde quedaban solo 500 sobrevivientes, resulta revelador:

Entramos en la mañana del 27 de enero de 1945. Vimos algunas personas vestidas con harapos. No parecían seres humanos [...] eran puro hueso. Les dije que éramos el ejército soviético y quedaban libres del dominio alemán [...] no reaccionaron, no podían ni mover la cabeza o decir una palabra. No tenían zapatos y sus pies estaban envueltos en ropa vieja: era enero y la nieve rodeaba el lugar [...] Cuando nos aproximamos a las barracas que se suponían eran para mujeres, nos encontramos con una imagen terrible. Mujeres que yacían sin vida sobre el suelo, desnudas, porque la ropa se la habían robado las personas que sobrevivieron. Había mucha sangre y excrementos humanos alrededor. Había tal hedor que era imposible estar ahí por más de cinco minutos [...]

Apenas llegamos, montamos algunas cocinas de campaña y preparamos algunos alimentos ligeros. Pero algunos de ellos murieron al probar la comida, porque sus estómagos no funcionaban normalmente [...] Los soldados querían matar a todos los alemanes, pero me tocó explicar que muchos de ellos no eran fascistas ni responsables de los crímenes que habían cometido los nazis. En el último cuartel solo había dos menores que habían logrado sobrevivir y cuando nos vieron comenzaron a gritar: “¡No somos judíos!”, “¡no somos judíos!”. Estaban asustados porque pensaron que los íbamos a llevar a la cámara de gas (*BBC Mundo*, 2015).

A finales de enero la victoria de la coalición antihitleriana era cuestión de poco tiempo: ante la imposibilidad del Estado Mayor alemán de reforzar el Frente Occidental, Eisenhower contuvo la contraofensiva alemana; en el Frente Central, el Ejército Rojo arrollaba las defensas nazis en Polonia y avanzaba irrefrenable hasta Frankfurt An Der Oder, a menos de 100 km de Berlín. Nadie dudó de su capacidad para asestar el golpe definitivo contra Hitler.

Stalin, Roosevelt y Churchill convinieron reunirse otra vez. Se encontraron entre el 4 y el 11 de febrero de 1945, en Yalta, un balneario de Crimea en el que los antiguos zares y la aristocracia rusa disfrutaban del verano a las orillas del mar Negro, recién liberado por el Ejército Rojo. Para el día inaugural el mando de la Fuerza Expedicionaria Aliada preparaba una sorpresa: un golpe aéreo masivo cuyos posibles blancos eran Berlín o Dresde, antigua capital de Sajonia. “Creo que nuestra fuerza aérea es la mejor baza que podemos aportar en la mesa del tratado de posguerra, y que esta operación le añadirá mucha más fuerza, o mejor, hará que los rusos conozcan mejor su poder”, escribió el general David M. Schlatter, comandante en jefe del ejército del aire de la Fuerza Aliada Expedicionaria (Pauwels, 2004: 91).

Al otro lado del Atlántico, Estados Unidos tenía otra “baza”: en el polígono de Alamogordo, Nuevo México, avanzaba hacia la fase de prueba el Proyecto Manhattan para fabricar la bomba atómica.

En agosto de 1939 Leo Szilárd, Edward Teller y Eugene Wigner, tres físicos nucleares húngaros de origen judío, refugiados en Estados Unidos, alertaron a Albert Einstein acerca de los trabajos desarrollados por científicos del Tercer Reich para fabricar la bomba atómica. Einstein escribió a la Casa Blanca y Roosevelt reaccionó. La secretaria de Marina aportó fondos para la investigación y se asignó la dirección científica al Premio Nobel de Física Enrico Fermi, y a Julius Robert Oppenheimer, físico teórico de origen judío que impartía clases en la Universidad de California, en Berkeley, atraído por las ideas comunistas.

El laboratorio de Investigaciones Navales de Washington y la Universidad de Columbia fueron los pioneros en el empeño, al que se sumarían varios centros e instituciones de la enseñanza superior. El general Leslie R. Groves, segundo jefe del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, centralizó bajo su mando este proyecto, al que serían destinados cerca de 2.000 millones de dólares. Durante un lustro implicó a más de 130.000 personas, entre científicos, tecnólogos, militares, cuerpo de seguridad y empleados. El 2 de diciembre de 1942, en la Universidad de Chicago, Enrico Fermi consiguió la primera reacción en cadena nuclear controlada. Fabricar la bomba atómica era solo cuestión de tiempo.

Roosevelt tenía la salud quebrantada. Alarmado por las fluctuaciones de presión arterial, su médico le indicó evitar el estrés. No hizo caso. Viajó 14.000 millas hasta Yalta, donde ultimaría las bases para constituir la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el 25 de abril de 1945, en San Francisco, California. Otro tema prioritario era garantizar la entrada de la URSS en la guerra contra Japón.

En Yalta los “Tres Grandes” coordinaron los planes militares para derrotar a las tropas hitlerianas, conciliaron las pautas para su rendición

incondicional y la transformación de Alemania en un Estado pacífico. Serían disueltos el Estado Mayor General del Ejército y el Partido Nacional-socialista; se castigaría a los culpables de la conflagración y a los criminales de guerra; su territorio se dividiría en cuatro zonas de ocupación: URSS, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, para garantizar el cumplimiento de estos objetivos. Adicionalmente, debía rembolsar en especie las pérdidas que por su causa sufrieron los aliados durante la guerra. Fueron pautadas tres formas de cobro: a) traslado en los dos años posteriores a la rendición de sus bienes tanto en territorio alemán como en el exterior (equipamiento, máquinas-herramientas, barcos, material rodante, haberes, acciones en las industrias, transportes y demás empresas), con la intención de destruir su potencial de guerra; b) entregas anuales de mercancías de producción corriente durante un período a fijar; c) empleo de la mano de obra alemana. Una Comisión Aliada de Reparaciones se reuniría en Moscú para elaborar un plan detallado de acuerdo con estos principios.

Stalin propuso que la Comisión Aliada de Reparaciones tomara como base de discusión en sus estudios iniciales la cifra de 20.000 millones de dólares y solicitó que el 50 % lo recibiera la URSS, donde los nazis se comportaron en forma particularmente destructiva, como compensación mínima por las pérdidas, valoradas en el 30 % de su riqueza nacional: 1.710 ciudades o poblados urbanizados y más de 70.000 aldeas fueron reducidos a cenizas; en Ucrania y la parte europea de Rusia, las minas de carbón, acerías y fábricas estaban inundadas, demolidas o desmanteladas. Las repúblicas occidentales –escenario de tantas batallas– eran montones de ruinas y faltaban maquinarias y herramientas para recogerlas; seis millones de edificios fueron convertidos en escombros y veinticinco millones de personas estaban sin techo, viviendo en chozas de barro y cuevas de refugio. Un tercio de la nación era un yermo.

Roosevelt estuvo de acuerdo con lo solicitado por Stalin. Churchill, en cambio, dejó consignada en la “Resolución sobre Alemania” su opinión de

no fijar cifras, aunque en la redacción del texto se puntualizó que las reparaciones deberían ser percibidas, “prioritariamente”, por las naciones que soportaron el fardo más pesado de la guerra, sufrieron las mayores pérdidas y contribuyeron a la victoria sobre el enemigo, en implícita referencia a la URSS.

Con la “Declaración de la Europa Liberada” se fijó el derecho de cada Estado liberado, o todo Estado antiguo satélite del Eje, a elegir la forma de gobierno de su preferencia, así como a restaurar sus derechos soberanos y de autodeterminación; no obstante, los “Tres Grandes” se atribuyeron la facultad de “ayudar” a los pueblos liberados cada vez que estimasen que la situación lo exigía, con el objetivo de crear las condiciones en las cuales pudieran ejercer esos derechos –sustento legal de la injerencia en los asuntos internos de cada nación comprendida en su áreas de influencia. Las zonas oriental y central europeas quedaron bajo administración provisional de la URSS; la coalición anglo-estadounidense se haría cargo de Francia, Italia, Grecia y Turquía.

Un tema que hizo aflorar la tensión fue Polonia: ocupó siete de las ocho sesiones, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo que satisficiera a Churchill y Stalin.

¿Cuál era el fondo del problema? Cuando Hitler invadió Polonia, el Partido Comunista de esa nación –fundado por Rosa Luxemburgo y proscrito desde 1919– estaba debilitado y su militancia dispersa. Durante las purgas de 1938, la III Internacional revocó de oficio a su dirección y lo disolvió, por considerarlo roído por el trotskismo y la policía política del régimen burgués. Los miembros de su Comité Central refugiados en Moscú fueron ejecutados, entre ellos, Julian Lenski, amigo cercano de Rosa y eminente teórico marxista que estuvo entre los protagonistas de la Revolución de Octubre y se mantuvo en Rusia como parte del ejecutivo de la III Internacional; Adolf Warski, fundador y durante mucho tiempo con un escaño en el Parlamento; Vera Kostrzewa, militante de gran valentía e

inteligencia, y los jefes del destacamento polaco de las Brigadas Internacionales en España, a quienes llamaron a Moscú para instruir de cargos.

Cerca de 300.000 polacos lucharon en una red de resistencia contra los nazis, bajo el liderazgo de la Iglesia católica, el Partido Socialista (socialdemócrata) y formaciones nacionalistas de un anticomunismo arraigado, entre las que predominó el Ejército Nacional (*Armia Krajowa*) leal al Gobierno polaco con sede en Londres, que encabezaba el aristocrático Partido Popular o Partido Campesino. Las contradicciones entre esta última fuerza y la URSS se agravaron, hasta un punto de no retorno, en 1943. Los alemanes hallaron las fosas comunes del bosque de Katyn y develaron la responsabilidad soviética en los hechos. Y aunque la ejecución fue organizada por Beria de forma tal que pareciera una acción nazi, los polacos nunca se tragaron el anzuelo.¹³ A su vez, retoñó el viejo dilema en torno a la Línea Curzon, que despojaba en la parte Este a Polonia de un pedazo arrancado por el régimen de Piłsudski a Bielorrusia y Ucrania, durante la guerra de 1920 contra Rusia; pérdida que Stalin propuso compensar mediante la entrega de territorios de Alemania al norte y el oeste de la línea formada por los ríos Óder y Neisse. Como era de esperar, la URSS reconocía al Comité Nacional de Liberación de Lublin, integrado por el Partido Socialista, y quería preservar un gobierno provisional sin el Partido Campesino.

Después de mucha discusión, se dispuso reorganizar un gobierno provisional sobre una base más amplia, con dirigentes de los partidos antinazis y democráticos tanto en Polonia como en el exterior. En el instante posible celebrarían “elecciones libres y sin coacción”. Respecto a la frontera oriental, aceptaron la Línea Curzon con rectificaciones en algunas zonas de entre 5 a 8 km a favor de Polonia, y reconocieron que debían beneficiarla con un sustancial crecimiento al Norte y al Oeste –antigua cuna de la nación–, con espacios perdidos como consecuencia de la colonización

germánica (Pomerania, Silesia). La extensión de las adiciones sería consultada al nuevo Gobierno Provisional Polaco de Unidad Nacional y el trazado final de su frontera occidental no podría, en consecuencia, fijarse más que en la Conferencia de Paz.¹⁴

Stalin accedió a incorporarse a la ofensiva contra Japón tres meses después de la capitulación de Hitler. A cambio, llevó a la mesa de negociaciones pugnas territoriales y comerciales con Japón que databan del siglo XIX y el primer lustro del XX: poner fin a la reclamación japonesa de la ciudad de Vladivostok y recuperar las islas Kuriles, la parte meridional de Sajalín y todas las islas vecinas; respecto a las dos bahías más grandes de Manchuria, internacionalizar el puerto de Darien (hoy Dàlián) para garantizar los intereses prioritarios de la URSS, y restablecer el arrendamiento de Port Arthur como base naval; explotar en común el ferrocarril del Este chino y el ferrocarril del sur de Manchuria –con salida hacia Darien– mediante el establecimiento de una compañía soviético-china, encargada de garantizar los intereses soviéticos sin menoscabo de la plena soberanía china en Manchuria. En correspondencia con el proyecto de acuerdo, estas concesiones requerían el consentimiento del general Chiang Kai-shek y, a solicitud de Stalin, el presidente Roosevelt tomaría medidas para garantizar su aprobación.

Roosevelt y Churchill, por su parte, reclamaron Hong Kong y Singapur (Gran Bretaña), Indochina (Francia), Indonesia (Holanda) y Filipinas (Estados Unidos). “Mientras haya vida en mi cuerpo no se permitirá ninguna transferencia de la soberanía británica”, escribió Churchill en Yalta (Johnson, 1993: 472).

Stalin estuvo de acuerdo con las peticiones de ambos, y ellos se dieron por satisfechos con sus condiciones respecto a Japón. El secretario de Estado de Roosevelt, Edward Stettinius, escribió: “... la Unión Soviética hizo más concesiones a Occidente que a la inversa” (Pauwels, 2004: 83). “No conozco ningún otro gobierno que haya cumplido sus compromisos,

aunque vayan incluso en detrimento de sus propios intereses, de una manera más fiel que el gobierno soviético”, declararían Churchill ante la Cámara de los Comunes, a su regreso. Por su parte, Roosevelt notificó al Congreso: “Puedo afirmar que hemos logrado una unidad de puntos de vista y trazado el camino hacia una colaboración duradera... Nunca antes los aliados habían estado tan unidos en los aspectos que conciernen no sólo a sus objetivos militares, sino también a los de la paz” (Dalleck, 1978: 21).

El 13 de febrero de 1945 las inclemencias del tiempo no libraron a Dresde de la operación aérea de la Fuerza Expedicionaria Aliada: 650.000 bombas incendiarias elevaron la temperatura por encima de los 100 °C en la “Florescia alemana”. Las llamas se extendieron 20 km² y abrasaron toda materia orgánica en un área de más de 2.000 hectáreas. En una ciudad con cerca de 630.000 pobladores –a causa de los refugiados alemanes, el 80 % campesinos de Silesia–, la gente murió por miles, quemada o asfixiada. “Como era la noche del martes de Carnaval, muchos niños todavía estaban vestidos de disfraces. Por primera vez en la guerra se había asestado un golpe tan duro a un blanco que no quedaron sobrevivientes aptos en número suficiente para enterrar a los muertos. Llegaron tropas y recogieron enormes pilas de cadáveres” (Johnson, 1993: 409-410). Fue acordonado el centro del Altmarkt y se instalaron parrillas de acero de ocho metros de diámetro, alimentadas con madera y paja. En cada una apiñaron quinientos cadáveres. Quince días después, las piras aún llameaban. “La cifra de treinta mil que se menciona a veces parece que se refiere exclusivamente a cuerpos identificados, una pequeña fracción de las víctimas totales que, de acuerdo con un informe secreto de la policía local, pudo haber estado entre doscientas mil y un cuarto de millón” (Pauwels, 2004: 89-90).

Marzo de 1945 marcó el inicio de la ofensiva aérea anglo-estadounidense contra Japón. En los próximos cuatro meses, los B-29 arrojaron 100.000 t de bombas a base de napalm, termita y fósforo blanco sobre 69 ciudades, no pocas carentes de significado militar. La noche del 9

de marzo, 330 B-29 nublaron Tokio, milenaria capital imperial, que por sus construcciones de bambú y madera era llamada la Ciudad de Papel. Ayudados por un intenso viento norte, convirtieron la antigua planicie pantanosa de Musashi en un infierno: murieron 83.000 personas, casi todas civiles, y otras 102.000 recibieron heridas. Fueron destruidos 40.000 km² de la ciudad; más de un millón de personas perdieron su casa.

En general, la campaña aérea contra Japón destruyó 2.250.000 edificaciones, dejó a nueve millones de personas sin hogar, mató unas 500.000 y causó heridas a otras 400.000; la inmensa mayoría no eran militares. Fue una de las matanzas más despiadadas y bárbaras de no combatientes en la historia humana.

“Ahora me he convertido en la muerte, la destructora de mundos”

El 12 de abril de 1945 falleció Roosevelt, como consecuencia de un infarto cerebral, en su residencia privada en Palm Springs. Los aliados habían penetrado hasta las profundidades de Alemania y en Japón empezaba la batalla por Okinawa. Esa mañana se juramentó Harry S. Truman, cuya labor como presidente de la Comisión Investigadora del Programa de Defensa Nacional en el Senado lo catapultó a la fórmula presidencial, en 1944; los sectores militaristas y Wall Street se opusieron a que continuara en la vicepresidencia Henry A. Wallace, quien estuvo en el centro neurálgico de los éxitos del ejecutivo para sortear el impacto de la Gran Depresión y contaba con el 67 % de aceptación popular. Wallace abogaba por preservar los compromisos con la URSS y apoyó el proceso descolonizador en Asia y África. Constituía un peligro.

Durante sus 82 días en la vicepresidencia del país –desde el acto de toma de posesión, el 20 de enero de 1945–, Truman asistió a las reuniones del gabinete y habló solo una o dos veces con Roosevelt. El presidente no le prestó atención ni sostuvo ninguna conversación confidencial sobre la guerra o en materia de política exterior; ni siquiera acerca de lo que proyectaba una vez finalizado el conflicto. Todo apunta a que no le interesaba el criterio de un vicepresidente impuesto por el ala más conservadora del Partido, cuyo modo de razonar daba la impresión de una sublimación primitiva del excepcionalismo estadounidense.

Luego de su juramentación, Truman sostuvo un breve intercambio con el secretario de la Guerra, general Henry L. Stimson, quien mencionó el Proyecto Manhattan. Fue la primera noticia que recibía al respecto. Al día siguiente, al retomar el tema con James F. Byrnes, director de Movilización de Guerra –y antiguo mentor suyo en el Senado–, este le aseguró que la

bomba atómica era capaz de destruir al mundo: “... nos pone en posición de dictar nuestros propios términos al final de la guerra”, subrayó entusiasmado (Truman, t. I, 1956: 24-25).

Soviéticos y estadounidenses se abrazaban en las orillas del Elba, cuando Truman se planteó como propósito inmediato romper la alianza con la URSS. Proclamada Estados Unidos como la mayor potencia económica del mundo, el poderío militar y prestigio soviéticos constituían una amenaza. Una encuesta de Gallup, en marzo de 1945, arrojó que no menos del 55 % de la población norteamericana quería preservar la alianza. Sus soldados reconocían que sin el Ejército Rojo hubiesen sufrido mayores penalidades. Experimentaban una mezcla de simpatía y respeto por los combatientes soviéticos, que a pesar del número de bajas sufridas mostraron serenidad y entereza hasta derrotar a la Wehrmacht. Ni siquiera los prejuicios anticomunistas del general George S. Patton, jefe del Tercer Ejército de la Fuerza Expedicionaria Aliada, cambiaron esta percepción: “Patton dijo que debíamos continuar (hasta Moscú). Para mí era una idea impensable. Los rusos nos habrían liquidado. No creo que nadie tuviera estómago para luchar contra ellos. Estábamos bien informados por los periódicos y los noticiarios sobre Stalingrado”, confesó un veterano del Frente Occidental (Pauwels, 2004: 103).

La población estadounidense miraba con interés a la URSS. “Una encuesta llevada a cabo durante los años de la guerra reveló claramente que los americanos como promedio sentían gran admiración por los logros soviéticos, tales como la «redistribución de la riqueza, la igualdad social, la seguridad económica y el sistema de educación gratuita»”. Luego de la Gran Depresión y de las secuelas de la guerra –no solo en Estados Unidos–, se soñaba con otro amanecer. En Gran Bretaña esta presión era superior, pues la gente reclamaba un “nuevo orden social”. Alarmado por las tendencias hacia el socialismo, el *establishment* exigía un cambio de política (Pauwels, 2004: 131-132).

Con la victoria, Churchill recuperó su estado natural y abogaba por la ruptura de la alianza. Instó a Washington a presentar una declaración anglo-estadounidense que cuestionara a Stalin por violar los acuerdos sobre Polonia, pues este no permitió formar parte del gobierno provisional constituido en Varsovia a los representantes del Gobierno polaco en Londres. Stalin argüía que no querían reconocer la Línea Curzon como contorno y descendían de los rusos blancos que combatieron contra la Revolución bolchevique. También pesaba el tema de Katyn; la herida polaca no paraba de sangrar. Y como él dejó sentado en Crimea, la URSS no pensaba permitir regímenes antisoviéticos en su frontera vital.

Churchill no estaba en capacidad de presentar un argumento o sofisma que no lo despojara de razón. El imperio británico en Asia y Medio Oriente –la India (India y Pakistán), Ceilán, Malasia, Birmania, Jordania y Palestina– era sostenido con una represión feroz. En el primer levantamiento palestino en Jaffa contra la colonización de los judíos europeos (1936-1939), Churchill dio luz verde al ejército colonial conformado por 25.000 soldados británicos y sionistas, y a los bombarderos de la Royal Air Force, para que lo sofocaran. Llamado a testificar por el comité investigador Peel, en 1937, declaró:

Mi opinión es que el perro que está en el pesebre no tiene derechos exclusivos sobre él aun cuando lleve allí mucho tiempo. No reconozco ese derecho. No creo, por ejemplo, que se haya cometido una gran injusticia con los pieles rojas de América ni con el pueblo negro de Australia. Rechazo la idea de que estos pueblos hayan sido tratados injustamente solo porque una raza más fuerte, una raza de rango superior, o, por así decirlo, una raza con mayor experiencia del mundo, haya ocupado su lugar (Ali, 2006: 128).

En la propia Europa, cuando las tropas inglesas ocuparon Grecia tras la retirada alemana, entre octubre y noviembre de 1944, la guerrilla

encabezada por el Partido Comunista –líder de la resistencia antifascista– combatía en toda la capital, con respaldo popular, contra las fuerzas monárquicas. Próxima a Egipto, y al canal de Suez, a través del cual fluía el comercio que mantenía con vida al imperio británico, Grecia era vital para el control del Mediterráneo. En un cifrado al general Ronald Scobie del 4 de diciembre, Churchill dictó: “Debemos retener y dominar a Atenas. Sería muy valioso que usted lo lograra sin derramamiento de sangre si es posible, pero también con derramamiento de sangre si es necesario” (Johnson, 1993: 440-441). La ciudad fue cañoneada por los tanques y el general Scobie lanzó los bombarderos en picado. Los partisanos defendieron las posiciones, distrito a distrito, hasta quedar reducidos.

Truman consultó a su embajador en la URSS, Averell Harriman, y este dijo que Stalin no arriesgaría los nexos bilaterales porque ansiaba la ayuda económica prometida por Roosevelt. Un informe del Departamento de Estado evaluaba que las presiones de Churchill estaban condicionadas por su interés de preservar una relación de iguales entre Estados Unidos y Gran Bretaña –degradada como secuela de la guerra a potencia de segundo orden.

El general Henry L. Stimson le explicó a su presidente la importancia de Polonia para el Kremlin y atestiguó que la URSS era una aliada digna de confianza, que a menudo ofrecía más de lo prometido en el terreno militar. El general Omar N. Bradley, jefe de las tropas en el valle del Ruhr, calculó que la ocupación de Berlín provocaría 100.000 bajas estadounidenses, y el general Eisenhower se oponía a todo lo que pudiera afectar la cooperación con el Ejército Rojo. El general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército, corroboró que el mando soviético asumía sus compromisos con seriedad y recordó la necesidad de que entrara en la guerra contra la Tierra del Sol Naciente. James V. Forrestal, secretario de la Marina, tenía una opinión encontrada con el Departamento de la Guerra. No creía conveniente sumar al Ejército Rojo a dicha invasión. Según dijo, asumirían el control de

los territorios que ocuparan y eso afectaba las pretensiones de convertir a Japón en punta de lanza contra la URSS en el Lejano Oriente.

“Yo comprendí que la colaboración militar y política con Rusia era todavía tan importante, que el tiempo no estaba aún lo suficientemente maduro como para hacer una declaración pública sobre aquella situación difícil, y aún no resuelta, de Polonia”, escribió Truman (Truman, t. 1, 1956: 42). Pese a todo, no selló la partida. El 23 de abril de 1945 convocó a Blair House (no se había mudado aún para la Casa Blanca) al canciller soviético, Viacheslav M. Mólotov, y le exigió el cumplimiento de lo acordado en Yalta acerca de Polonia: “Se lo dije directamente. Le hablé claro. Fue un uno-dos al mentón”, fanfarroneó en su diario. “En mi vida jamás me hablaron así”, le respondió Mólotov, y concluyó Truman: “Cumpla sus acuerdos y no le hablarán así” (Johnson, 1993: 442).

¿Actuó con tal bravuconería? ¿Sermoneó con pose de *sheriff* a Mólotov? La historiografía occidental hace referencia, una y otra vez, a este pasaje, de por sí inverosímil, máxime cuando el intercambio precedió a la constitución de la ONU, en San Francisco, California, a cuyo acto fundacional asistieron 51 países. El 25 de abril de 1945 Truman intervino en el plenario: “Nada es más esencial para la futura paz del mundo, que una continuada cooperación de las naciones que tuvieron que reunir la fuerza necesaria para derrotar la conspiración de los poderes del Eje por dominar el mundo” (Kissinger, 2004: 413). Detrás de la retórica se escondían propósitos que nada tenían que ver con la paz, pero le era imposible ignorar la preponderancia de la URSS en la victoria contra Hitler.

A quienes participaron en la constitución de la ONU les fue dable advertir que la organización nació torcida. Las naciones que, al decir de Truman, “tuvieron que reunir la fuerza necesaria para derrotar la conspiración de los poderes del Eje por dominar el mundo”, estaban determinadas a regir ellas los asuntos internacionales en lo adelante. Para ello idearon un Consejo de Seguridad de cinco miembros permanentes –

Estados Unidos, la URSS, Reino Unido, Francia y China, esta última una cuña estadounidense contra los soviéticos en el Lejano Oriente— con “derecho al veto”, marco jurídico que les permitiría marcar la pauta en correspondencia con sus intereses geopolíticos. Uno de los asistentes a San Francisco, el guatemalteco Guillermo Toriello, recordó 40 años más tarde:

... hicimos expresamente reserva contra el derecho a veto que se les concedió a cinco naciones: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Unión Soviética y China nacionalista. Además de fundamento de derecho —se violaba flagrantemente el principio establecido en la propia Carta de la Igualdad Jurídica de todos los Estados miembros—, temíamos, fundadamente, y la historia nos ha dado la razón, que ese derecho (el de veto) en manos de los gobiernos de Estados Unidos, constituía una grave amenaza para los derechos de autodeterminación, independencia y soberanía de nuestros pueblos latinoamericanos y del Caribe, quienes desde el siglo pasado habían sido víctimas de las políticas agresivas, expansionistas e intervencionistas de las distintas administraciones norteamericanas (Roa Kourí, 2018: 66-67).

El 27 de abril Mussolini fue capturado junto con su amante por los partisanos. Intentaba evadirse cargado de oro y libras esterlinas en un convoy alemán, vestido con uniforme de la Wehrmacht, pero se le acabó el trayecto. El 28 los fusilaron. Al día siguiente ambos cuerpos mutilados y los de otros funcionarios de la República de Saló fueron expuestos en la plaza de Loreto, en Milán, donde un año antes los fascistas exhibieron los cadáveres de quince combatientes de la resistencia.

Luego de cuatro días de combates en los que el Ejército Rojo causó 300.000 bajas a las tropas nazis, el 30 de abril de 1945 los sargentos Mijaíl Yegórov y Melitón Kantaria escalaron a lo más alto del Reichstag. Protegidos por el fuego de su pelotón, colocaron una bandera roja teñida

con la sangre de los 80.000 soviéticos caídos durante la toma de Berlín. El 1.º de mayo Hitler se suicidó en su refugio. Una semana más tarde, el 8 de mayo, el mariscal Wilhelm B. Keitel firmó el acta de capitulación de Alemania. Los aliados no habían alcanzado la línea del río Po, en el norte de Italia, dada la resistencia en el abrupto terreno de operaciones plantada por veinticinco divisiones de la Wehrmacht y cinco de la República de Saló, con 600.000 efectivos. Cuando la guarnición de Berlín se rindió ante el Ejército Rojo, las fuerzas nazis se desmoronaron en Italia. “De esa manera, muchas ciudades italianas, como Génova, Milán y Torino fueron liberadas por los partisanos, incluso antes de la llegada de las tropas aliadas” (Norohna, 2013: 106).

Truman se concentró entonces en el asunto de la bomba atómica. Japón les ofrecía una oportunidad. Podrían rendir al emperador sin necesidad de tropas y, al mismo tiempo, enviar un mensaje a la URSS de quién estaba a cargo del nuevo orden global. Una comisión presidencial consultaría a los coordinadores del Proyecto Manhattan y evaluaría las consideraciones del Departamento de Estado y el Pentágono. Varios de los científicos, tres generales de cinco estrellas (Henry L. Stimson, Douglas MacArthur, Dwight D. Eisenhower) y tres almirantes (William D. Leahy, Ernest J. King y Chester W. Nimitz) manifestaron que no era necesario lanzar la bomba atómica para la rendición de Japón. Les preocupaba adquirir la atroz reputación de Hitler. Alguien llegó a sugerir una explosión demostrativa frente a una representación de la ONU, antes de presentar un ultimátum a Hirohito. El presidente no entendió de razones. Llegó a decir que los expertos pronosticaron 500.000 muertes entre las fuerzas estadounidenses durante la invasión prevista para el 1.º de noviembre, cuando el general Marshall aseguraba que las bajas no pasarían de 31.000. El 1.º de junio de 1945 la comisión presentó la propuesta: lanzar la bomba atómica sin previo aviso. Cuanto antes.

Un mes más tarde, el 13 de julio, la Inteligencia militar descifró un cable del canciller Shigenori Togo a su embajador en Moscú: “La rendición incondicional es lo único que obstaculiza la paz” (Zinn, 2004: 307). Truman lo calificó como “... el telegrama del emperador japonés solicitando la paz” (Stone, 2012: cap. III).

A las 5:29:45 a. m. del 16 de julio de 1945, en Alamogordo –mientras Truman, Churchill y Stalin se hallaban en Potsdam, Berlín, para celebrar la conferencia de los Tres Grandes–, un ensayo probó la bomba atómica. Trece libras de material nuclear generaron una bola de fuego con una temperatura igual a cuatro veces la que existe en el centro del Sol. La explosión desintegró una torre de acero de 60 pies de altura, abrió un cráter de 6 pies de profundidad y 1.200 de diámetro, derribó una torre de acero a media milla de distancia y tiró al suelo a hombres que se encontraban a 10.000 yardas. El hongo se vio a más de 200 millas y se escuchó a más de 40. Era como la radiación de mil soles anunciada en el *Bhagavad-gītā*. “Ahora me he convertido en la muerte, la destructora de mundos”, balbuceó Oppenheimer, espantado ante el espectáculo macabro –articulando a duras penas una frase de este texto sagrado hindú (Harari, 2016: 273). Truman lo supo en la noche: habían descubierto la bomba más terrorífica de la historia humana. Fue el aviso de los términos con que Estados Unidos se planteó regir el nuevo orden mundial y el anuncio del instrumento que emplearía para ese fin.

El “Monumento de las mil grullas”

Potsdam se encontraba dentro de la zona de ocupación de la URSS. Cecilienhof, la casa de campo que sirvió de residencia al último príncipe heredero germano, sirvió de sede a la conferencia. Se inauguró el 17 de julio. Truman llevó como prioridad la incorporación de la URSS a la guerra contra Japón. Stalin ratificó su compromiso y adelantó como fecha el 15 de agosto de 1945. De acuerdo con una fórmula propuesta por Churchill, en esta reunión comenzó el proceso que dividiría a Europa en dos esferas de influencia. Por lo demás, fue un diálogo de sordos.

Después de que el mandatario estadounidense le informara los resultados del ensayo nuclear, Churchill regresó a Londres. El 25 de julio se dieron a conocer los resultados de la primera elección general en Gran Bretaña desde 1935 y, en un revés de tragedia griega, Churchill sufrió una derrota abrumadora ante el socialdemócrata Clement Attlee, del Partido Laborista, quien prometía hacer frente a la crisis económica mediante una política con énfasis en el ámbito social y la completa nacionalización de muchas de las más antiguas industrias británicas.

Nada dijo antes de marcharse de Potsdam el derrotado premier británico, acerca de la sensatez o el derecho moral a emplear la bomba atómica. Conocía el proyecto – “... cuando la bomba finalmente sea utilizable, tal vez, después de madura reflexión, pueda usársela contra los japoneses”, rezaba el protocolo suscrito entre Estados Unidos y Gran Bretaña, en Hyde Park, el 9 de septiembre de 1944 (Johnson, 1993: 430). Truman aprobó lanzarla entre los días 3 y 10 de agosto de 1945, tan pronto como la situación meteorológica permitiese la visibilidad de los pilotos. Y en presencia del ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, trató de intimidar a Stalin: le notificó que ya contaban con ella. El dirigente

soviético no se abandonó al pánico. Movi6 la cabeza en un gesto de asentimiento, casi con indiferencia, y dio las gracias entre dientes.

No era una novedad para Moscú. Klaus Fuchs, un cient6fico británico en Alamogordo, trabajaba para la Inteligencia sovi6tica y alert6. Cuando lleg6 a su residencia de alojamiento en Potsdam, Stalin coment6 que Estados Unidos utilizar6 el monopolio at6mico para dictar sus condiciones en Europa. No se rendir6an ante el chantaje: orden6 al Ej6rcito Rojo activar los preparativos para entrar en la guerra contra Jap6n e indic6 a los cient6ficos acelerar el ritmo de sus propias investigaciones para fabricar el artefacto. Sobre los escombros humeantes de la capital del Tercer Reich comenzaba la carrera nuclear.

Truman y Stalin se dieron un estrech6n de manos de despedida ante los fot6grafos el 2 de agosto. No hab6an transcurrido 96 horas cuando un B-29 parti6 rumbo al sur de Jap6n. Portaba una bomba con un centro de 60 kg de uranio 235. El piloto recib6 la orden de lanzarla sobre Hiroshima, sede de la jefatura del segundo ej6rcito japon6s. La ciudad era habitada por 400.000 personas –el 75 % concentradas en su centro–, incluido un peque1o grupo de prisioneros de guerra estadounidenses. Nunca hab6a sido bombardeada.

A las 8:15 a. m. del 6 de agosto de 1945 el avi6n arroj6 la bomba sobre Hiroshima. La primera detonaci6n, semejante al rugido de un hurac6n fuerza 5, gener6 tan brillante luminosidad que los enceguecidos transeúntes se alarmaron. No tuvieron tiempo de entrar en consideraciones, en cuesti6n de segundos sigui6 una explosi6n descomunal cuando el artefacto estall6 a 570 m sobre la superficie de la tierra con fuerza de 12,5 kilotonnes. El hongo at6mico se levant6 a m6s de 12.000 metros, por varias horas. El padre Pedro Arrupe, rector de la orden jesuita en la localidad de Nagatsuka, a unos de 6 km del centro urbano, describi6 lo ocurrido:

En todas direcciones fueron disparadas llamas de color azul y rojo, seguidas de un espantoso trueno y de insoportables olas de calor que cayeron sobre la ciudad, arruin6ndolo todo: las

materias combustibles se inflamaron, las partes metálicas se fundieron, todo en obra de un solo momento. Al siguiente, una gigantesca montaña de nubes se arremolinó en el cielo; en el centro mismo de la explosión apareció un globo de terrorífica cabeza. Además, una ola gaseosa a velocidad de quinientas millas por hora barrió una distancia de seis kilómetros de radio. Por fin, a los diez minutos de la primera explosión, una especie de lluvia negra y pesada cayó en el noroeste de la ciudad, un mar de fuego sobre una ciudad reducida a escombros (Arrupe, 1952: 66-67).

Se estima que entre 90.000 y 140.000 personas acabaron destrozadas o carbonizadas por los efectos de la onda de choque, la radiación térmica y la radiación ionizante –solo 3.243 eran militares. No pocos murieron sin causas o heridas visibles; otros estaban cubiertos de brillantes manchas multicolores. Muchos vomitaban sangre. Nada laceraba tanto como los gritos de los niños que corrían en busca de socorro o sollozando sin saber dónde hallar a sus padres. Toda aquella masa necesitada de auxilio no tenía a quién acudir. De los 260 médicos de la ciudad, 200 murieron en el primer momento, y entre los que se salvaron, muchos requerían atención por su extrema gravedad. Nadie comprendía lo sucedido. Al día siguiente, cuando llegaron los socorristas y los voluntarios, pudieron saber algo: “«¡Ha explotado la Bomba Atómica!». «Pero ¿qué es la bomba atómica?»: «Una cosa terrible»” (Arrupe, 1952: 90). Antes de que se acabara el año la cifra de muertos se elevó a 270.000; las futuras generaciones sufrirían las secuelas de la precipitación radioactiva.

Tres años más tarde, en el lugar que ocupaba la escuela femenina de Hiroshima –centro escolar con mayor cantidad de víctimas (673)–, se erigiría un monumento. Como la fuerza de ocupación yanqui tenía prohibido emplear el término “bomba atómica”, grabaron la célebre ecuación de Einstein: $E = MC^2$, con la cual probó apenas 40 años atrás que pequeñas cantidades de cualquier tipo de masa podían ser convertidas en

energía. Una década después fue levantado el “Monumento de las mil grullas”, inspirado en Sasaki Sadako, quien tenía dos años de edad al momento de la explosión y en 1955 fue diagnosticada con leucemia. Dada su fe en la antigua creencia de que se curaría si elaboraba mil grullas con la técnica del origami, hizo 1.300 hasta con el papel de sus medicamentos. Sobrevivió once meses al diagnóstico y sus compañeros de escuela propusieron levantar una estatua en recordación de los niños muertos por aquel acto genocida.

Truman estaba como presa de un estado de odio epiléptico y con sangre helada exacerbó el espíritu de revancha mientras comunicaba la noticia:

Hace poco tiempo un avión americano dejó caer una bomba sobre Hiroshima y destruyó su utilidad al enemigo. Los japoneses iniciaron la guerra por el aire en Pearl Harbor. Han saldado las cuentas de múltiples formas. Pero el fin aún no llega. Destruiremos sus fábricas y sus comunicaciones. No habrá ningún error. Destruiremos por completo las capacidades japonesas para hacer la guerra. Es una bomba atómica. Saca provecho de la forma de energía básica del universo (Stone, 2012: cap. III).

En cumplimiento de lo pactado en Yalta, la URSS declaró la guerra a Japón y comenzó la operación Tormenta de Agosto el día 8, una semana antes de lo previsto. Fuerzas combinadas del Ejército Rojo, Mongolia y Corea atacaron Manchuria –donde aniquilaron al ejército de Kwantung (83.737 muertos y 594.000 capturados)–, la península coreana, Sajalín y las islas Kuriles.

Nada iba a cambiar la hoja de ruta establecida. Ni el efecto de Hiroshima ni la ofensiva soviética con más de un millón y medio de soldados. El 9 de agosto, otro B-29 partió rumbo a Nagasaki, ciudad comercial y residencial en la isla Kyushu, al sur de Japón. Transportaba una bomba atómica implosiva con un centro de 8 kg de plutonio 239. El piloto

la arrojó a las 11:05 a. m. y estalló a 469 m sobre la superficie de la tierra, con una fuerza de 21 kilotones. Cayó encima de la mayor catedral de la Iglesia católica en Asia. Entre 60.000 y 80.000 personas murieron al instante, de las cuales solo 250 eran militares. Antes de que se acabara el año la cifra de fallecidos superaba los 100.000.

De acuerdo con el relato de los círculos de poder en Estados Unidos, el efecto físico y psicológico de lo acontecido conminó a la rendición japonesa, argumento que pretende brindar contenido moral al genocidio contra la población civil. No es lo que refirió la dirigencia nipona. El general Masakazu Kawabe, segundo jefe del Estado Mayor del Ejército, declaró que solo de manera gradual supieron cuán dramático resultó lo sucedido en Hiroshima: “En comparación, la entrada soviética en la guerra fue un gran *shock*, porque nosotros habíamos estado en constante temor con una vívida imaginación, de que las vastas fuerzas del Ejército Rojo en Europa ahora se volvieran contra nosotros”. Lo considerado entonces por el primer ministro Kantaro Suzuki no deja lugar a dudas: “Japón debe rendirse inmediatamente o la Unión Soviética tomará no solo Manchuria, Corea y Karafuto, sino también Hokkaido [la segunda isla más importante y peleada, desde el surgimiento de la nación]. Esto destruiría el Japón fundacional. Debemos poner fin a la guerra cuando podamos tratar con Estados Unidos” (Stone, 2012: cap. III).

El 15 de agosto de 1945 Hirohito grabó una alocución radial dirigida a sus cerca de 86.000.000 de súbditos. Durante siglos los emperadores vivieron sin contacto con la gente, venerados como seres divinos. Cuentan que los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki bajaban la cabeza a medida que hablaba: era la primera vez que escuchaban a dios. Anunció la rendición incondicional. Muchos lloraron. Todos en silencio, sin una protesta... Al concluir la emisión, el ministro de la Guerra y otros altos oficiales se suicidaron.

Detrás de la decisión yanqui subyacía un odio flamígero, un ánimo de represalia, exacerbado desde los medios. Truman proclamó la supremacía nuclear. La obsesión de su mente, no inclinada a ceder, infectó de irracionalidad a la nación. Un mar de personas salió a festejar en las calles. De acuerdo con las encuestas, el 85 % de la población aplaudió el uso de las bombas atómicas.

Fuera ya de la presidencia –y ante la fabricación, en un laboratorio de Estados Unidos, de un arma aún más mortífera: la bomba de hidrógeno–, en una entrevista televisiva con el periodista Edward R. Murrow, recordó con frialdad:

MURROM: Cuando se lanzó la bomba, la guerra estaba cerca de acabar de todos modos. ¿Era esto el resultado de un error de cálculo del potencial japonés? ¿Era nuestra Inteligencia deficiente en esta área?

TRUMAN: Fue hecho en la teoría de que nuestras tropas estaban esperando para invadir Japón en un tiempo muy corto y se estimaba que se necesitarían alrededor de un millón y medio de hombres para hacer esa invasión. Y muy probablemente, habría medio millón de ellos como víctimas y doscientos cincuenta mil morirían. Y teníamos esta nueva arma poderosa. No tuve ningún reparo en usarla debido a que un arma de guerra es un arma destructiva. Esa es la razón por la que ninguno de nosotros quiere la guerra y todos nosotros estamos en contra de la guerra. Pero cuando tienes el arma que va a ganar la guerra, sería tonto si no la utilizaras.

MURROM: ¿Cómo hizo para manejar esto? ¿Cómo mantuvo su equilibrio? ¿Cómo dormía por las noches?

TRUMAN: No tenía problemas para dormir. Toda mi vida cuando ha llegado el momento de tomar una decisión, la tomo. Y la olvido y me voy a trabajar en otra cosa.

MURROM: ¿Tiene alguna razón para creer, en términos

históricos, que esa nueva y horrible arma de hidrógeno no será utilizada?

TRUMAN: Espero que nunca tendrá que ser usada, porque espero que mantendremos la paz en el mundo y no será necesario. Sin embargo, si alguna vez el mundo se hunde en el caos, será usada, puede estar seguro de ello (Stone, 2012: cap. III).

La paz con Japón se firmó a bordo del US *Missouri* sobre las aguas de la bahía de Tokio, el 2 de septiembre de 1945. La URSS y Gran Bretaña fueron invitadas como simples observadoras. Un resultado de esa guerra fue la partición de Corea en dos. Tropas conjuntas del Ejército Rojo y del ejército independentista encabezado por Kim Il-sung ocuparon la península coreana luego de la ofensiva sobre Manchuria. Previo a la firma de la capitulación nipona, la URSS se replegó hacia el norte para dejar la mitad sur a Estados Unidos con el paralelo 38° como línea de demarcación. Ambos permanecerían allí solo hasta que se verificara la salida del último soldado japonés. Al igual que en el caso de Alemania, se estableció el compromiso de propiciar la posterior unificación del país. Stalin supuso que los estadounidenses harían lo mismo en la Tierra del Sol Naciente –o sea, que le cederían a la URSS una parte para su administración, como en Berlín–. Nada más alejado de los planes de Truman.

Ese 2 de septiembre, en la plaza Ba Dinh de Hanói, el pueblo vietnamita bajo la dirección del Partido Comunista proclamó su independencia. Con un entusiasmo que contagió a millones de personas, Hô Chí Minh, presidente del gobierno provisional, anunció: “Los franceses huyen, los japoneses se rinden, el emperador Bao Dai abdica. Nuestro pueblo ha destrozado las cadenas de casi un siglo de dominación francesa para hacer de nuestra patria, Vietnam, un país independiente” (Khác, 2014: 243-244).

Finalizó la II Guerra Mundial. Resulta imposible imaginar el vacío dejado a una generación que perdió sesenta millones de hijos e hijas. La URSS aportó la mayor cifra. Un informe de su Ministerio de Defensa, con

fecha 16 de diciembre de 1988, reflejó que entre caídos en combate, fallecidos como consecuencia de las heridas, desaparecidos, cautivos que no regresaron y bajas no combativas –incluida la campaña del Lejano Oriente–, las fuerzas armadas soviéticas perdieron 8.668.400 efectivos (el Ejército Rojo y la Marina, 8.509.300; Tropas Guardafronteras, 61.400; Ministerio del Interior, 97.700). En su mayoría, las bajas se produjeron entre 1941 y 1942. Estados Unidos tuvo 407.316 muertos y 78.751 desaparecidos; Gran Bretaña, 370.000 muertos.

A las bajas en las fuerzas armadas deben sumarse las vidas cegadas entre la población civil. El 8 de mayo de 1990, con ocasión del 45 aniversario de la victoria sobre el fascismo, Mijaíl S. Gorbachov declaró las pérdidas en veintisiete millones de personas como resultado de las operaciones bélicas o mientras trabajaban como esclavos en campos de concentración –incinerados en crematorios, asfixiados en cámaras de gas o fusilados por ejercer actos de rebeldía e intentar escaparse–; otros, despedazados por las bombas o desfallecidos por el cansancio y el hambre. Nadie puede negar que el número global de muertes en la URSS durante el conflicto resulta elevado en grado sumo. A pesar de ello, el experto cubano Juan Sánchez Monroe, investigador del Centro de Investigaciones de Política Internacional de la Isla, puntualiza que a partir de ese discurso la cifra presentada por Gorbachov se dio por oficial, sin que nadie la confirmara con estadísticas fiables:

... infinidad de personas la repite: unos, considerando que ello resalta el heroísmo soviético; otros, para afirmar que el mando soviético era un incompetente y que al sistema no le importaban los sacrificios y sufrimientos de su pueblo; además, si la URSS aportó casi la mitad de los muertos de la II Guerra (se calculan en 60.000.000), cómo puede decir que la ganó (Sánchez Monroe, 2019).

Agobiado por el cargo de conciencia de saberse copartícipe de la fabricación del arma atómica, o quizás conmovido por el aporte soviético a la consecución de la paz, el secretario de la Guerra de Estados Unidos, general Henry L. Stimson, envió un memorando a Truman para detener el abismo que abría la desconfianza con la URSS. Otra contienda no tenía sentido. Sugería un trato de aliado para el Kremlin y no hacer alarde del monopolio atómico: “Si sostenemos esta arma con cierta ostentación de nuestro lado, las sospechas y desconfianza hacia nuestros propósitos y objetivos aumentarán” (Stone, 2012: cap. III).

Truman evaluó la propuesta en el gabinete. Stimson propuso desmantelar las bombas atómicas si la URSS aceptaba cerrar su programa de investigación sobre armas nucleares y se sometía a un sistema de control internacional. Henry A. Wallace, secretario de Comercio, se puso de su lado. El ejecutivo se dividió en dos y el voto del presidente inclinó la balanza hacia el bando beligerante. Fue la última actividad de Stimson como secretario de la Guerra. Llamar a la cordura sepultó una carrera de más de cincuenta años en las fuerzas armadas.

Stimson, empero, no fue el primero en mostrarse abrumado. Oppenheimer había solicitado una entrevista al presidente y los asesores de la Casa Blanca le dieron de largo. La bomba atómica alteró la naturaleza potencial de la guerra y las consecuencias de un ataque sorpresa. El 9 de octubre –trece días después que el gabinete evaluara la propuesta de Stimson–, la Junta de Jefes del Estado Mayor del Ejército aprobó la directiva 1.518: “Concepción estratégica y plan de utilización de las fuerzas armadas de los Estados Unidos”, que previó la posibilidad de asestar el primer golpe nuclear sorpresivo contra la URSS.

“Cuando Truman se encontró finalmente con Robert Oppenheimer, en octubre de 1945, le pidió que adivinara cuándo los rusos desarrollarían su propia bomba atómica. Oppenheimer no lo sabía. Su interlocutor contestó que él conocía la respuesta: «nunca»”. Estupefacto ante la truculenta

ignorancia del hombre en cuyas manos estaban los destinos de la humanidad, el científico espetó: “Sr. Presidente, siento que tengo sangre en mis manos”. Truman no pudo disimular la irritación: “Le dije que la sangre estaba en las mías y que me deje a mí preocuparme por eso”. Más tarde le indicó, frenético, a Dean Acheson: “No quiero volver a ver a ese hijo de puta en este despacho” (Stone, 2012: cap. III).¹⁵ Y el 14 de diciembre el Comité Unificado de Planificación Militar emitió la directiva 432/d: “La bomba atómica es la única arma que los Estados Unidos puede emplear eficientemente para el golpe decisivo contra los centros fundamentales de la URSS” (Gribkov *et al.*, 1998: 48).

Un largo telegrama de 8.000 palabras

Estados Unidos no recibió los efectos de la guerra en su territorio. Su economía intacta trabajaba a toda máquina con un mercado global a sus pies, el dólar regía en las transacciones internacionales y poseía el monopolio atómico. Con Hirohito rendido, Alemania dividida en cuatro zonas de ocupación, Francia postrada y Gran Bretaña exhausta, le urgía desintegrar la alianza militar con la URSS para ocupar el vacío de poder dejado por las antiguas grandes potencias. Había llegado su era. Nadie podría interponerse en la consecución de ese propósito.

“A menos que Rusia se enfrente a un puño de hierro y a un lenguaje enérgico, otra guerra se estará preparando. Solo entienden un lenguaje: «¿Cuántas divisiones tienen ustedes?». Estoy cansado de adular a los soviéticos”, escribió Truman en enero de 1946 (Morinson, Commaher y Leuchtenburg, 1988: 289), antes de designar a su nuevo embajador en Moscú, el general Walter B. Smith, quien como jefe del Estado Mayor de Eisenhower participó en la planificación de todas las batallas de los aliados en África y Europa. Smith, que compartió con el mando soviético más de una vez, lo mismo en la organización de operaciones militares que en actividades sociales, tenía habilidad para sostener los términos de Washington sin generar una ruptura. Era una figura de tránsito.

La Casa Blanca se inclinaba por un giro brusco en las relaciones bilaterales, cuando un cable a Moscú del Departamento de Estado reflejó cierta extrañeza por la negativa soviética a ingresar en el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. George F. Kennan, diplomático de carrera que desde 1944 actuaba como encargado de negocios, vislumbró una oportunidad. Se oponía a la alianza con el Kremlin y, desde 1941, se sintió marginado. Llevaba un año tratando de persuadir a la burocracia en Washington de que la colaboración en la posguerra era un “sueño rosa”. Lo

llenaba de impaciencia y disgusto la ingenuidad de suponer a Stalin capaz de colaborar en la arquitectura del nuevo orden global bajo liderazgo de Estados Unidos, mucho menos en áreas como economía y finanzas, en las que los intereses de ambas naciones eran contrapuestos.

El 22 de febrero de 1946 Kennan envió un largo cifrado a Washington. En esencia, trasladó que la política exterior de la URSS era una mezcla de antiguo expansionismo ruso y dogma. Rusia era una nación atrasada y bárbara que desde el tiempo de los zares intentaba subyugar a Polonia, veía a Bulgaria como parte de su esfera de influencia y, además, buscaba un puerto de aguas cálidas en el Mediterráneo; de ahí su interés en controlar los estrechos del mar Negro. Calificó la visión de los asuntos mundiales en el Kremlin de “neurótica” e inconciliable con los intereses y propósitos de Estados Unidos, y observó que el poder soviético era “... altamente sensible a la lógica de la fuerza” (Kennan, 1969: 696-709).

Trascendió como el “telegrama largo” o el “telegrama de las 8.000 palabras”. Aportaba el marco filosófico y conceptual de la nueva política. Solo faltaba anunciarla y Truman creó la oportunidad mediante una invitación a Churchill para que visitara Estados Unidos; nadie mejor para hacerlo. El Westminster College, de Fulton, Missouri –estado natal del presidente–, se encargaría de legitimar al viejo cruzado con el título de Doctor Honoris Causa.

Truman acompañó a Churchill hasta el salón de actos de la Universidad de Missouri, donde los esperaban el claustro de profesores, sus estudiantes y lo más selecto de la política, la economía y la intelectualidad estadounidenses. Le resultó imposible disimular su euforia al presentar a su invitado. Estaban por darle un giro al curso de los acontecimientos y la televisión transmitía la ceremonia de costa a costa. Lo calificó como uno de los hombres del siglo y aseguró que era un gran británico, y también medio estadounidense. Una salva de aplausos taponó sus palabras. Era el 5 de marzo de 1946.

Churchill llevó su discurso escrito. Pese a la obesidad y al aspecto cansino de sus 72 años, subió al estrado con una energía al parecer redoblada por la adrenalina. Sabía que era un momento crucial, pues el bloque tallado en Teherán y Yalta se desmoronaba como arena entre sus dedos. Leyó despacio, solemne, acentuando cada palabra. Estaba por entrar a la posteridad...:

No se podrá evitar la guerra de forma segura [...] sin lo que he denominado la asociación fraterna de los pueblos de habla inglesa... La asociación fraterna no solo exige el desarrollo de la amistad y la comprensión mutua de nuestros dos sistemas de sociedad, muy amplios, pero similares, sino la continuidad de relación estrecha entre nuestros asesores militares [...]

Una sombra se cierne sobre los escenarios que hasta hoy alumbraba la luz de la victoria de los aliados.

[...]

Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de hierro. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas famosas ciudades y sus poblaciones y los países en torno a ellas se encuentran en lo que debo llamar la esfera soviética, y todos están sometidos, de una manera u otra, no sólo a la influencia soviética, sino a unas altísimas y, en muchos casos, crecientes medidas de control por parte de Moscú [...] Únicamente Atenas es libre de elegir su futuro en unas elecciones bajo la supervisión de ingleses, americanos y franceses [...] en casi todos los casos y, de momento, salvo en Checoslovaquia no existe una auténtica democracia (Henríquez, 2005).

The New York Times divulgó que Churchill había hablado con fuerza de profeta. Ocho días demoró la URSS en responder. Al parecer, fue

sorprendida con una maniobra que situó en el imaginario de la gente un “Telón de Hierro” como línea divisoria entre el Este y el Oeste de Europa. En materia de comunicación política Washington y Londres asestaban el primer golpe. “Churchill está tomando el camino de los belicistas, y en este Churchill no está solo. Él tiene amigos no sólo en Gran Bretaña, sino también en Estados Unidos” –declaró Stalin, en Moscú, el 13 de marzo. Luego situó en contexto la maniobra anglo-estadounidense:

Una puntualización debe ser hecha con respecto a Churchill y sus amigos, pues tiene un impresionante parecido a Hitler y sus amigos [...] Churchill parece haber desencadenado una guerra con su teoría sobre la raza, afirmando que sólo las naciones de habla inglesa son naciones superiores, y que ellas están llamadas a decidir los destinos del mundo entero [...].

Las siguientes circunstancias no pueden ser olvidadas. Los alemanes hicieron la invasión de la URSS a través de Finlandia, Polonia, Rumania, Bulgaria y Hungría. Los alemanes pudieron hacer la invasión a través de estos países, porque al mismo tiempo tenían gobiernos hostiles a la Unión Soviética. Como resultado de la invasión alemana, en la lucha y a través de la importación de ciudadanos soviéticos como servidumbre alemana, la Unión Soviética perdió un total de siete millones de personas. En otras palabras, la Unión Soviética perdió vidas que juntas representan más que las de Gran Bretaña y Estados Unidos.

Posiblemente en algunos lugares existe una inclinación en el sentido de olvidar estos colosales sacrificios del pueblo soviético, con el fin de asegurar la liberación de Europa del yugo hitleriano. Pero la Unión Soviética no puede olvidarlo. Y así es sorprendente que se critique el hecho de que la Unión Soviética, ansiosa por un futuro seguro, esté intentando que existan en estos países gobiernos leales a las actitudes de la Unión Soviética. ¿Cómo puede cualquiera, que no ha tenido en

cuenta estos sentimientos, describir estas aspiraciones pacíficas de la Unión Soviética como tendencias expansionistas en esta parte de nuestro Estado? No sé de calumnia, descortesía y falta de tacto, si él y sus amigos van a lograr organizar una nueva campaña armada contra la Europa oriental tras la Segunda Guerra Mundial; pero si lo logran –cosa poco agradable, porque millones de personas velan por la paz–, podemos afirmar con entera confianza que serán aplastados como lo fueron hace veintisiete años (Stalin, 1946).

No pocos militares y funcionarios con sentido común estaban conscientes de que Churchill exageraba. Lo acontecido no era más que una maniobra para suplantar conceptos y arrojar arena a los ojos de quienes hacían resistencia a un cambio radical de política. Truman precisaba retirar el guion que regía los pasos de la burocracia federal respecto a la URSS. En el orden moral y filosófico, el “telegrama largo” y el discurso de Fulton le permitían enfocar los conflictos bilaterales como un rasgo endémico del régimen soviético. Nadie podría ya acusarlo de neurótico. Kennan y Churchill aportaban la necesaria cortina de humo de la lucha contra el “comunismo” para revestir las intenciones globales de rapiña.

El 1.º de abril de 1946, Harrison F. Matthews, director de la Oficina de Asuntos Europeos del Departamento de Estado, presentó –y fue aprobado– ante el Comité Coordinador de los departamentos de Estado, Guerra y Marina, un documento que definió la nueva proyección: Se opondrían a la “expansión física soviética”. Estaban en peligro “... Finlandia, Escandinavia, la Europa oriental, central y sudoriental, Irán, Irak, Turquía, Afganistán, Sinkiang y Manchuria”. Ninguno de esos países o zonas de influencia se hallaba al alcance de su poderío militar. La URSS era reina suprema “dentro de la masa de tierra de Eurasia”, pero el poder de los ejércitos soviéticos se podía “... contrarrestar defensivamente por el poderío naval, anfibio y aéreo de los Estados Unidos y de sus potenciales

aliados”. En ese curso debían reforzar a Gran Bretaña como aliado estratégico global: “... el Reino Unido deberá continuar existiendo como principal potencia económica y militar de la Europa Occidental” (Matthews, vol. I, 1946: 1168-1170).

Un mes más tarde Estados Unidos suspendió los gastos de reparación de Alemania a la URSS y Kennan fue llamado a Washington como arquitecto político. El secretario de la Marina, James V. Forrestal, cuya fortuna se multiplicó en Wall Street, lo instaló en una mansión en la Universidad Militar Nacional e hizo del “telegrama largo” lectura obligada para toda la oficialidad. Después le encargaron elaborar el plan de batalla. El consenso en torno a las ideas básicas se construyó en las veladas dominicales en la casa de Frank G. Wisner Jr., jefe de Operaciones del Sureste de Europa de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, de acuerdo con sus siglas en inglés) –el servicio de Inteligencia de Estados Unidos durante la II Guerra Mundial. Comenzaba la partida...

Henry A. Wallace intentó poner coto al desenfreno. Era el miembro más antiguo del gabinete y el único que quedaba de los que acompañaron a Roosevelt desde el inicio. Conservaba ascendencia popular, mas estaba aislado en el ejecutivo y era observado tanto por Forrestal, a través de la Unidad de Inteligencia Naval, como por el FBI. En opinión de Wallace, Estados Unidos había perdido la brújula moral y desplegaba una política exterior de maquiavélicos principios de dolo, fuerza y desconfianza. En marzo alertó a Truman que los acontecimientos de los últimos meses hacían resurgir el temor soviético de que Occidente, incluso Estados Unidos, le era invariable y unánimemente hostil. El presidente no le hizo caso. En julio de 1946 aprobó un nuevo ensayo atómico en las islas Marshall, a medio camino entre Hawái y Filipinas, que dio inicio a un período de 12 años en el que se realizarían 67 ensayos nucleares en los atolones de Bikini y Enewetak.¹⁶

Wallace convocó a un acto en el Madison Square Garden el 12 de septiembre de 1946. Asistieron 20.000 personas:

Cuanto más bravucones seamos, más bravucones serán los rusos. Podemos obtener cooperación una vez que Rusia entienda que nuestro objetivo principal no es ni salvar al imperio británico, ni adquirir petróleo en Oriente Próximo a costa de la vida de soldados estadounidenses. Bajo una competición amistosa y pacífica, el orbe ruso y el orbe soviético serán paulatinamente más parecidos. Los rusos se verán obligados a garantizar cada vez más libertades individuales y nosotros estaremos cada vez más implicados con los problemas de justicia socioeconómica (Stone, 2012: cap. iv).

Manhattan se estremeció. Nada tenían que ver aquellas palabras, convertidas de inmediato en noticia mundial, con la retórica beligerante del secretario de Estado, James F. Byrnes. Eleanor Roosevelt y Albert Einstein salieron ante los medios en defensa de Wallace. Forrestal calificó al exvicepresidente de un riesgo como pocos para la seguridad de Estados Unidos. Truman le pidió la renuncia.

¿Entre dos aguas? Vientos polares se extienden sobre América y Europa

Durante la II Guerra Mundial la producción industrial de Estados Unidos creció un 15 % anual como promedio, y antes de que concluyera el conflicto su economía ya aportaba el 50 % de los bienes y servicios del mundo. Ello le permitió aprovechar todo ese potencial en el manejo de los asuntos geopolíticos.

En enero de 1947 el primer ministro de Italia, el demócratacristiano Alcide de Gasperi, visitó Washington en cumplimiento de una invitación del presidente, que lo recibió en la Casa Blanca, acompañado del nuevo secretario de Estado, general George C. Marshall. Cuando se habló de la grave situación de aquel país devastado por una guerra en la que murieron 750.000 personas (500.000 sobre las armas y 250.000 civiles), Truman condicionó la condonación de la deuda italiana, ascendente a 1.000 millones de dólares, y la concesión de créditos, a la salida del gabinete de los ministros comunistas y socialistas –tema espinoso para Gasperi, debido a que el Partido Comunista tenía 1.700.000 afiliados y gran prestigio entre la población por ser la fuerza política que con más denuedo enfrentó al régimen de Mussolini y la ocupación nazi. El 21 de enero *The New York Times* advirtió: “... algunos observadores aquí sienten que un giro más hacia la izquierda en Italia retardaría la ayuda” (Blum, 2005: 33).

Un mes más tarde, el 21 de febrero, el embajador británico solicitó un contacto urgente en el Departamento de Estado. Lo atendió Dean G. Acheson.

La situación en Gran Bretaña era desesperada. Por cerca de dos años el imperio británico parecía haber retornado al meridiano de 1919 –extendido sobre casi una tercera parte del globo terráqueo, pues, además de sus posesiones coloniales, administraba el imperio italiano del norte y el oriente

de África, muchas excolonias de Francia y numerosos territorios liberados de Europa y Asia, incluidas la península de Indochina e Indonesia. Sin embargo, desde agosto de 1945 John Maynard Keynes informó que el país estaba en quiebra, y como no querían perder su puesto en la línea delantera, se enrolaron en la carrera nuclear. A espaldas de la Cámara de los Comunes, el 1.º de enero de 1947 un círculo cerrado del gabinete laborista aprobó destinar 100 millones de libras esterlinas para fabricar una bomba atómica. Apenas cinco días después, una tormenta de nieve anunció el peor invierno en más de un siglo. “No somos una gran potencia, y jamás volveremos a serlo. Somos una gran nación, pero si continuamos comportándonos como una gran potencia, pronto dejaremos de comportarnos como una gran nación”, profetizó el científico Henry Tizard (Johnson, 1993: 473).

No le hicieron caso a Keynes ni a Tizard. El costo de la guerra ascendía a 30.000 millones de dólares, una cuarta parte de su riqueza neta. El crédito de 4.000 millones de dólares, pagaderos en 50 años, concedido por Estados Unidos en 1944, no cubría la caída de su comercio, pues las ventas representaban menos de un tercio respecto a 1938, y apenas les quedaba algo. Tuvieron que vender 5.000 millones de dólares de activos extranjeros y acumulaban una deuda externa de 12.000 millones. Los gastos de defensa absorbían el 19 % del PNB. Solo en las operaciones de mantenimiento de paz gastaron 3.000 millones de dólares en 1946 –las más costosas: Grecia, 540 millones; Turquía, 375; Palestina, 330; y Alemania, 320. Como resultado del crudo invierno, el carbón se congelaba junto a las bocas de las minas y no era posible trasladarlo. Incluso en Londres cortaban el servicio eléctrico cuatro horas al día. El cierre de fábricas dejó sin empleo a dos millones de personas. Cada semana consumían unos 100 millones de dólares de la reserva. “El mayor desastre desde la caída de Constantinopla es inminente: el colapso del corazón de un imperio”, vaticinaba un cable de la agencia *Reuters* (Morison, Commager y Leuchtenburg, 1988: 794).

Ante este desolador panorama, el embajador británico confesó a Dean G. Acheson que no tenían cómo mantener a las tropas en territorio griego y la guerrilla comunista ganaba fuerza por el respaldo popular. Su gobierno le pedía a Estados Unidos intervenir. Si Grecia caía, se vería amenazado el control de Turquía, dique de contención para evitar que la “marea roja” se extendiera al Medio Oriente, donde las mayores reservas de petróleo del mundo estaban bajo control de transnacionales inglesas (72 %) y estadounidenses (10 %).

¿Qué estaba ocurriendo en Grecia? Bajo protección del Reino Unido, desde las elecciones de 1946 regía los destinos del país un gobierno en el que recibieron cargos representantes de la monarquía y la ultraderecha. El secretario de Asuntos Exteriores británico, Ernest Bevin, reconoció en agosto que “... 228 miembros en servicio activo en el nuevo ejército griego pertenecieron anteriormente a los batallones de seguridad nazi, cuya tarea principal había sido acabar con los combatientes de la resistencia griega y con los judíos” (Blum, 2005: 41). El nuevo cuerpo policial desató una cacería contra el Partido Comunista, cuyos militantes eran llevados a la cárcel y desaparecían... En el otoño de 1946 la guerrilla regresó a las montañas con ayuda de Yugoslavia, Albania y Bulgaria –en cuyas fronteras recibía refugio, armas y municiones–, en contra de la voluntad de Stalin, quien consideraba que Estados Unidos y Gran Bretaña no iban a consentir la ruptura de su línea de comunicación en el Mediterráneo oriental.

El 26 de febrero Truman, George C. Marshall y el subsecretario de Estado, Dean G. Acheson, se reunieron en la Casa Blanca con una delegación del Capitolio encabezada por el senador Arthur Vandenberg. Marshall y Vandenberg se enzarzaron en una controversia que amenazó con descarrilar el encuentro. Acheson pidió la palabra: solo dos potencias quedaban en el mundo, Estados Unidos y la URSS, una situación sin paralelo desde la Antigüedad. Desde Roma y Cartago no ocurría semejante polarización de poder. La “corrupción” de Grecia “infectaría a Irán y a todo

el Oriente” hasta extenderse “a África a través de Asia Menor y Egipto”, y “a Europa a través de Italia y Francia”. Moscú “estaba jugando una de las partidas más importantes de la historia con mínimo costo”. No necesitaba ganar todas las apuestas, una o dos le aportarían inmensos beneficios. El retiro británico era inevitable, estaba en quiebra. “Solo Estados Unidos estaba en condiciones de desbaratar el juego” (Johnson, 1993: 445-446).

La presentación del problema greco-turco como parte de la estrategia global de lucha contra el comunismo restableció la comunicación. Truman explicó que su gabinete estaba preparado para asumir la responsabilidad de salvar al “mundo libre”, pero el Congreso habría de aportar los fondos: “Señor presidente, el único modo de que pueda lograr tal cosa es pronunciar un discurso y darle un susto de muerte a todo el país”, manifestó Vandenberg (Acheson, 1969: 219).

Pavlos Oikonomou-Gouras, encargado de negocios de Grecia en Estados Unidos, fue convocado al Departamento de Estado. Allí le dieron a firmar un texto con la solicitud formal de asistencia, que sería presentado ante la opinión pública como remitido desde Atenas. Oikonomou-Gouras confesó que “... había sido redactado con miras a la mentalidad del Congreso [...] También serviría para proteger al gobierno de los Estados Unidos contra acusaciones internas y externas por haber tomado la iniciativa de intervenir en un Estado extranjero...” (Xydis, 1963: 479).

Truman concurrió al Capitolio el 12 de marzo de 1947. Gracias a su experiencia en el hemiciclo sabía captar la atención. Necesitaba de su lado al poder legislativo y aseguró que Occidente se enfrentaría al colapso, a menos que asumieran la responsabilidad de liderar la lucha contra el comunismo. Grecia estaba “amenazada por las actividades terroristas de varios miles de hombres armados”, y sin auxilio se extendería el desorden por Oriente Medio. “Creo que la política de Estados Unidos debe consistir en apoyar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de subyugación por parte de minorías armadas o de presiones extranjeras”, dijo antes de

cerrar con una sentencia que puso de pie al Congreso para una atronadora ovación: “Al ayudar a las naciones libres e independientes a conservar su libertad, los Estados Unidos estarán poniendo en vigor los principios de la Carta de las Naciones Unidas” (Truman, vol. 1947, 1963: 178-179).

Al relacionar los destinos de Europa, Asia y Medio Oriente con la seguridad de Estados Unidos, Truman arrojó el guante e hizo añicos el marco continental con que los mantenía atados la doctrina Monroe. En lo adelante, el conflicto solo podría resolverse por el abandono de los principios del socialismo o por su derrumbe. Kennan confesó: “Todo lo que tenían que hacer los demás países para poder optar a la ayuda estadounidense era demostrar la existencia de una amenaza comunista. Dado que no había casi ningún país que careciera de una minoría comunista, este presupuesto llevaba muy lejos” (Weiner, 2008: 559).

Toda idea de cambio revolucionario o de justicia social que pudiera poner en riesgo alguno de sus intereses hegemónicos sería conceptualizada –y demonizada– dentro del espectro del comunismo. Aquel día nació la doctrina Truman. Henry A. Wallace lo había previsto en un acto público, en noviembre de 1946: “... una vez que Estados Unidos se signifique con la oposición al cambio, estaremos perdidos. Estados Unidos se convertirá en el país más odiado del Planeta. La política de Truman expandirá el comunismo por Europa y Asia” (Stone, 2012: cap. IV).

Dwight P. Griswold, exgobernador de Nebraska, fue designado para fundar la Misión Americana de Asistencia a Grecia (AMAG, por sus siglas en inglés). Marshall lo instruyó: “Durante el curso de su trabajo, usted y los miembros de su misión encontrarán que ciertos funcionarios griegos no están [...] prestando el tipo de cooperación necesaria para alcanzar los objetivos de su misión. En esos casos le resultará necesario sustituir a estos funcionarios” (Blum, 2005: 43).

Hasta Atenas viajaron 300 oficiales del ejército y unos 200 de la fuerza aérea y la marina para incorporarse en carácter de “asesores” a las

estructuras del mando militar griego –desde la jefatura superior hasta el nivel de brigadas. El coronel británico Christopher M. Woodhouse, jefe de la misión observadora de las fuerzas aliadas en Grecia, reconocería que “Tanto en la tierra como en el aire, el apoyo norteamericano se está volviendo cada vez más activo y la línea teórica entre asesoramiento, Inteligencia y combate efectivo resulta muy delgada” (Blum, 2005: 44). “Un río de millones de dólares empezó a fluir hacia Grecia, junto con barcos de guerra, soldados, cañones, munición, napalm y espías”. Pronto llegó la OSS para organizar una nueva agencia de seguridad en la nación helena: la KYP. “Atenas no tardó en convertirse en una de las más importantes avanzadillas de la Inteligencia estadounidense en el mundo” (Weiner, 2008: 49).

La guerra se tornó más sangrienta. Los “asesores” se trasladaron a la zona de operaciones militares. El personal de la AMAG toleró la política de arrestos y ejecuciones extrajudiciales, y el clientelismo masivo de aquel gobierno monárquico conformado por acaudalados hombres de negocio y colaboracionistas de los nazis. Las autoridades griegas emplearon todo tipo de técnicas represivas y se ensayaron nuevas “fórmulas”, extendidas más tarde a otros escenarios con presencia yanqui. La población trabajadora y campesina debió sufrir deportaciones masivas a campos de concentración, encarcelamiento también masivo de las esposas y los hijos de los combatientes guerrilleros, torturas y asesinatos por razones políticas, bombardeos con napalm... El conflicto dejaría un saldo de 100.000 muertos y 800.000 refugiados.

“No nos engañemos, estamos en mitad de una Guerra Fría”, señaló en abril, durante un discurso pronunciado en la ciudad de Columbia, en Carolina del Sur, el agente de bolsa y consultor financiero Bernard M. Baruch, exasesor de Roosevelt nombrado por Truman representante ante la Comisión de Energía Atómica de Naciones Unidas, puesto al que renunció

por el sesgo que tomaban los acontecimientos (Morison, Commager y Leuchtenburg, 1988: 795).

Paralelamente, en el Hôtel du Parc de Mont-Pèlerin, Suiza, 36 empresarios, economistas, historiadores, abogados, filósofos y periodistas se reunieron para articular esfuerzos en el propósito de imponer el neoliberalismo.

Eran tildados de locos en aquel instante o, cuando menos, de ridículos. Tanto en el sector empresarial como en la comunidad académica se mofaban de sus teorías. Ya circulaba en Europa y Estados Unidos *Camino de servidumbre*, libro de declaradas intenciones políticas escrito por Friedrich A. Hayek, discípulo de Ludwig von Mises –el más experimentado miembro de la tercera generación de la Escuela Austriaca de Economía– e integrante de la élite urbana de la Viena imperial, resentida tras la desintegración del imperio austrohúngaro, que hizo causa común con el clero que asestó un golpe de Estado a la República y promulgó una constitución fascista en Austria. Hayek no asistió al último acto de la trama. Fue llamado a Gran Bretaña, donde las teorías poco ortodoxas de John Maynard Keynes –el más renombrado economista de su época y también figura cimera del Consejo de Artes británico– cruzaban la verja de la Universidad de Cambridge para sentar las bases de un Estado de bienestar para Europa Occidental y el *New Deal* (Nuevo Trato) estadounidense.

En el momento más dramático de la II Guerra Mundial –la Wehrmacht retrocedía demoliendo a Europa Oriental y Central–, Hayek escribió *Camino de servidumbre*: “Fue la sumisión de los hombres a las fuerzas impersonales del mercado lo que en el pasado hizo posible el desarrollo de una civilización que de otra forma no se habría alcanzado” (Hayek, 2007: 103). El Fondo Volker, tanque pensante estadounidense que veía el keynesianismo como una amenaza para Estados Unidos, financió su publicación en 1944. Traducido a diez idiomas (inglés, español, alemán, chino, francés, hebreo, holandés, italiano, portugués y sueco), lo

convirtieron en la biblia neoliberal mediante una intensa campaña de promoción.

Hayek aprovechó el rechazo al nacionalsocialismo hitleriano para equiparar el fascismo con el socialismo y el marxismo, mientras embestía contra el Estado de bienestar propugnado por Keynes, Oskar Lange y el profesor británico Harold J. Laski, quien calificaba de absurdo el sistema de libre competencia por extender la pobreza por el mundo, y la guerra, como consecuencia de la pobreza.

Asistieron a Mont-Pèlerin tres importantes medios de Estados Unidos: *Fortune*, *Newsweek* y *The Reader's Digest*. Grupos del capital financiero con control de la banca suiza aportaron el financiamiento. El liderazgo teórico de la concertación fue asumido por Hayek, Ludwig von Mises, Karl Popper y Milton Friedman, carismático profesor de matemáticas de la Universidad de Chicago. En los intercambios, Hayek advirtió que la batalla por las ideas iba a ser determinante. Demorarían en ganarla, al menos, una generación. No bastaba con que continuaran produciendo libros. Para transmitir sus concepciones necesitaban identificar buenos comunicadores entre los medios de prensa, la academia y la universidad.

La Sociedad de Mont-Pèlerin, creada como resultado de esa reunión, puso en claro que el neoliberalismo no era una corriente de política económica ni se reducía a un programa de gobierno. Era una manera de concebir el mundo desde la preponderancia del individualismo extremo – apelando a los instintos primarios de la naturaleza humana–, con un marco de actuación social desregulado; una concepción ideológica que implicaba un ideal de sociedad con cánones políticos, económicos, jurídicos y educacionales enraizados en los fundamentos del liberalismo económico neoclásico, que emergió en la segunda mitad del siglo XIX (Alfred Marshall, William S. Jevons y Léon Walras) para contrarrestar los postulados de Adam Smith, David Ricardo y, sobre todo, de Carlos Marx, aunque como parte de la retórica con la que sustentaban su actividad prosélita esgrimían

el postulado de Smith, respecto a que la mano invisible del mercado constituye el mecanismo idóneo para movilizar los instintos más profundos del ser humano en pro del bien común. Dos instituciones asumirían un rol protagónico: el Instituto de Asuntos Económicos de Londres y la Universidad de Chicago.

Tres años más tarde Hayek viajó a Estados Unidos para unirse a Friedman en la Universidad de Chicago. Se proponían convertirla en el centro de articulación de un movimiento académico universal antiestatista. Comenzaba la cruzada por la mente del ser humano y en Chicago estaría su catedral: “... éramos guerreros que combatíamos con la mayor parte del resto del gremio”, declaró Gary Becker, un egresado que recibió el Premio Nobel de Economía en 1992 (Klein, 2009: 65).

Míster X abre el tablero: comienza la partida...

Cuatro meses después de la visita a Estados Unidos del primer ministro Alcide de Gasperi, Italia no había recibido un centavo del crédito anunciado por Truman, ni se hablaba una palabra acerca de la condonación de la deuda. Tras su regreso a Roma, Gasperi disolvió el gabinete, pero como le resultó imposible prescindir de los comunistas en la nueva nómina, en Washington todas las ofertas permanecieron congeladas. En mayo el premier envió un emisario a la Casa Blanca: Ivan Matteo Lombardo, subsecretario de Industria y Comercio y uno de los más resueltos adversarios del Partido Comunista Italiano (PCI), quien tenía el mérito de haber participado en la resistencia contra Mussolini.

El día de la llegada de Lombardo a Washington, Gasperi disolvió el gabinete por segunda vez. La prensa italiana y estadounidense se hizo eco de su declaración respecto a que podría arreglárselas sin la izquierda radical, y su emisario recibió una acogida por todo lo alto: se canceló la deuda de 1.000 millones de dólares y en los meses siguientes fluyó la “asistencia” financiera a Italia.

La medida cumplió su cometido. Desesperado por obtener créditos, en Francia el primer ministro Paul Ramadier sacó del gabinete a los ministros comunistas –segunda fuerza política con el 26 % de los votos en las elecciones de 1945– y rompió el gobierno de alianza constituido entre los partidos demócratacristiano, socialdemócrata y comunista. Interrogado por *The New York Times*, el 20 de mayo de 1947 Ramadier declaró: “Un poco de nuestra independencia nos abandona con cada préstamo que obtenemos” (Blum, 2005: 33).

Quedó lista la escena para el segundo acto: la “Iniciativa esencial para la recuperación económica europea”, destinada a inaugurar la “norteamericanización” de la economía del Viejo Continente. Cada centavo

de los créditos o empréstitos por otorgar habría de gastarse en Estados Unidos, lo que garantizaba clientes a sus transnacionales y permitía a su motor industrial continuar operando a máxima potencia. El Departamento de Estado previno en 1944 que a la nación le resultaría imposible mantener una política de pleno empleo sin mercados extranjeros, y en el segundo trimestre de 1947 los excedentes por las exportaciones totalizaron 12.500 millones de dólares.¹⁷ Hugh Dalton, ministro de Hacienda británico, observaba: “La escasez de dólares se manifiesta por doquier. Los norteamericanos tienen la mitad del ingreso total del mundo, pero no lo gastan en comprar los artículos de otros países o prestándolo o regalándolo... ¿Cuánto tiempo pasará hasta el momento en que la escasez de dólares provoque una crisis general?” (Johnson, 1993: 446).

Poco de esta asistencia se empleó para reconstruir las capacidades de refinación de petróleo y ello permitió a las transnacionales Standard Oil, Mobilgas, Chevron, Texaco y Gulf dominar el mercado del Viejo Continente. En otro orden, hizo sostenible la alianza económica, política y militar que conformaba Estados Unidos en Europa Occidental para “contener” al socialismo. Un valor agregado de esta iniciativa, que trascendió como Plan Marshall, fue su empleo como “caballo de Troya”, pues una de las condiciones impuestas era la apertura de las salas de cine europeas a las películas *made in USA*, que tuvo como precedente inmediato los acuerdos firmados por el socialdemócrata Léon Blum, el último presidente del gobierno provisional francés antes de la instauración de la IV República, y el secretario de Estado norteamericano James F. Byrnes, el 28 de mayo de 1946. “Lo que Hollywood no puede por vía del arte pretende hacerlo, unas veces, comprando conciencias, y otras en forma coactiva”, escribiría el entonces joven intelectual cubano Alfredo Guevara (Guevara, 2017: 211).

El escenario escogido para presentar la “Iniciativa esencial para la recuperación económica europea”, o Plan Marshall, fue la Universidad de

Harvard, adonde el secretario de Estado fue invitado a pronunciar las palabras centrales en el acto de fin de curso, el 5 de junio de 1947. Todo gobierno "... dispuesto a ayudar en la tarea de la recuperación encontrará, estoy seguro de ello, plena cooperación por parte del gobierno de los Estados Unidos". La iniciativa no estaba dirigida contra un país o doctrina, "sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos", manifestó Marshall (Marshall, 1947: vol. xvi, 1159-1160).

Subyacían en este discurso intenciones que la diplomacia se proponía disfrazar para dejar en ridículo a quienes rechazaran la "asistencia" por no renunciar al socialismo. Nueve días más tarde, el 14 de junio de 1947, desde su puesto de mando en Berlín Occidental, Eisenhower instaba a su oficialidad a "... mantener vivas las artes de la guerra psicológica" (Weiner, 2008: 564).

Pronto se puso de manifiesto la maniobra preparada. Gran Bretaña y Francia convocaron una conferencia de cancilleres europeos a celebrarse en París el 7 de julio de 1947, para discutir la "Iniciativa...". Al unísono, la URSS y Yugoslavia enviaron notas diplomáticas a las cancillerías de Europa Oriental explicando la inconveniencia de asistir. Para recibir la asistencia cada nación debía presentar un informe sobre sus recursos económicos, algo que no tenía razón de ser y podía convertirse en un poderoso bumerán frente a la escalada que ya se advertía desde Estados Unidos, hecha pública por Truman ante el pleno del Congreso el 12 de marzo –intervención que fue interpretada en Moscú y Belgrado como una provocación. También se les exigían condiciones que perjudicaban el proceso de planificación económica y la nacionalización de las industrias. Otro propósito manifiesto era rehabilitar la economía alemana y en ese curso desechar las reclamaciones de la URSS, Polonia y Checoslovaquia por daños de guerra. Quedó claro que el Plan Marshall estaba dirigido a partir Europa en dos y a hacer renacer a Alemania de las cenizas, para

devolverla a su sitio como potencia y convertirla en punta de lanza contra el bloque oriental.

Salvo Checoslovaquia, el resto de las naciones este-europeas desistieron de viajar a París. Praga insistía en enviar a un representante en carácter de observador. Checoslovaquia estaba ante una encrucijada. Su economía se orientaba hacia Occidente: en el primer trimestre de 1947, entre sus principales proveedores no se encontraba ningún país de Europa del Este y entre sus seis clientes más importantes la URSS ocupaba el último lugar. El curso más lógico era acceder a los créditos del Plan Marshall, pero antes le exigían renunciar a la nueva orientación social de su desarrollo económico y romper los lazos con la URSS. El peso de la balanza en su gabinete se inclinó hacia el poniente y se hizo evidente la amenaza de pasar a la esfera de influencia de Estados Unidos. El canciller Jan Masarik fue convocado por Mólotov. “Fui a Moscú como ministro de Relaciones Exteriores de un gobierno independiente y regresé como lacayo del gobierno moscovita” – escribió frustrado (Čierna-Lantayová, 1994: 511).

A este lado del Atlántico, en *Foreign Affairs* (n.º 4, julio, 1947) un tal Míster “X” abrió la pelea contra la URSS con el artículo: “The Sources of Soviet Conduct” (“Los orígenes de la conducta soviética”). Luego de una amplia introducción en la que declaró a la Unión Soviética enemigo irreconciliable del sistema capitalista y del “mundo libre” en el orden filosófico, “X” proyectó la “política de contención”:

Es claro que los Estados Unidos no pueden esperar, para un futuro cercano, disfrutar de intimidad política con el régimen soviético. Deben continuar viendo a la Unión Soviética como un rival, no como un compañero, en la arena política. Deben continuar con la certeza de que la política soviética no reflejará un amor abstracto por la paz y la estabilidad, ni una esperanza real en la posibilidad de una coexistencia feliz y permanente de los mundos socialista y capitalista, sino más bien una presión

cautelosa y persistente encaminada hacia la ruptura y debilitamiento de toda influencia y poder rivales. Esto lo contrapesa que Rusia, como oponente del mundo occidental en general, es todavía, con mucho, la parte más débil [...] y que la sociedad soviética bien puede contener deficiencias que consiguientemente debilitarán su potencial total. Por sí mismo esto garantizaría a los Estados Unidos con plena confianza la entrada a una política de firme contención, destinada a poner a los rusos ante una inalterable contrafuerza en cada punto en que den señales de inmiscuirse en los intereses de un mundo pacífico y estable.

Es totalmente posible que los Estados Unidos influyan con sus acciones en el desarrollo internacional, tanto dentro de Rusia como en el movimiento comunista mundial [...] Esto no se limita a las modestas medidas de actividad informativa que este gobierno puede desplegar en la Unión Soviética o en otras partes, aunque eso también es importante.

[...]

... los Estados Unidos tienen la capacidad de aumentar enormemente las tensiones con las cuales debe operar la política soviética, para forzar al Kremlin a adoptar un mayor grado de renovación y circunspección que el que ha observado en años recientes, y de esta manera promover las tendencias que finalmente encontrarán la salida ya sea mediante la ruptura o la gradual distensión del poder soviético. Porque ningún movimiento místico o mesiánico –y sobre todo no el del Kremlin– puede encarar indefinidamente la frustración [...] Así, la decisión realmente recaerá en gran medida en este país. El tema de las relaciones soviético-norteamericanas es en esencia una prueba del valor global de los Estados Unidos como nación entre las naciones (Kennan, 1947, 580-582).

Ni un paso había dado la URSS que mostrara hostilidad contra Estados Unidos. Ni una palabra que pudiera apreciarse como señal de alarma. Bajo la firma “X” se ocultaba Kennan, recién nombrado director de la Oficina de Planeamiento Político del Departamento de Estado. Le indicaron lanzar el desafío planteado en el “telegrama de las 8.000 palabras” al nivel de filosofía de la Historia. Su artículo brindó sustento moral a la intención de abandonar el aislacionismo exigido por ciertos círculos en Washington, sobre todo en el Congreso.

El 26 de julio Truman firmó la Ley de Seguridad Nacional que independizó la Fuerza Aérea del Ejército y nombró a su frente al general Hoyt S. Vandenberg, hasta ese instante jefe de la OSS; creó la oficina de la Secretaría de Defensa, que ocupó James V. Forrestal, y el Consejo de Seguridad Nacional (NSC, según sus siglas en inglés) como órgano adscrito a la Casa Blanca. También estableció la creación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) para el 18 de septiembre; durante las discusiones congresionales previas, Vandenberg había urgido a instituir la: “Los océanos se han encogido, hasta que hoy tanto Europa como Asia bordean los Estados Unidos casi como Canadá y México”. Y a solo nueve días de su fundación, Kennan propuso crear un “cuerpo guerrillero” dentro de la agencia, que combatiera “el fuego con fuego” (Weiner, 2008: 49-53).

La directiva respaldó el trabajo iniciado por la CIA en Italia. Desde la Casa Blanca se ordenó impedir a toda costa la victoria comunista en las elecciones del 18 de abril de 1948, y designó al frente de la operación a James Forrestal. De acuerdo con los cálculos del jefe de la estación local de la agencia en Roma, para implementar sus planes necesitaban diez millones de dólares. No podían acudir al Congreso y el secretario del Tesoro resolvió echar manos al Fondo de Estabilización Bursátil, creado desde la depresión de 1929 para sostener el valor del dólar mediante intercambios monetarios a

corto plazo, y que durante la guerra fue convertido en depósito para almacenar el botín capturado al Eje fascista.

Mientras los grandes medios de la prensa se sumaban a la operación de guerra psicológica, los fondos entregados por el secretario del Tesoro fueron transferidos a las cuentas de multimillonarios –algunos de origen italiano–, que los reenviaron a las tapaderas de la CIA en Roma, fundamentalmente políticos y sacerdotes de Acción Católica, uno de los brazos políticos del Vaticano. Los maletines con el dinero cambiaron de manos en el hotel Hassler, instalación 4 estrellas en la capital italiana que llamaba poco la atención. F. Mark Wyatt, uno de los operativos de la CIA, confesó en 1995: “Nos habría gustado hacerlo de una manera más sofisticada. Pasar maletines negros para influir en unas elecciones políticas no resulta precisamente algo muy atractivo” (Weiner, 2008: 54).

James J. Angleton, jefe de la estación local de la agencia en Roma hasta noviembre de 1947, fecha en la que regresó a Washington para organizar la División Soviética de la CIA, dejó creada “... una importante red de agentes en Italia, en parte ofreciendo a algunos de sus clientes más peligrosos inmunidad frente a cualquier posible juicio por crímenes de guerra...”. Y también fue reclutado el jefe de la mafia corsa, Pierre Ferri-Pisani, quien traficaba heroína a través de Marsella. Tim Weiner aporta otros elementos de juicio:

El diluvio de armas y vehículos blindados estadounidenses a Italia, los barcos norteamericanos que llevaron toneladas de alimentos a dicho país y las oleadas de noticias internacionales amplificadas por la conmoción de la caída de Checoslovaquia, todo ello contribuyó a la victoria y a la consolidación de la larga relación entre la CIA y la cada vez más corrupta élite política italiana (Weiner, 2008: 565-566 y 571).

Otra operación encubierta de la CIA en curso tuvo como blanco a Checoslovaquia. El 3 de abril de 1945, en Košice, Eslovaquia, se había

establecido un gobierno provisional liderado por el expresidente Edvard Beneš, quien encabezó en Londres el Frente Nacional. Allí se selló una alianza entre los comunistas y la izquierda eslovaca con sus compañeros checos, que halló expresión formal en el denominado Programa Gubernamental de Košice. Hasta ese momento predominaba el concepto del checoslovaquismo, según el cual “... los eslovacos eran campesinos checos que hablaban mal el idioma. El acuerdo suscrito preveía una nueva relación de igualdad entre los dos pueblos” (Sánchez Monroe, 2019).

Seis mil soldados soviéticos cayeron en la campaña de Eslovaquia, donde los guerrilleros conducidos por los líderes del Partido Comunista, Gustáv Husák y Lakso Lomovieske, desarrollaron una resistencia solo superada por los partisanos yugoslavos. El 9 de mayo de 1945 Beneš entró junto con el mariscal soviético Iván I. Kónev a Praga, la última capital europea en poder alemán, y fueron recibidos por la población con vítores y flores. Con los tanques del Ejército Rojo no solo llegaba la libertad, regresaban la nación y la esperanza de un pequeño pueblo asediado por pretensiones de rapiña. Se estableció un gobierno de coalición con protagonismo de la clase obrera, el campesinado y las clases medias, que brindó mayor participación a la izquierda en el ejercicio del poder y trabajó para eliminar los vestigios del fascismo. Propugnaron cambios sociales y políticos que abrieron las puertas a las bases populares de una nación de rancia catadura aristocrática.

Todos los territorios de Europa Central y Sudoriental liberados por el Ejército Rojo –la mitad del Viejo Continente– instauraron gobiernos “democrático-populares”, en los que fue desplazada la gran burguesía, pero la izquierda estableció alianza con los sectores nacionalistas de las clases medias. Preservaron una economía plural con empresas públicas y privadas, se respetó la libertad para organizar partidos y se efectuaron elecciones libres, aunque los mandos militares soviéticos impusieron a los partidos comunistas en la dirección. Ello trajo no pocas contradicciones. Los

comunistas encabezaron la resistencia, mas en la mayor parte de esos países constituían minoría, salvo en Yugoslavia, Checoslovaquia y Bulgaria, donde eran abrumadoramente populares. Más que a instituir el socialismo en el Este, Stalin aspiraba a conformar regímenes leales que le permitieran establecer un arco de defensa y seguridad contra Alemania.

En septiembre de 1945 Estados Unidos creó una misión militar en Praga para organizar las actividades del Comité de Repatriación de Soldados Desaparecidos. Puso al frente al coronel de origen checo Charles Katek, oficial de la OSS que encabezó los esfuerzos para crear una base operativa en Eslovaquia, en 1944. Katek extendió su presencia bajo la cobertura de trabajar en la comisión para investigar los crímenes de guerra. Al principio se limitó a recopilar información. Praga era para Washington el centro más oriental de la OSS.

El 26 de mayo de 1946, tras las elecciones promovidas por una Asamblea Nacional Constituyente, Beneš regresó a la presidencia. El Partido Comunista (KSČ) obtuvo el 38 % del voto nacional –40,17 % en la parte checa; 30 % en la eslovaca– y se confirmó como la fuerza política más influyente. Con el 62 % del sufragio, el gran triunfador en Eslovaquia fue el Partido Democrático, integrado por protestantes y católicos de ideología conservadora, simpatizantes del régimen de Tiso, quien resultó fusilado por su apoyo a Hitler lo mismo en Eslovaquia que en la invasión contra la URSS, a donde envió una división nacionalista. El secretario general del KSČ, Klement Gottwald, fue llamado a formar gobierno como primer ministro. Nombró en el gabinete a algunos de sus compañeros, pero en la mayoría de las carteras designó a nacionalistas, socialdemócratas y liberales.

Hacia 1947 en Checoslovaquia se arreciaron los conflictos internos. En aquella nación, con una élite burguesa de fuerte tradición parlamentaria y considerable fuerza ultranacionalista en la parte eslovaca, los ataques contra Beneš y Gottwald se habían focalizado en la decisión de expulsar del país a

los cerca de tres millones de alemanes asentados en los Sudetes, que contribuyeron al objetivo de Hitler de anexarse la región y colaboraron con el ejército nazi; al tiempo que afrontaban la actividad opositora de los partidos de derecha y centro derecha alineados en el boicot a las medidas de beneficio popular. La Guerra Fría y, en particular, su expresión económica: el Plan Marshall, tensaron la situación política del país hasta un extremo que no por complejo resultaba inesperado.

Ya la CIA había extendido hasta allí su brazo clandestino y puso en práctica una de sus primeras operaciones. Charles Katek reclutó a algunas personalidades en las estructuras de gobierno, partidos políticos y la prensa, pero su adquisición más valiosa fue el jefe de la Inteligencia, un agente que heredó del general alemán Reinhard Gehlen, exjefe de Inteligencia nazi para la URSS y Europa del Este, que pasó a trabajar para la CIA después de la capitulación alemana.

Hacia tiempo ya que el Ejército Rojo se había marchado de Checoslovaquia y, ante la situación generada, el KSČ convocó una huelga general que paralizó la nación. Con tal demostración de la clase obrera, bastó que desfilaran sus milicias por las calles para frustrar cualquier acción contrarrevolucionaria. Abrumados por la evidencia del apoyo popular – Praga estaba llena de obreros armados que se dirigían hacia la sede del gobierno–, el 20 de febrero de 1948 los doce ministros de la derecha renunciaron y los diputados conservadores abandonaron el Parlamento. Seis días más tarde, Gottwald conformó un nuevo gabinete que estableció “la vía checa al socialismo”. Comprendía tres puntos básicos: depurar los partidos políticos para liquidar la reacción; eliminar los instrumentos de dominación económica de la burguesía, mediante una reforma agraria que afectó a los grandes terratenientes eslovacos –aliados de los nazis en la guerra– y la expropiación de los monopolios industriales; y reforzar la alianza con la URSS y reorientar las relaciones económicas hacia Europa del Este.

Decenas de miles de personas partieron rumbo a Europa Occidental. Katek se las arregló para que sus agentes con las familias (unas 30 personas) cruzaran la frontera rumbo a Múnich, donde pronto la CIA les asignaría nuevas misiones; en paralelo, se encargó de sacar al jefe de la Inteligencia checoslovaca “... oculto entre el radiador y la rejilla de un descapotable” (Weiner, 2008: 55).

Una paz sin propósito moral

La campaña mediática orquestada por la CIA presentó lo ocurrido en Checoslovaquia como un golpe de Estado. Perseguían desprestigiar a la URSS y al NSČ ante la opinión pública, para apuntalar los esfuerzos de Truman en su propósito de sacar fondos al Congreso destinados a la Guerra Fría; de hecho, el 11 de marzo el Pentágono “filtró” un supuesto cable del general Lucius D. Clay, jefe de las Fuerzas de Ocupación en Berlín (fechado el 5), para comunicar que presentía un inminente ataque soviético. A nadie le importó que la estación local de la CIA en Berlín asegurara en un informe a la Casa Blanca que no existían indicios. Los medios armaron un escándalo que multiplicó los prejuicios.

Al día siguiente Truman presentó en el Capitolio la Ley de Ayuda al Exterior, que aportaba un préstamo inmediato de 5.300 millones de dólares a Europa y más de 463 para China. Grecia y Turquía –Stalin reclamaba la promesa de permitirle establecer una base naval en el estrecho de los Dardanelos, línea divisoria entre Europa y Asia controlada por los turcos– recibirían 275. En su discurso advirtió que la URSS y sus satélites tenían al “mundo libre” al borde de un cataclismo. Tocó el tema de Italia y habló de China, donde las guerrillas lideradas por Mao Tse-Tung tenían contra las cuerdas al régimen de Chiang Kai-shek, un traidor a las ideas de la izquierda sostenido por Washington.¹⁸ Ambas cámaras del Congreso la aprobaron y se convirtió en ley el 3 de abril de 1948.

Forrestal y Kennan, con el asesoramiento del oficial de la CIA Allen S. Dulles, idearon una cláusula secreta para conceder a las operaciones encubiertas del servicio clandestino el 5 % de los fondos de contrapartida de la Administración de Cooperación Económica (ECA, según sus siglas en inglés), organismo encargado de administrar el Plan Marshall, a cuya cabeza fue nombrado Averell Harriman, embajador en Moscú durante la

guerra. Cada país que recibiera un crédito debía devolver una suma equivalente al 5 % en su moneda.

Durante los próximos cinco años (1948-1952) el Plan Marshall canalizaría un total de 13.700 millones de dólares a 19 países –16 de Europa y 3 de Asia. Gran Bretaña, Alemania, Francia y Japón fueron los principales receptores de una “asistencia” que Estados Unidos diseñó como inversión a futuro. “El 5% por ciento de esos fondos –685 millones de dólares en total– se ponía a disposición de la CIA a través de las oficinas extranjeras del plan”. Fue una operación de blanqueo de dinero a escala global, que hizo imposible rastrear los fondos de la agencia y se mantuvo en secreto hasta mucho después de terminada la Guerra Fría. “Nosotros teníamos que hacer la vista gorda y ayudarles un poco. Decirles que nos metieran la mano en el bolsillo”, declaró el coronel R. Allen Griffin, que dirigió la división de Extremo Oriente del Plan Marshall (Weiner, 2008: 55-56).

Mientras Estados Unidos preparaba la cruzada contra la URSS en Europa y Asia, el 9 de febrero de 1947, en Río de Janeiro, suscribió con otros 18 países el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). El escenario era ideal para los propósitos norteamericanos, pues a su dictado el presidente brasileño Eurico Gaspar Dutra rompió las relaciones diplomáticas con la URSS. El TIAR –cuyo texto aprobaron antes Truman y los líderes del Congreso, y del que formaba parte la Escuela de las Américas en el canal de Panamá, o “Escuela de los Asesinos”, como también se le llamó– se sumó a la Junta Interamericana de Defensa (creada en 1942) como mecanismo de coordinación militar subordinado a los intereses hegemónicos yanquis, al permitirle intervenir en los países de América si lo consideraba necesario. Desplegado su escudo de seguridad hemisférica, necesitó de un bloque político que lo legitimara y fundó la Organización de Estados Americanos (OEA) en la Conferencia

Interamericana de Bogotá, Colombia, celebrada del 30 de marzo al 2 de mayo de 1948.

La carta constitutiva de la OEA se firmó en Bogotá el 30 de abril de 1948, en medio de los grandes disturbios provocados a raíz del asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril. Fue un buen documento. Recogió las normas jurídicas multilaterales para las relaciones entre los Estados americanos, y de estos con el resto del mundo, en un clima de paz que garantizara sus derechos. Pero la correlación continental de fuerzas y la institucionalización de la cooperación militar hemisférica, bajo la égida de Estados Unidos, crearon las condiciones propicias para convertirla en un instrumento de su política de dominación en lo que asume como su traspatio: "... todos los gobiernos latinoamericanos fueron obligados a alinearse con el antisovietismo, a romper sus vínculos comerciales y diplomáticos con el naciente campo socialista y a desencadenar en sus países una feroz campaña anticomunista" (González Santamaría, 2013: 169). La OEA estableció su sede en Washington, a unas pocas cuadras del Departamento de Estado, y a partir de su ejecutoria, acertadamente, se le rebautizó como Ministerio de Colonias de Estados Unidos.

El 4 de mayo Kennan circuló una nota entre un número restringido de personas en la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado, para explicar que el Plan Marshall, la doctrina Truman y las operaciones encubiertas de la CIA constituían las diversas partes entrelazadas de la estrategia antisoviética. Dentro de ese esquema se proponían conformar una fuerza de choque para atacar a la URSS en cualquier punto del mapa, mediante operaciones de guerra psicológica y subversión económica, sabotajes y acciones de demolición, formación de grupos guerrilleros, movimientos clandestinos de resistencia, atentados y apoyo a elementos anticomunistas. Su planteamiento táctico le podría permitir al gobierno negar de manera plausible cualquier responsabilidad. La nueva estructura recibió el nombre de Oficina de Coordinación Política y cobró cuerpo legal

mediante la Directiva 10/2 del NSC. Formaba parte de la estructura de la CIA, pero su jefe respondía a los secretarios de Estado y Defensa.

Durante el verano de 1948 Forrestal llevó al Despacho Oval un proyecto de rearme, pendiente de aprobación presidencial y con base en la Directiva 10/2 del NSC propuso dar curso a las operaciones encubiertas. Truman lo aprobó.¹⁹ El 1.º de septiembre nombraron al frente de la Oficina de Coordinación Política a Frank G. Wisner Jr., hasta ese minuto jefe de la estación local de la CIA en Berlín Occidental. Comenzaron diez personas, incluidos Wisner y las secretarias; al cabo de un año eran 450. La plantilla crecería en varios miles con 47 bases, una de las más importantes en Atenas, desde la que desplegó el trabajo sobre los países del Mediterráneo, el Adriático y el mar Negro. Llegó a controlar un arsenal militar estimado en más de 250 millones de dólares.

Un paso de esta ofensiva fue apuntalar los intereses en el mundo árabe y el Mediterráneo Sudoriental. “Sin el petróleo de Oriente Medio, el programa de recuperación de Europa tiene muy escasas posibilidades de éxito”, había advertido Forrestal a Truman (Nixon, 1980: 90). Washington necesitaba una cuña y aprovechó la oportunidad el 15 de mayo de 1948, cuando la ONU declaró finalizado el mandato británico en Palestina y dio luz verde a la creación del Estado de Israel. La decisión generó incomodidad en Londres y provocó rechazo entre los árabes. Con la anuencia soviética, funcionarios de Estados Unidos se encargaron de instrumentar la resolución en el terreno.

La URSS instó a algunos gobiernos de Europa del Este (Polonia, Checoslovaquia y Alemania Oriental) a permitir la emigración a Palestina de los judíos sobrevivientes del holocausto. Incluso autorizó a Checoslovaquia a suministrar las armas con que los sionistas libraron la guerra que apresuró la salida de Gran Bretaña de Oriente Próximo y adelantó la desintegración del imperio británico. El embajador soviético en

Nueva York recibió la orden de reconocer a Israel cuando muchos otros gobiernos impugnaban su legalidad.

Luego de deambular por siglos y padecer el holocausto nazi, los israelíes tendrían un Estado nación. Los partidarios más extremistas del nacionalismo judío laico –brotado en el siglo XIX de un grupo de ateos convencidos de que el antisemitismo europeo impedía la asimilación individual– “... se empeñaron en que el Estado judío solo podía implantarse en la Sión del Antiguo Testamento; de ahí el nombre de sionismo. Según la mitología bíblica, dicha región era la que a la sazón se denominaba Palestina y estaba habitada por una población árabe desde hacía más de mil años”. Gran Bretaña intentó detener el plan y alentó a Irak, Egipto y Transjordania a oponerse, pero “... el ejército israelí, armado por el gobierno checo siguiendo las instrucciones de Moscú, sorprendió a los británicos al derrotar a las legiones árabes” (Ali, 2006: 125-129).

Stalin creyó matar dos pájaros de un tiro: ganaba un aliado con David Ben-Gurión, viejo militante del partido socialista israelí, y golpeaba a los británicos. Erró y con él arrastró a los partidos comunistas de todo el mundo, incluido el de Egipto, primero fundado en África (1919). Ningún árabe los perdonaría. Cuando el flamante premier Ben-Gurión se sintió en posición de negociar, sobornó al rey jordano Abdullah ofreciéndole dinero y la zona de Cisjordania, nada menos que la mitad del territorio dejado por la ONU a Palestina, mientras Israel absorbía la otra mitad. Los palestinos fueron despojados de la tierra que habitaron por siglos. Ni una voz de rechazo se escuchó en el Consejo de Seguridad de la ONU. Y muy pronto Israel se convertiría en una avanzada occidental en Oriente Próximo.

Durante esa etapa ganó protagonismo el exjefe de Inteligencia nazi Reinhard Gehlen, quien reclutó emigrados soviéticos, albaneses, polacos, húngaros, checos y rumanos, y se rodeó para su labor de exoficiales de la Gestapo y las SS indultados por la CIA de sus cargos como criminales de guerra. Uno de los grupos que reactivó, con nombre en clave Nightingale

(Ruisseñor), lo integraban ultranacionalistas ucranianos reclutados en 1941, que asesinaron a miles de personas tras las líneas alemanas durante la contienda. Entre 1948 y 1952 operaron desde las montañas y bosques de los Cárpatos y en las estepas de las regiones orientales de Ucrania, donde propagaban el terror. Otro grupo con rusos neofascistas operaba en una pequeña emisora en Frankfurt, que incitaba a la violencia en la URSS; a su vez, la CIA empleaba al general húngaro Andras Zako, alto oficial del régimen de ocupación nazi en Budapest, que mantenía activa una unidad magiar de militares fascistas para recopilar información de Inteligencia en el territorio de Hungría. Zako, mercenario sin escrúpulos, les vendió información falsa por valor de varios millones de dólares entre 1946 y 1952.

Un paso importante de la OPC fue crear el Congreso por la Libertad Cultural, para influir entre artistas y escritores: “La batalla por la mente de Picasso”, al decir del oficial Tom Braden (Weiner, 2008: 63-64 y 571). Disponía de un presupuesto anual de 900.000 dólares y entre sus principales colaboradores en París reclutaron a Peter Matthiessen, uno de los mayores escritores de su generación.

En ese presupuesto estaban incluidos los fondos para crear la revista *Encounter* (Encuentro), con una tirada mensual de 40.000 ejemplares. A su vez, la CIA estableció casas editoriales y periódicos en Italia y Francia, en los que pasaban un año de práctica los oficiales reclutados por la agencia entre los estudiantes de arte en Estados Unidos. “... los libros son diferentes a todos los demás medios de propaganda, fundamentalmente porque un solo ejemplar puede cambiar de manera significativa las ideas y la actitud del lector, hasta un grado que no se puede comparar con el efecto de los demás medios [...] la publicación de libros es el arma de propaganda estratégica más importante”, precisó uno de los directivos de la OPC. En 1977 *The New York Times* reveló que la CIA había participado en la publicación de, al menos, mil libros (Saunders, 2003: 341-342).

Constituyeron también el Comité Nacional por una Europa Libre, bajo la dirección de Allen Dulles. Como tapaderas para encubrir al gestor, su consejo de administración incluyó a Henry Luce, el presidente de *Time*, *Life* y *Fortune* que en 1942 declaró a Stalin “Hombre del Año”; y al productor de Hollywood, Cecil B. DeMille. El comité se encargó de establecer en Múnich las emisoras Radio Europa Libre, para transmitir a Europa del Este; y Radio Libertad, contra la URSS. Aprovecharían los vacíos informativos y la edulcorada visión divulgada acerca de la vida en esas naciones por sus medios de prensa, para sembrar el descontento y socavar la autoridad moral de sus gobiernos mediante operaciones de guerra psicológica diseñadas por expertos de la CIA y la Voz de las Américas.

Más de 3.000 locutores, redactores y técnicos fueron reclutados entre la contrarrevolución soviética y de Europa del Este; lo mismo escritores e intelectuales, como los checos Julius Firt, Jaroslav Stránský y Pavel Tigrid, traidores como el polaco Józef Światło, oficial de la seguridad del Estado al que reclutó la Inteligencia británica en Varsovia, en 1948; o fascistas como Stanislav Stankievich, autor de una matanza de judíos en Bielorrusia durante la guerra, en la que enterraron a los bebés vivos junto a sus padres asesinados. En paralelo, la agencia organizó grupos de oposición en Rumanía y Hungría, creó una radio clandestina en Bulgaria y dejó caer millones de volantes con propaganda anticomunista en globos aerostáticos sobre Hungría, Checoslovaquia y Polonia.

Truman aprobaría más de 80 operaciones encubiertas entre 1948 y 1952, como parte de un diseño que pudo derivar en una nueva contienda si la dirección soviética no se hubiese mantenido ecuánime.

¡Solo la tumba puede enderezar al jorobado!

Frente al cerco tendido por Estados Unidos, la URSS resolvió rescatar un espacio de concertación con los partidos comunistas similar al Comintern.

Imbuidos por la necesidad de defender a la URSS de la ofensiva imperialista, los partidos comunistas consideraron un deber acatar las órdenes emanadas del Kremlin sin preguntar mucho. Esa subordinación acrítica llevó a un segundo momento que también dejó secuelas: en la medida en que avanzaron los años 30, se hizo evidente la necesidad de sumar contra el Eje Berlín-Roma-Tokio a todas las fuerzas políticas posibles. Los “frentes populares”, surgidos de la alianza coyuntural de los comunistas y la izquierda con la socialdemocracia para contener al fascismo, tendieron a convertirse en frentes nacionales.

Este paso no se meditó con suficiente tino. Se establecieron alianzas coyunturales con fuerzas políticas de ultraderecha y ello removi6 las susceptibilidades de la izquierda, incluidos sus intelectuales. Cuando Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista de Francia, tendió la mano al partido cat6lico, esa fuerza apel6 como s6mbolo nacional a Juana de Arco, emblema de la extrema derecha desde tiempos inmemoriales; mientras, el Partido Comunista de Gran Bretaña se ali6 a Winston Churchill, palad6n de la reacci6n y de la oposici6n al movimiento obrero. Los resultados no pudieron ser peores: ninguno de los dos gobiernos se solidariz6 con la Rep6blica española y ambos apoyaron a los nazis durante la firma del Pacto de M6nich de 1938, antesala a la II Guerra Mundial.

Hasta el Partido Comunista cubano err6. Con una militancia de profunda ra6z antimperialista, honrada y de una capacidad de sacrificio digna del mayor encomio, que en la d6cada del 30 gan6 liderazgo y autoridad en la conducci6n de la clase obrera y otros sectores progresistas

enfrentados a la tiranía del general Gerardo Machado, terminó aislada al establecer una coalición electoral con Fulgencio Batista Záldivar, quien había ahogado con sangre la huelga de marzo de 1935. Incluso el ABC, facción terrorista de orientación fascistoide, se sumó al frente popular mantenido durante casi toda la guerra hasta que el candidato presentado por Batista, Carlos Saladrigas, perdió en las elecciones de 1944. “... aquella alianza [...] le costó un precio altísimo al Partido Comunista con todos sus méritos y su historia, y siguió en todo ese período defendiendo a los obreros y arrancando cualquier conquista, pero enajenó la simpatía de mucha gente joven, de muchos estudiantes” (Castro Ruz, F., 2018: 120).

En 1943 el Comintern se convirtió en un obstáculo para la alianza de la URSS con Estados Unidos y Gran Bretaña, y el Kremlin lo disolvió. Un lustro más tarde Stalin abogó por un alineamiento más selectivo: los partidos comunistas u obreros de Francia, Italia y Europa del Este. Casi todos los dirigentes establecidos en el poder por el Ejército Rojo en esas naciones vivieron refugiados en la URSS o estudiaron allí, lo cual los marcó en cuanto a reforzamiento de sus ideas políticas y métodos de trabajo, pero también en sus deformaciones.

La Conferencia Informativa de los Partidos Comunistas y Obreros (Cominform) se realizó del 25 al 27 de septiembre de 1947, en la ciudad polaca de Szklarska Poręba. Asistieron la URSS, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, Bulgaria, Polonia, Italia y Francia. En la mañana del 25, inauguró la reunión el soviético Andréi A. Zhdánov, en cuyo informe subrayó que el mundo se había dividido en dos polos: uno bajo la égida de Estados Unidos, que agrupaba a los países imperialistas, coloniales y a las neocolonias del Cercano Oriente y Sudamérica; otro encabezado por la URSS, comprendía a los países de Europa Oriental, que preparaban el camino para ingresar a la vía del desarrollo socialista, y al movimiento revolucionario internacional. El objetivo de este último campo era luchar contra la expansión imperialista y la amenaza de nuevas guerras.

Durante la reunión, los delegados de Francia e Italia recibieron fuertes críticas de la URSS y Yugoslavia, por colaborar con la burguesía y mantener una actitud sumisa ante la democracia cristiana y los socialdemócratas.

Los yugoslavos expresaron que si los obreros se hundían en las reglas de juego del parlamentarismo burgués, todo habría terminado. Apreciaban que esa tendencia se extendía en el seno del movimiento obrero y la calificaron de desviación. En virtud de la ofensiva de guerra psicológica desplegada por Estados Unidos de cara a las elecciones italianas, el Partido Comunista levantó la consigna: “Ni Washington ni Moscú”, sin reparar que la CIA compraba la voluntad de sus adversarios y neutralizaba a sus simpatizantes en complot con el Vaticano y la mafia –con cuyos capos, Lucky Luciano y Joseph Lanza, mantenía estrechas relaciones desde que el OSS los utilizó en la operación Underworld, en 1943, para garantizar el apoyo al desembarco de Sicilia. Su supuesta independencia le enajenó el voto de quienes admiraban a la URSS y censuraban a su dirigencia por la deslealtad con los soviéticos. Tardaron tanto en captar el sentido de la política estadounidense que quedaron aislados. En el caso del Partido Comunista francés, después de gozar de gran influencia popular estaba en franco retroceso, debido al liderazgo nacional y proyección anticomunista del general Charles de Gaulle.

No se estableció en la reunión de Polonia un programa revolucionario, o al menos un plan que revirtiera el escenario proyectado por Estados Unidos en Europa. A los representantes de los partidos comunistas de Italia y Francia se les exigió obstruir la puesta en práctica de la doctrina Truman y el Plan Marshall, un requerimiento delirante dada su pérdida de influjo.

La línea trazada en el Kremlin para las relaciones con las naciones del Este europeo mediante un cordón umbilical provocó un cisma. Instrumentos como las compañías de capital mixto con Hungría, Rumanía y Bulgaria fueron utilizados para controlar sus economías; mientras, Polonia,

Alemania, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía enviaban a la URSS carbón, máquinas, bauxita, petróleo y trigo, como indemnizaciones por daños de guerra, o a bajos precios, cuando sus propios pueblos sufrían escasez. En ninguna parte fue más intenso el conflicto entre Estados Unidos y la URSS que en Alemania; sin embargo, mientras el Plan Marshall inyectaba fondos en la parte occidental –la más industrializada–, la dirección soviética exigía la extracción continuada de recursos de la parte oriental. Los grandes medios de la prensa capitalista se hicieron cargo de circular por todo el planeta las impactantes imágenes del desmantelamiento de las fábricas alemanas y su traslado hacia Rusia en barcos soviéticos.

A principios de 1948 se desencadenó un conflicto de consecuencias fatales para el bloque de la Cominform. Antes de que acabara la guerra, búlgaros y yugoslavos acordaron crear una federación balcánica cuando consiguieran la victoria. No era la primera vez que se manejaba una idea de esa naturaleza en Europa Oriental para llenar el vacío que dejó la desintegración del imperio austrohúngaro –casi siempre con las manos de Gran Bretaña y Francia por detrás. Tito y Gueorgui Dimitrov la concibieron con la intención de poner término al viejo litigio entre sus dos países por Macedonia –el polvorín de Europa–; en aquel minuto la URSS se mostró de acuerdo. En julio de 1947, estos dos dirigentes se reunieron para firmar un Tratado de Amistad, Cooperación y Ayuda Mutua en cuyo texto plasmaron su propósito. Desde el Kremlin les enviaron una reprimenda en nota diplomática por manejar el tema sin consultar. Interrogado en una conferencia con la prensa extranjera acreditada en Sofía, el 22 de enero de 1948, Dimitrov aseguró que el asunto se plantearía cuando estuviese maduro. Seis días más tarde, la redacción del periódico *Pravda* –órgano oficial del Partido Comunista de la URSS– publicó un mentís: aseguró que la idea de la federación balcánica era una invención.

Tito y Dimitrov fueron convocados a Moscú el 10 de febrero de 1948. Stalin y Mólotov los cuestionaron por desarrollar una política exterior

propia, sin coordinar con el Kremlin. El líder búlgaro aceptó la reprimenda; el yugoslavo se insultó.

Hasta ese instante, la URSS y Yugoslavia mantenían un clima adecuado en las relaciones bilaterales –incluido el suministro soviético de armas y el asesoramiento militar al ejército yugoslavo– y coincidencia en los asuntos de política exterior. Ese día algo profundo se quebró en los sentimientos hacia Stalin, de Tito, para quien los asuntos de Yugoslavia y su soberanía constituían problemas de principios. No olvidó que mientras combatía en España, su esposa rusa –primer matrimonio y madre de su único hijo hasta entonces– fue víctima de las purgas y fusilada en 1938. Lo pasó por alto en nombre de la causa del socialismo, mas no iba a permitir que de Moscú lo manejaran como un títere.

Nunca entendió las presiones de Stalin –Tito las asumió como concesiones a Churchill en un rejuego geopolítico– para que el Partido Comunista yugoslavo firmara un acuerdo con el gobierno monárquico en Londres, de Ivan Šubašić, que los comprometieron a pactar un gobierno de unidad nacional tras la liberación; aunque en la paz se pudieron desembarazar muy rápido de esta alianza coyuntural, gracias al prestigio y liderazgo popular de los comunistas. Tampoco entendió la indiferencia soviética ante la masacre perpetrada por Gran Bretaña y Estados Unidos contra las fuerzas guerrilleras griegas, pieza clave en la alianza para una futura federación balcánica. Otro tema en discusión era el interés yugoslavo de recuperar Trieste, estrecha franja de territorio entre el Adriático y la frontera con Eslovenia, en la meseta del Kras, calificada por Churchill como el puesto fronterizo sur de la “Cortina de Hierro”. Desde el 10 de febrero de 1947 la ocupaba un contingente de diez mil hombres de Estados Unidos y Gran Bretaña, en virtud de una resolución de la ONU, que declaró a Trieste y sus alrededores –incluyendo una parte de Croacia y Eslovenia– como un Estado libre sujeto a la designación de un gobernador reconocido internacionalmente.²⁰

De acuerdo con Stalin, una acción de esa naturaleza agravaría las tensiones de la URSS con Estados Unidos en plena crisis por Berlín, sin contar que los comunistas italianos se oponían y ello dividiría la Cominform.

El 1.º de marzo, Tito reunió al buró político del Partido para informar que las relaciones con la URSS habían llegado a un callejón sin salida. Tenían que asumir el desafío de reorientar el país por caminos propios, lo mismo en materia militar que en el plano económico. El 18 de marzo, el Gobierno soviético comunicó que retirarían de Belgrado todos sus asesores militares y civiles. En junio, por primera vez se reunió la Cominform sin Yugoslavia y se declaró que Tito había provocado una ruptura en la unidad del frente común de la democracia y el socialismo, y pasado a las posiciones del nacionalismo burgués.

Tito calificó la actitud soviética de “oportunismo” y Stalin ordenó un bloqueo a Yugoslavia. La partida quedó tablas porque Tito contaba con el respaldo absoluto de su pueblo, del ejército y la policía. Hacia el bloque Este europeo el conflicto tuvo una gran repercusión: Moscú rompió relaciones con Belgrado y declaró a su líder traidor a los ideales del socialismo. El “titoísmo” fue demonizado. Todo el que simpatizara o se relacionara con él sería condenado a muerte:

La ideologización de la confrontación entre las posiciones de la URSS y Yugoslavia condujo a una férrea intolerancia política en toda Europa Oriental. En Yugoslavia, bajo la consigna de la lucha contra el estalinismo, miles de cuadros y militantes sufrieron represalias. Unos, por manifestarse partidarios de acatar la resolución de la Cominform; otros, por sugerir soluciones distintas a las impulsadas por Tito. En el resto de las democracias populares sucedió otro tanto. La lucha contra los espías y agentes –reales o ficticios– de Yugoslavia sirvió muchas veces de pretexto para eliminar a competidores políticos, objetivos o potenciales (Sánchez Monroe, 2019).

Mientras el bloque de los países socialistas y las democracias populares se fragmentaba, Berlín se convirtió en centro de la confrontación y Truman apostó a romper, de una vez por todas, los acuerdos de Potsdam y Yalta respecto a la reunificación alemana. Estados Unidos conservaba su parte en la antigua capital del Tercer Reich, como un enclave en territorio enemigo, y el jefe de la estación local de la CIA propuso generar la crisis mediante una reforma monetaria.

En junio de 1948, en los tres sectores occidentales de Berlín dominados por los aliados –comprendían 160 km dentro de Alemania Oriental– el antiguo marco fue reemplazado por uno nuevo, cuya estabilidad aseguraría un volumen creciente de mercancías adquiridas en Estados Unidos con fondos del Plan Marshall. Pusieron como pretexto la intención de acabar con el mercado negro de los populares cigarrillos estadounidenses Lucky Strike; en realidad se trataba de un golpe péfido que amenazó con rendir a una ciudad embargada por la pobreza al orden financiero de un nuevo Estado alemán independiente, que ya se proyectaba en Washington. Ante las propias dificultades atravesadas por la URSS, el valor de la moneda oriental sería minado por la permanente escasez de mercancías. Estaba por ver cómo respondería Moscú ante esta provocación.

Del lado oeste de la línea divisoria, en el Berlín de posguerra prevalecía un clima asfixiante del que Roberto Rossellini dejó registro en *Germania anno zero*, una cinta neorrealista estrenada en 1948. Por 72 minutos aparecen en el celuloide “... la juventud que fue enrolada y que sufrió y sufre, martirizada por sus crímenes o embrutecida hasta la inocencia, y las muchachas que buscando el pan dejan el pudor o que acompañan a un visitante a cambio de cigarrillos que después revenderán. La bolsa negra. Y la crueldad del hambre, de la miseria, y de la formación subhumana que dejó en muchos el nazismo”, escribió entonces Alfredo Guevara en sus notas críticas al filme (Guevara, 2017: 241-243).

Stalin declaró que Occidente destrozaba la idea de reunificación de la Alemania de posguerra. Como las carreteras y vías ferroviarias que conducían a la ciudad estaban bajo control soviético, ordenó bloquear el acceso a los sectores de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El tránsito por tierra y agua se paralizó. Los medios occidentales aprovecharon la oportunidad para implantar la matriz de opinión de que la URSS empleaba una “crueldad salvaje” contra más de dos millones de habitantes expuestos al hambre, cuando desde la zona Este el mando soviético se encargó de garantizarles los alimentos y el carbón necesarios.

Los estrategas del Kremlin no contaron con el porte de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Como el Pentágono no fue capaz de garantizar el número de bombas atómicas requeridas para la Operación Pincher, que a partir de una orden presidencial contemplaba la destrucción total de la industria petrolífera soviética, la Administración Truman se empeñó en hacer una demostración de fuerza: “Unos sesenta B-29, los «Bombarderos Atómicos», fueron desplazados a Gran Bretaña con mucha publicidad; pero ciertamente no todos tenían bombas atómicas. En cambio, se adoptó la decisión de organizar una demostración técnica del poder aéreo norteamericano y de abastecer a Berlín por avión” (Johnson, 1993: 448).

El 28 de junio de 1948 comenzó la operación de “socorro” protagonizada por la Fuerza Aérea de Estados Unidos, que durante quince meses abasteció a Berlín Occidental de alimentos, combustible y materias primas para la industria. En diciembre transportaban 4.500 t diarias; para la primavera de 1949, llegaron a 8.000. El manejo de los medios occidentales sembró el puente aéreo en la opinión pública como una obra humanitaria colosal y acentuó el supuesto carácter siniestro de la medida soviética. La URSS fue mostrada como un Estado villano.

Oscar Martay, un bielorruso de origen judío que emigró a Estados Unidos durante la invasión nazi y se enroló en el ejército como oficial de cine, fue destacado en Berlín Occidental para poner la industria del

celuloide en función de la Guerra Fría. Lo nombraron director de cine del Servicio de Información del Alto Comisionado de los Estados Unidos para Alemania y, dos años más tarde, creó el Festival Internacional de Cine de Berlín (Berlinale), con la intención de convertirlo en la pantalla real y metafórica del mundo occidental para el Este; mientras, las películas –y publicaciones– de la URSS y el resto de los países socialistas eran retenidas en las aduanas de las naciones del bloque OTAN.

La primera edición del Berlinale se celebró entre el 6 y el 18 de junio de 1951, con fondos del Pentágono. Se inauguró con *Rebecca*, una cinta de Alfred Hitchcock. Antes, en el transcurso de 1950 y 1951, la administración militar estadounidense construyó salas de exhibición en el distrito de Wedding, próximo a su línea fronteriza con el sector soviético. Trascendieron como los “cines de la frontera” y en ellos los habitantes de Berlín Oriental recibían un descuento al mostrar su documentación. En reconocimiento a su “contribución”, ese año Martay recibió un Oso de Oro (Goldener Bär), el premio del certamen a la mejor película.

Otra importante maniobra de Truman fue constituir la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el 4 de abril de 1949. Por primera vez en su historia, Estados Unidos se comprometió en una alianza militar en tiempos de paz con Europa Occidental, a la que también arrastró a Canadá. Fue suscrito por Gran Bretaña, Francia, Italia, Holanda, Noruega, Luxemburgo, Portugal, Bélgica, Dinamarca, Islandia y Canadá, y en 1952 se sumarían Grecia y Turquía.

Basado en la experiencia de la I Guerra Mundial, nadie creía que las tropas estadounidenses permanecieran en Europa después de finalizado el conflicto. Roosevelt prometió en Yalta que su presencia militar no se extendería más allá de dos años tras la capitulación de Alemania. ¿Cómo interpretar este nuevo paso?

A la URSS no le quedó duda: la OTAN articulaba un bloque hostil con un ejército multinacional bajo el mando de un comandante estadounidense.

Ello le permitía a Estados Unidos emplazar sus fuerzas armadas en la región con carácter permanente y, bajo preceptos del derecho internacional público, legitimaba su determinación de relacionar los asuntos políticos de Europa con su seguridad nacional. Después de 126 años, la Administración Truman abandonaba el principio establecido en la doctrina Monroe de no intervenir en los conflictos del Viejo Continente. Durante el proceso de ratificación en el Congreso se le atribuyó universalidad moral, presentándola como una coalición no agresiva conformada para preservar principios y no territorios. Actuaría solo contra los ataques militares – dijeron–, en un instante en que toda la prensa de Occidente y Hollywood – con más de 40 películas de ese corte entre 1948-1952, incluida la parábola con la adaptación a la televisión y el cine de la novela *La guerra de los mundos*, de Herbert G. Wells (1898)– presentaban a la URSS como un Estado agresor.

Durante una audiencia senatorial con los secretarios de Estado y Defensa, Dean G. Acheson y Louis Johnson, respectivamente, el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, Tom Connally, certificó que la OTAN era “una alianza de paz”, una “alianza contra la guerra”, que no compartía “lo esencial de las obligaciones básicas de una alianza militar”, y tenía como misión “... actuar hasta que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas «hubiese tomado las medidas necesarias para restaurar la paz y la seguridad»”. Una descripción de esta escena por Henry Kissinger resulta reveladora: “Dean Acheson fue un secretario de Estado incomparablemente sagaz y muy versado en historia. Podemos imaginar el brillo sardónico de sus ojos mientras dejaba que el presidente del Comité leyera ese catecismo” (Kissinger, 2004: 447).

Se intentaba encubrir un nuevo modo de repartición del mundo con Estados Unidos a la cabeza, delineado por los hacedores de política en Washington mediante la filosofía geopolítica de la “contención”.

El Plan Marshall y la OTAN dejaron a la parte occidental de Europa bajo control económico y militar de Estados Unidos, en tanto su Armada campeaba en las aguas del Mediterráneo Oriental, el mar del Norte y los estrechos del mar Negro y el Báltico. A ninguno de los beneficiarios les resultaba posible soslayar las exigencias yanquis. Por tierra, la confrontación entre las dos esferas de influencia mantenía una trinchera abierta en disputa: Alemania, que salió no solo destrozada de la contienda sino con un territorio más pequeño. Sus ciudades estaban en ruinas, carentes de servicios públicos básicos mientras su enorme población padecía hambre y más de siete millones de personas carecían de hogar. Fragmentada en cuatro zonas, con la nueva coalición se redujo a dos. En el orden simbólico, se situaba allí la línea de fuego del candente escenario de la Guerra Fría. Y el primer disparo lo realizó Estados Unidos el 23 de mayo de 1949 –a menos de dos meses de establecer la OTAN–, cuando alteró la geografía política europea con la constitución de la República Federal Alemana.

Para entonces, entre las tropas francesas en Vietnam podían encontrarse oficiales nazis sacados de la cárcel por los aliados a cambio de enrolarse. Desde París, Bao Dai, conocido en Niza como “El emperador de los cabarets”, legitimaba una ocupación sostenida con aviones, cañones, tanques de guerra y municiones procedentes de los arsenales de Estados Unidos y Francia. En la primavera, una noticia ganó titulares: aparecieron pruebas documentales acerca de los métodos empleados por las tropas galas que en los noticiarios y filmes realizados por Hollywood eran presentadas como víctimas. “Soldados franceses decapitando prisioneros vietnamitas, suplicios inenarrables, decenas de cuerpos descabezados o sin brazos y piernas en una carretera, etc., y todo recogido en fotografías por quienes esperaban vanagloriarse de sus crímenes... y lo hacían. Metro, Paramount, RKO, no reflejaron estas noticias” (Guevara, 2017: 262).

La euforia duró poco. El 29 de agosto de 1949, en el polígono de Semipalátinsk, un punto deshabitado de la estepa en el noreste de

Kazajstán, la URSS realizó su primera detonación nuclear. El programa liderado por el físico Ígor Kurchátov permitió fabricar la RDS-1 (22 kilotones). Aportó las pruebas un B-29 que patrullaba el Pacífico norte a 5.000 m de altura, el 3 de septiembre. En el umbral de la era atómica, el mundo vivía en un estado de terror apocalíptico y Truman conmocionó a la nación al anunciar ante la radio y las cámaras de la televisión: “Tenemos evidencia de que en las últimas semanas ha tenido lugar una explosión atómica en la URSS” (Stone, 2012: cap. iv). Se les había acabado un monopolio, disfrutado solo cuatro años. Estados Unidos se sintió vulnerable...

Pronto recibieron otra noticia nefasta: Chiang Kai-shek escapó a bordo de un buque de la Séptima Flota hacia Taiwán, donde dos años atrás sus fuerzas masacraron a 28.000 nativos para crear las condiciones de su eventual salida. El Pentágono destinó 11.000 millones de dólares del contribuyente estadounidense para equipar 39 divisiones del corrupto y sanguinario ejército de Chiang, y ni así se sostuvo. El 24 de septiembre de 1949 China, la nación más populosa del mundo, se proclamó República Popular en la plaza de Tian Anmen, en Beijing, controlada por las fuerzas de Mao desde enero. Era la mayor revolución desde la victoria del pueblo ruso contra el zarismo. *Time* dijo que la “marea roja” amenazaba con tragarse el mundo. “La caída de China pone en peligro a los Estados Unidos”, escribió en *Life* Douglas MacArthur, comandante supremo del Ejército de Estados Unidos en el Pacífico (Stone, 2012: cap. iv).

El golpe recibido en Checoslovaquia, la fabricación de la bomba atómica por la URSS y el triunfo de la Revolución china llevaron a Estados Unidos a preparar el terreno para una contingencia mayor. No podían permitirse otro revés ni desencadenar una conflagración nuclear. El 14 de abril de 1950 Truman aprobó la directiva NSC-68 para “... fomentar un cambio fundamental en la naturaleza del sistema soviético...”. No se consideraría un triunfo cualquier desenlace que no terminara en la

conversión del adversario (Kissinger, 2004: 449-450). El 20 % del PNB estadounidense sería destinado a los fines del Pentágono para superar a la URSS, que –según sus cálculos– empleaba el 13,8 %. “Representó una modificación histórica de la política norteamericana tradicional hacia el mundo. Poco a poco originó compromisos militares con 47 naciones, y llevó a las fuerzas norteamericanas a construir u ocupar 675 bases ultramarinas y a apostar un millón de soldados en el extranjero” (Johnson, 1993: 449).

Paralelamente, el Departamento de Estado trabajaba para acoplar a América Latina a la locomotora nortea. Tras un recorrido por la región, Kennan presentó, y se aprobó, el documento “América Latina como un problema en la política exterior de los Estados Unidos”, para imponer una línea anticomunista de mano dura. Trascendería como “el corolario Kennan de la Doctrina Monroe”. Junto con la ofensiva de diplomacia pública cobró protagonismo un diseño de comunicación política que le permitió a la Administración Truman establecer en la región la ruptura con la URSS como una política de Estado.

II. LA HORA DE LOS HORNOS

*Porque esta gran humanidad ha dicho: “Basta”,
y ha echado a andar.*

CHE

El 19 de enero de 1950 Kim Il-sung asistió a una recepción en la sede china en Pyongyang y habló en privado con el embajador de la URSS respecto a la situación en la península de Corea, partida en dos por las grandes potencias. Lejos de propiciar su reunificación, como se pactó operativamente en 1945, Truman instaló en la parte sur a Syngman Rhee, un emigrante que vivió por décadas en Estados Unidos y fue llevado de regreso a Seúl para garantizar los intereses yanquis. Más de 500 asesores del Pentágono entrenaban al ejército surcoreano, cuyas fuerzas, de conjunto con efectivos de la policía, acostumbraban a incursionar en el norte –solo en 1949 realizaron 2.617 provocaciones. Kim había llegado a la conclusión de que no había otro camino que la lucha armada y, al mismo tiempo, estaba convencido de que los guerrilleros del sur no resolverían el problema, pues les era imposible vencer a un ejército títere financiado y asesorado por Estados Unidos. Pidió visitar a Stalin, quien le respondió: “Recibí el mensaje del 19 de enero del año 50. Un asunto tan importante requiere preparación. El asunto debe organizarse de tal forma que no haya riesgos. Estoy dispuesto a recibirlo...” (Sánchez Monroe, 2019).

Antes de viajar a Moscú conversó con Mao, quien sugería no atacar al sur. Stalin escuchó a Kim sin pronunciarse en términos concluyentes. En el Kremlin existía la percepción de que una eventual incursión por debajo del paralelo 38° sería aprovechada por Estados Unidos para solicitar a la ONU

el envío de tropas a la península. Para los norcoreanos se trataba de una cuestión de principios, de soberanía y dignidad nacional, e insistieron. El 14 de mayo cablegrafió Stalin: "...el asunto debe ser resuelto definitivamente por los camaradas chinos y coreanos de conjunto, y en caso de que los camaradas chinos no estén de acuerdo el tema debe ser pospuesto hasta un nuevo análisis". Mao cambió de opinión; al día siguiente el embajador soviético lo notificó a Moscú (Sánchez Monroe, 2019).

No demoraron la operación. El 25 de junio de 1950 fuerzas norcoreanas cruzaron el paralelo 38° y estalló la guerra. En la noche, Truman ordenó al general MacArthur socorrer a Corea del Sur. Las tropas estadounidenses empujaron al ejército norcoreano hasta su línea fronteriza; entretanto, el embajador de Estados Unidos en Naciones Unidas solicitaba una reunión extraordinaria del Consejo de Seguridad de la ONU para condenar la "agresión injustificada".

La sesión tuvo lugar el 7 de julio, con la ausencia del embajador permanente de la URSS en el Consejo de Seguridad, Yakov Malik. Mediante resolución conjunta se creó un comando unificado, subordinado al mando estadounidense. Eisenhower reconoció años más tarde que "... las fuerzas simbólicas proporcionadas por estas otras naciones [...] darían respaldo moral a una empresa que de otra forma parecería una muestra brutal de imperialismo" (Eisenhower, 1963: 340). Truman debilitó el concepto de Naciones Unidas como un organismo efectivo para el mantenimiento de la paz e inició en esa entidad un curso que la transformó en instrumento de los designios políticos yanquis. De todos modos, solo Gran Bretaña y Turquía aportaron una cifra significativa de tropas; el resto de la membresía no mostró disposición a llegar tan lejos.

Se dice que la ausencia del embajador de la URSS a la sesión del Consejo de Seguridad se produjo en boicot por la negativa a reconocer el derecho chino a ocupar su escaño en la ONU. Las evidencias apuntan en otra dirección: el 27 de agosto Stalin le envió una carta al secretario general

del Partido checoslovaco, Klement Gottwald, que resulta ilustrativa: “Después de nuestra retirada, América se enredó en una intervención militar en Corea y ahora despilfarra allí su prestigio militar y su autoridad moral... Además, queda claro que ahora la atención de Estados Unidos se ha trasladado de Europa al Lejano Oriente. ¿Nos beneficia eso desde el punto de vista del balance mundial de fuerzas? Claro que sí”. El experto cubano Juan Sánchez Monroe puntualiza al respecto:

Queda claro que la instrucción de Stalin a Malik para que se ausentara de la sesión del Consejo de Seguridad no fue un lapsus, sino una trampa, con la que buscaba involucrar a Estados Unidos en un conflicto “periférico” para la URSS, donde este tuviera un enemigo lo suficientemente poderoso como la naciente República Popular China. Que ese y no otro fue el motivo que guio la actuación de Stalin lo demuestra también el hecho de que una vez aprobada la resolución norteamericana, su delegado regresó al Consejo de Seguridad, aunque el puesto de China seguía siendo usurpado por Taiwán (Sánchez Monroe, 2019).

El 11 de octubre de 1950 Truman viajó al atolón de Wake, en el Pacífico. Quería deliberar con MacArthur. La CIA le aseguró que ni Stalin ni Mao se involucrarían. Era la oportunidad de reunificar a Corea bajo su influencia y extender el cerco contra China. Ordenó proteger a Taiwán con la Séptima Flota y aumentar la ayuda militar al contingente francés en Vietnam, que en septiembre había sido duramente golpeado por la ofensiva del Viêt Minh –8.000 bajas entre muertos y heridos. Francia abandonó Lang Son, Lao Cai y Hoa Binh, y dejó libre la frontera chino-vietnamita. El general Jean de Lattre de Tassigny, considerado el mayor estratega galo, fue llamado a Washington y con posterioridad se hizo cargo del mando del cuerpo expedicionario.

Una semana más tarde, el 18 de octubre, bajo la bandera de Naciones Unidas el Ejército de Estados Unidos cruzó el paralelo 38° e inició una invasión directa contra Corea del Norte. El 20 cayó Pyongyang. El pueblo norcoreano sufrió los efectos de la guerra bacteriológica y la destrucción de todo su territorio mediante el bombardeo continuado con napalm a poblaciones civiles, escuelas y hospitales. Estados Unidos poseía una fuerza aérea entrenada para triturar a su objetivo, como declaró entonces ante las cámaras de televisión un piloto yanqui: “Cumpló órdenes. Mi oficio es matar...” (Guevara, 2017: 190).

Entretanto, el régimen de Rhee asesinaba a todo sospechoso de militar en el Partido Comunista surcoreano o de colaborar con las fuerzas del Norte. De acuerdo con Gregory Henderson, funcionario del Departamento de Estado, de misión en Seúl entre 1945 y 1952, “... probablemente más de cien mil fueron ejecutados sin juicio o cosa que se pareciera...” (Henderson, 1968: 167). Un hecho estremecedor aconteció en la ciudad de Koch’ang, en Jeollabuk-do, donde “... seiscientos hombres y mujeres, viejos y jóvenes, fueron conducidos a un estrecho valle y asesinados con ametralladoras por una unidad del ejército sudcoreano” (Kie-Chian Oh, 1968: 35).

MacArthur no detuvo el ascenso hasta aproximarse a Manchuria. Los aviones violaban el espacio aéreo chino y dejaban caer bombas en sus contornos, siempre por “error”. El próximo objetivo fue el río Yalú, límite entre Corea del Norte y la República Popular China. Ocupar esa cuenca hidrográfica les permitiría emplazar tropas en la frontera y controlar hidroeléctricas norcoreanas que resultaban vitales para la industria del gigante asiático. En un esfuerzo extraordinario debido a que su economía estaba lejos de recuperarse de la devastación causada por la ocupación extranjera y la guerra civil, China envió a luchar a Corea a millones de voluntarios del Ejército de Liberación Nacional bajo las órdenes de su titular de Defensa, mariscal Peng Dehuai, y del general Lin Biao; mientras,

los mejores pilotos de combate de la Fuerza Aérea de la URSS dominaban el cielo de la península en aviones soviéticos con banderas chinas y coreanas. Las acciones adquirieron otro carácter. “Nos enfrentamos a una guerra enteramente nueva”, notificó MacArthur a Washington mientras retrocedía hasta el lado sur del paralelo 38° (Morinson, Commager y Leuchtenburg, 1988: 810).

Humillado por los “bárbaros orientales”, MacArthur propuso subir otro nivel: bloquear a China, bombardear sus ciudades continentales y organizar una invasión con Chiang Kai-shek. También abogó por emplear la bomba atómica contra Corea del Norte. Según registró en su diario, el 27 de enero de 1951, Truman lo consideró. En el fondo debió horrorizarse ante esta última idea, pues ni siquiera preservaban el monopolio atómico. Ante la obcecación del orgulloso general, lo sustituyó, aunque adoptó la decisión de fabricar la bomba de hidrógeno y ordenó a la Fuerza Aérea continuar la ofensiva de tierra arrasada.

La península fue devastada y Corea del Norte, incinerada con napalm, convertida en ruinas... Murió un millón de coreanos. En nombre de la ONU se cometió un genocidio contra un pueblo que buscaba su reunificación. China tuvo cerca de un millón de bajas. “Entre los cientos de miles de muertos chinos se encontraba un hijo de Mao Zedong, alcanzado por bombas incendiarias lanzadas por la aviación estadounidense y de sus aliados” (Noronha, 2016: 28). Estados Unidos sufrió 139.675 bajas (33.741 muertos, 92.934 heridos, 13.000 desaparecidos) y no consiguió sus propósitos. “La guerra de Corea constituyó una característica tragedia del siglo xx. Fue desencadenada por razones ideológicas, sin un ápice de justificación moral o prueba de apoyo popular”, reconoció el historiador y periodista británico Paul Johnson (Johnson, 1993: 456).

El 27 de julio de 1953 se firmó un armisticio. Terminó la guerra sin que triunfara la paz y el paralelo 38° se convirtió en un apéndice de la Guerra Fría en Asia. Con la debacle, Truman vio sepultadas sus aspiraciones para

un segundo mandato y el general Dwight D. Eisenhower –primero aliado y después contendiente de la URSS en Berlín–, tomó posesión del Despacho Oval en la Casa Blanca.

Cuatro meses antes, el 5 de marzo de 1953, falleció Stalin como consecuencia de un accidente cerebrovascular. El 3 de septiembre fue elegido como secretario general del PCUS Nikita S. Jruschov, quien durante la II Guerra Mundial dirigió el Partido en Ucrania y participó en la epopeya de Stalingrado.

Dos nuevos protagonistas salían al ruedo. Estaba por comenzar otro capítulo...

Una chispa es más que un sol

Cuando acabó la guerra de Corea, Estados Unidos había elevado sus gastos de defensa de 1.000 millones de dólares en el año fiscal 1937-1938 a \$58.200 millones en el año fiscal 1952-1953. Tenía 754 bases militares en todo el mundo: 446 en el vecindario de la URSS (Gran Bretaña, Francia, Holanda, Turquía, Italia, Bélgica y Noruega); 291 en el Pacífico y el sudeste asiático; 61 en América Latina y el Caribe; 17 en África y Medio Oriente. Con el incremento del presupuesto para el Pentágono, multiplicó el número de las armas nucleares tácticas, organizó cuatro divisiones suplementarias destinadas a Alemania, desplegó el Comando Aéreo Estratégico con objetivos globales y construyó una flota de portaaviones nucleares. A su vez, a la vista de todo el mundo remilitarizaba a la RFA y Japón, en franca violación de lo pactado en Yalta. Y en una proyección tendente a estrangular al bloque socialista, redujo casi a cero su comercio con la URSS y Europa del Este (solo un 10 % respecto a 1937) y cesó todo intercambio con China; asimismo, presionaba para que cortaran sus compras y ventas no solo los vencidos (Japón, RFA e Italia), sino también Gran Bretaña (cayó a un 16 %), Francia (a menos del 25 %), Holanda, Dinamarca, Noruega y Bélgica.

Pese a todo, no le fue posible frenar el proceso de descolonización de posguerra y las matanzas de sus aliados no podían pasar inadvertidas ante la opinión pública internacional: el 8 de mayo de 1945 la administración francesa en Argelia masacró una protesta en la ciudad de Setif, con saldo de 45.000 muertos; dos años más tarde, Paul Ramadier dio luz verde para aplastar una rebelión en Madagascar y 90.000 campesinos fueron ultimados. Gran Bretaña no podía ser menos: a lo largo de 1952 su administración en Kenya cegó la vida de 200.000 personas para aplastar las revueltas organizadas por las fuerzas independentistas.

En 1954 Vietnam llevó a las potencias a la mesa de negociaciones. Entre 1945 y 1946 Hô Chí Minh envió, al menos, ocho cartas a Harry S. Truman y al Departamento de Estado en las que pidió la intervención de la ONU a favor de su independencia y ni siquiera recibió acuse de recibo. Como ya se apuntó, Truman concebía el dominio yanqui de Corea y el control francés sobre la península de Indochina como piezas esenciales del cerco contra China, en medio de una desenfundada carrera armamentista que tuvo su máxima expresión el 1.º de marzo de 1954, con el lanzamiento en Bikini, uno de los atolones que componen las islas Marshall, de la bomba Castle Bravo (Hidrógeno), mil veces más potente que las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki. La ceniza radiactiva que provocó fue registrada en más de 120 estaciones meteorológicas de todo el mundo cuatro meses después de su explosión.

Dada su aportación en la guerra de Corea, la CIA conoció una rápida expansión. El 4 de enero de 1951 la Oficina de Coordinación Política y la de Operaciones Especiales –establecida en 1948 para obtener información secreta– se fusionaron para formar la Dirección de Planes, en la práctica llamada Servicios Clandestinos. Su primer jefe fue Allen S. Dulles, con Frank G. Wisner Jr. como adjunto. Con menos de 5.000 empleados en 1950, un lustro más tarde la agencia contaba con una plantilla de 15.000.

Hacia 1953 los círculos beligerantes en Washington empezaron a inquietarse: las presiones de la opinión pública francesa provocaron que en el Palacio de los Eliseos se dudara acerca de la pertinencia de permanecer en Indochina. “Si los franceses decidieran realmente retirarse, Estados Unidos tendría que considerar seriamente asumir el control en esa área”, rezó un memorándum del Departamento de Estado (Zinn, 2004: 346). Cuatro meses antes del armisticio en Corea, en marzo, la CIA brindó el soporte logístico para que la Fuerza Aérea francesa transportara hombres hacia una base fortificada en una planicie de 18 km de extensión –cercada por las crestas de montañas de más de mil metros– en el noroeste de

Vietnam, llamada Dién Bien Phü, próxima a la frontera con Laos, donde se proponían aniquilar a las fuerzas activas del Viét Minh en las condiciones más favorables. Los combatientes vietnamitas (90 % campesinos) operaban de conjunto con las guerrillas del Pathet Lao y acababan de liberar Sam Neua, en el Alto Laos, con un territorio de 40.000 km² y 300.000 habitantes. En noviembre descendieron en paracaídas seis batallones en esta base en medio de la selva, que también disponía de una compañía de tanques. Ese año Estados Unidos le otorgó a Francia para la guerra en Vietnam 385 millones de dólares (60 % del total de gastos), cifra que creció en un 20 % en 1954. Mediante puentes aéreos entre Francia, Filipinas y Japón, el Pentágono enviaba 25.000 t de armas mensuales al cuerpo expedicionario galo, que contaba con 250.000 hombres en el terreno, a los que deben sumarse 300.000 del ejército títere. Disponían de 26 batallones de artillería, 390 unidades navales de la Armada y una fuerza aérea con 528 aviones. Muchos pilotos estadounidenses participaban en estas operaciones.

Los días 4 y 7 de marzo de 1954, comandos del Viét Minh penetraron en los aeropuertos de Cát Bi y Gia Lám y destruyeron decenas de aviones empleados en el servicio de comunicación y logística a Dién Bien Phü; en paralelo, para llevar hasta ese punto piezas de artillería, municiones y víveres, centenares de miles de hombres y mujeres atravesaban 500 km a través de selvas y montañas, por caminos poco seguros en regiones difíciles, pobres y desprovistas de vías de comunicación, bajo bombardeo de la aviación francesa. El 12 de marzo, el mando galo emplazó nuevas unidades. En total dispuso de 16.200 hombres de sus unidades élites, entre ellos un general y 16 coroneles.

La operación contra la base de Dién Bien Phü la dirigió el coronel Vo Nguyễn Giáp, un genio militar. Los revolucionarios vietnamitas tenían un gran desafío: descender de las crestas para tomar por asalto las posiciones fortificadas, bajo el fuego de la artillería y los tanques enemigos. El Viét Minh concentró varios grupos de artillería y, en un esfuerzo titánico,

emplazó cañones de 57 mm en las cavernas de las colinas. El 13 de marzo comenzó la batalla contra una de las posiciones exteriores de la base. “La sorpresa fue total para los franceses, que no imaginaban que se pudieran instalar piezas de artillería gruesa sobre las crestas escarpadas, camuflarlas a la perfección y que los artilleros vietnamitas pudieran ser formados en tan poco tiempo. En algunas horas la posición fue tomada” (Khác, 2014: 285).

Eisenhower accedió a la solicitud gala de involucrar a la Fuerza Aérea de Estados Unidos y puso en marcha la Operación Vautour (Buitre): mientras los C-119 abastecían a la guarnición gala, los B-52 bombardeaban con napalm el área adyacente. Era momento de la artillería pesada y el cañoneo antiaéreo del Viêt Mihn se tornó pesadilla. La batalla se extendió por 55 días. El 15 de abril el jefe de grupo de los 200 asesores militares estadounidenses se reunió en Hanói con las autoridades galas y constató que Dién Bien Phü se perdía. “... los vietnamitas carecen de capacidad para conducir una guerra, o para gobernarse a sí mismos. Se espera que Estados Unidos no tenga que enviar tropas allí; pero si el gobierno no puede evitarlo, la administración debe estar a la altura de la situación y enviar fuerzas”, proclamó al día siguiente el vicepresidente Richard M. Nixon ante la Sociedad Americana de Editores de Periódicos (Eisenhower, 1963: 353). El Congreso, empero, condicionó la participación directa de las tropas a la conformación de un contingente con Filipinas, países del sudeste asiático y Gran Bretaña. “Churchill se negó a enviar fuerzas inglesas arguyendo que si los ingleses no estaban dispuestos a luchar por conservar la India, no veían razón alguna por la que tuvieran que luchar para ayudar a Francia a quedarse en Indochina”, rememoró Nixon más tarde (Nixon, 1980: 117).

Con Dién Bien Phü bajo asedio comenzaron las conversaciones en Ginebra el 26 de abril. Participaron plenipotenciarios de la República Democrática de Vietnam y del régimen de Bao Dai; delegados de Laos y Cambodia; los cancilleres de Francia, Gran Bretaña, China y la URSS. Estados Unidos estuvo representado por el secretario de Estado, John Foster

Dulles, quien el 4 de mayo tomó un avión de regreso a Washington. Eisenhower vaticinó que los acuerdos serían un desastre: entre 1946 y 1954 Francia había perdido 170.000 hombres (muertos, heridos y desaparecidos) y su ejército estaba desmoralizado; no quería comprometerse a nada que pudiera atarle las manos en el sudeste asiático. Franceses e ingleses resultaron sorprendidos. Contaban con la presencia de Dulles como contrapeso a la presión soviética y Anthony Eden llamó alarmado a Londres. Churchill habló con Eisenhower y este envió a un funcionario de menor nivel: el teniente general Walter Bedell Smith, hombre de toda su confianza –fue jefe de Estado Mayor de Eisenhower en la Segunda Guerra Mundial– a quien había nombrado como subsecretario de Estado.

No estaban errados los pronósticos estadounidenses. En un acto de desesperación, el jefe de la artillería en la base de Diên Bien Phü se suicidó. Con el asalto final, el 7 de mayo, el general Christian de Castries se rindió; los rostros ya pálidos que lo rodeaban se tornaban cenizos. Todos los sobrevivientes fueron hechos prisioneros. Dentro de aquel valle que pensaron inexpugnable yacían inermes 12.000 franceses. A sus alrededores, las armazones calcinadas de 117 aviones derribados por la artillería vietnamita ofrecían una imagen impresionante. El 26 de mayo Nixon acompañó una propuesta del almirante Arthur W. Radford, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, de emplear la bomba atómica en operaciones quirúrgicas... Y aunque Eisenhower no cedió debido al costo moral de un paso de esta naturaleza –la reacción de la opinión pública francesa y mundial favorecía las aspiraciones anticoloniales del pueblo vietnamita–, ordenó a las fuerzas especiales de la CIA y el Pentágono organizar una campaña de guerra encubierta contra el Viêt Mihn. Un comando bajo el mando del coronel Edward Lansdale, veterano de la guerra de Corea, partió rumbo al teatro de operaciones en medio de las conversaciones de Ginebra.

El 8 de junio de 1954, después de un mes de negociaciones infructuosas en Suiza, el Parlamento destronó al primer ministro Joseph Laniel – obstinado en mantener la presencia en Indochina en contubernio con Estados Unidos después de nueve años de guerra– y elevó al socialdemócrata Pierre Mendès France. Finalmente, el 21 de julio de 1954 se firmó el “Acuerdo sobre el cese de las hostilidades en Vietnam”. El texto reconoció la independencia, unidad e integridad de Vietnam y Laos; oficializó la de Cambodia, que en la práctica había sido reconocida antes como nación soberana bajo el reinado del príncipe Norodom M. Sihanouk; y estableció la partición de Vietnam en el paralelo 170 hasta la retirada definitiva de las fuerzas francesas, pactada para el 28 de abril de 1956: “En ningún caso, la línea que marca el paralelo 170 debía ser considerada como una frontera política; más tarde, en julio de 1956, las elecciones generales libres al sufragio secreto deberían dar a Vietnam un gobierno unificado” (Khác, 2014: 289-290).

Ese 21 de julio, en la propia sede de las conversaciones, Anthony Eden presidió una reunión de cancilleres para formalizar las opiniones coincidentes en la “Declaración Final de la Conferencia de Ginebra”, en cuyo Artículo 7 se fijó que los sufragios generales se celebrarían en julio de 1956 y, a tal efecto, representantes de las dos zonas efectuarían consultas en 1955. Bedell Smith se levantó. Eisenhower tenía la certeza de que Hồ Chí Minh saldría airoso con no menos del 80 % de los votos y le indicó socavar el entendimiento. Smith manifestó que su gobierno no estaba preparado para adherirse a la declaración tal como se presentaba; propuso, en su lugar, otra en la que Estados Unidos prometía abstenerse del uso de la fuerza en quebranto de los acuerdos y vería “... con gran preocupación y como serias amenazas a la paz internacional y la seguridad” la reanudación de acciones agresivas por alguna de las partes. Ninguno de los asistentes suscribió la Declaración Final; por tanto, las elecciones en dos años quedaron “... como un simple proyecto, en lugar de un compromiso obligatorio. En todo caso se

puso en evidencia que los Estados Unidos y el Estado de Vietnam del Sur no firmarían” (García, 2010: 102).

Dos meses más tarde, el 8 de septiembre de 1954, Estados Unidos constituyó el Tratado de la Organización del Sudeste Asiático (Seato, por sus siglas en inglés), al que arrastró a Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia, Pakistán y Filipinas. La nueva alianza brindó sustento legal a Eisenhower para entrometerse en los asuntos del área. Tres semanas más tarde, el 29 de septiembre, representantes de Francia y Estados Unidos acordaron en Washington que, a partir de ese minuto, el Pentágono brindaría la asistencia financiera y asesoría militar directamente al Gobierno de Vietnam del Sur.

Ninguna maniobra de Estados Unidos pudo impedir que la lucha emancipatoria vietnamita se convirtiera en símbolo. “La gran victoria del pueblo vietnamita en Dién Bien Phü no es ya, estrictamente hablando, una victoria vietnamita. Desde julio de 1954, el problema que se han planteado los pueblos colonizados ha sido el siguiente: «¿Qué hay que hacer para lograr un Dién Bien Phü? ¿Cómo empezar?»”, escribió el joven psiquiatra y combatiente revolucionario nacido en Martinica, Frantz Fanon, en *Los condenados de la tierra* (Fanon, 2011: 35). El pueblo argelino encontró las respuestas a estas dos interrogantes el 1.º de noviembre de 1954: se levantó en armas en la región de Aurès, encabezado por el Ejército de Liberación Nacional (ALN, por sus siglas en francés). Mendès France, quien se vio compelido a conceder su independencia a las tres naciones de la península de Indochina y a Túnez, se empeñó en este caso: “Los departamentos argelinos son parte de la República Francesa... son irrevocablemente franceses... no puede concebirse la separación”, dijo al Parlamento, mientras su ministro del Interior, François Mitterrand, se negaba a reconocer a los rebeldes: “La única negociación posible es la guerra” (Johnson, 1993: 504).

Para sofocar la insurrección fue enviado como gobernador de Argelia el etnólogo y excombatiente de la resistencia antifascista Jacque Soustelle. Querían aplacar los ánimos con un régimen colonial menos sanguinario, pero era tarde. La guerra se tornó dramática. Hasta el bulevar de Saint Michel, en París, llegó el eco del conflicto reproducido en el hervidero de jóvenes inconformes que llegaban de todas partes para estudiar en La Sorbona –de centenaria tradición humanista–, y las brutales redadas de la policía para cargar con todo el que tuviese aspecto de árabe. Emergía una generación resuelta a erigir su propio destino.

En Estados Unidos el senador Joseph McCarthy sembraba la histeria y el temor entre la opinión pública para aplastar a los sectores progresistas y liberales. Los acusaba de comunistas, que era lo mismo que espolvorearlos de azufre. Con mirilla de francotirador descargó su furia contra intelectuales y artistas, cuando el Pentágono, Coca-Cola y Hollywood hacían causa común para universalizar el modo de vida estadounidense como símbolo de libertad y progreso.

Hollywood fue el escenario escogido. Gracias a su audiencia transnacional en la aspiración de imponer los valores y visión estadounidenses, California se convirtió en una especie de laboratorio en el que se moldeaba la sociedad global a un término de 20 años. Sus productores, realizadores, guionistas y actores fueron sometidos por el Comité Especial instaurado por el Congreso a una interrogante que demonizaba de antemano la respuesta afirmativa: “¿Es o ha sido usted algún día miembro del Partido Comunista? Nuestra tarea como norteamericanos y republicanos, ha declarado el senador Joseph McCarthy en un congreso de su partido, en 1952, consiste en sacar a los traidores de todos los lugares donde puedan parapetarse para realizar su trabajo sucio” (Fischer, 2008: 46).

Tal furia contra Hollywood reveló el carácter anticultural de los círculos que elevaron a McCarthy al estrellato. Intelectuales y artistas plantaron

cara; entre los más relevantes, Thomas Mann, Albert Einstein, Howard Fast, Paul Robeson y Charles Chaplin. Enfrentado a un boicot contra sus filmes, Chaplin calificó de “asfixiante” aquella atmósfera saturada por el miedo y la suspicacia. No quedaba rastro ya de libertad ni tolerancia, dijo, antes de insinuar su posible salida definitiva de Estados Unidos, donde llevaba viviendo 40 años. Con *Candilejas* (1952) cerró su ciclo de producción en Hollywood; luego puso en venta su estudio y pertenencias para establecerse en Suiza. Poco después llegaría a su gélido hogar la noticia de su expulsión del territorio estadounidense por “comunista”.

Otras grandes personalidades terminaron también inscritas en las listas negras de McCarthy por denunciar el acoso o negarse a responder las preguntas del Comité Especial; expulsadas de Hollywood, sometidas a chantaje, estigmatizadas..., muchas escogieron Cuernavaca como refugio. Cuando estaban en juego los intereses hegemónicos de Estados Unidos, la muerte, la neurosis y la esquizofrenia se convirtieron en los temas preferidos del gigante cinematográfico. Se trataba de cultivar la violencia y “... el desprecio por la vida como una forma del desprecio por el hombre, en el camino de preparar asesinos” (Guevara, 2017: 96). Después de esta cruzada ideológica, “... muchos éxitos de taquilla parecían responder a orientaciones políticas salidas de Washington o el Pentágono [...] producían filmes patrióticos que exaltaban la América. *Pearl Harbor*, de Michael Bay, dispuso de un presupuesto de 150 millones de dólares” (Fischer, 2008: 47).

Las purgas en Hollywood, la academia, los medios de comunicación – incluida la Voz de las Américas, tachada de llenar sus programas de guionistas “rojos”– y la burocracia federal; el linchamiento legal y ejecución posterior en la silla eléctrica de los esposos Julius y Ethel Rosenberg, infundadamente acusados de espías y de entregar a la URSS secretos atómicos, y las diatribas de McCarthy –y de Richard M. Nixon en el Capitolio, donde enfrentó desde la Cámara de Representantes a los “fantasmas rojos”– llevaron el país al delirio. La popularidad de McCarthy

alcanzó tal nivel que pocas personas hallaban valor para enfrentarlo. Solo una mujer, la senadora Margaret Chase Smith, se atrevió a desafiarlo. En una “Declaración de conciencia”, Chaise Smith denunció que el organismo deliberativo del Senado había “... sido degradado al nivel de un foro de odio y difamación amparado por el escudo de la inmunidad congresional”; luego definió una posición de principios: “No quiero ver al Partido Republicano cabalgando hacia la victoria política con los Cuatro Jinetes de la Calumnia: el miedo, la ignorancia, el fanatismo y la difamación” (Kelley, 2004: 216).

Al otro lado del Atlántico, en Europa Occidental la socialdemocracia se desdibujaba como fuerza de izquierda y hacía causa común contra el socialismo con la democracia cristiana, los liberales y los neoliberales.

En 1953 la CIA financió la publicación del libro *The Dynamics of Soviet Society (La dinámica de la sociedad soviética)*, escrito entre Walt W. Rostow y un grupo de investigadores del Centro de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés), creado y financiado por la agencia. Rostow, un exoficial de la OSS que en 1947 entró a trabajar en el aparato auxiliar de la secretaría de la ONU para instrumentar el Plan Marshall, formaba parte desde 1950 de la directiva de este centro e impartía clases en el MIT. *The Dynamics of Soviet Society* presentó a la URSS como una potencia imperialista decidida a conquistar el mundo y a Estados Unidos enfrascado en neutralizar su amenaza. El despliegue publicitario en torno a este texto proyectó a Europa del Este bajo la bota soviética; en contraste, resaltaba el efecto positivo que tanto en Japón como Europa Occidental tuvo la inyección de 13.000 millones de dólares del Plan Marshall, y el tipo de relación que entretejió Estados Unidos con el resto de las naciones occidentales y Japón en medio de la Guerra Fría.

George Orwell, escritor británico que militaba en la socialdemocracia, quizás sin proponérselo le aportó otro servicio invaluable a la Guerra Fría

con la novela *1984*. Publicada en 1949 e influida por *Nosotros*, del escritor ruso Evgueni Zamiatin que lo dejó fascinado, su sátira atacó a la URSS a través de un simbolismo grotesco que tuvo el efecto de un relámpago por la intensidad deslumbradora de la visión y de su lenguaje. “*1984* ha enseñado a millones de personas a ver el conflicto entre Oriente y Occidente en términos de blanco y negro, y, para todos los males que apestan a la humanidad, les ha mostrado un demonio y una víctima propiciatoria monstruosos” –escribió Isaac Deutscher, quien por varios años trabajó junto con Orwell en Londres. En su crítica, Deutscher narró una anécdota personal: “«¿Ha leído usted ese libro? Tiene que leerlo señor. ¡Entonces sabrá usted por qué tenemos que lanzar la bomba atómica sobre los bolcheviques!». Con esas palabras, un miserable ciego vendedor de periódicos me recomendó en Nueva York *1984*, pocas semanas antes de la muerte de Orwell” (Deutscher, 1954).

Orwell no fue comunista ni marxista, el materialismo dialéctico le pareció siempre demasiado abstruso. A pesar de sus reservas, aceptó cierta comunidad de propósitos con el régimen soviético y se solidarizó con sus vicisitudes y transformaciones. Se incorporó a las brigadas que lucharon por la República española, en 1936. Conoció de las purgas en la URSS mientras combatía en Cataluña. Se sintió ultrajado, sacudido en sus creencias; de repente, en medio de la guerra, se abría una brecha entre estalinistas y antiestalinistas que quebró la unidad. No fue capaz de tomar distancia emocional y, en el orden simbólico, encarnó la filosofía del socialismo en Stalin, sin detenerse a meditar que pese a todo en la URSS se preservó la justicia social que no existía en Occidente, y que Marx o Lenin nada tuvieron que ver con lo ocurrido en el Kremlin a la muerte de este último.

No era este un conflicto nuevo. Eric Hobsbawm subrayó que los imperativos del frente antifascista inhibieron la crítica de sus fuerzas más activas, del mismo modo que los imperativos de la II Guerra Mundial –y antes de la Guerra Civil Española– desalentaron todo lo que debilitara la

unidad de la alianza contra Hitler y el Eje, clave de las dificultades que halló Orwell para publicar su novela satírica *Rebelión en la granja*. Y apuntó:

Las dificultades de este escritor, crítico con el estalinismo, la política comunista en la Guerra Civil Española y diversas tendencias de la izquierda británica, no provinieron tanto de los comunistas (con quienes tenía poco que ver) ni de sus simpatizantes, sino más bien de los editores y editoriales no comunistas y no marxistas que eran francamente reacios a publicar obras que pudieran proporcionar apoyo y confort “al otro bando”. De hecho, antes del período de posguerra, que le dio a Orwell una audiencia masiva, el público no era demasiado receptivo a semejantes escritos. Su *Homenaje a Cataluña* (1938) no vendió más de unos pocos centenares de copias (Hobsbawm, 2015: 303).

La cruzada anticomunista le aportó a Orwell un escenario favorable para su obra. El grueso de *1984* lo escribió en la isla de Jura, Escocia, entre 1947 y 1948, cuando los espasmos de la tuberculosis le arrancaban su existencia a jirones. Nadie puede poner en duda su originalidad, significación y trascendencia como hecho artístico y literario. Una zona de la crítica la cataloga como ensayo; otra la considera una de las obras cumbre de la trilogía de las distopías en la primera mitad del siglo xx (clasificadas también como ciencia ficción distópica), junto a *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, y *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury. Se ha planteado que constituye una severa advertencia a la humanidad en general, pero en la práctica aportó al vocabulario de la Guerra Fría palabras como “neodecir”, “Ministerio de la Verdad”, “policía del pensamiento” y “criminopensar”, entre otras, extendidas por los medios occidentales. Dada la innegable novedad para su tiempo y exitosa acogida internacional, la televisión, el cine y la prensa consiguieron familiarizar a millones de

personas con el “Gran Hermano”. El comunismo penetró al imaginario popular en forma de pesadilla: “... ha servido como una especie de súper arma ideológica en la Guerra Fría. Como en ningún otro libro o documento, el miedo convulsivo al comunismo que ha barrido al Occidente desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, ha tenido su reflejo y su foco en 1984” (Deutscher, 1955).

Seymour M. Lipset, miembro senior del Instituto Hoover, profesor de políticas públicas en la Universidad George Mason y presidente de la Asociación Americana de Sociología, relató su experiencia en el congreso “El Futuro de la Libertad”, que bajo los auspicios del Congreso por la Libertad Cultural y con fondos de la CIA se celebró en Milán, en septiembre de 1955. Asistieron 150 políticos, intelectuales, hombres de negocio y dirigentes sindicales de orientación conservadora, socialdemócrata, liberal y neoliberal. Todo transcurrió en un clima de concertación en el que no hubo diferencias marcadas ni espacio al debate. Cuando el británico Richard Crossman presentaba el socialismo en *Encounter* como un “mito utópico [...] con frecuencia ajeno a las realidades de la política cotidiana”, los delegados concluyeron que las diferencias entre izquierda y derecha en la democracia occidental no eran ya profundas. De acuerdo con Lipset, las únicas ocasiones en que se animó la audiencia fue cuando alguien emitió expresiones que pudieran definirse como favorables a la URSS:

Los socialistas no abogaban ya a favor del socialismo; se mostraban tan preocupados como los conservadores por el peligro de un Estado todopoderoso. Las cuestiones ideológicas que separaban a la izquierda de la derecha se habían reducido a la expropiación estatal y a una planificación económica gubernamental un tanto mayores o menores. Nadie parecía considerar que el hecho de cuál era el partido político que controlaba la política interna de las naciones individuales,

revestía verdaderamente mucha importancia. [Friedrich] Hayek, que creía sinceramente que la intervención del Estado es perjudicial y de suyo totalitaria, se contaba entre la pequeña minoría que aún considera con seriedad las divisiones dentro del campo democrático (Lipset, 1993: 358-360).

Tampoco la industria fílmica europea escapó a esta ofensiva. La inversión de capitales, la producción de películas italianas, inglesas y francesas con superestrellas estadounidenses, la persecución anticomunista y el consecuente control de ideas, apuntaron a destruir sus mejores caracteres.

En medio de esta euforia, Edward A. Shils, profesor de la Universidad de Chicago, llamó en *Encounter* a no dejarse hipnotizar por el espejismo que provocaba un discurso orientado a sembrar la desilusión y el pesimismo en torno a los ideales socialistas. Su artículo “El fin de la Historia” previno que, a no ser que la sociedad occidental emprendiese grandes tareas, la ideología expresada en doctrinas extremas o revolucionarias “... se deslizaría por la puerta trasera, o más especialmente a través de una joven generación rebelde” (Shils, 1955: 57).

El Quijote de la Mancha reencarna en las Antillas

Como anunció Lenin, cuando el marxismo y las ideas del socialismo se batían en retirada en Europa, y las potencias imperiales ganaban terreno en demonizar la utopía de las revoluciones sociales, los focos de conflicto se extendían al Tercer Mundo, con sus graves problemas socioeconómicos como telón de fondo.

Durante la década de 1950 comenzó una nueva era. La Revolución china y la victoria del Viétn Minh sirvieron de fuente inspiradora frente a la pobreza y el hambre prevalecientes entre millones de personas en Asia y África, agravadas por el empeño de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Países Bajos y Portugal, principalmente, de compensar mediante la expoliación de sus posesiones las cargas impuestas por el caótico mundo de posguerra y la militarización de sus economías. La lucha de Vietnam, Birmania, Malasia, Filipinas, Indonesia y Argelia, y el incremento de la resistencia nacional en la India, Irán, Egipto y Senegal, entre otros países, hizo colapsar al sistema colonial.

Las banderas arriadas por la socialdemocracia occidental fueron levantadas por los movimientos revolucionarios tercermundistas. No solo en Argelia se combatía. En Cuba, a 90 millas de Estados Unidos y tubo de ensayo de su política neocolonial, el 26 de julio de 1953 un grupo de jóvenes con el abogado Fidel Castro Ruz a la cabeza asaltó en Santiago de Cuba el cuartel Moncada, segunda fortaleza militar del país, y el cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo.

En las tres primeras décadas de República los cubanos tuvieron himno y bandera, pero eran parias en su propia nación. Los abusos de las empresas latifundistas estadounidenses –dueñas del 55 % de la superficie total de la Isla–, los privilegios de sus compañías y la connivencia de Washington con los políticos corruptos, unidos a los efectos del papel de gendarme en la

región, despertaron el rechazo a su injerencia en los asuntos locales. La publicación en 1927 del libro *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra, contribuyó a la forja de la conciencia antimperialista entre la juventud que encabezó el levantamiento popular que derrocó a la tiranía de Gerardo Machado un lustro después. Los propósitos iniciales se frustraron con la mediación de la embajada yanqui. Al decir de Cintio Vitier, “... después de haber entregado en holocausto a sus mejores dirigentes, la Revolución del 30 quedó clamando muda en la conciencia del pueblo, como un gesto viril, ensangrentado y trunco” (Vitier, 2008: 146).

La opción estadounidense para gobernar el país recayó en el sargento taquígrafo Fulgencio Batista, quien hasta el 4 de septiembre de 1933 permaneció ignorado; cuatro días después fue ascendido a coronel y nombrado jefe del Ejército. El hombre que mandó a asesinar a Antonio Guiteras, Carlos Aponte y tantos otros, detentó el poder los próximos diez años: primero, tras los telones del Palacio Presidencial (1934-1940); después, como presidente (1940-1944). Le sucedieron Ramón Grau San Martín (1944-1948) y Carlos Prío Socarrás (1948-1952), quienes promulgaron algunas medidas de corte nacionalista, sobre todo, en materia económica, sin dar ningún paso que contuviera al gansterismo, la corrupción y el desenfreno en el saqueo de los fondos públicos.

Varios sectores de la sociedad cubana pasaban sus vacaciones y compraban en Miami, y mantuvieron la tradición de enviar sus hijos a estudiar en universidades estadounidenses. La Pan American World Airways volaba diez veces al día a La Habana, lo que incrementó el flujo de pasajeros, fundamentalmente de gente adinerada y viajeros de clase media. Cobró fuerza el influjo norteamericano a través del cine, la televisión y la radio; el dominio de sus productos en el mercado y la asimilación de sus patrones de consumo. Pero la ilusión de que cualquiera podía tener un Ford terminó por estrellarse contra una cotidianidad que enraizó el desencanto, como consecuencia de la pobreza, que alcanzó dimensiones extremas en las zonas

rurales. En 1957 los campesinos cubanos se alimentaban de arroz y frijoles; solo el 11,22 % tomaba leche; el 4 % comía carne; el 3,36 %, pan; el 2,2 %, huevos; y menos del 1 %, pescado.

La Habana, vitrina de artificial esplendor para seducir al turismo estadounidense, se llenó de casinos, bares y burdeles. Tras ellos una invasión de figuras siniestras, atraídas por el juego, las prostitutas, la droga y el alcohol... En el imaginario de aquellos viajeros, Cuba cobró reputación como el “burdel” de América Latina. Para la mayoría de los cubanos resultó vergonzoso el curso tomado por la vida nacional. Un sentido de frustración mantenía al país en las sombras. Muy caro debió pagar su pueblo la injerencia de Estados Unidos.

En ese clima de agonía moral, la cultura defendida por las mejores figuras del arte, la literatura y el pensamiento salvaron la conciencia de la nación. Aquella contienda de trascendental significado se trazó entre sus más urgentes metas el rescate de la figura de José Martí, el Apóstol, e irrumpió el Martí intelectual revolucionario y combatiente antimperialista, de ética impoluta y profunda vocación de justicia social.

Institutos de segunda enseñanza, escuelas normales y algunos centros docentes privados fomentaron un clima de superación cultural y amor a la patria, que dio abrigo moral a la nación y tributó a la forja de un espíritu rebelde. Desde el arte, la literatura y la exaltación de las tradiciones combativas, y en especial de los héroes mambises y pensadores del siglo XIX, aquellos maestros salvaguardaron el halo revolucionario de las gestas independentistas de 1868 y 1895 y, al despertar el interés por esa historia, animaron una vocación nacionalista que arraigó los sentimientos libertarios entre una parte mayoritaria de la sociedad que se esforzaba por sobrevivir y fundar familias mediante el trabajo honrado, apegada a valores éticos y patrióticos latentes en el subconsciente colectivo.

Rebrotó un orgullo que hizo trizas la imagen proyectada por el espejo estadounidense con que se observaba el país. La cultura y la educación

abrieron paso a nuevas formas de expresión política, que cristalizaron en toda una generación. El pueblo hizo suya una consigna del líder ortodoxo Eduardo Chibás que sintetizaba las aspiraciones de independencia y justicia social de sus bases populares, y en contra de la corrupción: “¡Vergüenza contra dinero!”.

Con el regreso de Batista al poder tras el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, se profundizó la crisis. El sistema político y las instituciones de la República hicieron agua. Quedó claro que no era posible un proyecto nacional con justicia social sin dinamitar las estructuras del poder neocolonial. Las nuevas generaciones de revolucionarios debían plantearse otra estrategia de combate y forjar sus propios instrumentos para llevarla a cabo. Tal desafío demandaba un liderazgo diferente, impregnado de radical cubanía, capaz de pasar de la fase de las palabras a la lucha armada. Como en las gestas independentistas del siglo XIX, las armas tendrían que arrebatarlas al enemigo. Fidel se convirtió en el conductor de la generación que no dejó morir las ideas del Apóstol en el año de su centenario.

La gente se deslumbraba ante él por su porte y enorme sensibilidad; parecía sacado de *La Ilíada*. Adquirió formación teórica en el estudio de la historia, la economía política y lo más avanzado del pensamiento cubano y universal. Mientras estudiaba en la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana descubrió a Marx, Engels y Lenin en una biblioteca habanera del Partido Socialista Popular (PSP), y –como definió en su entrevista a Ignacio Ramonet– cautivado por las verdades incontestables de la denuncia marxista, se hizo comunista utópico; luego templó su carácter en las luchas universitarias y políticas.

Al momento del golpe de Batista era un convencido partidario de las ideas de Marx y Lenin desde hacía algunos años: “... yo tenía una brújula: fue lo que encontré en Marx y Lenin. Y la ética [...] que encontré en Martí” (Ramonet, 2018: 128). Trasmitió esas ideas a su hermano Raúl Castro,

quien ingresó en la organización juvenil del PSP. Y en los días subsiguientes al cuartelazo, cuando preparaba el inicio de la lucha armada, organizó en la playa capitalina de Guanabo un círculo de estudio sobre marxismo para el núcleo dirigente de la Generación del Centenario. No se trataba de un grupo de pistoleros, de facinerosos en busca de aventura. Fidel y sus compañeros habían leído a Martí, cuyos fundamentos éticos le aportaron una nueva cualidad a la teoría revolucionaria:

La tradición moral le viene al cubano desde los tiempos de forjación, cuando el presbítero Félix Varela, en la escuela que fundó, reclamó la abolición de la esclavitud y la independencia nacional. El contenido de nuestra ética está caracterizado por la escuela de Luz y Caballero, quien situó la justicia como el Sol del mundo moral, y se completó más tarde, logrando alcance universal, cuando José Martí señaló: “Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar” (Hart, 2006: 71-72).

A pesar del revés, el Moncada definió los campos entre quienes no veían una solución sin Estados Unidos y quienes comprendieron que, más que las soluciones, desde Washington venían los peores males. El alegato de autodefensa con que Fidel pasó de acusado a acusador en el juicio a puertas cerradas, celebrado el 16 de octubre de 1953, expresó la síntesis del pensamiento y el proyecto martiano con las exigencias del país. Sus argumentos jurídicos, políticos, socioeconómicos e históricos le dieron una profundidad filosófica y cultural inédita; su visión y lenguaje deslumbraron. Era un programa social avanzado que se planteó como un punto esencial la eliminación del latifundio, con una Reforma Agraria radical destinada a beneficiar a más de dos millones de personas residentes en las zonas rurales en condiciones paupérrimas –casi la mitad de la población del país. Aunque Fidel actuó con prudencia, y no empleó una terminología marxista dado su interés en llegar a la mayor cantidad de oídos receptivos, el contenido económico y social se inspiró en el pensamiento socialista y la estructura

clasista de su concepto de “pueblo” constituye el norte de una brújula que a mediano plazo no podía conducir a otro destino. Se publicó en un folleto titulado *La historia me absolverá*, del que se imprimieron unos 28.000 ejemplares, distribuidos por hombres y mujeres a riesgo de sus vidas.

Al año siguiente, Estados Unidos fraguó un golpe de Estado contra Jacobo Árbenz en Guatemala, país con relaciones de producción semifeudales cuyo único producto de peso en la balanza internacional era el café. Cada día la prensa opositora publicaba transcripciones íntegras de discursos que los políticos comprados por la United Fruit Company o los funcionarios de la Administración Eisenhower pronunciaban en Estados Unidos, mientras en Caracas funcionarios del Departamento de Estado cocinaban un paquete de sanciones contra el Gobierno guatemalteco con sus caballos de batalla en la región: Marcos Pérez Jiménez (Venezuela), Manuel Odría Amoretti (Perú), Rafael Leónidas Trujillo (República Dominicana), Fulgencio Batista Zaldívar (Cuba) y Anastasio Somoza (Nicaragua). Dirigieron las operaciones los hermanos John F. y Allen Dulles, secretario de Estado y director de la CIA, respectivamente, propietarios del bufete de abogados que representaba los intereses de “Mamita Yunai”.

La agresión comenzó desde el territorio de Honduras sin previa declaración de guerra. Uno de los primeros pueblos tomados por los golpistas fue una propiedad de la United Fruit Company, cuyos empleados se hallaban en paro. “Al llegar declararon inmediatamente acabada la huelga, llevaron los líderes al cementerio y los mataron arrojándoles granadas en el pecho”. Indefenso, sin refugios, aviación ni artillería antiaérea, el pueblo guatemalteco entró en pánico. Pese a todo hubo pocos muertos. Una misión militar estadounidense se entrevistó con Árbenz y lo amenazó con bombardear el país hasta reducirlo a ruinas. Lo conminaron a renunciar o Estados Unidos haría suyas las declaraciones de beligerancia emitidas por Honduras y Nicaragua, por existir pactos bilaterales de ayuda

mutua. “Los militares se cagaron hasta las patas y pusieron un ultimátum a Árbenz”, escribió a su madre, el 4 de julio de 1954, el argentino Ernesto Guevara de la Serna, joven médico –marxista de convicción– que estaba en Guatemala cuando se produjo el golpe. No más tomar el poder, la reacción se lanzó “a festejar el triunfo y tratar de linchar comunistas como llaman ellos a todos los del gobierno anterior”, apuntó (Guevara, 20019: 56).

¿Cómo no doblan las campanas por su muerte?

El 15 de febrero de 1956 comenzó el XX Congreso del PCUS. Lo inauguró su secretario general, Nikita S. Jruschov, con una alocución en la que recordó cómo a lo largo de décadas se consolidó la unidad del Partido en la lucha contra los “enemigos del pueblo”: trotskistas, bujarinistas, nacionalistas burgueses y otros “malvados”. Escuchaba sus palabras un pequeño grupo de viejos bolcheviques que sufrió cárcel injustamente. Habían sido invitados al cónclave y la expresión de sus rostros ante palabras que los hicieron sentir culpables otra vez, debió golpear a Jruschov. Nieto de un *mujik* pobrísimo e hijo de minero –minero él mismo–, no perdió la capacidad de empatía y sentía como propias las angustias de su pueblo. Previo a la clausura circuló entre los delegados la carta de Lenin en la que recomendó la sustitución de Stalin, guardada con celo hasta entonces.

Nadie podía creer lo que tenía ante sí. ¿Por qué no se le prestó atención?, se habrá preguntado alguno. Y Jruschov lo explicaría poco después: “Quien intentara oponerse a cargos, suposiciones y sospechas sin base, esgrimidas contra inocentes, terminaba por caer víctima de la represión” (Jruschov, 2013: 197).

Stalin se rodeó de gente con escasa cultura, sin criterio propio. Lo proclamaron como el “Genio más grande de la Historia”, “Guía genial de todos los pueblos”, “Amigo y maestro de todos los trabajadores”, “Sol radiante de la humanidad”. Artículos periodísticos, resoluciones del Partido, poemas y obras literarias, tratados científicos..., todo rebosaba de tales epítetos. Hacia los niveles inferiores estos cuadros se mostraban arrogantes y no permitían críticas a su gestión. Paradójicamente, la mayoría era gente consagrada, incapaz de percibir el daño que hacían al socialismo en nombre del Partido y los objetivos de la revolución.

Después de la Gran Guerra Patria se mantuvo como prioridad la expansión de la industria pesada, particularmente la metalúrgica, de combustible y energía; pero en las minas de carbón de la cuenca del Donetz aún se bombeaba agua de los socavones y las acerías estaban destartadas por la sobreexplotación; las fábricas de maquinarias eran operadas por adolescentes de baja calificación. El consumo urbano cayó a un 40 % respecto a 1940 y la nación era golpeada por la peor sequía desde 1891. La gente se vestía con harapos; muchos andaban descalzos. Este cuadro lo empeoraba la crónica escasez de mano de obra masculina. Prácticamente toda una generación cayó en la guerra o regresó mutilada. Las mujeres constituían el 51 % de la fuerza laboral urbana y el 57 % de la agrícola. Las restricciones legales al empleo de mano de obra juvenil debieron ser descartadas. El término semanal de las jornadas de trabajo instituidas en vísperas de la guerra (48 horas como mínimo) permaneció en vigor. Se mantuvo el régimen severo que regía en fábricas y granjas estatales desde hacía dos décadas: nadie estaba en libertad de elegir o cambiar de empleo y por las faltas más triviales o delitos menores, cualquier funcionario, gerente, obrero o granjero era enviado a los Gulag como medida correccional.

La Guerra Fría exacerbó el delirio. Constituía delito casarse con un extranjero; los soldados que regresaron de Alemania, Austria o cualquier otro país de la Europa Central tenían prohibido hablar de sus experiencias; los periódicos describían a Estados Unidos con los colores más sombríos. Todas las puertas y ventanas hacia Occidente fueron clausuradas.

Se ignoró el poder emancipatorio de la cultura y la censura mutiló el análisis social crítico. El aparato ideológico del Partido dictaba pautas a través de ordenanzas. En un principio, la efervescencia revolucionaria abrió paso a una relativa libertad artística. Una avalancha de grupos y creadores experimentales disfrutó la oportunidad de exponer tendencias incubadas durante el zarismo, en paralelo con las corrientes vanguardistas de Occidente, pero poco a poco el arte y la literatura cayeron al nivel de

apéndices de la propaganda. El impresionismo, el cubismo y el futurismo fueron condenados como “payasadas”, resultantes de la depravación y la degeneración burguesas. A partir de 1934 el “realismo socialista” cerró el camino a la investigación, a la experimentación artística y a la libertad de creación disfrutada en la primera década del triunfo bolchevique. Críticos literarios fueron acusados de violar estos cánones, poetas en las repúblicas no rusas fueron censurados por dar expresión al “chovinismo local”, populares escritores satíricos fueron tachados de nihilistas y compositores clásicos fueron calumniados por su “altivez” hacia la música popular. Cerca de 2.000 escritores y artistas guardaron prisión por “sospechosos”. Un caso ilustrativo lo constituye el director teatral Vsévolod Meyerhold, fusilado en 1940 por sus espectáculos cubofuturistas y su oposición al “arte socialista” –o sea, al “realismo socialista” establecido como camisa de fuerza.

El dogma, la apología y la sujeción de la investigación científica a los intereses políticos coyunturales vulgarizaron las ciencias sociales. En las universidades la obra de Albert Einstein era tabú y a Sigmund Freud no podía ni mencionársele; prestigiosos historiadores recibieron castigo por menospreciar la naturaleza “progresista” de la conquista del Cáucaso y Asia Central por el imperio zarista; un filósofo incurría en falta por solo mencionar la ascendencia hegeliana del marxismo...

Con todo, en 1952 la URSS ocupaba el segundo puesto mundial como potencia, aunque los resultados macroeconómicos no hallaban expresión en la economía familiar debido a la baja productividad. La producción de alimentos no satisfacía la demanda y se mantuvo una errática política agraria: ese año se elevaron los impuestos a los *koljoes* –y a los trabajadores de cada *koljoz* por sus pequeñas parcelas privadas– en 40.000 millones de rublos; sin embargo, sus ingresos por las ventas al Estado apenas rebasaban los 26.000 millones. Paradójicamente, las películas sobre la vida de los *koljoes* mostraban vistas cargadas de pavos y gansos. Pese a la reforma monetaria y el saneamiento de las finanzas –redujo los precios

minoristas e incrementó el salario real—, los trabajadores urbanos se mantenían a un nivel de subsistencia.

Stalin no se movía del Kremlin. En los últimos años ni siquiera convocaba a los plenos del Comité Central, y el buró político apenas se reunía. Estaba lejos de sospechar cuánto se extendían la decepción y la apatía. Frente a la angustia de la gente por la escasez de bienes de consumo y la extrema situación de la vivienda, las reuniones del gobierno se convertían en “demostraciones de vanagloria y ocasiones de autoadulación”; proliferaron la “autocomplacencia y la satisfacción petulante”; un “espíritu de negligencia” penetró en las organizaciones partidistas. El culto a la personalidad se hizo endémico. La autoridad e importancia de un cuadro se medía por el número de ciudades, industrias, fábricas, *koljoses* y *sovjoses* que llevaran su nombre. La arbitrariedad y el abuso de poder desplazaron al análisis objetivo de los problemas (Malenkof, 1952: 55).

El Partido no observaba los estatutos. La disciplina se impuso en correspondencia con el criterio y voluntad de sus cuadros. En todos los niveles y repúblicas se quebrantaba la legalidad socialista. El optimismo desmesurado, el ocultamiento de los problemas y las cifras infladas infestaban los balances económicos; en el seno del Partido se abandonaba el principio del ejemplo personal. En el Informe Central al XIX Congreso del PCUS, último cónclave en el que participó Stalin, presentado el 5 de octubre de 1952, se reconoció:

No es raro que gente honesta y competente, pero firme en su intolerancia ante las deficiencias, lo que provoca el fastidio de los directivos, sea dejada de lado con cualquier pretexto y reemplazada con gente de dudosa valía o incluso inadecuada para el trabajo, pero complaciente y sumisa al gusto de ciertos directivos [...] tenemos en algunas organizaciones cenáculos cerrados que constituyen una especie de sociedades de seguro

mutuo y ponen sus intereses de grupo sobre los intereses del Partido y el Estado. No es sorpresa que tal estado de cosas usualmente conduzca a la degeneración y la corrupción (Malenkof, 1952: 56).

¿Qué otra cosa podía esperarse? Cuando los archivos rusos fueron desclasificados se constató que el número de ejecuciones, entre 1921 y 1953, totalizó 799.455 personas; muy por debajo de los “millones” impuestos como matriz de opinión por la propaganda occidental (Keeran y Kenny, 2015: 40). Una revolución asediada, enfrentada a la oligarquía zarista y la bestialidad de los guardias cosacos empeñados en restaurar el viejo régimen; atacada por una contrarrevolución organizada y financiada, primero, por Alemania y, más tarde, por Estados Unidos; que enfrentó dos invasiones, el terrorismo y la barbarie hitleriana, empleó su derecho a defenderse como acto legítimo de sobrevivencia. Lo que resulta imperdonable es que decenas de miles de soviéticos y soviéticas inocentes hayan sido encarcelados o fusilados por la resolución de imponer el culto irrestricto a la autoridad; los dirigentes y oficiales del Ejército Rojo que no traicionaron las ideas de Lenin y fueron purgados, desmoralizados, desterrados, fusilados o asesinados –o que se suicidaron para evitar la humillación–, por faltas no graves o por defender sus criterios...

La política de cuadros que se entronizó por 30 años le inculcó a la URSS un germen reproductor de sectarismo político, dogmatismo, aprensión y doble moral; mientras, los métodos arbitrarios de dirección y el abandono de los principios de la democracia participativa extendían una corrosiva mezcla de miedo, ansiedad y resentimiento. Con un secretario general alejado de las masas y una burocracia que no cultivó la empatía, poco a poco las bases populares empezaron a desconectarse emocionalmente de su dirigencia, a pesar del peso que tuvieron en la conciencia soviética el legado de Lenin y la Gran Guerra Patria. Este régimen se extendió a Europa del Este a través de la Cominform.

Stalin murió el 5 de marzo de 1952. Cuatro días más tarde su cadáver fue conducido a la cripta del mausoleo en la Plaza Roja, para colocarlo junto al de Lenin. Inmensas multitudes se dirigieron espontáneamente al lugar. Las autoridades no previeron tal irrupción y la milicia no logró dominarla: la masa corrió en estampida y muchas personas –mujeres y niños, sobre todo– murieron atropelladas. Un suceso como ese no se recordaba desde las ceremonias mortuorias o de coronación de los zares. No pasaría mucho tiempo para que lo sacaran del monumento y su nombre fuera borrado del muro exterior.

El 28 de marzo un decreto amnistió a todos los menores de 18 años, madres con sus hijos y mujeres embarazadas, enfermos y ancianos que se mantenían en las cárceles, en los centros de internamiento o en los *Gulag*:

Todos los demás sentenciados a menos de 5 años consiguieron su libertad. Las sentencias de los que cumplían penas superiores a los 5 años se redujeron a la mitad. Se excluyeron a los contrarrevolucionarios, a los desfalcadores de grandes sumas y a los bandidos culpables de asesinatos. La amnistía afectaba a militares y civiles reclusos. Todos los enjuiciamientos por delitos recogidos por el decreto cesaban de inmediato. Restauraba los derechos civiles para todos aquellos amnistiados y para los que habían cumplido sus condenas y habían sido liberados antes de la amnistía. De este modo el viejo principio “una vez delincuente, delincuente para siempre”, principio por el cual ningún ciudadano soviético que haya estado en alguna ocasión en manos de la policía política puede volver a ser hombre libre, desaparecía (Deutscher, 1953).

Una semana más tarde, los días 3 y 4 de abril, fue anulado el proceso en curso contra los médicos del Kremlin que estaban al tanto del deterioro de la salud de Stalin y de la recomendación de su clínico de que guardara reposo. Habían sido acusados de complotarse con Londres para atentar

contra la vida de altos dirigentes ya fallecidos, en una investigación en la que la principal testigo había sido condecorada con la Orden Lenin y declarada Heroína de la URSS.

¿Pudo Stalin ser asesinado? Su hijo, el teniente general Vasili I. Stalin, héroe de la II Guerra Mundial y jefe de la Defensa Antiaérea de Moscú, quien sentía gran cariño y respeto por su padre, se reunió con el personal de servicio que atendía su casa para conocer las circunstancias en que ocurrió el deceso. Según le dijeron, quedó abandonado tras sufrir un ataque de apoplejía –desde hacía varios meses se sentía mal, con la tensión arterial descontrolada–, pues Lavrenti Beria y Jruschov tenían dada la orden de que nadie entrara a su habitación. Vasili acusó a Beria y a Jruschov de asesinato ante los miembros del Presídium. No pasó nada, insistió y terminaron juzgándolo por antisoviético. El 28 de abril de 1953 fue condenado a ocho años de privación de libertad e internado con el nombre de Vasili Vasiliev en la prisión de Vladimirsk, una penitenciaría de máxima seguridad a unos 100 km al noreste de Moscú.²¹

Jruschov asumió como secretario general del PCUS el 4 de septiembre de 1953. Bajo las presiones de la población ante la escasez de bienes de consumo, procedió a revisar la política económica, aunque en el XIX Congreso se había acordado concentrar los mayores esfuerzos en la industria pesada para satisfacer la demanda de maquinarias y garantizar la reproducción económica ampliada. A esas alturas la industrialización era vital: empleaba más de cuarenta millones de obreros y trabajadores administrativos, y la mecanización agrícola dependía de las minas, acererías, plantas mecánicas y medios de transporte. “Cualquier frenazo o paro serio [...] por no hablar de la desindustrialización, representaría el desempleo y el hambre de millones de personas” (Deutscher, 1953).

Era Jruschov el único en el Presídium y el Secretariado que visitaba las unidades campesinas y se reunía con los trabajadores. Nada tenía que ver con los métodos de disciplina empleados hasta entonces. Al mirar atrás, le

parecía que de algún modo habían traicionado principios defendidos por Lenin. Para justificar los sueños de la Revolución bolchevique debían rectificar, pero no puede perderse de vista que él mismo era un resultado de una política de cuadros errática, y carecía de nivel intelectual para generar los cambios esencialmente culturales demandados por la construcción del socialismo, frente a las deformaciones y problemas acumulados. Se rodeó de un grupo de economistas liderado por Aleksei M. Rumyántsev, que abogaba por elevar la productividad del trabajo mediante palancas económicas. Para ese núcleo, el tránsito al comunismo debía conducirse desde un enfoque mercantilista. A Jruschov lo sedujo la idea de dar un salto en la calidad de vida de la población y los tomó como asesores. En 1955 nombró a Rumyántsev redactor jefe de *Kommunist*, la revista teórica del PCUS. Dos años más tarde le confió también la redacción de *Problems of Peace and Socialism*, dedicada a los asuntos del movimiento comunista internacional.

Imbuido por este giro doctrinario, Jruschov intentó dejar atrás la era de la industria pesada como locomotora de la economía. Redujo los gastos de defensa y reorientó la mayor parte del presupuesto destinado a la producción de acero, hierro, carbón y petróleo a la fabricación de artículos de consumo y al desarrollo agrícola, en el que apostó por impulsar el cultivo extensivo mediante un programa de tierras vírgenes. En enero de 1954 comenzó una campaña nacional para trabajar en Siberia y Kazajstán, a la que se sumaron 300.000 voluntarios. Fueron sembradas veintisiete millones de hectáreas de trigo y maíz. En 1956 la cosecha pareció colmar las esperanzas puestas en el empeño.

Como ingrediente básico de esta política se propuso demostrar la superioridad del socialismo sobre el capitalismo en el plano de la realización material del ser humano. Exhortó a mirar a Occidente, en una competencia desenfrenada respecto a cuál de los dos sistemas alcanzaría el más elevado nivel de vida. En su perspectiva –y la de sus colaboradores–, la

calidad de vida se medía en cifras, de acuerdo con el volumen individual de riquezas materiales acumuladas. Dadas las pruebas de heroísmo del pueblo soviético, conjeturaban que la conciencia socialista ya estaba arraigada en la URSS, y el trabajo ideológico empezó a desvanecerse, convertido en actividad rutinaria y autocomplaciente. El centro de la actividad del PCUS se convirtió en garantizar el aumento del bienestar de la población con mayores posibilidades de consumo. Para movilizar hacia esa meta se enarboló un lema pragmático: “En la medida en que trabajemos hoy, viviremos mañana” (Modrow, 2015: 2).

En materia de política exterior, Jruschov mantuvo una posición militante en defensa del Tercer Mundo. Su visión de la coexistencia pacífica no estaba reñida con las necesidades del movimiento revolucionario internacional ni hizo concesiones. China –de 1953 a 1957–, Egipto y la India, entre otros, recibieron asistencia económica y ayuda militar, a pesar de las presiones de Estados Unidos. Y en respuesta al anuncio de la conformación de un nuevo grupo militar denominado Unión de la Europa Occidental, subordinado a la OTAN y con participación de la remilitarizada RFA, el 14 de mayo de 1955 dio luz verde a la creación del Tratado de Amistad, Colaboración y Asistencia Mutua suscrito en Varsovia por Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, la RDA, Hungría, Polonia, Rumanía y la URSS. Trascendido como Pacto de Varsovia, se constituyó en contrapeso para preservar el equilibrio mundial, único garante efectivo de la paz.

El Pacto de Varsovia nació con la proyección de resolver cualquier conflicto por los canales diplomáticos y políticos; no obstante, preveía la protección militar en caso de ataque contra alguno de sus miembros. En su estructura organizativa se estableció un Estado Mayor Conjunto para coordinar los esfuerzos y un Comité Político integrado por los jefes de los Estados miembros, que se reuniría una vez al año con el propósito de establecer las políticas y objetivos. Su límite coincidía con las líneas de

demarcación pactadas en Teherán y Yalta entre los “Tres Grandes”. Como comandante en jefe fue designado el mariscal Iván. S. Koniev.

Así se llegó al XX Congreso del PCUS. En la media noche del 25 de febrero, Jruschov avanzó hacia el estrado para pronunciar las palabras de clausura en un clima de expectación. Después de divulgada la carta de Lenin, todos debieron preguntarse qué iba a decir el secretario general. Habló de Stalin por cuatro horas. La estructura caótica de su discurso reveló un resultado de último minuto, cargado de recuerdos y confidencias. Denunció las purgas infundadas, el culto a la personalidad, el distanciamiento de las masas; su inmodestia y arrogancia. Llamó a restablecer la legalidad socialista y los principios democráticos expresados en la Constitución; a observar las normas del Partido descritas en sus estatutos y a combatir el abuso de poder; a promover el ejercicio de la crítica y la autocrítica.

“No debemos permitir que este asunto salga del Partido y especialmente llegue a la prensa. [...] No debemos dar municiones al enemigo. No debemos lavar la ropa sucia ante sus ojos”, indicó ante un auditorio que enmudeció de golpe, fila tras fila (Jruschov, 2013: 192-202).

Terminó antes del amanecer. Sabía que eran revelaciones duras de soportar y lo petrificó la idea de una repulsa al socialismo por los errores de principios cometidos. No era desesperación lo que sentía; era amargura. En su estado, pasó por alto que restaurar el tejido social dañado y rectificar los errores demandaba un proceso de análisis profundo desde la superestructura del PCUS hasta los núcleos de base. Llevaba también una reflexión en el orden moral con el pueblo soviético, que tantas pruebas debió soportar en casi 40 años de revolución. Trató de preservar un balance frente a la presencia de un grupo de cuadros afines a Stalin en el Presídium y se dejó arrebatar la iniciativa por el enemigo. Dos meses más tarde, el discurso estaba en poder de la CIA.

¡Ay, utopía, sin ti la vida sería un ensayo para la muerte...!

Como estaba previsto, el 28 de abril de 1956 abandonó Saigón el remanente de las tropas expedicionarias de Francia. En el Palacio de los Elíseos eludieron la responsabilidad política contraída en Ginebra y, en franca violación de lo estipulado, no garantizaron la celebración de las elecciones generales previstas para ese año, que encaminarían la reunificación pacífica del país; por el contrario, la Administración Eisenhower quedó con las manos libres para imponer sus intereses. El coronel Edward Lansdale señaló como el hombre indicado para defender los intereses de Estados Unidos al primer ministro, general Ngô Dinh Diêm, y la CIA orquestó un golpe contra Bao Dai para instalarlo en el poder.

Un año antes, el 6 de julio de 1955 –en vísperas de que comenzara el proceso de consultas entre las dos zonas–, Nixon estuvo en Saigón y habló a los delegados de la Asamblea Constituyente, proceso asesorado por el Centro para Programas Internacionales de la Universidad de Michigan con fondos de la CIA. Tras definir el curso ulterior, celebró: “La militante marcha del comunismo ha sido detenida”. Cuando llegó el 20 de julio de 1956, día pactado en Ginebra para el primer encuentro entre el Norte y el Sur, Ngô Dinh Diêm solo tenía que rechazar la noción de tales elecciones (García, 2010: 106-107).

Tres meses más tarde, el 26 de octubre de 1956, mediante un referéndum fraudulento se constituyó la República de Vietnam del Sur, con Asamblea Nacional fantasma y una Carta Magna convertida en letra muerta; luego suscribió el Seato. Desde el primer instante el régimen títere desató la cacería de brujas: todo el que participó en la resistencia antifrancesa fue acusado de comunista o de estar en connivencia con los comunistas y encarcelado en las recién construidas “jaulas de tigres”, donde

se torturaba hasta la muerte; los familiares de cuadros y combatientes incorporados al gobierno y el ejército al norte del paralelo 170 cayeron también en la telaraña. Vastas regiones del sur vietnamita fueron “limpiadas”: campesinos, obreros, intelectuales, pequeños y medianos empresarios con sentimientos patrióticos, minorías étnicas, religiones no católicas... Nadie con la menor simpatía hacia Hô Chí Minh y los ideales de una nación unificada podía escapar. En Washington estaban eufóricos. Diêm fue rebautizado como el “Churchill de Asia” e invitado a Washington.

Francia no estaba en condiciones de contrariar a Estados Unidos, ni le interesaba. El conflicto en Argelia llegó a un punto de no retorno en 1955, con la represalia para sofocar un levantamiento armado en la ciudad portuaria de Philippeville (hoy Skikda) que segó la vida a 12.000 personas. El gobernador Robert Lacoste concedió libertad de acción al general Jacques Émile Massu, veterano de la II Guerra Mundial, quien a partir de la máxima “Todos los indígenas son iguales” sembró minas a lo largo del país, linchó en plena vía pública a la luz del día, convirtió en una práctica la *ratissage* (cacería de ratas) –término empleado para definir las redadas a los barrios argelinos, en las que mataban a los hombres y violaban a las mujeres– y ejerció la tortura contra los prisioneros, prohibida en Francia desde 1789 y sancionada en el artículo 303 de su Código Penal. En septiembre de 1955, a solicitud de los pueblos afroasiáticos, la X Asamblea General de la ONU aprobó una resolución que llamó a detener el genocidio contra el desarmado y hambriento pueblo argelino. Lacoste respondió con una convocatoria para armar a los civiles y aligerar las tareas del ejército, cuyas unidades necesitaban concentrarse en las fronteras con Túnez y Marruecos, donde operaba el ALN. En las primeras 48 horas se inscribieron más de 2.000 europeos residentes en el país. Muy pronto cobraron cuerpo las milicias urbanas y se entronizó el fascismo como garante del régimen colonial.

Después que el primer ministro francés Guy Mollet capitulara frente a los colonos, en 1956, el ALN difundió un folleto para advertir que el colonialismo solo cedería con el cuchillo al cuello. A la consigna “Todos los indígenas son iguales”, los independentistas respondieron: “Todos los colonos son iguales”, y en los primeros momentos de la lucha no hubo prisioneros. Frantz Fanon apuntó que “... ningún argelino consideró realmente que esos términos eran demasiado violentos. El folleto no hacía sino expresar lo que todos los argelinos resentían en lo más profundo de sí mismos: el colonialismo no es una máquina de pensar, no es un cuerpo dotado de razón. Es la violencia en estado de naturaleza y no puede inclinarse sino ante una violencia mayor” (Fanon, 2011: 26).

En medio de las dramáticas perturbaciones que dinamitaron la legitimidad de los imperios coloniales y neocoloniales en África y Asia, al capital financiero internacional y los círculos de poder en Estados Unidos les apareció un nuevo enemigo: el desarrollismo, corriente de orientación reformista que emergió en varios países del Tercer Mundo, cuyos defensores abogaban por un Estado moderno que reglamentara o nacionalizara la explotación del petróleo, la extracción minera u otros sectores clave para revolucionar la estructura productiva, mediante un proceso industrializador dirigido a acabar con el intercambio desigual y la pobreza extrema, e incrementar el gasto social con prioridad en las áreas de salud y educación. La dirección científica de la economía y la institucionalización de la sociología en los estudios superiores –en América Latina se abrieron facultades en Venezuela, Colombia, Perú, Chile y Argentina, con notable influencia estadounidense– se convirtieron en factores estratégicos del desarrollo nacional.

La Conferencia de Bandung, celebrada entre el 18 y el 24 de abril de 1955, en Java, Indonesia, disparó la alarma. Asistieron 23 jefes de Estado de Asia y cuatro de África –además de representantes de Costa de Oro (Ghana) y Sudán, que pronto conquistarían la independencia–, quienes por

primera vez se reunían al margen de las antiguas metrópolis para discutir asuntos de interés común y concertaron la creación de sus propias bases industriales con la mayor rapidez para independizarse. El presidente indonesio Achmed Sukarno, crítico del FMI y el Banco Mundial, tuvo el mayor protagonismo en su organización y en la posterior constitución del Movimiento de Países No Alineados (MNOAL): “¡Qué tremendo el dinamismo de nuestro tiempo!... ¡Las naciones y pueblos despertaron de un sueño de siglos! [...] los pueblos de Asia y África... mucho más de la mitad de la población humana del mundo, podemos movilizar lo que hemos denominado la violencia moral de las naciones a favor de la paz”, proclamó en su discurso (Johnson, 1993: 483).

Algunas naciones de América Latina también intentaban acomodarse a sus reservas; las políticas desarrollistas en el Cono Sur –Argentina, Uruguay y Chile– convertían el área en un peligroso símbolo para los países pobres.

Alarmado, Theodore W. Schultz, jefe del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, envió un memorando al Departamento de Estado en el que alertó sobre la urgencia de mediar en el proceso: “Estados Unidos debe reconsiderar sus programas económicos para el extranjero [...] queremos que (los países pobres) trabajen en su salvación económica vinculándose a nosotros y que su desarrollo económico se consiga a nuestra manera” (Valdés, 1995: 89).

Los Gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña no tardaron en reaccionar a esta advertencia. Chile, Indonesia y Egipto serían sus blancos principales. El primero, visto como eventual amenaza a la hegemonía yanqui en su traspatio; los otros dos, enclavados dentro de áreas geopolíticas clave para el control del petróleo.

No pocos en Washington parecían estar aterrados. Eisenhower indicó actualizar la concepción y diseño de las operaciones encubiertas de la CIA, en un contexto internacional en el que países nacidos del proceso de

descolonización tomaban a la Unión Soviética y a China como paradigmas. El 28 de diciembre aprobó la directiva NSC 5412/2 para fortalecer “... la orientación hacia Estados Unidos de la gente del mundo libre”, mientras creaban o explotaban “los problemas que perturben al comunismo internacional” y contrarrestaban “cualquier amenaza de un partido o individuos directa o indirectamente responsables del control comunista” (Weiner, 2008: 136).

Chile recibió máxima prioridad: la Agencia Internacional para el Desarrollo de Estados Unidos (Usaid) concedió fondos a un programa de becas destinado a convertir a jóvenes de clase media y alta en líderes de los asuntos económicos. Era la nación productora del mejor cobre del mundo y junto con la antigüedad y pujanza de su movimiento popular, más la inteligencia de su liderazgo, una página de su historia la tornaba desafiante: en 1932 Chile consagró la primera república socialista del hemisferio occidental e intentó nacionalizar el cobre y el carbón, aunque la experiencia se sostuvo apenas 13 días. La Escuela de Chicago asumió el proyecto en 1956. Cuando llegaron los becarios se creó un taller en el que cada profesor ofrecía una receta neoliberal a los problemas económicos chilenos. La primera graduación regresó a casa hechizada por las doctrinas de Milton Friedman. Se les comenzó a llamar *Chicago Boys*.

Como contraparte en Santiago de Chile, la Escuela de Chicago seleccionó la Universidad Católica, institución de enseñanza superior con las ideas más avanzadas del país hasta aquel instante. Varios de los *Chicago Boys* fueron escogidos para fundar su facultad de Economía con el mismo programa, los mismos textos en inglés y los mismos dogmas aprendidos en Illinois; algunos de los profesores estadounidenses llegaron para brindar asesoría.

Dadas sus grandes riquezas: petróleo, oro, cobre, níquel, caucho, maderas preciosas, el *establishment* de Estados Unidos calificaba a Indonesia como el gran tesoro del sudeste asiático, al tiempo que su

ubicación en el centro del entorno marítimo de esa área geográfica le daba un valor estratégico. En un país con 100 millones de habitantes, la orientación antimperialista de Sukarno, su protagonismo en el MNOAL y la alianza con China lo convirtieron en un escollo. Tenía el don de la palabra y gobernaba mediante consenso bajo cinco principios: nacionalismo, internacionalismo, democracia, prosperidad social y fe en Dios, que precedieron a su interés de promover una democracia de mayor participación popular. Desde hacía tres años la CIA trabajaba sobre los partidos de corte moderado o de derecha y fomentaba guerrillas secesionistas en su territorio; en paralelo, el Pentágono se encargaba de formar a la oficialidad del ejército con la intención de penetrar sus principales estructuras de mando.

El plan contra Indonesia perseguía generar un clima de caos que permitiera a sus fuerzas armadas convertirse en un actor político con ascendiente sobre Sukarno, quien gobernaba en coalición con el Partido Comunista (PKI), cuyos tres millones y medio de militantes lo convertían en el de mayor membresía después de la URSS y China. En Washington sabían cuán provocadora podía llegar a ser una oposición fundamentalista. Solo los militares podrían brindar la protección adecuada.

A todo lo largo de 1956, la Universidad de California en Berkeley recibió fondos de la Fundación Ford para organizar un programa similar al de Chile. Los primeros graduados crearon un Departamento de Economía en la Universidad de Yakarta –copia fiel del californiano– y hasta allá fueron los profesores nortños para asesorarlos. Estados Unidos proyectaba preparar a los líderes encargados de tomar las riendas económicas del país tras el derrocamiento de Sukarno, y a los beneficiarios del proyecto se les comenzó a llamar la “Mafia de Berkeley”.

En el caso de Egipto, la primera medida punitiva llegó el 19 de julio de 1956. John F. Dulles informó la decisión de retirar el crédito de 200 millones de dólares negociado, y ya aprobado, por el Gobierno egipcio con

Estados Unidos y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, con el propósito de financiar un gigantesco dique en Asuán, la ciudad más meridional del país, enclavada en la margen oriental del Nilo. Era el cimiento sobre el que la nación concebía asentar su estructura de desarrollo industrial y agrícola, pues aportaría energía y más agua para irrigar tierras hasta aumentar en un 25 % el área cultivable. También comprendía proyectos para edificar una planta siderúrgica en Heluan, al sur de El Cairo, y fábricas de productos químicos en Asuán.

Querían castigar a Gamal Abdel Nasser, líder de izquierda llegado al poder en 1953 como parte de un golpe ejecutado por militares nacionalistas; al asumir el liderazgo, estrechó relaciones con la URSS, China y la India. En respuesta, en un acto celebrado en Alejandría el 26 de julio de 1956, Nasser comunicó a la multitud que nacionalizaría la compañía del canal de Suez, multinacional anglofrancesa constituida para controlar esa formidable vía marítima construida a partir de un proyecto del ingeniero francés Ferdinand de Lesseps, y principal ruta de transportación de petróleo desde el golfo Pérsico a Europa Occidental, cuyos ingresos por la operatoria del canal serían destinados a financiar la presa de Asuán. “Que los imperialistas se ahoguen en su propia rabia” –expresó el presidente egipcio, y la ovación se tragó el eco de sus palabras (Ali, 2006: 140).

Nasser no infringía la convención de 1888 para el uso del canal de Suez. Faltaban doce años para que expirara el contrato, y nacionalizar activos extranjeros con la debida indemnización, como él propuso, constituye un derecho inalienable de cualquier Estado soberano.

“De la noche a la mañana, Nasser se convirtió en el héroe del mundo árabe y anticolonial. La agitación cundió en los ejércitos de toda la región. Los monarcas se temían lo peor y los políticos prooccidentales temblaban observando la reacción popular. ¿Cuál sería la respuesta de Occidente?” (Ali, 2006: 141).

La nacionalización del canal ponía en juego mucho más que los multimillonarios intereses de sus accionistas. La alternativa nacionalista ofrecida por el Egipto de Nasser amenazaba los intereses hegemónicos de Gran Bretaña y Francia, que desfallecidas por el esfuerzo de la II Guerra Mundial debieron emprender un largo proceso de retirada de los territorios situados al este de Suez. La primera temía perder a Irak, lo único que le quedaba; la segunda estaba preocupada por el movimiento independentista en Argelia. Ambas veían cómo la extinción de sus imperios hacía declinar su influencia en los asuntos mundiales.

El conservador Anthony Eden, primer ministro de Gran Bretaña, declaró que la nacionalización amenazaba con socavar la posición británica en Oriente Medio, ponía en peligro el suministro de petróleo a Europa –por allí pasaba el 70 % del petróleo consumido por el Viejo Continente– y adelantaba los intereses soviéticos en el área. Calificó a Nasser como el “Hitler del Nilo” y le dio un plazo de seis semanas a las fuerzas armadas para organizar una invasión militar.

“Cuando el régimen iraní de Mohamed Mussadeq nacionalizó la refinería británica del petróleo en Abadán, en el año 1951, Gran Bretaña –después de muchos rodeos– adoptó una actitud sensata, y dejó a cargo de la CIA la tarea de eliminar a Mussadeq”, ha observado el periodista británico Paul Johnson (Johnson, 1993: 496). Esta vez, por el contrario, Estados Unidos mostró cautela. En Washington dijeron estar con las manos atadas, pues Eisenhower aspiraba a reelegirse para un segundo mandato presidencial y encabezaba las encuestas con el lema “Paz y prosperidad” (Nixon, 1980: 94).

Gran Bretaña buscó el apoyo de Francia. “La Cuarta República estaba recorriendo los últimos tramos. Había perdido a Indochina; había perdido a Túnez y estaba a un paso de perder a Marruecos; se encontraba enredada en una rebelión argelina apoyada ruidosamente por Nasser. Los franceses deseaban liquidarlo, y preferían hacerlo mediante un ataque frontal...”

(Johnson, 1993: 496-497). Fue orquestada la Operación Mosquetero, prevista para ejecutarse el 8 de septiembre de 1956, pero no estuvieron listos en el plazo fijado: sin Estados Unidos actuaban como pigmeos. Adicionalmente, necesitaban un pretexto que les brindara la justificación moral para emprender este acto de rapiña.

“La incautación del canal de Suez es la táctica de apertura en una campaña planificada para expulsar toda la influencia e intereses occidentales de los países árabes”, escribió a principios de septiembre Anthony Eden al presidente de Estados Unidos. Según le dijo, estaban ante el peligro de “... una Arabia unida liderada por Egipto y bajo la influencia rusa” (Black, 2006). El día 8 Eisenhower le respondió enfático que, a su juicio, emplear la fuerza sería contraproducente: “Nasser se alimenta del drama” (Johnson, 1993: 498).

El 4 de octubre Eisenhower convocó al Consejo de Seguridad Nacional. El Servicio de Inteligencia Secreto británico (conocido como MI6 o SIS) proponía asesinar a Nasser y desviar el Nilo; no obstante, el analista principal de la CIA, el embajador en París y el agregado militar en Tel Aviv alertaban de un plan de invasión anglo-franco-israelí contra Egipto. Allen Dulles calificó de absurdos esos informes. Las relaciones entre Gran Bretaña e Israel eran tirantes, pues en Londres no se olvidaba la manera en que debieron abandonar Palestina. Eisenhower reiteró que utilizar una fuerza letal constituía un tremendo error y se manifestó a favor de organizar una campaña de subversión a largo plazo.

¿Qué se escondía detrás de tanta cautela?: ¿su eslogan electoral “Paz y prosperidad”? Otra operación de mayor interés para Estados Unidos estaba en curso. No podían arriesgar nada...

No es tiempo para las rosas y es pronto para el invierno

Cuando la correlación de fuerzas se tornaba favorable a los intereses del socialismo, en el bloque organizado en el Pacto de Varsovia en 1955 las cosas no marchaban bien. Las primeras contradicciones explotaron tres meses después de la muerte de Stalin.

Al concluir la guerra, Alemania del Este estableció un régimen en el que la justicia social constituía un principio rector de la política del Estado y, bajo estatus legal, una reforma agraria confiscó la tierra a los antiguos terratenientes, declarados criminales de guerra en Potsdam. En 1946 fueron formulados los derechos fundamentales de la juventud: "... la orientación hacia el trabajo, la educación y la cultura les brindaron una ayuda vital a los desalentados jóvenes marcados por la ideología nazi, la guerra y la miseria. No existía nada comparable en la zona occidental" (Modrow, 2015: 189). Su fundación como nuevo Estado –RDA, con 108.000 km²– el 7 de octubre de 1949 propició realizar, por primera vez en la historia, un experimento socialista en un país industrializado, que hasta el primer trimestre de 1941 mantuvo una intensa actividad comercial con la URSS.

Con la constitución de la RDA, Alemania quedó dividida en dos Estados rivales y antagónicos, convertidos en símbolo de la puja entre el socialismo y el capitalismo. Como zona de despliegue y potencial campo de batalla, Berlín se erigió en el principal foco de la Guerra Fría. La hemorragia de su economía por las reparaciones de guerra y los errores de política económica, en un escenario agravado por la guerra sucia orquestada por la CIA, exacerbaban el descontento. A ello se añade un raro comportamiento de Lavrenti Beria, quien tras la muerte de Stalin ganó poder con la subordinación de la seguridad del Estado al Ministerio del Interior. Beria estuvo en una etapa entre los nombres barajados por Stalin

para sucederlo en el Kremlin, hasta que cayó en desgracia con él. Todo apunta a que el alpinista que escaló sobre montones de cadáveres de repente se ilusionó con un eventual triunfo diplomático con Occidente, que lo remolcara hasta la dirección del PCUS, y conminó al Gobierno germano oriental a reconsiderar el camino socialista a favor de una Alemania neutral, “pacífica”:

El “telón de acero” entre Alemania del este y del oeste fue casi demolido. La política de trabajo sufrió un giro radical. La lucha entre el gobierno y la Iglesia evangélica se dio por terminada, y la Iglesia recuperó sus anteriores privilegios. Se hizo un alto en la colectivización de la agricultura. Los agricultores que habían huido a la Alemania occidental fueron invitados a regresar y tomar posesión de su propiedad. El capital privado recibió también una invitación para volver a la industria y al comercio. Desde el punto de vista ruso esos pasos no tenían el menor sentido a menos que fuesen parte de una política calculada para conseguir la unificación de Alemania y la retirada de los ejércitos de ocupación. En Berlín apenas se dudaba de que Moscú estaba realmente preparado para abandonar el gobierno de Pieck y Ulbricht. Tan fuertemente alentaron esa creencia los representantes soviéticos en Berlín y tan francamente negociaron con líderes no comunistas sobre un cambio de régimen, que, solo por eso, los mismos rusos indujeron involuntariamente al pueblo de Berlín a echarse a la calle, a pedir a gritos la dimisión del gobierno comunista y a asaltar oficinas de ese gobierno. Una idea respaldaba la revuelta alemana: “Rusia está dispuesta a abandonar a sus marionetas: ¡echémoslas de una vez!” (Deutscher, 15 de julio de 1953).

Los días 16 y 17 de junio de 1953 se produjo un estallido en Berlín Oriental, incitado desde el lado oeste. A la manifestación se sumaron antiguos miembros de la Gestapo y las tropas de asalto nazi, junto con

lumpen y gente desclasada provenientes de Berlín Occidental. Aquella multitud en plan de algarada y un tanto divertida se concentró en varias plazas, a una distancia no mayor de diez cuadras de la frontera; la mayoría de los sucesos acontecieron a una profundidad de apenas 150 m. Llegaron a concentrar cerca de 300.000 personas y protagonizaron acciones violentas contra entidades del Partido y la administración de Gobierno. Tanques soviéticos avanzaron sobre ella lentamente, sin rozarla, hasta hacerla retroceder a la línea divisoria. “... no eran, pues, ciudadanos de la República Democrática Alemana, sino provocadores y gente de la zona no desnazificada, que aprovecharon el levantamiento de controles por parte de las autoridades soviéticas y del Gobierno Popular, lanzándose a la comisión de crímenes y actos vandálicos” (Guevara, 2017: 265).

No era la primera vez que ocurrían hechos de esa naturaleza, mas nunca habían alcanzado tal magnitud. En medio de los disturbios, aviones procedentes de la zona estadounidense lanzaron centenares de miles de volantes. En otras ciudades germanorientales se produjeron sabotajes y hechos criminales aislados. Las fuerzas revolucionarias respondieron a las provocaciones con una manifestación que reunió a más de 250.000 personas.

Nueve días más tarde, el 26 de junio, Eisenhower facultó a la CIA para “... entrenar y equipar organizaciones clandestinas capaces de realizar incursiones a gran escala o de realizar una guerra sostenida”, lo mismo en la RDA que en cualquier otro país de Europa del Este. Esperaba que la agencia “... alentara la eliminación de los funcionarios títeres claves” (Weiner, 2008: 90).

Lo ocurrido disparó la alarma en el Kremlin y el 10 de julio Beria fue detenido en Moscú. Poco después lo condenaron a la pena máxima. Sus ojos aterrados se apagaron sin testigos. Fue el último miembro del Presídium de la URSS fusilado.

Tres años más tarde, cuando Jruschov condenó ante el XX Congreso del PCUS los daños causados al pueblo soviético y los ideales del socialismo durante la era de Stalin, el 25 de febrero de 1956, la conmoción se extendió a Europa del Este. Como ya se apuntó, lejos de promover un análisis profundo, radical y consecuente de la naturaleza y carácter del régimen estalinista, Jruschov resolvió mantener su discurso en secreto. En abril fue entregado a la CIA por el Mossad israelí. Dos meses demoró la agencia en tomar una determinación, hasta que sintió a la dirección de la URSS a la defensiva y resolvió publicarlo. Fue sacado a la luz por *The New York Times* en la mañana del martes 5 de junio de 1956 y la maquinaria mediática que había costado a la CIA 100 millones de dólares, Radio Europa Libre, lo retransmitió durante varios meses, día y noche.

“En aquellos momentos me preguntaba cómo había sido posible que un dirigente de esa talla pudiera haber violado la legalidad socialista y la integridad de las personas, de sus compañeros de combate, en forma tan evidente y brutal”, escribió Alfredo Guevara (Guevara, 2009: 134). Años más tarde Carlos Rafael Rodríguez, uno de los dirigentes históricos del PSP, declaró: “... entre las horas más amargas de mi existencia está aquella en que me convencí de que todo lo que se decía sobre la brutal represión a que se había entregado Stalin, y que para nosotros hasta ese momento era solo la elaboración calumniosa del enemigo, constituía una triste realidad” (Rodríguez, 1984: 124).

¿Cómo podían reaccionar entonces quienes se sentían afectados por aquella política? Los cimientos del “bloque socialista” se estremecieron.

El 28 de junio de 1956 estalló una huelga obrera en la Empresa Industrial Iósif Stalin –antes de la guerra: Empresa Industrial Hipolit Cegielski–, en Poznán, Polonia, que prendió la chispa en esta antiquísima ciudad, cuna de la nación y residencia de sus monarcas. Más de 100.000 personas se congregaron en el centro de la urbe con carteles que rezaban: “Pedimos pan”. No era, sin embargo, la compleja situación económica el

detonante principal de esta expresión multitudinaria de rechazo. Otras razones de mayor peso subyacían.

Ya se dijo que durante la II Guerra Mundial la resistencia contra los nazis fue encabezada en Polonia por la Iglesia católica, el Partido Socialista (socialdemócrata) y otras formaciones nacionalistas de un anticomunismo raigal, entre las que predominó el aristocrático Partido Popular, o Partido Campesino, cuya principal figura, Stanisław Mikołajczyk, primer ministro del autoproclamado “gobierno del exilio” en Londres, era oriundo de Poznań.

Tras la liberación del país por las tropas del Ejército Rojo bajo el mando del mariscal soviético de origen polaco Konstantín K. Rokossovski, en el verano de 1945 se conformó un gobierno de coalición nacional que integraron el diezmado Partido Comunista, el Partido Socialista y el Partido Demócrata; estos dos últimos con mayor presencia e influencia en la vida política. La URSS rechazó la incorporación al gabinete de los representantes del “gobierno en el exilio” en Londres y, con financiamiento de Estados Unidos y Gran Bretaña, Mikołajczyk desató una guerra civil de grandes proporciones que se tornó sangrienta y se extendió hasta 1947. En Polonia aún sangraba la herida por la ocupación soviética de 1939, las ejecuciones de Katyn y la actitud de las tropas encabezadas por Rokossovski, que por orden de Stalin se detuvieron en la antesala de Varsovia mientras la guarnición nazi sofocaba el levantamiento del gueto.

Llegado 1948, socialdemócratas y comunistas se integraron en el Partido Obrero Unificado Polaco (POUP). Fue una orientación procedente del Kremlin que no halló resistencia, pero Stalin indicó destituir a Wladyslaw Gomulka –el más popular de los dirigentes del Partido Comunista, a quien acusó de desviación de derecha y fue confinado a arresto domiciliario–, para poner al frente del POUP al presidente de la República, Boleslaw Bierut, un cuadro suyo que estuvo entre los protagonistas de las purgas contra la máxima dirección del Partido Polaco

en 1938. En 1949 Rokossovski fue nombrado ministro de Defensa de Polonia, cartera en la que se mantendría hasta 1953.

Las pérdidas de Polonia como consecuencia de la guerra representaban el 38 % de su patrimonio material. Ello no la exoneró de enviar a la URSS carbón, máquinas, bauxita y trigo, como indemnizaciones por daños de guerra o a bajos precios. La presencia soviética alcanzó los dominios más diversos de la vida política y socioeconómica en un Estado con ansias nacionales reprimidas por siglos. Aunque entre 1948 y 1950 el ingreso creció a un promedio anual del 21 %, se manifestó con gran fuerza la copia del modelo económico soviético. Dar prioridad a la industria pesada (46,3 % de las inversiones) en detrimento de la agricultura (9,6 % de las inversiones) y la producción de bienes de consumo en el plan quinquenal 1948-1953 trajo dos consecuencias nefastas: la enajenación del apoyo del sector campesino —el 86,9 % de las tierras estaban en manos privadas— y un estado de desabastecimiento que agudizó la irritación popular.

En el orden político, el POUP cometió un error estratégico: imponer una ideología antirreligiosa. En un país de raigambre aristocrática e ideología conservadora, que para encauzar sus aspiraciones nacionales debió nadar durante siglos entre las procelosas aguas de las potencias europeas —y en la última centuria entre las apetencias del evangélico imperio alemán y el ortodoxo imperio zarista—, la consolidación de su cultura estuvo ligada a la Iglesia católica. Más del 95 % de sus habitantes profesaba el catolicismo — feligresía solo superada en número por Irlanda—, y era insensato imponer el ateísmo a un pueblo en que el catolicismo estaba en la raíz de la nación. El 16 de enero de 1998, en vísperas de la visita a La Habana del papa Juan Pablo II, Fidel expresó ante las cámaras de la televisión:

Como polaco al Papa le toca vivir el cruce de las tropas soviéticas y la creación de un Estado socialista bajo los principios del marxismo-leninismo, aplicados de una manera dogmática, sin tomar para nada en cuenta las condiciones

concretas de aquel país, y sin ese sentido político y dialéctico extraordinario que tenía Lenin, capaz de una paz de Brest-Litovsk, capaz de una N. E. P. y capaz de cruzar antes en un tren sellado por el territorio de un país que estaba en guerra contra Rusia, hechos demostrativos de una inteligencia, una capacidad, un valor y un verdadero genio político, que no dejó de ser jamás marxista (Castro, 1998: 3).

Polonia sufrió estallidos sociales en 1953 y 1954. Al concluir el XX Congreso del PCUS, un breve comunicado en su prensa anunció la rehabilitación del Partido Comunista de antes de la guerra y de todos sus jefes, a los que declaró víctimas de provocaciones y calumnias. Ya era tarde: estaban muertos. Dos semanas después de participar en el cónclave, el 12 de marzo de 1956 falleció Boleslaw Bierut como consecuencia de un infarto en un hospital de Moscú.

Desde el instante en que Radio Europa Libre divulgó el discurso de Jruschov, en Polonia se agudizó el rechazo a la URSS y al socialismo. Veintitrés días más tarde, el 28 de junio, estalló la multitudinaria manifestación de Poznán. Para hacerle frente fueron emplazados en el centro de la ciudad más de 350 tanques de guerra y 10.000 efectivos del Ejército Popular y el cuerpo de seguridad interna, bajo las órdenes del general soviético de origen polaco Stanislav Poplavski. Unos 300 ultranacionalistas con la orden de provocar llevaban armas. La tensión escaló hasta derivar en enfrentamientos dramáticos. Al menos murieron 58 personas, incluido un adolescente de 13 años.

El 12 de julio de 1956 fue convocada en la Casa Blanca una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, en la cual el vicepresidente Nixon sostuvo que "... si los soviéticos someten a otro Estado satélite, como Hungría, proporcionando así una nueva fuente de propaganda anticomunista global, ello beneficiaría a los intereses de Estados Unidos". Era lo que necesitaban,

y Eisenhower dio la orden de “fomentar «manifestaciones espontáneas de descontento» en las naciones cautivas” (Weiner, 2008: 139).

La agencia emprendió un programa consistente en soltar 300.000 globos con 300 millones de octavillas y “Medallas de la Libertad” (insignias de aluminio con eslóganes y una reproducción de la Campana de la Libertad de Filadelfia) desde la RFA hacia Polonia, Hungría y Checoslovaquia; mientras, movilizaba a los mercenarios y agentes húngaros de tendencia fascista. Con traje de aviador y a bordo de un DC-6, Dulles inició una gira para articular la campaña en torno a la eventual represión que desatarían las tropas soviéticas contra la “manifestación espontánea de descontento” por organizar en Budapest:

Visitó las bases de la CIA en Londres y París, Frankfurt y Viena, Roma y Atenas, Estambul y Teherán, Dhahran y Delhi, Bangkok y Singapur, Tokio y Seúl, Manila y Saigón. El viaje fue un secreto a voces; Dulles era recibido como jefe de Estado y se convertía en el centro de la atención pública (Weiner, 2008: 139).

¿Estaban dadas las condiciones en Hungría para promover una revuelta anticomunista? Miremos en retrospectiva.

Desde la desintegración del imperio austrohúngaro y durante la ocupación alemana, en Hungría gobernó el mariscal Miklós Horthy, quien implantó un régimen de orientación fascista y antisemita, y cuyo ejército participó en carácter de aliado de la Wehrmacht en la invasión contra la URSS. En Yalta, Hungría quedó bajo la esfera de influencia soviética. Dos días después de la reunión de los “Tres Grandes”, el 13 de febrero de 1945, el Ejército Rojo ocupó Budapest tras una encarnizada batalla contra las tropas hitlerianas y del ejército húngaro, atrincheradas en las montañas de Buda.

Cuando la URSS asumió el control político-militar del país, dio paso a un gobierno de coalición nacional entre el Partido Comunista (17 % del

respaldo popular), el Partido Socialdemócrata y el Partido de los Pequeños Propietarios (57 % del respaldo popular), que eliminó los vestigios institucionales del fascismo y dio mayor participación a la izquierda en el poder. Como parte de la revolución democrático-popular impulsada con las tropas del Ejército Rojo como sostén, fueron confiscadas las grandes posesiones feudales y eclesiásticas. El capital, las propiedades y recursos nacionalizados –y las empresas declaradas en bancarrota– pasaron a manos del Estado, en una política orientada a despojar a los fascistas y a la burguesía del poder político. A partir de los reclamos campesinos para recibir tierras, el 17 de mayo de 1945 se aprobó una Ley de Reforma Agraria.

Sin tomar en consideración el efecto adverso entre el pueblo húngaro de la catastrófica situación económica del país por la devastación de la guerra y el saqueo nazi, la URSS se apoderó del capital alemán en Hungría (50 % del total); le exigió el pago de indemnizaciones de guerra mediante el abasto de mercancías y supeditó su planta industrial a fabricarlas con materia prima llegada del gigante euroasiático. Durante el verano de 1945 se constituyeron las primeras empresas mixtas, pero la dirección la ejercía la parte soviética. Un cambio de moneda para hacer frente a la hiperinflación limitó la operatoria del capital internacional; a su vez, la asistencia económica de Occidente fue suspendida en 1947.

Kliment E. Voroshílov, mariscal de la URSS y jefe del contingente del Ejército Rojo en Hungría, ubicó a los comunistas en los puntos clave del gobierno y marginó al Partido de los Pequeños Propietarios; además, subordinó el Ministerio del Interior al Partido Comunista. Bajo la dirección de László Rajk se creó el Departamento de Seguridad del Estado, pues entre una parte mayoritaria de la población húngara se exigía justicia contra los criminales de guerra y los cómplices del fascismo. En 1948 el frente conformado por la izquierda obtuvo el 60 % de los votos. Fue una victoria

que puso de manifiesto cuán complejo iba a ser el tránsito: un 40 % de la población era de orientación fascista o respaldaba a la derecha.

Comunistas y socialdemócratas se integraron en el Partido de los Trabajadores Húngaros. La estabilidad política conduciría a la estabilidad económica. En 1949 la producción industrial creció un 28 % respecto a 1938.

Lejos de capitalizar las aspiraciones de emancipación entre las bases populares –obreras y campesinas– para movilizar su voluntad en torno a los ideales de justicia social –frente a la resistencia de segmentos aristocráticos y de orientación fascista supervivientes–, la dirección del Partido hizo expedito el proceso de soviétización forzada de la vida política y económica nacional. El 9 de febrero de 1949 un tribunal sancionó a cadena perpetua al cardenal József Mindszenty, arzobispo de Esztergom y figura primada de la Iglesia católica. Era un aliado incondicional de Estados Unidos que puso la Iglesia al servicio de la subversión, pero dada su investidura y su actitud crítica contra el antisemitismo y la ocupación nazi, gozaba de prestigio entre buena parte de la población no fascista. Su abierta oposición al socialismo y a la presencia de las tropas del Ejército Rojo en Hungría cobraron legitimidad. Cumplía la condena bajo prisión domiciliaria.

El 18 de agosto fue aprobada una Carta Magna bajo el modelo soviético y se adoptó un escudo de armas con los símbolos de la URSS –la estrella roja, una hoz, un martillo y una espiga de trigo. En 1951 fue erigida una estatua de Stalin de 10 m de altura, forjada en bronce, en las proximidades del Parque de los Héroes de Budapest. Antes de su construcción fue demolido un templo católico y el monumento se colocó exactamente en el lugar que este ocupaba.

Pese a no disponer de una planta fabril adecuada, el Gobierno húngaro asumió el modelo dictado por el Kremlin. “Luego de un exitoso plan trienal 1947-1950, el plan quinquenal 1950-1954 se propuso un incremento de 86 % en la producción industrial, pero en 1951 esta meta se elevó de manera

irracional a 200 %, lo cual presionaría fuertemente contra el consumo” (Rodríguez García, 2014: 105).

“... los campesinos sufrían la coacción y los abusos que se cometían en el proceso de colectivizar la agricultura. Las ganancias obtenidas en las granjas del país eran destinadas a financiar la rápida expansión de la industria pesada”. En 1950 el ingreso nacional per cápita se incrementó, pero el nivel de vida caía. “Enormes deducciones de ingresos a la inversión financiera industrial y las emisiones compulsivas de bonos estatales redujeron el ingreso personal de la población; el mal manejo creó carencias crónicas en alimentos básicos, lo que trajo el racionamiento del pan, azúcar, harina y carne”. La tensión social se multiplicó y tomó ribetes políticos. Fueron censurados los versos de *Nemzeti dal* (*Canción nacional*), compuestos por el poeta Sándor Petöfi en 1848: “Juramos que no permaneceremos más tiempo como esclavos”. Acusados como “seguidores de Tito” o “agentes occidentales”, muchos húngaros con ideas de izquierda fueron sometidos a juicio o desterrados. El español-argentino Fernando Barral Arranz, quien vivió y se formó como médico en Hungría entre 1950-1961, relató:

De 1950 a 1952, se reubicó de manera forzada a miles de húngaros, con el propósito de eliminar la amenaza de la clase burguesa y de los intelectuales. Solo en Budapest, en un año, más de veintiséis mil personas fueron arrestadas, torturadas, recluidas en campos de concentración y deportadas a la Unión Soviética, donde eran internadas en granjas colectivas y sometidas a trabajos forzados. Muchas murieron a causa de las pésimas condiciones de vida y de malnutrición (Barral, 2017: 35-41).²²

Hasta Lázló Rajk fue víctima de este proceder. Luego de fundar la Seguridad del Estado fue nombrado canciller y en 1949 lo acusaron como el “perro de presa” de Tito, de agente del imperialismo occidental y de querer

restaurar el capitalismo, en un proceso supervisado por Lavrenti Beria. Le prometieron viajar a Beijing con su familia si se confesaba culpable. Millones de húngaros siguieron el juicio en vivo por la radio y la televisión y escucharon con estupor cómo se autoincriminaba desde el estrado aquel comunista que combatió por la República española y en la resistencia antifascista en Hungría. Lo que no consiguieron probar fue obtenido con la promesa de indulto y, durante las conclusiones del acto de juicio oral, el fiscal pidió la pena de muerte. “¡Camaradas, esto no es lo que me habían prometido!”, se dice que gritó desconcertado camino a la horca, un mes más tarde. Tenía cuarenta años. Lo enterraron en una fosa común y ocultaron la ubicación a su familia. “Pero eso no era todo. La esposa de Rajk estuvo presa hasta 1954 y a su hijo de cuatro meses lo enviaron a un orfanato, con una nueva identidad” (Barral, 2017: 43).

A la muerte de Stalin, Mátyás Rákosi, presidente del Consejo de Ministros y secretario general del Partido de los Trabajadores, quien permaneció en Moscú desde 1940 hasta el fin de la guerra y tenía las más estrechas relaciones con el dirigente soviético, fue convocado al Kremlin. “No necesitamos un rey judío en Hungría” –ironizó Lavrenti Beria, antes de exponer que una misma persona no podía ocupar la dirección del Partido y el gobierno (Barral, 2017: 46). Rákosi recibió la orden de entregar el cargo de primer ministro a Imre Nagy, un comunista que combatió en la guerra civil rusa, se graduó en el Instituto de Agricultura de Moscú y trabajó en el Instituto de Ciencias Agrícolas de la URSS hasta 1945, cuando regresó a Budapest para incorporarse al gobierno de coalición como titular de Agricultura. Era un hombre de Beria y casi de inmediato pasó a ocupar la cartera del Interior (1945-1946); en 1947 presidió la Asamblea Nacional. Dos años más tarde lo expulsaron del buró político por su desacuerdo con la política agraria. Regresó en 1951, luego de autocriticarse en público por sus “errores”.

Cuando Beria cayó en desgracia y fue fusilado, la posición de Nagy cambió. Entonces se pronunció contra los arrestos masivos y juicios falseados a ciudadanos comunes y comunistas, y en su círculo íntimo planteaba que podían transitar un camino propio hacia el socialismo, sin depender en todo de la URSS. Intelectuales, militantes del Partido y numerosos funcionarios se adhirieron a su gobierno, y en la medida en que ganó respaldo intentó conseguir la sustitución de Rákosi, quien se constituyó en un freno a sus reformas. Al no encontrar consenso se enfocó en promover un cambio de rumbo político. “Sus ideas manifiestas de «democracia dentro del Partido», «libertad de crítica», «restablecimiento de un sistema pluripartidista» e incluso de un «gobierno de coalición presidido por comunistas», denotaban una tendencia pro occidental inadmisibles” (Barral, 2017: 48-49). En 1955 un pleno del Comité Central lo conceptuó de anticomunista y fue sustituido. Su popularidad aumentó...

Hacia el verano de 1955 emergió un movimiento que incluía escritores, periodistas, profesores universitarios y funcionarios del gobierno. Reclamaban la sustitución de Rákosi, continuar el programa de Nagy y el cese del intercambio desigual con la URSS, sobre todo en materia de exportaciones de uranio, petróleo y alimentos. En cumplimiento de un orden del Kremlin, la dirección del Partido húngaro no permitió la publicación y discusión del discurso de Jruschov en el XX Congreso del PCUS. El pueblo lo conoció por Radio Europa Libre y otras emisoras extranjeras; la gente lo divulgaba de boca en boca y comenzó a debatirse en toda la nación. Se exigía aplicar en Hungría los acuerdos del cónclave y surgió el Círculo Petöfi –el foro opositor de más renombre–, integrado por estudiantes, escritores, académicos y profesores universitarios.

Ante la presión, el 18 de julio Rákosi fue sustituido por el segundo secretario del Partido, Ernö Gerö –también implicado– y pasó el resto de sus días como prisionero de lujo en una dacha. El tono de las críticas se elevó. Los foros de intelectuales se fortalecieron y tanto en la *Gaceta*

Literaria de la Unión de Escritores como en la prensa aparecían artículos que reflejaban el descontento de la población.

Este clima fue capitalizado por la CIA y se puso en marcha la fase final de una operación con ocho años en curso, que incluyó la introducción de armas en Hungría por la frontera de Austria. A partir de agosto florecieron los opositores que propugnaban el regreso al capitalismo y las agrupaciones paramilitares conformadas por fascistas y exoficiales de las instituciones armadas en el régimen de Horthy. El Frente Cristiano y su filial juvenil María Congregatio agruparon a la oposición religiosa. Radio Europa Libre y la operación de los globos con propaganda antisoviética se encargaron de exacerbar los ánimos.

Como resultado del XX Congreso del PCUS, la viuda de Lázló Rajk fue puesta en libertad. Recuperó a su hijo y exigió exhumar los restos del marido y organizar un nuevo entierro, el 6 de octubre de 1956. Cerca de 100.000 personas se congregaron en el cementerio. Una gigantesca y silenciosa marcha pareció interminable. Querían mostrarlo como símbolo. “Pobre amigo, si estuviera vivo, ahora mismo daría la orden de abrir fuego contra la multitud”, dijo un viejo subordinado de Rajk (Barral, 2017: 56).

Entre dos aguas: ¿el Danubio o el Mediterráneo?

El 16 de octubre de 1956, en la Universidad de Szeged –la tercera ciudad más grande del país y la más importante del sureste–, los jóvenes repudiaron la organización estudiantil de masas adscrita al Partido de los Trabajadores y constituyeron su propio movimiento. En las próximas jornadas se sumaron las universidades de Pécs, Miskolc y Sopron. El 22 de octubre los universitarios de Budapest se reunieron para elaborar una plataforma de reivindicaciones políticas, que incluyó la solidaridad con el levantamiento en Polonia y la retirada de las tropas soviéticas. El país era un volcán en erupción...

Esa noche, Frank G. Wisner Jr., jefe de la Oficina de Coordinación Política de la CIA, preparó las maletas y voló a Londres para dirigir desde allí las operaciones de la agencia contra Hungría. Al día siguiente tenía una cena programada con Sir Patrick Dean, presidente del Comité Conjunto de Inteligencia constituido para articular en materia de política exterior las actividades del Foreign Office, el ejército y MI6. Wisner tenía la misión de explorar cómo andaba el asunto de Egipto y su anfitrión era una de las figuras más influyentes en Gran Bretaña. No pocas veces los canales oficiales eran pasados por alto cuando Dean circulaba las comunicaciones *ad hoc* entre el primer ministro y los servicios de Inteligencia. Si alguien podía conocer con certeza lo que estaba ocurriendo era él.

Dean no se presentó a la cena. Wisner quedó perplejo; luego sintió ira. Ató los cabos y comprendió que había actuado con ingenuidad.

Mientras el veterano cruzado de la CIA sufría el desplante en un restaurante londinense, en una villa en la *rue Emmanuel Girot* del suburbio de Sèvres, en las inmediaciones de París, plenipotenciarios de Gran Bretaña, Francia e Israel se ponían de acuerdo para organizar la invasión militar contra Egipto.

Nasser intentó maniobrar y, a través del parlamentario laborista británico Maurice Orbach, ofreció al presidente hebreo Moshe Sharett "... un amplio acuerdo de paz a cambio de que Israel permaneciera al margen del conflicto que se avecinaba. Sharett se sintió tentado a aceptarlo, pero Ben-Gurión ya olfateaba la sangre. La propuesta fue desdeñosamente rechazada" (Ali, 2006: 141). Una semana antes del almuerzo programado entre Wisner y Dean, el 14 de octubre –ocho años después de que los británicos fueran conminados por una resolución de la ONU a abandonar el territorio de Palestina–, gracias a la mediación del Gobierno de Francia se limaron las asperezas entre Gran Bretaña e Israel.

Encabezaban las delegaciones a la reunión de París: Selwyn Lloyd, secretario británico de Asuntos Exteriores; David Ben-Gurión, primer ministro de Israel, y el canciller francés Christian Pineau. Las conversaciones se desarrollaron en una "atmósfera correcta pero no muy amigable". Selwyn Lloyd "... parecía que encontraba todo el asunto profundamente desagradable". Las cosas mejoraron a partir del acuerdo alcanzado entre Francia e Israel sobre cooperación nuclear. Como escribió Mordejai Bar-On, asesor del ministro de Defensa de Israel: "Nosotros y los franceses éramos amigos. Los británicos eran los forasteros" (Black, 2016).

Los dados fueron lanzados y la primera movida ocurrió en Hungría: en la mañana del 23 de octubre de 1956 una multitud de estudiantes se congregó en la Universidad Politécnica de Budapest, situada en una céntrica avenida de Buda, en las inmediaciones del Puente de la Libertad (*Szabadság híd*). Pedían "libertad" y apoyo a los sublevados en Polonia. A las 2 p. m. se lanzaron a la calle. Cruzaron el Danubio y se sumaron a la Unión de Escritores en una peregrinación a la estatua del general József Bem, polaco de nacimiento y líder de la insurrección húngara contra el zar de Rusia entre 1848-1849. La suerte estaba echada...

A las 4 p. m. del 23 de octubre comenzó la manifestación en la Plaza Bem con alrededor de 10.000 personas. Se sumaron cerca de 800 cadetes de

la Academia Militar de Petöfi, de alto valor en el orden simbólico porque en su mayoría eran hijos de funcionarios del Partido y el gobierno, o de los cuerpos militares y de seguridad –no pocos húngaros con ciudadanía rusa–, que disfrutaban de privilegios. Los escritores reclamaban un diálogo con la dirección del Partido. Las reivindicaciones estudiantiles tuvieron mayor alcance y aceptación. Al terminar la multitud entonó la *Nemzeti dal*: “Juramos que no permaneceremos más tiempo como esclavos”, coreaban de camino al edificio del Parlamento, donde estaba prevista una intervención de Imre Nagy.

Más de 200.000 personas, en su mayoría estudiantes e intelectuales, se concentraron en las afueras del Parlamento húngaro en espera de la alocución de Nagy. Mezclados entre la multitud se hallaban agentes nazis, miembros del partido fascista y delincuentes comunes preparados por la CIA. Gritaban “una soga para Rákosi” y “Abajo Guerö”, e incitaban a derribar la estatua de Stalin en el Parque Municipal (*Város Liget*). Amenazaron con arrancar la estrella roja a la bandera; de repente, la multitud empezó a corear: “¡Nagy al poder!”, “¡Nagy al poder!”, “¡Nagy al poder!”. A las 9 p. m., a solicitud del Partido, Nagy se dirigió a la concurrencia. Habló con acento moderado. Llamó a preservar la disciplina y el orden constitucional. No era el paraíso, pero era lo mejor que podían conseguir.

Poco más tarde, Ernö Gerö llegó de Yugoslavia y, sin informarse sobre la magnitud de los acontecimientos, habló en vivo por la radio desde la escalerilla del tren. Empleó un tono arrogante. El descontento devino reyerta... Un grupo allanó la sede del periódico oficial del Partido, *Szabad Nép* (*Pueblo libre*); otro ató la estatua de Stalin con cables tirados por tractores hasta derribarla –quedaron las botas e izaron en ellas banderas húngaras. Fue apedreado el edificio de Radio Budapest. Intentaban tomarlo para leer un comunicado a la nación. Algunos soldados abrieron fuego y

lanzaron gases lacrimógenos; otros arrancaron las estrellas rojas a sus gorras en señal de simpatía con la multitud.

Un grupo incendió carros de la policía y ocuparon sus armas; otro se dirigió rumbo al cuartel de Killián con la intención de tomarlo para distribuir el armamento. Se hizo evidente que el partido fascista trataba de capitalizar los acontecimientos para desencadenar un levantamiento armado. Gerö solicitó la intervención de la URSS y nombró a Nagy presidente del Consejo de Ministros. En la madrugada del 24, los tanques del Ejército Rojo fueron emplazados en las inmediaciones del Parlamento, los puentes del Danubio y los cruces de las avenidas principales. “Estos soldados llevaban años en Hungría, incluso muchos de ellos hablaban el idioma húngaro, y no manifestaron ninguna intención de establecer confrontación armada con los manifestantes...”, relató Barral (Barral, 2017: 62).

Nagy pidió poner fin a la violencia y prometió retomar su programa de reformas políticas. No consiguió aplacar los ánimos. Fueron constituidos núcleos de resistencia armada con jóvenes, obreros y estudiantes de secundaria, que organizaron barricadas y atacaron a los tanques soviéticos con armas ligeras. En Budapest se declaró una huelga general, que en cuestión de horas se extendió al resto del país. Un grupo armado se apoderó de la emisora radial.

Entretanto, en Sèvres, después de un contacto en Londres entre Anthony Eden y Christian Pineau, ese propio 24 de octubre Gran Bretaña, Francia e Israel suscribían un protocolo con la hoja de ruta de la invasión:

... Israel atacaría a Egipto el 29 de octubre. Esta iniciativa suministraría a Gran Bretaña un pretexto virtuoso para recuperar el Canal con el fin de proteger las vidas y la navegación. Gran Bretaña emitiría un ultimátum, y este sería aceptado por Israel. El rechazo de Egipto permitiría a Gran Bretaña bombardear los aeródromos. Después los

anglofranceses desembarcarían con sus fuerzas en Port Said (Johnson, 1993: 497).

Anthony Eden dio la orden de acantonar 50.000 soldados en Chipre. Para levantar su moral les dijeron que Gran Bretaña debía ayudar al pequeño Israel contra las tácticas de intimidación del “gran” Egipto, y compararon a Nasser con Hitler.

Hungría era en ese instante un hervidero. El 25 de octubre los miembros del buró político del PCUS Anastás H. Mikoyán y Mijaíl A. Súslov llegaron a Budapest para administrar la crisis. A ellos se sumó el embajador Yuri V. Andrópov, quien cobró cierta influencia dada su pasión por el jazz y el arte moderno, y su frecuente asistencia a conciertos y reuniones de artistas e intelectuales en las que daba una rara impresión de flexibilidad. Ese día el Comité Central del Partido forzó la dimisión de Ernő Gerő, quien huyó a la URSS junto con el exprimer ministro. Lo sustituyó János Kádár, líder comunista con destacada participación en la resistencia antifascista, y una víctima de los excesos estalinistas que lo llevaron a sufrir prisión entre 1951-1954. Andrópov lo señaló como idóneo para salvar el socialismo húngaro. Las próximas 48 horas fueron críticas:

La policía, los guardafronteras, los guardias penitenciarios y el resto de las fuerzas del aparato estatal dejaron de responder a sus mandos. Se abrieron las cárceles, los presos políticos y los comunes salieron en libertad sin ningún control [...] algunos de ellos se convirtieron en líderes improvisados. Se abrieron también las fronteras del país y cientos de miles de húngaros huyeron al extranjero. El Estado comenzaba a desmoronarse.

[...]

... hubo ajustes de cuentas pendientes, persecución de personas acusadas de comunistas, a veces basándose simplemente en que usaban botas militares, y algún que otro linchamiento en las

calles. Reinaba una gran confusión [...] imperaba una situación de ingobernabilidad (Barral, 2017: 64).

Una turba llegó a atacar la zona residencial en la que vivían los militares y funcionarios soviéticos destacados en Hungría. Varios niños y familiares resultaron lesionados. Este hecho elevó la presión en Moscú hasta un grado extremo.

A este lado del Atlántico, el 26 de octubre Allen Dulles pormenorizó en el Consejo de Seguridad Nacional la situación en Budapest, y predijo: “Es muy posible que Jruschov tenga los días contados”. Eisenhower escuchó entusiasmado y determinó proseguir. Dulles voló a Londres para reunirse con Frank G. Wisner el 27. Le trasladó la indicación del presidente: “... mantener vivas las esperanzas. Hacer menos que eso equivaldría a sacrificar la base moral del liderazgo estadounidense de los pueblos libres” (Weiner, 2008: 142).

Era la orden para subir un peldaño. Tim Weiner reveló a Géza Katona, exprofesor de Derecho Penal que cumplía una labor administrativa de poca relevancia en la cancillería húngara, como el único agente de la CIA en Budapest –si la CIA no empleara tanto presupuesto en adquirir tinta negra para tachar los documentos a desclasificar, pudiera creérsele. Más allá de los problemas internos en Europa del Este, no puede minimizarse la actuación orquestada desde Langley. Londres sirvió de cuartel general a Wisner para dirigir el movimiento paramilitar, que tenía como potencial dentro del territorio húngaro a los agentes reclutados entre los fascistas, la Iglesia católica, los terratenientes nacionalizados, los campesinos resentidos, y los exiliados en la RFA que ingresaban por la frontera con Austria.

El 28 de octubre *Szabad Nép* (*Pueblo Libre*), órgano oficial del Partido de los Trabajadores, publicó en primera plana un editorial que dio la bienvenida a János Kádár como nuevo secretario general del Partido y a Imre Nagy como presidente del Consejo de Ministros; criticó las tentativas

soviéticas de mediar en los acontecimientos y demandó la retirada del Ejército Rojo.

Kádár y Nagy intentaban normalizar la situación: decretaron el alto al fuego y nombraron al frente de la nueva Guardia Nacional –integrada por la policía, el ejército y grupos insurgentes– al general Béla Király, quien como oficial de las antiguas fuerzas armadas combatió del lado de Hitler en el Frente Oriental y, tras el fin de la guerra, se incorporó a la construcción del socialismo en Hungría hasta que resultó detenido y condenado a cadena perpetua por espionaje. Nagy habló al pueblo por Radio Budapest: calificó de “terribles errores y crímenes” lo ocurrido en los últimos diez años; aceptó como válidas muchas de las reivindicaciones y anunció que las tropas soviéticas regresarían a sus guarniciones. Prometió disolver las fuerzas de seguridad y dirigir el país mediante “... un nuevo gobierno, basado en el poder del pueblo” (Bekes, Byrne y Rainer, 2002: 284-285).

Mientras Nagy hablaba en la radio, Wisner se reunía en París con William E. Griffith, politólogo con un doctorado en Harvard, ubicado por la CIA como asesor jefe de políticas en Radio Europa Libre, que asistía a una conferencia extraordinaria de la OTAN sobre Europa del Este. Wisner le trasladó la indicación presidencial de subir el tono a la propaganda. La orden emitida al personal húngaro en la planta de Múnich rezaba que “Todas las restricciones se han eliminado. Todo se permite. Repito: todo se permite”. Desde esa noche Radio Europa Libre instó a sabotear vías férreas, derribar líneas telefónicas, armar a grupos violentos y asaltar los tanques soviéticos arrojando cocteles Mólotov o botellas con gasolina por la escotilla de ventilación. “Esto es REL, la Voz de Hungría Libre –anunciaba la emisora–. En caso de un ataque con tanques, todas las armas ligeras deben abrir fuego en cuanto se divisen los cañones” (Weiner, 2008: 143).

“Cuando la situación parecía irreversible, los obreros, que hasta entonces se habían mantenido en huelga, se hicieron cargo de las fábricas y comenzaron a dirigir la producción, para lo cual nombraron a

administradores que respondieran a sus intereses”. Ante el vacío de poder, un proceso similar ocurrió en centros y organismos no vinculados a la producción. Consejos Obreros asumieron la dirección de las fábricas y la protección de sus bienes; en el resto de las instituciones se crearon Comités Revolucionarios. Esas dos estructuras se integrarían en Comités Municipales, en una progresión espontánea que comenzó en Budapest y se extendió a otras ciudades del país. “De entre las ruinas, comenzó a surgir una nueva sociedad, un nuevo Estado” (Barral, 2017: 65-66).

Un acontecimiento echó pólvora al escenario que conformaba Estados Unidos para que la ONU se pronunciara respecto a Hungría: el 29 de octubre Israel atacó la península del Sinaí. Al día siguiente, Gran Bretaña y Francia lanzaron un ultimátum a Egipto e Israel para que cesaran las operaciones militares. Sin capacidad para hacer frente a esta agresión, legitimada por Turquía, Irán y Pakistán, el ejército egipcio comenzó a desmoronarse...; de repente, la opinión pública del Medio Oriente y del Oriente Próximo se movilizó. La gente se lanzó a las calles en manifestaciones multitudinarias. Nasser se convirtió en héroe.

“Las historias de connivencia entre los franceses y nosotros mismos y los israelíes se están difundiendo ampliamente, y... un miembro de la CIA ha declarado que tiene pruebas. Esto refuerza la necesidad de medidas urgentes para convencer a la administración de que esto no es cierto”, notificó el embajador británico en Washington a Selwyn Lloyd. “Nada justifica que nos crucemos”, balbuceó, lívido, Eisenhower en un contacto con John F. Dulles (Black, 2006). Le parecía inverosímil que Anthony Eden y Guy Mollet interfirieran en sus planes contra Hungría y la URSS, a cuatro días de las elecciones presidenciales por celebrarse el martes 5 de noviembre, en las que se jugaba un segundo mandato.

Budapest convulsionaba, entretanto. El 30 de octubre fue liberado monseñor Mindszenty. La Santa Sede envió un emisario para brindarle asistencia política y financiera. Era el hombre símbolo que esperaba Allen

Dulles. “Una Hungría renacida y el líder designado y enviado por Dios se han encontrado en esta hora”, significó el locutor de Radio Europa Libre (Weiner, 2008: 144).

Ese día Nagy habló otra vez a la nación desde la radio: “... proclamó un sistema pluripartidista y reconoció a las organizaciones locales, así como a los Consejos Obreros de las fábricas; disolvió la ÁVH [órgano de la seguridad del Estado] y anunció públicamente que su gobierno iba a entablar negociaciones con la URSS sobre la retirada completa de sus tropas en Hungría” (Barral, 2017: 70).

Moscú reconoció al nuevo gobierno y el 30 de octubre el mariscal Gueorgui K. Zhúkov, ministro de Defensa, realizó declaraciones a la prensa que aportaron un atisbo de confianza en medio de la crisis: “Deberíamos retirar tropas de Budapest y, si es necesario, de toda Hungría [...] El Gobierno soviético está preparado para entrar en negociaciones con el Gobierno de la República Popular Húngara y con otros miembros del Tratado de Varsovia sobre la cuestión de la presencia de tropas soviéticas en el territorio de Hungría” (Barral, 2017: 71-72).

Ganaba tiempo. Antes de las 24 horas, el Presídium del Comité Central del PCUS aprobó la intervención militar a gran escala en Hungría. Se le denominó Operación Torbellino y se nombró al frente al mariscal Iván S. Kónev, comandante de las fuerzas que tomaron Budapest durante la II Guerra Mundial. Tropas del Ejército Rojo se desplazaban ya desde Asia Central en dirección a Hungría, y János Kádár fue convocado a Moscú. El viernes 1.º de noviembre Nagy realizó una tercera alocución ante la radio. Decidió quemar las naves: anunció la intención de retirar a Hungría del Pacto de Varsovia y proclamó la neutralidad del país; además, pidió a la ONU involucrarse en las negociaciones con la URSS.

Nagy no era la pieza de Washington. Radio Europa Libre indicaba la figura del cardenal Mindszenty, cuyo sermón en Radio Budapest, en el que pedía restaurar el capitalismo y la propiedad privada bajo los auspicios de

Occidente, escuchó conmocionado el pueblo húngaro. Al hablar de quienes establecieron el socialismo en Hungría y de sus herederos, amenazó: "... había llegado la hora de pedir responsabilidades por todo" (Barral, 2017: 70).

Los expertos en guerra psicológica de la CIA abrieron una campaña contra Nagy: "Le atacaron de traidor, mentiroso y asesino. Antaño había sido comunista, y eso solo ya lo condenaba para siempre". La agencia dispuso en ese momento de tres nuevas emisoras y transmitía por cuatro frecuencias. Desde Frankfurt y Viena anunciaba que un ejército de guerrilleros se acercaba a la frontera; desde Atenas llamaba a enviar a los rusos a la horca. Dulles se hallaba poco menos que en éxtasis cuando le informó a Eisenhower acerca de los progresos durante la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, el viernes 1.º de noviembre: "Lo que había ocurrido allí era un milagro" (Weiner, 2008: 144).

En la medianoche del 3 de noviembre, efectivos de la seguridad soviética detuvieron en Tököl –ciudad en las inmediaciones de Budapest en la que estaba emplazada una base militar de la URSS– al coronel Pál Máleter, oficial de carrera que combatió con el ejército húngaro en el Frente Oriental del lado de Hitler y, al caer prisionero, se "convirtió" en comunista. Máleter comandaba una división blindada en la capital que se unió a los sublevados y Nagy lo nombró ministro de Defensa. En el momento de ser detenido encabezaba una delegación que pretendía negociar la retirada total del Ejército Rojo de Hungría.

Ya estaba a punto la Operación Torbellino. Del Asia Central llegaron 31.550 efectivos y 1.130 tanques para sumarse a las tropas acantonadas en Hungría. Sumaron 19 divisiones de infantería. A las 4:25 a. m. arremetieron contra las barricadas de la carretera de Budaörs y penetraron en Budapest a cañonazos. Fue un castigo feroz contra plazas y edificios de viviendas en los que estaban parapetados los opositores. No pararon hasta superar la resistencia esporádica y desorganizada de esas fuerzas húngaras. Nagy fue a

Radio Budapest para comunicar a la opinión pública el ataque soviético y declaró que su gobierno se mantenía en pie; luego huyó a Rumanía. Desde la ciudad de Szolnok, János Kádár acudió a la radio: “... debemos poner fin a los excesos de los elementos contrarrevolucionarios. La hora para la acción ha empezado. Vamos a defender los intereses de los obreros y campesinos y los logros de la democracia popular”, aseguró, antes de convocar a salir de los escondites y tomar las armas a “los luchadores leales a la verdadera causa del socialismo” (Barral, 2017: 75).

Esa mañana Radio Europa Libre hizo una promesa controversial: “... la presión sobre el gobierno de Estados Unidos para enviar ayuda militar a los guerrilleros se hará irresistible”. Los sublevados asumieron el mensaje como una promesa de ayuda. Allen Dulles insistió después en que la CIA no hizo nada para alentar a los húngaros. “Habrían de transcurrir cuarenta años antes de que se desenterraran las transcripciones de las emisiones” (Weiner, 2018: 145).

Fue establecido un toque de queda y Budapest se paralizó por una huelga general indefinida. Solo funcionaban las panaderías. “La situación se fue normalizando paulatinamente, se abrieron los mercados y algunas tiendas. La nota discordante era que los ministros acudían al Parlamento en tanques, denominados por el pueblo «los taxis de Kádár». Esta fue una de las primeras manifestaciones de normalidad: el humor a costa de los vencedores” (Barral, 2017: 75-78).

Kádár constituyó el Partido Obrero Socialista Húngaro (POSH) y la nueva dirección aprobó una resolución que calificó los hechos de contrarrevolución; poco después lo eligieron también presidente del Consejo de Ministros. Pactó con la URSS que los dirigentes vinculados a Rákosi se mantuvieran en el exilio y trajo de regreso a Nagy, quien junto a Pál Máleter fue condenado a muerte y ejecutado. El cardenal Mindszenty se refugió en la embajada estadounidense, donde permaneció hasta que lo

autorizaron a marcharse a Austria, en 1971. El 23 de octubre fue declarado día de fiesta nacional.

El guion de Sèvres no sufrió variaciones y el martes 5 de noviembre tropas anglofrancesas de mar, tierra y aire desembarcaron en la ciudad de Port Said, al nordeste de Egipto, donde se encuentra el edificio de la autoridad del canal de Suez, en tanto la Fuerza Aérea británica bombardeaba los aeródromos egipcios.

Durante esa jornada Eisenhower se impuso en las presidenciales. La presión de la opinión pública, sobre todo en Oriente Próximo y Medio Oriente, ante la agresión contra Egipto no le permitió regocijarse con el triunfo, pues la URSS advirtió que proyectaba apoyar a Nasser. Anthony Eden había detonado una mina bajo sus pies. No solo echó a perder lo proyectado por Estados Unidos, también hizo posible que Jruschov aprovechara la oportunidad como maniobra de control de daños por la invasión de Hungría, y hasta podía terminar convertido en un héroe entre los árabes. Al inicio de la invasión mandó al Departamento del Tesoro a vender libras esterlinas y, el propio 5 de noviembre, le envió un mensaje áspero al premier británico. Eden se derrumbó al día siguiente, a una semana de la aventura y a 24 horas del desembarco de sus tropas:

Era una decisión importante para Estados Unidos, desembarcaron en Egipto precisamente en el momento en que Estados Unidos condenaba a la URSS por lo de Hungría, y en vísperas de una elección presidencial en la que el lema de Eisenhower era “Paz y prosperidad”.

En aquellos momentos, el movimiento anticolonialista adquirió más y más fuerza, los soviéticos amenazaron con intervenir en el conflicto y, en estas circunstancias, los Estados Unidos, en vez de acudir en ayuda de sus aliados ejercieron fuerte presión en ellos, de lo que resultó la retirada de Francia, Gran Bretaña e Israel (Nixon, 1980: 94).

Nasser perdió una batalla y ganó la guerra: nacionalizó todos los bancos, las empresas aseguradoras y las instituciones comerciales en manos extranjeras, fundamentalmente, de Gran Bretaña, Francia y Turquía. Fue un golpe contra la OTAN que nunca le perdonaron. Las calles de Egipto y todo el mundo árabe se desbordaron de júbilo. “El Cairo rememoraba las palabras de su poeta Ahmed Sawqi: «El amanecer de la esperanza disipa las tinieblas de la desesperación, al fin ha despuntado el alba»” (Ali, 2006: 142).

Eisenhower no se quedó de brazos cruzados. En connivencia con el sueco Dag Hammarskjöld, secretario general de la ONU, reemplazó a las tropas israelíes que ocuparon Sharm el-Sheikh, ciudad egipcia ubicada entre la franja costera del mar Rojo y el monte Sinaí, con un contingente multinacional al que denominaron Fuerza de Emergencia de la ONU, encabezado por Estados Unidos. Para justificar la iniciativa, Hammarskjöld declaró: “... la base y el punto de partida ha sido el reconocimiento por la Asamblea General de los derechos soberanos plenos e ilimitados de Egipto” (Johnson, 1993: 500). Con estas palabras se intentaba ocultar el verdadero propósito de la maniobra: bajo la bandera de la ONU Estados Unidos garantizaba la presencia permanente de sus tropas en Egipto ante la escandalosa retirada definitiva de Gran Bretaña y Francia.

Frank G. Wisner Jr. regresó a Langley el 14 de diciembre. Ese día participó en una reunión presidida por Allen Dulles, quien en la evaluación de los hechos dijo contar con equipos para mantener la “lucha guerrillera en los bosques”, pero reconoció su incapacidad para asegurar la “lucha en las calles y de proximidad” por la carencia de armas y dispositivos antitanque. Desesperado por irse a casa, Wisner selló el análisis con una frase lapidaria: “Las heridas de los comunistas rusos provocadas por los recientes acontecimientos mundiales son considerables, y algunas de ellas son muy profundas. Estados Unidos y el mundo libre parecen estar más o menos a salvo” (Weiner, 2008: 146-147).

Todos creyeron que Wisner deliraba. Y en efecto, seis días más tarde aquella extraña criatura que a todos parecía recalcitrante fue ingresada en una clínica presa de delirios. Casi una década al mando del aparato que centralizaba la vertiente paramilitar de la agencia en la Guerra Fría le provocó trastornos postraumáticos. Al verlo postrado en una cama es probable que no pocos se preguntaran si había valido la pena.

Desde febrero de 1956 el mundo estaba expectante respecto a los acontecimientos en la URSS. Las declaraciones de Jruschov en el XX Congreso del PCUS causaron conmoción. Comunistas, anticomunistas, fuerzas de izquierda, sectores conservadores, la reacción..., todos seguían atentos las noticias provenientes de Moscú con reacciones diversas y encontradas. La entrada de las tropas soviéticas a Hungría se sumó a este clima hasta convertirse en el acontecimiento que acaparó los titulares de los medios globales en el último trimestre del año. Nada se hablaba de la invasión contra Egipto. En Cuba los comunistas no estuvieron ajenos, Alfredo Guevara lo relata en unas notas autobiográficas escritas en 1962:

Las discusiones que [...] se producían alrededor del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS y más tarde sobre el caso de Hungría no me parecían correctamente enfocadas. Las explicaciones eran llevadas en forma mecánica. Sergio Aguirre [uno de los cuadros principales del PSP] deshacía hoy la explicación de ayer, y la de ayer y la de hoy –según iban llegando documentos– las daba como verdad revelada, sin producir ni afectar una reflexión o una inquietud. Pero la verdad revelada cambiaba todos los días. Por supuesto que no había imposición de juicios. Los suyos, sin embargo, llegaban con el halo de la opinión oficial.

[...]

El caso de Stalin me parecía perfectamente comprensible. Siempre había rechazado el carácter “napoleónico” del culto externo a Stalin. Pero en el año 1951 yo estuve en la URSS:

toda la prensa hablaba de Stalin, los jóvenes proclamaban a Stalin, en los banquetes se brindaba por Stalin, cada realización era la obra de Stalin. No parecía haber contradicciones políticas en la URSS que pudieran llevar a la tortura y la muerte a los dirigentes marxistas-leninistas auténticos, y mucho menos podíamos creer en campos de concentración. Los había, sin embargo. Si había sido engañado en 1951, bien podía serlo también en esa ocasión. A partir de entonces –y esa es a mi ver la virtud real de la desestalinización– no creería ni dejaría de creer sino después de estudiar, comprobar, profundizar realmente, directamente las cosas. Este era el germen que crecía en mí. Pero no era bien visto: había que creer (Guevara, 2017: 36-37).

Y en eso llegó Fidel

Allen W. Dulles hacía el recuento de la operación en Hungría cuando Fidel Castro escalaba la Sierra Maestra. La CIA lo seguía desde que en 1948 sus actividades políticas como líder estudiantil adquirieran cariz continental y los oficiales de su estación local en La Habana asesoraran la creación del Buró Represivo de Actividades Comunistas (BRAC) –una exigencia de la Administración Eisenhower a Batista–, a cuyo acto fundacional en abril de 1955, un mes antes de la excarcelación de los moncadistas, asistió el propio Dulles. Una carta suya a Batista tres meses después resulta reveladora:

Agencia Central de Inteligencia

Washington D. C.

Oficina del Director

15 de julio de 1955.

Estimado señor Presidente:

Recuerdo con gran placer nuestra reunión celebrada durante mi viaje a La Habana el pasado abril. Para mí fue un gran honor el haber tenido la experiencia de tan placentera e interesante visita a Ud. La creación por el Gobierno cubano del “Buró de Represión de Actividades Comunistas” es un gran paso adelante en la causa de la Libertad. Me siento honrado en que su gobierno haya acordado el permitir a esta Agencia, la asistencia en el adiestramiento de algunos de los oficiales de esta importante organización. Como Ud. podrá recordar, en nuestra conversación del pasado abril, yo establecí que esta Agencia se sentiría honrada en ayudar en el adiestramiento del personal que Ud. enviaría como lo deseara. Tengo entendido que el general Martín Díaz Tamayo dirigirá las actividades del

BRAC y será responsable de la organización. En este caso me gustaría sugerir que pudiera ser conveniente al general Díaz Tamayo venir a Washington en un futuro cercano, de tal manera, que nosotros pudiéramos discutir con él algunas de las técnicas usadas para combatir las actividades del Comunismo Internacional. Estoy seguro que sería útil intercambiar opiniones [...] como un adelanto al grupo de sus subordinados que vendrían aquí para entrenarse. El material que ofreceremos al general puede ser una considerable ayuda en su tarea de organizar el BRAC, y para indicarle el tipo de oficial que él debe preferir al seleccionarlos para el entrenamiento.

En vista del interés que el Ministro de Estado, Dr. Carlos Saladrigas, expresó por este asunto, me estoy tomando la libertad de escribirle hoy, resaltándole las ideas contenidas en esta carta. Yo le sugeriré, si le es aceptable a Ud. y a su gobierno, que extienda una invitación en mi nombre, al general Díaz Tamayo para venir a Washington por aproximadamente dos semanas, preferiblemente comenzando el 1ro. de agosto. Confío que esto será con su aprobación.

Permítame decirlo de nuevo, señor Presidente, qué gran honor y placer ha sido el reunirme y conversar con Ud., y confío estaremos en una posición para ayudarle a Ud. y a su país en nuestro mutuo esfuerzo contra los enemigos de la Libertad.

Acepte, por favor, señor Presidente, la declaración renovada de mi más alta y distinguida consideración.

Sinceramente,

Allen Dulles

Director

(Buajasán, 2013).

A su salida del Presidio Modelo de la isla de Pinos, Fidel constituyó el Movimiento 26 de Julio y partió a México para organizar la nueva fase de la

insurrección armada. Durante esta etapa preparatoria, los revolucionarios enfrentaron graves dificultades, incluido el arresto. Debieron prepararse bajo la observación de la policía de Batista y la CIA, que envió un grupo de trabajo encubierto coordinado por John M. Spiritto, quien durante el golpe de Estado contra el régimen constitucional de Jacobo Árbenz en Guatemala, en 1954, actuó como enlace entre el coronel golpista Carlos Castillo Armas –condiscípulo suyo en Fort Leavenworth, Kansas– y el embajador estadounidense John Peurifoy.

La CIA opinaba que Fidel “... era un hombre de pasos largos”. Spiritto reveló al periodista cubano Luis Báez que durante su preparación le mostraron fotos y películas del líder cubano desde su época estudiantil, resultado de un trabajo conjunto entre la agencia y el FBI: “Se le veía hablando en un acto en el parque Trillo, en La Habana. Detenido en el vivac de Santiago de Cuba después de los sucesos del cuartel Moncada, a la salida del Presidio Modelo, en Isla de Pinos”. El seguimiento continuó en México. El grupo de trabajo era dirigido por el jefe de la estación local de la CIA en el D. F., Winston Scott, en coordinación con el coronel Orlando Piedra Negueruela, jefe del tenebroso Buró de Investigaciones y supervisor de la policía secreta del régimen; un asesino del círculo más íntimo de Fulgencio Batista, que viajaba con regularidad a ese país como parte del acecho. “Estaban superchequeados”, declaró Spiritto (Báez, 2005: 293-297).

México se había convertido en una plaza de Estados Unidos. El entreguismo de su gobierno había llegado a tal punto, que durante una visita de Nixon fueron encarcelados los nacionalistas puertorriqueños exiliados en el país sin que la prensa pudiera mencionarlo, so pena de clausura. El FBI operaba con libertad, incluso para hacer detenciones. En el orden económico, prácticamente no disponía de industria independiente ni comercio libre, y frente al alza del costo de la vida la corrupción se enraizaba. En carta a su madre a principios de 1955, Ernesto Guevara escribió: “... la descomposición es tal que todos los líderes obreros están

comprados y hacen contratos leoninos con las diversas compañías yanquis hipotecando las huelgas por uno o dos años” (Guevara, 2019: 71).

Fidel conoció a Guevara en la capital azteca. Se lo presentó Níco López, un joven de ideas marxistas que participó en el ataque al cuartel Carlos Manuel de Céspedes. Conversaron sobre política internacional y en unas pocas horas el argentino creyó que “... valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro” (Guevara, t. VII, 2016: 121).

El líder de los moncadistas quedó impresionado con el nuevo compañero, de una honestidad inusitada, que compartía su profunda vocación latinoamericanista, cuando la mayoría en Cuba miraba obnubilada hacia Estados Unidos. La convicción de Fidel sobre la responsabilidad yanqui en los problemas de la región radicalizó su pensamiento. Estuvo en el Bogotazo, se sumó a la fallida expedición contra el régimen dictatorial de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, y mantenía una solidaridad militante con la lucha por la independencia de Puerto Rico, la devolución del canal de Panamá, los derechos argentinos sobre las islas Malvinas y la independencia de las colonias europeas en el Caribe. No existían diferencias entre las vocaciones internacionalistas de ambos. Pronto el joven médico recibió el sobrenombre que lo identificó para toda la vida: Che.

La detención de los revolucionarios cubanos por las autoridades mexicanas generó un repudio inmediato. Desde Cuba sus compañeros se movilizaron. En carta al presidente de México, Armando Hart avizó:

El Dr. Fidel Castro es una figura nacional de amplia y reconocida popularidad en todo el país. No se trata de un líder de un grupo sedicioso, sino de quien representa un poderoso estado de opinión pública que influye sobre el curso de los acontecimientos políticos en Cuba. Es un demócrata sincero [...] un honesto combatiente por la libertad e infatigable luchador de las causas populares. Los detenidos conjuntamente

con él gozan de indiscutible prestigio en los sectores estudiantiles y revolucionarios de nuestra patria. Cualquier agresión a ellos es, pues, una agresión a nosotros pues jamás consideramos que sus conductas se han salido de lo que estimamos correcto [...] Cuba, Honorable Sr. Presidente, está al borde de una revolución que transformará el orden social y político y sentará las bases de una democracia socialista y revolucionaria (Hart, 2006: 106-107).

Fueron liberados con la ayuda del expresidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), quien nacionalizó el petróleo e impulsó una reforma agraria. Los hechos se precipitaron. El 25 de noviembre 82 expedicionarios zarparon hacia Cuba a bordo del yate *Granma* en condiciones de hacinamiento. Desembarcaron en un manglar de playa Las Coloradas, en la costa sur oriental, el 2 de diciembre. Sin tomar un respiro se lanzaron al lecho de la ciénaga, movedizo y traicionero. Atravesaron 1.500 m en una lucha dramática contra el mangle. Casi cuatro horas les llevó alcanzar tierra firme. Y no habían pasado lo peor... Para llegar a la Sierra Maestra les faltaban 72 horas por una superficie rocosa, taladrada por huecos y erizada de dientes de perro. Llegaron el 5 de diciembre a Alegría de Pío, en Niquero.

Poco disfrutaron de Alegría... Esa tarde los dispersó el fuego de la infantería y el bombardeo de la Fuerza Aérea. Fidel quedó aislado con dos compañeros. Tenían dos fusiles y 150 balas. Nada los detuvo. Se abrieron paso entre las tropas que masacraban a los expedicionarios capturados, bajo el acoso del hambre y la fatiga. Socorridos por los campesinos de la zona, el 18 de diciembre se reencontraron en Cinco Palmas con Raúl y otros cuatro expedicionarios. Eran ocho y contaban con siete fusiles para enfrentar al más moderno e imponente ejército de América Latina, integrado por 40.000 hombres con armas, asistencia financiera y asesoría estadounidenses. “Ahora sí ganamos la guerra” –soltó Fidel al abrazar a Raúl, quien creyó que su hermano deliraba (Ramonet, 2018: 194).

Más que estar vivos, para Fidel lo importante era que se mantenían en la pelea, camino a cumplir su promesa de que en 1956 serían libres o mártires. El 21 de diciembre se incorporaron el Che y otros cinco combatientes. “Unos quince hombres destruidos físicamente, y hasta moralmente, nos juntamos y solo pudimos seguir adelante por la enorme confianza que tuvo en esos momentos decisivos Fidel Castro, por su recia figura de caudillo revolucionario y su fe inquebrantable en el pueblo”, narró Guevara (Guevara, t. II, 2013: 12). El 28 eran ya veintiuno: “... nos veíamos como el embrión de un ejército, experimentado y audaz, que, con el total apoyo del pueblo, incluida la huelga general revolucionaria, derrotaría al ejército enemigo”, rememoraría Fidel (Ramonet, 2018: 207 y 232).

Dos años duró la lucha en la Sierra Maestra. Fidel sumó a la teoría política el humanismo y la ética, dos cualidades que elevaron la moral combativa del Ejército Rebelde. No hubo un solo civil muerto como consecuencia de los combates de la Columna 1. Era un principio que a las personas inocentes no se les sacrificara. Rechazaba los métodos terroristas, generadores de oposición y enemistad entre la población: “... no tocábamos nada que no nos perteneciera, incluso no comíamos nada que no pudiéramos pagar, y muchas veces pasamos hambre por este principio”, aseguró el Che (Guevara, t. II, 2013: 12); al contrario, por donde pasaba el ejército de Batista, quemaba, mataba y robaba, lo que se tradujo en la incorporación del “sombbrero de yarey” hasta convertirse, al decir del Che, de una guerrilla de civiles en un ejército campesino. Solo aplicaron la pena de muerte en casos de traición y para cortar de raíz un brote de bandidismo entre un grupo de colaboradores en la primera fase. “Y el número de personas sancionadas fue mínimo” (Ramonet, 2018: 227).

En cuanto al adversario, nunca fusilaron, torturaron o golpearon a un oficial o soldado. Tampoco los humillaron. Los médicos rebeldes atendían a sus heridos y compartían los escasos medicamentos. Cuando los batallones cercados se entregaban, a los soldados se les dejaba en libertad y los

oficiales conservaban el arma personal. Ello trajo consigo que el Ejército Rebelde, antes de derrotarlo en el terreno militar, alcanzara la victoria psicológica y moral sobre un enemigo que lo respetaba.

Entretanto, una pléyade de combatientes temerarios enfrentaba a la tiranía en las ciudades. La Habana, Santiago de Cuba, Guantánamo, Holguín, Manzanillo, Cienfuegos, entre tantas, escribieron páginas imborrables. Solo en la capital, el trabajo de Níco López, continuado por Gerardo Abreu Fontán, permitió organizar un ejército de más de setecientos jóvenes y adolescentes nucleados por sus lugares de residencia o centros de estudio. Muchos no entendían el significado de las palabras “derecha” o “izquierda”. Los movían sentimientos de patriotismo, de rechazo a la opresión y la injusticia social, a los abusos y crímenes de la tiranía. La mayoría de las veces los combatientes clandestinos actuaban en condiciones de soledad, acorralados y sin tiempo para realizar consultas; expuestos a la tortura, las golpeaduras y el asesinato por parte de una policía degradada a bestia.

Tuvo la mayor fuerza el Movimiento 26 de Julio, junto con el Directorio Revolucionario, cuyos miembros protagonizaron la hombrada de asaltar la emisora Radio Reloj y el Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957, acción en la que perdió la vida el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y del propio Directorio, José Antonio Echeverría, uno de los líderes de mayor calibre y trascendencia en la historia de la nación. También contribuyeron, aunque en menor medida durante esta fase, la Juventud Socialista y el PSP, pues parte de su dirigencia sentía admiración por la limpieza moral de Fidel y le brindó apoyo luego del Moncada, mientras su militancia desafiaba las detenciones y crímenes de la dictadura.

Uno de los mayores golpes al Movimiento 26 de Julio fue el asesinato en plena calle de Santiago de Cuba, de Frank País García, su coordinador nacional de Acción. Tenía 22 años y el 30 de julio de 1957 fue acribillado a balazos (36 impactos, desarmado y en el suelo) por José María Salas

Cañizares, supervisor militar del Ejército; el comandante Bonifacio Haza Grasso, jefe de la policía de Santiago de Cuba, y otros sicarios. Su muerte provocó una reacción popular espontánea de tal magnitud, que la ciudad se paralizó durante varios días. El entierro se convirtió en la mayor manifestación de rebeldía en la historia santiaguera hasta aquel instante: más de 20 cuadras de gente en apretada marcha, sin temor a lo que pudiese ocurrirle. Fue el primer conato de huelga general política, sin preparación ni control, con similares repercusiones en las ciudades de Camagüey y Santa Clara. Durante las últimas semanas de su vida, Frank impulsó la sección obrera del Movimiento, aspecto esencial dentro de la estrategia revolucionaria concebida por Fidel desde el Moncada para asestar la estocada final al régimen.

Batista aprovechó la coyuntura y decretó la suspensión de las garantías constitucionales. Con Santiago paralizada, sus esbirros no tuvieron reparos en reprimir a 200 mujeres vestidas de negro, la mayoría muy jóvenes, que el 31 de julio protagonizaron una manifestación frente al Palacio Municipal de Gobierno, donde le entregaban la llave de la ciudad al nuevo embajador de Estados Unidos, Earl E. T. Smith. Llegaba para sustituir a Arthur Gardner, tan cuestionado por su amistad con el hombre que teñía de rojo a Cuba –al grado de jugar canasta varias veces a la semana en su finca– que Eisenhower se vio forzado a pedirle la renuncia. Smith era un corredor de inversiones con más de 30 años en la Bolsa de Nueva York, y durante la II Guerra Mundial sirvió como oficial del 8.º Cuerpo de Inteligencia del Ejército. Apenas llevaba unos días en el país y no podía ser más impresionante su estreno. Cuando las mujeres intentaron romper el cordón policial, los carros de bomberos abrieron las mangueras para repelerlas con chorros de agua, mientras los policías y agentes de la Inteligencia militar las hacían retroceder golpeándolas con sus porras. Al salir el embajador a la calle las cosas empeoraron: “Las madres de Santiago se pusieron histéricas y luchaban por llegar a mí. Nos dejó aterrados la innecesaria rudeza y

brutalidad de la policía. Algunas mujeres fueron derribadas al suelo, otras fueron metidas en el coche celular de la policía” (Smith, 1983: 25).

Este clima trascendió las fronteras insulares, junto con las noticias del fracaso del primer intento de ofensiva general contra el Ejército Rebelde. La frustración de los mandos militares de la tiranía derivó en la más despiadada represión contra la población campesina de la Sierra Maestra, sin que se escuchara una sola protesta en la Casa Blanca. El 16 de enero, Smith, quien no tenía reparos en utilizar los epítetos de “proscrito” o “jefe de bandidos” para referirse a Fidel, declaró durante una breve visita a Washington: “Los Estados Unidos no podrán tratar nunca con Fidel Castro” (Smith, 1983: 53).

El 12 de marzo de 1958 Batista renovó la suspensión de las garantías constitucionales y Eisenhower no tuvo cómo eludir la presión de la opinión pública interna. Acosado por el impacto de los artículos escritos por tres periodistas estadounidenses que habían entrevistado a Fidel en la Sierra Maestra, y por las críticas provenientes del Congreso –el senador demócrata John F. Kennedy pasó las navidades de 1957 en La Habana, de donde regresó impresionado–, al presidente no le quedó otro remedio que declarar 48 horas después el cese de todos los embarques de armas destinados a Cuba, como parte del Programa de Ayuda para la Defensa Mutua, coordinado por la misión militar de Estados Unidos (14 oficiales) en el Campamento Militar de Columbia.

Los medios hicieron gran alharaca con una noticia que mostraba la presunta oposición de la Casa Blanca a los métodos de Batista. A Eisenhower, sin embargo, solo le interesaba cubrir las apariencias. Nada cambiaría. El propio Smith lo confesó en sus memorias:

El mismo día, 14 de marzo de 1958, recibí instrucciones del Departamento de Estado de notificar al gobierno de Cuba que los Estados Unidos suspendían el embarque de todas las armas. Sin embargo, se me dieron instrucciones de asegurar al

gobierno cubano que no había cambio alguno en la política fundamental de los Estados Unidos, que las medidas que se habían tomado para suspender los embarques de armas se debían únicamente a las censuras y presión que ejercían la prensa norteamericana y algunos miembros del Congreso (Smith, 1983: 89).

Jules Dubois, reportero del *Chicago Tribune* y agente de la CIA, que en la Sociedad Interamericana de Prensa estaba a cargo de la comisión de libertad de prensa, recomendó a Smith no permitir que los asesores norteamericanos entrenaran a los pilotos batistianos para bombardear la Sierra Maestra, donde masacraban a las familias campesinas. El Ejército Rebelde "... representaba y expresaba el sentimiento profundo del pueblo de Cuba", le dijo, y Smith calificó de "ridícula" su valoración. Una semana más tarde se reunió con los oficiales de la misión militar y les pidió evitar toda publicidad, y cerciorarse de que no les tomaran ninguna foto en relación con las armas del Programa: "Insistí en que todas sus actividades tuvieran como guía la más absoluta discreción, pues el Departamento de Estado se encontraba bajo la presión de los revolucionarios cubanos..." (Smith, 1983: 55 y 102).

El Movimiento 26 de Julio contaba con una célula clandestina en la Base Naval en Guantánamo, que en mayo fotografió a los aviones de la Fuerza Aérea de Batista mientras se apertrechaban de bombas –incluso napalm– y cohetes en uno de los aeropuertos del enclave; en La Habana, los asesores estadounidenses continuaron el adiestramiento del ejército. Wayne S. Smith, un exmarine que hizo carrera en el Departamento de Estado y era entonces el tercer secretario de la sede en Cuba, narró años más tarde:

Recuerdo la ceremonia de graduación de los reclutas que se graduaban y marchaban a la Sierra Maestra en la primavera de 1958 para luchar contra el Movimiento 26 de Julio, y durante el pase de revista estaban todos los oficiales representantes de la

misión militar de Estados Unidos. Se había declarado el embargo de los armamentos, pero el gobierno cubano vino y dijo que ya había pagado [...] por algunos cohetes, bombas y otros equipos y municiones que no se habían entregado y se decidió entregarlas en la Base Naval de Guantánamo. Esta fue una decisión muy desafortunada, muy infeliz, ya que esto tenía que llamar la atención del 26 de Julio, es decir que se estaban cargando aviones de la fuerza aérea de Cuba en la Base Naval de Guantánamo con bombas y cohetes que luego se utilizarían contra la población cubana (Conferencia Tripartita 1992, 2012: 98).

Gran Bretaña también le vendió tanques, aviones y municiones a Batista; República Dominicana, armas ligeras. Incluso el Gobierno yugoslavo intentó lucrar con la guerra de liberación cubana. Su embajador en México mantenía estrechas relaciones con el teniente coronel Andrés Pérez-Chaumont, responsable del asesinato de decenas de asaltantes al Moncada que cayeron prisioneros, y el 13 de diciembre de 1958 ofertó por su intermedio fusiles calibre 30,06 y lanchas lanzatorpedos que desplegaban una velocidad de 40 km/h.

En una expresión de certidumbre, el 9 de abril de 1958 –a raíz de una fallida huelga general convocada por el Movimiento 26 de Julio– Smith notificó a Washington que en Cuba todo estaba tranquilo. “La guerra se sigue celebrando en Estados Unidos...”, dijo, atribuyendo la imagen existente acerca de la pujanza del Ejército Rebelde a una invención de “los agentes de prensa de Fidel Castro” (Smith, 1983: 130-131). Allen W. Dulles, con un poco más de información, tenía la misma percepción optimista acerca del fracaso de la “revuelta de Castro” y las posibilidades de maniobra del gobierno –según evaluaba la agencia–, debido a que el ejército y los sindicatos se mantenían leales al dictador.

Apenas 300 combatientes rebeldes contuvieron la ofensiva general desplegada en la primavera por 10.000 soldados al mando del general

Eulogio Cantillo, quien operó desde un puesto de mando asentado en la ciudad de Bayamo. Para el verano, no menos de cinco grandes unidades de la tiranía habían sido aniquiladas, con más de mil bajas, de ellas más de 300 muertos y 443 detenidos. Los rebeldes perdieron 31 hombres y capturaron 507 armas, incluidos dos tanques, 10 morteros, varias bazucas y 12 ametralladoras calibre 30. Las columnas del Che y Camilo Cienfuegos – otro de los 82 expedicionarios del *Granma*– emprenderían camino al centro del país por las llanuras del Cauto y de Camagüey. El 11 de noviembre Fidel salió de La Plata con 30 veteranos armados y mil reclutas desarmados; poco después, se le unió Raúl con sus fuerzas del Segundo Frente Oriental Frank País.

A finales de 1958, hasta para los más obstinados se hizo evidente que Batista no podía perdurar: “... la economía de Cuba se está desintegrando. Las principales arterias de transporte están siendo cortadas. Los puentes importantes de la Carretera Central están siendo destruidos. Al parecer los revolucionarios reciben consejo profesional sobre la manera de destruir las principales líneas de comunicación y transporte”, informó Smith el 23 de noviembre en Washington (Smith, 1983: 163). El 23 de diciembre, el secretario de Estado interino, Christian Herter, elevó a Eisenhower una nota desesperada: “... el Departamento no desea ver a Castro conseguir el liderazgo del Gobierno” (Paterson, 1994: 307).

Ya iba camino a la Sierra Maestra Alan Robert Nye, un piloto de la Armada de Estados Unidos reclutado por el FBI para penetrar a los emigrados que conspiraban contra Batista. En noviembre el FBI lo puso en contacto con el comandante Efraín Hernández, cónsul en Miami y oficial del Buró de Investigaciones, encargado de monitorear las actividades revolucionarias en la Florida. Nye viajaría a Cuba para asesinar a Fidel; a cambio, recibiría 50.000 dólares provenientes de las arcas cubanas. Llegó el 12 de noviembre a La Habana, donde lo esperaban Orlando Piedra Negueruela, jefe del Buró de Investigaciones y supervisor de la policía

secreta, y Carlos Tabernilla, jefe de la Fuerza Aérea. Un comando del ejército lo acompañó hasta Santa Rita, poblado de la actual provincia de Granma, cercano a la zona de operaciones del Ejército Rebelde. Ocultó las armas: un fusil Remington calibre 30,06 con mira telescópica y un revólver calibre 38, y despidió a su escolta. El 25 de diciembre en la mañana se internó monte adentro. Caminó varias horas hasta que hizo contacto con los barbudos, pero se puso fatal: lejos de llevarlo ante Fidel, lo dejaron bajo custodia en un hospital de campaña del que no podría salir.

Tercas, ligeras, corrían las manecillas del reloj, y la única esperanza para la Administración Eisenhower descansó en hallar una “tercera fuerza”. Necesitaban mediar como hizo Roosevelt a la caída de Machado, cuando la embajada de Estados Unidos, en componenda con los sectores reaccionarios del país, captó a Batista –recién ascendido a coronel y jefe del Ejército– para derrocar un gobierno radical que apenas duró cien días y poner fin a la Revolución del 33. Smith, la estación local de la CIA y la misión militar en Columbia se desplegaron. Esperaban un milagro, pero esta vez no les fue posible.

Tampoco eran tiempos promisorios para Estados Unidos en América Latina. Una gira de Nixon en mayo resultó desastrosa: no solo lo despreciaban por instigar el golpe contra Jacobo Árbenz; como vicepresidente de una administración célebre por tener seis multimillonarios en cargos de primer nivel en el ejecutivo, le tocó premiar a los regímenes que garantizaron una “sana política de inversión extranjera”, sobre la base de ofrecer garantías al capital privado estadounidense de agenciarse plenos beneficios en los negocios y repatriar las ganancias sin restricción. En plena lucha insurreccional encomió la “estabilidad y competencia” de Batista, y condecoró con la Legión del Mérito a los no menos abominables dictadores Manuel Odría, de Perú, y Marcos Pérez Jiménez, de Venezuela –a este último, incluso, le habían brindado asilo político en Estados Unidos.

Su recorrido lo dejó mal parado: fue abucheado en Uruguay, Ecuador y Colombia; en Lima, una barrera estudiantil le cerró el acceso a la Universidad de San Marcos, donde lo escupieron y apedrearon. En Caracas el repudio alcanzó ribetes dramáticos, pues al mediodía del 13 de mayo una multitud de trabajadores y estudiantes lo recibió a gritos en el aeropuerto de Maiquetía, mientras otra muchedumbre tomaba el Panteón Nacional, izaba una bandera negra en señal de luto y le impedía rendir homenaje a Bolívar. A la salida, una masa colérica apedreó el auto en que viajaba acompañado de su esposa y recibió una herida en el rostro. Aquel hombre prepotente no daba crédito a lo que ocurría: los gritos y pedradas de los jóvenes “alborotadores” dejarían una huella en su memoria. Gracias a la actuación resuelta de su traductor, el general Vernon Walters, consiguió salir del trance sin mayores contrariedades. Debieron evacuarlo a la embajada estadounidense en Caracas, de la que no se atrevió a volver a salir. Esa noche la Armada confirmó que enviaría cuatro compañías aerotransportadas para rescatarlo. Así salió Nixon de Venezuela, escoltado por los marines en un buque de guerra.

Nada detuvo al Ejército Rebelde en Cuba. A finales de diciembre cayó Palma Soriano; en Las Villas, Camilo y el Che tomaban Yaguajay y Santa Clara. En la mañana del 31 de diciembre, Smith cablegrafió a Washington que Batista y otros funcionarios de su gobierno abandonarían la Isla en las próximas 24 horas. Los activos del capital privado estadounidense se calculaban en más de 1.000 millones de dólares; la presión abrumaba. A las 3:40 p. m. funcionarios de la CIA, el Departamento de Estado y el Pentágono al más alto nivel se reunieron en la Casa Blanca. “Batista se preparaba para huir de Cuba; y una posible acción de Estados Unidos, incluyendo la intervención directa de los marines [...] estuvo entre los tópicos que se discutieron. Se recomendó que Estados Unidos asumiera la responsabilidad de nombrar los miembros de una Junta para sustituir a Batista, en lugar de permitir que Fidel Castro y sus seguidores tomaran el

poder del gobierno” (Pfeiffer, 1979: 16). Los medios acreditados en La Habana solo hablaban del “baño de sangre” que ocurriría si el tirano era derrocado, y mucha gente en Estados Unidos se sugestionó. Estaba vivo el recuerdo de lo ocurrido a la caída de Machado, cuando varios de sus seguidores fueron arrastrados por las calles y se produjeron asaltos y saqueos a sus casas.

Fidel había pensado en la violencia que acompaña a las victorias populares. Estuvo en el Bogotazo tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, en 1948, y constató lo que es un pueblo sublevado. Como los verdugos más notorios del batistato cometían crímenes a la luz pública y se jactaban de ello, aprovechó el alcance de Radio Rebelde –emisora de onda corta que el Che se encargó de subir hasta la Sierra Maestra y ubicar en la Comandancia de La Plata; a determinadas horas del día tenía el *rating* más alto en el país– para explicar, una y otra vez, que el Movimiento 26 de Julio “... no quería gente arrastrada por las calles ni venganzas personales, porque habría justicia” (Ramonet, 2018: 235).

A las 2 a. m. del 1.º de enero de 1959, Batista y los principales cargos de su gobierno, las fuerzas armadas y la policía inauguraron la fuga precipitada en tres DC-4 de la Fuerza Aérea: unos –entre ellos el déspota– rumbo a República Dominicana; otros, a Estados Unidos. Todavía a las 9 a. m. salían aeronaves del aeropuerto militar. Fue un espectáculo bochornoso que develó la catadura moral de aquella pandilla. Las calles cubanas se desbordaron y los automóviles corrían por todos lados haciendo sonar las bocinas. A pesar de las emociones, no se registró un solo caso de linchamiento, “... no se produjo el temido baño de sangre” (Smith, 1983: 189). El pueblo confió en la justicia revolucionaria.

Un nubarrón repentino se apostó bajo el sol de La Habana ese 1.º de enero: en Columbia se estableció la junta militar prevista en la Casa Blanca. Querían aprovechar el vacío de poder, y en un postrer esfuerzo la embajada, la estación local de la CIA y la misión militar lograron reunir a un grupo de

oficiales encabezados por Eulogio Cantillo. Desde Palma Soriano, Fidel convocó por Radio Rebelde a la huelga general a partir del 2 de enero, en todos los territorios no liberados; entretanto, el Ejército Rebelde proseguiría su arrolladora campaña y solo aceptaría la rendición incondicional de las guarniciones militares. “Hasta que Columbia no se rinda, no habrá terminado la guerra. Esta vez nada ni nadie podrá impedir el triunfo de la Revolución”, advirtió (Castro Ruz, F., 2006: 14), y la Isla se paralizó.

A las 6 p. m. del 2 de enero, Camilo tomó Columbia sin disparar un tiro; horas más tarde el Che asumió el control de La Cabaña. A las 5 p. m. del 3 de enero en el Salón de la Biblioteca de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba, erigida en capital provisional de la República, se constituyó el Gobierno Revolucionario con el abogado Manuel Urrutia Lleó –uno de los letrados que defendió a los moncadistas– como presidente, y Fidel como comandante en jefe de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire. En tres días estuvieron a disposición de los guerrilleros las 100.000 armas, los barcos y los aviones de la tiranía. El Ejército Rebelde fue capaz de derrotar a aquel ejército moderno y bien equipado e hizo añicos la doctrina del fatalismo geográfico: era posible una revolución armada en el “traspatio” de Estados Unidos. Al decir del Che, se echaron por tierra las “teorías de salón” de la lucha revolucionaria, y ello tendría un impacto hemisférico.

¿Una luna de miel sin novios?

En una época en que la inversión privada estadounidense en Canadá, América Latina, Europa y Asia totalizaba 27.484 millones de dólares y la industria armamentista constituía su más poderosa empresa económica – entre 1950 y 1960 cedió o vendió más de 35.000 millones de dólares–, Cuba removió el orden institucional inaugurado por Estados Unidos entre finales del siglo XIX y principios del XX para dominar el hemisferio occidental. Eisenhower, cuyo ciclo se agotaba tras dos mandatos, no podía creerlo.

La Revolución cubana desafió al capitalismo desde la cuna de su sistema neocolonial y se alzó como símbolo inspirador, en virtud de su proyección social transformadora e incluyente. Tendría que pagar un alto precio por ello. Desde el primer minuto el Gobierno de Estados Unidos intentó generar una imagen caótica y organizó un aparatoso dispositivo para evacuar a más de dos mil turistas y estudiantes que vacacionaban en la Isla y necesitaban regresar a su país. No sufrieron daños ni se produjeron incidentes enojosos; nunca corrieron peligro. De hecho, ninguno de los miles de residentes norteamericanos salió de Cuba en los primeros días del triunfo revolucionario.

El 7 de enero de 1959, Smith entregó a la cancillería cubana la nota oficial de reconocimiento del Gobierno de Estados Unidos “... al gobierno del presidente Manuel Urrutia Lleó como gobierno provisional de la República de Cuba” (Smith, 1983: 199). Tres días después abandonó el país a bordo de un avión de la Fuerza Aérea estadounidense. En una maniobra de control de daños, Eisenhower lo sustituyó; demasiados epítetos contra Fidel y el Ejército Rebelde; demasiada confabulación con Batista.

Mientras regresaban a Cuba miles de personas –sobre todo, jóvenes– que debieron emigrar para eludir la acción criminal del régimen o en busca

de oportunidades de trabajo, sus principales personeros y sicarios se desbandaron rumbo a República Dominicana y Estados Unidos. Tenían las manos manchadas de sangre y se las ingeniaron para escabullirse. La mayoría llegó a la Florida en naves aéreas o yates lujosos, con maletas rebosantes de dinero desfalcado al erario público. Eran responsables de la tortura, asesinato y desaparición de miles de cubanos; los documentos probatorios habían sido entregados a la prensa internacional y a varios gobiernos extranjeros por el Movimiento 26 de Julio antes del 1.º de enero, pero la denuncia no tuvo impacto. Todos guardaron silencio...

No es de extrañar. Sus nombres y actividades ocupaban *files* en los archivos de Washington, pues, como ya se apuntó, mantenían vínculos con la misión militar en Columbia o trabajaban con la CIA y el FBI; en los archivos del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) de la dictadura se ocuparon documentos identificativos de cinco oficiales de la estación local de la agencia, que actuaban como asesores. Eran los mismos que observaban atentos las informaciones brindadas por una red de espías distribuida en lugares sensibles de la vida nacional, que controlaban desde el BRAC.

Apenas consolidado el triunfo, se constituyeron los tribunales para procesar mediante juicios sumarios a los torturadores de la policía y a los militares acusados de cometer graves violaciones de los derechos humanos, entre ellos los pilotos de la Fuerza Aérea que masacraron a las poblaciones campesinas de la Sierra Maestra. Influían en la Generación del Centenario los juicios de Núremberg, celebrados 12 años antes para juzgar a los criminales de guerra nazis; mas a diferencia de Núremberg, donde se sancionó en virtud de leyes promulgadas después de cometido el delito, el Gobierno Revolucionario fijó como principio: “No hay delito, si no existe la ley que lo sanciona”.

Cerca de 400 esbirros fueron juzgados como presuntos autores de crímenes punibles con la pena capital. A las vistas, celebradas en lugares

públicos, asistieron corresponsales acreditados en La Habana, e incluso Jules Dubois, quien reconoció que la medida solo contaba con opositores en Washington.

No acapararon titulares las confesiones e imputaciones recíprocas entre los encartados; los testimonios de las víctimas y de los familiares de los desaparecidos; las imágenes de las picanas eléctricas, fustas, palos para quebrar huesos e instrumentos para sacar ojos y uñas. Salió a relucir que Pilar García García distribuía los cadáveres por La Habana como si fueran pomos de leche; José María Salas Cañizares les abría el vientre a los jóvenes en Santiago de Cuba con una bayoneta; Esteban Ventura Novo los castraba antes de asesinarlos, por solo citar tres ejemplos. Uno de los sicarios de la organización paramilitar “Tigres de Mansferrer”, Elizardo Necolardes Rojas, tenía un almacén de cadáveres en su domicilio en Manzanillo. También resultaron probados los asesinatos y torturas cometidos por cuatro de los principales colaboradores de la CIA y el FBI: Julio Laurent Rodríguez, jefe del Servicio de Inteligencia Naval (SIN); Mariano Faget Díaz, jefe del BRAC; Manuel Ugalde Carrillo e Irenaldo García Báez, jefe y segundo jefe del SIM.

Estos nombres disfrutaban de la hospitalidad de Estados Unidos y fueron juzgados en ausencia. El Gobierno cubano solicitó su extradición por nota verbal a la embajada norteamericana en La Habana. De acuerdo con las causales de extradición pactadas en un tratado bilateral rubricado en Washington el 6 de abril de 1904, renovado y ampliado en 1926, esos acusados, y otro grupo mayor no mencionado en este texto, incurrían en uno o más delitos sujetos al convenio. La Administración Eisenhower ni se dignó siquiera a responder. No podían darse el lujo de que en las vistas públicas saliera a relucir su asistencia al régimen, hecho que parecía inevitable.

Fueron recibidos con los brazos abiertos y les brindaron protección. Era el primer acto de hostilidad visible contra la Revolución cubana. Cuando la

revista *Bohemia* publicaba una foto del hijo de Elizardo Necolardes –de 13 años– jugando en el patio de la casa con las calaveras de las víctimas de su padre, en Washington un cable de la agencia *United Press International* anunciaba que había recibido asilo político el senador Rolando Mansferrer Rojas, jefe de los “Tigres”, quien permanecía en un centro de detención del servicio de Inmigración en McAllen, Texas, junto con 26 personas con las que llegó el 1.º de enero a Cayo Hueso en un yate de lujo. Al igual que más de un centenar de asesinos reclamados por el tratado de extradición, estos personajes conformaron la legión extremista, resentida y peligrosa que durante 60 años ha controlado Miami.

Pero no todos los responsables del clima de terror sufrido por Cuba entre 1952 y 1958 escaparon; de súbito, los medios que se mantuvieron callados ante la crueldad de Batista desataron una campaña articulada por Allen W. Dulles. A los formuladores de política les preocupó la posible reacción de la opinión pública internacional –incluida la de la ONU y la OEA–, y el principio de la “negación plausible” determinó que la agencia se convirtiera en el brazo principal para la implementación de los esfuerzos contra la naciente Revolución. La prensa estadounidense no tenía cómo refutar el respaldo popular a la medida y presentó al pueblo cubano como una masa ávida de sangre, con un concepto extravagante de la justicia, y a Fidel como un caudillo obcecado por la sed de venganza. No dijeron que a quienes resultaron absueltos se les puso en libertad y los pilotos recibieron penas de hasta 30 años, pero ninguno fue fusilado; que se concedieron salvoconductos de salida del país a cientos de personeros –entre ellos varios criminales de guerra o malversadores, como Raúl Menocal, exministro de Comercio– asilados con sus familiares en embajadas latinoamericanas, a cuyos gobiernos se presionó desde Washington para que rompieran relaciones diplomáticas con Cuba, si las nuevas autoridades no accedían. Nada era suficiente para quienes estaban a la caza de una oportunidad.

Cuba entabló una batalla política y diplomática que denominó Operación Verdad. Fidel convocó un acto de respaldo a la Revolución el 21 de enero de 1959 frente al Palacio Presidencial e invitó a la prensa internacional. Ese día se presentaron 380 reporteros y algunas personalidades de Estados Unidos, Canadá y América Latina, que no daban crédito a lo que veían: un millón de personas se congregó en la parte frontal de la casa de gobierno, sus alrededores y los lugares de acceso. Nunca se había visto algo igual en Cuba. Fue, por mucho, el más multitudinario acto de masas de toda su historia.

Para colmo, la concentración popular compartió titulares el 22 de enero con un despacho de *Associated Press* firmado en Kingston, en el que se consignaba que un barco con 70 t de municiones enviadas por Gran Bretaña a la dictadura se hallaba varado en Jamaica sin saber qué hacer. Después de cargar en Génova, inició una travesía que se dilató y el 1.º de enero su capitán recibió por radio la noticia de que Batista había huido. Habían transcurrido 21 días y continuaba esperando órdenes. Nadie se atrevía a responsabilizarse...

La cobertura del acto de masas resultó demoledora para los intereses de la Casa Blanca, y en febrero uno de los testigos, el congresista Charles E. Porter, aseguró en la Cámara de Representantes que en Cuba no existía un baño de sangre, como afirmaba el senador Wayne Morse, presidente de la Subcomisión de Relaciones Exteriores para los asuntos de América Latina. El 2 de marzo, en el Congreso Mundial de Prensa celebrado en Misuri, salió a flote la parcialidad de los medios con la dictadura. Herbert Lundy, director de *The Oregonian*, de Portland, solicitó que "... los delegados respondieran a la crítica de que los diarios de los Estados Unidos no habían informado en toda su extensión acerca de las atrocidades de Batista". Puso como ejemplo un cable de *Associated Press* del 31 de diciembre, en el que se hizo creer que el Ejército Rebelde se desmoronaba. Frank J. Starzel, corresponsal de *Associated Press* en el Capitolio, admitió que "... no se había informado

con respeto sobre la magnitud de las atrocidades”, aunque lo atribuyó a la férrea censura del régimen; otro delegado reconoció que “... los directores americanos se mostraron indiferentes a las noticias cubanas [...] los lectores estaban mal informados en razón de que los diarios no publicaron suficientes informaciones sobre el tema” (León, 1983: 29).

La campaña articulada por Dulles empezó a desinflarse; Cuba ganaba la batalla por la verdad. Y cuando ya los criminales de guerra dejaban de ser noticia, la agresión mediática asumió un cariz de mayor peligrosidad: presentar a Fidel –desde el 13 de febrero de 1959, primer ministro de la República de Cuba– como un enemigo furibundo de Estados Unidos; en paralelo, entre los medios hostiles alineados en La Habana a los intereses de Washington, apareció la tendencia a poner en boca de los ministros las ideas expresadas por Fidel. Intentaban hacer creer que era, tal vez, un conocedor de táctica de guerra de guerrillas, pero un ignorante en asuntos de economía y política, un salvaje ataviado de hombre civilizado.

El efecto de estas maniobras podría resultar explosivo, cuando estaba a punto de instrumentarse una medida capaz de elevar la tensión en las relaciones bilaterales hasta un punto, quizás, sin retorno: la ya anunciada Ley de Reforma Agraria. Fidel necesitaba visitar Estados Unidos, explicar el significado de la Revolución y su programa. Las diferencias de idiosincrasia, idioma y modo de vivir hacían más difícil la comprensión entre los dos pueblos. Tenía el reto de comunicarse en inglés para conectar emocionalmente con el público, y aceptó una invitación a la convención anual de la Sociedad Americana de Editores de Periódicos, los días 17 y 18 de abril en Washington.

The New York Times publicó en primera plana el 5 de marzo de 1959: “... la Casa Blanca y el Departamento de Estado están desconcertados por la próxima visita, porque el primer ministro Castro, un jefe de gobierno, fue invitado por una organización privada. Los funcionarios están de acuerdo en que el gobierno pronto tendrá que hacer alguna clase de declaración, y

alguna clase de arreglo” (León, 1983: 30). Eisenhower rabiaba. Examinó la posibilidad de negarle la visa y sus asesores le advirtieron que semejante insulto solo beneficiaría a Fidel. La negativa podía ser interpretada como un acto de estupidez y una grosería, y aceptó el consejo a regañadientes; aunque en vez de recibir al primer ministro cubano, se iría a Camp David a jugar golf. Como Christian Herter opinó que la administración podía sacar provecho si alguno de sus dos líderes obtenía información de primera mano acerca del líder cubano, quedó en manos de Nixon la tarea de auscultarlo en una reunión de 15 minutos el domingo 19 de abril en la noche. Lo recibiría en su oficina en el Capitolio para las discusiones informales; en el orden simbólico, con ello privaba al encuentro del halo oficial de la Casa Blanca y del clima más íntimo de un agasajo en su residencia.

Faltaba combustible a la caldera y de ello se ocupó George Smathers, senador demócrata por la Florida. Fidel llamó en La Habana a incrementar la producción nacional de arroz hasta satisfacer el mercado interno; lo ahorrado por la sustitución de importaciones se emplearía en el desarrollo industrial del país. Smathers amenazó desde Washington con reducir la cuota azucarera si Cuba dejaba de comprar arroz estadounidense, y fue más allá: presentó una iniciativa en el Senado para abandonar el programa de asistencia militar a América Latina y dedicar parte de sus fondos a establecer una “patrulla de paz” con los países miembros de la OEA. “... desde que Fidel Castro asumió el poder en Cuba, el Caribe está amenazado con tormenta. Las advertencias de tempestad están desplegadas. Debemos tomar precauciones ahora, antes de que una serie de huracanes revolucionarios terminen con la paz. Las cosas no se han desarrollado en Cuba como muchos hubiéramos querido”, manifestó (Cotayo, 1983: 35).

Se acercaba la fecha de su visita a Estados Unidos y Fidel se sentía espoleado por el reto. Dotado de una increíble capacidad de razonamiento y persuasión, incluso ante sus adversarios, dada su propensión a situarse en el lugar de los demás, tenía también la rara capacidad de intuir los peligros, las

celadas –al decir de Abdelaziz Buteflika, viajaba al futuro y regresaba para contarlo–, y eso le añadía a su presencia un halo hipnótico. Pero no era un ángel, mucho menos un arcángel: era apasionado, y cuando estaban en juego los principios, sin alardes ni bravuconería aceptaba de frente el desafío. Por su sangre corría el espíritu de los pineos, un espécimen de gallo de pelea que nunca abandona la valla.

No odiaba a Estados Unidos, como intentaron hacer creer los medios anticubanos; no odió siquiera a sus carceleros o a sus adversarios durante la guerra. Por el contrario, no tenía nada que ocultar y el pueblo estadounidense podía convertirse en un aliado de la mayor significación; el aterrizaje en el frío Washington no sería más difícil que el desembarco del *Granma*. Y quizás porque lo sabía, la Administración Eisenhower estaba tan preocupada con su presencia. Era tanto el interés por escucharlo, que numerosas instituciones y universidades solicitaban a la embajada cubana su inclusión en la agenda de la visita. Su arribo en la noche del miércoles 15 de abril confirmó los augurios. Cuando el *Britannia* abrió la portezuela metálica, un mar de voces coreó: “¡Fidel”, “¡Fidel!”, “¡Fidel!”.

Al mediodía del 16 cumplió el compromiso con Christian Herter, quien lo invitó a un almuerzo en el Statler Hilton. A su llegada al hotel lo acosó, desde la acera del frente, una docena de batistianos con pancartas insultantes –contratados en Nueva York por 17 dólares la hora. De nada sirvió. Lo que acaparó la primera plana del *Washington Daily News* a la mañana siguiente fue una foto suya rodeado de niños en un parquecito cercano a la sede cubana, y en sus brazos una bebé de 16 meses acurrucada en su pecho.

A las 10:30 a. m. del 17 de abril tenía una cita embarazosa: un intercambio con la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Frente al Capitolio, otro grupito con cartelones animaba el *show* de batistianos impacientes porque aún no habían desempacado sus maletas y el tiempo volaba. Querían regresar a Cuba, preferiblemente acompañados por los

marines, y Eisenhower no acababa de dar la orden. Fidel llegó con el sentido del humor activado ante lo que constituía una oportunidad de dialogar. Wayne Morse no lo dejó prácticamente ni acomodarse con la cantilena del “baño de sangre”; George Smathers asumió la apariencia de McCarthy en sus discursos, y en la medida en que avanzó el intercambio se fueron sumando otros legisladores de ambas cámaras, llenos de curiosidad. En un inglés “inventado” –según su propia expresión–, el líder cubano no eludió una sola pregunta de las tantas lanzadas a quemarropa, ni cedió una pulgada en sus convicciones. Una hora y media más tarde abandonó el hemiciclo con la estela de una ovación. “El Primer Ministro de Cuba replicó con valentía las incisivas interrogantes que se le impusieron, para protagonizar una de las sesiones más memorables que se recuerdan en el Capitolio”, divulgó *The Washington Post* (Báez, 2011: 29).

En la noche del 17 de abril regresó al Statler Hilton para hablar ante la convención de la Sociedad Americana de Editores de Periódicos. Solicitaron asiento 2.500 personas y solo cabían en el lugar 500, por lo que su presidente, George W. Healy Jr., dijo haberse ganado 500 amigos y 2.000 enemigos. Unas horas antes de la actividad, el gobierno intentó prohibir la transmisión por radio y televisión del discurso, pero la directiva de la Asociación de Directores de Noticias de Radio y Televisión protestó y dieron marcha atrás. Fidel se extendió en el drama cubano desde la etapa colonial y evocó los crímenes de la dictadura, apelando a la sensibilidad de aquel auditorio desprejuiciado que desconocía el trasfondo de los problemas cubanos. Lo escuchado no cuadraba con la imagen difundida. Cuando aseguró que allí nunca nadie había visto “... a sus hijos, a sus hijas, capturados en la noche, torturados, desaparecidos para siempre...”, estalló una enorme y prolongada ovación (Báez, 2011: 30).

El domingo 19 de abril sobre las 7 p. m. fue al encuentro de Nixon, recién salido del programa televisivo *Meet the Press* (*Encuentro con la prensa*) en los estudios de la NBC, en el cual cuatro periodistas lo acosaron

durante 30 minutos con un torrente de preguntas acerca de su visión de Estados Unidos y sus declaraciones contra las dictaduras latinoamericanas, tratando de que no completara ninguna idea. Querían sorprenderlo en contradicciones y contaban con la barrera idiomática como aliada. Nada sobre Cuba o el pueblo cubano les interesó. La preocupación de Fidel era que su inglés lo traicionara mientras hablaba de costa a costa, sobre todo porque se vio forzado a mencionar al senador George Smathers. Nixon le aseguró que *Meet the Press* era uno de los programas más difíciles para un funcionario público "... y que le había ido extremadamente bien, particularmente teniendo en mente que él tuvo el coraje de hacerlo en inglés en lugar de hablar a través de un traductor" (Pfeiffer, 1979: 166).

Cuando comenzaron la conversación, los 15 minutos se alargaron hasta convertirse en dos horas y 32 minutos. Fue como si intentaran comunicarse por frecuencias de radio diferentes. Fidel superaba a Nixon en elocuencia y sentido del humor, pero esto no inhibía a un vicepresidente acostumbrado a hablar con mandatarios de todo el planeta desde un peldaño superior. El primer ministro cubano no mencionó la cuota azucarera ni entró en discusión respecto a una eventual asistencia económica. "Cuba solo requería la comprensión de los Estados Unidos, no su ayuda: no era esto último lo que reclamaba, sino que se entendiera la necesidad de la reforma agraria y de otras medidas fundamentales propuestas en La historia me absolverá para la economía nacional y el desarrollo del país" (Roa Kourí, 2018: 101).

A Nixon solo le interesó que Fidel convocara elecciones lo antes posible, suspendiera los juicios contra los criminales de guerra y los pilotos de la Fuerza Aérea de Batista, y no les permitiera a los comunistas asumir posiciones de poder e influencia en la Revolución. Lo quiso persuadir de que las mayores opciones para Cuba en lo que respectaba a Estados Unidos no estaban en obtener fondos públicos –principio promovido por su interlocutor para América Latina–, sino en la expansión del capital privado,

y dadas sus proyecciones sociales lo conminó a situar “... hombres fuertes y buenos en su gobierno, y que delegara en ellos responsabilidades en lo económico y en otras áreas donde está tomando muchas decisiones”. Ante la insistencia de Fidel en que las medidas proyectadas constituían un reclamo popular generalizado, rebatió impertérrito: “... es responsabilidad del líder el no seguir siempre la opinión pública, sino ayudar a conducirla por los canales apropiados –no darle al pueblo lo que piensa que desea en un momento de tensión emocional, sino hacer que deseen lo que deben tener” (Pfeiffer, 1979: 166-167).

En sus comentarios Nixon empleó un tono “paternal”, quizás sin percatarse de que hacía el ridículo frente a un hombre que lo miraba como a un igual, y su falta de gracia hacía que sus consejos semejaran regaños. “Le hablé como un padre a su hijo”, comentó a su equipo asesor al terminar (LeoGrande y Kornbluh, 2015: 47). A la salida ambos eludieron los pronunciamientos. Solo una foto en la que puede observarse a Fidel jovial frente a un Nixon de rostro glacial, que extiende su mano derecha para marcar la distancia. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Eisenhower aguardaba por un veredicto y no le iba a regalar a su adversario una sonrisa en la prensa.

De camino a Nueva York, Fidel visitó la Universidad de Princeton. Hasta allí lo fue a conocer el secretario de Estado de la Administración Truman, Dean G. Acheson, con quien conversó en la recepción ofrecida por el gobernador de Nueva Jersey. “Ese tipo, Castro, realmente sabe lo que está haciendo. Nos va a causar algunos problemas en el futuro”, aseveró luego de elogiar su inteligencia y sensatez (Brinkley, 1992: 155).

El 21 de abril llegó a Nueva York. Luego del recibimiento del alcalde, se reunió con diplomáticos, empresarios y hombres de negocio; inauguró las operaciones del día en la Bolsa de Café y Azúcar, y saludó al secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld. A medida que pasaban los días, las reservas fueron disipándose. Apenas se conocía su presencia en algún

punto, se acumulaban miles de personas. Para la Universidad de Columbia reservó un tema fundamental: la Ley de Reforma Agraria. A esas alturas había observado una actitud escéptica en la opinión pública respecto a las noticias sobre Cuba, la posición de quien no acepta automáticamente lo que lee o escucha, e hizo énfasis en el carácter radical de la medida que asestaría un golpe demoledor al latifundio, causa esencial de los problemas estructurales de la economía cubana. “Fidel es una voz inspiradora en nuestro hemisferio”, publicó *The New York Post* (Báez, 2011: 38).

Otro encuentro de alto impacto fue su reunión a puertas cerradas con 200 intelectuales en el Council on Foreign Relations, tanque pensante dedicado a las relaciones internacionales. La deformación estructural que impuso la antiquísima dominación extranjera sobre el Tercer Mundo planteó “... a nuestros pueblos la imposibilidad de generar, por sí mismos, los recursos financieros indispensables para la superación del atraso [...] solo mediante la obtención de recursos financieros externos en condiciones adecuadas, sería posible remontar el subdesarrollo”, expresó, antes de indicar que el problema económico de América Latina era de estadísticas, de cálculos matemáticos para arribar a conclusiones exactas acerca de cuánto capital demandaba su desarrollo. La solución no podía esperar hasta las calendas griegas. Era falso que la inestabilidad política provocara subdesarrollo, como se afirmaba en los torneos oratorios de cuanta conferencia se celebraba en el hemisferio; la inestabilidad era consecuencia de la pobreza extrema y la desesperación. Ello hacía efímera la vida de los gobiernos constitucionales, estrangulados entre la miseria y los grupos militares –a la caza de la oportunidad para tomar el poder con el pretexto de sofocar la anarquía. Y el viejo criterio de resolver los problemas mediante el libre mercado o el espontáneo movimiento de los capitales privados constituía un error: “... que nadie creyera que los problemas de América Latina podrían resolverse pensando en encontrar un mercado para la

inversión de los capitales privados sobrantes en Estados Unidos” (Castro Ruz, F., 1959).

Solo veía una solución: movilizar el capital a través del financiamiento público, invertido, a su vez, por instituciones de crédito público capaces de promover empresas nacionales, estrategia mucho más en correspondencia con el sentimiento de las naciones de América Latina, aspirantes al desarrollo sobre la base de una economía propia para que los pueblos no tuvieran la sensación de que les estaban extrayendo el zumo; de que las ventajas pasajeras les costarían un drenaje permanente de capital. Para remontar esta crisis estructural, la región precisaría 30.000 millones de dólares a invertir en 10 años, cifra nada fabulosa si se tomaban en cuenta las necesidades reales, “... si se consideran los gastos que por ejemplo hicieron los Estados Unidos en Europa después de la guerra, que hicieron en el Oriente Medio después de la guerra” (Castro Ruz, F., 1959).

Faltaba otra actividad: un mitin el 24 de abril en el Parque Central. Nunca se había celebrado allí un acto de esa naturaleza y lo debió aprobar el alcalde. Nueve camiones con 50 reflectores y enormes faros de vigilancia antiaérea se encargaron de la iluminación. Al atardecer, de las bocas del metro brotó un hormiguero hasta abarrotar el lugar: 40.000 personas. Su presencia en aquel sitio abierto y de fácil acceso constituía un peligro, dadas las numerosas señales de atentado por parte de la contrarrevolución cubana y profesionales del crimen, contratados por el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo; de ahí que fueran desplegados agentes del servicio secreto, 500 policías uniformados, 33 jinetes de la guardia montada, numerosos carros patrulleros y 200 detectives. A juicio de los entendidos, fue el acto político más grande celebrado en Nueva York.

Fidel imaginó que podría descansar en el trayecto por ferrocarril entre Nueva York y Boston, pero tuvo una especie de recibimiento en cada uno de los pequeños y grandes pueblos del itinerario. Las muestras de calor humano crecían en la medida en que exponía su programa. A Raúl Roa

Kourí le tocó sentarse en el tren al lado de William Barnes, decano de la facultad de Derecho de Harvard, a cuyos estudiantes se dirigiría Fidel el 25 de abril:

Le hablé, sin ambages, de la intervención yanqui en nuestra guerra con España cuando las tropas de la Corona se hallaban prácticamente derrotadas; de la posterior ocupación militar de la Isla y la imposición de la Enmienda Platt, que engendraron una república capitidismada, semicolonial. Me referí al apoyo de la Administración Eisenhower al tirano Batista. Barnes parecía honestamente sorprendido: no conocía tales pormenores, había leído que cortaron la ayuda militar a Batista y que su gobierno más bien simpatizaba con Fidel. Cosa que, en efecto, publicó la prensa norteamericana, aunque fuera totalmente falsa (Roa Kourí, 2018: 102).

Aquel 25 de abril era sábado, noche de fiestas, cine y reuniones familiares para la mayoría de los jóvenes. La conferencia en Harvard estaba prevista para las 9 p. m. en la Soldier's Square, una especie de plazuela para la que se dispusieron 9.000 sillas que cada participante debía pagar. Era una cantidad sumamente grande, si se tiene en cuenta que la mayor concurrencia a ese tipo de actividades allí no superaba las 2.000 personas. Antes, las autoridades de esta universidad fundada en 1636 agasajaron a Fidel con una cena en el club de los profesores, a la que acudió el historiador Arthur Schlesinger Jr., colaborador cercano del senador John F. Kennedy, quien ya se perfilaba como candidato del Partido Demócrata a las presidenciales de 1960. Schlesinger conversó con Roa Kourí y se mostró "... sumamente escéptico respecto a Fidel y al rumbo (que ya presumía «comunista») de la Revolución Cubana. No se quedó hasta el final de la cena ni acudió al encuentro con los estudiantes" (Roa Kourí, 2018: 102-103).

A las 9 p. m. Fidel ascendió a una tribuna elevadísima, a unos 20 pies del suelo, ubicada en un balcón techado en el que sobresalía el escudo de Harvard dominado por las tres sílabas del lema –*veritas* (verdad en latín). Sabía que este era uno de los centros de mayor preocupación intelectual en Estados Unidos –muy liberal, a juzgar por el pensamiento de sus profesores; de hecho, muchos de los consejeros de Roosevelt enseñaron allí. Pero lo visto superaba sus expectativas: no solo concurrieron los estudiantes, se sumaron profesores y personalidades; 14.000 asistentes, de los cuales 5.000 lo escucharon de pie, a pesar de que esa noche hizo un frío típico de las primaveras en Nueva Inglaterra. Otra vez acudió a su inglés “inventado”, en una intervención de dos horas. “A pesar de que su dominio de la lengua de Shakespeare era entonces realmente insuficiente, su poder de persuasión, la sinceridad de sus planteamientos, llegó a aquel auditorio, tan diferente al cubano, con igual fuerza con que «mesmerizaba» a las multitudes en la patria. Fui testigo de semejante proeza, nunca vista antes en los predios bitongos y aristocratizantes de Cambridge” (Roa Kourí, 2018: 103).

¿Cuál fue el colofón de la visita? Robert Murphy, subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, notificó a la Casa Blanca a manera de conclusiones: “A pesar de la aparente sencillez, sinceridad y disposición de Castro ante el público de Estados Unidos, existen pocas probabilidades de que Castro haya alterado el curso esencialmente radical de su revolución. De su experiencia aquí, él ha ganado un valioso conocimiento sobre la reacción pública americana, que puede hacerlo un hombre más difícil de tratar a su regreso a Cuba”. Nixon, por su parte, elaboró un informe a Eisenhower: “Él es, o demasiado ingenuo respecto al comunismo, o está bajo la disciplina comunista –mi opinión es lo primero–, y como ya he dicho, sus ideas de cómo dirigir el gobierno o la economía están menos desarrolladas que las de cualquier figura mundial que he conocido en cincuenta países. Pero como él tiene el poder de dirigir, como he dicho, no

tenemos otra alternativa que al menos tratar de orientarlo en la dirección correcta” (Pfeiffer, 1979: 14 y 169-170). Desde ese momento la CIA desplegó una ofensiva terrorista, de la que el propio Nixon estaría a cargo.

Ni un solo representante soviético había visitado La Habana. No existía relación entre la dirección de la URSS y el Gobierno Revolucionario. Fidel sabía que no era esta la etapa para hablar de socialismo en Cuba, y su propósito inmediato era llevar adelante el Programa del Moncada, que – como ya se apuntó– era un programa social avanzado, pero no tenía un fundamento socialista.

Roy R. Rubottom Jr., subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, calificó esa etapa como la luna de miel entre Eisenhower y la Revolución cubana. ¿Luna de miel sin novios? Los hechos ponen de manifiesto que ni siquiera hubo boda y que Rubottom estaba al margen de las discusiones sensibles:

Por el propio tono de los documentos, parecía como que Rubottom ignoraba la situación tratada respecto a Cuba en el Grupo Especial, y las discusiones entre la CIA, el Departamento de Defensa y el propio Departamento de Estado, y hasta la aprobación por el Presidente del plan de acciones encubiertas. Tampoco reflejaba que estuviera al tanto de varios programas ostensibles respecto a la problemática cubana,

... apuntó Jack B. Pfeiffer en la historia oficial de la CIA, al evaluar los acontecimientos posteriores (Pfeiffer, 1979: 54).

El cruce del Rubicón

El 17 de mayo de 1959, en la Comandancia de La Plata –sede de la Columna 1, en el corazón de la Sierra Maestra–, Fidel firmó la Ley de Reforma Agraria. Hasta ese momento 350.000 trabajadores agrícolas, con 2.100.000 personas bajo su responsabilidad, vivían en la miseria como aparceros o arrendatarios. Constituían el 34 % de la población y recibían el 10 % del ingreso nacional. La ley golpeó al capital transnacional, básicamente estadounidense, que detentaba el 55 % de la superficie total de la Isla, y barrió la base económica de la clase más reaccionaria de la sociedad cubana: los latifundistas. Bajo el principio de que la tierra era de quien la trabajaba, proscribió el latifundio (67 % de las tierras del país) y convirtió en propietarias a 150.000 familias. Otras 200.000 se beneficiaron mediante formas de posesión que no implicaron la propiedad.

En su concepción no primó un espíritu de revancha. Cuba no disponía de efectivo y la ley reconoció el derecho a la indemnización por los bienes expropiados, pagadera en bonos. El Gobierno Revolucionario heredó unas finanzas precarias: la deuda pública en circulación era de 1.238 millones de pesos, 788 directamente a cargo del Estado; 450 millones por emisiones de organismos paraestatales garantizadas por el Estado. Para colmo, Batista y los personeros del régimen se fugaron del país con 424 millones de dólares de la reserva y los depositaron en bancos estadounidenses.

Varios propietarios estadounidenses, incluida la United Fruit Company, negociaron durante casi un año esta compensación; pero a sabiendas de que Cuba no disponía de liquidez, la Administración Eisenhower impidió su concreción mediante la exigencia de que el pago se efectuara sobre el valor declarado de las tierras –no el registrado en los libros de contabilidad, como estableció la ley. El 11 de junio de 1959 su nuevo embajador en La Habana, Philip Bonsal, entregó una nota diplomática para exigir el pago “rápido,

adecuado y en efectivo” de los bienes expropiados. El 26 de julio, medio millón de campesinos concurre a la Plaza de la Revolución para respaldar la ley. “La nación, la patria, recuperaba en su integralidad su cuerpo y sus manos” (Pogolotti, 2016: 61).

Ese momento marcó la ruptura de Estados Unidos con la Revolución cubana, a la que se propuso aislar, reducir a la miseria, sumergir en el caos... Nadie en el hemisferio occidental podría atreverse a correr su suerte.

Dentro de ese curso hostil, Estados Unidos instituyó una política migratoria destinada a drenar el capital humano demandado por el país, desacreditar su gobierno y establecer la base que actuaría como sostén de sus planes. En la primera oleada (1959-1962) emigraron más de 274.000 cubanos de sectores vinculados a la dictadura y al capital estadounidense, recibidos con todas las facilidades. A través del Programa de Refugiados Cubanos se beneficiaron de una política de asistencia social preferencial, con base en la experiencia del tratamiento a los refugiados húngaros en 1956. Se concentraron principalmente en Miami, donde se consolidaron como enclave y generaron un fenómeno socioeconómico-demográfico de alcance nacional para Cuba. La primera generación se incorporó de manera masiva a la guerra de la CIA y aportó los dirigentes del movimiento contrarrevolucionario.

Para 1960 Nixon se erigió en el candidato republicano a las presidenciales. En un acto de campaña en Miami el 16 de enero, amenazó con recortar la cuota azucarera si Cuba se mantenía hostil a los inversores estadounidenses. Fidel no entendía de coacciones. Se sabía con la razón y denunció los vínculos de la sede nortea en actividades contrarrevolucionarias. El 23 de enero el Departamento de Estado retiró a Philip Bonsal y 48 horas más tarde fue convocado a la Casa Blanca. Eisenhower estaba irritado. Comentó que Fidel estaba actuando como un “loco” y tal vez sería buena idea desplegar la Marina para poner a la Isla en cuarentena. “Si tienen hambre, sacarán a Castro”, conjeturó. “No debemos

castigar a todo el pueblo cubano por los actos de un hombre anormal”, apuntó Bonsal, y la idea se descartó (Leogrande y Kornbluh, 2015: 60).

A Eisenhower le faltaba capacidad para avizorar que el pueblo no abandonaría a uno de los suyos, que ya desde el *Granma* era legendario por no dejar a nadie atrás y había probado su valor ante las adversidades. El presidente de Estados Unidos no tenía la dimensión del apoyo de las bases populares a su líder, y creía que un cerco recrudescido culminaría con hechos vandálicos de gente enfurecida por el hambre. El “poder del pueblo” no era una frase retórica, y no hubo una medida decretada por el Gobierno Revolucionario sin legitimidad, porque emergían de las entrañas mismas del país. Se trataba de una realidad que escapaba a los cánones del funcionamiento del sistema político estadounidense, y a la percepción de los expertos y analistas en Washington, empeñados en igualar a Cuba a la URSS y a Europa del Este.

Una campaña mediática acusó a Fidel de apartar a la Isla de sus amigos tradicionales para acercarse a amistades “desligadas de la nación cubana”. Estaba por comenzar el “Programa anti-Castro” de la CIA. Nixon quedó a cargo del asunto y propuso subir otro peldaño: una invasión militar con mercenarios, que tomara una cabeza de playa y solicitara la intervención directa de Estados Unidos:

El brigadier general Robert Kuchman, asesor militar de Nixon y después subdirector de la CIA, dijo a Howard Hunt, en 1960, que Nixon era el oficial de acción del proyecto en la Casa Blanca; se refiere a la operación de Bahía de Cochinos. H. R. Holdman, el principal asesor de Nixon, cuando este llegó a presidente, dijo que Nixon sabía más que ninguna otra persona acerca de la génesis de Bahía de Cochinos,

... declaró Arthur Schlesinger Jr. en La Habana 30 años más tarde (Conferencia Tripartita 1992, 2012: 101).

Hasta entonces, Cuba trabajaba en estrechar relaciones con Egipto, la India e Indonesia, máximos exponentes del MNOAL y de los principios que llamaban a la unidad entre los países del Tercer Mundo, aunque daba los primeros pasos en el acercamiento a la URSS, con la invitación a La Habana del vice primer ministro Anastas I. Mikoyán para inaugurar la Exposición Soviética de Ciencia, Técnica y Cultura. Jruschov había decidido ayudar a la joven revolución. En Moscú se dio luz verde a la consulta del Gobierno checoslovaco para suministrar armas solicitadas por el Ejército Rebelde a finales de 1958, con la condición de que no fueran checas ni soviéticas, sino de las ocupadas a los nazis en la II Guerra Mundial. Más adelante, tras un viaje a Washington, en septiembre de 1959, Jruschov "... se enfrentó al resto de los miembros del Presídium y cambió la decisión adoptada por ellos de no autorizar el suministro de una partida de armamentos que Cuba había solicitado a Polonia" (Sánchez Monroe, 2018: 95).²³

Mikoyán llegó a La Habana el 4 de febrero de 1960. Echando a un lado el protocolo, Fidel lo paseó a bordo de un helicóptero por toda Cuba. Le mostró las playas y potencialidades turísticas del archipiélago. Deslumbrado, el dirigente soviético repetía a los integrantes de su delegación: "Sí, él es un verdadero revolucionario. Igualito que éramos nosotros. Por momentos me regresa a mi propia juventud" (Sánchez Monroe, 2018: 95).

Durante la visita se firmó un convenio bilateral: la URSS adquiriría un millón de toneladas de azúcar anuales entre 1960-1964, a 3,2 centavos de dólar por libra –en el mercado mundial se cotizaba a 3,1 centavos. Por el primer millón pagaría con equipos, acero, petróleo y trigo; los cuatro restantes los pagaría a razón de 80 % en mercancías y 20 % en dólares. También se concedió un crédito de 100 millones de dólares en condiciones ventajosas de pago, para brindar asistencia técnica al montaje de nuevas plantas y fábricas. Tres meses más tarde, el 8 de mayo de 1960, se

restablecieron las relaciones diplomáticas entre los dos países, interrumpidas desde 1952.

A principios de junio de 1960, en complot con la Administración Eisenhower –y en franca violación de los preceptos sobre los cuales se sustentaba el contrato de su inversión en Cuba, en correspondencia con la Ley de Energía y Minas de 1938–, los directivos de Texaco, Shell y Esso anunciaron la intención de no enviar un solo barril más de petróleo a la Isla y de prohibir el empleo de sus refinerías para procesar el crudo soviético. Fidel lo denunció el 10 de junio: “... estamos ante la primera gran zancadilla contra nosotros. La primera gran zancadilla de los trust y los monopolios, orientados directamente por el Departamento de Estado norteamericano” (León, 1983: 95). Comenzaba la guerra...

Raúl Roa Kourí recibió instrucciones en Nueva York de reunirse con el jefe de la delegación soviética a las sesiones de la Asamblea General de la ONU, Vassily Kuzniétsov, para plantearle la amenaza que encaraba el país y preguntarle si la URSS estaría dispuesta a suministrar todo el petróleo necesario en caso de que el Gobierno Revolucionario nacionalizase las refinerías extranjeras. Kuzniétsov consultó a Moscú y en 48 horas llegó la respuesta positiva. “Fue un gesto de verdadera solidaridad, de hermandad entrañable: la Unión Soviética no poseía entonces suficientes supertanqueros y tuvo que adquirirlos de inmediato para asegurar los suministros de combustible a Cuba. Era esa la esencia del internacionalismo socialista, que no todos los países de Europa oriental practicaron con la misma ejemplaridad”, narró Roa Kourí (Roa Kourí, 2018: 184).

El 28 de junio, el Gobierno Revolucionario resolvió intervenir estas tres empresas en respuesta al boicot orientado por la Casa Blanca para asfixiar a Cuba. Once días más tarde, el 6 de julio, el Congreso facultó al presidente para disminuir o aumentar la cuota cubana de azúcar, según lo aconsejara el interés nacional. Acto seguido Eisenhower anunció que Estados Unidos no iba a adquirir las 700.000 t de azúcar que restaban de la cuota asignada para

ese año, en virtud de la Ley de Azúcar de 1956, arguyendo que Cuba asumió compromisos que no le permitían garantizar el abasto requerido por el mercado estadounidense. La medida representó que la mayor de las Antillas dejara de ingresar ochenta y siete millones de dólares. El azúcar significaba el 80 % del total de sus exportaciones y dos tercios eran vendidas a su obcecado vecino. Ese año la zafra alcanzó 5.952.900 t y la cuota comprometida era de 3.119.655 t, lo que permitía disponer de 2.833.245 t. El argumento para justificar lo que la expresión popular denominó Ley Puñal era solo un pretexto.

Esa misma noche el Gobierno Revolucionario decretó la expropiación forzosa de los bienes o empresas propiedad de personas naturales o jurídicas estadounidenses, o de las empresas con interés o participación de ellas. Nelson A. Rockefeller, gobernador del estado de Nueva York y miembro del clan familiar que controlaba las finanzas y el petróleo de América Latina –emporio financiero que mucho perdió tras el triunfo de la Revolución cubana–, demandó una política más severa. Y el 9 de julio de 1960, en un discurso improvisado en Moscú ante un congreso de maestros, Jruschov respondió:

Debe recordarse que los Estados Unidos no están ya a una distancia inalcanzable de la Unión Soviética como antes. Hablando en sentido figurado, si fuera necesario, los artilleros soviéticos podrían apoyar al pueblo de Cuba con el fuego de sus cohetes, si las fuerzas agresivas del Pentágono osan iniciar una invasión a Cuba. Y el Pentágono debe estar bien aconsejado de no olvidar que, como demuestran las últimas pruebas, tenemos cohetes que pueden caer con precisión sobre un blanco situado a 13.000 kilómetros de distancia. Esta es, si así os gusta, una advertencia a aquellos que gustarían de resolver los problemas internacionales por la fuerza y no por la razón (Roa García, 1986: 86).

“Las palabras del líder soviético no solo estuvieron dirigidas al enemigo imperialista, sino también a los que, dentro de su propia Dirección, se oponían a involucrarse con Cuba” (Sánchez Monroe, 2018: 95). Al día siguiente, *The New York Times* divulgó la intervención de Jruschov y fue tal la algarabía de los medios pese a ser domingo, que desde su lecho de enfermo esa noche Fidel se vio compelido a hablar ante las cámaras para destacar el carácter espontáneo de las declaraciones. La Revolución no contaba con los cohetes soviéticos para defenderse, contaba con su pueblo, y emplazó a Washington a declarar que no abrigaba propósitos agresivos contra la Isla.

Eisenhower desató una cruzada para presentar a Cuba como peón de la URSS, cuando ya estaba en curso un plan de invasión con mercenarios cubanos entrenados por la CIA y el Pentágono en Centroamérica. Tenían la encomienda de tomar una cabeza de playa, para establecer un gobierno provisional que solicitaría la intervención directa de Estados Unidos.

En la puja por la Casa Blanca, en 1960 John F. Kennedy cometió una torpeza de consecuencias ulteriores: para compensar el daño ocasionado por Nixon a su campaña durante los debates, realizó una declaración sorprendente:

En el exilio tenemos que tratar de fortalecer las fuerzas democráticas anticastristas siempre que no sean favorables a Batista, pero dentro de Cuba tenemos que apoyar a quien quiera que sea con tal de que ofrezca alguna esperanza de derrocar a Castro. Hasta ahora estos luchadores por la libertad no han tenido virtualmente ningún apoyo de nuestro gobierno (Schlesinger Jr., 1970: 66).

Era una invención colosal, un golpe bajo a sabiendas de que Nixon no podría defenderse sin descubrir lo que se preparaba. Nadie pudo sacar de su cabeza la idea de que Dulles reveló a Kennedy los pormenores del proyecto para proporcionarle ventaja; sospechaba, incluso, que la CIA retrasó la

invasión hasta después de las presidenciales –siempre realizadas el primer martes de noviembre– para inclinar la balanza a favor de su contendiente.

Lo cierto es que después de estas declaraciones Kennedy no pudo echarse atrás. El martes 8 de noviembre fue elegido presidente con un alarmante estrecho margen en el voto popular –tras el recuento oficial que realizó el Colegio Electoral fue confirmado en una sesión conjunta del Congreso, en enero de 1961– y resolvió proseguir con la operación heredada.

Cuba no estaba ya desamparada: desde el segundo semestre se hizo efectiva la solidaridad del gobierno y el pueblo de la URSS: empezaron a llegar tanques T-34 (medianos), cañones autopropulsados SAU-100 y más de cien baterías de artillería antiaérea, antitanque y morteros, junto con un grupo de especialistas que participaron en el adiestramiento de los combatientes cubanos.

Otra maniobra de la CIA estaba en marcha: la Operación Peter Pan, organizada de conjunto con la Iglesia católica en La Habana y Miami. Desde el otoño de 1960 una emisora controlada por la agencia, Radio Swan –asentada en una pequeña isla del litoral de Honduras–, divulgaba la supuesta promulgación de una ley sobre la patria potestad, con la que el Gobierno Revolucionario asumiría el control de los niños y adolescentes de 5 a 18 años de edad y los enviaría a granjas agrícolas o a adoctrinarlos en Moscú. Se llegó al extremo de decir que regresarían enlatados como carne rusa.

Una red dirigida por la agente de la CIA Phyllis H. Powers (Penny Powers), una británica que impartía clases en la Academia Ruston, en el aristocrático barrio habanero Country Club, se encargó de elaborar, imprimir y distribuir la apócrifa ley “sustraída” del Consejo de Ministros. La estación local de la CIA en La Habana, con apoyo de funcionarios diplomáticos de Gran Bretaña y Países Bajos, abrió un canal para sacar a los niños rumbo a Miami con visas para estudiantes (I-20), en vuelos de Pan

American World Airways y K. L. M. Royal Dutch Airlines. Toda la operatoria fue cubierta con fondos de la CIA.

En Miami fue seleccionado como organizador el sacerdote irlandés Bryan O. Walsh, párroco de la iglesia del Sagrado Corazón y director del Catholic Welfare Bureau, Inc., supuesta agencia de caridad de alcance nacional que sirvió de pantalla a la CIA para instrumentar la operación con emigrados húngaros en 1956. Familias cubanas de clase media enajenadas – opuestas a la Revolución o asustadas frente a una potencial intervención militar de Estados Unidos; las menos, con la esperanza de que sus hijos recibieran una beca para estudiar en alguna universidad norteamericana– accedieron a enviar a los niños rumbo a un destino ignoto. Tenían la ilusión de que la separación sería cortísima; en cambio, no pocos de aquellos niños y adolescentes cuando se despedían en el aeropuerto, estremecidos por el llanto, abrigaban la sensación de que no se verían más. Sus padres intentaban animarlos con los horizontes que se les abrían al otro lado del estrecho de la Florida. Tal vez merecía la pena –debieron pensar.

Bryan O. Walsh tenía experiencia en la organización de este tipo de actividades y comenzó a recibir a los menores a partir del 26 de diciembre de 1960. Fueron concentrados en campamentos de Miami (Matecumbe, Kendall, Florida City y Opa-locka), antes de diseminarlos por toda la Unión.

Cuando el 3 de enero de 1961 Washington rompió relaciones diplomáticas con Cuba y retiró a su personal de La Habana, Walsh fue facultado por el Departamento de Estado para emitir visas *waivers* (visas volantes), que eximen al portador de los trámites reglamentarios para entrar al territorio estadounidense. Solo a los menores de 18 años se les concedió este tipo de documento, sin el cual no se podía abordar las aeronaves de Pan American y K. L. M.; los padres no fueron agraciados con tal facilidad.

Años más tarde, la profesora asociada de Ciencias Políticas de la Universidad DePaul en Chicago, María de los Ángeles Torres (una niña

Peter Pan), descubrió en la Biblioteca Presidencial Lyndon B. Johnson un documento oficial del Gobierno estadounidense, en el que se rechazaba la propuesta del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados de pagar con fondos de la ONU la transportación de los padres de los niños enviados a Estados Unidos. Álvaro Fernández Pagliery –hijo de Ángel Fernández Varela, profesor del Colegio de Belén y agente de la CIA (1959-1968) que participó en la Operación Peter Pan–, narró sobre este engendro:

... unos años antes de su muerte en Miami, mi padre nos reunió en presencia de mi madre, mi hermana María, su esposo y yo, nos dijo que él había sido una de las personas responsables de redactar la falsa ley que provocó la histeria de la “eliminación de la patria potestad”. Por eso es que sé, sin la sombra de una duda, que la operación Pedro Pan fue una siniestra jugada de inmoralidad diseñada y soñada por la CIA antes de la invasión de Bahía de Cochinos (Castro Ruz, F., 2009).

Del 17 al 19 de abril de 1961, en las arenas de Playa Girón tuvo lugar la más simbólica de las batallas del continente, después de Ayacucho. Washington negó su participación. “Los Estados Unidos se han comprometido a no atacar a Cuba y ninguna ofensiva ha sido lanzada desde Florida o cualquier otra parte de los Estados Unidos”, aseguró en Naciones Unidas su embajador Adlai Stevenson, mientras mostraba la foto de un avión de combate con las insignias de la Fuerza Aérea de Cuba –según dijo–, pilotado por un supuesto desertor de la Isla. La verdad no tardó en aflorar: era una aeronave de la CIA tripulada por un mercenario de origen cubano. Tras la derrota, el presidente Kennedy declaró atribulado frente a las cámaras de la televisión: “Hay un viejo dicho que dice que la victoria tiene muchos padres, pero la derrota es huérfana. Se llevan a cabo declaraciones, discusiones detalladas, no se encubre la responsabilidad porque yo soy el oficial responsable del gobierno” (Stone, 2008: cap. 6).

Ese 19 de abril Dulles se quejó con Nixon de la actitud del abrumado presidente, que se negó a enviar los bombarderos de Estados Unidos a cubrir al contingente mercenario. “Perdió el valor”, comentó desencantado el viejo espía (Talbot, 2013: 83). Y es difícil no imaginar la sonrisa socarrona de su interlocutor...

Kennedy se formó la opinión de que Dulles era un tipo de persona en la que no se puede confiar y lo sustituyó por John McCone. Fidel tenía histérico al ejecutivo estadounidense. El trauma de la derrota exacerbó las críticas desde el Partido Republicano y entre el bando más conservador de los demócratas contra aquellos “progresistas sabelotodo, con sus ideales paralizantes”. La humillación sufrida impulsó al presidente a enfocar su atención en cómo reparar el insulto.

Llegan a Cuba los vientos gélidos del mar Negro

Aguijoneada por la pobreza, América Latina se sumó a los esfuerzos por subvertir el sistema neocolonial. Los monopolios estadounidenses habían sobrepasado con creces las ganancias de su inversión y estaban en el deber de compensar sus excesos en la explotación de los recursos esenciales de Sudamérica, sobre todo en materia de extracción petrolífera y minera, sin beneficios para ella. A la nacionalización del estaño en Bolivia y de los ferrocarriles en Argentina y Brasil, e incluso a las negociaciones de varios gobiernos para reducir los términos leoninos de los contratos, reaccionó el Departamento de Estado con medidas punitivas que comprendían, en primer lugar, la suspensión de los fondos para la ayuda al desarrollo, lo que puso en evidencia la forzosa supeditación de la soberanía e independencia de la región a los intereses del capital norteamericano.

En 1961 Estados Unidos extrajo 1.735 millones de dólares de América Latina por concepto de utilidades de sus transnacionales y otros 1.456 millones por el pago de deudas a corto y largo plazos. Si a esas cifras se suma la pérdida de 2.660 millones de dólares como consecuencia de la caída del poder de compra de sus exportaciones (o deterioro de los términos de intercambio) y 400 millones por la fuga de capitales, se totaliza 6.251 millones. A todo lo anterior se añaden más de 10.000 millones de dólares por el endeudamiento progresivo, para cuya amortización, junto con el pago de utilidades por la inversión foránea directa, los gobiernos de la región dedicaban más del 26 % de los ingresos en divisas. En las zonas rurales las condiciones eran prácticamente de régimen feudal: el 90 % de la tierra estaba controlada por menos del 10 % de los propietarios y en algunas naciones el 1 % de los terratenientes controlaba el 70 % de la tierra.

Surgieron grupos guerrilleros en Venezuela, Guatemala, Nicaragua, Honduras, República Dominicana y Perú. Se intentó acusar a Cuba de

exportar revoluciones, pero en la CIA estaban claros de la falsedad. Un memorando elaborado en Langley el 18 de julio de 1961 reconoció que "... las condiciones sociales y económicas en toda América Latina invitan a la oposición a la autoridad gobernante y fomentan la inquietud a favor de un cambio radical". Los revolucionarios del continente vieron otro camino y la victoria de Playa Girón levantó la moral de quienes apelaban a la lucha armada. Alfredo Maneiro, entonces miembro del Comité Central del Partido Comunista de Venezuela, observó:

La Revolución Cubana fue [...] como un detonador para el continente. Justificó la impaciencia revolucionaria y puso fin a la vieja discusión sobre el fatalismo geográfico: la idea de que ninguna revolución triunfaría en América porque esta era el patio trasero del imperio estadounidense. De un tirón, la Revolución Cubana barrió con ese viejo fantasma (Gleijeses, 2002: 14).

Bajo el eslogan de "no permitiremos otra Cuba", la Administración Kennedy trabajó en dos direcciones hacia América Latina: apostó por hacer más eficiente el enfrentamiento a la "amenaza comunista" mediante operaciones paramilitares y el canal de Panamá devino escuela de contrainsurgencia y torturas, y, en paralelo, promovió la Alianza para el Progreso, un programa de "ayuda al desarrollo" que concebía invertir 20.000 millones de dólares para apuntalar las bases de la dominación neocolonial, mediante la consolidación de la presencia de los monopolios estadounidenses, fomentar planes que paliaran sus críticas condiciones socioeconómicas, generadoras del descontento que catalizó el ejemplo cubano, y estructurar una dependencia que garantizara el respaldo político incondicional a las proyecciones contra la mayor de las Antillas.

Cuba no volteó la espalda a su responsabilidad con el movimiento revolucionario internacional. Fidel tenía la certeza moral de que no se debía abandonar a su suerte a las fuerzas combatientes del Tercer Mundo, y en la

Isla se entrenaban cuadros políticos de izquierda y guerrilleros de varias naciones de África y América Latina. Y el 27 de junio de 1961 el país reconoció –el primero en el hemisferio occidental– al Gobierno Provisional Revolucionario de Argelia, con sede en Túnez, como legítimo representante de la República Argelina.

Henri Alleg, director del diario *Alger Républicain* y militante del Partido Comunista, en 1958 publicó un libro de denuncia con prólogo de Jean-Paul Sartre que provocó un estallido de indignación moral. La tortura, las desapariciones y asesinatos extrajudiciales amenazaban con corromper la conciencia pública francesa, y el 12 de mayo de 1958 ese clima provocó una explosión –iniciada en Argel y extendida a Francia. En abril de 1961 comenzaron las conversaciones con el ALN, pero una facción ultranacionalista y su brazo armado: Organisation de l'Armée Secrète (OAS, por sus siglas en francés), conformado por militares y colonos, se propuso boicotearlas mediante una ofensiva con bombas, bazucas y ametrallamientos contra instituciones artísticas e intelectuales, organismos de la autoridad colonial y unidades de la policía. Mientras las bocinas coreaban “Argelia francesa”, los colonos europeos quemaban vivos a los musulmanes. Cientos de miles de argelinos perdieron la vida en aquellas masacres.

La OAS indujo el regreso al poder de Charles de Gaulle y la creación de la Quinta República. Pensaron que el último representante de la burguesía nacional gala los apoyaría. No fue así. De Gaulle no soportaba a Estados Unidos ni a Gran Bretaña y para mantener una actuación política independiente –tanto en los asuntos internos como internacionales– necesitaba de autonomía económica. Se dio cuenta de que lo más conveniente era establecer la paz con el ALN para preservar los intereses estratégicos franceses en Argelia, con grandes reservas de petróleo. Dada la determinación argelina a emanciparse del poder colonial, quería garantizar para el futuro en el país africano otra forma de presencia francesa.

Ante la frustración, el brazo de la OAS llegó a extenderse hasta la Universidad de La Sorbona, donde se había fundado la Unión Nacional de Estudiantes de Francia (UNEF), única organización de masas que tomó partido en favor de la independencia de Argelia. Los extremistas empezaron distribuyendo panfletos y vendiendo sus periódicos, pero sus acciones escalaron hasta llegar al asesinato de profesores de la facultad de Letras, la más activa en la militancia antifascista. “En Francia ocurrían atentados. Y había una fuerte presencia de fascistas en las universidades, que eran escenario de peleas continuas. ¡En aquella época, incluso practiqué el karate para no tener miedo en las manifestaciones!”, contó la entonces estudiante Dominique Manotti (Johsua, 2018: 25). Frente a la escalada, los jóvenes crearon el Frente Universitario Antifascista (FUA), que a paso acelerado formó los grupos de autodefensa para proteger el Barrio Latino.

París era un punto en el que se cruzaban una enorme cantidad de militantes revolucionarios de Egipto, Senegal y de toda América Latina, pero esta guerra constituía un anatema en Francia, aun entre la izquierda; de hecho, el Partido Comunista francés reclamaba “la paz en Argelia” sin tomar una posición consecuente en favor de su independencia ni por el retiro de las tropas galas. Jean Paul-Sartre, filósofo entre los más importantes de la tradición crítica europea y participante en la resistencia contra los nazis, dedicó particular atención al conflicto en la revista y en la editorial que patrocinaba, en las que asumió una posición radical, que incluyó desvelar las prácticas de tortura por parte de la OAS. Artistas relevantes, como los pintores Enrico Baj, Wifredo Lam y Jean-Jacques Lebel, también se sumaron a la condena a través de su Gran Cuadro Antifascista.

En julio de 1961, acompañado de su esposa –la luchadora por los derechos de la mujer, Simone de Beauvoir–, Sartre se encontró en Roma con el psiquiatra martiniqués Frantz Fanon, combatiente del ALN. Fanon había terminado un libro que constituía una bomba: *Los condenados de la*

tierra, en el que hurgaba en la antropología cultural de los países coloniales –con Argelia como centro–, despojados de identidad para privarlos de un pensamiento nacional que les permitiera afrontar sus dilemas.

Los condenados de la tierra abogaba por la lucha armada como instrumento emancipatorio. Más que un desafío, su publicación podía interpretarse en Francia como una provocación. Después de varios intercambios, Sartre lo acogió como suyo y prometió hacerle el prefacio. Vio la luz ese mismo año: Fanon fue conceptualizado como el “Apóstol de la violencia”; Sartre, como el enemigo público número uno y el hombre más odiado de la nación: “... el neocolonialismo, ese sueño lánguido de las metrópolis, no es más que aire; las «Terceras Fuerzas» no existen o bien son las burguesías de hojalata que el colonialismo ya ha colocado en el poder”, subrayó en el prólogo (Fanon, 2011: LII), frase que justifica la virulencia con que fue atacado por la crítica de la reacción y la intelectualidad socialdemócrata que intentaba mantenerse al margen del conflicto.

Argelia estremecía los cimientos de la Quinta República: el 17 de octubre de 1961 el prefecto de la policía de París, Maurice Papon, colaborador del régimen nazi en Francia, ordenó reprimir una manifestación pacífica convocada por los inmigrantes argelinos, con un balance que oscila entre 70 y 300 muertos, pues para eludir la condena de la opinión pública muchas víctimas fueron arrojadas al Sena; otras, sepultadas entre los registros burocráticos.

A finales de octubre, Fidel, quien desde el año anterior intentaba infructuosamente establecer contacto con los combatientes argelinos para brindarles auxilio, envió un emisario que pudo concretar, al fin, la tarea de reunirse con los jefes del ALN: el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti, amigo del Che y director de *Prensa Latina*. Masetti viajó hasta Túnez y desde allí, con respaldo del Gobierno chino, debió atravesar el desierto del Sahara como hacían los beduinos –montado en camello y en una caravana–, penetrar a hurtadillas en el territorio de Argelia y escalar las

escarpadas elevaciones de los montes Atlas, donde tenía su comandancia el coronel Houari Boumédiène. En diciembre regresó a África, esta vez por Casablanca, Marruecos, a bordo de la motonave cubana *Bahía de Nipe*, con un valioso cargamento para los argelinos: 1.000 fusiles FAL, 500 subametralladoras USIS, 50 ametralladoras calibre 50, 30 ametralladoras calibre 30, obuses de 105 mm, cuatro morteros de 81 mm y abundante parque. El buque retornó a La Habana con 78 guerrilleros heridos y 20 niños huérfanos que permanecían en los campamentos de refugiados en Marruecos y Túnez.

Ya entonces una delegación del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA), encabezada por Mario de Andrade y Gentil Viana, se había entrevistado en La Habana el 1.º de septiembre de 1961 con el presidente Osvaldo Dorticós, quien en nombre del Gobierno de la Isla "... ofreció becas para formar jóvenes en la experiencia revolucionaria cubana" (Ormas, 2015: 21).

Comenzaba una nueva etapa en la historia de la mayor de las Antillas: la colaboración internacionalista con África.

Cuba forjaba en ese minuto un ejército moderno; a su vez, firmó un convenio con la URSS que garantizaría, entre 1961 y 1964, el suministro para tropas terrestres de tanques, blindados, artillería, armas ligeras, medios de comunicación y estaciones de radiolocalización; y para la Fuerza Aérea, aviones MIG-15, bombarderos ligeros IL-28, helicópteros MI-4 y naves de transporte. Los pilotos y los cuadros para atender esta técnica se formaron en la URSS, Checoslovaquia y China. La institucionalización de su defensa, la técnica contratada y los avances en materia de preparación, mostraban la resolución cubana de enfrentar una invasión militar con la fuerza de su pueblo.

En materia de enfrentamiento a la subversión organizada por la CIA, una pléyade de jóvenes con experiencia en la lucha clandestina contra la tiranía de Batista fue seleccionada para fundar la Seguridad del Estado, el

26 de marzo de 1959. Eran obreros, campesinos y una mayoría que provenía de centros estudiantiles. Tenían nivel medio, pocos eran universitarios. A finales de 1961, solo una veintena había pasado un curso de Inteligencia de cinco meses, muy rudimentarios, en Moscú. “Allí aprendimos los principios de aquella actividad y tuvimos profesores, entonces oficiales en activo del KGB, que nos relataron sus experiencias, errores y éxitos, de los cuales guardamos un recuerdo imperecedero. Lo esencial que aprendimos de ellos fue su amor a la patria y a la causa socialista”, evocó el general de división (retirado) Fabián Escalante Font (Escalante, 2019: 2). Sus jefes eran hombres forjados en la Sierra Maestra, encabezados por Ramiro Valdés Menéndez, Abelardo Colomé Ibarra y Manuel Piñeiro Losada.

Cuba se había convertido ya en el centro del debate ideológico mundial y terminó 1961 con otra noticia que mostraba su determinación: el 22 de diciembre se proclamó territorio libre de analfabetismo. Al decir de Graziella Pogolotti, con la Reforma Agraria la nación recuperó en su integralidad el cuerpo y sus manos; con la nacionalización de las grandes empresas estadounidenses –una mácula que pesaba sobre la conciencia nacional desde la fundación de la República mediatizada–, la nación rescató sus riquezas; en vísperas de la invasión por bahía de Cochinos, esa nación recobrada tomó conciencia de que para conseguir una independencia verdadera, soberanía y justicia social tenía que hacerlo dentro del socialismo, y fue a Playa Girón a vencer o morir en su defensa; y cuando se anunció que el país se había alfabetizado, en un acto presidido por una máxima de Fidel: “La Revolución no te dice cree, la Revolución te dice lee” –después de haber recuperado el cuerpo, las manos y sus riquezas– la nación “también recuperaba su derecho al espíritu, su derecho al conocimiento, su derecho, por lo tanto, a la libertad plena del hombre” (Pogolotti, 2016: 61).

Hacia 1962 el revanchismo de Estados Unidos derivó en una escalada de guerra política y económica, un intenso programa terrorista dentro de la Isla y contra objetivos cubanos en el exterior, maniobras navales y vuelos espías que presagiaban cercano el momento en que intentarían la ocupación militar de Cuba.

El 30 de enero de 1962, en el balneario uruguayo de Punta del Este, durante la Octava Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, se aprobó la “Exclusión del actual gobierno de Cuba de su participación en el sistema Interamericano”. Tras ingentes presiones de la delegación estadounidense votaron a favor 14 países: Estados Unidos, Nicaragua, Paraguay, Haití, Guatemala, El Salvador, República Dominicana, Colombia, Venezuela, Uruguay, Costa Rica, Honduras, Panamá y Perú –salvo Uruguay, ninguno tenía relaciones con Cuba–; seis se abstuvieron: Brasil, Argentina, México, Chile, Bolivia y Ecuador.

Mientras en Uruguay se daba este nuevo paso en el camino hacia la acción militar contra Cuba, en Washington John F. Kennedy desayunaba en privado con Alekséi Adzhubei, director del periódico *Izvestia* y yerno de Jruschov. Había llegado el día anterior de La Habana y el presidente lo recibió acompañado de su esposa y su hermana; además estuvo presente el oficial del KGB Georgi Bolshakov con su esposa. Bolshakov era el jefe de centro de la Inteligencia soviética en Washington y se había convertido en el enlace entre el Kremlin y la Casa Blanca. Después de los saludos iniciales, en un clima distendido, la conversación giró en torno a Cuba. “Usted está interesado en los eventos en Cuba, es su derecho. Pero cuando leemos que Estados Unidos planea invadir a Cuba, no creemos que sea su derecho”, manifestó Adzhubei, al tanto de lo que en ese mismo instante se tramaba en Punta del Este, a lo cual Kennedy respondió: “No estamos planeando una invasión de Cuba”. El diálogo posterior refleja el trasfondo:

Le recordé: “¿Y qué hay de los mercenarios de Guantánamo y esos otros países? ¿Ya cambió su opinión con respecto al

desembarco en abril de 1961, que fue un error para Estados Unidos?

Kennedy golpeó su puño sobre la mesa y dijo:

Una vez llamé a Allen Dulles y lo reprendí. Le dije: “aprenda de los rusos. Cuando tuvieron una difícil situación en Hungría, pusieron fin al conflicto en solo tres días. Cuando no les gustaron los eventos en Finlandia, el presidente de ese país fue a Siberia y se reunió con el primer ministro soviético y todo fue arreglado. Y tú, Dulles, no pudiste hacer nada”.

Le respondí al presidente:

“Con respecto a Hungría, su analogía con Cuba es completamente insostenible. Con respecto a Finlandia, quizás este sea el caso, lo que debería hacer que los Estados Unidos sean conscientes de que deben aprender a respetar a Cuba. Después de todo, respetamos a Finlandia. A pesar de que es un país capitalista, el presidente de un gobierno burgués mantiene buenas relaciones con la Unión Soviética”.

Kennedy se quedó callado, y luego dijo con seriedad:

“Desde un punto de vista psicológico, es muy difícil para el pueblo estadounidense estar de acuerdo con lo que está sucediendo en Cuba. Después de todo, está solo a 90 millas de nuestra costa. Es muy difícil” (Adzhubei, 1962).

Era la segunda vez que Kennedy comparaba a Cuba con Hungría; la primera, en 1961, en Viena, le recordó a Jruschov que Estados Unidos no interfirió en la invasión de 1956. La reiteración del tema dejó preocupado al interlocutor soviético y así lo trasladó en un informe al Comité Central del PCUS.

¿Buscaba Kennedy mantener el *statu quo* pactado en Yalta para preservar la paz entre las dos potencias líderes de la Guerra Fría? ¿Invocaba la doctrina Monroe para delinear lo que Estados Unidos conceptúa como su terreno a cambio de dejar atrás sus pretensiones en Europa Central y del

Este? ¿Intentaba presentar a Cuba como una pieza de cambio para tener las manos libres sobre ella?

La retórica confusa de su administración y equipo de asesores hace imposible una respuesta. Lo cierto es que apenas cinco meses atrás las tensiones en Europa habían elevado la temperatura de las dos maquinarias bélicas hasta acercarse a los 100 °C. A la URSS le preocupaba el resurgimiento de la RFA como potencia de la OTAN y temía que llegara a tener acceso a las armas nucleares; a su vez, Berlín Occidental –donde las tropas de Estados Unidos y la URSS prácticamente se encontraban cara a cara– había sido convertida en el polígono de la CIA para el lanzamiento de las operaciones de espionaje y subversión contra la RDA, lo que incluía una agresiva política de incentivo a la emigración hacia el lado Oeste, presentada en el orden simbólico como la muestra del supuesto rechazo generalizado al socialismo.

Frente a tal desafío, la respuesta del Kremlin apuntaba a un eventual bloqueo de los accesos de Estados Unidos a Berlín Occidental, como hizo Stalin en 1949. A la petición de Kennedy al Congreso en pro de un mayor esfuerzo para la defensa, Jruschov respondió suspendiendo la desmovilización parcial del Ejército Rojo y aumentando en un tercio el presupuesto militar de la URSS; no obstante, en público y en privado abogaba por celebrar una conferencia bilateral. “Según su solución, habría tratados de paz con los dos Estados alemanes [...] mientras que Berlín Occidental quedaría siendo «ciudad libre». Suponía que esto aseguraría la estabilidad en la Europa de posguerra y restringiría un tanto la influencia norteamericana en Alemania cuando el país se recuperara de las devastaciones de la guerra” (Dobrynin, 1998: 62). También estaba interesado en suscribir un tratado de no agresión entre la OTAN y el Pacto de Varsovia.

Kennedy transmitió a Moscú que Estados Unidos no podía retirarse de Berlín Occidental sin echar abajo su liderazgo global. En un contacto

privado en la Casa Blanca con el embajador soviético Anatoly Dobrynin, el 17 de junio de 1961, le expresó: “Si se nos obliga, de algún modo, a salir de Berlín, nuestras garantías dadas a Europa Occidental perderán todo sentido. Y esto afecta nuestros intereses fundamentales, pues la alianza con las naciones de Occidente constituye la piedra de toque de la política exterior norteamericana” (Dobrynin, 1998: 77). Prometía en un período de tres a cinco años, de reelegirse para un segundo mandato, reconocer a la RDA. El ala más beligerante de la administración exponía que nada tenían que negociar y aventuraba una salida militar a la crisis, pues planteaban que acceder a la iniciativa del Kremlin sería visto en Moscú como una prueba de debilidad, máxime cuando Jruschov había declarado que la URSS poseía un nuevo proyectil capaz de “derribar una mosca en el espacio”. Creían que era aquella una coyuntura conveniente para fabricar un *casus belli* que les permitiera la reorganización rápida y sin estridencias de sus efectivos convencionales y nucleares en el área. Un informe presentado por la Junta de Jefes del Estado Mayor aseguró que dos divisiones aliadas podrían sostenerse indefinidamente en Alemania Oriental contra tres o cuatro divisiones enemigas. Según argumentó el 28 de junio el ex secretario de Estado de la Administración Truman, Dean Acheson, a quien el presidente Kennedy le había solicitado una valoración: “La intención no era derrotar a las fuerzas comunistas en el campo de batalla, sino persuadir a Moscú de que estábamos dispuestos a llegar a una guerra nuclear si fuera preciso” (Schlesinger Jr., 1970: 312).

Charles de Gaulle manifestó su rechazo a la eventual incursión de una columna de la OTAN en el territorio de la RDA, y era sabido que la posición de Estados Unidos en la Asamblea General de la ONU quedó debilitada después de la invasión por bahía de Cochinos. El vicepresidente Lyndon B. Johnson, no obstante, se manifestaba a favor de una declaración de emergencia nacional que facilitara el llamado a filas de los reservistas, aumentar el presupuesto del Pentágono en más de 5.000 millones de

dólares, establecer el control de los precios y salarios en la Unión, y nuevas tarifas de impuestos para compensar el déficit presupuestario. Consideraba que ello tendría un efecto paralizante para la dirección soviética desde el punto de vista psicológico. Encontró no pocos oídos receptivos, incluso, en un primer minuto, en el propio presidente; luego este se detuvo en las consecuencias si, contrario a lo que conjeturaba Johnson, Jruschov lo asumía como un ultimátum y ordenaba lanzar el primer golpe. Cada vez eran más frecuentes las declaraciones soviéticas en las que se insinuaba que Estados Unidos podía estar evaluando un ataque preventivo contra el territorio de la URSS: “Solamente «los idiotas» dijo Kennedy, serían capaces de agarrarse a la idea de la victoria en una guerra nuclear” (Schlesinger Jr., 1970: 319).

El 25 de julio de 1961 Kennedy ya tenía preparado el discurso sobre la posición que asumiría y habló ante la radio y las cámaras de televisión, de costa a costa:

No podemos permitir, y no lo permitiremos, que los comunistas nos echen de Berlín, ni gradualmente ni por la fuerza. Para estar preparados a cualquier contingencia, habría que conseguir 3.250 millones de dólares más para el presupuesto de defensa, llamar a algunas unidades de la reserva y la Guardia Nacional, hacernos con nuevas armas y aumentar el programa de defensa civil. Pero, si bien nuestra postura militar va a ser defensiva, no ocurrirá lo mismo con nuestra estrategia diplomática. No vamos a dejar que otros monopolicen el lugar y las bases de la discusión. No intentamos abandonar nuestro deber para con la humanidad por buscar una solución pacífica. Reconocemos la preocupación histórica de Rusia por la Europa Central y Oriental, y estamos dispuestos a considerar cualquier arreglo o tratado en Alemania acorde con el mantenimiento de la paz, la libertad y los legítimos intereses de seguridad de todas las naciones. Estamos dispuestos a conseguir la paz por medio de

reuniones oficiales y no oficiales. No queremos que sean consideraciones militares las que predominen en el modo de pensar de Este y Oeste. En la era nuclear cualquier error de juicio por parte de cualquiera de ambos lados sobre las intenciones del otro, podría provocar en unas horas mayor destrucción que la que han producido todas las guerras de la historia humana (Schlesinger Jr., 1970: 320).

El Pentágono aprovechó esta coyuntura y el llamado de Kennedy a reforzar las capacidades “defensivas” para instalar misiles nucleares de alcance medio, apuntando hacia la URSS en una base militar de Estados Unidos en Turquía.

Jruschov, quien días atrás envió un mensaje por el canal privado a la Casa Blanca en el que pidió contener a “las cabezas demasiado caldeadas del Pentágono” (Dobrynin, 1998: 75), respondió al discurso del presidente norteamericano también en una intervención ante las cámaras, el 7 de agosto. Con términos de mayor estridencia, coincidió en los mismos puntos; a saber: no ceder en la posición básica, llamar a filas a los reservistas, alertar sobre los peligros de una guerra nuclear y solicitar al adversario a acceder a una conferencia de paz que ayudara a “basarse en la razón y no en el poder de las armas termonucleares” (Schlesinger Jr., 1970: 321).

Abocado a un eventual desenlace militar por la cuestión alemana, la respuesta soviética a la sangría provocada en la RDA por el diseño subversivo migratorio desplegado por la CIA desde Berlín Occidental no se hizo esperar: minutos después de la medianoche del 13 de agosto de 1961 – seis días después del discurso de Jruschov–, las fuerzas armadas germano orientales ocuparon los puntos de acceso entre el oeste y el este de Berlín, abrieron zanjas en la calle y levantaron alambradas; luego empezaron a edificar un ancho y elevado tabique divisorio para cerrar la frontera. Así fue construido el Muro de Berlín, el símbolo más notorio de la Guerra Fría. ¿Cómo lo interpretó la Administración Kennedy?:

El muro siguió allí, como una obscenidad horrible que cruzase el rostro de la ciudad. Al principio pareció el despliegue de un plan soviético implacable para arrojar a los occidentales de Berlín. Pero retrospectivamente parece una medida defensiva más que agresiva. Representaba la única solución, aunque a costa de algunas ilusiones románticas sobre el comunismo, para acabar con el problema que había obligado a Jruschov a sacar a relucir de nuevo la cuestión de Berlín aquel año [...] Al cortar la sangría de Alemania Oriental, el muro aseguraba los intereses soviéticos más inmediatos. La determinación de Kennedy de reorganizar el poder militar del Occidente había mostrado a Jruschov la imposibilidad de conseguir sus máximos objetivos por medio del engaño. El muro le permitió conseguir su interés mínimo y le salvó de tener que llegar a poner sus cartas boca arriba (Schlesinger Jr., 1970: 324).

O sea, esta aberración se interpretó en Washington como un gesto de desesperación y en la guerra por la opinión pública sacaron la mayor ventaja. “La libertad tiene muchas dificultades y la democracia no es perfecta, pero nunca hemos tenido que construir un muro para evitar que nuestros ciudadanos se marchen”, declaró John F. Kennedy (Clinton, 2004: 74). Cuatro meses más tarde, su hermano visitó Berlín Occidental y fue recibido en la plaza Rahaus, donde se congregaron 100.000 personas. En medio del más crudo invierno, el fiscal general de Estados Unidos tiritaba de frío cuando improvisaba un discurso ante la concurrencia; de repente, aparecieron flotando en el aire globos lanzados desde la parte oriental con su bandera roja. Vio en la provocación una oportunidad providencial para dinamitar el contenido moral del Muro: “«Los comunistas dejan salir a los globos, pero no a la gente», y la masa produjo un rugido animal, mezcla de desafío y de miedo”. Esa noche, en la Universidad Libre de Berlín, afirmó ante alumnos y profesores: “... el comunismo en sí es solo el síntoma y la consecuencia de los males fundamentales: la ignorancia, la enfermedad, el

hambre y la necesidad; la libertad ha demostrado a la humanidad que es el arma más fuerte para destruir a esos viejos enemigos” (Schlesinger Jr., 1970: 327-328).

A partir de la construcción del Muro se redobló la campaña para deteriorar la imagen de Berlín Oriental. Filmes como *Cortina rasgada* y *Funeral en Berlín* (1966) mostraban una ciudad gris y silenciosa, amenazante, con un paisaje definido por los terrenos baldíos en torno a las alambradas, las torres de vigilancia y los controles de seguridad... Era una visión ajena a los espacios domésticos de sus habitantes, al margen de la vida cotidiana de la joven y próspera RDA. Como era de esperar, el Muro no tuvo solo una expresión urbanística y arquitectónica; en el orden simbólico y cultural reabrió la herida de los berlineses a ambos lados.

Al borde del holocausto

En el otoño de 1961, Osvaldo Dorticós y el canciller Raúl Roa García encabezaron una delegación de la mayor de las Antillas que visitó Europa del Este, la URSS y China, como parte de la ofensiva de diplomacia pública para contrarrestar el aislamiento político y económico al que pretendía someterla el Gobierno de Estados Unidos. Los efectos del bloqueo amenazaban con ahogar al país...

A finales de la década de 1950, los monopolios norteamericanos en Cuba gestaron un cambio en la estructura por sectores y comenzaron a abandonar la industria azucarera; mientras, desplazaron la inversión de capitales hacia la generación de electricidad, refinación del petróleo, la minería y las manufacturas. Un rasgo definitorio del proceso fue la dependencia tecnológica, acentuada con la ausencia de facilidades experimentales y de investigación, que impedía una asimilación activa de la tecnología transferida; la debilidad de la industria mecánica, el bajo potencial de proyectos de ingeniería, de bases de construcción y de montaje industrial, y la importación de capital humano: expertos y asesores.

Las materias primas que se recibían en las fábricas, que eran filiales de empresas norteamericanas, frecuentemente, tenían un código que impedía conocer sus especificaciones y, por tanto, identificarlas con otros suministradores, sobre todo en las producciones de cosméticos y la fabricación de Coca Cola. La industria estaba concentrada geográficamente: 70 % de la producción no azucarera se localizaba en torno a La Habana, por cuyo puerto se realizaban entre el 80 % y 90 % de las importaciones; allí se generaba el 85 % de la energía eléctrica y se encontraban el 87 % de los teléfonos; además de absorber el 80 % de las construcciones. Entre 1950-1958 las inversiones yanquis crecieron un 52 %; pero, como se apuntó, con un interés volcado hacia los sectores más rentables: el níquel, con la

ampliación de Nicaro y la construcción de una planta en Moa; las refinerías de petróleo en la capital y Santiago de Cuba; la termoeléctrica de Regla; las telecomunicaciones; la planta de rayón en Matanzas; tres instalaciones de neumáticos; la primera fábrica de vidrios; fábricas de envases metálicos y de aluminio; una fundición de hierro y tres fábricas de pintura; además del control de toda la producción de detergente y de una elevada proporción de la de jabones.

Solo se incorporó tecnología cuando resultó de interés al capital estadounidense; por tanto, ese “proceso de industrialización” acentuó aún más la dependencia de materias primas y portadores energéticos importados, sin un esfuerzo científico y tecnológico para establecer una base propia, endógena, capaz de apoyar el desarrollo del sector. Cuba tenía una economía altamente abierta, en la que a cada peso de producción bruta correspondían entre 25 y 28 centavos de importaciones inevitables; una monoexportación azucarera que alcanzaba el 80 % del total de lo exportado, así como una concentración geográfica de las exportaciones (60 %) e importaciones (80 %) del mercado de Estados Unidos.

¿Cómo avanzar bajo acoso y sin reservas financieras? Necesitaba incrementar las ventas de azúcar, minerales, frutas, tabaco y ron, y obtener créditos blancos para adquirir petróleo, fábricas completas, maquinarias y piezas de repuesto.

Jrushov y Leonid I. Brezhnev, un hombre vital y expresivo, de carácter jovial, que presidía el Presídium del Soviet Supremo de la Unión Soviética (Parlamento), prometieron a la delegación cubana estudiar sus planteamientos. “La actitud era francamente comprensiva, amistosa; evidente el deseo de ayudarnos, aunque nos explicaron –y sabíamos– que la URSS tenía también dificultades”, narró en sus memorias Raúl Roa Kourí, quien participó en la visita (Roa Kourí, 2018: 184).

Otro resultado esperanzador lo obtuvieron en Beijing. Cuba fue el primer país de América Latina en establecer relaciones diplomáticas con

China, en 1960, y sin hacer caso a las amenazas y presiones de Estados Unidos abogaba porque su representante ocupara el escaño que le correspondía en el Consejo de Seguridad de la ONU, usurpado por Taiwán. La visita no solo servía para estrechar los lazos bilaterales, también se quería intercambiar acerca de los acontecimientos políticos internacionales. En lo tocante al desarrollo de la revolución mundial, Fidel cifraba grandes esperanzas en el gigante asiático dado el discurso radical de su dirigencia y su mayor cercanía a las naciones del Tercer Mundo. Los recibieron el presidente Liu Shao Chi y el primer ministro Zhou Enlai. “... bastaba con que cada ciudadano chino utilizara una cucharadita más de azúcar en sus comidas para incrementar las importaciones...”, planteó a modo de broma Zhou, dando por sentada la ayuda sin negar sus propias dificultades. Fue más allá: brindarían un “... crédito a largo plazo, a muy bajo o nulo interés, para la adquisición de bienes de capital y de consumo. Se preveía [...] una amplia colaboración en diversas ramas de la economía, la cultura, la ciencia y la técnica” (Roa Kourí, 2018; 192).

Mao recibió a los dirigentes cubanos. Casi a punto de cumplir los 80 años, se veía viejo, cansado, lento..., lo que no afectó su tono camaraderil, directo, sin ínfulas. La conversación se extendió una hora. Se interesó por la impresión de su visita a la URSS y de las conversaciones con Jruschov. Quería conocer la apreciación de la dirigencia soviética de los acontecimientos internacionales y el desarrollo de la lucha revolucionaria a escala mundial. Bromeó al referirse a sus diferentes percepciones respecto a Estados Unidos. Mao decía que Estados Unidos era un “tigre de papel” y Jruschov precisaba que con “los colmillos atómicos”. Dijo que China tomaba muy en serio las amenazas yanquis en el orden táctico, no así en el estratégico; el tiempo operaba contra el sistema imperialista y a favor de la emancipación política y social de los pueblos. “Nosotros evitamos la polémica de fondo, pues no era nuestro interés tomar partido. Empero, Dorticós coincidió en la visión estratégica de nuestros interlocutores chinos,

porque entonces, como ahora, estábamos convencidos de que el capitalismo es incapaz de solucionar los graves problemas de la humanidad...” (Roa Kourí, 2018: 201-202).

Cuba no podía perder un minuto. El 6 de febrero John F. Kennedy firmó el Decreto 3447/1962 para darle calificación oficial de “enemigo” y establecer el “embargo” total sobre el comercio entre ambas naciones bajo los preceptos de la Export Control Act de 1949, que dejó inscrita la declaración oficial de bloqueo.²⁴ Entró en vigor a partir de las 12:01 a. m. del 7 de febrero. A su amparo, en franca violación del derecho internacional marítimo, Kennedy dispuso incluir en una “lista negra”, y prohibir su acceso a los puertos de la Unión, a todo buque que realizara comercio con Cuba, independientemente del país de registro. Ello privó a la Isla de beneficiarse de las líneas regulares internacionales de buques para transportar sus cargas marítimas y la obligó a contratar barcos viejos, muchas veces con deficiencias técnicas –solo así podían encontrarse navieras dispuestas a renunciar al comercio con Estados Unidos–, que debió fletar a sobreprecio y con elevadas primas para asegurar las cargas, dado el riesgo de pérdidas o daños.

En el orden militar ya habían cobrado forma definitiva los planes operativos de contingencia del Comando del Atlántico: 312-62 (ataque aéreo), 314-62 (invasión terrestre) y 316-62 (invasión terrestre en un lapso más corto). ¿Cómo concertar los esfuerzos de la CIA y el Pentágono para generar el escenario deseado? El 16 de marzo el Consejo de Seguridad Nacional elaboró un diseño:

- a. En el empeño para causar el derrocamiento del gobierno señalado, Estados Unidos hará el máximo uso de los recursos nativos, internos y externos, aunque reconoce que el éxito final requerirá de una intervención militar decisiva de Estados Unidos.
- b. Dichos recursos nativos serán utilizados tal y como están desarrollados, para preparar y justificar esta intervención y, a partir de

ese momento, apoyar y facilitar la misma (Conf. Tripartita 1992, 2012: 85).

A finales de abril Estados Unidos organizó el ejercicio Landphibex 1/62 (desembarco anfibio), con 40.000 infantes de marina, 4 portaaviones, 50 buques y una escuadra de submarinos, que debían tomar una “cabeza de playa” en una isla del Caribe. Lo realizaron en las playas de arena coralífera de Vieques, en la costa suroriental de Puerto Rico, a pocas millas de Cuba.

Informaciones de la Inteligencia militar y el KGB le permitieron comprobar a la dirección soviética las intenciones de Estados Unidos. Jruschov admiraba a la Revolución cubana y hablaba emocionado de su líder. Sentía el deber moral de brindarle solidaridad y meditaba en el mejor modo de hacerlo. A principios de mayo, mientras descansaba en el balneario búlgaro de Varna, en la orilla del mar Negro, parece ser que la cercanía de la base turca donde Estados Unidos había instalado los misiles crucero de alcance medio le dio la idea: emplazaría cohetes nucleares en la Isla. La URSS podría matar dos pájaros de un tiro: disuadir a Estados Unidos y alcanzar la paridad estratégica frente a los 105 misiles que la apuntaban desde Gran Bretaña, Italia y Turquía.

Se atribuye a Anastas H. Mikoyán la frase de que Cuba constituía un portaaviones estratégico a las puertas de Estados Unidos –según se dice–, expresada en una conversación con Jruschov. Esta imagen habría “iluminado” al dirigente soviético, quien desconocía que el Pentágono contaba con una superioridad de 17 a 1 en armas nucleares –de ellas, 229 cohetes intercontinentales (ICBM) contra 48–, y que en Japón tenía cuatro sitios de lanzamiento de misiles crucero Mace B (2.000 km de alcance) con ojivas nucleares de 1,1 megatones. En total disponían de una potencia de 35,2 megatones que apuntaba a las ciudades asiáticas de Hanói (Vietnam), Beijing (China), Pyongyang (Corea del Norte) y Vladivostok (URSS). Y en 1960 Eisenhower había aprobado una orden que disponía el ataque nuclear simultáneo contra la URSS y China en las primeras 24 horas de una guerra.

De regreso a la URSS, en el propio tren se lo comentó en privado al canciller Andréi A. Gromyko: "... para salvar a Cuba como Estado independiente, es preciso instalar en la isla cierta cantidad de cohetes nucleares. Solo eso podría salvar al país, pues a Washington no lo detendrá el fracaso de la invasión a Playa Girón" (Minfar, 1992: 83), y Gromyko debió sentir un corrientazo en su interior. Al llegar al Kremlin mandó a buscar a Moscú al consejero de la sede soviética en La Habana, Alexandr I. Alekseyev, un oficial del KGB con acceso a Raúl, y el 7 de mayo en presencia de Mikoyán y de Gromyko le notificó su designación como embajador en la Isla y la decisión de emplazar cohetes en ella para salvar la Revolución. "... nuestros discursos en la ONU y nuestras protestas no han logrado nada, es totalmente evidente que habrá un ataque contra Cuba, debido a la derrota de Girón, con fuerzas de Estados Unidos", le dijo (Conf. Tripartita 1992, 2012: 31).

¿Exageraba? ¿Eran infundadas sus preocupaciones? A mediados de mayo las fuerzas armadas estadounidenses realizaron un segundo gran ejercicio: Demolex, en Onslow Beach, Carolina del Norte, en el que se reencontraron varias de las unidades del adiestramiento de abril; en agosto, en el Swift Strike II, desarrollado en dos escenarios: Carolina del Norte y Carolina del Sur, más de 500 cazas de la Fuerza Aérea se entrenaron en misiones de apoyo junto con 70.000 efectivos de la infantería terrestre; entretanto, el Comando del Atlántico se reforzaba con nuevas unidades terrestres, aéreas y navales, y buques de las flotas del Pacífico y el Mediterráneo pasaban a la flota del Atlántico.

Entre enero y agosto de 1962, organizaciones terroristas controladas por la CIA ejecutaron 5.780 actos de sabotaje, terrorismo y subversión en la Isla. Más de 700 grandes objetivos económicos y sociales fueron dañados. Su nuevo director, John A. McCone, un ejecutivo industrial que trabajó para el Pentágono y había presidido la Comisión de Energía Atómica, insistió el 23 de agosto: "Cuba fue la llave hacia toda América Latina, si Cuba tiene

éxito debemos esperar que la mayor parte de América Latina caerá” (McCone, 1997: 955).

A Fidel lo tomó por sorpresa la propuesta de instalar proyectiles atómicos en Cuba. No le agradó la idea que podía dar la imagen de la Isla como una base soviética. Fue una consideración de orden ético la que inclinó la balanza: creía inconsecuente esperar de la URSS y el campo socialista el máximo apoyo en caso de una agresión de Estados Unidos, y negarse a enfrentar los riesgos políticos cuando ellos necesitaban ayuda, punto de vista que encontró un apoyo unánime entre los integrantes del Gobierno Revolucionario.

Se aprobó la Operación Anadir. Se instalarían en la Isla misiles R-12 con 2.000 km de alcance (24 rampas y 36 cohetes dotados con ojivas de un megatón) y R-14 con 4.600 km de alcance (16 rampas con 24 cohetes dotados con ojivas de 1,65 megatones); en total, 60 cohetes con un potencial nuclear de 75,6 megatones.

Una discusión entre Moscú y Washington acerca del carácter ofensivo o defensivo del equipo bélico por suministrar a Cuba enredó las cosas, a pesar de que el vicepresidente Lyndon B. Johnson –uno de los promotores del golpe de Estado contra Jacobo Árbenz– declaró a *The New York Times* que era política de la administración deshacerse del régimen cubano, y tanto el senador Prescott Bush como *Time* invocaban la doctrina Monroe para justificar una invasión militar.

Fidel sugirió declarar que Cuba dispondría del armamento requerido para defenderse, en apego al derecho internacional, y solicitó hacer público el acuerdo como lo hacía Estados Unidos con sus aliados. Resultaba imposible mantener en secreto un movimiento de la magnitud demandada por la introducción de los cohetes y sus rampas de lanzamiento –imposibles de camuflar con las palmas, como decía Jruschov–, lo que incluía transportar 48.000 efectivos hacia la Isla. Nunca el Ejército Rojo realizó un traslado de

esa magnitud allende el Atlántico; además, tenían que recoger tropas en siete puertos del mar Blanco, el de Barents, el mar Negro y el Báltico.

Eran sabidas las potencialidades estadounidenses gracias al desarrollo de sus sistemas de reconocimiento aéreo. A finales de la década del 50 la CIA puso a punto el U-2, avión capaz de volar a gran altura provisto de cámaras fotográficas e instrumentos electrónicos de escucha; uno de ellos fue derribado en territorio de la URSS en 1960. Y aunque era un programa ultrasecreto, en agosto de 1961 lanzó al cosmos el sistema de exploración SAMO, con satélites que volaban a 144.841 m de altitud y daban la vuelta a la Tierra cada 90 minutos. Como abarcaban las 11 zonas horarias soviéticas, comprobaron que la URSS contaba con apenas unos 50 misiles intercontinentales y que Jruschov mentía al afirmar que fabricaban cohetes nucleares como si fueran salchichas.

Otra columna del sistema tecnológico de recolección de información era la Agencia Nacional de Seguridad (NSA, de acuerdo con sus siglas en inglés), adscripta al Departamento de Defensa, que disponía de un multimillonario sistema para espiar las comunicaciones: el Communications Intelligence (COMINT), a partir de la interceptación de las transmisiones radioeléctricas. A ello habrían de sumarse las posibilidades de la inteligencia humana de la CIA, lo mismo en Europa que dentro del territorio cubano y la emigración de Miami.

No era posible encubrir una operación de tal envergadura. Obstinado, Jruschov se negó a decir la verdad. Alegaba que de hacerse pública antes de las elecciones congresionales de medio término en Estados Unidos, el 4 de noviembre de 1962, Kennedy no lo iba a consentir, y en una reunión en el Kremlin que evaluó la propuesta cubana, concluyó: “Debemos enviar y colocar silenciosamente los misiles, tomando todas las precauciones necesarias para poner a los norteamericanos ante un hecho consumado. ¿No nos han obligado a tolerar la presencia de misiles norteamericanos en Turquía?” (Dobrynin, 1998: 83).

Hacia finales de agosto se produjo un intercambio de mensajes privados entre los dos presidentes. A través de su asistente Theodore C. Sorensen, Kennedy dio a entender que prefería una posición neutral de Jruschov respecto al conflicto de Berlín durante el proceso electoral de medio término, lo que podía allanar el camino a otro encuentro entre ambos, una vez concluido. El mandatario soviético le respondió a través de su embajador en Washington: comprendía sus “deseos” y no emprendería ninguna acción que complicara la situación internacional e intensificara las tensiones en vísperas de las elecciones, especialmente por el tema de Alemania y Berlín. “Sorensen captó la importancia del mensaje. Solo en la cuestión cubana –me dijo– el mensaje llegaba un poco tarde, pues eso ya se había convertido en un punto de la campaña. Durante las elecciones, el presidente se vería obligado a adoptar, ante Cuba, una posición más combativa de lo que se había propuesto”, relató Anatoly Dobrynin (Dobrynin, 1998: 78).

Oleg V. Penkovsky, coronel de la Dirección de Inteligencia Militar de la URSS reclutado por la CIA, transmitió la información sobre la intención de emplazar los cohetes nucleares en Cuba.²⁵ La Casa Blanca fue alertada de inmediato. Tres décadas más tarde, Ray Kline, subdirector de investigación y análisis de la CIA en aquella etapa, comentó: “Puedo decirles –y hablé en muchas ocasiones durante ese verano con el presidente acerca de las pruebas que habíamos descubierto– que él no preveía que Jruschov enviaría los misiles a Cuba, él pensaba que no era cierto”. Kennedy había sido embaucado con la operación de bahía de Cochinos y, esta vez, exigió pruebas: “John McCone [...] viajó a Francia en luna de miel; se había casado en segundas nupcias y fue a la Riviera, y se sintió tan frustrado que no dejaba de enviarme mensajes [...] «Tienes que hacer algo más en este sentido, acaba de obtener esas pruebas y dile al presidente Kennedy lo que debe decir»”, evocó Kline (Conf. Tripartita 1992, 2012: 73).

Una resolución conjunta, formulada y aprobada por el Congreso el 3 de octubre de 1962, preparó el escenario:

... los Estados Unidos están decididos a impedir por todos los medios necesarios, incluido el empleo de las armas, que el régimen marxista-leninista de Cuba extienda, por la fuerza o la amenaza de la fuerza, sus actividades agresivas o subversivas, y a evitar la creación o empleo en Cuba de una fuerza militar apoyada desde el exterior y que ponga en peligro la Seguridad de Estados Unidos (Kennedy, 1968 a: 143-144).

Cuando un U-2 fotografió las rampas de los R-12 en San Cristóbal, Pinar del Río, el 14 de octubre, Kline volvió a la carga, y antes de presionar a Kennedy para que diera una respuesta “decidida y estratégica” contra la presencia de los misiles en Cuba, le aseguró: “... realmente contamos con una verdadera superioridad estratégica intercontinental, y ellos no la van a utilizar contra nosotros; sería ilógico que lo hicieran” (Conf. Tripartita 1992, 2012: 74).

El secreto puso a Cuba en desventaja. El manejo incorrecto de Jruschov y el empleo de la mentira para desinformar envalentonaron a Estados Unidos. Su Fuerza Aérea movilizó 146.000 efectivos y preparó 579 cazas de combate para realizar 1.190 incursiones el primer día de un golpe; además, concentró 15.000 hombres y más de mil aviones con un módulo para 15 días en la Florida. La Marina puso en disposición combativa una división con 183 barcos –incluidos ocho portaaviones–, y el ejército movilizó cinco divisiones con 100.000 efectivos –dos de ellas aerotransportadas, con 14.500 paracaidistas. También fueron llamados a filas a 150.000 reservistas. Los estimados estadounidenses calcularon en 18.500 las bajas que sufrirían en los primeros 10 días de combate, aunque la previsión total se calculaba en más de 25.000.

Varios gobiernos de la región pusieron sus fuerzas armadas al servicio de Estados Unidos: Argentina aportó una brigada de infantes de marina con

2 buques, varias fragatas y destructores (5.000 hombres en total), y 3 aviones de transporte de tropas con 3.000 efectivos de infantería, más 2 aviones de patrullaje antisubmarinos; Venezuela entregó 2 buques del tipo fragata y destructores, y 5.000 efectivos de infantería; República Dominicana, 4 buques: 2 destructores y 2 de patrullaje. Ecuador, Colombia, Costa Rica, Perú, Honduras, Haití, Guatemala y Nicaragua expresaron la disposición a enviar tropas y medios, y ofrecieron sus territorios, puertos y aeródromos al servicio de la invasión militar que se gestaba.

Gran Bretaña, Francia y la RFA otorgaron su visto bueno. El primer ministro de Canadá, John Diefenbaker, asumió un protagónico rol en el diseño de diplomacia pública desplegado por el Departamento de Estado. Las presiones se extendieron a África. Los aeródromos de Conakry – construido por la URSS– y Dakar fueron cerrados a los aviones soviéticos que participaban en la operación.

A partir del 16 de octubre comenzaron dos maniobras militares: el Ejercicio Conjunto Antisubmarinos Unitas III, entre la Armada de Estados Unidos y varios países suramericanos; y el adiestramiento para barrido de minas Sweep Clear III, entre unidades navales estadounidenses y canadienses cerca de Nueva Escocia. El 22 empezó una tercera: cuatro fuerzas de tarea (20.000 hombres), 6.000 infantes de marina, 40 buques de guerra –entre ellos, dos portaaviones con 100 cazas de propulsión a chorro cada uno y dos portahelicópteros de asalto– y tres submarinos se desplazaron a Vieques para un ejercicio de desembarco dirigido por el vicealmirante de origen puertorriqueño Horacio Rivero, que hablaba español. Iban a liberar a una supuesta República de Vieques de un primer ministro tiránico al que denominaron Ortsac (Castro al revés). Estos simulacros permitían desplegar las fuerzas y medios necesarios para una invasión contra Cuba, sin inquietar a la opinión pública.

El cuartel general de la CIA era otro hervidero. El 19 de octubre fue detenido un terrorista al servicio de la CIA, procedente de la Florida, que

reveló los planes de la agencia: en Miami se organizaba una operación que concebía tomar Cayo Romano, en la costa norte de Cuba, para establecer una cabeza de playa con un gobierno provisional encabezado por José Miró Cardona –el mismo previsto para bahía de Cochinos. También se evaluaba atacar Puerto Cabezas y presentarlo como un acto de revancha por la ayuda de Somoza a la invasión por Girón (Conf. Tripartita 1992, 2012: 86).

Kennedy no se dejó arrastrar por los sectores beligerantes, incluidos los líderes del Congreso, que proponían un golpe quirúrgico nuclear o una invasión. El general Walter C. Sweeney Jr., comandante en jefe del Mando Aéreo Táctico, lo había alertado: “... ni siquiera con un importante ataque aéreo por sorpresa podríamos estar seguros de destruir todas las bases de misiles y armas nucleares en Cuba”. Mucho pesó en su decisión la certeza de que la respuesta a un bombardeo nuclear contra Cuba les costaría la vida a decenas de millones de estadounidenses. También sabía que “... un ataque por sorpresa socavaría, y acaso destruiría, la posibilidad moral de los Estados Unidos en todo el mundo” (Kennedy, 1968 a: 48-49).

Apostaba su reputación y la posible reelección para un segundo mandato; además, percibió que la humanidad no estaba dispuesta a consentir un conflicto atómico por el interés estadounidense de someter a Cuba. El MNOAL había pedido al secretario general de la ONU, U. Thant, interceder para normalizar la situación en el Caribe.

Sweeney tenía razón. El 22 de octubre la Agrupación de Tropas Soviéticas (ATS) en Cuba disponía de 36 misiles R-12, aunque no se habían abastecido de combustible ni oxidante y las ojivas nucleares estaban a unos 300 kilómetros de las posiciones, y 7 submarinos con 21 cohetes R-13 (540 km), capaces de lanzar una carga total de 67,5 megatonnes a la profundidad de Estados Unidos.

Era sabido por el mando soviético que cada división norteña del primer escalón estaba dotada de grupos Honest John con ojivas nucleares tácticas y sus tropas también fueron provistas. De acuerdo con el general (retirado)

Nikolai K. Beloborodov, jefe de la Unidad Especial de Ojivas Nucleares de la ATS, dispusieron de 48 cohetes tipo Luna (60 km), 12 con ojivas nucleares de 3 kilotones cada una; 80 cohetes alados FKR (150 km) con ojivas nucleares de 5,6 y 12 kilotones; un regimiento con 42 IL-28 dotados con 6 bombas nucleares de 12 kilotones; un regimiento con 36 cohetes tierra-mar del tipo Sopka (80 km) con ojivas nucleares; y los 7 submarinos trajeron 4 torpedos con ojivas de 8 a 10 kilotones (Minfar, 1992: 101-104).²⁶

En la mañana del 22 de octubre de 1962 fue detenido en Moscú el coronel Oleg V. Penkovsky. Antes recibió dos señales telefónicas cifradas de su contacto con la CIA: la primera le avisó que estaba a punto de ser arrestado; la segunda pedía confirmar si era inminente un ataque soviético contra Estados Unidos. “Penkovsky tuvo varios minutos para enviar una señal, y mandó la advertencia de ataque. ¡Al parecer, había decidido hundirse en compañía del mundo entero!”, subrayó Dobrynin, quien señaló que los acontecimientos no tomaron un giro catastrófico en medio de la crisis cubana debido a que la agencia no le creyó a este traidor, al que sabían un hombre vanidoso y charlatán (Dobrynin, 1998: 92). A las 7:00 p. m. Kennedy habló al país a través de la televisión. Anunció el bloqueo naval a Cuba, acto que entrañaba una declaración de guerra en tiempo de paz, pero lo definió con el término de “cuarentena”, con la esperanza de negociar el conflicto.

Desde el malecón habanero pudo observarse el cerco. Frente a la amenaza evidente en las aguas y espacio aéreo cubano, el país se puso en pie de guerra. Fueron movilizadas 485.481 hombres y mujeres, entre el servicio activo (99.612), la reserva (169.561) y las milicias (216.308). Cuba se dividió en tres ejércitos: Occidente, con el Che; Centro, con Juan Almeida; Oriente, con Raúl. Las tropas de la ATS se sensibilizaron al constatar esta efervescencia. Entre las fuerzas armadas, las milicias y el contingente soviético (unos 42.000 de los 48.000 previstos), sumaban

medio millón los combatientes para enfrentar la agresión. A nadie le pasó por la mente la idea de ceder en la defensa de la dignidad nacional.

Europa del Este entró también en estado de alarma; las baterías de la OTAN y del Pacto de Varsovia se apuntaban unas contra otras. Un golpe nuclear contra la agrupación soviética en Cuba podía desencadenar la tercera guerra mundial.

Cuando aumentó la presión, Jruschov se atolondró. No previó el giro que tomarían los acontecimientos y no paraba de mentir. El 26 de octubre le escribió a Kennedy: “Estos materiales están emplazados en Cuba a petición del gobierno cubano...” (León, 1983: 352). Esa tarde-noche Fidel se reunió con el mando soviético en la jefatura de la ATS. Opinó que el incremento de los vuelos rasantes y el movimiento de tropas en torno a la Isla constituían una artimaña para inducirlos a bajar la guardia. No eran simples provocaciones. Recordó que el ataque nazi contra la URSS, el 22 de junio de 1941, sorprendió a Stalin porque no prestó atención a las informaciones de Inteligencia. Cuba no podía darse ese lujo. Había dado la orden de abrir fuego contra todo avión que sobrevolara el espacio aéreo a baja altura, a partir del 27 de octubre. Como resultado del análisis, arribaron a la conclusión de que era probable que Estados Unidos ejecutara un golpe aéreo entre las próximas 24 a 72 horas.

“Estos vuelos proporcionarían no solamente un mejor reconocimiento aéreo, sino, a la vez, un sistema de acosar a los rusos y humillar a Castro [...] La rutina de la vigilancia aérea de la Isla, además, podría facilitarnos en un momento dado el lanzamiento de un ataque por sorpresa...”, confesó Theodore C. Sorensen (Sorensen, vol. II, 1966: 1.054).

Pese a que consultó a Moscú y no recibió respuesta, el mando de la ATS resolvió actuar en línea con las FAR y, a solicitud de Fidel, incorporó los radares de los grupos coheteriles antiaéreos a la guardia combativa, para garantizar la detección temprana de los aviones intrusos. No habría marcha atrás. En caso de ocupación pasarían a las acciones guerrilleras con las

fuerzas cubanas, y así lo confirmó años después el general de ejército (retirado) Anatoli I. Gribkov, entonces jefe de la Dirección Principal de Operaciones de las Fuerzas Armadas de la URSS y, durante la crisis, representante en Cuba del Ministro de Defensa: “... los combatientes soviéticos aquí estábamos dispuestos a darlo todo para defender a la Cuba revolucionaria” (Conf. Tripartita 1992: 17).

A las 10:22 a. m. del 27 de octubre de 1962, un grupo coheteril soviético emplazado en Banes, Holguín, derribó un U-2 que cruzó la Isla de occidente a oriente a 22.000 m de altura: “Por primera vez en un largo período de tiempo, la aviación norteamericana que «paseaba» impunemente por el cielo de Cuba había recibido una respuesta digna y una lección”, recordó el coronel (retirado) Rubén G. Jiménez Gómez (Jiménez, 2003: 279-280).

Jruschov acordó el repliegue de los cohetes el 28 de octubre. A cambio, admitió la promesa de una posterior retirada de los misiles de Turquía y el compromiso verbal de no agresión a Cuba. Fidel, quien se enteró del acuerdo por Radio Moscú, le escribió indignado: “Muchos ojos de hombres, cubanos y soviéticos, que estaban dispuestos a morir con suprema dignidad, vertieron lágrimas al saber la decisión sorpresiva, inesperada y prácticamente incondicional de retirar las armas” (Ramonet, 2018: 307).

El Gobierno Revolucionario conservaba su independencia con meticulosidad. Al conocer del acuerdo, el líder de la Revolución declaró que no habría verdaderas garantías hasta no poner fin a la guerra de Estados Unidos contra su país y presentó una propuesta que trascendió como los Cinco Puntos: 1) Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial ejercidos por Estados Unidos contra Cuba en cualquier confín del planeta; 2) Cese de las actividades subversivas y terroristas, de la organización de invasiones mercenarias, y la filtración de espías y saboteadores llevadas a cabo contra la Isla desde el territorio de Estados Unidos y desde algunos cómplices en el área; 3) Cese de los ataques piratas

desde bases existentes en Estados Unidos y Puerto Rico; 4) Cese de las violaciones del espacio aéreo y naval cubanos por aviones y navíos de guerra estadounidenses; 5) Retirada de la Base Naval en Guantánamo y devolución del territorio cubano ocupado por Estados Unidos. Ni uno de esos puntos se acordó.

Un tema generador de polémica lo constituye el intercambio de mensajes entre Fidel y Jruschov. La versión de que el líder cubano le habría pedido dar el primer golpe nuclear preventivo es falsa. Jruschov empezó a negociar con Kennedy el 26 de octubre. Le envió un primer mensaje a través de su embajada en Washington con la propuesta de retirar los misiles con supervisión de la ONU, sin mencionar una palabra a Cuba; a cambio, le pedía comprometerse públicamente a no invadir la Isla. Esa tarde-noche se produjo la reunión en La Habana de los mandos de las FAR y la ATS; luego Fidel se dirigió a la embajada soviética y, en la madrugada del 27, redactó una carta a Jruschov en la que alertó la inminencia de una agresión en las próximas 24 a 72 horas:

Hay dos variantes posibles: la primera y más probable es el ataque aéreo contra determinados objetivos con el fin limitado de destruirlos; la segunda, menos probable [...] es la invasión.

[...]

Si tiene lugar la segunda variante y los imperialistas invaden a Cuba con el fin de ocuparla, el peligro que tal política agresiva entraña para la humanidad es tan grande que después de ese hecho la Unión Soviética no debe permitir jamás las circunstancias en las cuales los imperialistas pudieran descargar contra ella el primer golpe nuclear.

Le digo esto, porque creo que la agresividad de los imperialistas se hace sumamente peligrosa y si ellos llegan a realizar un hecho tan brutal y violador de la ley y la moral universal, como invadir a Cuba, ese sería el momento de eliminar para siempre semejante peligro, en acto de la más

legítima defensa, por dura y terrible que fuese la solución, porque no habría otra (Ramonet, 2018: 299-300).

Fidel propuso actuar solo en caso de una invasión de Estados Unidos a territorio cubano, sin contar que el mensaje no llegó a Jruschov hasta la madrugada del 28, cuando ya había pactado el repliegue prácticamente incondicional de los misiles. Un poco de ecuanimidad y sangre fría hubiesen conseguido un arreglo justo, para poner fin a “... los ataques piratas y los actos de agresión y de terrorismo que se mantuvieron después durante decenas de años; el cese del bloqueo económico, la devolución del territorio que ocupa arbitrariamente la Base Naval en Guantánamo. Todo eso se habría podido obtener, dentro de aquella dramática tensión...”, le comentó años más tarde a Ignacio Ramonet (Ramonet, 2018: 307).

Mikoyán viajó a La Habana para supervisar la evacuación. Llegó en horas de la tarde del viernes 2 de noviembre y fue recibido por Fidel. Estaba previsto que las conversaciones empezarían el día 3 y lo llamaron de Moscú para avisarle que su esposa había fallecido. Una vez más el viejo compañero de Lenin sorprendió a los cubanos: cuando la amistad entre los dos gobiernos podía quebrantarse, Mikoyán consideró un deber preservarla, y ante el dilema de acudir a las exequias o permanecer en la Isla hasta la suspensión del bloqueo naval, planteó que nada podía hacer ya para ayudar a su compañera. Envío a su hijo a Moscú y se quedó a correr la suerte del pueblo cubano.

Cuba no admitió que inspeccionaran su territorio, constituía una humillación inadmisibles. Jruschov aceptó entonces un nuevo chantaje de Kennedy: los buques soviéticos serían inspeccionados en alta mar. El general Anatoli I. Gribkov evocó en 1992 en La Habana:

No ocultaré [...] –y he tenido que combatir mucho, desde los años 1939-1940 siendo un joven teniente, tanquista, durante la Guerra Patria– que conocí la amargura de las retiradas, conocí victorias; pero en todo mi largo servicio militar durante 54

años, lo más humillante fue la inspección de nuestros buques en el mar (Conf. Tripartita 1992: 17).

A finales de noviembre se celebró el XII Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia, al que asistió Brezhnev. Como embajador cubano en Praga, Raúl Roa Kourí debió leer las palabras cubanas al cónclave porque el presidente de la delegación no llegó a tiempo. Expuso la posición cubana acerca de la Crisis de Octubre, la visión de Fidel, los cinco puntos. Al terminar –salvo el uruguayo que le tendió la mano con una sonrisa– los secretarios generales de los Partidos Comunistas latinoamericanos ni siquiera lo miraron. Los delegados checoslovacos aplaudieron por protocolo y el embajador soviético, Vladimir Zimianin (meses después promovido al Secretariado del PCUS y nombrado director de *Pravda*), usualmente muy amistoso, lo recibió con gesto hosco. Brezhnev, en cambio, lo abrazó a la salida. A su llegada a La Habana a fin de año conversó con Fidel sobre el Congreso, la actitud de Brezhnev y su reacción ante las palabras de Roa, la respuesta de los comunistas latinoamericanos. “Se explayó, luego, sobre la Crisis de Octubre, confiándonos sus opiniones y reflexiones respecto de aquel momento amargo. «Me gustaría boxear con Jruschov –exclamó riéndose–, le daría una buena trompada» (Roa Kourí, 2018: 217).

IV. LLORANDO POR LAS SOMBRAS

*No, no te mofes de mí con ese éxtasis,
nacido de una paz abstraída del dolor de la vida:
El amor y su fútil sueño me perturbarán
muy pronto. Me encontraré a mí mismo otra vez
y te miraré indiferente, callado, solitario,
un invencible eternizado en piedra.*

E. H. D'ALVIS

La fuerza que cobraba la izquierda a escala internacional obligó a Estados Unidos a revisar su política exterior y la Administración Kennedy implementó una doctrina de “Respuesta Flexible”, que descartó el enfrentamiento atómico con la URSS y centró su mira en la lucha contra los movimientos de liberación nacional. Fue la manera escogida para frenar el auge revolucionario: mientras inmovilizaban al bloque Este europeo –esperanzado en un acercamiento tendente a la convivencia pacífica, cuya orientación implicó un mayor esfuerzo en el campo de la subversión político-ideológica–, multiplicaron las operaciones contra toda tentativa emancipadora en el Tercer Mundo. Kennedy lo develó en un discurso: “El gran campo de batalla para la defensa y expresión de la libertad es hoy toda la mitad del sur del globo: Asia, Iberoamérica, África y el Medio Oriente. Las tierras de los pueblos que despiertan...” (Sorensen, vol. II, 1966: 787).

Tras siete años de dramática lucha, en 1962 el ALN de Argelia derrotó al ejército francés y proclamó la independencia. Su lucha halló eco en la sociedad francesa, que no olvidó la masacre contra los inmigrantes argelinos en 1961. Sobre todo, porque el prefecto de la policía de París,

Maurice Papon, fue también responsable de la muerte en la estación del metro Charonne, el 8 de febrero de 1962, de nueve manifestantes que participaron en otra manifestación de rechazo a la campaña terrorista protagonizada por la OAS. Papon ordenó cargar contra los estudiantes, docentes y obreros, incluso después de dispersada la marcha. Al día siguiente dos millones de parisinos se declararon en huelga para protestar por esta arbitrariedad policial. El 13 de febrero, en el sepelio de los activistas en el cementerio de Père-Lachaise se reunió un millón de personas en silenciosa expresión de ira popular. Dos meses más tarde, el 8 de abril, el 90 % de Francia ratificó en referendo los acuerdos de Evian para la independencia argelina.

El conflicto “... provocó al pueblo argelino un millón seiscientos mil muertos, doscientos mil desaparecidos, trescientos mil niños huérfanos de padre y madre, ocho mil aldeas arrasadas, por solo mencionar las mayores pérdidas” (Urta, 2018: 69). Ahmed Ben Bella fue elegido primer ministro y rápidamente abrió las relaciones con Cuba. El 16 de octubre de 1962, en plena Crisis de Octubre, viajó a La Habana procedente de Estados Unidos, a pesar de las presiones para que no lo hiciera por parte de Kennedy, quien lo recibió el 15 y durante la conversación llegó a evocar la eventualidad de un ataque de la contrarrevolución asentada en Miami contra el avión de la Fuerza Aérea cubana que lo iba a transportar.

Argelia contribuyó durante esa etapa a la organización de la lucha en América Latina con asistencia material y sirvió como puente para canalizar la ayuda de Cuba. A tales efectos le entregó a la embajada cubana en Argel la Villa de Susini, una casona rodeada de jardines en las alturas de Argel, utilizada antes por la administración colonial como centro de torturas. Allí se crearon las condiciones de vivienda y trabajo a un grupo de combatientes latinoamericanos –entre ellos los venezolanos Pedro Duno, Osvaldo Barreto y Héctor Rodríguez, entrenados por asesores cubanos para incorporarse a la guerrilla de su patria. Para enmascarar y facilitar las operaciones

encubiertas que se llevarían a cabo, el Gobierno argelino estableció relaciones diplomáticas y comerciales con algunos países latinoamericanos y constituyó varias sociedades import-export en Suramérica.

Jorge Ricardo Masetti pasó seis meses en Argel para preparar la lucha armada en Argentina, donde Arturo Frondizi había sido depuesto mediante un golpe respaldado por la CIA. Masetti fundó el Ejército Guerrillero del Pueblo, que encabezaría el Che. La acción formaba parte de la Operación Andina, entre cuyos propósitos estaba crear una especie de triángulo entre el norte argentino y el sur de Bolivia y Perú. El Che no quería involucrar a más de dos o tres cubanos para evitarle complicaciones internacionales a la Isla. Uno de los organizadores, Jorge Serguera, testimonió:

Era un plan a escala continental que se desarrollaba paralelamente con los preparativos para el proyecto en Argentina, durante 1962 y 1963. Che sostuvo en La Habana conversaciones con revolucionarios de varios países que sufrían dictaduras, con vistas a extender la lucha armada en donde fuese factible y necesario (Dumois y Molina, 2012: 241).

Abelardo Colomé Ibarra, entonces jefe de la Policía en La Habana, recibió la misión de preparar a Masetti y a su grupo e introducirlos en Argentina. Raúl le dio la tarea a finales de 1962 y en mayo de 1963 cruzaban el Atlántico con pasaportes diplomáticos argelinos. Cuatro meses más tarde, el núcleo de seis guerrilleros entró por la frontera de Bolivia a Salta. A su regreso, Colomé informó al Che sobre el cumplimiento de la tarea:

Él se recostó en la cama, en el campamento donde estaba cortando caña, y allí comenzamos a hablar de la misión de Masetti, vanguardia que prepararía las condiciones para que Che llegase y dirigiese ese proceso revolucionario. Hablamos de cómo iba a entrar después el Che en la guerrilla, pues

Masetti era la avanzada [...] La idea era que Che viajase directo a Argentina (Dumois y Molina, 2012: 259).

Después de la Crisis de Octubre, la Administración Kennedy optó por un enfoque más realista para socavar el socialismo en Cuba e impedir su influencia; mas no renunció a la política agresiva ni eliminó de sus planes la opción militar ante un eventual escenario que, incluso, previeron construir con la anuencia del presidente. Al regreso a Miami de la brigada 2506, trocada por medicinas y alimentos, el 24 de diciembre de 1962, el mandatario les prometió en un acto en la Florida una “Habana Libre” y lanzó una frase interpretada como nuevo compromiso invasor: “... la actual situación cubana está latente, debemos asumir que algún día puede que tengamos que ir a Cuba” (Diez, 2011: 13).

Ante el fracaso de la Operación Mangosta, Kennedy creó un nuevo órgano: la oficina del Coordinador de Asuntos Cubanos del Departamento de Estado, en la que estaban representadas las secretarías de Defensa, Justicia, Salud, Educación, Bienestar Social, más la USIA y la CIA, para conciliar los planes de guerra económica, política y psicológica, y las acciones terroristas que promoverían el cambio de régimen. Durante el proceso de reconfiguración de la política en el primer semestre de 1963, se mantuvo presente la opción militar.

Esa proyección generó una batalla campal contra la Revolución cubana y el auge de los movimientos revolucionarios en el Tercer Mundo. En la búsqueda de preservar las mejores relaciones con Jruschov dada su intención de mantener las manos libres, el 10 de junio de 1963, en la American University, Kennedy anunció el proceso de distensión con la URSS, que contempló la instalación del “teléfono rojo” con el Kremlin para establecer comunicación directa y la firma, en agosto, del “Tratado sobre el cese parcial de las pruebas de armas nucleares en la atmósfera, el espacio cósmico y bajo el agua”, por Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS.

Dos días más tarde, el 12 de junio, Kennedy se dirigió a su pueblo para encarar un tema impostergable de política interna: la discriminación racial.

En 1863 una proclama de Abraham Lincoln emancipó a los esclavos. Habían transcurrido dos siglos y medio desde que el *White Lion* arribara a las costas de Virginia con el primer lote de africanos (poco más de veinte) en 1619. Dos años más tarde, la Decimotercera Enmienda a la Constitución dejó a la esclavitud fuera de la ley y la Decimocuarta decretó que no se podía negar la ciudadanía ni igual protección legal sobre la base del color de la piel. Pese a ello, con el paso del tiempo se afianzaron los mitos que justificaron la esclavitud –según los cuales los negros eran menos inteligentes, más violentos y perezosos, menos preocupados de su higiene personal que los blancos– y el orden social segregacionista se enraizó, amparado por un andamiaje de leyes y normas destinado a salvaguardarlo, lo que incluyó la prohibición de votar en las elecciones.

Casi un siglo más tarde constituía una rareza encontrar un profesor, un abogado, un médico o un empleado bancario negros. Fueron condenados por razón del color de su piel a permanecer en la base de la pirámide social y la cultura estética se construyó alrededor de los estándares blancos de belleza. Nada repugnaba más a un anglosajón que el matrimonio entre un hombre negro y una mujer blanca; no admitían siquiera las relaciones sexuales. La segregación en el sur estaba impregnada de salvajismo y odio, la menor violación de esta “norma” era castigada mediante el linchamiento sumario por parte del Ku Klux Klan, una organización supremacista que pervive en Estados Unidos en pleno siglo XXI.

Luego de la II Guerra Mundial emergió una clase media entre quienes sustituyeron en las fábricas a los blancos alistados en el ejército, y de ese segmento con poder adquisitivo y alto nivel de instrucción brotó el movimiento de los derechos civiles. Estaban hartos de una cultura segregacionista institucionalizada que les impedía estudiar en las escuelas

para blancos, comprar en las tiendas para blancos, comer en los restaurantes para blancos y dormir en los hoteles para blancos.

La Suprema Corte de Estados Unidos exigió la desegregación en 1957, al menos para la enseñanza pública con “toda rapidez deliberada”. Nadie hizo caso en el sur. Los niños negros tuvieron que continuar en sus escuelas descalabradas y a los jóvenes se les negaba el acceso a las universidades estatales, que ellos mantenían con sus impuestos. “Clennon King, un estudiante negro que solicitó matricularse en la Universidad de Mississippi en 1958, fue ingresado a la fuerza en un sanatorio mental. El juez que presidía dictaminó que con toda seguridad una persona negra tenía que estar loca si pensaba que podría ser admitida en la Universidad de Mississippi” (Harari, 2016: 163-164). Seis años después no existía una sola escuela integrada en Carolina del Sur, Alabama, Mississippi o Luisiana, y ningún tribunal al que acudían las víctimas velaba por la aplicación de la ley.

También desde 1957 el Congreso estableció cierto grado de protección federal para los negros con interés de ejercer su derecho al sufragio, pero un impuesto sobre el voto mantenía a este grupo poblacional, mayormente pobre y forzado a trabajar en condiciones precarias, alejado de las urnas o sometido a los intereses de políticos locales. Cualquier intento de participar en la política o de defender sus derechos lo pagaban con la vida. En prácticamente todos los juicios, tanto el juez como los jurados eran igual de supremacistas que los criminales del Ku Klux Klan. No solo les estaba vedado disfrutar clubes de recreo, hoteles, restaurantes o teatros segregacionistas, o sentarse junto a los blancos en cines y hasta en muchas iglesias; ni siquiera podían mirar a los ojos a un blanco –aunque fuera pobre– y cuando viajaban debían utilizar salas de espera y secciones separadas en los ómnibus. Incluso en la Armada eran comunes estas prácticas.

El Norte no estaba exento de estos prejuicios y contradicciones. La población negra tenía que vivir en guetos de los suburbios, donde las ratas,

la basura y los edificios desmoronados formaban parte del paisaje. Aunque tuviesen el dinero, lo mismo a las familias negras que a las de inmigrantes latinoamericanos les resultaba imposible comprar o alquilar una casa o apartamento en un barrio rico o en una zona residencial de clase media, en cuyos contratos existían cláusulas restrictivas. Tampoco tenían la posibilidad de adquirir financiamiento o préstamos bancarios para construir una vivienda decente. A pesar de todo, la presencia negra en esos estados se había incrementado de casi tres millones en la década del 40 a más de siete millones en los 60, y su influencia política crecía.

Tres organizaciones defensoras de los derechos civiles eran objeto del enfrentamiento priorizado del FBI: la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (NAACP, por sus siglas en inglés), fundada en 1909 y extendida a toda la Unión; la Industrial Areas Foundation, institución liberal dedicada a la batalla por la educación, la vivienda y el trabajo en las barriadas pobres de Chicago; y la Progress Development Corporation, de Princeton, dedicada a la construcción de viviendas para erradicar la segregación racial en Illinois.

No era este un movimiento revolucionario. No se proponía barrer las bases que mantenían en la pobreza y la marginalidad a la mayor parte de la población negra, pero sus reivindicaciones subvertían el modelo supremacista anglosajón y pusieron de manifiesto la profunda crisis social existente en Estados Unidos.

Kennedy proclamó el 12 de junio de 1963 que los nietos de los esclavos emancipados por Lincoln no se habían liberado de las cadenas de la injusticia ni de la represión social y económica, y prometió actuar. Cerca de la medianoche, en Jackson, Mississippi, fue baleado a la entrada de su casa Medgar Evers, un activista negro que participó en el desembarco de Normandía durante la II Guerra Mundial. ¿La razón? Encabezaba allí el movimiento por los derechos civiles. Como veterano del ejército fue enterrado con todos los honores militares en el Cementerio Nacional de

Arlington, en Virginia, el 19 de junio. Tres mil personas acudieron a darle el último adiós, el mayor funeral de aquella necrópolis desde la muerte de John Foster Dulles cuatro años antes. Su espíritu caló en el alma negra y, a partir de ese instante, se tornó convicción: “Después de Medgar, no más miedo”. Ese propio 19 un correo de la Casa Blanca llevó al Capitolio el proyecto de ley más completo sobre derechos civiles en la historia de Estados Unidos.

Un mes después, el 28 de agosto, Martin Luther King, pastor bautista y el más influyente líder negro de Estados Unidos, convocó una manifestación alrededor del monumento a Lincoln, frente al Capitolio, para respaldar el Proyecto de Ley presentado por Kennedy. King empezó a cobrar notoriedad cuando en 1955 convocó al boicot de los autobuses en la ciudad de Montgomery; luego emprendió un recorrido de unos diez millones de kilómetros por toda la Unión sin que nada lo detuviera: ni los más de veinte arrestos por parte de la policía, ni las agresiones físicas o los reiterados intentos de asesinato. Tenía los pies agotados, pero no le alcanzaba el tiempo para sentarse a descansar, y poco a poco caló en la conciencia de las masas negras y en zonas de clase media de la población anglosajona, sobre todo entre intelectuales, estudiantes y segmentos de la clase obrera. Aquella tarde memorable congregó a más de 250.000 personas –negras y blancas; mujeres y hombres–, que para concurrir debieron superar grandes pruebas y tribulaciones; la mayoría desafiando la persecución y la brutalidad policial; no pocas recién salidas de celdas angostas. En su inspirada disertación que trascendió como: “I have a dream” (Yo tengo un sueño), los llamó “los veteranos del sufrimiento creativo”. Llegaban para protagonizar la más grande manifestación por la libertad en toda la historia de Estados Unidos.

Con voz trémula y una cadencia rítmica seductora que recordaba los viejos *spirituals*, llamó a que un día sobre las colinas de Georgia los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños se sentaran

juntos a la mesa como hermanos, y que la nación no juzgara a sus cuatro hijos por el color de la piel sino por los rasgos de su personalidad. La multitud y millones de espectadores que lo escuchaban por televisor y radio de costa a costa quedaron atrapados. Cuando se deshizo el hechizo, permaneció la esperanza. Resultaba imposible ignorarlo. Al día siguiente encabezó los titulares de la prensa estadounidense e internacional. “Mientras la televisión retransmitía allende los mares la imagen de esa extraordinaria concentración, todos los que creían en la capacidad para mejorar del ser humano experimentaron un momento de inspiración y confianza en el futuro de nuestra especie” –evocaría (Kelley, 2004: 284). Poco después le entregaron el Premio Nobel de la Paz. No consiguieron comprarlo. Mientras más intercambió con la gente, más evolucionó y radicalizó sus discursos, a través de los cuales muchos jóvenes, blancos y negros, se instruyeron en la lucha política.

Caen las apuestas, se esfuman las esperanzas...

La nueva orientación en la política exterior de la Administración Kennedy se concretó en modos de actuación más inteligentes y en una mayor prioridad a las operaciones con fuerzas especiales. Aplacados los ánimos con Moscú, el presidente dio luz verde a la CIA para derribar a Joao Goulart en Brasil, después que este anunciara una reforma agraria y la nacionalización del petróleo; puso en marcha un plan de asesinato contra Fidel e introdujo en varios países de América Latina a los Boinas Verdes, fuerza de destino especial preparada para la contrainsurgencia, que el ejército estadounidense puso a disposición de la CIA. Eran entrenados en el Tercer Batallón de las Séptimas Fuerzas Especiales, en Fort Gulick, en la zona del canal de Panamá. A partir de la orden presidencial, más de 600 “equipos móviles de instrucción”, como se les denominó eufemísticamente, fueron enviados a toda la región.

Hacia 1963 la cooperación cubana en Argelia alcanzó un estadio superior: el 23 de mayo se inició la primera misión internacionalista médica en la historia de la Revolución: 29 médicos, 4 estomatólogos, 14 enfermeros y 7 técnicos, a cuyo frente marchó José Ramón Machado Ventura, ministro de Salud Pública, con la tarea de abrir una colaboración que se mantuvo de manera ininterrumpida hasta el 23 de julio de 1965. “Era como un mendigo ofreciendo ayuda, pero sabíamos que el pueblo argelino la necesitaba, incluso más que nosotros, y que la merecía” –narró Machado Ventura (Gleijeses, t. I, 2015: 27). Se trató de un gesto altruista para auxiliar a un país con cerca de once millones de habitantes, en condiciones asistenciales críticas como secuela del colonialismo y la cruenta guerra de emancipación que debió librar, y tan solo 600 médicos –de ellos, 285 argelinos–, luego de la salida en masa de los franceses tras la declaración de independencia.

En octubre, a solicitud de Ben Bella, la mayor de las Antillas envió un contingente militar: el rey de Marruecos, Hassan II, intentó arrancarle a la desangrada nación africana los territorios de Tindjoub y Hassi-el-Beida, ricos en petróleo, cerca del desierto del Sahara; al tiempo que financiaba a la oposición argelina en Kabilia. Hassan intentaba conformar el Gran Marruecos, un proyecto expansionista que incluía también la ocupación de una parte de la actual República Árabe Saharaui Democrática, Mauritania y Mali. La superficie que se pretendía usurpar a estas naciones limítrofes poseía significativas reservas en petróleo, gas, hierro, plomo, carbón, cobre y manganeso.

Helicópteros piloteados por oficiales de la Fuerza Aérea de Estados Unidos transportaron a las tropas marroquíes, que penetraron 80 km en territorio de Argelia. El joven ejército argelino no poseía cobertura aérea – no tenía un solo avión ni fuerzas mecanizadas– y había sido atacado en un terreno absolutamente desfavorable, en el que no podía emplear el único método de lucha para el que estaba preparado: la guerra de guerrillas:

El desierto y sus vastas extensiones desnudas estaban lejos de las montañas de Aurés, del Djurjura, de la península de Collo o de Tiemcen que habían sido su medio natural, del que conocían todos sus secretos. Nuestros enemigos habían decidido que tenían que romper el empuje de la revolución argelina antes de que llegara a ser demasiado tarde y arrastrara todo a su paso – observó Ben Bella, quien recurrió a La Habana (Ben Bella, 2019: 20).

El 21 de octubre, mientras Cuba enfrentaba los embates del huracán Flora, que causó 1.126 muertes y la destrucción total de 11.103 viviendas en Oriente, Flavio Bravo le escribió desde Argel a Raúl que la situación exigía ayuda, pues el monarca disponía de 40 tanques soviéticos y aviones MIG:

¡[...] vamos a encarar la situación de tener que combatir contra armas soviéticas! Algunos de los oficiales argelinos no están solo preocupados... sino indignados. Preguntan, y con justicia, cómo pueden los camaradas soviéticos mantener a reyes feudales como Hassan y no comprender que aquí se está produciendo una verdadera revolución, como la de Cuba. En cuanto a los países socialistas de Europa Oriental, mientras menos se hable de ellos, mejor. Según compañeros de aquí, “se han comportado como tenderos codiciosos que desean que se les pague en dólares –y a precios superiores a los yanquis– la ayuda que necesita el pueblo argelino” (Gleijeses, 2002: 52-53).

Sin pedir permiso a nadie, ni importar que estaba en juego un contrato con Marruecos para la venta de un millón de toneladas de azúcar por 184 millones de dólares, 686 combatientes cubanos atravesaron el Atlántico y llegaron al puerto de Orán en tiempo récord, con 22 tanques T-34 de fabricación soviética con dispositivos infrarrojos para la visión nocturna, 18 obuses de 122 mm, 18 morteros de 120 mm, 4 cañones de 105 mm, 18 piezas antiaéreas de 14,5 mm y una batería de cañones antitanque de 57 mm. Nada sobraba a Cuba, enfrentada a la amenaza de agresión estadounidense, para cuya defensa recibió este equipamiento de la URSS; pero el Gobierno Revolucionario se sintió en el deber de saldar la deuda histórica con un continente sometido por siglos a la degradante institución de la esclavitud y el colonialismo. Al día siguiente, dos Britania de Cubana de Aviación arribaron al aeropuerto militar de Argel con un segundo contingente militar; el 29 de octubre, la motonave *Andrés González Lines* arribó con el tercer grupo. En sus bodegas iba una donación de 5.000 t de azúcar, equivalentes entonces a veinte millones de francos franceses.

Al frente de los internacionalistas cubanos viajó el comandante Efigenio Ameijeiras, expedicionario del *Granma*, jefe de columna en la Sierra Maestra y combatiente de Playa Girón. Un grupo de asesores y técnicos militares soviéticos, que participaban en el desminado de la frontera con

Túnez, puso a disposición de Ben Bella otro grupo de tanques. Nasser envió cazas y tropas egipcias subordinadas al mando cubano, que se desplazó de inmediato hacia Bedeu, al sur de Sidi Bel Abbès, donde se alistó para entrar en combate.

Hassan II optó por retirarse. El 30 de octubre de 1963, en Bamako, firmó con Ben Bella el cese al fuego a partir del 2 de noviembre. Los cubanos permanecieron cinco meses, tiempo necesario para entrenar al ejército argelino. El entonces capitán Ulises Rosales del Toro fue el último jefe del contingente internacionalista. Todo el armamento y equipo militar fue donado. Poco después, Fidel le solicitó a Jruschov apoyar a Argelia con armas y, a partir de 1964, la URSS inició un amplio programa para reforzar las fuerzas armadas de esa nación.

Ese año, en la III Conferencia de Solidaridad de los Pueblos Afroasiáticos, en Moshi, Tanganika, la delegación cubana presentó el ofrecimiento de Fidel para realizar en Cuba la primera conferencia de los tres continentes. Se aprobó de inmediato y se creó un Comité Internacional Preparatorio presidido por Mehdi Ben Barka, líder de la Unión Nacional de Fuerzas Populares de Marruecos.

Otro foco de atención para la Administración Kennedy fue la península de Indochina. Desde febrero de 1962, el Pentágono instaló en Saigón un mando operacional para dirigir las tropas de Ngô Đình Diêm, quien imponía con sangre un régimen católico en un país budista; a su vez, la CIA entrenaba a las fuerzas especiales del régimen títere. El 11 de junio de 1963 un monje budista de 66 años de edad se sentó en una esquina de la capital survietnamita, roció su cuerpo con gasolina y se prendió fuego ante las cámaras de televisión estadounidenses. “Esta imagen, cuidadosamente seleccionada, marcó a fuego una sola palabra en la mente de muchos norteamericanos: represión” (Nixon, 1980: 121).

El número de “asesores” estadounidenses en Vietnam del Sur creció hasta llegar a 16.000, los que unidos a las fuerzas nativas totalizaban medio

millón de efectivos. La asistencia económica norteamericana al régimen rebasaba los 600 millones de dólares, cifra que cuadruplicaba la tributada por la Administración Eisenhower en 1960. El Pentágono suministró 500 cazas bombarderos, un cuerpo de blindados con centenares de vehículos anfibios, unidades fluviales, metralletas ultrarrápidas, abundante artillería e instrumentos electrónicos que aseguraban a sus unidades gran movilidad, elevado potencial de fuego y medios de detección e información modernos. Como parte del nuevo diseño de enfrentamiento, agruparon a la población rural de la parte sur en 16.000 aldeas rodeadas de alambradas, donde siete millones de personas se vieron obligadas a vivir en condiciones de hacinamiento. A fines de 1963, el 80 % de estos campos de concentración habían sido destruidos por las fuerzas patriotas.

Diêm se fue de control e incrementó la brutalidad en las pagodas, donde mataba a monjes, mujeres y niños. Kennedy estaba enojado con el títere convertido en un estorbo y aprobó un plan que concluyó con su asesinato, el 1.º de noviembre de 1963. La CIA instaló una junta militar con el más dócil general DƯƠNG VĂN MIH N a la cabeza. Richard M. Nixon relató más tarde: “El presidente del Pakistán, Ayub Khan, me dijo pocos meses después: «El asesinato de Diêm significó tres cosas para muchos dirigentes asiáticos: que es peligroso ser amigo de Estados Unidos; que ser neutral rinde beneficios; y que, a veces, es útil ser enemigo»” (Nixon, 1980: 122).

En el otoño de 1963 la figura de Kennedy sufría un fuerte desgaste en Estados Unidos. Crecía el rechazo entre los sectores opuestos al proyecto de ley sobre los derechos civiles, entre los consorcios petroleros negados a aceptar el incremento impositivo, entre quienes resultaban afectados por el combate librado por su hermano Robert desde la Procuraduría General contra la mafia, y entre los círculos beligerantes opuestos a la firma con Moscú del “Tratado sobre el cese parcial de las pruebas de armas nucleares...”. Tanto en el complejo militar-industrial como en la Junta de Jefes del Estado Mayor provocaba ojeriza su negativa a embarcarse en una

guerra a gran escala en Vietnam y otras áreas geográficas del planeta, dos posiciones que a duras penas contenía a través de su incondicional secretario de Defensa, Robert McNamara. El 22 de octubre, en Dallas, Texas, bastión conservador sureño, se distribuyeron por toda la ciudad prospectos con dos fotografías suyas, una de frente y otra de perfil, como en las fichas policíacas, y la inscripción: “SE BUSCA A ESTE HOMBRE POR TRAIADOR. Este hombre es reclamado por la Justicia por actividades traidoras contra Estados Unidos”, y a continuación una difamatoria serie de detalles (Schlesinger Jr., 1970: 826).

Su actitud en 1963 había despertado esperanzas para la humanidad, que un año antes estuvo abocada a una conflagración nuclear. Aunque respecto a Cuba nada varió en la proyección subversiva –el 19 de junio aprobó un plan para sabotear objetivos económicos clave y el 8 de julio acentuó el bloqueo financiero–, comenzó a evaluar su inclusión en la táctica del “tendido de puentes”. El 24 de octubre recibió al periodista francés Jean Daniel y envió con él un recado a Fidel: era posible la coexistencia pacífica. Si Cuba renunciaba a apoyar los movimientos revolucionarios y de liberación en el Tercer Mundo, Estados Unidos levantaría el bloqueo económico. Según contaría Daniel: “Salí de la Oficina Oval de la Casa Blanca con la impresión de que yo era un mensajero de la paz. Yo estaba convencido de que Kennedy quería un acercamiento, quería que yo regresara y le dijera que Castro deseaba un acercamiento” (Diez, 2011: 207). La noche del 18 de noviembre Kennedy reiteró el mensaje en una intervención pública en Miami:

Una cuadrilla de conspiradores ha hecho de Cuba instrumento de un esfuerzo dirigido por potencias externas para subvertir el orden de las restantes repúblicas americanas. Esto y solo esto nos divide. Mientras esto siga siendo así, nada es posible; sin ello, todo es posible. Una vez que se haya suprimido esta barrera, estaremos dispuestos a trabajar de todo corazón con el

pueblo cubano para alcanzar esos objetivos de progreso, que hace muy pocos años despertaron las esperanzas y las simpatías del hemisferio (Schlesinger Jr., 1970: 810).

Mientras hablaba en Miami, Jean Daniel esperaba en una habitación del hotel Habana Riviera por la llamada que no llegaba. El martes 19, en vísperas de su partida hacia México, perdió toda ilusión. Sobre las 10:00 p. m. se acostó contrariado, pensando en cómo se esfumaba su oportunidad de protagonizar un capítulo impar de la política internacional; de pronto, apareció Fidel. Conversaron por seis horas y acordaron reencontrarse en Varadero el viernes. Durante su reencuentro se respiró optimismo. Era el 22 de noviembre. Fidel interpretó el interés del presidente estadounidense como tendente a establecer un canal de intercambio, con cierta intención constructiva, y admiró su valor para moverse en ese nuevo curso pese a las sabidas presiones internas. No podía saber que en ese mismo instante, en un hotel de París, un oficial de la CIA ultimaba con el traidor Rolando Cubela los detalles de un plan para atentar contra su vida, aprobado por Robert Kennedy. Cubela recibió una pluma estilográfica que contenía una jeringuilla hipodérmica con veneno para matar al líder cubano.

Ese viernes 22 de noviembre fue un día agitado en Estados Unidos. Kennedy viajó a Dallas como parte de su campaña. Al bajarse del avión presidencial montó en un descapotable y partió rumbo a la ciudad. Una entusiasta multitud salió a recibirlo. Después de los carteles contra su figura un mes atrás, la alegría en los rostros de los concurrentes constituía un buen presagio. Jacqueline Kennedy sonreía a su lado, erguida y orgullosa; "... en ese momento sonaron los disparos, apagados y terroríficos, destacándose súbitamente por encima del rugido de la caravana de coches... El gesto extraño de la cara del presidente antes de desplomarse; los gritos de Jacqueline: «Oh, no, no... Oh, Dios mío, le han pegado un tiro a mi marido», y el horror, y el vacío" (Schlesinger Jr., 1970: 830).

Daniel y Fidel almorzaban en Varadero cuando sonó el teléfono. El periodista francés narró con posterioridad la escena vivida:

Fidel Castro lo levantó y le oímos preguntar: ¿lo han herido seriamente?, pero no sabíamos de qué estaba hablando. Después apuntó: “Es el presidente Kennedy, lo han herido seriamente”. Hubo un silencio. Entonces Castro dijo: “¡Esto es terrible! Van a decir que lo hicimos nosotros”. Finalmente, sintonizamos una estación de radio de la Florida que describía lo que estaba pasando en Dallas: el carro donde iba Kennedy, él cayendo, y junto a él, su esposa. Un momento después, Castro señaló: “Es desagradable, no tienen ninguna decencia, están describiendo cómo la sangre caía por las medias de su esposa”. Y de repente anunciaron: Kennedy está muerto. De inmediato, Castro opinó: “Este es el fin de su misión”. Yo pensé exactamente lo mismo (Diez, 2011: 208).

El magnicidio catapultó a Lyndon B. Johnson, quien se juramentó a bordo del avión que llevó de regreso a Washington el cadáver de Kennedy. Presas de un tipo de odio que atraviesa la historia de Estados Unidos –y que desde el último cuarto del siglo xx gestó un poderoso movimiento político–, no pocos manifestaron que quizás esa muerte era saludable para el país.

Autoritario, irascible y egocéntrico, a sus 55 años Johnson irradiaba sed de poder. Un observador británico reseñó: “El presidente entra en una habitación lenta y deliberadamente, como si pretendiese olfatear las lealtades de cada uno” (Morinson, Commager y Leuchtenburg, 1988: 866).

Como previó Fidel, Estados Unidos intentó culpar a la URSS y a la Revolución cubana de aquel magnicidio ocurrido en circunstancias aún no esclarecidas. Setenta y dos horas más tarde se llevó a cabo el funeral. Enormes multitudes consternadas vieron pasar el cortejo. Muchos lloraban. En las primeras filas de la caravana, siguiendo a pie el carro fúnebre, caminaba Anastas I. Mikoyán. Esa noche en la Casa Blanca hubo

recepción. Cuando Mikoyán se acercó a Jacqueline para ofrecer las condolencias, quedó impresionado por su comentario:

El día que mi esposo fue asesinado, por la mañana, antes del desayuno, me dijo de pronto, en nuestro cuarto de hotel, que debía hacerse todo lo necesario para que las cosas marcharan bien con Rusia. No sé por qué me dijo esas palabras precisamente entonces, pero me sonaron como el resultado de alguna profunda reflexión. Estoy segura de que el primer ministro Jruschov y mi esposo habrían triunfado en su busca de la paz, y sé que ambos la deseaban. Ahora, nuestros gobiernos deberán seguir adelante hasta alcanzarla (Dobrynin, 1998: 122).

La televisión soviética transmitió la ceremonia fúnebre ese 25 de noviembre. Los periódicos de la URSS amanecieron repletos de artículos que lamentaban la tragedia. Hubo largas filas para firmar el libro de condolencias en la embajada estadounidense. El *affaire* Kennedy terminaba...

Capitalismo y libertad: el manual de una doctrina

Johnson tenía doce meses para ganarse el favor de la opinión pública, de cara a las presidenciales, y urgió al Congreso a aprobar el proyecto de Ley de Derechos Civiles. Fue una decisión audaz. El compromiso de Kennedy de hacer cumplir las sentencias judiciales que impulsaban la integración en las escuelas públicas y las universidades sureñas lanzó todavía más votantes blancos en esos estados a los brazos republicanos, pero la gran mayoría demócrata en las dos cámaras del Congreso le auguraban una victoria arrolladora. Si bien en las discusiones congresionales la propuesta sufrió cambios, su letra constituyó el más importante avance de la población negra desde la Guerra de Secesión. Luego, durante el mensaje sobre el estado de la Unión, en enero de 1964, se declaró en ofensiva contra la pobreza; cuatro meses más tarde lanzó el proyecto de la “gran sociedad”. En su breve actuación supo generar esperanzas y la población depositó mucha fe y confianza en él. Con un índice de desempleo del 7 %, su programa le procuró una victoria sin precedentes: cuarenta y tres millones de personas le entregaron su voto en toda la Unión (61,1 %); más del 90 % de los negros lo respaldó.

Cuando llegó al Despacho Oval, ya la URSS había conquistado el cosmos, explorado el Polo Norte y la Antártida, y sus adelantos en el campo de la Física, la Química y la Biología gozaban de sobrada notoriedad. La fortaleza política, económica y militar del pueblo soviético lo convertían en un baluarte para la preservación de la paz y en formidable barrera de contención contra eventuales aventuras de la OTAN. A las naciones del Tercer Mundo llegó la esperanza de que podrían progresar. Las contradicciones entre las colonias y sus metrópolis estaban en un punto de no retorno. Nadie dudaba de que con el apoyo soviético y de la solidaridad internacional, Asia y África romperían sus cadenas.

En el sudeste asiático los combatientes vietnamitas resistieron la embestida y el vigor del movimiento antibélico global insuflaba energías a jóvenes y soñadores. Representada en los rostros de Patricio Lumumba, Hô Chí Minh, el Che y Fidel, la revolución mundial se creía al alcance de la mano.

El capital financiero internacional observaba con angustia este estado de cosas y Milton Friedman se abrió la senda hacia el estrellato con su libro *Capitalismo y libertad*. Durante su infancia había vivido una tragedia que no olvidó. Eran sus padres un matrimonio de emigrantes húngaros, propietarios de una empresa textil en Rahway, New Jersey, que, según sus palabras, "... hoy se consideraría una fábrica en la que se explotaba a los obreros" (Friedman and Friedman, 1998: 21). En un clima en el que anarquistas y obreros de filiación marxista organizaban a los inmigrantes en sindicatos para reivindicar sus derechos y exigir medidas de seguridad e higiene laboral, el negocio quebró con la Gran Depresión de 1929. No habría una sola conferencia en la que este recuerdo perturbador no le hiciera abogar por un capitalismo desregulado y salvaje.

Capitalismo y libertad era el manual que necesitaban las transnacionales para implementar el neoliberalismo, sustentado en el darwinismo social:

Las libertades económicas que proporciona el mercado incluyen la libertad de morir de hambre, para usar una frase muy querida por los enemigos del mercado. El mercado le garantiza al individuo la libertad de aprovechar al máximo los recursos que están a su disposición, siempre que no interfiera con la libertad de los demás de hacer lo mismo. Pero no garantiza que tendrá los mismos recursos que otro. Los recursos que pueda tener reflejan, en gran medida, los accidentes de nacimiento, herencia y previa buena o mala fortuna. Y no hay nada que pueda evitar que conduzcan a una gran disparidad en riquezas e ingresos. Para muchas personas, estas disparidades

son moralmente repugnantes y plantean difíciles problemas éticos que no pueden explorarse aquí (Friedman, 1966: 5-6).

No importaba en qué rincón del planeta estuviese un país ni cuáles fueran sus condiciones de desarrollo histórico, económico y social, Friedman sostuvo como un hecho irrefutable que la libertad solo podía alcanzarse en un capitalismo “competitivo” de orientación neoliberal, e instó a los individuos a asociar consumo y bienestar material con libertad: “... la libertad económica es un fin en sí misma” (Friedman, 1966: 22). El libro se constituyó en un panegírico a la economía de mercado con disfraz científico, para encubrir su esencia ideológica. Friedman alegó que la competencia es la única fuerza capaz de generar el bienestar del consumidor y conminó al individualismo extremo desde una lógica engañosa: las personas conocen sus intereses mejor que los funcionarios gubernamentales o de cualquier otra institución. Presentó al libre mercado como el único medio eficaz de organizar los recursos y abogó por desmontar toda regulación que obstaculice la acumulación del capital, sin que importen los costos sociales; a su vez, convocó a subastar los activos públicos, empezando por los sectores de salud, educación y seguridad social.

Fue esta, al decir de Atilio Borón, la “obra fundadora del monetarismo” (Borón, 2018: 41). Friedman llamó a implementar recortes drásticos de los fondos para los programas sociales y a dejar los precios, incluida la contratación de la mano de obra, a merced del mercado. Respecto a la tasa impositiva, propuso un gravamen fijo e igual para ricos y pobres; en materia de comercio internacional, exhortó a eliminar las barreras establecidas por los Estados nacionales para proteger su industria y al empresariado local. La Tierra a disposición de las grandes transnacionales y el capital financiero...

Johnson tomó varias iniciativas respecto a América Latina, que causaron la aprensión del mundo y siguió un curso en Asia que enredó a Estados Unidos en la cuarta gran conflagración de su historia. Ante su

incapacidad para doblegar la resistencia patriótica en Vietnam del Sur, extendió las operaciones militares a Vietnam del Norte. El 16 de enero de 1964 aprobó transferir la responsabilidad de las operaciones encubiertas en la península de Indochina de la CIA al Pentágono, para crear condiciones a una escalada. En agosto dio luz verde a la provocación orquestada en el golfo de Tonkín y, bajo una mentira –informó que el 4 de agosto tropas vietnamitas habían disparado contra destructores de la Armada estadounidense–, obtuvo del Congreso un cheque en blanco que le permitió lanzar la guerra a gran escala en nombre de la paz y la seguridad del sudeste de Asia. El 5 de agosto la escuadra de cazas bombarderos de la Séptima Flota arrasó varias localidades costeras de Vietnam del Norte.²⁷

Y dada la fuerza que cobraban los movimientos de liberación en África, promovió la penetración en ese continente del capital estadounidense, que hasta entonces solo tenía presencia importante en Sudáfrica. En el Congo, el oficial de la CIA Gerry Gossens le propuso a Joseph Mobutu crear una fuerza para combatir la influencia soviética y cubana en la región: “Mobutu me dio una casa, siete agentes y seis Volkswagen, y yo les enseñé tareas de vigilancia. Creamos un servicio congoleño bajo las órdenes de la CIA. Los dirigimos. Los organizamos. A la larga, con la bendición del presidente, pagamos sus gastos operativos”, confesó Gossens al periodista estadounidense Tim Weiner, y también le dijo que, a cambio de una libertad de acción que incluyó el consentimiento para que la CIA construyera bases y cuarteles en el corazón de África, la agencia le entregó a Mobutu dinero y armas, aviones y pilotos, un médico personal y la seguridad de la más estrecha relación política con la Administración Johnson (Weiner, 2008: 296).

Cuba sufrió muy pronto la actitud belicosa de Johnson. A las 7:07 p. m. del 19 de julio de 1964, el joven soldado Ramón López Peña, del entonces Batallón de la Frontera, cayó asesinado por ráfagas procedentes de una posta de la Base Naval en Guantánamo. Era la provocación 1.323 en lo que

iba de año –de ellas, 78 con disparo de fusiles– y la primera en cobrar una vida. Todo apunta a que Johnson la aprobó para mostrar hasta dónde podía llegar, cuando Barry Goldwater, líder de la facción fundamentalista del Partido Republicano, presentó su candidatura a la Casa Blanca. Raúl Castro convocó a la prensa extranjera para denunciar la agresión. William Fry, corresponsal del diario estadounidense *World Focus*, intentó minimizar la denuncia con preguntas provocativas, y Raúl lo invitó a visitar las posiciones avanzadas vestido con el uniforme de las FAR. Paralizado por el miedo, Fry se negó y el resto de los periodistas quedó convencido de que la denuncia cubana tenía fundamento.

Apenas 48 horas después, el 21 de julio, a “solicitud” de Venezuela en Washington comenzó la IX Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, para servir de Órgano de Consulta en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). El gran protagonista fue Dean Rusk, secretario de Estado durante la Administración Johnson. Concluyó el 26 de julio, con una resolución terminante de amenaza a Cuba:

Advertir al gobierno de Cuba que, de persistir en la realización de actos que revistan características de agresión e intervención contra uno más de los Estados miembros de la organización, los Estados miembros preservarán sus derechos esenciales de Estados soberanos, mediante el uso de la legítima defensa en forma individual o colectiva, la cual podrá llegar hasta el empleo de la fuerza armada, mientras el Órgano de Consulta no tome las medidas que garanticen la paz y la seguridad continentales (OEA, 1964: 6).

En Estados Unidos se intentaba fraguar una nueva invasión militar. Más allá de atender al ridículo reclamo del gobierno de turno en Venezuela, incapaz de emprender una maniobra contra la Isla, al facultar a cualquier Estado miembro para usar la fuerza armada en “legítima defensa”, la OEA

certificó de antemano un golpe yanqui contra la Revolución cubana e hizo expedito el curso de una eventual operación por parte de la Administración Johnson.

Ese propio 26 de julio en horas de la tarde, en el acto central de recordación del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, Fidel anunció que, de repetirse un hecho de naturaleza tan agresiva como el asesinato de Ramón López Peña, las tropas cubanas recibirían la orden de repeler la agresión.²⁸

Dos meses después, los 47 jefes de Estado y de Gobierno participantes en la II Conferencia del MNOAL, celebrada en El Cairo, llamaron a Estados Unidos a entablar negociaciones con el Gobierno de Cuba para evacuar el territorio ilegalmente ocupado en Guantánamo. A este llamado la Administración Johnson no le prestó la menor atención, pero la denuncia cubana y su determinación de enfrentar una agresión bajaron los humos a Washington.

Jorge Risquet Valdés, alto cuadro del Partido, fue enviado a Moscú para conversar con Nikita S. Jruschov, en los primeros días de octubre de 1964. Tuvieron dos reuniones en las que solo acompañaron a Jruschov el jefe del Departamento de Relaciones con los Partidos Comunistas del PCUS, Yuri V. Andropov, y el traductor. Narraría años más tarde Risquet:

... le pedimos tres cosas. Primero, que aumentara el tamaño de la brigada soviética en Cuba, sería un gesto simbólico de apoyo. Jruschov se negó. Segundo, un aumento de la ayuda militar. Jruschov se negó. Y tercero, ingreso en el Pacto de Varsovia. Jruschov se negó. No pensábamos en serio unirnos al pacto y sabíamos que Jruschov y líderes de otros miembros del pacto se negarían, pero pensamos que nos daría apalancamiento para las dos primeras peticiones [...] Jruschov pasó casi todo el tiempo hablando de los chinos. Tenía fijación con ellos (Gleijeses, 2002: 100).

No se lo dijo a los cubanos, pero Jruschov estaba contrariado. En el Presídium lo tenían contra las cuerdas. Su programa en Siberia y Kazajstán fracasó. En 1957 los rendimientos cayeron un 60 %; en 1958, un 92 %. El uso indiscriminado de químicos sin rotar cultivos o alternar las tierras, unido a vientos fuertes y precipitaciones insuficientes y desiguales, trajeron sequía, erosión de los suelos y descenso de la productividad. En 1964, a una década de inaugurado el programa, la URSS tuvo que hacer frente al mayor déficit de trigo en su historia y se vio obligada a importar. En general, los cambios en la política agraria dispararon los costos e hicieron frente a la tensión financiera con cargas impositivas a las parcelas privadas, lo que derivó en una pérdida del 14 % de la masa ganadera en ese sector. Nuevas formas organizativas, fruto de la improvisación, extendieron la inestabilidad de la fuerza laboral y fomentaron la incertidumbre entre los obreros agrícolas. De un crecimiento previsto en el plan septenal del 70 %, apenas llegaron al 14 %.

Jruschov descentralizó la industria y la planificación estatal, y trazó como meta superar en tres a cuatro años a Occidente en producción de leche, carne y mantequilla. Su apuesta abogó por estimular la producción privada en el campo, para “allanar el camino hacia el comunismo” (Keran y Kenny, 2015: 37). Pero al exceso de centralización de la era Stalin que inhibía la iniciativa empresarial y la innovación tecnológica –limitada a velar por los indicadores cuantitativos de la producción industrial, sin un esfuerzo decisivo para elevar la productividad y disminuir los costos–, sucedió la anarquía y el voluntarismo. Luchó contra viejos vicios con los mismos métodos de dirección económica y, en 1961, ante el acelerado deterioro de indicadores fundamentales, intentó desandar lo caminado y reagrupó la planificación en 17 grandes regiones.

El daño estaba hecho. La producción industrial cayó de un crecimiento del 13,1 % entre 1951-1955, al 8,6 % entre 1961-1965; la productividad descendió del 7,6 % anual al 4,8 %. La producción de bienes de consumo

creció en un 60 %, pero el inventario en almacenes de productos invendibles se cuadruplicó. Entre los asesores de Jruschov y un grupo de académicos se abrió un debate en torno a los sistemas de dirección de la economía, que tuvo entre sus columnas vertebrales el tratamiento de las relaciones monetario-mercantiles. Algunos comenzaron a fijar la vista en Milton Friedman y sus postulados, sobre el supuesto de que en el socialismo estas relaciones tenían una existencia objetiva y operaban de manera diferente a como lo hacían en el capitalismo:

Con esta interpretación se subestimó el carácter profundamente contradictorio que, en última instancia, tiene la presencia del mercado y su dinámica en la nueva sociedad. Se incorporó a la teoría económica el criterio de la “utilización consciente de la Ley del valor” como un elemento inocuo en los mecanismos de la planificación, lo cual constituyó uno de los factores de mayor importancia para explicar la mercantilización creciente del socialismo europeo a partir de los años 60, acelerando así sus contradicciones e impulsando las tendencias que contribuirían a su fracaso (Rodríguez García, 2014: 51-52).

Pravda, órgano oficial del Comité Central del PCUS, en 1962 sirvió de plataforma para promover la teoría del ucraniano Yevsey Liberman, un profesor del Instituto de Ingeniería Económica de Jarkov, que abogó por reducir la planificación y otorgar mayor protagonismo al mercado. Para Liberman, eran la ganancia y los incentivos materiales la clave para conseguir la eficiencia empresarial.

Ya entonces los profesores de la facultad de Economía de la Universidad Estatal de Moscú habían tomado como paradigma teórico la concepción mercantilista del desarrollo. De la generación formada a finales de la década del 50 y principios de los 60, salieron Nikolái Y. Petrakov y Tatiana Zaslávskaya, quienes pronto alcanzaron relevancia. Petrakov asumió como línea investigativa principal el desarrollo de modelos

monetarios en la gestión de la economía y se abrió paso desde el Instituto de Investigación Económica del Comité Estatal de Planificación (1961-1964). Ambos tendrían un protagonismo esencial en la promoción e instrumentación del neoliberalismo en Rusia en la década de 1990.

Esta concepción en un pueblo agotado de vivir en la austeridad de una economía de guerra, rayana en la exageración debido al desbalance entre la industria pesada y la atención de sus necesidades, y sin un esfuerzo consecuente de la dirección del país en la elevación de su cultura política, a mediano y largo plazos actuó como un germen corrosivo contra valores esenciales del socialismo.

Los mismos errores se trasplantaron al resto de Europa del Este, que tampoco podía competir en materia de productividad con Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña o Francia. La cruzada occidental se recrudeció mediante la guerra económica, el terrorismo y la propaganda. La CIA, el BND y MI6 recibieron fondos para desplegar todas sus potencialidades. Y en la medida en que sus fanfarronadas hacían quedar en ridículo a Jruschov, germinaba el deslumbramiento entre la juventud soviética y este-europea ante las vitrinas de Occidente. La ideología neoliberal encontró una hendidura. Con palabras del poeta sirio Nizar Qabbani: “Los enemigos no cruzaron nuestras fronteras, / se colaron como hormigas por nuestras flaquezas” (Ali, 2006: 155).

La explotación de recursos naturales baratos y abundantes, como el petróleo, el gas y el oro, garantizaron que la economía de la URSS no se fuera por la borda entre 1960-1965. Pese al marcado descenso, mucho tuvieron que ver esos sectores con que el índice de desarrollo industrial mantuviera un ritmo de crecimiento del 4,7 %. Este comportamiento marcó que los sectores que abogaban por priorizar el desarrollo de la industria pesada resolvieran desplazar a Jruschov. Y para el otoño de 1964 ya tenían la fuerza y el consenso necesarios.

El 14 de octubre fue convocado un pleno extraordinario del Comité Central para analizar su desempeño. De acuerdo con el general (retirado) Nikolai S. Leonov, exjefe de la Dirección de Análisis del KGB, “... en gran medida este motín dentro del Kremlin tuvo que ver con esa política exterior emocional y aventurera que desarrolló, la cual provocó conflictos con la República Popular China y Rumanía, así como una palpable división dentro del movimiento comunista internacional” (Leonov, 2015: 165). El Che apuntó como causa el chasco del plan septenal de producción agrícola con el que prometió rebasar “... en conjunto y por cabeza de habitante” a Estados Unidos (Guevara, 2012: 166-167).

Hubo de ambas, así como la absoluta incompreensión de una idea que sopesaba Jruschov para limitar a un término de dos periodos de cinco años el tiempo en el cargo de los máximos dirigentes de la URSS.

Y también de algo que gravitó todo el tiempo: la Crisis de Octubre. Al momento de tomar la decisión de instalar cohetes nucleares en Cuba, algunos de sus asesores y miembros de su equipo lo consideraron una aventura, incluso el canciller Gromyko. Se usó una expresión: “podía virarse el bote”.

El camarada Jruschov estaba muy feliz, porque logró lo que Stalin no pudo: penetrar en América Latina. En primer lugar, la penetración en la región latinoamericana no era un objetivo de nuestra política y, en segundo, eso significaba que nuestro país debía asumir la obligación de hacer suministros militares más allá del océano a una distancia de 15 mil kilómetros” –lo recriminó el miembro del Presídium Dmitri Polyanski en el pleno extraordinario del Comité Central (Sánchez Monroe, 2018: 95).

Algunos creyeron racional la sugerencia cubana de firmar y hacer público un tratado antes de emplazar los misiles, como acostumbraba hacer Estados Unidos con sus aliados. Jruschov se negó a escuchar y en medio de

la crisis le faltó carácter. Se mostró atolondrado, algo inconcebible en la idiosincrasia rusa. Los militares nunca le perdonaron la humillación sufrida por las fuerzas armadas que derrotaron al fascismo, cuando admitió el chantaje de Kennedy y accedió a que el Ejército de Estados Unidos inspeccionara los barcos soviéticos en alta mar.

Jruschov fue pasado a jubilación y ello tuvo implicaciones para las relaciones bilaterales. Superada la Crisis de Octubre, el 31 de enero de 1963 invitó a Fidel a la URSS mediante "... una carta bella, elegante, amistosa, ¡muy amistosa!, casi poética en algunos de sus párrafos..." (Conf. Tripartita 1992, 2012: 148). La visita permitió que cicatrizaran las heridas. El 29 de mayo el comandante Sergio del Valle, jefe del Estado Mayor de las FAR, firmó un convenio en Moscú para reforzar la capacidad defensiva de Cuba. El valor de las armas y equipos a suministrar con carácter gratuito entre 1963-1965 ascendía a 307.081.000 rublos. En septiembre se acordó mantener una brigada de 3.000 efectivos soviéticos en La Habana. "Las misiones combativas a esa unidad, hasta entonces emitidas por el Ministerio de Defensa de la URSS, las asignaría el mando cubano en coordinación con la parte soviética" (Minfar, 1992: 196).

En 1964 fue establecido en las afueras de La Habana un centro de radioexploración electrónica conocido como "la base de Lourdes" y se evaluaba la rúbrica de un Tratado de Asistencia Recíproca, para dar garantías a la mayor de las Antillas en caso de una agresión yanqui. "En esos momentos, Jruschov insistía con los miembros del Presídium: «Hay que firmar el Tratado de Asistencia Recíproca con Cuba. Van a gritar que eso es aventurerismo. ¡Al diablo, que griten!»" (Sánchez Monroe, 2018: 95). Treinta y siete años más tarde, el 18 de octubre de 2001, en un congreso de la Asociación Hermanos Saíz, Fidel hizo un análisis de lo que significó la amistad de Jruschov para Cuba:

Yo era un inconforme, pero en un momento en que teníamos un monstruo enfrente y un país que, emocionado por la sorpresa de

que en no sé cuántos años al lado del imperio se rebelara y estableciera un régimen radical socialista, un régimen radical en este país, los arrastró a la valentía de ayudarnos.

Estoy seguro de que si eso ocurre en la época de Stalin aquí no llega un barco de petróleo, porque eran demasiado calculadores y cautelosos; tuvimos la suerte de que coincidió con el momento en que había un campesino allí, pero eso era Jruschov, un campesino, y tuvo un entusiasmo enorme cuando estos podían haber liquidado la Revolución en aquellos momentos.

En aquellos momentos un buen número de revolucionarios habría muerto gloriosamente, pero no habríamos podido resistir. Eso nos dio la oportunidad de treinta años, e hicimos una obra a pesar de todas las imperfecciones. Se acabó el latifundio y millones de cosas se acabaron; se creó un sistema de igualdad en el país que había vivido nada más que bajo las botas de ejércitos, policías, terratenientes, propietarios (Castro Ruz, F., 2018: 69).

La intervención de Dmitri Polyanski en el pleno extraordinario del Comité Central era un mal presagio. De acuerdo con documentos desclasificados por Rusia, el embajador en La Habana, Alexandr I. Alekseyev, transmitió la inquietud cubana. Anotó en su informe que el Che lo había afrontado con sarcasmo: “Para nosotros no es secreto que en la Unión Soviética hay personas que no muestran entusiasmo por la Revolución cubana, ya que Cuba, además de una carga económica, es para la URSS fuente potencial de guerra termonuclear mundial”. Leonid I. Brezhnev, hombre inerte y monótono, reemplazó a Jruschov en el PCUS, y Alekséi N. Kosyguin en el Consejo de Ministros. Cuba no envió un mensaje de felicitación. “No obstante, ambas partes se esforzaron porque las cosas continuaran aparentemente normales” (Sánchez Monroe, 2018: 95).

David toma en sus manos la brújula

La nueva dirección colectiva acentuó el rumbo mercantilista de la economía soviética y la inducción del interés material como palanca del desarrollo. Sobre ello el Che le escribió a Fidel en 1965:

El interés individual era el arma capitalista por excelencia y hoy se pretende elevar a la categoría de palanca de desarrollo, pero está limitado por la existencia de una sociedad donde no se admite la explotación. En estas condiciones, el hombre no desarrolla todas sus fabulosas posibilidades productivas, ni se desarrolla él mismo como constructor consciente de la sociedad nueva. Y para ser consecuentes con el interés material, este se establece en la esfera improductiva y en la de los servicios. Entonces surgen los grandes mariscales con salarios de grandes mariscales, los burócratas, las dachas y las cortinitas en los automóviles de los jefes. Esa es la justificación, tal vez, del interés material a los dirigentes, principio de la corrupción...” (Guevara, 2019: 292).

Brezhnev y Kosyguin descuidaron el factor humano y cedieron su lugar al economicismo. Detuvieron la flexibilización en el terreno de las artes y las ciencias sociales, negados a abrir espacio al espíritu creador y a un pensamiento crítico participativo, que involucrara a los intelectuales en el análisis de su realidad y de los obstáculos afrontados en la construcción de una sociedad con justicia e igualdad social, necesitada de apuntalarse en un valor imprescindible para la edificación del socialismo: la solidaridad. Prohibieron todo artículo, libro o película de Estados Unidos o Europa Occidental y aparecieron las *samizdat* (empresas ilegales de copia y distribución clandestina de literatura occidental prohibida), que se

beneficiaron del florecimiento de la “segunda economía” y los fondos de la CIA.

De este enfrentamiento ideológico con Occidente, las ideas del socialismo que se llamó a sí mismo “real” salieron mal paradas:

La exacerbación de la imaginación es un arma poderosa para garantizar la alienación [...] Aunque se le ofrezca *El Dorado* a una minoría, al menos en forma de bienestar material, el sueño de alcanzarlo se socializa. En otras palabras, para poder privatizar los bienes materiales, el capitalismo socializa los bienes simbólicos” –apuntó Frei Betto. “El socialismo hizo exactamente lo contrario: socializó los bienes materiales y privatizó los sueños, dado que solo quienes detentaban el poder podrían aspirar al ejercicio de la transgresión –como cambiar el modo de pensar y actuar en materia política– que es uno de los atributos de la libertad (Betto, 2016: 282).

Apenas una década más tarde, en 1973, al ingresar en la Academia Repin de Leningrado –hoy San Petersburgo–, el artista cubano de la plástica Alberto Lescaj escribió algunas observaciones ilustrativas en su agenda de notas:

En este Instituto están concentrados los mejores especialistas y amantes del Arte Realista de la URSS. Aquí los ancianos profesores de 70, 80, 90 años, se sienten y se mueven en su campo; viven con la misma pasión sus criterios arcaicos que un joven que disfruta y defiende lo nuevo de su tiempo [...] Estos viejos campean a campo abierto y todos los escuchamos. No sé si les creen, pero no los contradicen. Este es un fenómeno nuevo para el mundo: que un viejo muera de vejez sin ser progresista, viendo sus criterios aplaudidos. Es elemental, si los que los aplauden lo hacen solo por cortesía [...] (5 de octubre). ¡No puede ser! Exclamó uno de los viejos, no puede crear

abstraccionismo, aquí no puede ser (8 de octubre).

Me temo que lastimosamente se están desarrollando en esta juventud sentimientos de interés a cambio de los servicios humanos (No quiero pensar en esta fatalidad) (15 de octubre).

Los bolos son compañeros, pero tienen otro concepto de esta relación: yo, yo y los demás. Para otras cosas había observado que actuaban de yo y los demás (24 de octubre).

Antes de acostarme conversé cosas profundas de política con Román [becario soviético], mi compañero de cuarto. Todo comenzó cuando él me dijo que en la URSS había que hacer una nueva revolución, hay muchas personas desviadas. Le dije que es una gran preocupación para mí también, yo había observado en muchos jóvenes comportamientos apolíticos, flojos, y hablé con una polaca que me decepcionó cuando dijo que hablar de Lenin ¿para qué? (5 de noviembre) (Lescay, 2014: 25).

En el área de las relaciones exteriores, Brezhnev puso el énfasis en una política de “coexistencia pacífica” con Estados Unidos y las potencias occidentales, cuyo significado se interpretó como la renuncia del bloque socialista encabezado por la URSS a involucrarse, promover o auxiliar la lucha armada en los países de Occidente. En el plano estratégico, sin embargo, la dirección soviética se propuso alcanzar la paridad nuclear con su principal adversario: mientras Estados Unidos dedicaba el 9,3 % del PIB a la industria bélica, la URSS erogaba el 11,1 %. En cuanto a las contradicciones con la República Popular China, que tanto afectaban la unidad del movimiento revolucionario internacional, nada proyectó la nueva dirección partidista y el mal se hizo crónico.

En noviembre de 1964 Cuba convocó una conferencia secreta de los partidos comunistas de América Latina con presencia de una representación soviética. China no fue invitada. La CIA tenía penetración entre los latinoamericanos e informó que la delegación de la URSS ayudó a elaborar

un acuerdo que instó a “... apoyar las actividades insurgentes en algunos países latinoamericanos, pero especificando que en todos los casos el partido comunista local debía determinar si se usaban métodos violentos o no violentos”. Un informe enviado a Berlín por el embajador de la RDA en Cuba comentó que los dirigentes de los partidos comunistas latinoamericanos exigieron esperar hasta que se preparara todo “con el mayor cuidado”. Según refiere este documento, Fidel aceptó las críticas en silencio (Gleijeses, 2002: 22-23).

Desde la época de Stalin, en la URSS se dio por cierto que la burguesía en los países coloniales y neocoloniales tenía una participación progresista en la lucha contra la dominación imperialista, y el proletariado era el jefe “reconocido” de las masas campesinas y todos los trabajadores en un frente común, que fundía los intereses del movimiento proletario en el mundo capitalista desarrollado con los del movimiento de liberación nacional en las colonias. Los manuales de marxismo trasladaron de generación en generación estas concepciones como axiomas incontrastables, introducidas en América Latina mediante las traducciones de la Editorial Progreso. Vale preguntarse: ¿qué pensaba Lenin al respecto?:

Entre la burguesía de los países explotadores y la de las colonias se ha producido cierto acercamiento, por lo que, muy a menudo –y tal vez hasta en la mayoría de los casos–, la burguesía de los países oprimidos, pese a prestar su apoyo a los movimientos nacionales, lucha al mismo tiempo de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir, aliado de ella, contra los movimientos revolucionarios y las clases revolucionarias [...] nosotros, como comunistas, solo debemos apoyar y solo apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios, en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organizar en un espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de

explotados. Si no se dan esas condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista, a la que también pertenecen los héroes de la II Internacional [socialdemocracia] (Lenin, 1920: 90).

Asia, África y América Latina eran víctimas de las oligarquías nacionales, convertidas, como advirtió Lenin, en baluartes de la dominación colonial y neocolonial. Y, en virtud de las relaciones semif feudales prevalecientes, los campesinos se habían constituido en el gran protagonista de las luchas revolucionarias. Desde el Sur, Fanon apuntó en *Los condenados de la tierra*:

La lucha contra la burguesía de los países subdesarrollados está lejos de ser una posición teórica. No se trata de descifrar la condenación pronunciada contra ella por el juicio de la historia. No hay que combatir la burguesía nacional en los países subdesarrollados porque amenaza frenar el desarrollo global y armónico de la nación. Hay que oponerse resueltamente a ella porque literalmente no sirve para nada. Esa burguesía, mediocre en sus ganancias, en sus realizaciones, en su pensamiento, trata de disfrazar esa mediocridad mediante construcciones prestigiosas en el plano individual, por los cromados de los automóviles norteamericanos, vacaciones en la Riviera, fines de semana en los centros nocturnos alumbrados con luz de neón. Esta burguesía que se desvía cada vez más del pueblo, en general no llega siquiera a arrancar concesiones espectaculares a Occidente: inversiones interesantes para la economía del país, creación de algunas industrias. Por el contrario, las fábricas de montaje se multiplican, consagrando así el patrón neocolonialista en que se debate la economía nacional. No hay que decir, pues, retrasa la evolución del país, que le hace perder el tiempo o que amenaza conducir a la nación por callejones sin salida. En realidad, la fase burguesa en la historia de los países

subdesarrollados es una etapa inútil. Cuando esa casta sea aniquilada, devorada por sus propias contradicciones, se advertirá que no ha sucedido nada desde la independencia, que hay que recomenzar todo, que hay que partir de cero. La reconversión no se realizará en el nivel de las estructuras creadas por la burguesía durante su reinado, porque esa casta no ha hecho otra cosa sino recoger intacta la herencia de la economía, el pensamiento y las instituciones coloniales (Fanon, 2011: 134-135).

Cuánto debió soportar Fidel en su afán de preservar la unidad, cuando el dogmatismo y la traición abrían claros en las filas revolucionarias del continente.

El 9 de diciembre de 1964 el Che partió a Nueva York para asumir con carácter temporal la presidencia de la delegación cubana en Naciones Unidas; el 11 habló ante el plenario de la XIX Asamblea General: había sonado la hora postrera del colonialismo y millones de habitantes de África, Asia y América Latina se levantaban. “... el imperialismo –norteamericano, sobre todo– ha pretendido hacer creer que la coexistencia pacífica es de uso exclusivo de las grandes potencias de la tierra”, dijo, en abierta referencia a la búsqueda de un reacomodo entre Estados Unidos y la URSS. Denunció la arremetida contra Vietnam y se detuvo en el Congo: “¿Cómo es posible que olvidemos la forma en que fue traicionada la esperanza que Patricio Lumumba puso en las Naciones Unidas?”. Se solidarizó con Puerto Rico y repudió las agresiones contra América Latina. Habló del vínculo entre las misiones militares yanquis en las capitales latinoamericanas, la represión y los golpes de Estado. El ejemplo de Cuba fructificaría: la “... proclama es: Patria o muerte” (Guevara, 2012: 142-150).

El 18 de diciembre Moisés Tchombé, jefe de Estado del Congo belga y responsable del asesinato de Patricio Lumumba –orquestado por la CIA en cumplimiento de una orden de Eisenhower–, llegó en visita oficial a la

RFA. En Múnich, la organización juvenil anarquista Subversive Aktion lo recibió con botes lacrimógenos y bolas pestilentes, mientras en Berlín Occidental los manifestantes de la Unión Socialista de Estudiantes Alemanes (SDS, por sus siglas en alemán), excluida del Partido Socialdemócrata por su evolución hacia la izquierda, rompían el cordón policial para lanzarle tomates.

Dos meses más tarde, el 7 de febrero de 1965 –en respuesta a un ataque con morteros del Frente de Liberación Nacional (FLN) a un campamento estadounidense–, llegaron a Saigón dos batallones de infantes de marina, las primeras unidades de combate incorporadas a la guerra. Fueron en auxilio de los 25.000 “asesores” que manejaban al ejército títere; pronto se sumarían soldados sudcoreanos, australianos y neozelandeses. El 13 de febrero Johnson aprobó la Operación Rolling Thunder (Trueno Rodante) para el bombardeo de Vietnam del Norte. Hasta en Hanói tronaron los B-52, capaces de transportar hasta 32 t de bombas; prometían llevar de regreso a Vietnam del Norte a la Edad de Piedra.

Treinta operativos de la CIA se establecieron en Laos para organizar la actividad terrorista con comandos tailandeses entrenados en bases yanquis en Tailandia; a su vez, coordinaba las operaciones de las tribus *hmong*, encargadas de cerrar la pista Hô Chí Minh en la Cordillera Larga, estratégica ruta a través de selvas densas y altas montañas, de varios millares de kilómetros de caminos y una bien estructurada red de sendas menores, usada entre octubre y mayo (etapa seca) para el abastecimiento norvietnamita de hombres, material bélico y víveres al sur.

Cerca de 200.000 soldados, suboficiales y oficiales estadounidenses cruzaron el Pacífico rumbo a un destino ignoto. En noviembre de 1965, cuando empezaba la estación seca, cien batallones fueron lanzados en cinco direcciones diferentes con apoyo de miles de piezas de artillería y de la fuerza aérea –miles de aviones y helicópteros, 450 de estos últimos solo en la reputada Caballería Volante–, para aniquilar a las tropas regulares del

FLN, reconquistar una parte de los territorios liberados y desalojar a las fuerzas de la resistencia hacia las regiones montañosas más remotas. No alcanzaron ninguno de los objetivos y, entre muertos y heridos, sufrieron más de 40.000 bajas.

El pueblo vietnamita tenía gran confianza en sí mismo, sacada de una tradición de 4.000 años. Cuando se jugaba su existencia como nación, debía convertir el odio al adversario en energía. Su astucia y ancestral relación con la naturaleza perfilaron una concepción de lucha irregular indescifrable para un enemigo que en la jungla servía de manjar a los mosquitos. No pocos soldados yanquis prefirieron la paz del sepulcro, al desamparo en que quedaban a merced de la plaga y las trampas letales. “El mito de la invencibilidad de la máquina de guerra estadounidense perdió todo sentido” (Khác, 2014: 314).

Dentro de un contexto más vasto y amenazador, las circunstancias que armaron el conflicto involucraron a China y a la URSS. Sobre la primera, el cerco estaba lanzado: Corea del Sur, Japón, Taiwán, Vietnam del Sur y Tailandia; en cuanto a la segunda, Johnson confiaba en que no arriesgaría las relaciones con Estados Unidos por su creciente hostilidad con el gigante asiático. Este secreto a voces llegó a Moscú y el embajador Anatoly Dobrynin recibió la orden de confirmarlo. Todos en Washington le hablaron en una misma frecuencia, que apuntó a Beijing para atar las manos del Kremlin: “... los chinos y los norvietnamitas le han dado al conflicto de Vietnam una dimensión geopolítica que el Gobierno norteamericano ya no puede pasar por alto”, le dijo el vicepresidente Hubert H. Humphrey. Una de las razones por las que estaban dispuestos a concertar un acuerdo de paz con Hanói era evitar el deterioro de las relaciones con la URSS: “Johnson comprende que la Unión Soviética tiene que prestar ayuda militar a Vietnam del Norte, pero sabe que esto solo conducirá a una mayor participación de la Unión Soviética y de los Estados Unidos en Vietnam. Y

Beijing desea la guerra para evitar todo acercamiento entre Moscú y Washington”, acentuó (Dobrynin, 1998: 150).

De Nueva York el Che partió a una gira por África, con visitas intermedias a Francia y China; a esta última para ventilar un problema que dañaba las relaciones bilaterales. Cuba se oponía a exacerbar las contradicciones que presentaban a la URSS y China como polos opuestos del socialismo; lejos de respetar su decisión, el Partido Comunista chino pretendía extender la polémica a La Habana, donde la correspondencia de Xinhua distribuía centenares de boletines entre las fuerzas armadas y otras entidades. Aprovechando el periplo africano del Che, Fidel lo comisionó para abordar en privado este delicado asunto con Mao. Conversó con Liu Shao Chi y con Zhou Enlai, pero en los cuatro días que permaneció en Beijing, del 2 al 6 de febrero de 1965, el “Gran Timonel” se negó a recibirlo.

En su recorrido, el Che conversó con dirigentes de los movimientos guerrilleros de Angola, Guinea Bissau y Mozambique, quienes combatían contra las fuerzas coloniales portuguesas; y de Zaire, donde en la parte oeste del país los rebeldes resistían el embate del contingente de mil mercenarios blancos, reclutados por la CIA para sostener el régimen corrupto y títere que la Administración Kennedy había instaurado en el poder. También estuvo en el Congo Brazzaville, cuyo gobierno se declaraba partidario de la revolución. “... la situación que prevalecía en África, permitía esperar inmensas potencialidades revolucionarias y había conducido al Che a considerar que el punto débil del imperialismo se encontraba en nuestro continente y que en adelante él debía dedicarle sus fuerzas”, narró Ben Bella (Ben Bella, 2019: 21).

El desenlace del Ejército Guerrillero del Pueblo –mayor eslabón dentro de la Operación Andina– trajo consigo que abandonara su idea inicial de reincorporarse a la guerrilla por Argentina. El frente de Salta llegó a tener una treintena de combatientes y estable comunicación con La Habana, mas

el núcleo no consiguió consolidarse y languideció: unos murieron de hambre y cansancio; otros fueron detenidos o asesinados por la policía secreta que penetró sus filas. A Masetti y al único compañero que lo acompañaba se los tragó la selva.

En sus contactos con los combatientes de Zaire –a quienes se les enviaban armas desde Argelia a través de Egipto, mediante un verdadero puente aéreo, así como cuadros militares desde Uganda y Malí– el Che ofreció entrenamiento militar cubano y armas. Los rebeldes aceptaron complacidos, sin imaginar que el mítico comandante argentino-cubano se proponía correr su suerte.

Después de pasar por Egipto, el 20 de febrero de 1965 regresó a Argelia –donde tuvo tres estancias durante el periplo– para participar en el II Seminario Económico de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia y África. Bajo el impacto de la espiral agresiva yanqui en Vietnam, el 24 pronunció un discurso en el que habló con crudeza. Ese día llegó al Aletti, hotel de la capital argelina en el que se celebraba el cónclave, visiblemente tenso. Estaba consciente de su responsabilidad. Los líderes africanos de países que habían escogido el socialismo como modelo de construcción nacional se quejaban de las dificultades para alcanzar un entendimiento con Europa del Este, respecto a un intercambio justo que les permitiera edificar una infraestructura de desarrollo. El Che también constató los problemas que afrontaban los movimientos de liberación nacional (MPLA de Angola; Paigc de Guinea Bissau y Cabo Verde; Frelimo de Mozambique, entre otros) para proveerse de armamento. El internacionalismo y la solidaridad eran una necesidad insoslayable en el socialismo. Por primera vez se iba a tratar este tema tan espinoso por un dirigente cubano y, en su intervención, se detuvo en estos dos puntos para realizar un llamado a la vergüenza:

No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la

humanidad [...].

[...]

Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del occidente. El hecho de que sea hoy pequeño el comercio no quiere decir nada [...].

[...]

El aspecto de la liberación por las armas de un poder político opresor debe tratarse según las reglas del internacionalismo proletario: si constituye un absurdo el pensar que un director de empresa de un país socialista en guerra vaya a dudar en enviar los tanques que produce a un frente donde no haya garantía de pago, no menos absurdo debe parecer el que se averigüe la posibilidad de pago de un pueblo que lucha por la liberación o necesita esas armas para defender su libertad. Las armas no pueden ser mercancía en nuestros mundos, deben entregarse sin costo alguno y en las cantidades necesarias y posibles a los pueblos que las demanden para disparar contra el enemigo común; ese es el espíritu con que la URSS y la República Popular China nos han brindado su ayuda militar. Somos socialistas, constituimos una garantía de utilización de esas armas, pero no somos los únicos y todos debemos tener el mismo tratamiento (Guevara, t. V, 2015: 275-276 y 282).

Mientras leía su discurso, el diplomático cubano Oscar Oramas lo repartió entre los asistentes. No más terminar el Che, una atronadora ovación acompañada de gritos de “Viva Cuba” inundó la sala. Los líderes de África y Asia vieron en la mayor de las Antillas una revolución desinteresada que los miraba como iguales. El Che se sentó de inmediato. Era un hombre modesto y la reacción debió contrariarlo. Quería que acabaran los aplausos. Solo el representante diplomático soviético no compartió la euforia. Le preguntó a Oramas “... si el Che hablaba a nombre

de la Revolución Cubana” (Oramas, 2015: 12). El embajador estadounidense en Argel, por su parte, lo calificó como el “más interesante” del seminario. Fue objeto de atención por el Departamento de Estado:

El discurso reconoce claramente que Cuba pertenece al mundo socialista, pero se atreve a mantenerse a distancia, a criticar y aleccionar a un tiempo a las grandes potencias socialistas. Así, Cuba, por medio del ejemplo de su revolución y de su liderazgo intelectual, pretende tener una influencia mucho más amplia sobre la lucha de “liberación nacional” de lo que de otro modo le permitiría su pequeña extensión (Gleijeses, 2002: 82).

Una semana más tarde, el 3 de marzo de 1965, en Moscú, durante la reunión consultiva de los partidos comunistas y obreros, Raúl llamó a organizar en cada uno de los países del sistema socialista un movimiento de solidaridad con las guerrillas de Venezuela, Colombia y Guatemala que estaban “... luchando heroicamente por la independencia de su patria” (Gleijeses, t. I, 2015: 23).

Entretanto, la escalada de Johnson en Asia puso otra vez en la agenda el tema indonesio. Desde finales de la década de 1950, Estados Unidos incrementó las acciones de desestabilización del régimen de Sukarno. El Congreso asignó veinte millones de dólares anuales para el programa de asistencia militar a Indonesia a partir de 1958, mientras aviones B-26 de la CIA llevaron a cabo misiones de bombardeo en apoyo a grupos extremistas que iniciaron una revuelta en Sumatra ese propio año. El profesor Leonard A. Doyle, director del programa de formación económica de la Fundación Ford en Yakarta, entre 1956 y 1958, advirtió que la Universidad de California en Berkeley se había sumado a estos planes y manifestó su inconformidad. No creía correcto que ese centro, al que creía una herramienta involuntaria del Departamento de Estado, se involucrara “... en lo que esencialmente se está convirtiendo en una rebelión contra el

gobierno, sea cual sea la simpatía que pueda tener con la causa rebelde y los objetivos rebeldes” (Ransom, 1970: 41). Fue relevado.

Poco después la Administración Kennedy aprobó establecer en Yakarta una unidad especial del Pentágono, encargada de implementar un proyecto de “acción cívica” que permitiera al ejército indonesio organizar su propia estructura política hasta el nivel de aldea, paso previo a la creación de milicias locales. Aliados inestimables en la consecución de este propósito fueron el personal en Yakarta de la Universidad de California en Berkeley y de la Fundación Ford.

El 5 de marzo de 1965, en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional dedicada a la península de Indochina, un alto cargo de la CIA insistió en que “... la pérdida de una nación de 105 millones [de habitantes] a manos del «bando comunista» daría poco sentido a una victoria en Vietnam” (Weiner, 2008: 626). Para entonces, gran parte de la oficialidad del archipiélago indonesio había sido formada con los programas de enseñanza militar de Estados Unidos y su ejército descansaba en la técnica suministrada por el Pentágono. Johnson dio su aprobación y, para consolidar un gobierno en la sombra, la agencia reclutó a Adam Malik, ministro de implementación del programa económico, y al sultán de Java, Hamengko Buvono IX; en paralelo, la embajada estadounidense en Yakarta aceleró el plan de contingencia en complot con el general Haji Mohammad Soeharto (Suharto). Víctima directa de las contradicciones políticas entre la URSS y China, el gobierno de Sukarno quedó a merced de las circunstancias.

La doctrina Johnson: los pueblos que despiertan bajo acecho

Hacia 1965 a Fidel se le hizo evidente que Johnson se valía de las discrepancias entre la URSS y China para desplegar una campaña de diplomacia pública que le dejara las manos libres en Vietnam, y la agresiva actuación de los corresponsales de Xinhua en La Habana era ya inaceptable. El 13 de marzo, en un acto celebrado en la escalinata de la Universidad de La Habana, no le quedó otro remedio que expresar su opinión:

... ¡nadie nos puede traer de contrabando la manzana de la discordia [...] nuestros únicos enemigos, son los imperialistas yanquis!; ¡nuestra única contradicción insuperable es con el imperialismo yanqui!; ¡el único adversario contra el que estamos dispuestos a quebrar todas las lanzas es el imperialismo!...

Nuestra posición es una: ¡somos partidarios de que se le dé a Vietnam toda la ayuda que sea necesaria! ¡Somos partidarios de que esa ayuda sea en armas y en hombres! ¡Somos partidarios de que el campo socialista corra los riesgos que sean necesarios por Vietnam! Nosotros estamos muy conscientes de que, en caso de cualquier complicación internacional seria, seremos uno de los primeros blancos del imperialismo; pero eso no nos preocupa ni nos ha preocupado nunca...

[...]

Grandes son los peligros que nos acechan, pero no se combaten con las discordias bizantinas, charlatanería académica, ¡no! Se combaten con la firmeza revolucionaria, la entereza revolucionaria, la disposición a combatir. ¡No se combate de manera efectiva al enemigo imperialista en cualquier parte del mundo con los revolucionarios divididos, con los

revolucionarios insultándose, con los revolucionarios atacándose, sino con la unidad, con la cohesión en las filas revolucionarias! Y a quienes no crean que esa sea la táctica correcta [...] les decimos que para nosotros [...] en la primera trinchera, a 90 millas de los imperialistas, ¡sí es la táctica correcta! Y a esa manera de pensar ajustaremos nuestra línea y ajustaremos nuestra conducta (Bell, López y Caram, 2015: 99-103).

Su preocupación no era infundada. En *Misiones en conflicto*, Piero Gleijeses recoge fragmentos del “Resumen semanal cubano” elaborado por la CIA, en cuyo seguimiento temático se pone de manifiesto qué se escondía detrás de las presiones yanquis contra la URSS y China respecto a la “coexistencia pacífica”:

Los ataques aéreos en Vietnam del Norte tienen especial importancia para Cuba. Los cubanos reconocen que podrían estar sujetos a acciones estadounidenses tales en represalia por derribar naves aéreas estadounidenses sobre Cuba o por participar de forma activa en la subversión armada en cualquier lugar de América Latina (3 de marzo).

Los funcionarios cubanos ven gran similitud entre lo que está pasando en Vietnam y la situación internacional de Cuba... Se dice que los cubanos piensan que el hecho de que la URSS y China no ayuden a Vietnam del Norte podría indicar una actitud similar si Cuba está sometida a algún tipo de actuación estadounidense directa (10 de marzo).

Observadores occidentales en La Habana... informan que a los funcionarios cubanos les preocupa que la “falta de fibra” que muestran las reacciones soviética y china ante los ataques aéreos estadounidenses a Vietnam del Norte sea indicio de que La Habana no pueda contar con apoyo del mundo comunista en

caso de que incursiones similares contra Cuba (17 de marzo)
(Glejeses, 2002: 102).

La Administración Johnson ya había puesto en evidencia cómo se proponía regir en América Latina. A una secuencia de golpes de Estado organizados por la CIA en Brasil, Argentina y Bolivia, siguió la invasión a República Dominicana con 23.000 efectivos, incluida la 82.^a División Aerotransportada, a partir del 28 de abril, cuando un levantamiento militar encabezado por el coronel Francisco Caamaño adquiría carácter revolucionario y estaba a punto de derrotar al gobierno dictatorial de Donald Reid Cabral.

A ello debe sumarse el sostenimiento de sangrientas y prolongadas dictaduras militares en Guatemala, Honduras, Nicaragua, Haití y Paraguay, y de gobiernos genuflexos en Colombia, Venezuela, Perú y El Salvador. La represión no se limitaba a las organizaciones que proclamaron la lucha armada como instrumento emancipatorio; partidos políticos y organizaciones sociales de izquierda, y hasta de centro derecha, sufrieron los embates de una arremetida que la prensa de la reacción justificaba con la retórica macartista de conjurar la amenaza del “comunismo”. Esta estrategia diseñada en Washington tenía un alcance superior: eliminar todo germen conducente al socialismo y al desarrollismo impulsado desde la década de 1950 en algunos países de Suramérica.

“En el mundo de hoy, en el cual los enemigos de la libertad hablan de «guerras de liberación nacional», la vieja distinción entre «guerra civil» y «guerra internacional» ya ha perdido gran parte de su significado (...) El momento de decisión debe convertirse en el momento para la acción”, definió Johnson en la Universidad Baylor, Texas, el 28 de mayo de 1965 (Barnet, 1972: 174), al presentar la llamada doctrina Johnson, en virtud de la cual reafirmó la voluntad de su administración de intervenir con las fuerzas armadas –unilateralmente, de resultar necesario– para impedir que otro país latinoamericano siguiera el camino de Cuba. Cuatro décadas más

tarde, William Clinton se refirió a la percepción del senador J. William Fulbright respecto a este curso de política exterior, que él compartía:

... cuando poníamos nuestro poder al servicio de un concepto abstracto, como el anticomunismo, sin comprender a fondo la historia local, la cultura y la política de una región, corríamos el riesgo de hacer más daño que bien. Eso fue lo que sucedió en nuestra intervención unilateral en la guerra civil de la República Dominicana en 1965. El temor de que el presidente Juan Bosch, que era de tendencia izquierdista, instaurara un gobierno comunista al estilo del de Cuba, llevó a Estados Unidos a prestar apoyo a los que fueran aliados del general Rafael Trujillo y a su régimen represivo, reaccionario y a menudo asesino, una dictadura que había durado treinta años hasta el asesinato de Trujillo en 1961 (Clinton, 2004: 116-117).

En esas circunstancias el Che se sumó a la lucha armada en el Congo belga. Entre el 24 de abril y julio de 1965, 120 cubanos negros bien armados lo acompañaron hasta la provincia de Kivu-Sur, a orillas del lago Tanganica, en una zona controlada por la guerrilla de Laurent-Désiré Kabila, oficial congolés formado en la academia militar de Nanjing, en China. En julio, otro contingente de 250 hombres al mando de Jorge Risquet Valdés llegó al vecino Congo Brazzaville, antigua colonia francesa. “Los enviamos para defender al gobierno nacionalista de Massamba Débat y para, desde allí, ofrecer ayuda al Che, quien se hallaba en los confines orientales del otro Congo”, rememoró Fidel (Ramonet, 2018: 342).

Durante su permanencia en el Congo Brazzaville, la tropa dirigida por Risquet salvó al gobierno de Massamba-Débat de un golpe de Estado; asistió al MPLA, que operaba desde aquel territorio, y preparó a un centenar de guerrilleros angolanos incorporados a la lucha. “De ese modo, a partir del año 1965, se hizo efectiva nuestra colaboración con la lucha independentista del Congo, así como en Angola y en Cabinda, que era

territorio angolano. En todos los casos, nuestra colaboración consistió esencialmente en la preparación de cuadros, envío de instructores y ayuda material” (Ramonet, 2018: 342).

Estados Unidos extendía la violencia a todo el planeta, pero en el sudeste asiático se anidaban los gérmenes de un conflicto a gran escala. Partido en dos el país, en virtud de los intereses geopolíticos yanquis, los revolucionarios vietnamitas adquirieron conciencia de su destino. Hô Chí Minh construyó su liderazgo levantando los ideales de independencia nacional y socialismo en un pueblo campesino, en cuya conducción integró la teoría marxista y lo más avanzado del pensamiento universal del siglo xx, con la sabiduría de una tradición que rinde culto a su historia desde la religión, el arte y la poesía. A los B-52 no les quedaron ciudades por castigar, ni hospitales, escuelas, fábricas o pagodas por demoler. La mortandad se cebó sobre cientos de miles de personas, mientras las mujeres eran ultrajadas por una soldadesca enajenada y sedienta de revancha.

Johnson justificó la carnicería con el manido pretexto de defender a Saigón de la agresión comunista, y cada vez les costaba más caro preservar este enclave utilizado como punta de lanza en Asia, donde entre 1960 y 1965 las transnacionales estadounidenses invirtieron 1.374 millones de dólares y repatriaron 6.528 millones por concepto de utilidades; los que sumados a los 5.297 millones extraídos de América Latina, les suministraban los medios para controlar a Europa –invertieron 8.571 millones– y extenderse a África y Oceanía.

Hacia junio de 1965 Walt W. Rostow, entonces asesor especial de Seguridad Nacional del presidente, le comunicó al embajador soviético en Washington, Anatoly Dobrynin, que los representantes de Estados Unidos y China en Polonia se habían reunido y habían llegado a un acuerdo: “... los Estados Unidos no atacarían ni bombardearían a la China continental, y China, al menos, no utilizaría sus fuerzas armadas para intervenir en la guerra de Vietnam”. La dirección asiática “... era bastante «vociferante»,

pero «extremadamente cuidadosa acerca de las cuestiones que pudiesen conducir a un enfrentamiento directo con los Estados Unidos», afirmó Rostow, y Dobrynin lo escuchó magnetizado. Creía irracional afectar las relaciones con Estados Unidos por el enfoque ideológico del compromiso con Vietnam, a quien no consideraba vital para los intereses de la URSS. Observaba contrariado cómo “...Hanói se negaba tercamente a aceptar este tipo de acuerdo gradual y a suspender sus operaciones militares con objeto de unificar a todo Vietnam bajo la bandera del socialismo”. En la lógica de Dobrynin no existía espacio para la solidaridad con Vietnam: “El pueblo soviético, además, nunca había sabido gran cosa de aquel lejano país. Por tanto, nuestro curso político debía haber sido evidente...”, confesó con posterioridad en sus memorias (Dobrynin, 1998: 150-155).

Estados Unidos escalaba en la península de Indochina y, paradójicamente, las relaciones entre China y Vietnam se deterioraban: en 1955 el secretario general del Partido Comunista chino, Deng Xiao Ping, expresó reservas acerca de la opción armada para la reunificación vietnamita, y en 1957 Mao también se manifestó partidario de preservar el paralelo 17. Recomendaban “... quedar largo tiempo en la emboscada” antes de asumir el riesgo de perder el norte; no obstante, junto con la URSS y otras naciones del bloque socialista, mantuvieron una ayuda más que valiosa, prácticamente imprescindible para la estabilidad económica y objetivos independentistas de Vietnam.

Los problemas surgieron en 1963: Hô Chí Minh objetó la convocatoria china a una conferencia de once partidos, fundamentalmente asiáticos, a espaldas de la URSS, para fundar una internacional bajo liderazgo de Beijing. El Tío Ho también rechazó una oferta de 1.000 millones de yuanes que le hizo Deng Xiao Ping a cambio de renunciar a la ayuda soviética. “Las tropas chinas no franquearán sus fronteras para ir a combatir. Esto es absolutamente claro. Los chinos no combatirán más que cuando sean atacados por los norteamericanos”, declaró Mao al periodista

estadounidense Edgar Snow en enero de 1965. En julio, renegando de los acuerdos suscritos, anunciaron al mando vietnamita que su fuerza aérea no les brindaría auxilio. Rechazaron asimismo dos propuestas de la URSS para asegurar la coordinación entre los tres países –URSS, China y Vietnam–, en función de hacer frente a la escalada de la Administración Johnson; se negaron a apoyar una solicitud de Hanói para que el bloque socialista en pleno emitiera una declaración de condena a Estados Unidos, y desecharon una iniciativa del Partido Comunista japonés dirigida a crear un frente internacional contra la agresión yanqui. Aún peor: “Los transportes de armas soviéticas a través de China soportaban numerosas trabas y demoras” (Khác, 2014: 308-309).

Ya en 1965, en la península de Indochina empezaron a sentirse los efectos de la Revolución Cultural promovida por Mao. Numerosos residentes chinos en Vietnam y Laos incitaban a los militantes comunistas a oponerse a su dirigencia por “revisionista”; mientras, el secretario general del Partido Comunista de Cambodia, Pol Pot, al regresó de una visita a Beijing, incrementó las acciones guerrilleras contra el gobierno nacionalista del príncipe Norodom Sihanouk, aliado estratégico de los revolucionarios vietnamitas en el enfrentamiento a Estados Unidos.

Otro incidente, esta vez en África, impactó contra la unidad que intentaba tejer Cuba: el 19 de junio de 1965 un golpe de Estado en Argelia derrocó a Ahmed Ben Bella. Asumió el mando el coronel Houari Boumédiène, un hombre excepcional que ocupaba los cargos de vice primer ministro y titular de Defensa. Contó con el apoyo del canciller Abdelaziz Bouteflika; se trataba de un reajuste revolucionario que ellos llamaron “el regreso a las fuentes” (Oramas, 2015: 13). En su visita cuatro meses antes a Argel, partiendo del análisis de las publicaciones francesas y la observación de un clima político enrarecido, el Che avizó esta eventualidad y previno a Ben Bella; el propio Boumédiène envió, a través del embajador cubano en esa capital, una consulta al jefe de la Revolución cubana.

Fidel respondió que se oponía a un acto de esa naturaleza, pues apreciaba el golpe como una traición. Darío de Urra Torriente, combatiente cubano que cumplió misión internacionalista en África, apuntó: “... las fuerzas revolucionarias argelinas consideraban que el primer ministro, quien había sufrido prisión durante la mayor parte de la guerra de liberación, no era la persona indicada para aglutinar [...] en la construcción de la nueva sociedad, de ahí el golpe [...] y el ascenso al poder de quien fuera el jefe del Ejército de Liberación Nacional durante la epopeya [...] Houari Boumédiène”. La lealtad al dirigente depuesto hizo que en La Habana se reaccionara con indignación, y ello tuvo un efecto inmediato: “... adoloridos por lo sucedido, y por percepciones erróneas, sobre todo de Cuba, las relaciones entre Cuba y Argelia se afectaron y tuvieron un período de estancamiento, hasta que a principios de la década de los setenta, luego de la visita del canciller Abdelaziz Bouteflika a Cuba, se normalizaron...” (Urra, 2018: 174-175).²⁹

Mientras, en Estados Unidos se produjo un cambio radical en las manifestaciones de protesta del pueblo negro. Una intolerancia exacerbada hasta el paroxismo legitimó la cacería humana por parte de la policía y la Guardia Nacional contra el movimiento de los derechos civiles. Dos de los gobernadores que cobraron mayor notoriedad por los métodos con que rechazaban las demandas fueron George Wallace, de Alabama; y Spiro T. Agnew, de Maryland. En su poemario *Tengo*, publicado en 1964, el poeta nacional de Cuba, Nicolás Guillén, dedicó un breve texto a Wallace, titulado “Gobernador”:

Cuando hayas enseñado tu perro
a abalanzarse sobre un negro
y arrancarle el hígado de un bocado,
cuando también tú sepas
por lo menos ladrar y menear el rabo,
alégrate, ya puedes

¡oh blanco!
ser gobernador de tu Estado.

A finales de 1964, en un mitin con estudiantes del estado de Misisipi, Malcolm X –junto con Martin Luther King, el líder más prominente y universal del pueblo negro estadounidense– proclamó la necesidad de dar un paso más en la lucha por la consecución de sus objetivos:

Conseguiréis la libertad dejando saber al enemigo que haréis cualquier cosa para lograr la libertad [...] os llamarán extremistas o subversivos, o sediciosos, o rojos, o radicales. Pero cuando llevéis suficiente tiempo siendo radicales y cuando consigáis que suficiente gente sea como vosotros, conseguiréis vuestra libertad.

Dos meses más tarde, el 21 de febrero de 1965, mientras hablaba en una reunión de la Unidad Afroamericana en el Auçon Ballroom de Manhattan, en Nueva York, fue asesinado, “... en un complot cuyos orígenes están todavía oscuros” (Zinn, 2004: 337).

Malcolm X se convirtió en el mártir del segmento más radical del pueblo negro. Cientos de miles de personas leyeron su autobiografía y su influencia cobró fuerza. La crisis ante la violencia racista se tornó una bomba de tiempo, que en cualquier momento podía estallar.

El 11 de agosto de 1965, en Watts, al sur de Los Ángeles, dos policías blancos de la Patrulla de Caminos de California detuvieron a un joven por sospechas de conducir ebrio. Un grupo de residentes hizo un círculo a su alrededor y la madre intentó defenderlo de la acusación, pero los agentes no entraron en razón, le propinaron una paliza con porras y se lo llevaron preso. En ese gueto habitaba una sexta parte de los 523.000 negros de la ciudad. El 20 % de las casas estaban en ruinas y el hacinamiento era cuatro veces superior a los barrios de las otras grandes urbes. Los pobladores con empleos recibían bajísimos salarios y la mayor parte no tenía trabajo. Los

muchachos carecían de escuelas y dos tercios de la población adulta no había completado la enseñanza primaria.

Se corrió un rumor de que las autoridades habían matado a un negro y estalló la rabia. Dominadas por la excitación, cientos de personas se lanzaron a las calles. Las llamas y el caos se apoderaron del vecindario. El titular del domingo en los periódicos estadounidenses lo anunció: “Negros se amotan en Watts” (Gates Jr., 2013: 164). Las autoridades impusieron el toque de queda y activaron a la Guardia Nacional, que concurrió a sofocar las protestas con armas largas. Ni así consiguieron ocultar el miedo en la mirada. Los enfrentamientos se extendieron por una semana, con saldo de 34 muertos, 1.000 heridos y cerca de 4.000 detenidos.

Cuando se examinan las condiciones en que vivía la población negra como consecuencia de la discriminación sufrida en los empleos, la educación y la vivienda, resulta asombroso que no se produjeran más estallidos de desesperación:

... muchos jóvenes negros no solo hablaban de obtener acceso a las salas de conciertos; en las ciudades norteamericanas había surgido una nueva militancia, fruto del creciente descontento a causa de la pobreza, de la continua discriminación, de la violencia contra los activistas por los derechos civiles y del desproporcionado número de soldados negros que luchaban y morían en Vietnam –escribió Clinton en sus memorias (Clinton, 2004: 125).

Los supremacistas blancos no perdían oportunidad de humillar la conciencia negra, de despreciar la herencia africana. La población afrodescendiente sufría la opresión de un capitalismo brutal, y el 18 de agosto de 1965 un grupo de militantes radicales concluyó que era hora de subir un peldaño en la lucha. Aspiraban a eliminar la pobreza y transformar la sociedad, pero la policía estaba matando a tiros en las calles a los activistas por los derechos civiles. No tenían más remedio que transitar de

los métodos pacíficos a manifestaciones de lucha armada. Ese día cobró forma el Black Power (Poder Negro), como un intento legítimo de pasar de la rebelión a la revolución. John Edgar Hoover, director del FBI, no perdió tiempo en declararlos como la mayor amenaza interna a la Seguridad Nacional de Estados Unidos.

Ante la interrogante de si fue justo armarse en la década de 1960, el Pantera Negra Bobby Seale respondió:

Sí. En aquella época, cuando el racismo era tan descarado, cuando la policía llegaba a los *ghettos*, disparaba sobre los negros, les brutalizaba, les mataba, y después de todo ello todavía tenía ganas de golpearlos, entonces sí, teníamos derecho a tomar las armas para defendernos. Entre la defensa y la agresión hay una diferencia enorme (Cohn-Bendit, 1987: 58).

La Revolución cubana intentaba cristalizar la unidad del movimiento revolucionario en esta explosiva coyuntura, pero a ella misma le resultaba difícil mantenerse al margen de los conflictos.

Lejos de tomar en consideración la postura cubana, el Gobierno chino incrementó el envío y distribución masiva de sus materiales de propaganda política y algunos de sus funcionarios intentaron hacer contacto con oficiales de las FAR "... en una aparente tarea de captación personal, bien con fines de proselitismo o tal vez con fines de información", desveló Fidel y enfatizó: "Este era un hecho verdaderamente insólito que ningún Estado soberano, ningún gobierno que se respete a sí mismo tolerará jamás; una violación flagrante de las normas del más elemental respeto que deben existir entre países socialistas e incluso no socialistas". La situación se agravó por una campaña de calumnias contra la Isla, emprendida en algunas partes del mundo entre gente que mantenía estrechos vínculos con el gigante asiático. El 14 de septiembre de 1965, Fidel y el presidente Osvaldo Dorticós convocaron al encargado de negocios, debido a que el embajador

no se hallaba en el país. La advertencia se le expresó en los términos más enérgicos:

... esos métodos y procedimientos eran exactamente iguales a los que empleaba la embajada de Estados Unidos en nuestro país, cuando pretendían inmiscuirse en los asuntos internos de Cuba e imponer de una forma u otra su voluntad a la nación; que nuestro país se había librado de ese imperialismo a 90 millas de nuestras costas y que no estaba dispuesto a aceptar que desde 20.000 kilómetros de distancia otro Estado poderoso viniese a imponernos semejantes prácticas; que la actitud de los representantes del gobierno chino la considerábamos francamente violatoria de la soberanía de nuestro país y lesiva a las prerrogativas que en el interior de nuestras fronteras corresponde exclusivamente a nuestro gobierno; que, costara lo que costara, nuestro gobierno no estaba dispuesto a tolerar tales hechos (Bell, López y Caram, 2015: 103-104).

No llegó disculpa o explicación alguna; por el contrario, entre el 15 de septiembre y diciembre de 1965, China envió valijas con 54.667 ejemplares de 16 boletines.

A finales de septiembre, Mehdi Ben Barka visitó La Habana. Quería puntualizar con Fidel los detalles organizativos para la Tricontinental. Participó en el acto central por el aniversario de la creación de los Comités de Defensa de la Revolución, el 28 de septiembre, y el 30 ofreció una larga conferencia de prensa. En Washington quedó claro que el liderazgo moral cubano se extendía. Al terminar su misión en Cuba, salió cargado de optimismo rumbo a París, donde debía realizar algunos contactos organizativos antes de trasladarse a El Cairo.

El 1.º de octubre de 1965 el general Suharto tomó el control de Indonesia. La CIA y la embajada de Estados Unidos en Yakarta le entregaron medios de comunicación controlados para monitorear el golpe y

una lista de ejecución de 5.000 cuadros del PKI identificados como líderes. Milicias paramilitares organizadas por el ejército con terratenientes, fundamentalistas islámicos y matones reclutados entre pandillas de gánsteres, recibieron la orden de actuar.

Los asesinatos en masa comenzaron el 8 de octubre, con el incendio de la sede del PKI. Cuadros gubernamentales, intelectuales, maestros, dirigentes sindicales, líderes campesinos y militantes de base fueron cazados como animales, empalados o sometidos a brutales torturas hasta quedar desangrados; les violaron a sus mujeres y degollaron a sus hijos. El presidente Sukarno, desmoralizado y temeroso bajo arresto domiciliario, no emitió la menor crítica ni solicitó auxilio a la comunidad internacional. En la tarde, Suharto regresó a la sede estadounidense para rendir cuentas. La visita se repitió día por día. La lista macabra se redujo en tiempo récord. La embajada yanqui solo estuvo conforme al tachar el último nombre. Veinticinco años más tarde, el entonces secretario político de la sede, Robert J. Martens, declaró impávido: "... fue una enorme ayuda para el ejército. Probablemente mataron a mucha gente, y probablemente yo tenga mucha sangre en mis manos, pero no fue del todo malo. Llega un momento en el que tienes que golpear con fuerza en el instante decisivo" (Klein, 2009: 90).

La masacre se extendió a todo el archipiélago. No quedó fábrica ni aldea beneficiada por la nacionalización o la reforma agraria que no pagara la osadía de construir un país soberano. Cadáveres hinchados, putrefactos, inundaban las islas y hacían insoportable respirar a millones de personas paralizadas por el terror. Ríos de aguas rojizas, contaminadas por los cuerpos en descomposición, envenenaban a los sobrevivientes; miles de casas incineradas quedaron vacías, abiertas de par en par a los animales carroñeros.

Cuando el PKI fue proscrito, el 18 de octubre de 1965, cerca de un millón de sus afiliados habían sido asesinados. La matanza barrió a los

comunistas del mapa político indonesio, desde los más altos funcionarios del gobierno (cinco ministros) hasta los cuadros de base en las aldeas. En una audiencia ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, el embajador en Yakarta, Marshall Green, declaró: "... quizás alrededor de medio millón de personas. Obviamente, nadie lo sabe. Simplemente lo calculamos por el número de aldeas enteras que han quedado despobladas" (Weiner, 2008: 273).

Dos semanas más tarde fue recibido en la Casa Blanca el flamante canciller Adam Malik. El intercambio duró 20 minutos y casi todo el tiempo versó sobre Vietnam. Johnson hizo declaraciones a la prensa al final del encuentro: seguía con interés los acontecimientos en Indonesia y daba su beneplácito al nuevo gobierno (Weiner, 2008: 274). Con esta licencia, Suharto detuvo al secretario general del PKI, Dipa Nusantara Aidit, una figura de relieve internacional a la que asesinaron sin juicio previo, con absoluta impunidad, el 22 de noviembre de 1965.

La mafia de Berkeley asumió la dirección de los asuntos económicos: "... ofrecimos a los líderes del ejército [...] un «recetario» con soluciones para enfrentarse a los graves problemas económicos de Indonesia. El general Suharto, como comandante en jefe del ejército, no sólo aceptó el recetario, sino que quiso que los autores de las recetas se convirtieran en sus asesores económicos", escribió Mohammad Sadli, uno de sus miembros (Klein, 2009: 93). Una política de incentivos fiscales abrió las puertas del país al capital transnacional, y en menos de dos años las multinacionales más importantes de la industria minera y energética, fundamentalmente estadounidenses, se repartieron este archipiélago asiático.

La I Conferencia Tricontinental

Mientras Indonesia experimentaba jornadas de terror, el 29 de octubre de 1965, en una operación conjunta entre los servicios secretos de Marruecos y Francia, con la anuencia de la CIA, Ben Barka fue secuestrado en París. Se dirigía a una cita con el cineasta Georges Franju, a quien asesoraba para el rodaje de una película sobre el proceso descolonizador, cuando lo interceptó en la calle un carro policial. Lo condujeron hasta un chalet de un poblado en las inmediaciones de la Ciudad Luz, donde lo torturaron hasta exprimirle la vida. De acuerdo con el testimonio del historiador francés Daniel Guérin:

Los servicios secretos franceses operan en relación estrecha con la CIA, como ciertos oficiales informaron confidencialmente ante el Comité para la Verdad sobre el caso Ben Barka del cual formé parte. Además, el caso Ben Barka fue una demostración segura y elocuente del doble juego francés: de un lado el general De Gaulle no vaciló en acusar públicamente al general Oufkir, ministro del Interior de Marruecos, de haber organizado el secuestro criminal [...] al mismo tiempo, el gobierno francés buscaba sofocar el caso y se esforzaba en tratar con consideración a los responsables marroquíes, en interés de los ricos colonos aún numerosos en Marruecos (Guérin, C I/26, 2014: 2/E).

A pesar de que De Gaulle declaró que Francia haría todas las diligencias para esclarecer los hechos, el cadáver del luchador marroquí nunca apareció. Oufkir y otros participantes del servicio secreto de Marruecos murieron en los meses siguientes en extrañas circunstancias.

Terminado el primer lustro de la década de 1960, la CIA y los servicios secretos de países aliados habían sepultado al camerunés Felix Moumié, en 1960; al congolés Patricio Lumumba, en 1961; al togolés Sylvanus

Olympio, en 1963; al iraní Ali Mansour, al portugués Humberto Delgado, al estadounidense Malcolm X y al guatemalteco Ernesto Molina, en 1965. Terminaban su lista con Ben Barka, a cargo de la organización de la Conferencia Tricontinental.

Unos días más tarde, en noviembre, el Che abandonó el Congo, donde había encontrado obstáculos insalvables entonces. En sus famosas conversaciones con Ignacio Ramonet, Fidel explicó:

... intervenían mercenarios blancos, surafricanos, rhodesianos, belgas y hasta cubanos contrarrevolucionarios que trabajaban para la CIA. Las fuerzas africanas no estaban suficientemente preparadas. El Che quería enseñarles a combatir, explicarles que podía haber una variante u otra. Porque cuando adquieren una experiencia, una cultura de guerra, aquellos congoleños son soldados temibles [...].

Esa cultura de la guerra no había sido adquirida todavía por los combatientes que estaban en el este del Congo. Se lo dijimos al Che. Enviamos desde La Habana compañeros nuestros para analizar la situación, y dispuestos a apoyarlos. Si hubiera habido que enviar más tropas, lo habríamos hecho, pues disponíamos aquí de voluntarios de sobra; pero realmente aquella lucha no tenía perspectivas, no había condiciones para su desarrollo en ese momento, y le pedimos al Che que se replegara. Él se quedó alrededor de siete meses en el Congo. Y de ahí va a Tanzania, está un tiempo allí, en Dar-es-Salaam.

A todas estas el Che se ha despedido, y, como es lógico, se ha marchado –se puede decir– clandestinamente de Cuba. Entonces comenzaron las calumnias, comenzó a decirse que el Che había “desaparecido”.

Nosotros soportamos silenciosamente aquella sarta de rumores y calumnias. Pero él, al marcharse, a finales de marzo de 1965, me había escrito una carta de despedida [...] Yo tenía la carta

en mi poder, y la hago pública el 3 de octubre de 1965, en el acto en que se anuncia la constitución del Comité Central del nuevo Partido Comunista de Cuba, porque había que explicar la razón de la ausencia del Che en ese Comité Central. Entretanto, la calumnia andando, el enemigo sembrando la cizaña y la duda, difundiendo el rumor de que el Che Guevara había sido “purgado” por discrepancias con nosotros (Ramonet, 2018: 323-324).

Robert F. Kennedy viajó por varios países de Suramérica en el otoño de 1965. Uno de los presidentes con que se entrevistó –no identificó quién– le dijo que los estudiantes ocupaban el segundo lugar en importancia “como fuente de dificultades”. Kennedy constató ese espíritu en Perú, Brasil, Venezuela, Chile y Argentina, donde los estudiantes con los que pudo reunirse culpaban a Estados Unidos de los golpes de Estado en la región, de su actuación como gendarme en la OEA, de la pobreza crónica en el subcontinente y de aguijonear las diferencias entre las distintas naciones latinoamericanas con la vieja máxima romana de *divide et impera*. Ante su presencia, un grupo de estudiantes quemó la bandera estadounidense y en la Universidad de Santiago de Chile le gritaron y le tiraron huevos, e interrumpieron el acto durante 25 minutos. “¿Cuáles son las raíces del extremismo entre los hijos de una clase que ha disfrutado de privilegios durante 300 años?”, preguntó antes de brindar su percepción:

En parte se trata de simple nacionalismo. Durante la mayor parte de su historia, las clases superiores de Latinoamérica han abandonado a sus propios países prefiriendo disfrutar de los beneficios de una cultura europea cosmopolita. Pero en el período siguiente a la II Guerra Mundial se ha observado un renacimiento del sentimiento nacionalista en todo el globo y el nacimiento de docenas de naciones nuevas surgidas de lo que antes eran colonias de las grandes potencias. No es ahora tan

fácil contar con una nación de la cual estar orgullosos. Las naciones latinoamericanas son débiles y pobres, no son modernas. A los ojos de sus hombres jóvenes quedan muy atrás en comparación con los Estados Unidos. Exigir cambios radicales es ser moderno; ser antinorteamericano es ser no solo moderno sino valeroso; ser marxista es ser a la vez antinorteamericano e intelectual.

Una segunda razón es la obvia sed de justicia. Nadie carece de sensibilidad, y los jóvenes son especialmente sensitivos en lo que se refiere a la justicia; a las exigencias de los que no tienen tierras, de los enfermos y los ignorantes. En realidad, los manifiestos de los estudiantes latinoamericanos de izquierda son menos avanzados en muchos aspectos que la plataforma del Partido Demócrata de los Estados Unidos o que la del Partido Conservador en Inglaterra... (Kennedy, 1968: 60-61).

Kennedy sacó del archivo el viejo *file* de la Alianza para el Progreso y lo puso otra vez sobre la mesa –el regreso al curso defendido durante la administración de su hermano era psicológicamente inevitable–; además, apeló al mesianismo estadounidense: “Hay dos principales vías para decir a los demás lo que este país representa: traer a la gente aquí o enviar norteamericanos al extranjero”, y abundó: “Deberíamos, por tanto, ampliar nuestros programas para enviar estudiantes y maestros de todas clases a Latinoamérica y traer estudiantes latinoamericanos a los Estados Unidos. Esto vale más –agregaría yo– que el ofrecer becas en nuestras universidades”. También explicó por qué:

Con mucha frecuencia, los estudiantes que vienen aquí tienen poco contacto con la esencia de nuestra vida. Solo en la ciudad de Nueva York hay miles de estudiantes latinoamericanos. Pero los programas para ayudarles a entendernos –programas que deben abarcar no solo a estudiantes, sino a funcionarios gubernamentales y a dirigentes de los trabajadores, de los

negocios y de la comunidad, así como ciudadanos ordinarios fuera de la radio de la ciudad de Nueva York– estos programas suelen estar esparcidos y fragmentados o no existen. Y en la misma situación se presenta en todo el país.

[...]

Uno de los pasos concretos que podemos y debemos dar es de establecer centros de estudio y de reunión para estudiantes latinoamericanos en los Estados Unidos (Kennedy, 1968: 63-64).

Entonces unos 70 chilenos se habían graduado en la Escuela de Chicago; 12 de los 13 miembros del claustro de profesores de la Facultad de Economía de la Universidad Católica de Chile eran *Chicago Boys*, y otro de ellos, el decano. Era momento de extender su influencia hacia América Latina y la Fundación Ford asignó fondos para crear el Centro de Estudios Económicos Latinoamericanos, una institución dentro de la Universidad de Chicago que se encargaría de titular cada año a entre 40 y 50 jóvenes de la región –un tercio del total de los estudiantes del Departamento de Economía–, con prioridad de matrícula para México, Brasil y Argentina. Naomi Klein observa que en programas equivalentes de Harvard o del Instituto Tecnológico de Massachusetts solo matriculaban cuatro o cinco anuales: “Fue un logro espectacular: en sólo una década, la ultraconservadora Universidad de Chicago se convirtió en el primer destino de los latinoamericanos que querían estudiar economía en el extranjero, un hecho que cambiaría el curso de la historia de la región en las décadas siguientes” (Klein, 2009: 81).

A mediados de noviembre de 1965, una comisión presidida por el ministro de Comercio Exterior de Cuba llegó a Beijing para discutir el intercambio de 1966. Sin discusión previa se le informó que solo entregarían 135.000 t de arroz –115.000 menos que en 1965 y 145.000 por debajo de las necesidades del consumo cubano. Los argumentos brindados

no dejaron margen a la discusión: la necesidad de crear reservas por si se produjera un ataque yanqui, la ayuda que debían prestar a Vietnam y el déficit en la producción de otros cereales, que los obligaba a efectuar importaciones del área capitalista, razón por la cual tenían que dedicar algunas cantidades adicionales de arroz para obtener divisas.

Para evitar el desbalance comercial en 1966, tema en el que siempre mostraron comprensión, limitarían las compras a ochenta y cinco millones de dólares –cuarenta millones de dólares menos que en 1965 y cincuenta y cinco millones de dólares por debajo de las necesidades presentadas por la Isla. Sus ventas se limitarían a ese valor –veinticinco millones de dólares por debajo de lo planificado por Cuba– y no concederían crédito. Tomarían 600.000 t de azúcar de las 800.000 comprometidas. El funcionario cubano preguntó si para financiar parcialmente el desbalance no se podían utilizar diez millones de dólares que quedaban de un crédito concedido en 1960 por sesenta millones de dólares para adquirir plantas completas. Le respondieron que eso no estaba a su alcance; era un asunto por ventilar a nivel de gobierno, pero más allá de cualquier gestión, en cuanto a los productos y el volumen de entrega sus ofertas eran máximas y, por tanto, definitivas.

A Fidel no le quedó otro remedio que abordar el tema en su discurso por el aniversario del triunfo de la Revolución, el 2 de enero de 1966. Explicó que sobrevendría una brusca reducción del valor de las compras cubanas a China, por debajo de cualquiera de los años de intercambio desde 1961 –en un momento en que el precio del azúcar en el mercado mundial había caído de 8,50 ¢ la libra en 1963 a 2,04 ¢, los niveles más bajos de los últimos 20 años, y el país sufría la peor sequía desde 1900, sin contar que las presiones de la Administración Johnson le daban carácter extraterritorial al bloqueo económico.³⁰ La reducción constituía un duro golpe sin solución inmediata respecto al abastecimiento de un producto tradicional en la dieta del cubano como el arroz, cuyo suministro provino de Estados Unidos hasta 1960. La

cuota tendría que reducirse de 6 libras per cápita mensual a 3. En Washington estaban de plácemes; un cable de la agencia UPI divulgaba que el comercio cubano apenas llegaría ese año al 60 % o el 70 % del volumen registrado en 1964.

La presencia en la Plaza de la Revolución de delegaciones de 82 países que participarían en la I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, entre el 3 y el 14 de enero, trajo consigo que la decisión del Gobierno chino recibiera un rechazo generalizado. Un funcionario del Ministerio de Comercio Exterior de China dijo a Xinhua que las declaraciones de Fidel no se ajustaban a los hechos. Publicaron la entrevista en el boletín del 10 de enero, cuando en La Habana se debatían los destinos de la “revolución mundial”, como se le llamaba entonces. Era precisamente eso lo que denunciaban, una y otra vez, Fidel y el Che: mientras los yanquis atacaban por los cuatro puntos cardinales, los dos líderes del campo socialista desintegraban la unidad.

Cuba acogió a 512 delegados y 141 observadores e invitados de 82 países de tres continentes que, por primera vez, se congregaban para discutir en conjunto sus rumbos nacionales y el futuro de la humanidad. Entre los participantes resaltaban el caboverdiano Amílcar Cabral, el guerrillero guatemalteco Luis Augusto Turcios Lima y el senador chileno Salvador Allende.

Yugoslavia pidió participar como observadora, pero en la reunión del Comité Organizador Internacional Cuba lo rechazó: la Liga de los Comunistas Yugoslavos (SKJ, por sus siglas en serbocroata), bajo la dirección de Josip Broz Tito, coincidía con las posiciones de Estados Unidos respecto a obligar a Vietnam a negociar sin la condición previa de la retirada de las tropas yanquis de su territorio, en flagrante violación de los acuerdos de Ginebra. Yugoslavia ni siquiera condenó la agresión contra el pueblo de Vietnam del Sur.

Nhan-Dan, órgano oficial del Partido de los Trabajadores de Vietnam, denunció que Yugoslavia apoyaba el plan estadounidense de introducir al Gobierno de Saigón en la ONU: "... hablar de la reunificación del Norte y del Sur de Vietnam, es como hablar de la reunificación de países tan diferentes como Francia y Suiza", publicó en esa etapa *The Washington Post* (Chan, C IV/23, 2014: 2/E). Incluso, Peter Stambolic, presidente del Consejo Ejecutivo Federal yugoslavo, emprendió una gira por países de Asia para promover la propuesta de entablar negociaciones en torno al conflicto sobre las bases demandadas por la Administración Johnson, en una maniobra encaminada a buscar apoyo entre los países del MNOAL.

Otro antecedente pesaba: Yugoslavia no solo ofreció armas al régimen de Batista, sino que se negó a venderle armas al Gobierno Revolucionario ante los primeros peligros de agresión yanqui, bajo el argumento de que el monto financiero de la operación no justificaba las dificultades políticas que podrían buscarse con Estados Unidos.

A los propósitos perseguidos por la Conferencia Tricontinental contribuyó la indignación contra Estados Unidos por la intervención en el Congo, bajo la bandera de Naciones Unidas; la masacre en Indonesia y el genocidio en Vietnam; la matanza en Panamá para sofocar una manifestación en reclamo de la soberanía sobre el territorio del canal; la ocupación de República Dominicana, acompañado de Brasil, Nicaragua, Costa Rica, Paraguay y Honduras, que aportaron tropas; el reforzamiento armamentista de Israel y su uso como fuerza de choque contra Siria y los países árabes progresistas; el bloqueo económico y las continuadas acciones terroristas organizadas contra Cuba; y un acuerdo de la Cámara de Representantes que declaró el derecho de Estados Unidos a intervenir en cualquier territorio de América Latina y el Caribe, de estimarlo conveniente.

Era esta una época en que parte de la izquierda intelectual buscaba los referentes teóricos y las herramientas que le permitieran trazar una

estrategia de lucha. Se leía a los clásicos: Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Mao, Gramsci y Mariátegui –este último con particular intensidad en América Latina–, y también a pensadores contemporáneos como Fidel, el Che, Régis Debray, Frantz Fanon, Louis Althusser, Ernest Mandel y Herbert Marcuse:

¿Movimiento o partido, autodefensa de las manifestaciones obreras, alianza de obreros y estudiantes, creación de organizaciones político-militares, insurrección o guerra de guerrillas, guerra del campo a la ciudad, revolución permanente? Esas eran algunas de las muchas preguntas que se hacía el activismo, la militancia de izquierda, cuya vertiente más radical, clandestina y armada, fue tomando cada vez más protagonismo a partir de la segunda mitad de la década, a medida que la situación política y social se hizo cada vez más insostenible y la vida parlamentaria y las libertades democráticas fueron desapareciendo velozmente y las protestas sociales reprimidas brutalmente (Montoya, 2018).

La Conferencia se organizó para trazar el rumbo y, en virtud de la unidad de criterios –con protagonismo de las organizaciones y frentes armados–, aglutinó un espíritu antimperialista y unitario. Triunfó la tesis de que el enemigo común era el imperialismo yanqui, sostén del sistema global de explotación colonialista y neocolonialista, y se proclamó el derecho de los pueblos a oponer a la violencia imperialista la violencia revolucionaria para proteger su soberanía nacional e independencia política, y a recurrir a todas las formas de combate –con la lucha armada como herramienta fundamental– para conquistar su libertad.

Un delegado cubano definió en su ponencia la doctrina de la “coexistencia pacífica”: solo se ajustaba a las relaciones entre los Estados de distintos regímenes sociales, grandes y pequeños, y no podía afectar la lucha de las clases oprimidas contra sus opresores, ni la de los pueblos

explotados contra el imperialismo. Cuando los Estados progresistas y revolucionarios ayudaban a los pueblos que combatían contra la intervención imperialista, estaban protegiendo la “coexistencia pacífica”; la ayuda a los movimientos de liberación nacional constituía un aporte a ese principio. La resolución final fue clara al respecto: “No aceptamos la coexistencia pacífica como política aplicable solo a Estados poderosos y que el imperialismo se pueda tomar el derecho a hacerle la guerra cuando le venga en ganas a cualquier país pequeño” (Bell, López y Caram, 2015: 429).

Se proyectó la ayuda efectiva a los movimientos de liberación nacional como punto esencial de la estrategia y como una responsabilidad de los países socialistas. De acuerdo con la opinión unánime, la lucha en Asia, África y América Latina engendraría un poderoso movimiento de masas global. Derrocar el dominio yanqui se planteó como un objetivo perentorio para acelerar la toma de conciencia en Estados Unidos y Europa Occidental. Y se definió que no podían verse por separado los objetivos de liberación nacional y la revolución social.

La Tricontinental se erigió en plataforma de la más avanzada línea política contemporánea y artífice de la unidad de los revolucionarios. Sus acuerdos fundamentales se aprobaron por unanimidad. Para que las aspiraciones de solidaridad no quedaran en letra muerta, se creó la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (Ospaal), encargada de vigorizar la lucha a costa de todos los riesgos y sacrificios.

Cuba recibió la sede de la Tricontinental y su Secretaría General hasta la II Conferencia por celebrarse en 1968 en El Cairo, a propuesta del presidente de la República Árabe Unida, Gamal Abdel Nasser, impulsor del panarabismo y el socialismo árabe. Durante la clausura, el 15 de enero de 1966, Fidel expresó que el deber de todo revolucionario era hacer la revolución de hecho y no de palabras, con las armas en la mano. Subrayó

que miles de cubanos estaban dispuestos a combatir en cualquier lugar del mundo. Prolongadas ovaciones lo acompañaron en todo su discurso:

... si los revolucionarios invierten menos energía y menos tiempo en teorizaciones, y dedican más energía y más tiempo al trabajo práctico, y si no se toman tantos acuerdos y tantas alternativas y tantas disyuntivas y se acaba de comprender que más tarde o más temprano los pueblos todos, o casi todos, tendrán que tomar las armas para liberarse, entonces avanzará la hora de la liberación de este continente (Bell, López y Caram, 2015: 32-33).

¿Otra invasión contra Cuba?

Enardecidas por los resultados del cónclave, las 70 organizaciones participantes de 27 países latinoamericanos se reunieron en asamblea, el 16 de enero de 1966. Por Cuba asistió una representación al más alto nivel, encabezada por Fidel, Raúl, el presidente Dorticós y el canciller Raúl Roa García.

No se trataba de promover los primeros esfuerzos en la región, donde ya la batalla no se libraba en el impotente escenario de las ciudades, ni solo mediante acciones de masas o huelgas que cuando trascendían las aspiraciones económicas y se proyectaban hacia objetivos políticos eran reprimidas con brutalidad. No solo se vertía sangre en la clandestinidad o en las mazmorras de la tortura. En varios países se combatía en un terreno no escogido por la reacción: la guerrilla rural y urbana. Se peleaba en Bolivia, Nicaragua, Colombia, Venezuela, Guatemala, Perú y Uruguay. La situación, sin embargo, no era favorable a los propósitos del movimiento revolucionario continental. “Fue preciso tratar de asegurar un mínimo de coordinación y un máximo de convergencia entre las fuerzas revolucionarias. Sin absorber la diversidad de los procesos políticos nacionales, se buscó ayudar a ordenarla con una labor prioritaria: la lucha armada para alcanzar el poder del Estado” (Sánchez Otero, 2018: 76). De ese propósito emanó la necesidad de constituir la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que, enmarcada en los objetivos de la Tricontinental, preservaría la unidad cimentada en el ascenso de la línea insurreccional con un criterio de coordinación de los esfuerzos. Su primera conferencia se celebraría en agosto de 1967.

Concluidas las actividades oficiales, Fidel invitó a Amílcar Cabral a un recorrido por la sierra de El Escambray. Era una mañana fría, típica de enero en aquel paraje. Departieron en un clima íntimo, sosegado, acerca de

la guerra de liberación en la mayor de las Antillas, de su sistema educacional y la sociedad que construía. Conversaron mucho sobre África, de su miseria económica y atraso social; de la concepción tribal de su gente, fruto del coloniaje. Ambos se escuchaban atentamente, con mutua admiración, antes de volver a preguntar. Y así, una y otra vez, ávidos de aprehender el espíritu de sus pueblos. Cabral tejía sueños, anhelaba iluminar la larga noche africana. Antes Guinea Bissau y Cabo Verde debían conquistar su independencia. ¿Cómo vencer al ejército fascista de Portugal? Imposible conseguirlo sin ayuda. Pidió asesores militares, armas, personal de salud; formar cuadros en las escuelas especiales de la Isla. Cuidaría de mantener esa presencia en el mayor secreto y protegería a los combatientes caribeños para evitarle incidentes internacionales a la asediada revolución. Para los cubanos constituía una fuente de orgullo saldar la deuda de gratitud con un continente que perdió sesenta millones de hijos e hijas tan solo en la travesía atlántica de los barcos negreros. Cuatro meses después llegaba a Konakri el primer grupo de oficiales y médicos junto con el material bélico. Pronto su experiencia definiría las operaciones y las tropas portuguesas comenzaron a mostrar cautela.

Ardía el patio trasero de Estados Unidos y el presidente nicaragüense René Schick, testaferro de Somoza, solicitó una reunión de la OEA para evaluar los resultados de la Tricontinental. Al mandatario peruano Fernando Belaúnde Terry –responsable por el asesinato extrajudicial de los guerrilleros Luis de la Puente Uceda y Guillermo Lobatón; del secuestro de los combatientes Ricardo Gadea, Héctor Béjar, Miguel Tauro de Lama, Hugo Blanco y Héctor Cordero; y del encarcelamiento de dirigentes obreros, campesinos y estudiantes– le tocó presentar la iniciativa: una carta al Consejo de Seguridad de la ONU que acusaba a Cuba de violar el principio de no intervención ni apoyar las guerrillas.

La reacción estaba en mayoría absoluta en la OEA: 18 gobiernos la suscribieron; México esta vez tampoco se sumó. Entre los firmantes se

hallaban connotados asesinos: el general Alfredo Stroessner, de Paraguay; el mariscal Humberto Castelo Branco, de Brasil; el general Alfredo Enrique Peralta Azurdia, de Guatemala; el contralmirante Ramón Castro Jijón, de Ecuador, y Héctor García Godoy, testaferro dominicano de Johnson. Era un paso en la dirección de preparar a la opinión pública de cara a una eventual invasión contra la Isla.

Sin medir las consecuencias –o quizás con intención páfida, quién sabe–, tras la reunión de la OEA varios medios de la prensa yugoslava atacaron los resultados de la Conferencia Tricontinental y a Cuba. Repitieron la tesis de que se aprobó en ella una línea subversiva e intervencionista en los asuntos internos de otros países, y la tildaron de sectaria. Distinguieron como liberal al Gobierno de Perú y aseveraron que su iniciativa puso de manifiesto que no se cumplieron los objetivos del cónclave. No era la primera vez que desde Yugoslavia se lanzaba ese tipo de ataques. En reiteradas oportunidades la SKJ acusó al Partido Comunista de Cuba de asumir posiciones aventureras, sin objetividad ni realismo. Mientras se desataba esta campaña calumniosa desde los periódicos *Borba*, *Politika*, *Ekonomska Politika* y *Komunist*, a la que se sumó el corresponsal yugoslavo de la revista mexicana *Siempre*, en Belgrado recibían con bombo y platillo al socialdemócrata Jesús Paz Galarraga, secretario general del partido venezolano Acción Democrática, quien al hacerse del gobierno abandonó la historia de esa formación, se alió a Estados Unidos y desplegó una represión brutal contra los comunistas, las agrupaciones campesinas, los sindicatos y el movimiento revolucionario en general.

¿Cuba exportaba revoluciones? ¿Estaba la comunidad internacional al margen de lo que ocurría en América Latina? ¿Se desconocía en Naciones Unidas lo que estaba aconteciendo en Nuestra América? Los días 9 y 10 de mayo de 1966 Robert F. Kennedy realizó el resumen de su gira por la región en una audiencia del Senado. Dos días más tarde fue transmitido por

la televisión, de costa a costa, en un programa especial. Por su valor testimonial lo cito en extenso:

El pueblo de Latinoamérica lucha contra algo más que contra los azares de la geografía. Vive también con lo que ha heredado de la historia, según Teodoro Moscoso ha escrito:

“Una historia de conquistadores que buscaban sobre todo el oro y las muchas otras riquezas del nuevo mundo, establecieron en el nuevo mundo el régimen autoritario de la élite, que era el gobierno de moda en la metrópoli. Los indios en los países occidentales y los negros en las costas del Caribe y del Atlántico servían de caballos de labor en plantaciones y tierras pedregosas, mientras los terratenientes disfrutaban de las cosas buenas de la vida. Producían plátanos, azúcar, trigo, carne, metales y otros alimentos y materias primas que las naciones industrializadas de Europa y Norteamérica deseaban comprar. En pocas palabras: económicamente se parecían mucho a las posesiones africanas y asiáticas de las potencias europeas”.

Aún quedan muchos restos de ese período colonial, y uno de ellos es la economía básica de gran parte de Latinoamérica: dependencia de la exportación de productos únicos, relativa carencia de industrias, ausencia de un mercado de masas, preponderancia de monopolios de gobierno [...]

... el pasado vive y prepondera aún más en la estructura social; en los sistemas educativos destinados a una élite social; en la concentración de la propiedad de la tierra; en constituciones que en algunas regiones eliminan al 80 % del electorado; en un desdén feudal por la inversión productiva y por el duro trabajo, que es el destino de la mayoría.

La herencia final de este sistema de desarrollo es la pobreza, la degradación y la necesidad, cuyas estadísticas son ya una letanía. El ingreso por persona suele ser menor de 100 dólares al año; el promedio para todo Brasil es cuando mucho de 300

dólares, y puede que sea menor; el 60 % del pueblo de El Salvador cuenta con un ingreso personal de menos de 55 dólares por año.

La ignorancia es cosa corriente en casi todas las naciones; en Colombia, por ejemplo, solo el 60 % de los niños entra al primer curso de estudios, y el 90 % de estos los han abandonado a la altura del cuarto. El 50 % de todos los latinoamericanos son analfabetos. Las enfermedades y la desnutrición se ven por todas partes; la mitad de la gente que se sepulta en Latinoamérica no llegaron a su cuarto año de vida.

Viajando por la América Latina se ve la atroz realidad de la miseria humana, se perciben estas estadísticas con fuerza terrible. En Recife [Brasil] hay gente que vive en chozas junto al agua, en la que vierten sobras y basura; los cangrejos que se alimentan con esa basura son su principal artículo de nutrición. En campos cercanos los hombres cortan caña bajo el ardiente sol, desde que amanece hasta que anochece durante seis días a la semana y perciben 1,50 dólares por su trabajo semanal; los niños menores de 16 años ganan la mitad, pues no es obligatorio pagarles el salario mínimo de 60 centavos de dólar diarios. En algunos de estos pueblos, y en otros muchos que visitamos, siete niños de cada diez mueren antes de cumplir su primer año, y hay escuelas primarias solo para la cuarta parte de los que sobreviven. En otros pueblos cercanos, una fábrica ha contaminado el agua, con lo que la mortalidad, tanto de niños como de adultos, es catastrófica.

En el Perú, en las afueras del Cuzco, encontramos individuos que labran la tierra de sus amos por 45 centavos de dólar diarios, buen jornal en una zona donde otros tienen que trabajar tres días sin paga, a cambio del derecho a cultivar por su cuenta, un pequeño pegujal en la ladera de la montaña [...] no sabían el nombre del presidente del Perú, y ni siquiera hablaban español, sólo el quechua de sus antepasados. En una aldea me

presentaron como presidente del Perú, porque según nos informaron guías de nuestro Cuerpo de Paz el alcalde había soñado poco antes que el presidente del Perú vendría a su pueblo.

Y en todas partes, alrededor de todas las ciudades principales, barrios miserables; masas increíbles de chozas de hojalata o papel alquitranado o lodo, con una sola habitación y docenas de niños –esa era la impresión– que salían por todas las puertas. En Lima se llaman *barriadas*, en Santiago *poblaciones callampas*, en Buenos Aires *villas miserias*; en Río de Janeiro *favelas*, y *ranchitos* en Caracas; aunque todas albergan lo mismo: vastas muchedumbres de campesinos que han llegado a las ciudades en busca de una vida mejor; pero no encuentran trabajo, ni escuelas, ni alojamientos, ni salubridad, ni médicos, y muy poca esperanza.

En el Perú, el Brasil y otros países latinoamericanos, no solo los indios están apartados del mundo [también] frecuentemente sus propias estructuras políticas, que desesperadamente claman por la incorporación al siglo xx”. (Kennedy, 1968: 39-41).

Se calentaba el clima contra Cuba: a las 7:10 p. m. del sábado 21 de mayo de 1966, mientras cubría su turno de guardia en la Brigada de la Frontera, el soldado Luis Ramírez López, de 22 años, fue baleado desde una posta de la Base Naval en Guantánamo. Murió en cuestión de segundos. Era la segunda víctima de ese tipo de provocación y el Departamento de Estado difundió que los marines le dispararon al penetrar en territorio usurpado. Cuba convocó a la prensa extranjera acreditada, y el 26 de mayo 30 corresponsales de 16 países, incluido Estados Unidos, viajaron hasta el lugar de los hechos para evaluar las evidencias presentadas por el mando militar cubano. Los atendió el comandante Demetrio Montseny Villa, jefe de la Brigada, quien al responder una pregunta, explicó:

La cerca está formada en realidad por tres cercas, de quince a dieciocho pelos de alambre de púas, tiene dos metros de alto y arriba hay alambres de púas, además de matas espinosas del lado de acá. Como se ve, para brincarlas hay que hacer un esfuerzo y además hay que picar el alambre. Si el soldado nuestro, como dicen ellos, recibió la voz de detenerse y siguió avanzando, ¿cómo es, entonces, que recibe un tiro por la espalda? Un hombre que va avanzando, que recibe la orden de detenerse, jamás puede ser herido por la espalda, porque sencillamente está de frente a quien le hace el disparo. Esto demuestra que todo lo planteado por el Departamento de Estado es absolutamente falso [...] otro hecho que ustedes habrán de comprobar dentro de un momento allí mismo, y es que la base está rodeada de minas. Nadie puede acercarse por allí sin ser volado (Roa García, 1966: 25).

No hubo forma de sostener la versión manejada por la Administración Johnson, mas ello no detuvo los planes de Estados Unidos. Un portavoz no identificado del Pentágono trasladó a *Associated Press (AP)*, el 27 de mayo, que seis soldados cubanos se infiltraron en el perímetro de la base en la noche del 23 —o sea, 72 horas antes de la visita de la prensa extranjera—, y abrieron fuego contra los centinelas estadounidenses. En el intercambio de disparos que se produjo ninguno de los dos lados sufrió bajas. Manifestó que era el oncenno incidente de este tipo registrado en lo que iba de año.

Fidel denunció la farsa ese propio viernes. Horas más tarde, la agencia estadounidense UPI reportó las declaraciones del secretario de Estado, Dean Rusk: Estados Unidos protestaría ante Cuba por la penetración de seis soldados en el perímetro norteamericano. Enviaría una nota oficial a La Habana a través de la embajada de Checoslovaquia,³¹ como representante de los intereses de la Isla en Washington, y amenazó: “... los cubanos tienen que parar estos incidentes permaneciendo fuera de la zona, porque

esto será lo mejor para todos los interesados” (Bell, López y Caram, 2015: 148).

Ante los indicios de que se fraguaba una agresión militar, Fidel emitió una segunda declaración: Cuba no se prestaría a tomar en serio el “burdo, cínico, asqueroso y repugnante formulismo” con que Rusk trataba de cubrir un trámite de agresión basado, como en todas las agresiones a través de la historia, en la mentira. “El gobierno de Cuba, por tanto, ni siquiera concederá audiencia al embajador suizo para considerar la mencionada Nota”. Y advirtió:

... puesto que nosotros no podemos cesar en actos y provocaciones que no hemos realizado jamás y de los cuales sí hemos sido víctimas sistemáticamente durante años, y por otra parte no vamos a abandonar la custodia de nuestro territorio – que es virtualmente lo que exige Rusk– en las inmediaciones de la Base, lo que haremos de inmediato es poner a nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias y a todo el pueblo en estado de alerta (Bell, López y Caram, 2015: 148-149).

Cuba no reaccionó con exageración. A las 23:15 p. m. del 29 de mayo – 48 horas más tarde–, una lancha adquirida con fondos de la CIA, procedente de la Florida, ancló a la altura de la calle 78, en el habanero reparto de Miramar, para infiltrar a cuatro integrantes de la organización terrorista Comandos L, que instalaron dos cohetes autopropulsados programados para estallar a la 1:15 a. m. del día 30. Un artefacto estalló en la zona del hotel Comodoro; el otro fue desactivado. En una operación combinada de la Fuerza Aérea y la Marina de Guerra, la embarcación intrusa resultó hundida a unas 10 millas del litoral capitalino. Entre el armamento ocupado se hallaron cuatro bloques de explosivo C-4, seis bloques de TNT y dos cargas explosivas “de jabonera”, con siete lapiceros detonadores de tiempo; además de una subametralladora M-3 y una pistola Beretta calibre 7,65 con silenciadores. Dos de los seis participantes en la

operación sobrevivieron y, después de ser atendidos de heridas de gravedad en el Hospital Naval, confesaron que tenían la orden de atentar contra la vida de Fidel para crear un clima psicológico propicio a los planes de agresión de Estados Unidos.

El 31 de mayo el presidente Dorticós convocó a audiencia a los embajadores de los países socialistas para explicar las razones que llevaban a Cuba a decretar el estado de alerta. También comunicó la decisión de aceptar voluntarios de naciones hermanas ante la escalada de la Administración Johnson.

De la Casa Blanca no salió una palabra y, en una evidente operación de control de daños, medios de la gran prensa estadounidense intentaron articular una campaña para hacer creer que Cuba había formado un “gran escándalo” con el propósito de distraer la atención sobre sus problemas internos.

Las agujas de este reloj de tiempo continuaron su curso: el 8 de junio el presidente nicaragüense René Schick visitó Naciones Unidas, donde fue recibido por su secretario general U Thant. A la salida, un periodista le preguntó si Nicaragua prestaría otra vez su suelo para una invasión contra Cuba, y respondió: “Propiamente contra Cuba no, sino contra el gobierno de Fidel Castro en cualquier y en cualesquiera circunstancias, puesto que lo considero una grave amenaza para el hemisferio occidental” (Bell, López y Caram, 2015: 186).

Una semana más tarde, el 15 de junio, dos F-8 Crusader de la Marina de Guerra de Estados Unidos penetraron en el espacio aéreo cubano por el límite norte de la Base Naval en Guantánamo y recorrieron 17 km. A las 9:10 a. m., otro F-8 se internó un kilómetro en el espacio aéreo cubano por el límite este de la base. Los tres despegaron de una pista en territorio usurpado. Tenían la misión de explorar las instalaciones de la Brigada de la Frontera y su sistema de defensa. Ese tipo de hechos formaba parte de las

frecuentes provocaciones para generar un incidente, pero esta vez se perpetraron a menos de un mes del asesinato de Ramírez López.

Partidos, movimientos y gobiernos de izquierda ofrecieron apoyo a la Revolución cubana. Por su efecto disuasivo, especial importancia cobró la declaración de la URSS. “Si nos atacan, los combatiremos mientras nos quede un hombre o quede un pueblo en el mundo luchando con las armas”, advirtió Fidel en un acto de masas (Suárez y Quesada, 2013: 134).

Las armas que disparan contra el imperialismo...

A partir del complejo escenario afrontado por el Ejército de Estados Unidos en la península de Indochina, y la creciente llegada de féretros envueltos en la bandera, en Estados Unidos crecieron las manifestaciones contra la guerra. Empezó con protestas entre estudiantes universitarios blancos, de familias ricas y de clase media, y de algunos líderes religiosos, artistas e intelectuales de mayor edad. Muchos de estos pioneros habían participado en el movimiento por los derechos civiles. Bajo la égida de J. William Fulbright, el Comité de Relaciones Exteriores del Senado se convirtió en el centro de los debates nacionales respecto a la escalada en Vietnam. Fulbright apoyó la resolución del golfo de Tonkín, pero mucho llovió desde entonces. Todos los que trabajaban en el Comité compartían la sospecha de que los funcionarios de la Administración Johnson y los mandos en el teatro de operaciones exageraban acerca del progreso de los esfuerzos militares estadounidenses.

Ante el Comité declararon algunos de los críticos más importantes de este curso de política exterior –entre ellos, George Kennan–, y también importantes funcionarios del ejecutivo. Johnson aseguraba que Estados Unidos podía permitirse a la vez “rifles y mantequilla”, pero sus ciudadanos comenzaban a dudarlo. La mayoría que le permitió obtener la victoria arrolladora de 1964 se deshacía. En la primavera de 1966 el movimiento antibélico desbordó a sus organizadores. Se producían grandes manifestaciones por todo el país:

Durante sus dos primeros años y medio como presidente, Johnson había logrado impulsar las leyes más ambiciosas que se habían visto en la nación desde los tiempos de Roosevelt: la Ley de los Derechos Civiles de 1964, la Ley del Derecho al Voto de 1965 y una serie de medidas legislativas radicales

contra la pobreza, sin olvidar Medicare y Medicaid, que por fin garantizaban cobertura sanitaria para los pobres y los ancianos. Ahora, cada vez más, la atención del presidente, del Congreso y del resto del país se centraba en Vietnam. A medida que aumentaba la lista de bajas sin que la victoria pareciera un ápice más cercana, la creciente oposición a la guerra comenzó a manifestarse de diversas formas, desde las protestas en el campus hasta los sermones desde los púlpitos, desde discusiones en las cafeterías hasta discursos frente a las puertas del Congreso (Clinton, 2004: 108).

En las elecciones de medio término, en 1966, el Partido Demócrata sufrió una alarmante reducción de sus escaños en las dos cámaras del Congreso. Como reacción a los disturbios, el malestar social, la inflación, el incremento del gasto interior y la debacle en Vietnam, el fundamentalismo se abría paso. Nada quedaba del momento mágico experimentado por Johnson durante los primeros dos años.

Pese a las presiones, el presidente actuaba sin contención: el 28 de junio de 1966, una vez más Argentina se sumó a los gorilazos auxiliados por la CIA: el general Juan Carlos Onganía encabezó un golpe contra el presidente constitucional Arturo Umberto Illia, que gobernaba desde 1963. El 29, la Fuerza Aérea yanqui comenzó a bombardear las instalaciones industriales y depósitos de combustible ubicados en las inmediaciones de Hanói y en el puerto de Haiphong, lugares en los que vivía cuantiosa población civil.

Con la elección en Bolivia del general René Barrientos Ortuño, Estados Unidos obtuvo otra victoria. Fue reclutado en 1960 por la CIA, que en 1966 le facilitó un millón de dólares para hacerse de la presidencia. El jefe de la división latinoamericana del servicio clandestino de la CIA, William Broe, escribió a Langley: “Con la elección de René Barrientos como presidente de Bolivia, el 3 de julio de 1966, esta acción se ha completado satisfactoriamente”. El expediente fue enviado a la Casa Blanca y Walt W. Rostow se lo entregó a Johnson: “Esto es para explicarle por qué el general

Barrientos puede darle las gracias cuando coma con él el próximo miércoles día 20” (Weiner, 2008: 296-297).

Durante el acto central conmemorativo por el asalto al cuartel Moncada, ese 26 de julio, sin mencionar nombres, Fidel le hizo una crítica a la URSS y a los países de Europa del Este que se disponían a brindar asistencia técnica y económica incondicional al régimen demócrata cristiano de Eduardo Frei en Chile, al que calificó de representar una corriente reformista antirrevolucionaria en América Latina, sumado al bloqueo económico y al complot contra Cuba. Ello constituía una política errónea que nada tenía que ver con el concepto de los principios y deberes internacionalistas. También denunció la actuación impune de la dictadura de Castelo Branco, en Brasil, y el cuartelazo de Argentina.

Onganía, que prometió cien años de Revolución argentina (así bautizó a su zarpazo), cuando entró a la Casa Rosada se quitó el velo: “La universidad es una cueva de comunistas”, dijo, y no tardó en actuar. En la noche del 29 de julio, tras intervenir todas las universidades del país y anular el régimen autonómico vigente desde la Reforma de Córdoba, en 1918, ordenó desalojar cinco facultades de la Universidad de Buenos Aires (UBA) con la Guardia de Infantería. Conocida como “La noche de los bastones largos”, durante la redada resultaron detenidas 400 personas y en los meses posteriores, entre despidos y renunciaciones, más de 700 de los mejores profesores de la UBA abandonaron sus cátedras, en un golpe demoledor para la democracia y la educación argentinas.

Entonces el Che llevaba tres meses de incógnito en Cuba. El próximo destino sería Bolivia, cuya crónica depauperación social, inestabilidad política y topografía accidentada, la hacían un lugar idóneo para desarrollar un foco guerrillero; sus dilatadas fronteras brindaban acceso relativamente fácil a Perú, Brasil, Chile, Paraguay y Argentina, país este último objetivo esencial de sus desvelos: “No puedo morir hasta que haya puesto, por lo menos, un pie en la Argentina” (Gleijeses, 2002: 245). Partió el 23 de

octubre de 1966, junto con 16 cubanos. Atrás dejaba todo lo valioso que tenía: familia, hogar, amigos, entre ellos Fidel, y un pueblo que lo acogió como a uno de los suyos.

A finales de octubre se reunieron en Moscú los principales dirigentes del campo socialista sin la presencia de Vietnam. Andréi A. Gromyko, canciller de la URSS, presentó un informe sobre su participación en la Asamblea General de Naciones Unidas, en el que abordó el tema de la seguridad europea y la inminente firma del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares (SALT). En correspondencia con las presiones de Estados Unidos, una condición fundamental era promover negociaciones de paz entre el liderazgo vietnamita y la Administración Johnson. Washington no admitía que los norvietnamitas librasen una guerra para reunificar el país. Según Gromyko, Hô Chí Minh debía acceder a esta exigencia, criterio compartido por la mayoría de los mandatarios de Europa del Este.

Cuba se opuso en términos categóricos. El 18 de octubre de 1966 Raúl Roa había definido su posición ante la Asamblea General de la ONU: en las condiciones internacionales prevaletientes, preñadas de problemas, tensiones y conflictos, las discusiones sobre desarme adquirirían un carácter utópico, que solo beneficiaba las intenciones hegemónicas de Estados Unidos:

Prescindamos de las palabras y atengámonos a los hechos. La agresión del imperialismo yanqui a Vietnam, sus provocaciones y amenazas a los pueblos del sudeste asiático, sus conjuras contra los Estados independientes de África, su política de injerencia, subversión, opresión y explotación en América Latina y su terco empeño de destruir la Revolución Cubana, prueban que no desea ni quiere la paz [...]

En la presente coyuntura, lo que sí parece lógico debatir es la agresión armada del imperialismo a los pueblos [...] la abrogación de los pactos militares concertados para atacar a los países liberados o intervenir en los que intentan liberarse, como

la llamada OTAN interamericana y la proyectada Fuerza Interamericana Permanente, cuya creación se discutirá, bajo la égida del Pentágono, en la Séptima Conferencia de Jefes de Ejércitos Americanos, que se efectuará en el mes de noviembre en Buenos Aires.

[...] Para el pueblo y el Gobierno Revolucionario de Cuba, la lucha armada que emprenden esos pueblos es sagrada y la apoya sin reservas. Las armas que disparan contra el imperialismo y sus satélites constituyen el más importante aporte a la lucha por conquistar la paz verdadera. Esas armas son también sagradas para el pueblo y el Gobierno Revolucionario de Cuba. Si se aspira a conquistar un mundo en el que el trueno de los cañones sea un mero eco de la prehistoria de la sociedad humana, hay que tener presente que no han sido las armas las que generan las guerras, sino son las guerras las que generan las armas (Roa García, 1966: 8-26).

Fidel le indicó a Raúl viajar de Moscú a Hanói. Al anochecer del 29 de octubre lo recibió en la escalerilla del avión Hô Chí Minh. Cuba le brindó tropas. El Tío Hô no lo aceptó. Admiraba a una isla que construía el socialismo a 90 millas de Estados Unidos y sabía que para finales de 1967 el ejército norteamericano contaría con 500.000 hombres en el área. A pesar de ello, estaban decididos a derrotarlo en el plano militar y político sobre la base de la guerra del pueblo. Tenía absoluta convicción de que la lucha armada determinaría las actividades en el frente diplomático, tan temidas por los títeres. Agradecía, en cambio, toda la ayuda material, económica y militar que pudiera brindar Cuba.

El 31 de octubre Raúl partió de regreso a La Habana. Lo despidió en la escalerilla del avión Hô Chí Minh, quien horas antes le había expresado: “Consideramos a los cubanos y a Fidel como hermanos. Cuando regrese haga el favor de hacer partícipe al pueblo y a Fidel de estos sentimientos, que salen del corazón y no son declaraciones diplomáticas. Para ilustrar mis

palabras le diré que cuando nuestros niños ven una fotografía de un hombre con barba dicen que es Fidel” (García, 2010: 137). Algunos oficiales de las FAR irían a adquirir experiencia en esa guerra; seis cayeron en combate.

En contraposición a la postura del Gobierno de Yugoslavia, el 18 de noviembre en la facultad de Tecnología de Belgrado se celebró un mitin de apoyo a Vietnam, organizado por estudiantes yugoslavos y de países en gran medida provenientes del MNOAL. Redactaron un manifiesto dirigido a U Thant con la firma de 17.222 profesores y alumnos, que mencionaba la inclinación internacionalista de la juventud yugoslava. Un mes más tarde, el 23 de diciembre de 1966, la policía impidió que accediera a las calles de Belgrado una manifestación antibélica que discurría dentro de la facultad de Filosofía con retratos del Che y coreando “¡Fuera americanos de Yugoslavia!”, “¡Abajo el maíz americano!”, “¡A la embajada, a la embajada!”.

Al interior de Cuba, antiguos dirigentes y militantes del PSP fomentaban una quinta columna. Encabezados por Aníbal Escalante Dellundé, sustituido en marzo de 1962 como cuadro por su conducta sectaria, trabajaban para extender una corriente de opinión favorable a las posiciones de la URSS y Europa del Este que Fidel criticaba en sus discursos e intervenciones; al mismo tiempo intentaban sembrar la desconfianza y el rechazo popular a cualquier medida socioeconómica implementada por la dirección cubana.

Bajo la consigna “El PSP ni se rinde ni se vende” calificaban de traidores, tramitados y oportunistas a los dirigentes y militantes que se integraron al Comité Central del Partido Comunista en 1965. Tachaban a la dirección cubana de pequeñoburguesa y antisoviética, y señalaban como principales figuras de esa corriente a Armando Hart, Raúl Roa, Haydée Santamaría, Celia Sánchez y Alfredo Guevara. Según decían, desde la sustitución de Aníbal Escalante estaba en curso una política para eliminar a

los viejos comunistas con la intención de promover el acercamiento a países capitalistas y retrotraer a Cuba al sistema barrido en 1959.

Tildaban al Che de trotskista y aventurero, y consideraban su partida un acontecimiento saludable para la Revolución, por sus críticas a la URSS y sus simpatías hacia China. Promovían las divergencias de Cuba con el Gobierno chino para debilitar la tesis de que el único camino posible para América Latina era la lucha armada, y recriminaban a Fidel por cuestionar la ayuda brindada por la URSS a la dictadura de Brasil y los gobiernos oligárquicos de Chile y Colombia, en el afán de penetrar un área bajo la esfera de influencia estadounidense.

El grupo estaba constituido por militantes de base del antiguo Partido. Salvo Aníbal Escalante, ninguno ocupó responsabilidades siquiera a nivel de provincia antes de 1959; la mayor jerarquía correspondía a José Matar, coordinador nacional de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), y dos exdirigentes sindicales. Casi todos trabajaron con Aníbal en la clandestinidad, en la época en que trató de hacerse de la dirección del PSP eliminando a Blas Roca –en aquella época en el exilio– y a quienes se oponían a la política personalista que encaminaba. A partir de 1965 comenzaron a organizar círculos de estudio y luego introducían los argumentos sostenidos por Aníbal en las reuniones de los núcleos de base del Partido, en las que no perdían oportunidad para sembrar el desaliento. Anhelaban que se hundiera en el fracaso lo que ellos consideraban el liderazgo pequeñoburgués de la Revolución, para que el pueblo perdiera su confianza en Fidel y se afianzara la figura de Aníbal.

En función de ello y de ganar prominencia entre las bases, a finales de noviembre de 1966 llevaron a una asamblea del Ministerio del Trabajo a Rudolf P. Shliapnikov, segundo secretario de la embajada de la URSS en Cuba, quien habló en la actividad central e instantes después retomó la palabra en un brindis íntimo en la oficina del secretario general de la juventud comunista del centro. Según dijo:

... en Cuba estaban creadas las condiciones para que se produjese otra Hungría [...] el imperialismo estaba trabajando de manera objetiva de acuerdo con las condiciones concretas de esta revolución dirigida fundamentalmente por la burguesía y la pequeña burguesía, que se fijaran que internamente la inconformidad era grande [...] había que adicionar a esta revolución que en Hungría no había sido el campesinado el que había sofocado el levantamiento, pues la confusión había sido muy grande, que había recaído sobre la Seguridad del Estado el enfrentarse a la situación y que, sin embargo, aquí en Cuba hasta ese organismo tenía sus manifestaciones que demostraban que la pequeña burguesía también se encontraba dentro del mismo (Castro Ruz, R., 1968: 43).

¿Se pensaba de esta manera en la dirección del Partido y el Gobierno de la URSS, o era esta una posición aislada? Es difícil saberlo con certeza. Cuba garantizaba su disposición combativa gracias a la actitud solidaria de la URSS. Los militares soviéticos fueron los grandes aliados de la Revolución cubana. Herederos de los principios y tradiciones combativas del Ejército Rojo, nunca dudaron en prestarle toda la ayuda que necesitara, tanto en hombres como en armamentos. El compromiso mostrado por los asesores del Minfar y el personal destacado durante la Crisis de Octubre, o en el centro de exploración radioelectrónico, generó entrañables lazos de amistad; pero no hay duda de que tras la destitución de Jruschov y la pérdida de influencia de Anastas I. Mikoyán se operó un cambio en las relaciones bilaterales. Nikolai Leonov apuntaría al respecto: “Las generaciones siguientes de dirigentes soviéticos aceptaban a la Isla cada vez con más frialdad, lo que se podía apreciar en los postulados de su política exterior, que condicionaban las relaciones entre los dos países” (Leonov, 2015: 165).

Durante las negociaciones del intercambio para el quinquenio 1966-1970, los funcionarios soviéticos intentaron cobrar a Cuba el 50 % del valor

de los suministros para la defensa. La contraparte cubana debió invocar el acuerdo de 1963 y recordar cómo el bloqueo estadounidense le impedía al país sufragar el monto exigido. A prácticamente 10.000 km de la URSS y Europa del Este, la única garantía de la Revolución cubana era mantener a su pueblo preparado. Disponer de las armas necesarias para los 300.000 cubanos y cubanas movilizados, tanto en las FAR como en las milicias, dependía de esa ayuda. Ante la actitud firme y el peso de los argumentos, la dirección soviética modificó su decisión.

En 1966 las relaciones comerciales entre ambas naciones crecieron un 22 % respecto al año precedente y Cuba recibió un nuevo crédito de noventa y un millones de dólares. En julio fue inaugurada la central termoeléctrica Antonio Maceo, en Renté, Santiago de Cuba, construida por la URSS. Más de 7.000 jóvenes cubanos estudiaban en universidades soviéticas y durante el curso 1966-1967 se incorporaron otros 400; en paralelo, un grupo de profesores y 100 científicos de aquel país llegaron a la Isla para prestar colaboración en la enseñanza universitaria y la Academia de Ciencias. En diciembre se recibió un lote de 20 aviones Antonov (AN) para desarrollar los planes de fumigación y riego de fertilizantes en la agricultura, y se anunció la construcción conjunta de una estación para las comunicaciones con Moscú mediante satélites artificiales.

Ciencia y cultura en la contraofensiva imperial

Durante los años 60 nació lo que Eric Hobsbawm ha dado en llamar la “cultura juvenil global”. Los *blue jeans* y el rock se convirtieron en símbolo de modernidad entre los jóvenes. El *modus operandi* de Estados Unidos para imponer su hegemonía cultural debió adaptarse a las nuevas circunstancias, dada la disminución de su monopolio en el consumo global de cine –bajó a la sexta parte de la producción cinematográfica mundial, si bien con posterioridad lograría recuperarlo– y que no conseguía controlar los mercados televisivos de modo comparable a como lo había hecho con el séptimo arte.

Esa cultura juvenil se extendió gracias a una especie de ósmosis informal a través de discos y cintas difundidos principalmente por la radio, de canales de distribución mundial de imágenes, y del turismo que diseminaba cantidades cada vez mayores de jóvenes en *jeans* por el mundo a través de la red de universidades. Y también gracias a la fuerza de la moda en la sociedad de consumo:

¿Habría podido surgir en cualquier otra época? Casi seguro que no. Su público habría sido mucho más reducido, en cifras relativas y absolutas, pues la prolongación de la duración de los estudios, y sobre todo la aparición de los grandes conjuntos de jóvenes que convivían en grupos de edad en las universidades provocó una rápida expansión del mismo. Además, incluso los adolescentes que entraban en el mercado laboral al término del período mínimo de escolarización (entre los catorce y dieciséis años en un país “desarrollado” típico) gozaban de un poder adquisitivo mucho mayor que sus predecesores, gracias a la prosperidad y al pleno empleo de la edad de oro, y gracias a la mayor prosperidad de sus padres, que ya no necesitaban tanto las aportaciones de sus hijos al presupuesto familiar. Fue el

descubrimiento de este mercado juvenil a mediados de los años cincuenta lo que revolucionó el negocio de la música pop y, en Europa, el sector de la industria de la moda dedicado al consumo de masas (Hobsbawm, t. II, 2003: 326-328).

La conquista de un mayor espacio de realización profesional entre los jóvenes trajo aparejada una revolución en su comportamiento y costumbres. Lo mismo en Estados Unidos que en Europa y los países más avanzados del Tercer Mundo, demandaban respeto a sus derechos de libre expresión y elección individual.

Nació una cultura condicionada por la pérdida de fe en las instituciones de poder –gobierno, consorcios, religión–, que enraizó la creencia de la gente en su capacidad de tomar sus propias decisiones más allá de los prejuicios y dictados del *establishment* y la Iglesia. Reclamaban las riendas de sus destinos. “Los poetas *beatniks* dieron un alma a la rebelión, aliados a la inteligencia y el humor. Herbert Marcuse les hizo comprender la alienación de los individuos, limitados a su función de útiles de producción, privados de placer y de goce. McLuhan les enseñó los inmensos poderes de los nuevos medios” (Cohn-Bendit, 1987: 23).

Todo ello tuvo un reflejo en la literatura y los medios de comunicación, sobre todo después que los Beatles revolucionaran la música:

De pronto escuchábamos a los Beatles con la boca abierta, por aquel sonido inconcebible, que era *rock*, pero no *rock and roll*, que era melódico, pero no dulzón, que era temperado, armónico y a la vez estridente, que parecía venir de todas partes e inundaba la grabación con un sonido uniforme, macizo, listo para golpear” –describe el escritor y profesor cubano Francisco López Sacha (López Sacha, 2017: 13).

Apareció la canción protesta y se esparció bajo el liderazgo de Jim Morrison, Pete Seeger, Malvina Reynolds, Joan Báez y Bob Dylan,

convertidos en ídolos populares. Morrison, vocalista de la banda The Doors e ícono de la contracultura *hippie*, cantaba: “We want the World and we want it now” (“Queremos el mundo y lo queremos ahora”), ante una masa de muchachos enardecidos que lo tomaron por símbolo; mientras, Dylan estremecía con *Masters of War*, que advertía a los señores de la guerra que vería pasar sus ataúdes “en el pálido atardecer”; *A Hard Rain's A-Gonna Fall*, en la que narró décadas de hambre, guerras, cárceles húmedas y sucias, lágrimas...; mientras *Only a Pawn in Their Game* adquiría valor simbólico con su mensaje al asesino de Medgar Evers.

Ni siquiera las clases alta y media escaparon del impacto en el giro de los gustos, lo que tuvo también una impronta de rebeldía. Los jóvenes nacidos del seno de estos hogares miraron hacia los sectores populares y encontraron en sus ropas, comportamiento y maneras de ver la vida, un instrumento para desafiar a sus padres, encartonados por la rigidez de normas morales y patrones de conducta en una sociedad caracterizada por la hipocresía y la doble moral.

Se establecieron como moda la ropa y la música consumidas por la clase baja urbana, y hasta su lenguaje... En 1965 la industria francesa de confección femenina produjo por primera vez más pantalones que sayas. La alta costura aceptó el desafío y salió de los circuitos exclusivos, para competir con sus marcas de renombre en el mercado de consumo masivo. Las faldas se acortaron vertiginosamente. “El temprano auge de un significativo movimiento juvenil (inclinado a la sátira política) y la llegada de una desenfrenada cultura pop al «marchoso Londres» [...] eran una burla, a la vez que un desafío, a la estructura tradicional de las entretejidas relaciones de clase” (Harvey, 2015: 66). Entre el movimiento estudiantil británico de izquierda se expandió una actitud irreverente hacia los privilegios de clase, los políticos –en un país donde la gente se sentía asfixiada por la ineptitud del aparato estatal– y los burócratas sindicales. Hablar con el acento de la aristocracia se convirtió en algo anticuado y se

propagó el uso de malas palabras entre los jóvenes de ambos sexos. En la vida londinense la palabra *fuck* (joder) fue puesta de moda en el programa de radio de un dramaturgo con liderazgo de opinión.

El *click* de 100 millones de aparatos de televisión y las proféticas canciones de los Beatles contribuyeron a que en Estados Unidos se desarrollara una fuerte crítica a la sociedad y sus rancios patrones morales desde el movimiento *hippy*; los padres se escandalizaban ante la franqueza con que sus hijos manejaban las relaciones amorosas. Hambrientos de utopía e inspirados en los guerrilleros de la Sierra Maestra, con sus melenas aquellos jóvenes protestaban contra el genocidio en Vietnam y quemaban sus tarjetas de reclutamiento (*drafting card*) a la vista del personal militar enviado por el Pentágono a los campus universitarios para reclutar soldados.

La guerra, empero, no fue el único catalizador del descontento. La actividad destructiva del medio ambiente por las corporaciones, la presión hacia un consumismo irracional, el fracaso del gobierno para abordar la cuestión social y responder a la diversidad; las asfixiantes restricciones sobre las oportunidades individuales y sobre el comportamiento personal, mediante un control que llegaba lo mismo del Estado que desde las “tradiciones”, eran también fuente del malestar generalizado. Los derechos civiles se constituyeron en un eje básico, al igual que la sexualidad y los derechos reproductivos.

Para muchas de las personas comprometidas en este movimiento, el enemigo era un Estado intrusivo, pero las corporaciones, empresas y el mercado eran también enemigos por revisar. Muchos jóvenes abandonaron sus barrios y hogares de clase media para vivir en Canadá o en los campamentos y comunas *hippies*, adonde se iban sin mirar atrás, entonando los temas de los Beatles y de Dylan. Unos, huyéndole a la guerra; otros, a las normas exigidas por sus padres y abuelos. “Prohibido prohibir” fue una máxima que signó su rebeldía. Pasado el tiempo, el estadounidense Abbie

Hoffman, quien junto con Jerry Rubin creó el Partido Internacional de la Juventud (YIP, por sus siglas en inglés), declaró:

... llevábamos el pelo largo, ropa *hippy*, los pies descalzos, fumábamos droga, escuchábamos rock, le decíamos “mierda” a la sociedad. Estaba muy claro para todo el mundo, y la sociedad reaccionaba brutalmente enviando a sus polis para impedirnos vivir de aquella manera. Era el movimiento *hippy*, que no fue en absoluto político. Los *hippies* no pretendían modificar el orden político del país, pedían simplemente que se les dejaran en paz. Nosotros quisimos cambiar eso. Creamos el movimiento “Yippy”, para politizar el movimiento contestatario” (Conh-Bendit, 1987: 29).

Los *yippies* asumieron un modo de actuación más confrontacional; llegaron a quemar billetes en Wall Street, bajo el precepto de que el dinero no era el valor supremo. Abogaban por acciones espectaculares para atraer la atención. No tenían una cultura revolucionaria, ni prestaban importancia a la formación de sus miembros. “Nada de cháchara ideológica. La acción es lo que cuenta. «¡Do it!» (¡Actúa!)”, era el lema de Rubin. Hoffman recordó: “Nuestro programa empezaba con la promesa de una vida eterna y terminaba con el compromiso de ofrecer a la población servicios públicos limpios y gratuitos. Era divertido, pero tras estas provocaciones había una verdadera fuerza política...”. Otra de sus máximas movilizaba al anarquismo: “Rechazo la autoridad del líder porque me domina” (Cohn-Bendit, 1987: 30, 43 y 48).

La búsqueda de un nuevo paradigma de libertad individual frente a la lógica represiva y clasista de control implementada por el capitalismo devino propuesta contracultural y amenaza al poder de la élite; las necesidades y anhelos de toda una generación tomaban un curso inesperado. Dentro de un maremágnum de discrepancias y criterios, entre los jóvenes radicales se estructuró el consenso en torno a un denominador común: el

rechazo al orden académico y al orden endémico de patrones morales. En su mayoría experimentaban “... la misma pasión por la justicia, el mismo rechazo a la hipocresía, la misma rebeldía contra la opresión, el mismo anhelo de sentar las bases para un mundo más igualitario, la misma mueca estridente ante la ficción semántica de la palabra «democracia»”. Esta Nueva Izquierda, sin embargo, no tenía a Marx y a Lenin como paradigmas; se declaraba heredera espiritual de Henry D. Thoreau y Walt Whitman. Las exhortaciones de las pancartas definen sus miras:

Huelga porque odias a la policía. Huelga porque golpearon a tu compañero de cuarto. Huelga por la autodeterminación de tu vida. Huelga para ser más humanos. Huelga porque no hay suficiente poesía en nuestras aulas. Huelga porque las clases son aburridas. Huelga por el poder. Huelga para liberarnos. Huelga contra el entrenamiento militar. Huelga contra el intento de despojarnos de nuestra vida interior. Huelga (San Martín, t. II, 2006: 348-349).

Entre los ideólogos del *establishment* se concluyó que la guerra debía pasar a la conciencia de la gente, al terreno de la subjetividad. La academia estadounidense recibió fondos federales para revertir este fenómeno. Necesitaban diseñar los instrumentos teóricos capaces de mutilar todo contenido revolucionario; debían seducir o neutralizar al movimiento pacifista y antisegregacionista, orientación a la que se enfrentaron en minoría Charles Wright Mills y Alvin Gouldner.

Considerado el padre de la sociología política, desde la Universidad de California en Berkeley, primero, y desde 1966 en Harvard, Seymour M. Lipset asumió protagonismo. Hijo de inmigrantes judíos de origen ruso que abandonaron la URSS tras la Revolución de Octubre, militó en el trotskismo hasta convertirse en un cruzado contra una “nueva izquierda” que, según él, pretendía destruir la identidad estadounidense. Junto con Irving Kristol, Daniel Bell y Nathan Glazer, formó parte del núcleo

intelectual al que se adjudicó el calificativo de “neoconservadores”, que evaluaba el progresismo como traición a la libertad y la patria.

Con dinero de la Fundación Ford y del tanque pensante Social Science Research Council, desde mediados de la década del 50 Lipset encabezó los estudios sobre la sociedad occidental, con el sistema político como parte preponderante del análisis, para determinar los movimientos que sustentaban o amenazaban a las “instituciones democráticas”. Colaboraron en ese proyecto sociólogos, psicólogos y antropólogos de varios puntos del planeta e instituciones financiadas por la CIA y el Pentágono. Los artículos producidos como resultado de las investigaciones fueron reunidos en un libro esencial para los círculos de poder: *El hombre político* (1960), que vendió más de 400.000 ejemplares y se tradujo a 20 idiomas.

Respecto a Estados Unidos, Lipset estableció una categoría que definió el campo de acción de las agencias federales encargadas del control de la ideología: ¿Quiénes eran los intelectuales?

... aquellos que crean, distribuyen y aplican la cultura, es decir, el mundo simbólico del hombre, incluyendo el arte, la ciencia y la religión. Dentro de este grupo existen dos niveles principales: el núcleo fundamental de creadores de cultura – sabios, artistas, filósofos, escritores, algunos editores y periodistas– y los distribuidores –intérpretes de diversas artes, la mayoría de los maestros y de los reporteros. Existe un grupo periférico, compuesto por quienes aplican la cultura como parte de sus tareas profesionales: médicos y abogados” (Lipset, 1993: 272).

Y también llegó a una conclusión tranquilizadora:

Los intelectuales norteamericanos, como grupo, parecen haberse inclinado hacia el centro, aunque la mayoría de ellos permanezca probablemente a la izquierda de esa línea imaginaria, y existe una minoría significativa que se ha vuelto

conservadora en su forma de pensar. Muchas circunstancias se hallan tras este cambio. Es evidente que una de las más importantes está constituida por las consecuencias sociales de la prolongada prosperidad de posguerra. Otra de ellas es la reacción de los intelectuales izquierdistas liberales de Estados Unidos, como los de todo el mundo, ante el desarrollo del comunismo como la principal amenaza a la libertad. Al enfrentarse con una sociedad muchísimo peor que la que existe actualmente en Occidente, pero que proclama estar llevando a la práctica los valores de las revoluciones norteamericana y francesa, tales intelectuales, incluso muchos de los socialistas, poseen ahora, por primera vez en la historia, una ideología conservadora que les permite defender a una sociedad existente o pasada contra quienes argumentan a favor de una utopía futura [...] han comenzado a buscar fuentes de estabilidad más bien que de cambio” (Lipset, 1993: 299).

Los medios de comunicación de masas fueron conceptuados como la continuación de la guerra por medios pacíficos, su arma estratégica en esta batalla cultural que demandaba nuevas construcciones simbólicas y transformarlas en objeto de consumo popular. La crisis en el seno de la familia y la escuela puso de manifiesto que precisaban multiplicar su alcance, pues su público meta hasta ese minuto se circunscribía a los sectores de clase alta y media. Crecieron las tiradas de los periódicos y revistas de mayor impacto, y la capacidad de difusión de la radio y la televisión; Hollywood debía recuperar el monopolio global y diversificar su alcance. Tenían que actuar como formadores de opinión pública e intervenir sobre una cultura inexistente antes de la década del 60.

El desafío legitimó los antes ridiculizados preceptos neoliberales. Friedrich A. Hayek y Milton Friedman comenzaron a ponerse de moda entre los círculos académicos. El intelectual guineano Cheick Cherif denunció en La Habana en 1968:

Se dice constantemente que estamos en la época de las sociedades de consumo. El hombre no tiene más que un objetivo: consumir, consumir siempre más y se agrega que, frente a esa inmensa necesidad de consumo de los productos manufacturados, las ideologías retroceden. Y algunos “economistas” de talento se han dado prisa en explicar a su modo, cómo el campo socialista no evoluciona hacia el socialismo, sino hacia la sociedad de consumo cuya definición más clara es ofrecida en esta frase del *New York Times*, en un anuncio de publicidad: “El primer mandamiento de nuestra época es: crear más y más deseos” (Cherif, C IV/6, 2014: 3/E).

La meta era sumergir la subjetividad en el consumo para despolitizarla hasta adormecer la conciencia social. Hacia finales de la década, la publicidad llegó a ocupar entre el 50 % y el 75 % de las páginas de no pocos periódicos. La prensa de opinión devino soporte político de los medios de negocios y la llamada “de información” fue tomada a su cargo por los anunciantes de publicidad. Proporción similar adquirieron la televisión y el cine. Por cada película de calidad, Hollywood producía 24 filmes comerciales. El arte no escapó a ese influjo: “... comercio y política se entienden como ladrones de feria en el «control» de la opinión y el desarrollo del capitalismo” (Cherif, C IV/6, 2014: 4/E).

Hacia el resto del mundo, la ofensiva alcanzó ribetes dramáticos. Desde la década de 1950, la CIA, el Departamento de Defensa y la Usaid invertían decenas de millones de dólares cada año en investigaciones académicas y científicas para cubrir los intereses operativos de seguridad o de la defensa, además de contar en sus plantillas con los más prestigiosos expertos y profesores en carácter de consultantes de los “programas de ayuda al exterior”.

Escalaba el conflicto este-oeste cuando la CIA lanzó el proyecto MK Ultra para estudiar técnicas de interrogación. Ochenta instituciones –entre ellas 45 universidades y 12 hospitales– participaron en ese programa al que

la agencia destinó más de veinticinco millones de dólares. Trataban de encontrar métodos no convencionales que les permitieran quebrar la voluntad de un detenido. Entre los primeros conejillos de Indias para probar el psicodélico LSD estuvieron prisioneros de guerra de Corea del Norte, un centro de tratamiento contra la adicción a las drogas en Lexington, Kentucky; soldados estadounidenses del arsenal químico en Edgewood, Maryland, y presos de la cárcel de Vacaville, en California.

Ante el riesgo de que se descubriera este programa en territorio de Estados Unidos, lo trasladaron al Allan Memorial Institute, de la Universidad de McGill, en Montreal, cuyo director, Ewen Cameron, presidía la Asociación Americana de Psiquiatría, la Asociación Canadiense de Psiquiatría y la Asociación Mundial de Psiquiatría. Entre 1957 y 1961, Cameron recibió fondos de la CIA para realizar estudios sobre control mental con enfermos psiquiátricos, sin consentimiento de los pacientes ni de sus familiares. Los experimentos incluyeron electrochoques y suministro de drogas como el LSD y el alucinógeno PCP (fenciclidina). Con los resultados, Cameron elaboró en 1963 un documento titulado “Kubark Counterintelligence Information”, que devino manual para técnicas de interrogación en el Centro de Entrenamiento para Latinoamérica, División de Tierra, del Ejército de Estados Unidos en Panamá, y en la Escuela de Torturas para Centroamérica, de la CIA, en el propio istmo.

Un programa de gran prioridad para el Pentágono fue subcontratado en 1966 por la compañía Dow Chemical al United Technologies Center, de Stanford: el mejoramiento del napalm. En tiempo récord los investigadores del centro, ubicado en lo que más tarde sería conocido como Silicon Valley, crearon el napalm B, que abrasaba con mayor intensidad a las víctimas; la recompensa por el resultado fue un gran contrato para fabricar bombas de napalm de 500 y 750 libras.

***Ramparts* descorre las cortinas...**

Extendidos sus tentáculos a los cuatro continentes, en 1966, Johnson sometió a la aprobación del Congreso una nueva Ley de Educación Internacional, dirigida a proporcionar, a través de la Oficina de Educación, una ayuda federal de diez millones de dólares anuales para que las instituciones universitarias fortalecieran sus programas de estudios internacionales al nivel de graduados. Este nuevo canal de espionaje se vio afectado a partir del 8 de abril de 1967, cuando una denuncia de la revista *Ramparts* provocó un terremoto: durante años la CIA había financiado las actividades internacionales de la Asociación Nacional de Estudiantes (NEA, según sus siglas en inglés), que agrupaba a una parte importante de los jóvenes universitarios de Estados Unidos. Artículos posteriores de este medio de la izquierda con sede en San Francisco, California, pusieron la actividad subversiva de la agencia al descubierto: intelectuales, periodistas, misioneros, líderes sindicales y hasta “disidentes” de la URSS, como Andréi Sajárov y Aleksandr Solzhenitsin, fueron expuestos como frentes de trabajo de Langley.

Las subvenciones de la CIA por cerca de 400 millones de dólares a Radio Europa Libre y Radio Libertad le habían permitido desarrollar las operaciones de guerra política más influyentes de toda su historia. El Congreso por la Libertad de la Cultura, las revistas que florecieron bajo la bandera anticomunista de la “izquierda progresista” –entre ellas, la británica *Encounter*–, e instituciones “respetables” que habían servido de conducto financiero, como las fundaciones Ford, Asia y Farfield, se hallaban interrelacionadas en un rastro documental de empresas ficticias y organizaciones tapadera de la agencia.

Fueron develados los planes de atentado contra Fidel, incluido el orquestado con apoyo de la mafia en cumplimiento de una orden de Robert

F. Kennedy; el respaldo a los asesinatos de Rafael Leónidas Trujillo y Ngô Đình Diêm; la compra de políticos extranjeros y la organización de golpes de Estado en todo el mundo; la entrega sistemática de armas a fuerzas opositoras y elementos extremistas en Asia, África, Medio Oriente y América Latina...

Salió a relucir que la CIA estableció la academia de policía en Panamá y una escuela de bombas en Los Fresnos, Texas, para entrenar militares de Centro y Suramérica. A su vez, mediante el Programa de Seguridad Interna Extranjera entrenaba hombres destinados a organizar la policía secreta en Asia (Vietnam del Sur, Laos, Tailandia, Corea del Sur, Filipinas), Medio Oriente (Irán, Arabia Saudí, Irak) y América Latina (Colombia, Ecuador, Venezuela, Panamá, El Salvador, Honduras y Guatemala), lo que le permitió penetrar a la izquierda internacional.

Fue un golpe al crédito de la CIA, que no detuvo su carrera desenfundada. Sus órdenes provenían del Despacho Oval y la exigencia de conseguir resultados daba luz verde a los ejecutivos de Langley. Ni el Congreso, ni ninguna otra institución del *establishment* intentaron ponerle coto a ese proceder.

En un contragolpe destinado a acallar al núcleo intelectual de la izquierda latinoamericana y anular su influencia, Estados Unidos se replanteó la batalla cultural. Era extensa la nómina de escritores o científicos sociales presos, torturados o despojados de su trabajo al sur del río Bravo, por escribir un texto comprometido o adoptar una actitud digna, no pocas veces en defensa de la Revolución cubana. A la brutalidad policiaca y el empleo de la tortura como instrumento de terror y deshumanización –lo mismo por regímenes militares que se hicieron del poder mediante golpes, que por gobiernos constitucionales– se incorporó una táctica de “ablandamiento” para comprar el alma.

Las contrapartes en Estados Unidos y Europa Occidental recibieron fondos para “tomar” las universidades. La realidad latinoamericana estaba

preñada de graves problemas socioeconómicos derivados del subdesarrollo, sin recursos para resolverlos ni fondos para financiar la investigación científico-social. El financiamiento dispuesto para proyectos investigativos, eventos y pasantías, bajo una aparente asepsia ideológica, subordinó la enseñanza superior del continente a las líneas directrices de la estrategia ideológica estadounidense, y les permitió garantizar que los estudios antropológicos y sociológicos cubrieran sus necesidades e intereses. “Muchas de nuestras universidades ayudan a universidades de Latinoamérica; algunas han establecido sucursales allí, para facilitar el intercambio de profesores, estudiantes y de ideas”, declaró Robert F. Kennedy en su audiencia ante el Senado en mayo de 1966 (Kennedy, 1968: 58).

La academia recibió la encomienda de encerrar el debate social entre los círculos de élite, y de sustituir el contenido transformador del discurso filosófico por conceptos abstractos y retórica.

Las editoriales e instituciones que durante años ignoraron a los escritores y artistas de América Latina comenzaron a mostrar interés, mientras la Alianza para el Progreso y el Congreso por la Libertad Cultural fomentaban actividades de intercambio en el sector artístico. Fundaciones estadounidenses vinculadas al trabajo de influencia organizado por la CIA, como Kellogg, Rockefeller, Ford, Guggenheim y Creole –montadas en algo que resulta vital en el campo del pensamiento, como el intercambio académico–, comenzaron a financiar concursos, festivales y becas a estudiantes, científicos y artistas. Pronto aparecieron conceptos como el llamado “alto diálogo” o “coexistencia literaria”, que pretendía potenciar una plataforma intelectual socialdemócrata, antídoto contra la influencia que ganaba la vanguardia intelectual revolucionaria.

Para cubrir el espectro de su política cultural hacia lo interno de la región, Estados Unidos trabajó en dos direcciones: fundó editoriales en varios países e invirtió capital en algunas locales hasta el punto de lograr

muchas veces el control total, conservando su antiguo sello. Desde el territorio de la Unión se preparaban ediciones subvencionadas de libros y revistas en español para distribuir en América Latina con precios de *dumping*. Las representaciones diplomáticas estadounidenses en las capitales latinoamericanas o las instituciones financieras seleccionadas para implementar el programa gestionaban o concedían préstamos, a bajo interés y largo plazo, para adquirir equipos y derechos de autores norteamericanos, lo cual permitía a esta firma, y al resto de las involucradas en la estrategia de subversión, condicionar la política editorial de las casas presuntamente favorecidas.

Una línea de influencia hacia las bases populares se estableció en paralelo. En América Latina más de la mitad de la población mayor de 14 años era analfabeta (cuarenta y cinco millones); quince millones de niños no matriculaban en ninguna escuela y veintitrés millones la abandonaban en cuarto grado; el 35 % de los latinoamericanos no había poseído nunca un libro y el 40 % jamás había entrado a una biblioteca o a una simple sala de lectura. Y ni el cine ni la televisión podían llegar hasta las zonas rurales y los lugares apartados, con relaciones sociales de tipo feudal. Sobre la base de estos indicadores, la radio fue seleccionada como el medio fundamental para iniciar la difusión de la plataforma, pues su mensaje podía ser entendido por casi toda la población.

Emisoras de radio con gran potencia dirigieron su programación hacia toda América Latina y el Caribe. Para elaborar el mensaje político empleaban las técnicas de venta experimentadas con éxito en el terreno comercial. Se trataba de uniformar creencias, hábitos de consumo, anhelos; de colonizar la subjetividad. Unas 850 horas semanales en onda corta se transmitían desde Estados Unidos y 13.000 por FM desde las emisoras locales, con programas confeccionados por la *Voz de las Américas*. Para garantizar un aprovechamiento óptimo, los Cuerpos de Paz y algunas organizaciones financiadas por la Iglesia católica distribuyeron entre el

campesinado aparatos modernos de radio con pilas secas, preparados para sintonizar las estaciones predestinadas.

En Asia se transitó un camino similar. Japón no era solo un lugar estratégico para Estados Unidos por las 152 bases e instalaciones militares que mantenía en aquel territorio, sino también el lugar desde el que *Reader's Digest* y otras revistas concebidas dentro de su estrategia de colonización se imprimían para distribuir en la región, sobre todo en Taiwán, Corea del Sur y Hong Kong.

Estados Unidos hizo gran énfasis en el campo de las ciencias sociales. Le urgía establecer qué factores sociales, económicos y políticos podían influir sobre el crecimiento o declinación de los movimientos insurgentes y, con la intención de captar fondos, varias de sus más relevantes instituciones de la enseñanza superior actuaron como brazo ejecutivo de su proyección internacional.

Para el año fiscal 1966, el Pentágono destinó veintitrés millones de dólares a estos fines, canalizados entre unos 50 proyectos; los de mayor prioridad: la investigación acerca del conflicto China-URSS, del Centro de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico de Massachusetts, creado por la CIA; el trabajo de terreno en Vietnam del Sur desarrollado por el Centro para Programas Internacionales, de la Universidad de Michigan, cuyos profesores redactaron la Constitución del gobierno títere; y el análisis del conflicto en la península de Indochina, del Hudson Institute de Nueva York, que dirigía el politólogo Herman Kahn, consultor del Pentágono y autor de la estrategia militar en “escalada” en la guerra de Vietnam.

Otro programa del Pentágono fue el Proyecto Camelot para estudiar las condiciones sociales conducentes a una situación política inestable –una revolución– en Chile, durante el gobierno de Jorge Alessandri, cuya reforma agraria fue ridiculizada por el pueblo con el calificativo de “Reforma de maceteros”, y elevó la popularidad del senador socialista Salvador Allende de cara a las presidenciales de 1964. Destinaron

2.463.000 dólares al proyecto, un ejemplo de experimentación social para el manejo científico de gobiernos títeres, asumido por la Oficina de Investigación de Operaciones Especiales de la American University (SORO, por sus siglas en inglés), tanque pensante del Pentágono cuyo campo de actuación se extendía a todo el planeta. Theodore Vallance, director de SORO, definió el objeto de sus investigaciones: “Las relaciones con los pueblos de las naciones en desarrollo y los problemas de dar ayuda en el proceso ordenado de los cambios sociales y el desarrollo nacional, que es responsabilidad del cuerpo militar de los Estados Unidos” (Morse, 1966: 146).

Fueron encuestados todos los estratos sociales de Chile. Una de las preguntas revela su esencia: ¿Cuál será su actitud en caso de que el comunismo llegue al poder? De trabajar con los resultados del estudio se ocuparían los medios de prensa controlados por Estados Unidos y los clanes que dominaban la industria, la banca y el latifundio chilenos, encargados de conmocionar a la población mediante el terror psicológico al peligro de una verdadera revolución.

La CIA recibió tres millones de dólares para evitar la victoria de Allende. Una de sus principales acciones fue radiar la grabación calumniosa de un familiar allegado a Fidel, cuyos actos y declaraciones eran dirigidos y redactados por la CIA, para culminar con ese golpe la campaña de terror psicológico. El secretario de Estado, Dean Rusk, vaticinó 72 horas antes de los comicios: “Parece que en las elecciones del 4 de septiembre va a producirse una victoria de las fuerzas no comunistas, en parte como resultado del buen trabajo de la CIA; ello representaría un triunfo de la democracia y un golpe al comunismo en Latinoamérica” (Weiner, 2008: 639).

Los fondos inyectados por la CIA al Partido Demócrata Cristiano le permitieron sentar en el Palacio de la Moneda a Eduardo Frei, quien dada la fuerza que tenía la izquierda se llamaba a sí mismo revolucionario y

prometió una “revolución en libertad”. No más hacerse de la presidencia, Frei mediatizó la Ley de Reforma Agraria, realizó concesiones fiscales a la explotación del cobre que entregaron el país a las transnacionales estadounidenses e incumplió la promesa de promover una campaña de alfabetización. Tampoco tuvo reparos en masacrar las protestas obreras y campesinas; una de las más relevantes, contra una compañía yanqui en la mina de El Salvador, en Chañaral, fue reprimida por el entonces comandante del ejército Augusto Pinochet y murieron seis manifestantes, entre ellos una embarazada. Para justificar tan brutal proceder, el gobierno acusó a los líderes sindicales de responder a las proyecciones de la Conferencia Tricontinental.

Durante la década, la CIA empleó a profesores de más de cien colegios y universidades de Estados Unidos para ejercer influencia sobre blancos de su interés en el exterior, y patrocinó más de mil libros para esos fines, sobre todo enfocados en la URSS, Europa del Este y Asia. También se comprometió el FBI en las acciones para destruir la izquierda y las organizaciones radicales, que llegaron a la elaboración de cartas difamatorias y a la ejecución de robos a individuos bajo su control – reconoció 92 casos entre 1960 y 1966.

Dos de los cruzados intelectuales al servicio de la CIA desde la década de 1950, Irving Kristol y Daniel Bell, transitaron de una célula trotskista al Congreso por la Libertad Cultural. Kristol estuvo en la directiva de *Encounter* (1953-1958) y Bell trabajó en el Consejo de Estrategia Psicológica (PSB, según sus siglas en inglés), organizado por el Pentágono y la CIA para diseñar la base doctrinal de las operaciones de subversión política.

El PSB comprendía desde el campo antropológico, la creación artística y la sociología, hasta la metodología de la investigación científica, con la intención de impulsar la generación y distribución universal de ideas; además, debía fomentar a largo plazo un movimiento conservador entre la

élite académica y profesoral estadounidense, capaz de “... atraer a intelectuales, investigadores y grupos que crean opinión”, para fomentar “... confusión, dudas y pérdida de confianza en los esquemas de pensamiento [...] de los comunistas convencidos...”. Bell fue convocado para este programa como “... experto en las técnicas comunistas de la Guerra Fría” (Saunders, 2001: 209-218).

Hacia 1967 Kristol y Bell dirigían la revista *The Public Interest*. El primero ocupaba una cátedra en la Universidad de Nueva York e impartía conferencias en empresas con el American Enterprise Institute como plataforma –ya se autodefinía como un neoconservador y tenía el mote de “Santo Patrón de la Nueva Derecha”–; el segundo trabajaba para Herman Kahn en el Hudson Institute, impartía clases en Harvard, y su libro *El final de la ideología*, elegido por *Time* como uno de los cien más influyentes de la segunda mitad del siglo xx, presentaba como axioma teórico el fracaso del capitalismo y el socialismo: su lectura invitaba al desencanto cuando no pocos manifestantes en los campus universitarios enarbolaban pancartas con el Che retratado por Alberto Korda.

Al decir del investigador francés Philippe Ariès, “... la historia no escapa a las grandes influencias culturales que barren el mundo occidental. Los jóvenes de 20 a 35 años a finales de los 60 comenzaron a ver el mundo con unos ojos que no eran los de sus mayores. Su actitud respecto del progreso económico y su bienestar ha cambiado” (Ariès, 2012: 125). Como es de suponer, este campo no podía escapar a la contraofensiva cultural de las élites globales, desde un diseño que implicó un intenso trabajo de reflexión metodológica.

Dentro de las carreras de Historia en América Latina se habían convertido en lecturas habituales las obras de autores marxistas como Pierre Vilar, Eric Hobsbawn, Immanuel Wallerstein, Perry Anderson y Manfred Kossok, entre otros, y también se estudiaban con interés los trabajos de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel, de la Escuela de los

Annales. Se abandonaba el anacrónico positivismo para construir una historia de los temas y problemas regionales. Cobraba fuerza un movimiento denominado la “nueva historia” o “historia socioeconómica”, dirigido a la indagación de los procesos con un enfoque global que aprehende la evolución de la sociedad como un todo. Habían atrapado el interés los grandes acontecimientos como las crisis, las guerras y las revoluciones. Los grupos y conglomerados en sus relaciones se convirtieron en el centro de la atención investigativa.

Nada más contraproducente para un poder que necesitaba individuos egocéntricos, desconectados entre sí y de sus responsabilidades sociales; absortos en conseguir su propia gratificación, sin mirar atrás, ni siquiera a su lado. El triunfo del hedonismo demandaba la desintegración de “... las antiguas pautas por las que se regían las relaciones sociales entre los seres humanos y, con ella, la ruptura de los vínculos entre las generaciones, es decir, entre pasado y presente” (Hobsbawm, t. II, 2003: 25).

Marx y Engels legaron una propuesta teórica coherente acerca de la evolución social y “un pensamiento histórico que llevaba en sí una metodología para el oficio de historiador. Fue la sugerencia abierta de pensar y repensar la historia” (Torres-Cuevas, 2012: xxvii). Entre 1847 y 1867 sus grandes obras propusieron una teoría general de las sociedades en movimiento –observación y razonamiento mediante–, con un espíritu dialéctico, creativo y autocrítico. Ellos integraron el análisis económico y el sociológico con el de las “... formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas, en resumen, de las formas ideológicas a través de las cuales los hombres toman conciencia de sus conflictos y los llevan hasta el final”. Dado que el objetivo de su obra no se limitó a interpretar el mundo, se valieron del “... análisis histórico para entender profundamente el hecho social e influir sobre sus modificaciones” (Vilar, 2012: 15).

Cuando el destino del Tercer Mundo se jugaba también en el análisis de su pasado, se abrió paso la corriente estructuralista en la academia, la

universidad y los medios de comunicación. Con sus excesos empezó a esfumarse este legado. Llegó una filosofía de la Historia impregnada de tendencias metafísicas y diluyentes; una era en la que se instaló un discurso sin sujeto en un universo abstracto, en el que el contexto constituye un dato vulgar, a-científico. Se trataba de disolver al ser humano en categorías supuestamente científicas y privar al análisis social de su dimensión histórica. Tenían que lograr que la Historia no nutriera la cultura demandada por las transformaciones globales en curso, y privar a los historiadores de su más importante atributo como intelectuales: la capacidad de contribuir a la transformación de la sociedad. Los necesitaban regodeándose en la Historia por el placer de la erudición.

En esta etapa emergió en la academia de Estados Unidos la historia cuantitativa, partidaria de adoptar lenguajes formalizados matemáticos, propios de las ciencias exactas; mientras, en Europa –y especialmente en Francia– se empezó a despersonalizar la Historia.

Una nueva generación de la Escuela de los *Annales* –la más prestigiosa e influyente corriente historiográfica de Francia– tomó distancia de los padres fundadores, esencialmente marxistas. Empezaron a estimular la fragmentación de la investigación en parcelas cada vez más numerosas y estrechas.

En París, el depósito de los archivos de los notarios, ubicado en el Archivo Nacional –antes solo visitado por escasos historiadores del arte y algún que otro biógrafo–, se valorizó como lugar exclusivo. En las maestrías, doctorados y las más importantes publicaciones periódicas especializadas, declinaron los temas económicos, sociales y demográficos. Emergieron con presencia dominante otros antaño desconocidos o muy raros, como las pequeñas minorías, el vestuario, la alimentación (sensibilidad alimentaria, alimentación de los ancianos, raciones asignadas a las tripulaciones de los barcos o a los ingresados en un hospital), los contratos de salarios, la historia del cuerpo, la historia de las enfermedades,

la evolución de las prácticas sexuales, la sexualidad extraconyugal, la estructura de parentesco en las sociedades históricas, entre otros, alineados con las demandas para comercializar “historia” en los medios masivos de comunicación.

Esta ultrafragmentación, acentuada a partir de la década de 1980, imposibilita aprehender todos los aspectos de la realidad social e impide brindar una explicación totalizadora de las sociedades, sin contar que la narrativa de la historia perdió mucho terreno en cuanto a la capacidad de emocionar. En *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*, Oscar Zanetti Lecuona pone en evidencia qué ha estado detrás de los excesos del estructuralismo:

... viciaron la producción historiográfica con la creación de un discurso estructurado en torno a abstracciones, a series estadísticas, a análisis de regresión y otros recursos, cuya validez como instrumentos de investigación no es cuestionable, pero que, absolutizados en tanto contenido textual, dan lugar a una historia donde el hombre como sujeto del acontecer parece esfumarse (Zanetti, 2014: 57-58).

Crear dos, tres o más Vietnam...

El mundo era un volcán en erupción y hacia 1967 la sociedad norteamericana se desgarraba a causa de la guerra en el sudeste asiático y los conflictos raciales, expresados en campales batallas por los derechos civiles en toda la Unión. La economía se despeñaba y la inflación ahogaba a la gente; los famosos que morían por sobredosis de drogas acaparaban titulares. Tres mil analistas de Inteligencia se consumían en la atmósfera de este creciente desastre y ninguna evaluación auguraba un desenlace alentador, a pesar de que las fuerzas armadas disponían en Vietnam de 440.000 efectivos, 4.500 aviones y helicópteros, 3.500 blindados y 3.000 piezas de artillería. Cada mes arrojaban 11.700.000 obuses y 50.000 t de bombas, sin concretar sus objetivos. El pueblo no quería pronósticos esperanzadores. La vida de sus hijos estaba en juego y prefería algo exprimido de la verdad. Un especialista de la CIA recomendó al secretario de Defensa, Robert McNamara, a principios de año: “Detenga el despliegue de tropas estadounidenses, interrumpa el bombardeo en el norte y negocie un alto al fuego con Hanói” (Weiner, 2008: 280). Habló al vacío; los bombardeos se intensificaron.

Dentro del Kremlin se maldecía en privado “... a norteamericanos, chinos y vietnamitas por su renuencia a buscar un acuerdo...”. Según Dobrynin, Brezhnev dijo “... que no tenía el menor deseo de «hundirse en los pantanos de Vietnam»”. En 1967 el Presídium ratificó la determinación de continuar la ayuda económica, técnica y militar para consolidar la capacidad defensiva vietnamita, sin implicarse en la guerra. Abogarían por llegar a acuerdos con Estados Unidos, encaminados a resolver ciertos problemas en el orden internacional, que no contradijeran su posición de principios respecto al sudeste asiático. “Huelga decir que debemos evitar toda situación en que tengamos que luchar en dos frentes, es decir, contra

China y los Estados Unidos. Mantener a cierto nivel las relaciones soviético-norteamericanas es uno de los factores que nos ayudarán a alcanzar este objetivo”, definió el texto (Dobrynin, 1998: 156 y 666-667).

Es innegable que el conflicto con China les generaba presión y aplicaron como contrapeso una política tendente al mejoramiento de las relaciones con Estados Unidos, sin medir su alcance en el movimiento revolucionario internacional.

Buena parte de la izquierda y los movimientos de liberación nacional observaban decepcionados la displicente actitud de la dirección de la URSS y su obcecación en defender una política de coexistencia pacífica, mientras las sucesivas administraciones de Estados Unidos mantenían una actitud implacable contra sus adversarios. Un informe del Comité de Relaciones Exteriores del Senado enunció en 1967: “En el transcurso de los últimos cinco años una nueva oleada de militarismo ha barrido América Latina. Entre marzo de 1962 y junio de 1966 nueve presidentes civiles, regularmente elegidos en el respeto a la constitución, han sido derrocados por golpes de Estado militares” (Julien, 1970: 252).

En enero, durante una reunión en Casa de las Américas en la que participaron Julio Cortázar, Roque Dalton, René Depestre, Manuel Galich, Mario Vargas Llosa, Roberto Fernández Retamar, Graziella Pogolotti y Ambrosio Fornet, Fidel propuso organizar un congreso cultural en La Habana, una especie de asamblea que permitiera discutir con creadores y científicos sociales de todo el planeta acerca de la “revolución mundial” y la lucha emancipatoria en América Latina. Más allá de los idiomas y las concepciones filosóficas o estéticas, se necesitaba de una revolución esencialmente cultural. Arte, literatura, historia y pensamiento constituían herramientas clave para la consecución de ese fin y, ante la falta de conciencia política y la indiferencia en el llamado Primer Mundo, constituía un desafío sumar a ese empeño a intelectuales de Estados Unidos y Europa Occidental.

La plataforma comunicacional de la reacción presentaba a los movimientos de liberación nacional como la consecuencia de la lucha de influencias entre las dos principales potencias enfrentadas en la Guerra Fría, a lo que se sumaban los efectos nocivos de la plataforma socialdemócrata que vendía como paradigma la quimera de un Estado keynesiano para América Latina, África y Asia, así como las políticas reformistas de los partidos comunistas del Oeste europeo. Sartre lo denunció en el “Prefacio” a *Los condenados de la tierra*:

La izquierda metropolitana se siente molesta: conoce la verdadera suerte de los indígenas, la opresión sin piedad de que son objeto y no condena su rebeldía, sabiendo que hemos hecho todo por provocarla. Pero de todos modos, piensa, hay límites: esos «guerrilleros» deberían esforzarse por mostrarse caballerosos; sería el mejor medio de probar que son hombres (Fanon, 2011: LX).

Seymour M. Lipset desveló en su obra el papel de la socialdemocracia frente a las luchas del Tercer Mundo. Tanto en *El hombre político* como en su prolija actividad articulista, puso de manifiesto que en las nuevas naciones independientes de África y Asia la población asociaba a la ideología conservadora y a las clases más acomodadas con la subordinación al colonialismo, mientras la izquierda marxista era identificada con el nacionalismo.

En cuanto a América Latina, aunque su economía era también subdesarrollada, la veía más cerca de la Europa del siglo XIX porque la mayoría de sus países se independizaron antes de la industrialización y el surgimiento de la ideología marxista, razón por la que contenía reductos del conservadurismo aristocrático. No veía una amenaza en su sector rural, al que calificó de “apolítico”, debido al énfasis de la izquierda tradicional en conseguir el apoyo del proletariado: “Los comunistas latinoamericanos, por ejemplo, han elegido la senda marxista europea para organizar a los obreros

urbanos, más bien que el «sendero de Yenán» de Mao, que busca una base campesina” (Lipset, 1993: 81-82). Y en la Quinta Parte de su libro, en lo que denominó “Posdata personal”, lanzó un llamado a la concertación estratégica en el orden ideológico para preservar el capitalismo:

El intelectual de izquierda, el líder sindical y el político socialista tienen, en Occidente, un papel importante que desempeñar en esta lucha política. En virtud del hecho de que aún representan la tradición del socialismo y el igualitarismo dentro de sus propios países, pueden encontrar un auditorio entre los dirigentes de la izquierda no comunista en aquellos países en los que el socialismo y el sindicalismo no pueden ser conservadores, ni siquiera progresistas moderados. El exigir que tales dirigentes adapten su política a la idea occidental de comportamiento responsable significa olvidar que muchos sindicatos, partidos socialistas e intelectuales occidentales fueron similarmente “irresponsables y demagógicos” en las primeras etapas de su desarrollo. Los líderes occidentales actuales deben comunicarse y cooperar con los revolucionarios no comunistas de Oriente y África, al mismo tiempo que aceptar que en su propio país han finalizado las controversias ideológicas serias (Lipset, 1993: 369).

Cuba, donde el ideario nacional se construyó y consolidó al calor de la educación y la cultura, tenía un reservorio moral que le permitía dar la pelea. A diferencia de la URSS y Europa del Este, la revolución educacional inaugurada con la campaña de alfabetización tuvo como propósito un objetivo de mayor alcance: la revolución cultural. Fidel brindó prioridad al factor subjetivo y, desde las primeras semanas de 1959, su programa concibió desarrollar un arte de vanguardia, genuino y descolonizado, que llegara a todos los estratos sociales. La épica insular atrajo la atención sobre un subcontinente que permanecía ignorado, y ello

irradió a un movimiento artístico que se convirtió en centro de resistencia espiritual e ideológica contra las pretensiones hegemónicas estadounidenses, y en referente.

La temprana institucionalización de la cultura, de la mano de una política inclusiva que abrió espacio a todas las concepciones estéticas en un clima de libertad de creación, otorgó una función social a los creadores y democratizó el acceso de las grandes mayorías al arte y la literatura. El Icaic, la Casa de las Américas, la Imprenta Nacional, la Biblioteca Nacional, el Ballet Nacional, el Conjunto Folklórico, Danza Moderna y la Orquesta Sinfónica, entre tantas, constituían un motivo de orgullo para el pueblo y de afirmación nacional:

Vanguardia artística y vanguardia política convergían en el propósito de refundar la nación, en reconocer el vínculo entre cultura y sociedad, en comprender la necesidad de diseñar políticas culturales con auspicio gubernamental.

De esa responsabilidad compartida dimanó la riqueza y densidad de la vida intelectual que caracterizó los 60 del pasado siglo y proyectó su perspectiva anticolonial hacia la América Latina y el Tercer Mundo (Pogolotti, 2019: 3).

El 13 de marzo de 1967 Fidel realizó otra crítica al Kremlin en un acto público: unos días antes, el presidente de Colombia, Carlos Lleras Restrepo, no tuvo reparos en ordenar el arresto del secretario general y de toda la dirección del Partido Comunista colombiano, en respuesta al asalto guerrillero de un tren en el momento que una delegación de alto nivel de la URSS negociaba en Bogotá un acuerdo de cooperación cultural, económica y financiera con su gobierno, y ese día se iba a reunir con ellos. El colmo fue que las fuerzas policiales también allanaron las oficinas de la agencia TASS, y los representantes soviéticos no tomaron la resolución de suspender las conversaciones; peor aún, le ofrecieron un préstamo en dólares a Restrepo para que saldara la deuda colombiana con el FMI.

En su “Mensaje a todos los pueblos del mundo a través de la Tricontinental...”, en abril de 1967, el Che adelantó cómo los rejugos políticos en nombre de la coexistencia pacífica chocaban contra el internacionalismo, un principio socialista fundamental: “El imperialismo norteamericano es culpable de agresión [...] Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Vietnam parte inviolable del territorio socialista...”. Alertó, asimismo, que las contradicciones entre la URSS y China beneficiaban a Estados Unidos: “Y son culpables los que mantienen una guerra de denuestos y zancadillas comenzadas hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista” (Guevara, 2007: 26).

Estados Unidos soslayaba cualquier lectura del conflicto global que pudiera diferir sus planes. Solo temía a la controversia generada al activarse el corredor aéreo que trasladaba a casa los sarcófagos de sus soldados. Cuando la muerte y las inmensas tragedias tocaban a su puerta se desvanecían los pretextos. El Che indicó cuán luminoso podría ser el futuro “... si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo...”. Y desde su dimensión simbólica, en un llamado que atraviesa hasta el presente, nos convocó a juntarnos: “Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!” (Guevara, 2007: 36).

Este mensaje fue redactado por el Che en septiembre de 1966, en una casa de seguridad en la finca San Andrés de Caiguanabo, Pinar del Río, donde se entrenaba. Debía aparecer en junio de 1967 en el primer número de la revista *Tricontinental*, en el que también se recogerían trabajos de Hô Chí Minh, Amílcar Cabral y Kim Il-sung. Pero desde principios de 1967, debido al inicio forzado de las operaciones guerrilleras en Bolivia, la prensa lo vinculó a su posible presencia. Informaciones obtenidas por el general René Barrientos le hicieron corroborar que era cierto y avisó al embajador

estadounidense en La Paz, Douglas Henderson. La CIA y el Pentágono enviaron asesores para garantizar su captura. Cuba decidió no esperar más para dar a conocer los puntos de vista del Che sobre el momento que vivían el movimiento revolucionario y la humanidad.

La oposición de Charles de Gaulle al curso de Estados Unidos en el sudeste asiático y la escalada estadounidense-israelí en el Medio Oriente mucho tuvo que ver con los efectos de la guerra de Argelia y el creciente clima antinorteamericano en Francia, y también en el Viejo Continente. Pese a sus ingentes esfuerzos, la Casa Blanca no conseguía arrastrar a su aventura a sus aliados de la OTAN. Solo Corea del Sur, Tailandia, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda se prestaron para acompañar a la Administración Johnson en esta guerra genocida.

De Gaulle le transmitió a Robert F. Kennedy el interés vietnamita de iniciar conversaciones de paz, en 1967. A su regreso, Bob Kennedy fue recibido en la Casa Blanca por el mandatario, a quien le sugirió detener los bombardeos y declarar un cese al fuego supervisado por una comisión internacional que acompañara las negociaciones de paz. Pero un Johnson desquiciado y hostil vociferó: "... quiero que sepa usted que no pienso adoptar ni una sola de estas propuestas porque vamos a ganar la guerra, y ustedes, los pacifistas, estarán todos muertos en seis meses", mientras Kennedy se levantaba del asiento y se retiraba maldiciéndolo entre dientes (Talbot, 2013: 499).

El 4 de abril de 1967, Martin Luther King se pronunció en una iglesia de Nueva York contra la guerra. Aquel día, desde el púlpito, lanzó una nueva lección: "Más allá de Vietnam: el momento de romper el silencio", en la que calificó como "cruel ironía" ver en la televisión a niños negros y blancos que mataban y morían juntos por una nación que no había podido sentarlos juntos en la misma escuela; verlos en la solidaridad brutal quemando las chozas de un pueblo pobre, a sabiendas de que nunca vivirían en la misma cuadra en Detroit. Y apuntó hacia el responsable:

Como he andado entre los desesperados, los rechazados y los jóvenes furiosos, les he dicho que los cocteles molotov y los rifles no solucionarán sus problemas. Pero ellos preguntaron, y con razón: “¿Y Vietnam? Si el alma americana ha sido envenenada, en el informe de la autopsia debe leerse Vietnam. Una nación que continúa año tras año gastando más dinero en armamentos que en programas de bienestar social, se acerca a su muerte espiritual [...] Cuenta por qué helicópteros se usan contra guerrillas en Cambodia y por qué napalm americano y boinas verdes ya se han utilizado contra los rebeldes en Perú”. Preguntan si nuestra nación no estará usando grandes dosis de violencia para resolver sus problemas, para producir los cambios que desea. Sus preguntas tenían sentido, y supe que nunca más podría levantar mi voz contra la violencia de los oprimidos en los ghettos, sin antes haber hablado claramente al mayor generador de violencia que hay hoy en el mundo: mi propio gobierno (Stone, 2009, cap. 7).

Time aseguró que era un guion de Radio Hanói; *The Washington Post* lo contrapuso a los intereses del país y de su gente. A pesar de que promovía métodos de lucha no violenta, los círculos estadounidenses de poder y el FBI lo tenían fichado como un enemigo peligroso. ¿Hablabas al vacío King? Nada podía detener el curso de los acontecimientos: en mayo, más de 300.000 personas se manifestaron contra la guerra en el Parque Central de Nueva York.

La Habana: capital de las artes y la política

En la primavera de 1967 empezó a deteriorarse la situación en el Medio Oriente. Nasser expulsó a la Fuerza de Emergencia de la ONU en Sharm el-Sheikh, en la práctica una cuña de Estados Unidos para su presencia permanente en Egipto.

Israel intentó hacer creer que la medida iba dirigida contra sus intereses y calentó la zona. El 27 de mayo de 1967 el presidente del Consejo de Ministros de la URSS, Alekséi N. Kosyguin, envió un mensaje a Johnson para tratar de impedir que el conflicto escalara hasta una agresión militar. En opinión de Kosyguin, estaba a su alcance evitarlo porque la decisión israelí de atacar a los Estados árabes pasaba por la Casa Blanca: "... si Israel iniciaba operaciones militares, el gobierno soviético daría asistencia a las víctimas de la agresión" (Dobrynin, 1998: 173).

Seis días más tarde, el 2 de junio, en Berlín Occidental, Benno Ohnesorg, un joven de 26 años procedente de la parte oriental que aparecía por primera vez en una manifestación, cayó abatido por el sargento de la policía Karl-Heinz Kurras, que le disparó a mansalva, durante la represión a una protesta contra la visita a la RFA del Sha de Irán, Mohammad Reza Pahlevi. Veinte minutos más tarde falleció.³² La foto del cuerpo tendido en la calle encima de un charco de sangre conmocionó a buena parte del país. Las autoridades justificaron el hecho y la indignación derivó en una respuesta de masas. Era aquella una generación que creció en los años del gobierno de Konrad Adenauer, en los que reinó un terrible conformismo moral, y muchos de los jóvenes alemanes debieron luchar larga y duramente contra la herencia fascista que intentaron imponerles en sus hogares. Con la rebeldía creció la represión, mientras la prensa alemana los demonizaba con el calificativo de "monos de larga cabellera".

Cuando Ohnesorg era enterrado, en Hannover se desarrollaba el congreso “Universidad y Democracia: Condiciones y Organización de la Resistencia”. Las protestas se multiplicaron y la guerra de Vietnam se convirtió en tema central de una Alemania cuya población empezó a sentir las primeras manifestaciones de la recesión que se avecinaba; en paralelo, la ideología nazi daba tenebrosas señales de vida: antiguos políticos nacionalsocialistas regresaron a ocupar importantes puestos gubernamentales y jueces que ejercieron durante el hitlerismo entablaron procesos judiciales para suspender las pensiones a supervivientes de los campos de concentración, por haber militado en el Partido Comunista de Alemania (KPD, por sus siglas en alemán), proscrito desde 1956. Las manifestaciones masivas de jóvenes y estudiantes ganaron en importancia, sobre todo en Berlín, Múnich y Frankfurt, esta última convertida en polo de pensamiento:

La importancia de Frankfurt se debía más al lugar que ocupaba en el debate teórico con la Escuela de Frankfurt que a las prácticas del movimiento del 68. El Institut für Sozialforschung, refundado después de 1945, nació en la época de la República de Weimar. Durante la época nazi esta institución de investigación marxista sobrevivió en el exilio en Estados Unidos, donde fue conocida por sus investigaciones sobre el nacionalsocialismo. Max Horkheimer, Theodor W. Adorno y Herbert Marcuse consideraban que el nazismo no era un accidente histórico, sino una consecuencia bárbara del capitalismo que no había podido ser superado con la revolución. Este análisis se resumió en el eslogan: “El capitalismo lleva al fascismo; ¡el capitalismo ha de desaparecer!”.

Dado que la Escuela de Frankfurt rechazó la caricatura del comunismo cuya representación era el estalinismo, este análisis fue muy importante para los jóvenes intelectuales de Alemania

federal. Con la Escuela de Frankfurt se podía ser al mismo tiempo marxista y criticar a la Unión Soviética y sus satélites. Así, la Escuela de Frankfurt llenó en Alemania un espacio ocupado en otros sitios por el trotskismo (Koltan y Müller, 2018).

En un ataque sorpresivo, Israel destruyó en tierra la Fuerza Aérea egipcia, el lunes 5 de junio de 1967. Lejos de respaldar a los Estados árabes, como había prometido, la URSS se limitó a pedir a Estados Unidos que intercediera y solicitó una reunión urgente del Consejo de Seguridad de la ONU. De la Casa Blanca respondieron que hacían todo lo posible y no bloquearon la resolución que instaba a Israel al cese incondicional de las hostilidades. Seis días bastaron a las tropas sionistas para arrancar Cisjordania y Jerusalén, incluida la Ciudad Vieja, a Jordania; ocupar los Altos del Golán, en el sur de Siria, y tomar el Sinaí hasta al canal de Suez. Varios de los enclaves cristianos y musulmanes más sagrados pasaron a su control; los últimos bastiones de Palestina –Jerusalén, Gaza y Cisjordania– quedaron bajo gobierno de Tel Aviv. Israel se convirtió en el principal aliado estadounidense en la región.

Grupos afines a los extremistas Hermanos Musulmanes se manifestaron en la embajada soviética en El Cairo, el 9 de junio. Culpaban a Moscú de la derrota e incendiaron la sede. Consideraban llegado el momento de “... deshacer todo lo hecho en «quince años de socialismo». Sabían que Occidente financiaría la operación con objeto de volver a «asegurarse» el petróleo, tomar de nuevo Egipto y, después, castigar a Siria e Irak para que volvieran al redil”. Nasser le habló al pueblo. Su intervención fue transmitida a todo el mundo árabe. No buscó chivos expiatorios. Aceptó su responsabilidad, se mostró vencido (Ali, 2006: 152).

Alekséi Kosyguin se comunicó con Johnson por el “teléfono rojo”, el sábado 10 de junio, cuando las tropas sionistas amenazaban con seguir hasta Damasco: a menos que Israel se atuviera a cumplir el mandato del

Consejo de Seguridad de la ONU, aplicarían las medidas necesarias. Johnson lo tomó como una amenaza y ordenó a la VI Flota en el Mediterráneo zarpar hacia la zona de conflicto. Esa noche Israel puso fin a las operaciones en todos los frentes. No fueron las presiones del Kremlin la razón de este cambio repentino. Egipto se había movilizó para defender a su líder y la nación:

... todo el país entró en acción: más de dos millones y medio de personas inundaron las calles de El Cairo; la población de Tanta, el centro del Delta, avanzaba en masa hacia la capital; y también los habitantes de Port Said, aunque allí se hizo un desesperado llamamiento para que regresaran y no dejaran desierta la ciudad; una nación entera se puso en marcha desde todas sus ciudades, pueblos y aldeas, desde Alejandría hasta Asuán, desde el desierto occidental hasta Suez. Y sus consignas eran inequívocas: “¡No al imperialismo! ¡No al dólar! ¡Solo Gamal es nuestro líder!” (Ali, 2006: 152).

Tal desenlace congeló la diplomacia árabe de la URSS en los venideros años. El 17 de julio Kosyguin participó en una sesión urgente de la Asamblea General de la ONU sobre el tema. Egipto no aceptó la fórmula soviética de reconocer a Israel a cambio de la devolución de los territorios ocupados. Y como Moscú había roto relaciones con Tel Aviv, tampoco podía ejercer influencia sobre su gobierno. Estados Unidos se convirtió en el interlocutor de los dos bandos y endureció su posición. La prensa del Medio Oriente lo desveló: Israel es “... una creación occidental y una daga clavada en el corazón del mundo árabe” (Ali, 2006: 124).

De tránsito a Moscú, Kosyguin hizo escala en La Habana. Para Fidel representaba una oportunidad de dialogar sobre variados asuntos de las relaciones bilaterales y también de conversar acerca de la agresión israelí y los resultados en la ONU. La visita constituía una muestra de la voluntad

política de ambos gobiernos de preservar la amistad, por encima de cualquier diferencia ventilada:

Para él los temas del movimiento revolucionario eran un asunto más bien lejano y las conversaciones al respecto resultaron «un diálogo de sordos». La novedad de su visita fue la información de que la URSS restringiría su asistencia económica. Fue casi generalizada la impresión de que Moscú estaba utilizando esa vía para presionar sobre nuestra independencia política (Sánchez Monroe, 2018: 97).

En julio se produjo el regreso a La Habana de la columna que brindó asistencia al Congo Brazzaville, pero aumentó la cooperación militar con el Partido Africano de Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), iniciada el año anterior. El PAIGC llevaba cuatro años enfrentado contra 20.000 soldados portugueses y controlaba la tercera parte de Guinea-Bissau. Amílcar Cabral era uno de los líderes más respetados de África. Entre quienes se incorporaron al movimiento estaba la primera mujer cubana que combatió en aquel continente: Concepción Dumois (*Conchita*), oficial de Inteligencia y viuda de Jorge Ricardo Masetti.

Incluso Stokely Carmichael, uno de los más destacados dirigentes del movimiento por los derechos civiles y de las Panteras Negras, viajó a La Habana para trasladar a Fidel que su movimiento quería pelear junto con el PAIGC. Según dijo, era el modo de solidarizarse con la causa africana y compensar el daño de su país al pueblo de Vietnam. Oficiales de la Inteligencia cubana le organizaron una reunión con Amílcar Cabral, quien temió una repercusión negativa en Washington. Carmichael lo convenció de aceptar unos 30 voluntarios, con la condición de que antes se prepararan en táctica de guerra de guerrillas en otro país. No era posible hacerlo en Cuba para no regalar un pretexto a Estados Unidos y los oficiales cubanos consiguieron que Tanzania les sirviera como base de entrenamiento.

“No creo en la vida después de la muerte, pero, si existe, podemos estar seguros de que las almas de nuestros antepasados que fueron llevados a América como esclavos, se regocijan hoy al ver a sus hijos reunidos y trabajando juntos para ayudarnos a ser independientes y libres”, expresó Cabral en una visita a un campamento militar cubano (Gleijeses, 2015: 224). “Allí, alrededor de seiscientos internacionalistas cubanos, entre ellos unos setenta médicos, permanecieron junto a las guerrillas diez años, desde 1966, acompañándolas en la lucha por la independencia”, narró Fidel (Ramonet, 2018: 339). Nueve cubanos entregaron la vida en esta gesta y uno cayó en manos portuguesas.

Ese verano Cuba se convirtió en capital del arte contemporáneo. Aún se respiraba en la Isla la euforia popular por las conquistas en los juegos deportivos panamericanos de Canadá, cuando llegó a La Habana el Salón de Mayo del Museo de Arte Moderno de París, que, una vez clausurada su exposición en la Ciudad Luz, cruzó el Atlántico para establecerse por primera vez en el hemisferio occidental.

Fue una propuesta de Wilfredo Lam que contó con respaldo del Gobierno Revolucionario. A 23 años de fundado el Salón de Mayo por 16 artistas y escritores de la Resistencia en la Francia ocupada, envejecía el ideal con que germinó y sus organizadores percibieron no solo la ocasión para mostrar el amplio abanico de tendencias del panorama contemporáneo europeo –cuando en el Oeste se definía al realismo socialista como una “doctrina contrarrevolucionaria” que por más de 20 años tenía paralizado el genio creador del Este. De algún modo buscaban también el Santo Grial en la Revolución cubana, según palabras de Raúl Roa, “... cuenca nutricia de concepciones, valores y formas impares...” (Roa García, 1967). De hecho, a jóvenes que no invitaron a la exclusiva muestra de París, como Antonio Recalcati, Gudmundur Erró, Mark de Rosny, Valerio Adami y Eduardo Arroyo, los incorporaron para que expusieran en La Habana junto a la obra

de los consagrados Pablo Picasso, Jean Arp, Joan Miró y el cubano Wifredo Lam.

Roa y Nicolás Guillén recibieron a los asistentes en la escalerilla del avión. Con los artistas llegaron críticos, novelistas, antropólogos y sociólogos, sobre todo de Europa Occidental. Desde su inauguración el 30 de julio, el espíritu que primó y sus derivaciones trajeron consigo que el Salón de Mayo en La Habana abriera un horizonte perdurable a la plástica cubana. Su resultado más relevante fue el mural *Cuba colectiva*, un añejo anhelo de Lam en el que trabajaron cien pintores, escultores, caricaturistas, diseñadores, poetas y narradores europeos y cubanos, en una noche alucinada en la que anegó La Rampa un torrente de canciones y baile, incluido el espectáculo de Tropicana, ante hombres, mujeres y niños que disfrutaron hasta la terminación del mural en la madrugada.

Deslumbrado por la impresión de este acontecimiento, el crítico británico Edward L. Smith declaró: “El arte nunca ha sido tan «popular» y el cuadro es un éxito asombroso. La noche fue arte total de un tipo inimaginable en otra parte”. Idea similar expresó el español Eduardo Arroyo: “Ha sido un verdadero espectáculo total, donde por una vez no se han introducido las pequeñas irritaciones individualistas y donde por primera vez no se han manifestado los sacrosantos gestos del artista occidental”. Para el dramaturgo, novelista y pintor alemán Peter Weiss: “Algo de esto debe haberse sentido / Cuando la revolución rusa / era joven / Cuando el arte era parte de la vida”; mientras Kewes S. Karol, escritor y periodista polaco residente en Francia, opinó: “Poner todas las formas y todas las tendencias del arte moderno al alcance del pueblo es un objetivo esencial de la sociedad revolucionaria. Cuba socialista no se contenta con proclamarlo en palabras: ella lo traduce en actos...” (*La Jiribilla*, 2012).

Fue un excelente escenario para lanzar la convocatoria al Congreso Cultural de La Habana de 1968, mediante una declaración a la que se

adhirieron 75 artistas. Encabezaban la lista: Weiss, Karol, Lam, Marguerite Duras, Michel Leiris, Maurice Nadeau y Juan Goytisolo.

Con el Congreso de OLAS en la mayor de las Antillas, agosto marcaría una nueva etapa para la izquierda en América Latina, en la búsqueda y concertación de una línea política adecuada a las circunstancias, cuando gran parte de los movimientos populares de la región se radicalizaban y se multiplicaban las organizaciones guerrilleras, como consecuencia del liderazgo moral de la Revolución cubana, la pronta frustración de las esperanzas cifradas en la Alianza para el Progreso, el derrocamiento de muchos de los gobiernos desarrollistas por golpes militares con auxilio de Estados Unidos, y la incapacidad de la izquierda tradicional para conquistar el poder por vía electoral "... sea por la obstrucción de los canales institucionales cuando su victoria es inminente, sea por el desconocimiento de sus triunfos electorales cuando los ha obtenido, sea por su debilidad para hacer frente a la «Santa Alianza» de todas las fuerzas más o menos conservadoras, bajo liderazgo norteamericano...". Otra razón de peso convocaba a la unidad:

... los intentos de fortalecer y transformar a la OEA en una estructura política supranacional, destinada a defender las "fronteras ideológicas" del orden social imperante y a asumir la dirección estratégico-militar de la contrarrevolución. Vale la pena consignar al respecto los intentos de crear la llamada Fuerza Interamericana de Paz, las tentativas actuales por concertar pactos militares subregionales antiguerrilleros, el adiestramiento bajo mando [norte]americano de destacamentos antiguerrilleros en todos los ejércitos del continente y la red de acuerdos militares que ligan a las fuerzas armadas de América Latina con la política y los intereses del Pentágono, como asimismo la intervención activa de las fuerzas antiguerrilleras norteamericanas en la lucha represiva en Colombia, Perú, Bolivia, etc. (Almeyda, 1967: 428-429).

Se consideraba poco probable que un país aislado repitiese la experiencia cubana; la doctrina Johnson se encargaría de impedirlo. Urgía establecer los fundamentos para impulsar una revolución continental con carácter antimperialista y emancipatorio, en una región en la que entre 1956 y 1965 las transnacionales yanquis habían invertido 2.893 millones de dólares, y remesado a Estados Unidos 7.441 millones por concepto de utilidades, cifra que no incluye los intereses y beneficios por concepto de préstamos, de capital asociado y otras formas de expoliación. Nada quedaba de la Alianza para el Progreso: para el año fiscal 1967-1968, Johnson solicitó al Congreso apenas 3.200 millones de dólares por concepto de ayuda al desarrollo para distribuir en todo el mundo, y la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado redujo la cifra a 2.460 millones.

La lucha armada sostenida en Venezuela, Colombia, Guatemala y Bolivia demandaban aliento y solidaridad efectiva, pero tanto en Venezuela como en Bolivia existían graves contradicciones entre la dirección de sus partidos comunistas y el movimiento guerrillero.

En Venezuela, la mayoría de los comunistas de base consideraba a la guerrilla como el eje fundamental de la lucha contra el gobierno de Raúl Leoni, responsable de arrancarle la vida a golpes a más de cien combatientes venezolanos y venezolanas en las mazmorras de la Digepol (policía de seguridad) y del régimen de terror imperante; en cambio, una tendencia que calificaba de aventurera esa concepción se impuso dentro del buró político del Partido, sin contar con un proyecto que sirviera de guía estratégica para las transformaciones revolucionarias de la sociedad, un plan para conquistar el poder, ni una táctica capaz de ampliar sus vínculos con el movimiento popular.

Con Pompeyo Márquez Millán y Teodoro Petkoff Maleç a la cabeza, primero hablaron de “paz democrática”; al cabo de algunos meses, de “repliegue táctico”. Abogaban por abandonar la lucha armada e incorporarse al orden legal en un país en el que estaban suspendidas las

garantías. Luego de la captura y ejecución extrajudicial del comandante Fabricio Ojeda, jefe de la dirección político-militar del frente guerrillero FLN-FALN y el líder de mayor prestigio nacional e internacional, el 21 de junio de 1966 esta facción condenó la acción guerrillera y encauzó al Partido Comunista hacia la vía parlamentaria, sin “... identificarse con las luchas populares que apuntaban más allá del estrecho margen de la legalidad burguesa...” (Rodríguez Araque, 2012: 26). Tres meses antes de la Primera Conferencia de OLAS, publicaron un texto concluyente:

... el movimiento armado no está en estos momentos en capacidad de jugar papel decisivo, debido al estancamiento que sufren los frentes guerrilleros y la lucha armada general, situación agravada por las falsas concepciones políticas y operaciones prevalecientes en el grupo anarcoterrorista. En función de este movimiento nacional, el Comité Central resuelve la activa participación del partido en el próximo proceso electoral, bajo la consigna: “Ni continuismo ni Caldera, cambio; cambio a favor de las libertades democráticas y la soberanía nacional, cambio hacia el desarrollo independiente de Venezuela”.

El proceso electoral está siendo conducido en condiciones de ventajismo y represión. El partido luchará contra tal situación y por hacer de las elecciones una batalla contra la camarilla reaccionaria dirigente de AD y el gobierno (Castro Ruz, F., 1967: 135).

No solo dejaron abandonada a su suerte a una guerrilla en la que combatían 19 cubanos –entre ellos Arnaldo Ochoa Sánchez,³³ Raúl Menéndez Tomassevich y Ulises Rosales del Toro–, sino que se convirtieron en acérrimos detractores con comunicados y declaraciones a los medios de prensa. Fidel los acusó de traidores y a su vocero no se le ocurrió otra cosa que declarar a *Associated Press* que el líder cubano no

tenía ideología. Pareciera una ironía si los efectos de la traición no hubiesen tenido tanto peso ulterior.

¿Estaba equivocado el líder cubano? El tiempo arrojó luces: 40 años más tarde Tom Polgar, jefe de Inteligencia Exterior de la división latinoamericana de la CIA entre 1965 y 1967, confesó a Tim Weiner, reportero para temas de Inteligencia en *The New York Times*: “La CIA creó y dirigió el partido comunista local de varios países pro norteamericanos – entre ellos, Panamá–, confiando en que los líderes de dichos partidos serían invitados a Moscú y descubrirían de primera mano los secretos de la doctrina soviética” (Weiner: 2008: 293).³⁴

El caso de Bolivia fue diferente: el secretario general de Partido Comunista, Mario Monje, exigió el mando de las fuerzas guerrilleras para ejercerlo desde la ciudad, ambición que Fidel calificó de “indignante”. Además de que esta subordinación resultaba inoperante y podía someter a la guerrilla a los dictados de una táctica de lucha política probadamente ineficaz, Monje no tenía el menor conocimiento práctico de la vida en campaña; ni siquiera en el orden teórico dominaba los rudimentos del arte militar. El Che lo rechazó de plano y el boliviano se rehusó a cooperar; peor aún, orientó no auxiliar a la guerrilla. Monje y el segundo secretario del Partido, Jorge Kolle, fueron invitados a La Habana. Fidel intentó persuadirlos sobre la importancia de evitar la ruptura. No le fue posible impedir el daño. Lo trágico es que no era esta la posición de los militantes del Partido Comunista boliviano, ni siquiera de su Comité Central; se trataba de una decisión personal.

“Solo llevaré a la tumba la pesadumbre de un canto inconcluso”³⁵

La pesadez doctrinaria de la producción ideológica y cultural en la URSS asfixiaba la revolución continental. La incorrecta interpretación del materialismo histórico no le permitió a su dirigencia advertir que el socialismo necesitaba renovar sus sueños y abrir su cauce a la corriente revolucionaria de los pueblos del Tercer Mundo, a partir de los fundamentos materiales de su azarosa existencia.

Moscú no comprendía que, dada la tradición cultural latinoamericana, afincada en contextos diferentes a los de Europa y Norteamérica, ciencia y utopía –vista esta como atisbo de futuro, como la idea de aspirar a lo imposible para cumplir las metas de la justicia social– debían crecer entrelazadas. “No ha habido ningún cambio importante en la historia de la humanidad que no esté precedido por una elaboración intelectual” (Hart, 2017: 9), y en aquella hora en que todo estaba sometido a revisión, desde la economía política hasta el arte, desde la participación de las vanguardias revolucionarias hasta el deber de los intelectuales, Fidel acuñó como máxima “Pensar con cabeza propia”.

Fidel y el Che alertaban que algunos de los referentes teóricos y prácticos, tenidos hasta entonces como paradigmáticos, violaban principios y enclaustraban a la dialéctica y a todo el pensamiento en los moldes de un manualismo sectario y dogmático que daba por verdades absolutas los criterios sostenidos por la URSS.

Para hacer la revolución en América Latina debía forjarse una nueva conciencia social, en la que primaran como valores el altruismo y la solidaridad, asentados en lo más avanzado de la cultura universal. En el traspasado de Estados Unidos, doctrinalmente definido por James Monroe e institucionalizado mediante la OEA, entre los fundamentos de la

insurrección ocupaba un lugar de primer orden la consecución de la unidad política en torno a una proyección antimperialista. Solo así se podría afrontar la contraofensiva yanqui y la reacción de una oligarquía que vio amenazados sus intereses. No era posible tal herejía con la camisa de fuerza impuesta por teóricos de manual, que renunciaron a los aportes emanados de los retos y urgencias de la segunda ola revolucionaria del siglo xx.

Cuba asumía el internacionalismo como un asunto de principios y su liderazgo definía la lucha armada como el principal desafío de nuestros pueblos, concepción que había ganado legitimidad regional con *Los condenados de la tierra*, traducido a varios idiomas y publicado en Europa, América Latina –en Cuba por orientación del Che– y Estados Unidos, al igual que con el ensayo “¿Revolución en la Revolución?”, de Régis Debray, cuya traducción en La Habana inauguró los Cuadernos de la revista *Casa de las Américas*, en 1967. Debray aportó un análisis comparativo entre la experiencia cubana y las guerrillas latinoamericanas, con aciertos y errores, para desmontar la tesis de que la revolución en la Isla no podía repetirse en América Latina. Ambos se pusieron de moda entre la izquierda.

Con una máxima de Bolívar: “Para nosotros la patria es América”, la Primera Conferencia de OLAS se planteó el desafío de proyectar las líneas estratégicas de la lucha armada y convertirse en un espacio de concertación que cerrara el ciclo de las cavilaciones de la izquierda tradicional, resultante de dogmas y, en ciertos casos, de traiciones. “Su objetivo principal no se proclamó: ensanchar en toda la región las bases de apoyo al proyecto del Che...” (Sánchez Otero, 2018: 76).

Se celebró entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967. Asistieron 163 delegados de 27 países latinoamericanos, 66 observadores –34 de organizaciones internacionales y 32 de países socialistas– y 38 invitados de todo el mundo, incluidos cuatro de Estados Unidos. En gesto simbólico, el Che fue elegido presidente de honor de la conferencia; Haydée Santamaría fue la presidenta. Como delegado de honor asistió Stokely Carmichael,

invitado por Fidel. La reacción de Estados Unidos a su presencia en la Conferencia fue virulenta. En varios medios de la gran prensa se le calificó de “comunista”. Fue ampliamente publicitado un artículo del *New York Daily News*, titulado: “Stokely, quédate por allá”:

Stokely Carmichael, el negro incendiario, está en La Habana, capital de la Cuba roja, después de corretear por Londres y Praga, y nosotros sugerimos que se quede en La Habana, su hogar espiritual.

[...]

Mientras nosotros estamos ocupados en Vietnam, podemos difícilmente aplastar a Castro –aun cuando el gobierno podría y nosotros creemos, debería, terminar de desalentar a los cubanos refugiados que planean su destrucción. Pero peguemos un memorándum en el sombrero del Tío Sam para plantar el pie sobre Castro con toda la fuerza necesaria para destruir su régimen comunista tan pronto como ganemos la guerra en Vietnam (Castro Ruz, F., 1967: 119).

Otra operación organizada por la CIA y el Pentágono estaba en curso: un equipo comando integrado por cuatro terroristas procedentes de Miami intentó infiltrarse en el territorio nacional cuando sesionaba la Conferencia de OLAS, para atentar contra la vida de Fidel. En el momento de su detención se les ocuparon pistolas calibre 22 con silenciador y balas envenenadas con cianuro, además de un croquis pormenorizado de las instalaciones militares del país, con los depósitos de explosivos y bases de lanzamiento de cohetes antiaéreos. A unas 20 millas del litoral, al norte de la provincia de Pinar del Río, los esperaba su cobertura para salir: un *destroyer* yanqui, un buque madre, un helicóptero y un avión Neptuno.

Durante las discusiones del cónclave, la guerrilla se conceptuó como la forma más adecuada para librar la lucha y se construyó el consenso en torno a la necesidad de unificar el mando político militar –recogido en las

proyecciones 10 y 11 de la “Declaración General”, que, a pesar de su carácter secreto, fue filtrada a la prensa extranjera por algunos de los asistentes—: “... la guerrilla como embrión de los ejércitos de liberación constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria en la mayoría de nuestros países”; “... la dirección de la revolución exige como un principio organizativo la existencia del mando unificado político y militar como garantía para su éxito” (OLAS, 1967: 103).

Gran repercusión tuvo la “Resolución de apoyo a la lucha del pueblo negro norteamericano”, en la que OLAS proclamó su respaldo a las Panteras Negras e instituyó el 18 de agosto como “Día de la Solidaridad con el pueblo negro de Estados Unidos de Norteamérica”, en recordación a los sucesos de Watts.

En la clausura, Fidel proclamó la Conferencia como una gran victoria ideológica. Alertó sobre el daño del sectarismo y llamó a producir una literatura marxista acorde con el momento, “... porque a fuerza de repetir clisés, frasecitas y palabritas, que se vienen repitiendo desde hace 35 años, no se conquista a nadie, no se gana a nadie”. Muchas veces los documentos estaban divorciados de la vida: “... nada más lejos del pensamiento y del estilo del fundador del marxismo que la palabrería hueca, que la camisa de fuerza obligada para expresar ideas”, apuntó. Conceptos con más de 40 años, como la tesis de la burguesía nacional, constituían un esquema: “... cuánto papel, cuánta frase, cuánta palabrería, en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista”.

Advirtió que la socialdemocracia intentaba hacer creer que por medios pacíficos se podía conquistar el poder en esta región y pidió brindar el máximo apoyo a Stokely Carmichael.³⁶ “... los que afirmen en cualquier lugar de América Latina que van a llegar pacíficamente al poder estarán engañando a las masas”, expresó, mientras sus palabras eran ahogadas por la ovación, y reiteró la acusación de traidor al buró político del Partido

Comunista venezolano, cuya “Respuesta del Partido Comunista de Venezuela a Fidel Castro”, difundía como propaganda anticubana la organización terrorista ALPHA 66:

Este continente trae en su vientre una revolución; tardará más o menos en nacer, tendrá un parto más o menos difícil, pero inevitable. Nosotros no tenemos la menor duda. Habrá victorias, habrá reveses, habrá avances, habrá retrocesos; pero el advenimiento de una nueva era [...] cualesquiera que sean los errores de los hombres, cualesquiera que sean las concepciones equivocadas que puedan tratar de entorpecer el camino, es inevitable (Castro Ruz, F., 1967: 113-140).

Ya la Administración Johnson tenía desplegados *rangers* en Guatemala, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela y Colombia, y había establecido una red de bases militares, aéreas y navales que actuaban en estrecha coordinación con sus misiones militares en las capitales latinoamericanas, las estaciones locales de la CIA y las escuelas antiguerrilleras enclavadas en Fort Bragg y Fort Lee, Estados Unidos; Fort Gullick y Fort Davis (escuela de tortura), en la zona del Canal de Panamá, y en la Escuela Superior de Guerra de Argentina.

Entre los jefes y analistas de la CIA se comentó que el discurso cubano había regresado al tono “estridente” de 1963, pero, a diferencia de años anteriores, el énfasis operacional se centró en Venezuela, Guatemala, Colombia y Bolivia. Cuba ha iniciado “... una nueva estrategia de enviar un *team* especial de infiltración a los países seleccionados, para servir como cuadros para el desarrollo de movimientos guerrilleros”, se informó a Walt W. Rostow (Gleijeses, 2002: 246).

En Estados Unidos, en cambio, con el verano llegó un nuevo récord: más de 160 disturbios, 75 de ellos de gran magnitud –muchos por dos días o más. Empezaron en Newark y Detroit, donde 66 activistas por los derechos civiles murieron como consecuencia de la represión y 2.000 recibieron

heridas. Una comisión presidencial dictaminó que las manifestaciones estaban condicionadas por el racismo, la brutalidad policial y la falta de oportunidades laborales y educativas de la población negra. “Nuestra nación se mueve hacia dos sociedades, una blanca y otra negra, separadas y desiguales”, concluyó el informe (Clinton, 2004: 125). Washington preservó una calma relativa, pues a pesar del hostigamiento de los aparatos policiales, durante varias semanas militantes de las Panteras Negras se concentraron cada noche en la intercepción de las avenidas Connecticut y Massachusetts, no muy lejos de la Casa Blanca.

En medio de las convulsiones del verano, la Asociación Nacional de Estudiantes (NEA, por sus siglas en inglés) realizó su convención anual en el campus de la Universidad de Maryland. Aunque su credibilidad fue puesta en duda a partir de la denuncia del financiamiento de su actividad internacional por parte de la CIA, tenía un discurso a favor de poner fin a la guerra y contaba con el apoyo de muchos jóvenes de clase alta y media o vinculados a los aparatos burocráticos y legislativos (estadales y federales) en trabajos de media jornada para financiarse los estudios universitarios. Dentro de sus actividades era común encontrarse con gente reclutada en Europa del Este. “Curiosamente, la NEA también tenía una larga trayectoria de lucha contra los totalitarismos, de modo que allí también había representantes de las «naciones cautivas» bálticas. Conversé con la representante de Letonia, una mujer un poco mayor que yo; me dio la impresión de que asistir a ese tipo de convenciones era su profesión” (Clinton, 2004: 127).

La NEA era la alternativa del *establishment* contra la más radical organización de Estudiantes para una Sociedad Democrática y su convención nacional constituía un termómetro de la mayor significación. Sintomático de la convulsión política que experimentaba el país fue el apoyo recibido por Allard K. Lowenstein, relevante activista de los movimientos de los derechos civiles, anti-*apartheid* y antibélico que

presidió la NEA a principios de los 50. En su discurso animó a formar un frente para derrotar a Johnson en las elecciones de 1968. Su idea pareció descabellada a no pocos, pero se sabía que su influencia era real: Lowenstein trabajó con Eleanor Roosevelt en la Asociación Americana para las Naciones Unidas y como asistente de política exterior en el Senado del entonces vicepresidente Hubert H. Humphrey; lo más importante: fue delegado a las Convenciones Nacionales Demócratas de 1960 y 1964, y todo apuntaba a que estaría en la de 1968.

No era este clima de crisis en Estados Unidos óbice para detener la ofensiva de su administración en América Latina, donde el cerco contra el Che se cerraba.

El 8 de octubre el Che y sus compañeros caminaban por la quebrada del Yuro, accidente geográfico de unos 1500 m de largo por unos 60 m de ancho, rumbo a una zona en la que el guerrillero boliviano Inti Peredo tenía contactos e influencia. Les daban caza 600 *rangers* bolivianos, reclutados entre la clase media en las universidades y preparados en una hacienda azucarera abandonada en La Esperanza, muy cerca de Santa Cruz de la Sierra, por instructores yanquis bajo el mando del mayor Ralph W. Shelton, *Pappy*, un experto en lucha contrainsurgente que participó en la guerra de Corea y estaba destacado en el Tercer Batallón de las Séptimas Fuerzas Especiales, en Fort Gulick, en el canal de Panamá; mientras, el general Robert W. Porter, comandante en jefe del Comando Sur, había llegado a supervisar las operaciones desde el propio territorio de Bolivia.

Algunos de los guerrilleros no estaban en buenas condiciones físicas, pero su voluntad rayaba en el estoicismo y poco a poco avanzaban; de repente, se vieron rodeados y no podían volverse atrás. El camino hecho al descubierto hasta allí los convertía en presas fáciles; las dos laderas de la quebrada terminaban en farallones abruptos sin vegetación y avanzar significaba caminar hacia los soldados. Sobre la 1:30 p. m. comenzó el combate, después que una bala fulminó al boliviano Aniceto Reinaga

cuando intentaba atravesar un claro dominado por el adversario. Resistieron dos horas. En aras de salvar a los enfermos, a los que puso en condiciones de intentar el avance para evadir el cerco, el Che se colocó frente a una sección con emplazamiento de ametralladoras. Herido en una pierna, combatió hasta que el impacto de un proyectil en la recámara inutilizó su carabina M-1 y se quedó sin balas para la pistola. Indefenso, un suboficial del ejército llegó hasta él, le asestó un culatazo en el pecho y amenazó con dispararle. El boliviano Willy Cuba se interpuso gritando: “¡Carajo, este es el comandante Guevara y lo van a respetar!” (Cupull y González, 2006: 122).

Fueron conducidos a La Higuera y los introdujeron en una escuelita de adobe, paja y piso de tierra, con solo dos aulas separadas por un tabique de madera. Al Che lo dejaron con los cadáveres de René Martínez Tamayo y Orlando Pantoja; en el local contiguo pusieron a Willy Cuba con Alberto Fernández Montes de Oca, muy grave por una herida en el pecho. El Che quiso brindarle auxilio y los oficiales del ejército se lo negaron...

A las 6 p. m., en La Paz, el general René Barrientos convocó a una reunión con el alto mando del ejército; luego se dirigió hasta la residencia del embajador de Estados Unidos y desde allí se comunicaron con Washington.

Sobre las 9:00 p. m. el teniente coronel Andrés Sélich Shop, comandante del regimiento de Ingenieros de Vallegrande, interrogó al Che. Impotente ante la actitud de un hombre que lo superaba, le dio tal tirón de la barba que se quedó con un mechón de pelos en sus manos; el Che tenía las suyas atadas. No podía devolverle el golpe y lo escupió en la cara. Dos horas después llegó a La Paz la respuesta de Washington al general Barrientos: el Che debía ser asesinado.

Cuando le tocó el turno de custodia al joven soldado Mario Eduardo Huerta Lorenzetti, el Guerrillero Heroico apreció nobleza en él. Le habló de la miseria del pueblo boliviano, del sentido de su lucha. Contrastó el trato

caballeroso que prodigaban a los oficiales y soldados detenidos por la guerrilla con el que ellos estaban recibiendo. Huerta lo arropó con una manta, encendió un cigarro y lo ayudó a fumar. Se enterneció hasta sentirlo cercano y le preguntó por la familia. El Che habló de su esposa y sus cinco hijos, de Camilo, de Fidel, de la Revolución cubana... Llegaron a un punto en el que todo podía suceder. El Che le pidió que lo ayudara a evadirse. Huerta se conmocionó. Se sentía hechizado y le costaba trabajo negarse a un gesto que sabía temerario. Su corazón debió de latir a un ritmo tan acelerado que no encontró palabras. Salió a pedir consejo a un amigo y este aguijoneó su instinto de conservación (Cupull y González, 2006: 129-130).

Amanecía cuando llegó a la escuelita el oficial de la CIA de origen cubano Félix Rodríguez Mendigutía, sobrino del ministro de Obras Públicas durante la dictadura de Batista. Intentó interrogar al Che y este lo insultó. En un mensaje cifrado a John Tilton, jefe de la Estación Local de la CIA en Bolivia, Rodríguez confirmó a quién tenían. El vicejefe de la CIA, Richard Helms, se encargó de entregar el cifrado en la Casa Blanca (Weiner, 2008: 297).

Sobre las 10 a. m. Rodríguez retornó a la escuelita. Ya tenía la orden de asesinato. Hizo un segundo intento por sacarle información al Che y lo zarandeó por los hombros. Se aprovechó de que tenía las manos atadas a la espalda, para agarrarlo por la barba y estremecerlo con violencia. Lo interrumpió la llegada de un grupo de soldados con el guerrillero Juan Pablo Chang-Navarro Lévano, en estado deplorable y casi ciego, y con el cadáver de Aniceto Reinaga.

Rodríguez torturó con una bayoneta a Chang-Navarro durante el interrogatorio; tampoco el combatiente peruano dijo una palabra.

Al mediodía se decidió quién asesinaría al Che: el sargento Mario Terán, un *ranger* boliviano. Rodríguez le indicó disparar por debajo del cuello para que pareciera muerto en combate. Un miedo frío le congeló el cerebro a Terán y las manos le temblaban. El Che lo encaró y el brillo de

sus ojos le nubló la vista. Solo podía escuchar que le gritaban: “¡Dispara, cojudo, dispara!”. En un clima de histeria, dos de los presentes abrieron fuego contra Chang-Navarro y contra Willy Cuba. Terán seguía sin reaccionar y Rodríguez le vociferaba. El drama se extendió unos breves minutos hasta que, presa de la agitación, “... cerró los ojos y disparó, después hicieron lo mismo el resto de los presentes” (Cupull y González, 2006: 134-135). “Guevara fue ejecutado con una ráfaga de disparos a las 13:15”, informó por radio Rodríguez (Weiner, 2008: 298). Era el 9 de octubre de 1967.

A las 4:00 p. m. partió el helicóptero con el cadáver para Vallegrande. Lo recibió otro oficial de la CIA de origen cubano, Gustavo Villoldo Sampera, capitán honorario de la policía de Batista que recibió entrenamiento en Fort Benning. Llevó el cuerpo hasta la lavandería del hospital de la localidad, que sirvió de morgue. Al depositarlo en el piso, le dio una patada; luego, en el lavadero, lo golpeó en el rostro inerte. Ya en el hotel Santa Teresita, por la noche, festejó junto a Rodríguez con whisky. En la mañana del 10 de octubre el cadáver fue expuesto en la lavandería. La monja María Muñoz, testigo presencial del drama, relató: “El Che estaba como si no hubiera muerto. Había un silencio único, no escuché que nadie hablara, ni lo creo; él con sus ojos mirándonos a todos, que parecía vivo” (Cupull y González, 2006: 139). Muchas personas lloraron...

Los oficiales de la CIA y del ejército boliviano le cercenaron las manos y lo trasladaron hasta el cuartel del Regimiento Pando. Enterraron el cadáver en una fosa colectiva bajo la pista de aterrizaje del antiguo aeropuerto de Vallegrande; luego dijeron que lo habían incinerado y esparcido sus cenizas desde un avión. Querían evitar que su tumba se convirtiera en lugar de peregrinación.

Roger P. Morris, funcionario del Departamento de Estado incorporado al *staff* del Consejo Nacional de Seguridad en octubre de 1967, narró una

década más tarde en su libro *Uncertain Greatness: Henry Kissinger & American Foreign Policy*:

En 1967, después de una cacería ampliamente financiada y “asesorada” por la CIA, el ejército boliviano finalmente capturó y mató a Che Guevara, el revolucionario cubano que intentó infructuosamente un levantamiento campesino en Bolivia. Años después, varios funcionarios que estaban presentes se recordarían de la escena, cuando Walt W. Rostow [...] presidía una reunión del *staff* del Consejo Nacional de Seguridad la mañana después de que la noticia del asesinato del Che llegara a Washington. El asesor especial del presidente para la Seguridad Nacional entró al cuarto, sonriendo ampliamente y frotando excitadamente varios lápices en sus manos. Después de un silencio expectante, roto solamente por el chirriar de los lápices, se volvió para su ayudante en asuntos latinoamericanos: “Bueno” –le dijo al funcionario, quien sonreía nerviosamente–, “lo cogimos, lo cogimos” (Morris, 1977: 17).³⁷

La caída del Che constituyó un revés para la idea de la revolución continental. “Yo lo viví y fue el golpe más duro que recibió nuestra generación (junto con saber que los diez millones de toneladas de azúcar no iban). El problema era que casi todos nos creíamos que la guerrilla salvaría al mundo del capitalismo. Su muerte nos dijo que no sería así”, recordó el poeta, profesor y ensayista cubano Juan Nicolás Padrón en una entrevista al autor de este libro (Padrón, 2019).

En la URSS, la nota necrológica de *Pravda* fue fría y en extremo formal, mientras en la prensa búlgara, checa y yugoslava aparecían artículos peyorativos. No cabe duda de que este clima, aprovechado por la base operativa plantada por la CIA entre los partidos comunistas de la región, le brindó servicios muy útiles al propósito yanqui de sofocar el auge del

movimiento guerrillero. Pese a todo, se generalizó la alarma entre los círculos de poder en Estados Unidos y Europa Occidental. Con el asesinato del Che el movimiento revolucionario perdía a uno de sus combatientes más prestigiosos. También le nacía un símbolo...:

El retrato de este hombre fue enarbolado por los manifestantes en París y en Berlín, en Roma o Río de Janeiro. Su rostro, ligeramente melancólico, decoró innumerables habitaciones de estudiantes. Se convirtió para toda una generación en el símbolo guerrillero constructor de una sociedad nueva, y su famoso eslogan “Creemos uno, dos, tres Vietnam” fue una especie de credo para nosotros –describió Dany Cohn-Bendit, *Dany el Rojo*, entonces un joven anarquista que estudiaba en la Universidad de Nanterre (Cohn-Bendit, 1987: 139).

IV. 1968: SE INFLAMA EL PLANETA

*No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje, perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo, correr los escombros
y destapar el cielo.*

MARIO BENEDETTI

En noviembre de 1967, en La Habana, fue detenido Aníbal Escalante. Su actuación transgredió los límites cuando intentó generarle un conflicto a la Revolución con la URSS y el bloque socialista. Aníbal era atendido por oficiales de la KGB –de misión en La Habana como asesores del Ministerio del Interior–, con quienes mantenía un intercambio sistemático y trasladaba sus “preocupaciones” a Moscú. Sus ansias de protagonismo lo llevaron a orientar a sus acólitos el establecimiento de contactos con funcionarios de la URSS, la RDA y Checoslovaquia, y con corresponsales de la prensa soviética en Cuba, para hacer llegar a esos gobiernos las discrepancias del grupo con la línea del Partido.

Durante el último período, la Microfracción –como se le llamó a aquella verdadera conspiración– concentró sus críticas en la supuesta profundización de una política antisoviética en el seno del Partido, cuyos síntomas visibles, según ellos, eran el establecimiento de relaciones comerciales con Francia y la organización del Salón de Mayo, para promover el distanciamiento con la URSS y el campo socialista; la orientación como material de estudio en los núcleos del Partido de *¿Revolución en la Revolución?*, la edición de nuevos materiales en rechazo al empleo de los manuales soviéticos para enseñar Filosofía y Economía

Política, y la supuesta promoción al Partido y el gobierno de cuadros pequeñoburgueses, ajenos a los intereses de la clase obrera.

Con medios de las corresponsalías en La Habana de *Tass* y *Nóvosti*, reproducían y distribuían artículos, entrevistas y materiales contrarios a la política exterior de la Revolución; por citar dos ejemplos: una carta anticubana enviada por el venezolano Teodoro Petkoff a un diario mexicano y el artículo “Crear dos, tres, muchos Vietnam”, publicado por la revista checoslovaca *Reporter*, en el que se calificaba al Che de romántico, aventurero y anarquista. Estos trabajos también los llevaban a los núcleos del Partido y los leían en las tabaquerías H. Upmann, La Corona y Gener.

Dada la labor corrosiva del grupo, tras la incorporación de Raúl al Curso Académico Superior 1967-1968 se extendió la percepción en Moscú de que Fidel separaba de la política a los partidarios de colaborar con la Unión Soviética. Juan Almeida Bosque, comandante con todos los méritos históricos –cuartel Moncada, el *Granma* y la Sierra Maestra–, cubriría el cargo ese año; sin embargo, los prejuicios exacerbados mediante la calumnia trajeron consigo que el Kremlin se cuestionara la capacidad de Almeida para sustituir a Raúl.

El cáncer microfraccionario fue detectado entre cuadros y funcionarios en los ministerios de Industrias y del Interior, el periódico *Granma*, la Coordinación Nacional de los CDR, el Puerto Pesquero, Fruticuba, la Academia de Ciencias, algunas oficinas del Comité Central del Partido y un minúsculo grupo en el Minfar (cinco). Como parte del proceso fueron detenidos 43 implicados, entre ellos cuatro mujeres a las que posteriormente enviaron para sus casas bajo arresto domiciliario.

Añadió tensión una entrevista concedida por Fidel a Herbert Matthews, difundida por *The New York Times* en diciembre. Según este diario, el líder cubano afirmó que la URSS y el bloque Este europeo cada vez se hacían más capitalistas porque cada vez se apoyaban más en los estímulos materiales. El Kremlin exigió una explicación. Dorticós desmintió lo

publicado. El embajador Alekseyev recibió instrucciones de trasladar la satisfacción porque lo puesto en boca de Fidel resultaba “una grosera invención”. Y dado que se pretendía dañar las relaciones bilaterales, “... en Moscú verían con comprensión la intención del Politburó del CC del PC de Cuba de dar una respuesta pública a semejante artículo. Informe sobre el cumplimiento de esta tarea” (Sánchez Monroe, 2018: 97).

A partir del 30 de diciembre de 1967 Cuba acogió a los delegados que participaron en el Congreso Cultural de La Habana. Raúl Roa acudió hasta el aeropuerto para recibir a 366 delegados de 62 países que llegaban desde todos los continentes –las mayores representaciones: Francia (66) y España (27). El evento no se había circunscrito a las sesiones previstas para el hotel Habana Libre. Dentro del bullicio del acontecer cubano, sus objetivos llegaron a las escuelas:

... entre las labores previas al evento, en nuestro centro [preuniversitario militar Héroes de Yaguajay] se conversó mucho sobre los temas que se iban a tratar: la formación integral del ser humano y la responsabilidad de los intelectuales frente a los problemas del mundo, con una mirada latinoamericana y no europea, así como el papel desempeñado por la comunicación y la creación artística, y el trabajo científico y técnico desde las condiciones de América Latina (Padrón, 2019).

Concurrieron Julio Cortázar, Antonio Saura, Blas de Otero, Giangiacomo Feltrinelli, Max Aub, Carlos Barral, Aimé Césaire, Ciril R. James, Nicanor Parra, Joyce Mansour, Hanz Magnus Enzensberger, Margaret Randall y Kewes S. Karol, entre tantos. El programa comenzó el 31 de diciembre con una cena de fin de año en el cabaret Tropicana; el 2 de enero de 1968 acompañaron a Fidel en el multitudinario acto en la Plaza de la Revolución, para celebrar el triunfo del 59.

El poeta, historiador y crítico de arte cubano Rafael Acosta de Arriba, en su enjundioso ensayo sobre el Congreso Cultural de La Habana, apunta que las redes intelectuales germinaban en todas direcciones con la Isla como epicentro: “Desde 1960 importantes intelectuales han venido a la isla a ver con sus propios ojos lo que sucede en la Cuba revolucionaria; Sartre el primero, y todos (o casi todos, para no ser absolutos) regresan a sus países prodigando contundentes elogios sobre la realidad cubana” (Acosta, 2014: 6).

Las sesiones se iniciaron el 4 de enero. Fue un Congreso inclusivo. Se intercambió por más de 200 horas en comisiones y plenarios en torno a categorías como subdesarrollo, colonialismo y neocolonialismo; la actuación del imperialismo, su huella y presencia en el Tercer Mundo; la guerra cultural, los medios de comunicación de masas y el rol del intelectual. Artistas, escritores, editores, científicos y comunicadores de las más variadas escuelas filosóficas, tendencias políticas y militancias, se enfrascaron en análisis esenciales para la cultura. Estaban en juego los destinos de la humanidad. Se imponía sacar las ideas de los libros y recintos académicos para atender las urgencias de un presente cada vez más complejo, sin renunciar en algo que se consideraba fundamental: sobre qué cimientos erigir la armazón demandada por la nueva sociedad que construiría el ser humano emancipado. Para Graziella Pogolotti, “... la palabra recuperaba su peso específico, su inmenso poder de gravitación” (Pogolotti, 2013: 4).

No pocos auguraban una polémica atiborrada de incomprensiones, dado el amplio espectro de concepciones estéticas, filosóficas y políticas, a lo que hay que añadir los prejuicios hacia el sector. Los resultados del congreso excedieron las predicciones más optimistas: se construyó el consenso en torno a los crímenes de guerra de Estados Unidos y fue unánime la convicción de que los problemas de la humanidad no tendrían salida en un mundo en el que estaban a la orden del día las agresiones militares y los

golpes de Estado –como ocurría en Asia, África y América Latina, y hasta en la vetusta Europa con el golpe en Grecia–, para sofocar cuanto causa abogara por un poco de justicia social.

Ya era esta una importante contribución. Estados Unidos había iniciado una nueva ofensiva de relaciones públicas. Johnson fue patológico en su emisión de mentiras, mas no tenía cómo justificar el genocidio en el sudeste asiático e insistía en enmarcarlo dentro de la doctrina de contención al socialismo y la confrontación con los movimientos de liberación nacional. “Otro problema lo constituye el de las agresiones tales como la de Vietnam. Una vez frenadas las llamadas guerras de liberación, el mundo podrá gozar de una larga época de paz”, declaró el 11 de enero el secretario de Estado, Dean Rusk, y al día siguiente, tras regresar de su novena gira de inspección por Saigón, el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Harold K. Johnson, negó que hubiesen perdido la iniciativa:

La experiencia de este país en República Dominicana y Cuba demuestra que la guerra en Vietnam es necesaria para poner fin a la proliferación del comunismo. La proliferación del comunismo terminó cuando nuestro país inició su asistencia directa en la resistencia a la implantación del sistema. Aun en nuestro hemisferio, cuando nos confrontamos con los comunistas pronta y vigorosamente, como ocurrió en la República Dominicana, estos detienen su marcha. Pero cuando Estados Unidos no supo reconocer un golpe comunista, como fue el caso en Cuba, el tumor echó raíces y ha intentado propagarse (Castro Ruz, F., 2014: 29-30).

Paradójicamente, un segmento del cónclave habanero –lo mismo cubanos que latinoamericanos– no alcanzaba a apreciar el estratégico alcance de la contribución del arte, la literatura y las ciencias sociales a la cultura demandada por la construcción del socialismo, y se trató de estigmatizar a los artistas y pensadores que no mostraban disposición a

empuñar las armas. Mario Benedetti alertó al respecto: “... no todos los intelectuales revolucionarios (empezando por Carlos Marx) terminan en soldados. Ni está prohibido ni es obligatorio. Por otra parte, no creo que solo los que terminan en soldados tengan derecho a ser llamados intelectuales revolucionarios” (Benedetti, C III/2, 2014: 2/E).

Fidel lo clausuró el 12 de enero. Habló acerca de la fuerza que ganaba el movimiento intelectual en Europa y puso como ejemplo las manifestaciones antibélicas y la reacción ante el asesinato del Che. Leyó también el comunicado en que el grupo se comprometía con “... la lucha revolucionaria antimperialista, hasta las últimas consecuencias, para lograr la liberación de todo el hombre y de todos los hombres”. Y razonó: “... estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más antimarxista que el dogma, no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas”, antes de hacer un llamado incomprendido en aquel minuto, incluso en Cuba:

Tuvo el marxismo, geniales pensadores: Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, para hablar de sus principales fundadores. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria. Estas son las paradojas de la historia. ¿Cómo cuando vemos a sectores del clero devenir en fuerzas revolucionarias vamos a resignarnos a ver sectores del marxismo deviniendo en fuerzas eclesiásticas? Esperamos, desde luego, que por afirmar estas cosas no se nos aplique el procedimiento de la “Excomuniación” y, desde luego, tampoco el de la “Santa Inquisición”; pero ciertamente debemos meditar, debemos actuar con un sentido más dialéctico, es decir, con un sentido más revolucionario (Castro Ruz, F., 2014: 23-24, 26).

No pocos intelectuales refieren que, dado el clima alcanzado por el debate en torno a los problemas de la cultura, a la experiencia de este congreso debió dársele continuidad. Hubiese sido lo ideal, pero era Fidel el único capaz de liderar un movimiento de esa dimensión universal y no podía. “Crear dos, tres o más Vietnam...” no era una consigna y al Gobierno Revolucionario le urgía buscar fórmulas de supervivencia en medio del creciente aislamiento económico y político impuesto por Estados Unidos. ¿Cómo evitar que los movimientos guerrilleros quedaran abandonados a su suerte tras el asesinato del Che? ¿Cómo generar las condiciones internas que le permitieran a Cuba resistir el bloqueo y dar continuidad a sus ambiciosos planes de desarrollo social e industrial?:

... en el campo de la cultura hay muchos problemas por resolver, hay muchas cuestiones por dilucidar; y nosotros no disimulamos ni mucho menos que hay montones de cosas todavía a las que dar respuesta, hay problemas nuevos no resueltos. Y esos problemas los tenemos los revolucionarios, sobre todo cuando, como revolucionarios, en condiciones especiales, nos vemos obligados a invertir una inmensa parte de nuestro esfuerzo para sobrevivir, para defendernos y avanzar.

[...]

Múltiples problemas podrían debatirse en el seno del campo revolucionario acerca de los problemas de la cultura, porque esos problemas son reales. Sin embargo, eso tal vez era lo que esperaban los imperialistas: la atención, el esfuerzo se centró en las contradicciones fundamentales, en las contradicciones decisivas, que no son las contradicciones en el seno del movimiento revolucionario, no son los problemas de la cultura en el seno del movimiento revolucionario, sino las contradicciones y los problemas de la cultura con el imperialismo –expresó Fidel ese día con absoluta sinceridad (Castro Ruz, F., 2014: 35-36).

Clausurado el Congreso, entre el 24 y el 26 de enero el Comité Central del Partido se reunió en pleno para analizar el asunto de la Microfracción. Raúl presidió la comisión investigadora y presentó las conclusiones. Se probaron varios delitos graves: brindar orientaciones distorsionadas a núcleos del Partido; ofrecer información falsa y calumniosa a funcionarios extranjeros acerca de los planes de la Revolución para socavar las relaciones internacionales de Cuba; sustraer documentos secretos del Comité Central del Partido y realizar labor de zapa entre antiguos militantes del PSP. Dado su prestigio y antigüedad como cuadro del PSP, Carlos Rafael Rodríguez intervino. Por su valor ilustrativo, lo cito en extenso:

Se ha tratado también por esta gente de presentarse como defensores de la Unión Soviética [...] Yo pienso que a la Unión Soviética hay que respetarla como el país que por primera vez emprendió y realizó una revolución socialista, yo creo que nadie puede dejar de tener respeto por el partido de Lenin. Pero me parece que la única forma legítima de querer a la Unión Soviética y de respetarla es la que llevamos adelante cuando criticamos lo que consideramos errores de su política, cuando expresamos abiertamente nuestras discrepancias, cuando decimos en un sentido fraternal en qué consideramos que están llevando mal el proceso de las relaciones internacionales y cómo nosotros no compartimos esas posiciones.

Lo otro es subordinación, lo otro es renuncia a la crítica, lo otro no es amor sino oportunismo. Porque a mi juicio –y creo que en esto estamos todos de acuerdo– este grupo no ha tratado de ayudar a la Unión Soviética, sino de utilizar a la Unión Soviética. Y todas las maniobras que aquí se han descrito [...] revelan exactamente qué pasos ha dado este grupo para comprometer más y más a la Unión Soviética (algunos de cuyos funcionarios –como hemos visto aquí– actuando incorrectamente se han dejado comprometer), para

comprometerla en esta política fraccional que no tenía otro objetivo que la ambición. Y esto está confesado, no hace falta ni siquiera insistir en ello. Porque, efectivamente, estos señores han dicho lo que querían. Han llegado al punto de traición, de desear que la situación económica de nuestro país se empeorase, para permitir la intervención política “amistosa” – según dicen ellos– de la Unión Soviética, para obligar a que su jefe Aníbal fuera llamado a gobernar el país, o a cogobernarlo, y para entonces ellos participar también con diversos cargos [...]

[...]

Creo que no es posible prolongar por más tiempo esta situación en que toda una serie de funcionarios y miembros de organizaciones socialistas, países socialistas, trabajan en contra de la Revolución Cubana aquí y en su propio país. Cuando yo regresé de Europa les informé a los compañeros algunas de las cosas que había conocido en Checoslovaquia. En Checoslovaquia había una verdadera campaña en los círculos del Partido sobre este problema [...] Nosotros pudimos saber que se hablaba de la prisión de toda una serie de compañeros de la antigua dirección del PSP y se daba por cierta, incluso, por ejemplo, la prisión de Juan Marinello, que en ese momento estaba tranquilamente sirviendo a nuestro país en la Unesco. Y que todo esto había servido para una campaña de insidias contra la Revolución Cubana que puede haber tenido manifestaciones como esa que se mencionó ayer aquí, de un checo que manda recomendarle a Aníbal que se cuide porque en esta lo pueden matar.

[...]

Creo que estos son problemas que hay que discutir abiertamente, además de lo que representa para un país la actitud de determinados funcionarios extranjeros [...]

completamente intolerable (Rodríguez Rodríguez, 1968: 86-91)”.

El caso pasó a los tribunales y los encartados fueron sancionados a penas de cárcel. Los funcionarios y periodistas soviéticos implicados fueron declarados *persona non grata* y expulsados del país –uno de los más agresivos, Vadim Listov, era el corresponsal permanente de *Pravda*. Cuba bajó el nivel de los dirigentes que asistían a las recepciones en la sede soviética y anunció que no participaría en la reunión de partidos comunistas de Budapest, que se celebraría en diciembre.

La ofensiva del Têt

Entre 1965 y 1968 Estados Unidos lanzó tres millones de toneladas de bombas sobre Vietnam –cifra superior a las arrojadas sobre Alemania y Japón juntos en la II Guerra Mundial–, con efectos catastróficos para un país agrícola que veinte millones de galones de agente naranja y 400.000 t de napalm mantenían encendido de un extremo a otro. El fósforo blanco arrojado en los bombardeos ardía en la piel de decenas de miles de vietnamitas hasta provocar una muerte espantosa, y las municiones de racimo descuartizaban a la población civil mucho después de finalizados los bombardeos de los B-52.

Pese al descomunal poderío, no conseguían imponer sus objetivos en Vietnam. En los diez primeros meses de 1967, Estados Unidos desplegó tres grandes operaciones en dirección a Tâỵ Ninh, en el sureste vietnamita, y ante el estrepitoso fracaso –con 170.000 bajas (muertos y heridos) entre los efectivos yanquis y del ejército títere–, en plena contienda la Junta de Jefes del Estado Mayor relevó a dos generales que comandaban el sector. Ese año murieron más soldados de Estados Unidos en combate que los sumados desde el inicio de la contienda. La participación yanqui había durado más tiempo que la II Guerra Mundial y el tonelaje semanal en bombas arrojadas sobre Vietnam del Norte sobrepasaba el lanzado sobre la Alemania nazi.

Nada detuvo a las fuerzas patrióticas. Hundieron 27 buques de la armada, destruyeron 1.310 vehículos militares, cerca de 1.800 aviones y helicópteros –lo mismo en el aire que en tierra–, neutralizaron 5 trenes, volaron 162 puentes y asaltaron 113 emplazamientos estadounidenses (43 postas y 70 torres de observación). Para entonces sus unidades antiaéreas habían derribado 2.356 cazas, lo que forzó al Pentágono a enrolar coroneles pilotos que peinaban canas para mantener la disposición combativa en

aquella campaña en la que Estados Unidos llegó a emplear el 60 % de toda su fuerza aérea.

Las manifestaciones antibélicas se hicieron dominantes en toda la Unión y en 1967 se sumaron las madres de clase media de los 10.000 expatriados que huyeron a Canadá para eludir el alistamiento. A Johnson no le era posible presentarse en público sin barreras, y ni así pudo evitar que la gente se lanzara sobre su automóvil con carteles que lo tildaban de asesino. El 19 de octubre de 1967, 100.000 personas se reunieron frente al monumento de Lincoln, en Washington. Entre los organizadores de esta concentración se hallaba el reverendo William Sloane Coffin, capellán de la Universidad de Yale. Era un líder de primera línea en el movimiento por los derechos civiles, detenido por la policía durante la primera Marcha por la Libertad en Montgomery, Alabama, en 1961. Su carisma y coherencia lo convirtieron en una personalidad de renombre internacional. Consideraba la agresión a Vietnam un error legal y una política tan moralmente repugnante, que aconsejaba a los jóvenes no alistarse.

En las universidades de Estados Unidos los varones estaban obligados a registrarse para el reclutamiento al cumplir los 18 años de edad. Ser llamados a filas era un deber que los jóvenes aptos debían soportar sin prórrogas, lo que significaba casi siempre ir a servir 18 meses en Vietnam. Los Cuerpos de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva eran el terror de los campus; especial indignación causaba que los hijos de familias adineradas o de funcionarios del gobierno bien colocados entraran a unidades de la reserva y la Guardia Nacional, a resguardo de la jungla vietnamita:

Un informe del *Congressional Quarterly* demostraba que de 234 hijos de senadores y miembros del Congreso que alcanzaron la mayoría de edad durante la guerra, solo veintiocho fueron a Vietnam, y de este grupo, tan solo

diecinueve entraron en combate: un fiel testimonio de clase y privilegio (Kelley, 2004: 320).

Acompañaban a Coffin el afamado pediatra Benjamin Spock, el escritor Norman Mailer y el poeta Robert Lowell. Los tres lideraban un grupo de 250 delegados de la Ivy League, una organización que reunía representantes de las ocho universidades más prestigiosas del nordeste. Ese propio 19 de octubre entregaron al Departamento de Justicia 994 cartillas de reclutamiento recogidas en varias concentraciones aquella semana. Ante la expectación de los medios, Coffin improvisó un discurso en la escalinata de la institución federal:

No podemos protegerlos. Solo nos resta presentarnos públicamente como han hecho ellos. Nosotros aconsejamos a esos jóvenes que sigan negándose a servir en las fuerzas armadas mientras continúe la guerra de Vietnam, y nos comprometemos a ayudarlos y secundarlos de la forma en que podamos. Eso significa que si se les detiene por infringir una ley que va contra su conciencia, a nosotros también tienen que detenernos por ello, pues somos igual de culpables ante la ley (Kelley, 2004: 311).

Un funcionario del Departamento de Justicia recibió las cartillas de reclutamiento y declaró a la prensa que estudiaban la cuestión. Permanecían a la espera de una decisión de la Suprema Corte. Al día siguiente, 20 de octubre, unas 50.000 personas protagonizaron la Marcha al Pentágono. William S. Coffin y Benjamin Spock caminaron en la primera fila. Tropas de infantería les cerraron el paso para impedirles llegar. Desde el techo, McNamara escuchaba los cánticos: “Hey, hey, LBJ, ¿cuántos niños has matado hoy?”. Más tarde, en la Casa Blanca, el secretario de Defensa sugirió cancelar los bombardeos; Johnson no lo dejó terminar: “¡Quiero lealtad!, ¡Quiero lealtad! Quiero que bese mi culo en un aparador de Macys

en pleno mediodía y diga que huele a rosas. Quiero su polla en mi bolsillo” (Stone, 2009, cap. 7).

McNamara fue sacado del gabinete y, para no generar mayor escándalo, Johnson le permitió asumir la presidencia del Banco Mundial, institución que a partir de ese instante ganó protagonismo en la contraofensiva imperial, mediante la concesión de créditos a los países “vitriñas” que Estados Unidos mostraba como paradigmas en contraposición al socialismo. Todos los veteranos que quedaban de la Administración Kennedy abandonaron la nave.

En diciembre Johnson anunció el tradicional alto al fuego de navidad. Los B-52 se mantuvieron en tierra mientras él visitaba la base naval de Vinh Cam Ranh, en la costa sureste vietnamita, a la entrada del mar de China. Ante el espíritu maltrecho de sus tropas, esa noche debió de soñar que cenaba con los muertos. En vísperas de 1968, mil operativos de la CIA y 500.000 hombres intentaban batir a un enemigo escurridizo que se les tornaba invisible. Siete millones de campesinos de Vietnam del Sur habían sido concentrados en los campamentos delimitados con alambradas; más de 40.000 supuestos comunistas fueron torturados y asesinados como parte del programa Phoenix de la CIA para liquidar al FLN, movimiento al que identificaban con el epíteto despectivo de “vietcong” (zurditos del Viet). Ni así consiguieron doblar las rodillas a la nación.

Miles de estadounidenses cruzaban el Pacífico de regreso en sarcófagos, sin contar los heridos y mutilados que pasaban de 115.000, pérdida que equivalía a la aniquilación de 120 batallones de combate. Entre los sobrevivientes comenzaron a manifestarse desarreglos psicosomáticos – insomnio, pesadillas, manifestaciones paranoides o esquizoides–, como expresión del estrés postraumático, al tiempo que se disparaban las cifras de drogadicción entre los veteranos de campaña. En el diagnóstico a estos desórdenes de conducta se acuñó un término con un impacto social de la mayor relevancia: “Síndrome de Vietnam”, que como una descarga eléctrica

se extendió desde los hospitales militares e instituciones psiquiátricas hasta el terreno de la política. Allen Ginsberg, ícono de la Generación Beat, lo resumiría en su poema “Lamentación del sin techo”:

Perdona, amigo, no quise molestarte,
pero volví de Vietnam
donde maté a un montón
de hombres vietnamitas
algunas damas también
y no pude soportar el dolor
y de miedo cogí una costumbre
y pasé por la rehab y estoy limpio
pero no tengo lugar donde dormir
y no sé qué hacer
conmigo ahora mismo
[...]

(Ginsberg, 2019: 66)

A principios de enero, el senador demócrata Eugene McCarthy anunció que se presentaría a las primarias de New Hampshire. “Como heredero oficial del legado de liberalismo intelectual en el partido de Adlai Stevenson, McCarthy podía ser muy enojoso y hasta mentir en sus intentos por presentarse como un santo completamente carente de ambición. Pero tuvo el valor de enfrentarse a Johnson, y conforme el año avanzaba, se convirtió en el único caballo por el que podían apostar los que se oponían a la guerra” (Clinton, 2004: 137).

Inmerso ya el país en la carrera por el Despacho Oval, Johnson no recibía una sola noticia esperanzadora y las imágenes que llegaban desde Vietnam le causaban un daño político irreparable. En franca violación de la Convención de Ginebra de 1949, cuyo artículo 12 estipula que los prisioneros de guerra “... solo podrán ser transferidos por el bando que los

detiene a otra parte que sea miembro de la Convención, y luego de que la parte que detiene se haya asegurado acerca de la voluntad y capacidad de esta parte que recibe los prisioneros, de atenerse a la Convención”, los patriotas capturados por las tropas estadounidenses eran entregados al régimen títere. Las fotografías tomadas para la revista *Life* por el congresista Tom Harkin se constituyeron en una estremecedora denuncia contra el régimen carcelario en las “jaulas de tigres” de la isla-prisión de Côn Sơn, frente a la costa sur vietnamita, bajo el asesoramiento de oficiales y expolicías estadounidenses (Franklin, 2016: 277).

Una ofensiva conjunta del ejército norvietnamita y el FLN a partir de los festejos de la primera noche del Têt (Nuevo Año Lunar budista), el 29 de enero de 1968, se extendió sobre las seis ciudades más importantes del país; 40 capitales de provincia (de un total de 44), 70 cabezas de distrito y casi todos los municipios. En la noche del 30 de enero las acciones llegaron a Saigón. La capital dormía luego de un largo día de juergas y alcohol, cuando un comando de destino especial patriótico, integrado por 19 hombres, asaltó la embajada de Estados Unidos y se mantuvo atrincherado en sus posiciones por seis horas; otros grupos atacaron el Palacio Presidencial, la sede del Estado Mayor Interarmas, la estación de radio, la sede del mando de la Infantería de Marina, la sede de los paracaidistas, la sede central de los servicios de la policía y numerosos depósitos de municiones y combustible. Las fuerzas de liberación ocuparon cinco municipios capitalinos, en los que de inmediato la población constituyó comités de autogestión popular para asumir el control. En paralelo, unidades del ejército revolucionario se lanzaban contra un centenar de batallones yanquis (331.098 soldados y 78.013 infantes de marina). Algunas ciudades fueron ocupadas durante varias semanas; la más importante, Hue, histórica capital real ubicada a 100 km del paralelo 17.

Johnson presionaba desde la Casa Blanca al Pentágono para tratar de evitar una derrota vergonzosa, que se traduciría en mayor descrédito

político y humillación personal. Nuevas revelaciones muestran cuánta impotencia sintió el mando militar. Particular dramatismo se vivió durante el sitio de Khe Sanh, base de la Fuerza Aérea yanqui ubicada entre la Zona Desmilitarizada (DMZ, por sus siglas en inglés) y la frontera con Laos.³⁸ Era una unidad estratégica para hostigar la pista Hô Chí Minh e impedir el abastecimiento de armas hacia el sur. Desde el 21 de enero los patriotas acorralaron a dos regimientos de marines y un batallón del ejército títere, que solo podían ser abastecidos por aire. El 3 de febrero el general William C. Westmoreland, comandante militar estadounidense en Saigón, le envió un largo cable al general Earle G. Wheeler, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor –y una de las voces más optimistas sobre el curso de la guerra–, que puso de manifiesto el nivel de tensión. Westmoreland temía que la situación se les fuera de control y se convirtiera en otro Diên Bien Phü: “Si la situación en el área de la DMZ cambia dramáticamente, deberíamos estar preparados para introducir armas de mayor eficacia contra fuerzas masivas. Bajo tales circunstancias visualizo las armas nucleares tácticas o los agentes químicos como candidatos eficaces a emplear”, concluyó en el cifrado (Sanger, 2018: A 1).

El 7 de febrero el plan para la Operación Fracture Jaw fue puesto a la consideración del general Ulysses Grant Sharp Jr., comandante militar estadounidense en el Pacífico, quien le hizo pequeñas correcciones y lo declaró conceptualmente correcto. Esa mañana *Newsweek* despuntó con un artículo de Walter Lippmann, consejero de Johnson para la guerra de Vietnam y dos veces premio Pulitzer (1958 y 1962) por su columna en este diario “Today and Tomorrow”: “La política de Johnson-Rusk en Asia está en camino de desplomarse. Lo que se desploma es la idea que Estados Unidos puede por la fuerza militar determinar el orden de cosas en el continente asiático”, escribió (Khác, 2014: 316-317).

Setenta y dos horas más tarde, Westmoreland aprobó Fracture Jaw. Utilizarían armas nucleares tácticas hacia el norte del perímetro. Había un

inconveniente: en Vietnam del Sur no disponían de proyectiles nucleares y el traslado desde Okinawa lo debía autorizar el presidente. Walt W. Rostow puso el memorando en su mesa y le explicó que la operación estaba en curso. Johnson se perturbó. Un paso de ese tipo involucraría a China en la guerra. “Interrumpa [...] *Fracture Jaw*. Informe a todo el personal con acceso a este proyecto [...] que no se puede divulgar el contenido del plan o el conocimiento de que dicha operación estaba en curso o ha sido suspendida”, ordenó el 12 de febrero de 1968, en un cable a Westmoreland con copia al general Wheeler (Sanger, 2018: A 1).

Con la Ofensiva del Têt el programa de pacificación de Estados Unidos fue desarticulado. Una tercera parte de las tropas del ejército títere resultó aniquilada o tuvo que replegarse hacia los principales centros urbanos o las bases norteamericanas (más de 100.000 hombres). Las fuerzas independentistas mostraron que podían golpear cuando querían hasta en las ciudades mejor defendidas, incluida Saigón. “En gran medida el Vietcong controla ahora el campo”, informó el general Wheeler (*The Pentagon Papers*, 1971: 547, vol. 4). La contraofensiva fue brutal e indiscriminada. Los palacios reales en Hué, uno de los conjuntos culturales más relevantes de Vietnam, fueron prácticamente derruidos. Todo Vietnam del Sur se percató de que Johnson actuaba con hipocresía cuando se decía su protector. Solo le importaba arrasar al enemigo.

Walter Cronkite, respetado periodista de la cadena televisiva CBS, viajó al terreno de operaciones militares para comprobar *in situ* las secuelas. En su reporte posterior calificó de “insensato” el optimismo manifestado por el mando yanqui y aconsejó negociar, “... no como vencedores, sino como personas honorables que están a la altura de su compromiso en defensa de la democracia y han hecho todo lo que han podido”. En una conversación íntima con un grupo de amigos, Johnson exteriorizó su frustración: “Si he perdido a Walter Cronkite, he perdido al país” (Kelley, 2004: 317). Y en verdad una sensación de impotencia se había adueñado de la opinión

pública estadounidense. A todas luces era evidente que tanto el ejército como los funcionarios de la administración mentían acerca de los avances militares en la guerra, o más bien, acerca de la falta de ellos:

Têt fue en realidad una gran derrota psicológica y política para Estados Unidos, porque los norteamericanos vieron con sus propios ojos en nuestra primera “guerra televisada”, que nuestras fronteras eran vulnerables incluso en las zonas que controlaban. Más y más estadounidenses comenzaron a preguntarse si realmente podríamos ganar una guerra que los sudvietnamitas no podían ganar por sí mismos, y si valía la pena mandar cada vez más soldados a Vietnam cuando la respuesta a la primera pregunta parecía que no (Clinton, 2004: 137-138).

Westmoreland pidió 200.000 refuerzos. Johnson debió de palidecer. ¿De dónde sacarlos como estaban las cosas en la Unión? Las tropas estadounidenses pasaron a una situación de defensa. “La guerra contra los Estados Unidos requiere tiempo, tiempo... A los norteamericanos les está derrotando el tiempo, les está cansando. Para cansarlos tenemos que continuar, durar... mucho tiempo...”, declaró el general Võ Nguyên Giáp, ministro de Defensa de Vietnam del Norte, a la periodista italiana Oriana Fallaci (Fallaci, 2007: 71).

Ese propio febrero un acto frenético causó particular conmoción en Estados Unidos: el general Nguyễn Ngọc Loan, jefe de la policía secreta del gobierno títere, ejecutó de un disparo en la sien, en una calle de Saigón a plena luz del día y frente a cámaras de televisión que transmitían en vivo, a un combatiente del FLN con las manos atadas a la espalda. Millones de televidentes quedaron atónitos; al otro día se agotaron los periódicos con las morbosas imágenes del suceso tomadas en secuencia por Eddie Adams, prestigioso fotógrafo de la AP.

El 16 de marzo de 1968 una unidad yanqui asaltó la aldea survietnamita de My Lai, en Quang Ngai, bastión del FLN: soldados rabiosos sodomizaron a muchachas y adolescentes; mujeres repetidamente violadas frente a sus hijos balbuceaban entre sollozos: “No vietco”, “no vietco”, segundos antes de que sus cráneos estallaran con las detonaciones de los M-16; niños degollados y bebés utilizados en ejercicios de tiro al blanco frente a madres que convulsionaban, presas de pánico; lugareños encerrados en chozas atestadas de gente a cuyo interior arrojaban granadas. Quienes intentaron ganar la selva fueron alcanzados por los helicópteros y las ametralladoras M-60. Finalizada la carnicería, más de 500 ancianos, mujeres y niños yacían reventados, esparcidos sobre la tierra.

Un año más tarde, en Nueva York, durante una entrevista de CBS a Paul Meadlo, veterano de apenas 22 años de edad y uno de los participantes en los hechos, el experimentado periodista de investigación Mike Wallace, de quien se decía que era fuerte como un toro, repitió incrédulo cinco veces la misma pregunta: “¿También bebés?”. La nación escuchó horrorizada la respuesta un tanto nerviosa: “También bebés. Suplicaban y decían: «No, no». Y las madres abrazaban a sus hijos y... bueno, seguimos disparando. Ellos agitaban los brazos y suplicaban” (Goodman y Moynihan, 2018). Meadlo, a quien una mina le arrancó un pie al día siguiente de lo acontecido en My Lai, manifestó que le ordenaron disparar y creyó hacer lo correcto, le pareció natural. Había perdido amigos en esa guerra. “Les mandé un buen chico y lo convirtieron en un asesino”, declaró la madre de Meadlo a la prensa con posterioridad (Richards, 1979).

Solo un oficial de bajo rango, el teniente William L. Calley Jr. y cinco soldados, entre ellos Meadlo, fueron juzgados por el crimen.

Al día siguiente, el 17 de marzo de 1968, todavía sin conocimiento de lo ocurrido en My Lai, unas 10.000 personas se congregaron en la plaza londinense de Trafalgar contra la guerra de Vietnam y el apoyo del Gobierno británico a la Administración Johnson. Varios oradores

intervinieron en un clima de tranquilidad; de súbito, los manifestantes partieron rumbo a la embajada de Estados Unidos. Las tensiones crecieron cuando cientos de efectivos de la policía formaron una barrera, hombro a hombro, para cerrar el acceso y la multitud se negó a retroceder. A la reconocida actriz Vanessa Redgrave, una de las oradoras en el mitin de Trafalgar, se le autorizó ingresar a la sede junto con tres activistas. Entregaron una nota de protesta. Cuando los manifestantes se aproximaron al césped, la policía montada les lanzó los caballos encima, incluso después de que la calle fuera despejada. Esta actuación violenta generó una respuesta de la masa acalorada: porras hacia un lado y otro, bombas de humo negro, petardos, piedras, palos, tierra... Sufrieron lesiones 86 personas (25 policías); unas 50 debieron ser hospitalizadas por la gravedad de los traumas. Más de 200 activistas del movimiento antibélico resultaron detenidos.

Frente a las imágenes de televisión con batallas interminables que parecían no tener derrotero, el general William C. Westmoreland fue forzado a renunciar. Lo sustituyó el general Creighton W. Abrams, vices jefe del Estado Mayor del Ejército. Johnson empezó a hablar de paz con honor, sin que nada detuviera la caída en picada de su popularidad. Cada vez era más frecuente que la gente se abalanzara sobre la limusina presidencial, gritándole "Asesino". Semanas antes de las primarias llegó a quejarse en una reunión del gabinete que el único lugar donde podía dar un discurso electoral era un portaviones. Un mensaje había sido grabado por los vietnamitas con fuego en la piel del agresor: tenían que ganar en Vietnam, no en los pasillos de la ONU ni en las salas de prensa.

La guerra fue considerada un error por la mayoría de la población estadounidense y un 58 % la conceptuó de inmoral. Del gran idealismo que precedió la llegada de Johnson a la Casa Blanca, se pasó a la desilusión y el desespero. Los fondos para su publicitada lucha contra la pobreza se los tragó el sudeste asiático. Las críticas en la calle se hacían en voz alta. Cien

mil jóvenes emigraron para eludir el llamado a filas. Entre los veteranos y miembros del ejército creció el activismo antibélico. A su regreso, los soldados no eran recibidos como libertadores o defensores de valores democráticos. En Vietnam los conducían a actuar como asesinos y así eran apreciados en su país. Estaban desilusionados y no querían combatir. Cientos de oficiales sufrieron atentados de su propia gente en la jungla.

Esta debacle militar tuvo una expresión económica. Al no aumentar los impuestos para financiar una guerra impopular, la administración incluyó en el presupuesto de 1968 el mayor déficit fiscal desde la II Guerra Mundial, superior a la totalidad del déficit de los últimos cinco años. Poco después, la Ofensiva del Têt llegó hasta las primarias de New Hampshire, donde Eugene McCarthy arremetió contra el presidente sitiado y logró el 41 % de los votos contra el 49 % de Johnson. Su derrota por tan mínimo margen constituyó una gran victoria psicológica. Cuatro días más tarde, Robert F. Kennedy se postuló en la misma sala del Senado donde su hermano John F. comenzó la campaña electoral en 1960.

La decisión de Bobby podía destapar la botella que guardaba los demonios, pero una voz en su cabeza le decía que debía afrontar los riesgos y seguir adelante. La campaña de McCarthy había puesto en evidencia las grandes divisiones internas en el Partido Demócrata y quería cambiar el rumbo del país. La gente le creyó. Antes de anunciar su candidatura trabajó duro para que se aprobara una resolución impulsada por William Fulbright en el Senado, que impidió a Johnson enviar otros 200.000 soldados a Vietnam; visitó los Apalaches para mostrar al país la pobreza existente en la Norteamérica rural; y luego de un viaje a Sudáfrica animó a los jóvenes a luchar contra el *apartheid*. McCarthy "... daba la impresión de que prefería estar en casa leyendo a santo Tomás de Aquino que ir a una cabaña hecha de papel alquitranado para ver cómo vivía la gente pobre, o cruzar medio mundo para pronunciarse contra el racismo" (Clinton, 2004: 139).

En Vietnam la situación se hacía insostenible, todas las semanas morían en combate un promedio de 360 soldados estadounidenses. El 20 de marzo, cuatro días después de que Kennedy presentara su candidatura, Johnson suspendió todas las prórrogas al servicio militar para estudiantes universitarios, excepto para los que estuviesen en facultades de Medicina. William S. Coffin y Benjamin Spock, junto con otros tres activistas, fueron detenidos por el FBI acusados del delito de conspiración para secundar e instigar la resistencia al reclutamiento, al igual que los hermanos Daniel y Philip Berrigan, dos sacerdotes católicos a quienes procesaron por robar y quemar los registros de incorporados a filas.

El 31 de marzo Johnson se dirigió al país desde la Casa Blanca. Eran las 9:00 p. m. Se veía agotado, nervioso. Apenas podía ocultar la tensión, que parecía haberse vuelto intolerable. Existía mucha especulación acerca del curso de los acontecimientos en Vietnam: unos decían que se mantendría la escalada militar; otros, que se enfriaría un poco, con la esperanza de emprender negociaciones de paz. La nación permanecía expectante, con sus ciudadanos pegados a radios y televisores —el índice de aceptación del presidente había experimentado una caída del 70 % a inicios de mandato, al 40 %.

Cuando empezó a hablar, anunció que daría el primer paso para mitigar el conflicto, con la reducción unilateral de las operaciones militares, incluidas las acciones aéreas y navales por encima del paralelo 20. La zona que quedaría libre de castigo abarcaba la mayor parte de Vietnam del Norte (90 % de su población). En el resto, los bombardeos continuarían a escala reducida. Podrían cancelarse si Hô Chí Minh mostraba moderación. De súbito, calló. Una breve pausa le imprimió mayor dramatismo a la escena, hasta que su voz cansina arrastró las últimas palabras:

Con nuestros hijos en campos de batalla lejanos, y nuestras esperanzas de paz en el mundo debatiéndose cada día entre el éxito y el fracaso, no creo que deba dedicar ni un solo día más,

ni una sola hora más, a causas partisanas [...] no voy a presentar, y no aceptaré, la nominación de mi partido a otro mandato para ser vuestro presidente (Clinton, 2004: 140).

La audiencia quedó anonadada. Los sectores que dentro de aquella polarizada sociedad apoyaban la guerra se sintieron defraudados. En una cultura en la que el miedo a la debilidad constituye una obsesión, el presidente se desmoronaba. Quienes valoraban las cosas buenas que hizo por el país se sintieron tristes por él. En Wall Street se apreció como una confesión de fracaso, como un reconocimiento de su ineptitud. Estados Unidos apareció para sus aliados como una potencia sin timón. China lo calificó como “un tigre de papel”. En mayo, en París se abrieron las negociaciones de paz con el Gobierno vietnamita.

Mi abuelo era de *color*, mi padre fue *Negro* y yo soy *Black*

Con la guerra de Estados Unidos en Vietnam como centro de la atención, en 1968 se produjo una especie de convergencia natural entre los movimientos antiautoritarios y anticapitalistas de una nueva izquierda, que, lo mismo en Estados Unidos que en Europa Occidental y Japón, tomó distancia del modelo burocrático proyectado por el “socialismo real” y ello tuvo un reflejo hacia lo interno del bloque Este europeo, con particular fuerza en Checoslovaquia y Polonia.

En abril de 1968, con el simple anuncio de que se reduciría la escalada militar en Vietnam, se dispararon la bolsa de valores de Nueva York y los mercados. Por paradójico que parezca, la imagen del presidente estadounidense recobró cierta popularidad. Johnson constató que no estaba desplomado y lanzó como candidato a la Casa Blanca a su vicepresidente Hubert H. Humphrey; además, en franca violación de las facultades que la ley atribuye al ejecutivo, le ordenó a la CIA investigar al Movimiento por la Paz de Estados Unidos. La agencia inició una operación de vigilancia interna con el nombre clave de “Caos”. Se mantuvo casi siete años, con la anuencia de Richard M. Nixon y Gerald Ford. En cumplimiento de este mandato, el director de la CIA, Richard Helms, creó un Grupo de Operaciones Especiales para espiar a los estadounidenses y lo ocultó astutamente entre las sombras del personal de contraespionaje; mientras, la Agencia de Seguridad Nacional enfocaba su inmensa capacidad de escucha contra todas las organizaciones pacifistas en la Unión.

Pese a ello, el movimiento antibélico se radicalizó y extendió. En 1968 la Universidad de Columbia, en Nueva York, fue ocupada por grupos estudiantiles y se vio obligada a cerrar durante el resto del año académico. En instituciones como Yale se producían una reunión, una marcha o una

protesta, al menos una vez por semana. Se puso de moda lanzar adoquines y quemar tarjetas de reclutamiento (*drafting cards*) en las manifestaciones públicas; en no pocas actividades se comenzaron a quemar banderas estadounidenses.

Cuando la compatibilidad entre el humanismo y el marxismo estaba en el centro del debate mundial, en las clases de Filosofía de las universidades de Estados Unidos empezó a discutirse acerca de la alienación en la sociedad capitalista, en contraposición al estudio obligatorio del ya referido texto de Daniel Bell *El final de la ideología*. Muchos empezaron a replantearse la enseñanza tradicional, signada por el racismo, el chovinismo, el patriotismo y la obediencia ciega; evolución que, si bien no consiguió derrumbar el granítico muro de la educación ortodoxa, dejaría su influjo en una generación de maestros.

De la mano de la francesa Simone de Beauvoir y la estadounidense Betty Friedan, ocurre en este momento lo que se conoce como la “segunda ola” del movimiento feminista. De los lemas a favor de legalizar el aborto: “Que cada niño, sea un niño deseado” y “Nuestro cuerpo nos pertenece”, las mujeres pasaron a la lucha contra la violencia y por su emancipación. Aparecieron en las actividades y manifestaciones con una nueva máxima: “Lo personal es político”. La conciencia femenina brincó los muros universitarios y se lanzó a las calles; el movimiento cobró fuerza y determinación. “Había podido comprobar que la vieja izquierda hablaba de buen grado de todos los problemas, pero nunca resolvía ninguno. Así, cuando vimos que los negros del sur eran capaces de desenvolverse por sí mismos y de asumir su emancipación, comprendimos que debíamos actuar de la misma forma”, relató Susan Brownmiller, fundadora del grupo Mujeres Radicales (Cohn-Bendit, 1987: 227).

Las mujeres planteaban cuestiones universales que sobrepasaron cualquier sectorialismo de razas, clases sociales y religiones, para aportar una dimensión original a la historia política del siglo xx. No tuvieron miedo

a afrontar las actitudes criminales y violentas de los hombres contra ellas – incluidos sus propios compañeros en las manifestaciones– y desvelaron reivindicaciones arraigadas en sus corazones, que nunca se habían atrevido a expresar. Cuando se hace una mirada retrospectiva a la década, fue este el movimiento de mayor perseverancia en sus propósitos de todos los que emergieron.

Hacia 1968 los luchadores por los derechos de los negros habían adquirido una impresionante combatividad. Una década de luchas levantó su orgullo, según narró el escritor, investigador, crítico literario y profesor Henry L. Gates Jr.:

... muchos de los negros se convirtieron en gente negra, se dejaron Afros enormes y comenzaron a usar dashikis [camisas africanas de colores brillantes] y cuentas. Se me ponía la carne de gallina solo de pensar en ser negro, estar orgulloso de ser negro y aprender a lucir un gran cabello al estilo triple E, como le decía papá: enredado, encrespado y encrestado.

Para las generaciones mayores, debimos parecer fenómenos de carnaval, caminando por ahí, murmurando unas pocas frases en *swahili* que habíamos logrado memorizar, haciendo unos con otros complicados saludos de manos al estilo *soul*, poniendo nuestros puños cerrados sobre nuestros corazones y diciendo cosas como, “mis hermosos hermanos y hermanas” [...] era un esfuerzo emocionante y sincero por forjar una nueva identidad común entre un pueblo descendiente de espléndidas culturas de la antigüedad, raptadas y forzadas a la servidumbre, y después privadas del poder económico y político colectivo. Pensamos que habíamos aprendido por fin nuestro inconfesable nombre, el nombre secreto, y ese nombre era negro. Creíamos que, si lo decíamos una y otra vez como un conjuro, podríamos mover montañas [...] o derribar barreras como Josué, que peleó en la

batalla de Jericó y las murallas quedaron en ruinas (Gates, Jr., 2013: 198-199).

Dentro de ese contexto, las mujeres negras debieron afrontar no solo la marginación por su pertenencia al movimiento feminista y al de los derechos civiles, sino la de sus compañeros en este último, liderado por hombres. En respuesta fundaron la Organización Nacional de las Mujeres Negras, que interconectó la lucha contra los dos sistemas de opresión: el de la pobreza, racismo y violencia gubernamental –hasta los guetos fueron militarizados–, y el del machismo entre sus compañeros y la violencia intrafamiliar.

A finales de marzo Martin Luther King Jr. viajó a Memphis, Tennessee, para apoyar la huelga de los basureros negros locales. Su prédica contra la crisis moral lo convirtió en adalid de la juventud y los sectores antisegregacionistas. El 3 de abril, en el Mason Temple, profetizó en un emotivo discurso: “I’ve Been to the Mountaintop” (He estado en la cima de la montaña):

Como cualquiera, quisiera tener una vida muy larga. La longevidad es agradable. Pero ahora eso no me preocupa. Solo quiero que se haga la voluntad de Dios. Y Él me ha permitido subir a la cima de la montaña. Y he mirado al otro lado, y he visto la tierra prometida. Puede que no llegue allí con ustedes, pero quiero que esta noche sepan que nosotros, como pueblo, llegaremos a la tierra prometida. Así que esta noche soy feliz. Nada me inquieta. No tengo miedo. ¡Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor”! (Clinton, 2004: 140-141).

Pleno de inspiración, en la tarde-noche siguiente King salió al balcón del motel Lorraine en el que se hallaba alojado. Quería observar a los transeúntes, contemplar la ciudad. Irradiaba optimismo... De repente, un disparo salido de la nada atravesó su barbilla y cayó tendido. Era el 4 de

abril de 1968. Exactamente un año atrás *The Washington Post* lo había declarado una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos, tras su discurso antibélico en Nueva York.

Tanto el núcleo intelectual conservador como los medios intentaron manipular sus prédicas sobre la no violencia, con la intención de contrarrestar la influencia de los más combativos Panteras Negras, pero no consiguieron enfrentarlos. Ambas concepciones estaban íntimamente relacionadas. Defendían el humanismo y los derechos económicos. Los partidarios de los dos métodos se complementaban y mantenían estrechos vínculos. A los ojos de los sectores recalcitrantes de la sociedad estadounidense y los supremacistas blancos, la actitud del apóstol de los derechos civiles lo condenó y optaron por asesinarlo. Tenía 39 años... Lejos de lo que pensaron sus verdugos, el espíritu de King abandonó el ataúd al que intentaban confinarlo para acallar su voz y ante la presencia de decenas de miles de personas caminó sobre su tumba, arrullado por el eco de las notas de su himno favorito: “Take My Hand, Precious Lord”, en la voz de su amiga Mahalia Jackson.

La noche de su asesinato, Bobby Kennedy hacía campaña en Indiana y llamó a la calma en un discurso memorable, en el que pidió a los negros no odiar a los blancos recordando que su hermano también fue asesinado por un blanco. Invocó los versos de una tragedia de Esquilo y la capacidad de la cultura helena de adquirir sabiduría “a través de la espantosa gracia de Dios”. Llamó a la regeneración moral de Estados Unidos: “Dediquémonos a aquello que los griegos escribieran hace mucho tiempo: a domesticar la parte salvaje del hombre y a hacer mejor la vida en este mundo. Dediquémonos a ello, y recemos por nuestro país y por nuestro pueblo” (Clinton, 2004: 141).

Más que plegarias provocó la muerte del adalid de los derechos civiles y la paz. El día de su sepelio ningún niño negro asistió a la escuela en toda la Unión. Estallaron revueltas en más de cien ciudades. Washington,

Baltimore, Chicago, Trenton, Cincinnati, Newark, Detroit y Boston se estremecieron.

En Washington las columnas de humo de los edificios incendiados se elevaban por encima del Capitolio. Ante millones de televidentes, 55.000 efectivos de la Guardia Nacional y decenas de miles de policías intentaron aplastar las manifestaciones a golpe de porras y manguerazos de agua. El impacto fue devastador. Para brindar “máxima asistencia” al restablecimiento del control, los dueños de los medios de comunicación reglamentaron la cobertura:

... los equipos de reporteros deben ser enviados a los puestos de comando de las fuerzas vivas, en lugar de enviarlos al lugar de los hechos directamente [...] un puesto de comando con personal idóneo estará indudablemente en comunicación con los lugares donde se suceden los desórdenes, y será capaz de brindar a los reporteros cualquier información que deseen (Franklin, 2016: 148).

El Congreso respondió con Ley Federal del Derecho a la Vivienda, que prohibió la discriminación en la venta, alquiler y financiación de las casas, cuyo proyecto el ala más conservadora republicana rechazaba arguyendo que “... llevaría al «control gubernamental de la propiedad privada»” (Kelley, 2004: 324).

Tras la muerte de King la atención se volcó hacia Bob Kennedy, único aspirante a la presidencia de proyección nacional que gozaba de confianza entre las bases populares, el único blanco del *establishment* en el que confiaban los más relevantes luchadores por los derechos civiles. Kennedy ganó en las primarias de Indiana y Nebraska, pero en Oregón, el 28 de mayo, acuñó la primera derrota electoral de un Kennedy. En cambio, el 5 de junio arrasó en Dakota del Sur y en California, el estado más grande de la Unión, gracias a la alta participación de los votantes pertenecientes a

minorías del condado de Los Ángeles; aquella victoria lo colocaba casi a las puertas de la nominación demócrata.

Hacia el final de la tarde empezó a soñar en voz alta. Prestó especial interés al taller para jóvenes escritores negros en Watts, de su amigo Budd Schulberg, escritor y guionista multipremiado de Hollywood, y prometió: “Voy a repetirlo por todo el país, lo convertiremos en un programa federal de talleres para escritores” (Talbot, 2013: 526). En la medianoche, una multitud concentrada en el salón de baile del Ambassador, en Los Ángeles, aclamó eufórica su breve y subido de tono discurso. Estaba radiante, relajado, bromista... William Clinton evocó:

Kennedy era fascinante. Irradiaba pura energía. Es el único hombre que conocía que podía caminar encorvado, con la cabeza inclinada, y aun así parecer un muelle a punto de saltar. No era un gran orador según los estándares convencionales, pero hablaba con tanta intensidad y pasión, que podía llegar a ser hipnótico (Clinton, 2004: 112).

Cuando terminó hizo el signo de la V con los dedos, en señal de victoria —y entonces también de la paz. Los medios lo esperaban en la sala de prensa y resultaba prácticamente imposible atravesar la multitud, bastante descontrolada, que coreaba a voz en grito: “¡Queremos a Bobby!, ¡Queremos a Bobby!”, sin contar que algunas personas entre el gentío habían bebido demasiado. Buscó el camino más corto: un pasillo de servicios que lo conducía a la cocina. Caminó a pasos alargados, dejando atrás, incluso, a su escolta personal. Cocineros y personal de servicio lo esperaban alineados en fila junto a cada pared para estrecharle la mano; de repente, dos ensordecedores fogonazos lo detuvieron. Entre carreras y gritos, en fracción de segundos se desató el *pandemonium*, hasta hacerse visible el cuadro: Kennedy se desangraba en el suelo de la cocina. Sus ojos abiertos y asustados se tornaron vidriosos, tenía la muerte dibujada en el rostro. Un bramido a coro estremeció el local: “¡Otra vez no!”, “¡otra vez

no!” (Talbot, 2013: 527-529). Llegó con vida al hospital. Un proyectil recibido a quemarropa le destrozó el cerebro e impidió salvarlo.

Martin Luther King Jr. y Robert F. Kennedy en su caída conmocionaron a la nación. Asesinatos similares estaban vivos en la memoria popular: John F. Kennedy, Medgar Evers, James Reeb y Malcolm X, además de la bomba en una iglesia de Birmingham que reventó a cuatro niñas negras, y la lapidación de tres jóvenes negros por una banda anglosajona:

La creciente tasa de crímenes, la desenvuelta exposición de asesinatos en la televisión, el recurso a la coerción de estudiantes de Berkeley, Columbia, y otras universidades, y el cabildeo de la Asociación Nacional del Rifle contra toda legislación efectiva que controlara las armas de fuego, hicieron preguntarse a muchos si la violencia no constituía el modo de vida norteamericano (Morison, Commager y Leuchtenburg, 1988: 879).

Una espiral de caos se extendió en el país y tanto la Guardia Nacional como la policía repartían porrazos a diestra y siniestra, agravando el descontento y la frustración. Lo ocurrido en Nueva York generó alarma. Durante la década esta urbe cosmopolita sufrió la erosión de sus bases económicas como secuela de la desindustrialización, lo que unido a la acelerada suburbanización sumió en la pobreza a gran parte de su población en el centro de la ciudad. El Bronx y Harlem, entre otros, se tornaron barrios conflictivos, con edificios semiabandonados, solares cubiertos de basura, drogas y pandillas. Un beligerante descontento social estalló entre sus sectores marginados. De allí brotó una de las más gigantescas manifestaciones en la historia de Estados Unidos, que agrupó a cientos de miles de personas, entre ellas, una cifra considerable de representantes del movimiento contra la segregación racial, con carteles en los que se decía que la guerra en Vietnam estaba inspirada en los mismos sentimientos en virtud de los cuales se discriminaba al negro en Norteamérica. “No

Vietcong ever called me «Nigger»” (Ningún Vietcong me llamó nunca “negro de mierda”), rezaba un cartel. Entre los retratos portados estaban Malcolm X, Martin Luther King, Hô Chí Minh y el Che.

Nueva York, empero, no era la única urbe que experimentaba lo que se conceptuó como una “crisis urbana”. Problemas similares emergieron en no pocas ciudades de Estados Unidos y ello trajo consigo que con agosto llegara el quinto verano consecutivo de enfrentamientos violentos contra la policía en los guetos negros, y el segundo de mayor represión en las instituciones universitarias.

Nixon aprovechó para lanzarse, otra vez, a la carrera por la Casa Blanca. Ajustó sus discursos de campaña a los valores propugnados por estos sectores: se presentó como el candidato de la ley y el orden, y le arrancó a Johnson el lema “Paz con honor” para convertirlo en su plataforma electoral. Pocos recordaron –y a la prensa no le interesó sacarlo a relucir– que a la escalada en Vietnam luego de la derrota francesa se le denominó “la guerra de Nixon”, dada su presión para que la participación de Estados Unidos fuese más allá del financiamiento e instrucción de sus asesores militares a las fuerzas del régimen antinacional. ¿A qué llamó “Paz con honor”? No lo definió y esa ambigüedad le ofreció un abanico de posibilidades; de hecho, no se cohibió de impugnar la iniciativa de poner fin a los bombardeos y pactar un acuerdo negociado en Vietnam, promovida por Robert Kennedy en el Senado, tres meses antes de que lo asesinaran.

Después de fustigar a Bobby Kennedy –según subrayó– por alentar al enemigo, Nixon se enfocó en los problemas domésticos de un país necesitado de paz social: jugó con el despecho de los hombres anglosajones contra los activistas radicales del movimiento antibélico, los estudiantes universitarios con sus jeans tajeados –aunque con tarjetas de crédito en los bolsillos– protestando en los campus para no ser enrolados en el ejército, los *peaceniks* (*hippies* pacifistas) pelilargos fumadores de marihuana, las mujeres y los homosexuales que, de acuerdo con este influyente sector,

socavaban las virtudes y los principios morales de la familia cristiana. Se granjeó el apoyo de los delegados y los votantes de los estados sureños, maniobrando con el odio despertado entre ellos por la legislación de los derechos civiles promulgada en el Congreso a propuesta de Johnson. Tenía la convicción de que una mayoría silenciosa rechazaba el progresismo educado de Nueva York, California y las principales urbes del norte y, aunque en privado le entusiasmaban la historia y el jazz, no hubo tribuna en la que no lanzara diatribas contra todo lo que pudiera ser percibido como intelectual y culto –viejo hábito estadounidense, especialmente entre los populistas.

Renació como el ave fénix. Y cuando en la Convención Nacional Republicana, celebrada del 6 al 8 de agosto en Miami Beach –bajo la protección de un cordón de tanques del ejército–, derrotó al gobernador de Nueva York, Nelson D. Rockefeller, uno de los estandartes del clan familiar que controlaba las finanzas y el petróleo de América Latina, y al gobernador de California, Ronald Reagan, demócrata converso salido de Hollywood que transitó de posiciones a lo Franklin D. Roosevelt a la identificación con el fundamentalismo cristiano, supo que esta vez nada ni nadie podría cerrarle el paso a la Casa Blanca.

Luego de su elección como candidato, anunció la nominación como vicepresidente de su fórmula al gobernador de Maryland, Spiro T. Agnew – como ya se apuntó–, notorio por la brutalidad con que reprimía en su estado las manifestaciones de desobediencia civil. Estalló en furia la concentración hasta ese minuto pacífica que encabezaba el reverendo Ralph Abernathy –el sustituto de Martin Luther King– a un kilómetro y medio de la sede de la Convención Republicana:

Se llamó a la Guardia Nacional y, ante los ojos de todos, se desarrolló un espectáculo que comenzaba a ser habitual: gas lacrimógeno, palizas, saqueos e incendios. Cuando acabó habían muerto tres hombres negros, se impuso un toque de

queda que duró tres días y se arrestaron a 250 personas, que luego fueron liberadas para acallar las acusaciones de brutalidad policial (Clinton, 2004: 151).

Johnson no halló valor para asistir a la Convención Demócrata entre el 26 y el 29 de agosto en Chicago, cuyo gobernador Richard Daley militaba en las filas de ese partido. Cuatro días antes, un nativo anglosajón de 17 años que pertenecía al movimiento antibélico fue baleado por la policía cerca del Lincoln Park, donde se reunían los activistas contra la guerra y por los derechos civiles. Allí el movimiento *yippy* había convocado un “Festival de la vida”, descrito por Abbie Hoffman:

Organizamos conciertos gratuitos en la calle y reunimos a la gente en los parques. Creamos los Juegos Olímpicos yippies. Durante toda una semana mostramos a los habitantes de Chicago otro estilo de vida. No vacilamos en hacer circular informaciones surrealistas: les hicimos creer que habíamos puesto LSD en el agua potable de la ciudad y cosas así. El alcalde se puso como loco, gritaba: “¡Son asesinos en potencia!”. Envió a la policía contra nosotros. Luego los policías afirmaron haberse contenido..., ¡pero te juro que muchos de nosotros no opinamos lo mismo! A pesar de todo, resultó muy divertido” (Cohn-Bendit, 1987: 29-30).

Más tarde los *yippies* fundarían periódicos, crearían comités para defenderse de la policía y utilizarían toda una contracultura para atraer a la juventud que rechazaba el modo de vida que pretendían venderle. De acuerdo con Hoffman, se apoyaron “... en la rebelión espontánea de toda una generación” (Cohn-Bendit, 1987: 30).

El 24 de agosto un millar de manifestantes se negó a abandonar el parque en la noche, como se les ordenó por las autoridades. En una escena surrealista televisada por los medios, la policía arremetió contra la multitud con sus porras mientras los jóvenes se defendían con piedras, insultaban o

salían corriendo. Cuando se abrió el debate en la Convención, el 26 de agosto, la cúpula del Partido Demócrata se negó a nominar al senador Eugene McCarthy, el candidato de la paz, quien se había impuesto inobjetablemente en las primarias:

McCarthy tenía un aspecto miserable. Parecía haber vuelto a su antiguo yo, inseguro y tímido. Era como si se resignase a la derrota y se sintiera completamente ajeno a aquellos chicos a los que maltrataban o pegaban cada noche en el Lincoln Park o el Gran Park cuando se negaban a irse. En un último esfuerzo por encontrar un candidato que la mayoría de los demócratas considerara elegible, todo tipo de gente, desde Al Lowenstein al alcalde Daley sondearon a Ted Kennedy. En cuanto vieron que su negativa era firme, la nominación de Humphrey estuvo asegurada; y con ella la postura sobre Vietnam que Johnson quería (Clinton, 2004: 154).

La noche del 29, cuando la convención debía nombrar a su candidato, 15.000 personas se reunieron en Grant Park. Un joven comenzó a arriar la bandera de Estados Unidos y las fuerzas antidisturbios –25.000 efectivos de las unidades regulares, la Guardia Nacional y la policía– arremetieron contra los manifestantes. La multitud avanzó resuelta rumbo al hotel Hilton, en cuyo piso 15 se hallaban las oficinas de campaña de McCarthy. A la altura de la avenida Michigan, las tropas los agredieron con porras y gases lacrimógenos. En los televisores aparecieron imágenes apocalípticas del enfrentamiento. McCarthy envió un mensaje de apoyo a sus seguidores en Grant Park y prometió no apoyar la candidatura de Humphrey, que era lo mismo que apoyar la política de Nixon. Cuando el senador Abe Ribicoff intervino, condenó la represión ordenada por Richard Daley como “tácticas dignas de la Gestapo”. Daley ocupó el estrado ante las cámaras de televisión e insultó a Ribicoff. Terminados los discursos se procedió al sufragio y Humphrey ganó con el 60 % de los votos de los delegados. “En

una última vejación, tras la convención, la policía entró en el Hilton para golpear y arrestar a los voluntarios de McCarthy, que estaban celebrando una fiesta de despedida. Dijeron que aquellos jóvenes, mientras ahogaban sus penas, les habían lanzado objetos desde las habitaciones...” (Clinton, 2004: 155).

Dos meses más tarde, el 17 de octubre, en la ceremonia de premiación de los 200 m planos en los Juegos Olímpicos de México 1968, Tommie Smith (oro) y John Carlos (bronce) se quitaron las zapatillas y subieron descalzos al pódium, en representación de la pobreza del pueblo negro estadounidense. Carlos llevaba la chaqueta desabrochada y un collar de cuentas, muestra de orgullo por su origen africano. Al recibir la medalla bajaron la cabeza y levantaron su puño cerrado al cielo, con un guante negro, símbolo del Black Power. Dos décadas más tarde Carlos, entonces un joven de 23 años crecido en Harlem y que había sufrido la misma discriminación en la Universidad de Texas, donde le hicieron entender que para aquella institución solo era una “máquina de correr”, comentaría:

“Por primera [...] vez desde la creación de la televisión, dos hombres tomaban pacíficamente como rehén la imaginación de los hombres del mundo entero. Por primera vez, cientos de millones de hombres y de mujeres se vieron obligados a consumir una emoción diferente de la programada”. Tuvieron que pagar el precio de su osadía: “Fue duro; mi familia y yo pasamos hambre, pero no me arrepiento de nada. Era preciso que mis compatriotas comprendieran que no podían comprar a los negros con caramelos o medallas olímpicas. Gracias a la lucha que emprendimos, hoy en día los negros viven mejor [...] y los atletas negros son tratados mucho mejor que en 1968”. (Cohn-Bendit, 1987: 52).

Nixon toma la llave del Despacho Oval

El 31 de octubre de 1968 Johnson anunció la suspensión total de los bombardeos contra Vietnam del Norte y la inclusión en la mesa de negociaciones en París, tanto del FLN como de una representación del gobierno títere del sur. Humphrey subió rápidamente en las encuestas; la iniciativa de paz tendía a situarlo a la cabeza.

Desde el cuartel general republicano, el taimado candidato a la presidencia no perdió un segundo. A cambio de la promesa de un cargo relevante en su administración, había comprado el favor del Dr. Henry A. Kissinger, emigrante judío alemán que ocupaba una cátedra en Harvard y participaba en las negociaciones de paz en París como asesor de Averell Harriman, uno de los plenipotenciarios de Estados Unidos. Kissinger le entregó información confidencial acerca de la marcha de las conversaciones –acción que si bien no constituye delito, muestra carencia de ética– y ello puso a Nixon en una situación ventajosa para planear la próxima zancadilla: pidió a su amiga de origen chino Anna Chennault, prominente republicana con gran influencia en el *lobby* asiático del Congreso, solicitar a los gobernantes de Vietnam del Sur que no cedieran ante la demanda de sumarse a las conversaciones junto con el FLN. Chennault había aportado una contribución de 240.000 dólares a la campaña de Nixon y era también amiga del vicepresidente títere, Nguyễn Cao Kỳ; por tanto, no le fue difícil cumplir el encargo, gracias a la incertidumbre que reinaba en Saigón, donde se observaban con ojos atribulados las piruetas de Johnson bajo las presiones del movimiento antibélico y la opinión pública estadounidense.

¿Cuál fue el resultado de la maniobra? El 2 de noviembre –a 72 horas de las presidenciales–, Nguyễn Van Thieu declaró que no iría a París porque el FLN estaba invitado y eso lo obligaría a formar un gobierno de coalición con los comunistas. Solo aceptaba como interlocutor al Gobierno de

Vietnam del Norte. El equipo de campaña de Nixon tenía un diseño de comunicación articulado a la espera de este fiasco e impuso como matriz de opinión que Johnson se adelantó con el anuncio de su “iniciativa de paz”, sin tener cerrados todos los frentes diplomáticos, para favorecer a Humphrey de cara a las elecciones.

El 5 de noviembre Nixon escaló a la Casa Blanca con una mínima ventaja en el sufragio popular de 500.000 votos (43,4 % contra 42,7 %) y 301 escaños electorales (31 por encima de la mayoría necesaria). Frente al resentimiento de una intolerante y racista clase media anglosajona y la beligerancia de los círculos de poder, su equipo de campaña sacó provecho a la crisis presentándolo como el candidato de la “ley y el orden”; como un estadista sensato que tenía un plan para acelerar el fin del conflicto en Vietnam, defender la paz interna y estabilizar la economía, área en la que tuvo como asesor a Milton Friedman, quien escribió “Pocos presidentes han expresado una filosofía tan compatible con la mía propia” (Friedman and Friedman, 1998: 387). Pese a todo, triunfó con el voto popular más bajo desde 1912. No importó que una nueva ley garantizara la participación de los jóvenes de hasta 18 años de edad. Nadie consiguió empujarlos hacia las urnas.

“En los anchos horizontes de la Norteamérica de los años sesenta, donde coincidían los fans del rock con los estudiantes radicales, la frontera entre pegarse un colofón y levantar una barricada a veces parecía nebulosa” (Hobsbawm, t. ii, 2003: 335). Pero en aquel clima de Guerra Fría, lo mismo en Estados Unidos que en Europa Occidental, la teoría libertaria, o sea, el anarquismo de Bakunin o de Kropotkin, estuvo más cerca de la mayoría de los estudiantes radicales que el marxismo. “Éramos libertarios y sentíamos el mismo odio por el capitalismo que por el comunismo”, manifestó Dany Cohn-Bendit (Cohn-Bendit, 1987: 81).

Durante la década se entrelazaron en causa común la justicia social y la libertad individual, dos valores no necesariamente compatibles. El profesor

estadounidense David Harvey apuntaría: “La búsqueda de justicia social presupone vínculos de solidaridad social y una disposición a sumergir las carencias, necesidades y deseos individuales en la causa de una lucha algo más general [...] Los objetivos de justicia social y libertad individual se fundieron de manera tensa en el movimiento del 68” (Harvey, 2015: 49).

Para romper ataduras y las rígidas normas de la familia, la Iglesia y el Estado, en un mundo de hipocresía y doblez, se asumieron como armas de lucha la marihuana y el sexo. “Haz el amor no la guerra” (*Make love not war*) fue otro eslogan distintivo que estremeció los cimientos morales de aquella generación.

Por su carácter ilegal, consumir marihuana se constituyó en un acto de desafío y poco a poco aparecieron drogas más sofisticadas: primero, la heroína, y se hizo popular entre las clases de menores ingresos –con precios accesibles–, en una espiral que convirtió al narcotráfico en un negocio próspero, de futuro...; a finales de la década emergió un gran mercado de cocaína en Estados Unidos, en especial entre la clase media, que se extendió a Europa Occidental. Cuenta Abbie Hoffman: “... probábamos todas las drogas posibles. Para saber cuáles eran nocivas y seleccionar las sustancias que podían tomarse y las que no, pensamos que debíamos probarlo todo” (Conh-Bendit, 1987: 33).

Llamado a la Corporación RAND como consultor del Defense Technical Information Center, en 1968 Seymour M. Lipset entregó un nuevo libro: *Students Politics*, que comprendía ensayos acerca de los movimientos estudiantiles en Estados Unidos, Europa y América Latina, enfocado en la tradición reformista; otro neoconservador, Lewis S. Feuer, aportaba *El conflicto de generaciones: el carácter y la importancia de los movimientos estudiantiles*, en el que abordó la historia y significado de las disidencias estudiantiles desde los primeros siglos hasta 1968, en la búsqueda de una fórmula eficaz de enfrentamiento. Su propuesta de una teoría de la rebelión en términos de conflicto generacional fue clave para

evitar una escalada en la confrontación. Según Feuer, dentro de sus opciones políticas los jóvenes estudiantes acostumbraban a elegir una que implicara violencia y la humillación de sus mayores, lo que a menudo sembraba las semillas de su destrucción y gestaba la traición de sus ideales. No apreció una amenaza de fondo al sistema. Recomendaba administrar la crisis.

El *establishment* hizo su tarea. Nixon realizó un recorte drástico de los fondos para investigación, becas y asistencia financiera a las altas casas de estudio. Cuando las administraciones universitarias debieron reajustar sus presupuestos y reducir gastos, prescindieron de los estudiantes identificados en las manifestaciones, calificados entre los sectores conservadores como “... niños de bien, blandos, malhablados, inmorales y antipatriotas, que eran demasiado egoístas para comprender lo que hacía falta para mantener unida a una sociedad y demasiado cobardes para ir a combatir a Vietnam” (Clinton, 2004: 155). Los tanques pensantes y los medios, con el mercado como el más eficiente instrumento de control ideológico del capital financiero, habían cumplido la tarea. El estadounidense Irwin Silber expuso en el Congreso Cultural de La Habana:

La inmoral agresión a Vietnam ha precipitado el proceso de deshumanización en Estados Unidos hasta un punto en que ahora casi ha completado su ciclo. La civilización plástica de la clase dominante [...] ha impuesto sobre su propio pueblo todo el horror de la destrucción de los valores vitales. Y es la cultura del mismo imperialismo la que documenta la degradación definitiva de la vida en los Estados Unidos de América.

Las falsas artes de la Televisión, de las películas de Hollywood y de los escenarios de Broadway se basan en lo estúpido, lo superficial, lo insubstancial. Abundan en los preceptos morales del racismo, señalando de forma sutil y directa que la América blanca es el centro del Universo y la justamente elegida de algún Espíritu Todopoderoso [...] El arte de masas [...] está

degradado por el desprecio a la vida y por una creencia cínica de que toda cultura, toda expresión, todas las ideas, son meras mercancías en el gran mercado de la realidad capitalista.

Para decenas de millones de norteamericanos, la tecnología del capitalismo se ha convertido, de hecho, en un monstruo que está dominando ahora la misma textura de sus vidas. La victoria de esta tecnología inhumana ha producido un pueblo asustado por el mundo, inseguro de su propio valor, “comprando” ansiosamente una seguridad emocional mediante la acumulación de objetos materiales. Su misma cultura ha llevado a ellos la idea de que a menos que su apariencia física y sus valores correspondan a los del mundo irreal de la televisión comercial y del anuncio publicitario, son gentes incompletas. Los propietarios de los medios de comunicación masiva han perfeccionado la técnica de la manipulación de la personalidad y las motivaciones. Emplean todas las armas de la guerra psicológica: el temor, la desconfianza, la auto-flagelación, el sentimiento de culpa, para vender sus productos y obtener ganancias.

[...]

Las únicas obras artísticas significativas que se están creando en Estados Unidos son aquellas de un carácter negativo y destructivo. Estados Unidos ha perdido su capacidad de producir un arte de afirmación. Ha muerto la herencia de Whitman y Sandburg. El sueño americano se ha transformado en una pesadilla. Hoy día, los mejores escritores de teatro, los músicos y cantantes de mayor capacidad creadora, los artistas y pintores más profundos, han dedicado: sus talentos a denunciar la irrisión de la vida en el corazón del “mundo libre”. En el teatro, Albee elimina las falsas apariencias y presenta la enfermedad y la corrupción que supuran bajo la superficie.

[...]

[...] El nuevo filósofo de la cultura popular norteamericana

Marshall McLuhan, ha proclamado que “el medio es el mensaje”. Los críticos más destacados polemizan contra la interpretación, sugiriendo que el arte es su propia razón de ser, que la expresión artística es la finalidad del arte, que lo importante para el artista es decir algo (cualquier cosa o simplemente nada) bien expresado y con inventiva, sin preocuparse por la sustancia de su visión. El estilo “hip” ha triunfado y ha creado un nuevo surtido de héroes de la cultura admirados e imitados por su actitud indiferente y distinta hacia la vida. Ellos son, naturalmente, antihéroes, porque ven más allá de la impostura de los valores culturales norteamericanos, y participan cínicamente en el juego sin comprometerse emocionalmente. (Silver, C-III/28, 2014: 2-3/E).

La represión y el asedio policial a los líderes descabezaron el movimiento *hippie*. A Abbie Hoffman lo sacaron de circulación por consumo de drogas:

Hubiera podido arriesgarme a un gran proceso donde defender nuestras ideas, pero, en aquella época, bajo la Administración Nixon, nuestras posibilidades de tener un proceso justo eran prácticamente nulas. Me arriesgaba a ser condenado a cadena perpetua. Preferí desaparecer, cambiar de nombre y sumergirme en la clandestinidad” (Cohn-Bendit, 1987: 33).

Jerry Rubin siguió otro curso: luego de 36 detenciones y la prohibición de residencia en numerosos estados de la Unión, se afeitó la barba y se integró al sistema. “Hoy ya no salgo de mi domicilio sin antes comprobar si llevo encima mi tarjeta del «American Express»”, manifestó, agitando su tarjeta entre risas y aplausos en una controversia con Hoffman en la Universidad de Filadelfia, en la que se mostró orgulloso de haber fundado el movimiento “Yuppy”, una invención para reunir a los jóvenes empresarios de las grandes urbes norteamericanas. A lo cual ripostó Hoffman:

“Jerry se ha unido actualmente a una pequeña élite que pretende decirnos cómo debemos vestir, qué comer, qué coche comprar, y que además se muere de ganas por enseñarnos qué debemos pensar. Eso no es la democracia” (Cohn-Bendit, 1987: 37-38).

Sin solidez ideológica, el movimiento cayó en las redes del sistema y fue comercializado por los medios hasta neutralizar sus “alborotos”. Dos años más tarde, los *hippies* estaban inmóviles y tristes, deformados. No pocos murieron por sobredosis de droga, otros volvieron a sus estudios o al trabajo; los más rebeldes se convirtieron en cuestionadores de media jornada y a medianoche retornaban a sus hogares, con la familia... De todos modos, no puede negarse que su impronta abrió un amplio cauce de tolerancia en aquella rígida sociedad puritana y racista.

Hasta los grupos radicales cayeron en la trampa, absorbidos por el incentivo económico ofrecido por los medios. Para Marshall Berman, los postulados de la Nueva Izquierda estuvieron imbuidos de grandes dosis de humanismo marxista, pero tras los asesinatos de 1968 y la llegada de Nixon al Despacho Oval la deriva de esa izquierda se fue tornando delirante y opresiva (Berman, 2003: 78):

El fugaz fanatismo de la izquierda todavía no se había agotado, pero ya se había desatado una reacción radical en la derecha, una reacción que demostraría ser más duradera, mucho mejor financiada, estar más institucionalizada, contar con más recursos y tener un grado mayor de adicción al poder y mucha mayor habilidad a la hora de conseguirlo y mantenerlo (Clinton, 2004: 155).

En 1968 los rasgos esenciales del capitalismo no se vieron amenazados en su Catedral. El enorme anhelo de cambio no trascendió más allá del interés por transgredir normas y patrones culturales de una sociedad de consumo, cuyas bases a casi nadie le interesó dinamitar. Hubo escasa militancia verdadera. Lo que se intentaba subvertir, sobre todo, era “la

lógica del funcionamiento y el modo mismo de expresión de las formas dominantes de la cultura entonces vigente” (Aguirre, 2011: 103). “Vivir sin tiempo muerto y gozar sin trabas”, uno de los lemas que entonces se popularizó, constituye el ancestro de una máxima impuesta por el hedonismo neoliberal del siglo XXI: “Solo hay una vida”.

De mayor trascendencia resultaron las luchas del movimiento por los derechos civiles. Un año después del asesinato de Martin Luther King Jr., fue ultimado el líder de las Panteras Negras, Fred Hampton. El FBI penetró sus filas y el delator entregó la casa en la que se ocultaba. Poco antes de las 5:00 a. m. del 4 de diciembre de 1969, con el plano del apartamento y el croquis del lugar en que dormía este joven de 21 años, un comando de la policía de Chicago, armado con fusiles automáticos, lo sorprendió en la cama y acribilló a balazos sin darle tiempo a reaccionar. A su acompañante también lo destrozaron. Cerca de cien proyectiles fueron descargados sobre ambos.

Los militantes del Black Power sufrieron una represión brutal. Cientos fueron asesinados en los enfrentamientos, otros eran arrestados y desaparecidos... Muchos debieron escapar; algunos se refugiaron en Cuba, donde querían adquirir experiencias sobre cómo organizar sus comunidades para continuar la lucha. Los activistas incorporaron a su discurso lo aprendido en los intercambios y conferencias por la paz en La Habana. No hay uno de los protagonistas de ese movimiento que no hable de Cuba y lo que significó para ellos la solidaridad de su Revolución. Nada impidió mantener vivas las ideas que convirtieron a Malcolm X y Martin Luther King Jr. en símbolos de una nueva era:

Encerrada en el *ghetto*, dividida por el crecimiento de una clase media, diezmada por la pobreza, atacada por el gobierno y conducida al conflicto por los blancos ¿estaba la población negra bajo control? Sin duda; a mediados de los años setenta, no había ningún movimiento negro en marcha. Y, sin embargo,

había nacido una nueva conciencia negra, y todavía sobrevivía
(Zinn, 2004: 342).

Se extiende el fuego a Europa Occidental

La expansión de posguerra del Estado de bienestar en Europa alcanzaba su cenit en 1968. La instrumentación de políticas fiscales y monetarias keynesianas para redistribuir los ingresos y controlar la circulación del capital –que propició, en alguna medida, la integración política del poder sindical obrero y el apoyo a la negociación colectiva–, y la activa intervención estatal en la economía con cierto grado de planificación del desarrollo y abultado gasto público, caminaron de la mano con tasas de crecimiento relativamente altas. “... el Estado se convirtió en un campo de fuerzas que internalizó las relaciones de clase. Instituciones obreras como los sindicatos de trabajadores y los partidos políticos de izquierda tuvieron una influencia muy real dentro del aparato estatal” (Harvey, 2015: 18).

Hacia finales de la década, algunos signos de desaceleración a escala global permitieron advertir la proximidad de una crisis como consecuencia de la acumulación de capital, que los especialistas llaman de “estanflación”: aumenta la inflación –pierde con ello valor adquisitivo la moneda– y se dispara el desempleo (hasta 1967 inferior al 2 %), con una caída de los salarios mínimos. La demanda de aumento salarial y de las inversiones directas para salir del estancamiento colisionó con el interés de frenar el gasto social, ascendente al 11 % del PIB, sin tocar el gasto militar ni el presupuesto para la carrera armamentista. La investigadora británica Hilary Wainwright lo explica:

En los lugares de trabajo de toda Europa, los empresarios afrontaban presiones cada vez más incontenibles debido a las políticas de pleno empleo y, al amparo de las mismas, al mayor poder de negociación de una fuerza de trabajo colectiva y llena de confianza en sus propias fuerzas, que ya se mostraba inquieta con el trato fordista de obediencia absoluta a cambio

de salarios elevados. Esto comenzó a afectar los beneficios y llevó por tanto a los empresarios a ejercer presiones políticas para una contención de los salarios y una legislación que mermara el poder del movimiento obrero organizado (Wainwright, 2018).

Este fenómeno crecía cuando la guerra de Vietnam, primera televisada en la historia, acaparaba la atención mundial; la Ofensiva del Têt mostró a Estados Unidos vulnerable. Su contracultura se extendió a través de la música, el cine y la literatura, con impacto en la vida cotidiana de toda una generación. Los valores pregonados por la democracia representativa cayeron en declive.

La Revolución cubana y el auge de los movimientos de liberación revelaron que era posible la utopía. La propuesta del Che de “crear dos, tres, muchos Vietnam” animó no pocas reuniones estudiantiles. El internacionalismo tuvo una expresión en el terreno político y otra en el orden simbólico, que puso a circular las ideas revolucionarias. Algunos actores del Mayo Francés estuvieron en Cuba, incluso cortaron caña en la zafra azucarera. Veían a Fidel, al Che y a los revolucionarios cubanos con sus pelos largos y barbas como una especie de Robin Hood.

Durante 1968 se realizaron manifestaciones juveniles y obreras en la RFA, Francia, Reino Unido, Italia, España y Países Bajos, fundamentalmente, en jornadas intensas en las que la efervescencia no estuvo exenta de insuperables tensiones internas entre las diferentes corrientes políticas participantes.

Francia resultó emblemática. Una generación nacida durante la II Guerra Mundial se levantó contra las pesadillas de Vietnam y Argelia de la mano de un influyente grupo de artistas e intelectuales, con notable protagonismo, como ya se apuntó, de Sartre. Su recomendación a la lectura de *Los condenados de la tierra* resulta ilustrativa: “Tengan el valor de leerlo: porque les hará avergonzarse y la vergüenza, como ha dicho Marx,

es un sentimiento revolucionario. Como ustedes ven, tampoco yo puedo desprenderme de la ilusión subjetiva. Yo también les digo: «Todo está perdido, a menos que...»» (Fanon, 2011: LIV). En apego a sus ideas humanistas, Sartre privilegió una línea editorial centrada en los temas de sociología de la educación y de alerta sobre los peligros del economicismo creciente entre los otrora poderosos sindicatos franceses de izquierda, con olvido de la solidaridad y de sus deberes internacionalistas; a su vez, abogó por cambiar la condición social del ser humano y la concepción que tenía sobre sí mismo. Conceptuó al Che como el hombre más completo de su época, actor y pensador. Estuvo muy cerca de la realidad francesa y ello lo convirtió en un maestro de pensamiento para la generación del 68.

Muchas familias francesas que enviaron a sus hijos como soldados a Argelia los recibieron en ataúdes. Esa imagen latente generó rechazo a la guerra contra Vietnam. Los estudiantes comenzaron a vibrar desde el mismo principio, al igual que algunos exponentes de la vanguardia artística: en 1967, el poeta y dramaturgo Armand Gatti escribió *V de Vietnam*, mientras la potente voz de Colette Magny se elevó con el álbum *Vietnam 67*. En 1968, 25 artistas plásticos concibieron una Sala Roja para Vietnam en el Salón de Pintura Joven.

Los jóvenes franceses adquirieron conciencia de su potencial como actores políticos, lo mismo en las universidades que en los institutos. Dany Cohn-Bendit, entonces estudiante en la facultad de Letras de Nanterre, un anexo de la universidad pública de París, señaló:

Ayudados por el fulgurante desarrollo de los medios de comunicación, fuimos la primera generación que vivió, a través de una oleada de imágenes y sonido, la presencia física y cotidiana de la totalidad del mundo [...] todas estas imágenes provocaban reacciones, indignaciones, adhesiones violentas que soliviantaban a muchos jóvenes, cualquiera que fuese su nacionalidad. Y eso sin contar con las imágenes

cinematográficas, la manera de vestir, de comportarse y de consumir (Cohn-Bendit, 1987: 12-13).

La generalización de la enseñanza secundaria en Francia trajo consigo que muchos adolescentes ingresaran a un sistema escolar que no fue pensado para ellos. A lo largo de la década, el número de los que accedieron a la enseñanza superior se duplicó hasta llegar a 500.000. La matrícula de las carreras de letras creció más de tres veces y cuatro las de ciencias sociales. Las universidades estaban repletas y mal equipadas. Dentro de los claustros existían tendencias fascistas y el sistema imperante en la enseñanza superior estaba basado en principios obsoletos que databan de 300 años.

No se trataba de que los profesores usaran togas. La enseñanza en las facultades de ciencias naturales y técnicas se reducía a adquirir hábitos prácticos al nivel de un obrero altamente calificado; en las de humanidades, a memorizar hechos, teorías y criterios que poco tenían que ver con la vida real. Los estudiantes albergaban la sensación de convertirse en idiotas y para la mayoría el diploma se obtenía a un costo elevado de sacrificios personales. El tiempo de conferencias podía extenderse hasta diez horas al día y la mitad de los alumnos tenía que ganarse la vida para pagar su cantina y una habitación en la ciudad. En Francia solo el 25 % de los que comenzaban estudios lograba diplomarse; en algunas facultades, uno de cada diez. Una gerencia patriarcal con actitudes anticuadas añadía tirantez. Para Florence Prudhomme, estudiante de Filosofía en Nanterre:

Mayo del 68 empezó en marzo del 67, cuando las chicas reclamaron la libertad de circulación de los chicos en su edificio, no mixto, contrariamente al de los chicos en el que estaba autorizada la presencia de chicas. Esta reivindicación de mixidad manifiesta la ausencia flagrante de libertades que sufrían las chicas y las mujeres en esa época. Como prueba, el decano Grappin no quiso verlas ni escucharlas. Describió la

ocupación del edificio de las chicas hablando de los “invasores”, como si las chicas no se hubieran expresado ellas mismas. De hecho, ellas no tenían la palabra en esa sociedad fuertemente patriarcal (Prudhomme, 2018).

Tan formidable expansión universitaria generó nuevas demandas de servicios, presión para que disminuyeran los precios en favor de los jóvenes con bajos ingresos y la exigencia de una mayor democratización del proceso docente: “La consecuencia más inmediata y directa fue una inevitable tensión entre estas masas de estudiantes mayoritariamente de primera generación que de repente invadían las universidades y unas instituciones que no estaban ni física, ni organizativa, ni intelectualmente preparadas para esta afluencia” (Hobsbawn, t. i, 2003: 303).

“Profesores, ustedes son viejos... y su cultura también”, fue una consigna que se expandió desde los muros universitarios. Paco Ibáñez, con sus discos *Poderoso caballero es don dinero* (poemas de Luis de Góngora y Federico García Lorca) y *España de hoy y de siempre* (poemas de Góngora, Blas de Otero, Rafael Alberti, Francisco de Quevedo, Gabriel Celaya y Miguel Hernández), fue tomado como símbolo por no pocos estudiantes. De la última producción, dos temas se hicieron emblemáticos: “La poesía es un arma cargada de futuro”, de Celaya, y “Balada del que nunca fue a Granada”, de Alberti.

Con las primeras expresiones de la crisis afloraron las contradicciones resultantes del acelerado proceso de industrialización operado desde finales de los 50, en una sociedad que hasta mediados de esa década tuvo carácter rural. Desde 1962 De Gaulle entregó las palancas de mando, hasta entonces en manos estatales, al capital privado. Un comité conformado por consultores financieros, representantes de bancos y asesores de trusts, diseñó un paquete de medidas para fortalecer la independencia económica y competitividad del país en el mercado mundial; la devaluación del franco respecto al dólar facilitó las exportaciones, a la par que crecían las reservas

de oro, inexistentes antes de 1958. Otras medidas estuvieron dirigidas a recaudar moneda estadounidense en el comercio interno galo. En un año Francia ingresó 4.500 millones de dólares a la reserva. Hacia 1966 la planta industrial aumentó en un 43 % y las exportaciones en el 88 %.

El crecimiento del potencial económico tuvo una expresión social dispar, condicionada por el incremento de los impuestos; la eliminación de los subsidios que estabilizaban los precios de los artículos de amplio consumo, la elevación de las tarifas del gas, la electricidad, el transporte y los servicios postales, y la rebaja de las pensiones y el gasto social. Los precios se dispararon; en 1968 aumentaron un 40 % respecto a una década atrás.

Con la alta concentración industrial se arruinó una masa de pequeños propietarios y desaparecieron unas 600.000 haciendas agrícolas. El crecimiento fabril trajo aparejada mayor demanda de mano de obra entre los jóvenes, las mujeres, los emigrantes y campesinos, en un sector caracterizado por los privilegios de la aristocracia obrera, la discriminación contra los trabajadores no franceses, el clima asfixiante de dominación masculina por parte del personal directivo en las fábricas, y el control autoritario de los supervisores, contratados entre capitanes, comandantes y coroneles licenciados del ejército. Las desigualdades se acrecentaron. El ingreso más alto superaba 74 veces al más bajo (en Suecia, solo 17). Quince millones de personas necesitaban casa y 10.000 viviendas exclusivas permanecían deshabitadas en París, inaccesibles para la mayoría.

Y los jóvenes obreros salidos del medio rural no eran analfabetos. Arrancados de la tierra para trabajar en las fábricas, eran portadores de ideas humanistas. Rechazaban tanto las aventuras coloniales como el Estado policial instaurado.

En el afán de detener la galopante curva inflacionaria, en 1967 se congelaron los salarios, creció el recorte de empleos y aumentaron las cuotas a la seguridad social. En febrero los obreros de la industria textil

Rhodiacéta, en Besançon, ocuparon la fábrica; al oeste del país, granjeros armados con adoquines, astillas metálicas, tornillos y botellas se enfrentaron con las fuerzas policiales enviadas a sofocar las manifestaciones. El asesinato en Berlín Occidental de Benno Ohnesorg tuvo eco en Francia. Daniel Bensaïd, estudiante de Filosofía en Nanterre, lo describe: “El comienzo de curso 67 olía a pólvora. Se intensificaban los bombardeos americanos sobre Vietnam. En Francia, las ordenanzas gaullistas provocaban un ascenso de la agitación social” (Bensaïd, 2018).

A pesar de todo, en la alborada del 68 el ambiente político parecía tan despejado, que De Gaulle proclamó en su discurso de nuevo año: “Saludo con satisfacción al año 1968, ya que gracias al interés del personal en las ganancias de un gran número de industrias marcará una importante etapa en el movimiento hacia un nuevo orden social, es decir, hacia la participación directa de los trabajadores en los resultados, en el capital...” (Molchánov, 1990: 406). La prensa, la academia y los intelectuales apreciaban un absoluto estado de enajenación, descrito en el Congreso Cultural de La Habana por la francesa Christiane Rochefort:

En nuestros países los estómagos están llenos; pero los espíritus permanecen vacíos. Nuestra enfermedad es la colonización de las conciencias. Nos fue inoculada durante una larga guerra psicológica sostenida por el capitalismo contra los pueblos que gobierna.

Las armas que se emplean en esa guerra forman legión. No citaré más que la propiedad privada de los automóviles como indicadores del nivel económico-social, las canciones deliberadamente embrutecedoras (en Francia, por ejemplo, el producto prefabricado “Mireille Mathieu”). Estas son formas groseras; las hay más sutiles, de una multiplicidad infinita [...] El campo de batalla es el cerebro de cada hombre. La agresión es dulce; esta guerra no mata físicamente. No infringe sufrimientos; al contrario, colma de obsequios a su víctima. El

veneno es suplementario y tiene un delicioso gusto a sirope. La víctima se adormece feliz, olvidada de toda rebelión. La trampa es muy sabia, puesto que suprime al mismo tiempo la conciencia de que hay una trampa. El doble propósito buscado es: servir los intereses inmediatos del capitalismo, transformando a cada hombre en mercado; matar en él todo el espíritu revolucionario. No es posible imaginarse hasta qué punto teme el capitalismo a la revolución.

El mal es contagioso y todos están amenazados en diverso grado. Bajo el reinado del capitalismo, no hay muchas más posibilidades de elección que la existente entre el hambre y el American Food (Rochefort, 2014, Comisión III/ 22: 1-2/E).

Encajonada entre barrios azotados por la pobreza (*bidonvilles*) y fábricas, Nanterre produjo la chispa. Construida en 1964 en un terreno anteriormente propiedad del ejército, está situada a 5 km de París y a 20 minutos de viaje en metro hasta el centro de la ciudad. La prensa de la época la bautizó con el sobrenombre de “Nanterre la locura” y la describía como una cenagosa “tierra de nadie”: “La barraca que hacía de estación tenía todo el aspecto de un apeadero destartado del *Far West*, perdido a las puertas del desierto. Una vez en el campus, la jornada transcurría entre la cafetería, el restaurante universitario y la residencia, sin frecuentar mucho las aulas. Se encadenaban las reuniones” (Bensaïd, 2018).

Dos grupos ejercían la mayor influencia entre los estudiantes: un segmento no organizado de anarquistas liderado por Dany Cohn-Bendit, estudiante de sociología de 23 años; y la Juventud Comunista Revolucionaria (JCR), fundada el 2 de abril de 1966 en París por un centenar de militantes excluidos de la Unión de Estudiantes Comunistas y de la Juventud Comunista, afiliadas al Partido Comunista, por negarse a apoyar la candidatura del socialdemócrata François Mitterrand en las presidenciales de 1965, y por una docena de miembros de la organización juvenil del Partido Socialista Unificado y algunos antiguos miembros del

Partido Comunista Internacionalista (trotskista). A siete meses de su constitución, el 30 de noviembre, la JCR organizó el Comité Vietnam Nacional con Sartre, Laurent Schwartz y Pierre Vidal-Naquet. Era una organización combativa.

El 8 de enero de 1968, los estudiantes de Nanterre chocaron con el ministro de Juventud y Deportes, François Missoffe, durante la inauguración de la piscina del campus. Cohn-Bendit le reprochó que en las 600 páginas de su *Livre blanc* sobre los jóvenes ignoró los “problemas sexuales”. El incidente, al parecer, no tendría mayores consecuencias, pero la represalia no tardó: el decano aplicó un procedimiento disciplinario contra el joven.

Caen, una ciudad de 150.000 habitantes –la mitad con menos de 30 años de edad– en Normandía, dio otra señal de alarma: el viernes 18 de enero de 1968, cerca de 1.500 trabajadores de la fábrica de camiones Saviem (filial de Renault en Blainville-sur-Orne) que reclamaban aumento de salarios, decidieron por mayoría declararse en huelga a partir del 22. “Dirigida por jóvenes obreros de origen rural cuya docilidad había sido sobrestimada por el patronato, se extiende rápidamente a las fábricas de los alrededores. La policía trata de forzar los piquetes de huelga, y las manifestaciones de protesta del 26 de enero, duramente reprimidas, se convierten en un levantamiento” (Wallon, 2018: 17).

Los ánimos continuaron exaltándose y las acciones escalaron. En febrero, un autobús repleto de estudiantes de Nanterre cruzó la frontera alemana para asistir al Congreso Internacional sobre Vietnam en la Universidad Técnica de Berlín Occidental, a celebrarse los días 17 y 18. Convocado por la SDS, el cónclave se proponía condenar a Estados Unidos y reclamar la solidaridad con la lucha del Tercer Mundo, cuando la Ofensiva del Têt multiplicaba las simpatías hacia la causa vietnamita y *Los condenados de la tierra* se había convertido en un *bestseller* en Europa Occidental.

Alfred Willi Rudolf Dutschke (*Rudi*) encabezaba el movimiento estudiantil en la RFA y su capacidad de convocatoria se extendía a los jóvenes radicales del Viejo Continente. Nacido en la RDA, Rudi Dutschke militó en la Juventud Evangélica de Luckenwalde y dadas sus contradicciones políticas con el régimen germano oriental cruzó al Oeste antes de que se levantara el Muro. Mientras estudiaba sociología en la Universidad Libre de Berlín Occidental descubrió a Marx y leyó a Sartre, a Georg Lukács, Ernst Bloch y Herbert Marcuse, junto con los teólogos Karl Barth y Paul Tillich. Esas lecturas y su interacción con los becados del Congo, Irán y Chile le aportaron fundamentos marxistas a su socialismo cristiano. Hacia 1968 tenía como paradigmas al profeta Oseas y al Che. Su percepción de la Revolución cubana y de su internacionalismo –conocía los resultados de la Conferencia Tricontinental y de OLAS–, así como las luchas y asesinato del guerrillero argentino-cubano en la escuelita de La Higuera, lo inspiraron profundamente. Por su creciente liderazgo, tres años atrás consiguió integrar a Subversive Aktion al SDS, para multiplicar la capacidad combativa juvenil. El político alemán Joschka Fischer, entonces con 21 años de edad, evocaría:

Después de largo tiempo recibiendo golpes, experimenté cierto placer en devolverlos. Era una actitud viril, demostraba así mi coraje y me sentía reconfortado por los ejemplos que conocía: Che Guevara, los combatientes del Vietcong. Hay que recordar que la violencia estaba mucho más presente en la vida cotidiana de aquella época. Los jóvenes se hacían abroncar por todo el mundo: en casa, en la fábrica, en la calle. Nadie pensaba en razonar. Cada cual exponía sus argumentos y la única manera de discutir se reducía al enfrentamiento verbal y físico (Cohn-Bendit, 1987: 218).

Rudi se convirtió en el líder más influyente de la Oposición Extraparlamentaria y el movimiento adquirió una fuerza temible: “No

dejemos solo a la policía el sucio trabajo de acabar con estos provocadores”, publicó *Bild*, el diario de mayor tirada en la RFA, en un llamado a la violencia (Kellner, 2018). Nada impidió que el 18 de febrero, casi medio siglo después del asesinato de Rosa Luxemburgo, decenas de miles de jóvenes de varios países desfilaran por el bulevar Kurfürstendamm de Berlín Occidental con fotos del Che, Ernest Thälmann, Mao y Hồ Chí Minh. Desde la multitud se pregonaba una consigna: “*Wir sind eine kleine, radikale Minderheit!*” (¡Somos una pequeña minoría radical!) (Bensaïd, 2018).

Entre aquellos jóvenes estaba la representación francesa. Regresaron inspirados con el eslogan leído en una pancarta con la frase del Che adaptada al momento: “Crear dos, tres Berlín. ¡Esa es la consigna!” (Joshua, 2019: 26). En medio de esta efervescencia, el 20 de marzo fueron detenidos seis estudiantes de Nanterre en una manifestación organizada en París por el Comité Vietnam Nacional, frente a la sede de la American Express, en los Campos Elíseos.

Al día siguiente los jóvenes cambiaron de método: en lugar de desplegar pancartas en la calle, pintaron con *graffitis* los cristales interiores de los vestíbulos y aulas de Nanterre. Frases como “La transparencia no es transcendencia” tuvieron el efecto de un detonador. Una conjunción entre las demandas de solidaridad con los seis detenidos y las reivindicaciones de una sexualidad menos controlada enardecieron la jornada. Desde 1967 los estudiantes exigían una residencia universitaria mixta, y lo habían llevado a la práctica en contra del reglamento y la voluntad de las autoridades universitarias. A la voz de un incitador sin nombre, un grupo que veía en el cineclub una película aburrida partió hacia la residencia de mujeres; otro más beligerante, con 142 bulliciosos, ocupó la sala de consejo del edificio administrativo. Los equipos y materiales de laboratorios y aulas volaron por las ventanas.

El decano derogó la franquicia que impedía a las autoridades del orden público actuar en el interior de la facultad, conceptuada por sus alumnos como un territorio “casi liberado”, como un santuario inexpugnable. En la noche la policía desembarcó en el pabellón de las mujeres, con los estudiantes dentro, y fue rechazada. La jornada acabó en apoteosis. Festejaron la “profanación simbólica” hasta la madrugada y, bajo el impulso de estos acontecimientos, en la mañana organizaron una asamblea a puertas abiertas, sentados sobre el césped. Tomando como referencia el Movimiento 26 de Julio, constituyeron el Movimiento 22 de Marzo. Las demandas de sus 250 fundadores estaban dirigidas a apoyar tanto las causas de Vietnam y Cuba contra Estados Unidos, como las de Polonia y Checoslovaquia contra la URSS.

Nanterre cerró un mes. La tregua docente fue aprovechada por el Movimiento 22 de Marzo para reunirse en asamblea. A un paso de tirarse las sillas por la controversia para elegir al sindicato estudiantil, una noticia los conmocionó: en la tarde del Jueves Santo 11 de abril, en el instante en que Rudi Dutschke llegaba en bicicleta a su oficina en la sede de la SDS en Berlín Occidental, un joven neonazi de 24 años se le acercó gritándole: “Tú, cerdo comunista”, y le realizó tres disparos. Dos proyectiles impactaron en su cabeza; el otro, en el hombro. Cuando los jóvenes franceses casi se iban a los puños, minados por la división y el anarquismo, Rudi se encontraba en estado de coma, entre la vida y la muerte. Al momento de la detención, la policía encontró en el bolsillo del agresor un recorte del periódico *Deutsche Nationalzeitung*, con un título en letras grandes: “¡Frenad a Rudi el Rojo!” (Kellner, 2018). Durante el allanamiento de la casa le hallaron un dibujo al carbón de Hitler, una biografía del líder nazi y un ejemplar de *Mein Kampf*. En los interrogatorios confesó que se había animado tras el asesinato de Martin Luther King, en Memphis, una semana atrás.

Miles de jóvenes alemanes marcharon hasta la sede del diario *Bild*, principal instigador de la violencia. La multitud lanzó piedras y cocteles

molotov, incendió las furgonetas en que se repartía el rotativo e intentó asaltar su oficina editorial. Dos muertos y varios centenares de heridos arrojó la represión policial en esta batalla callejera. Rudi sobrevivió al atentado, pero no consiguió recuperarse de las afectaciones neurológicas y moriría en Dinamarca 11 años más tarde, como consecuencia de un ataque epiléptico. Tampoco el movimiento juvenil alemán consiguió sobreponerse a las divisiones internas, luego de perder al líder capaz de llenar los auditorios universitarios y encender a las masas con sus discursos anticapitalistas y sus proclamas contra la guerra de Vietnam.³⁹

Un estudiante pintó en las paredes de Nanterre: “Viva Rudi Dutschke”, en tanto el grupo reunido en la asamblea salió en composición de marcha rumbo a la embajada de la RFA. Frente al obstáculo de un dispositivo policial en el entorno, el pequeño cortejo se resistió a dispersarse y una contraseña transmitida de boca en boca fijó una nueva cita en el boulevard Saint-Michel:

Allí quiso interponerse la policía. La intervención enfureció a la pequeña tropa y, en la esquina de la calle de las Escuelas, cualquier cosa sirvió de proyectil: de la terraza del *Sélect Latin* volaron vasos, tazas, garrafas, sillas, veladores. Las señales de tráfico fueron derribadas, arrancadas las rejillas de hierro al pie de los árboles” (Bensaïd, 2018).

Era el 12 de abril de 1968. Ese día surgió el eslogan: “Crear dos, tres, muchos Nanterre”, como consigna de movilización. Solo era cuestión de tiempo...

Seamos realistas, pidamos lo imposible

París amaneció en relativa calma el 1.º de mayo de 1968. Llovía y por todas partes se vendían lirios. No se produjo ningún incidente en la marcha organizada por la Confederación General del Trabajo (CGT), adscripta al Partido Comunista, que con 2.300.000 afiliados dominaba los sectores clave de la economía. La capital francesa se engalanaba como ciudad de la paz para acoger las negociaciones entre Estados Unidos y Vietnam, por iniciarse el 10 de mayo. Robert Poujade, secretario general del partido gaullista, declaraba: “Todas las encuestas de la opinión pública recientes muestran la fidelidad de los franceses a la Quinta República y el prestigio de que goza el general De Gaulle en los más diversos sectores de la opinión pública” (Molchánov, 1990: 407).

De Gaulle se aprestaba para iniciar una visita oficial a Rumanía, y el 2 de mayo el primer ministro George Pompidou comenzó un periplo por Irán y Afganistán. A la mañana siguiente, cerca de 2.000 estudiantes de La Sorbona se reunieron en asamblea para determinar qué hacer contra la clausura de Nanterre. Una manifestación con activistas de la derecha en el exterior del recinto generaba una tensión adicional en el Barrio Latino. El rector solicitó a las fuerzas del orden público intervenir en el campus y, por primera vez en muchos años, irrumpieron en las aulas de esta emblemática universidad. Estalló de súbito una batalla campal que se extendió varias horas. La policía reaccionó con irracionalidad. Los jóvenes levantaron barricadas, tiraron piedras e incendiaron automóviles. Alrededor de 100 amotinados resultaron heridos y otros 600 fueron arrestados.

La Sorbona fue clausurada y la policía cerró sus accesos. El 4 de mayo un tribunal sentenció a 13 alumnos a dos meses de cárcel, basado en el testimonio policial. El 5 se produjeron nuevos choques con cerca de 600 lesionados y 500 detenidos. Reinaban el caos y la confusión. De Gaulle

intentó restarle importancia: “Cosas de muchachos. Son simplemente unos cuantos malos estudiantes que tienen miedo de los exámenes”, declaró a los medios (Molchánov, 1990: 408).

Los estudiantes empezaron a distribuir octavillas y material propagandístico en las fábricas y los barrios parisinos de trabajadores inmigrantes. La prensa se unió a la campaña desatada por el gobierno para sembrar la matriz de opinión de que lo ocurrido en el Barrio Latino era obra de alborotadores y grupos radicales. El Partido Comunista no revisó sus fundamentos teóricos luego del XX Congreso del PCUS, en 1956, y su diario, *L'Humanité*, se unió al coro: “Hay que denunciar a esos falsos revolucionarios, porque están sirviendo objetivamente a los intereses del régimen de De Gaulle y los grandes monopolios capitalistas”, publicó en primera plana Georges Marchais, uno de sus principales cuadros (Schwarz, 2018). El país estaba impactado por las noticias en la radio acerca de la bestialidad policial. Las manifestaciones callejeras de París se extendieron a otras ciudades. Protestaban contra la represión y exigían la liberación de los estudiantes. El 8 de mayo la primera huelga general de un día tuvo lugar en el oeste de Francia.

Durante la tarde del 9 de mayo se improvisó una sentada en la plaza de La Sorbona, en la que Cohn-Bendit tuvo un altercado con los líderes trotskistas y se puso en riesgo la reunión prevista para esa noche, en la que intervendrían jóvenes franceses, alemanes e italianos. A duras penas se pusieron de acuerdo y tras el mitin nocturno la rebeldía subió de tono. El 10 de mayo fue la tremenda noche de las barricadas: unas 60, algunas de ellas con dos metros de alto:

Partiendo del viejo león de Denfert, la manifestación en protesta contra el cierre de La Sorbona llegó al cruce del Luxembourg, donde vaciló, sin decidirse a dispersarse. De pronto, golpes sordos. Se estaban extrayendo adoquines. ¿Provocación? ¿Innovación? ¿Espontánea repetición simbólica

de un gesto que recordaba los gloriosos precedentes de la calle Saint-Merri, de la calle de la Fontaine-au-Roi (defendida por Varlin, Ferré y Jean-Baptiste Clément), de la calle Ramponeau (donde disparó Lissagaray), del cruce Ledru-Rollin (donde cayó el diputado Baudin)? En varios momentos pareció que este arrebato se iba a extinguir con la caída de la noche. Pero aparecieron motosierras, no se sabe de dónde. Cayeron árboles. Coches volcados, transformados en murallas, con troneras y matacanes. Los barricadistas rivalizaban en imaginación, como si participasen en el concurso del más hermoso edificio subversivo, decorando los adoquines con macetas de flores, con telas, con piezas antiguas. ¡La barricada más generosamente inútil fue levantada, por una especie de ironía, voluntaria o no, delante del *impasse* [callejón sin salida] Royer-Collard! Pero sus defensores no mostraron menos determinación contra cualquier idea de rendición.

De madrugada, nos encontramos con Alain Krivine y un puñado de extenuados supervivientes, con los ojos enrojecidos y lagrimeantes [por los gases lacrimógenos lanzados por la policía] alumnos maoístas de la Escuela Normal, que habían corrido a esconderse la víspera por la noche [...]

Había comenzado Mayo del 68 (Bensaïd, 2018).

Esa noche De Gaulle se acostó a las 10:00 p. m. y nadie se atrevía a interrumpir su sueño. Dada la gravedad que adquirieron los acontecimientos, no les quedó otro remedio que despertarlo entrada la madrugada. A las 2:00 a. m. del 11 de mayo el presidente ordenó disolver la manifestación. La policía avanzó sobre las barricadas con granadas lacrimógenas y comenzó una trifulca que duró cinco horas. Varios edificios y 188 automóviles fueron convertidos en pasto de las llamas. Apaleados sin conmiseración, 367 estudiantes recibieron heridas –de ellos, 32 graves–; otros 460 terminaron en los calabozos.

La CGT y algunas otras organizaciones sindicales convocaron una huelga en rechazo al cierre de La Sorbona y la crueldad policial para el lunes 13 de mayo. A 24 horas de la convocatoria, Georges Pompidou ordenó reabrir la universidad y liberar a los estudiantes. Era tarde. El movimiento obrero se sumó. Cerca de un millón de personas tomó las calles de París y en numerosas ciudades se produjeron cifras récord de manifestantes. Algunos de los lemas apuntaban al presidente: “¡Diez años es suficiente!”, en referencia a que ese día se cumplía una década de su mandato; “¡De Gaulle, al asilo!”, “¡Adios, De Gaulle!”.

El movimiento carecía de dirección unificada. Los partidos y organizaciones de masas de la izquierda no presentaron un programa político a la nación; ni siquiera fueron capaces de ponerse de acuerdo para trazar un plan de acción conjunta. Contrasta la dimensión de las protestas con el alcance de las demandas. Se reclamaba libertad individual frente al constreñimiento de un Estado intrusivo, la actitud abusiva de las empresas y la coerción de las instituciones educativas universitarias. Los jóvenes exigían reducir el precio del almuerzo universitario, bajar el alquiler de las residencias estudiantiles y transformar el sistema de exámenes. Las reivindicaciones de las dirigencias de los sindicatos se limitaban al mejoramiento de las condiciones de trabajo: semana laboral de 40 horas, salario mínimo de mil francos al mes y 60 años como edad de retiro.

Los estudiantes ocuparon el teatro del Odeón el 15 de mayo. Lo declararon centro de reunión de obreros, estudiantes y artistas para la regeneración de la cultura. Desde ese minuto, y hasta el 14 de junio, el teatro nacional se convirtió en foro permanente y centro neurálgico de los acontecimientos. Los alumnos de secundaria incorporados a la huelga veían como una fiesta faltar a la escuela para asistir a escuchar los discursos.

Durante los próximos cuatro días el movimiento obrero ocupó fábricas importantes: Sud-Aviation, en Nantes, cuyo gerente general era el fascista Maurice Papon; la planta principal de Renault, en Billancourt; Citroën, en

Nanterre; Peugeot, en Sochaux, entre tantas. Por doquier se izaron banderas rojas y en muchas de estas industrias se retuvo cautiva a la gerencia.

El Movimiento 22 de Marzo salió del campus para extender su influencia. “Las reuniones establecidas a lo largo de la rebelión, las interminables e incesantes asambleas generales, todo debe subordinarse al proletariado. Ninguna marcha nos parece demasiado larga, y, desde el Barrio Latino hasta Renault-Billancourt, proclamamos nuestra solidaridad con los trabajadores”, narró Dany Cohn-Bendit (Cohn-Bendit, 1987: 94). La marea los ahogó: el 15 de mayo no tenían ya el menor peso político en los acontecimientos. Trotskistas, maoístas y anarquistas se enredaron en discusiones interminables cuando se habló de establecer una estructura de mando; la facción “libertaria” lo imposibilitó con sus consignas: “Sin Dios ni amo” y “Abajo los jefecillos”. Al ministro del Interior le vino como anillo al dedo esta microfragmentación y, cinco días más tarde, decretó la expulsión del país de Dany el Rojo por “perturbar el orden público”. Varias pintadas reflejaron la solidaridad de sus compañeros: “Todos somos indeseables”.

Francia amaneció en paro el 20 de mayo. Fábricas, oficinas, universidades y escuelas fueron ocupadas por trabajadores y estudiantes; la producción y el transporte se detuvieron. Artistas, periodistas y hasta los jugadores de fútbol decidieron sumarse. Diez de los quince millones de personas que componían la fuerza laboral francesa se sumaron a la huelga, hecho sin precedentes en la nación. Se exigía que De Gaulle y Pompidou dimitieran. Ese día Sartre y Simone de Beauvoir fueron recibidos por un jovial tumulto en La Sorbona ocupada.

Otro protagonista del Mayo Francés fueron las mujeres. La nueva conciencia femenina brincó los muros de los campus. Muchas estudiantes militaban en las organizaciones de la izquierda y se enfrentaban al machismo de sus compañeros. No les daban la palabra en los actos ni las dejaban estar en la primera línea de las manifestaciones. Del rechazo al

modelo dominante masculino floreció la conciencia de género. Rehusaron la posición subalterna y asumieron un protagonismo de pleno derecho. Un cartel de la época sintetiza su determinación: “Sí papá, sí mi amor, sí patrón... Estoy harta” (Wallon, 2019: 20). Sus compañeros las acusaron de tomar la lucha como algo personal y ellas se defendieron con el ya popular eslogan de una lógica irrefutable: “Lo personal es político”.

Con buena parte de la nación amotinada, el 24 de mayo De Gaulle apareció en la televisión. Fue breve –habló unos seis minutos– y prometió un referendo. Esa jornada la revuelta cobró dos víctimas: un policía en Lyon y un joven manifestante en París. Ante la amenaza al sistema, los medios trataron de personalizar la crisis culpando al presidente de reconocer su derrota: “¡Es Waterloo!”, apuntó un diario de la derecha en referencia a la convocatoria a referendo, y *L’Humanité* exhortó: “El jefe de Estado ha dado a entender que, si el referendo le es desfavorable, renunciaría a su puesto. ¡Bravo! Pero, ¿para qué esperar? El gobierno actual no representa nada. No hay que fingir más. Hay que irse. Así que, mientras haya aún tiempo, ¡váyase, mi general!” (Molchánov, 1990: 414).

Cuando De Gaulle hablaba al país, ya el gobierno tenía pactado conversar con las dirigencias sindicales. A las 3:00 p. m. del sábado 25 de mayo, en el Ministerio del Trabajo se reunieron los sindicatos y la patronal. Todas las organizaciones obreras estuvieron representadas; sin embargo, el secretario general de la CGT, Georges Séguy, fue escogido por Pompidou como principal interlocutor; entretanto, en las fábricas los dirigentes de la CGT actuaban como rompehuelgas.

Ante la falta de liderazgo entre sus filas, los estudiantes tomaron a los obreros como referente. De acuerdo con el entonces estudiante Jean Pierre Duteuil, un anarquista de Nanterre: “Teníamos una clara conciencia de que si la clase obrera no se movía, no eran posibles los cambios sociales; que si la clase obrera no se ponía en movimiento, no seríamos nosotros quienes haríamos funcionar las fábricas” (Cohn-Bendit, 1987: 86). A sabiendas de

ello, la CGT y la Confederación Democrática Francesa del Trabajo (CFDT) –organización sindical de origen cristiano adscripta al partido socialdemócrata– contendían por el control de la huelga y el protagonismo en la mesa de negociaciones. Pero ambas centrales redujeron las reivindicaciones al incremento del salario mínimo en la producción industrial (SMIG), la igualdad en los aumentos salariales y el rechazo a los escalafones jerárquicos. Y aunque la CFDT abogaba por la “autogestión” dentro de las fábricas, ninguna de las dos tenía una concepción sistémica anticapitalista.

Dos días bastaron para las negociaciones con la patronal y el mediador gubernamental, Jacques Chirac, quien condujo las conversaciones armado con una pistola. A las 7:30 a. m. del 27 de mayo, Pompidou y Séguy comparecieron ante la prensa para anunciar el Acuerdo de Grenelle. Se pactó elevar el salario mínimo de 2,22 a 3 francos por hora y el aumento general como promedio fue del 15 %. Frente a las cámaras, Séguy llamó a reiniciar el trabajo “sin demora”. En las asambleas de trabajadores de las grandes empresas nadie le hizo caso al proyecto de acuerdo. Fue rechazado con desprecio. No pocos afiliados a la CGT manifestaron que el sindicato estaba atrapado en las redes del sistema.

Ante el disgusto general, varios partidos y organizaciones de la extrema izquierda y la socialdemocracia organizaron una manifestación en el estadio Charléty de París con miles de participantes, a la que asistió Pierre Mendès-France. Los oradores concentraron sus ataques en el Partido Comunista y la CGT, a los que calificaron como las principales fuerzas antirrevolucionarias en la sociedad francesa. No pocos llamaron a los obreros a las barricadas.

Para defender su posición, el Partido Comunista argumentó que no existía en Francia una situación revolucionaria y el equilibrio de fuerzas no favorecía a la “clase trabajadora y sus aliados” para la toma del poder político; tampoco el ejército estaba dispuesto a pasarse del lado del pueblo. Como maniobra de control de daños, su dirigencia convocó a una

manifestación 48 horas más tarde. Cerca de un millón de comunistas y sus simpatizantes marcharon el 29 de mayo en la capital, con el lema: “Por un gobierno popular”. El ejército desplegó a los paracaidistas y las tropas blindadas con tanques de guerra en los suburbios, junto con las fuerzas de la policía de 65 de los 90 departamentos del país, que habían sido concentradas en París por el ministro del Interior. No les hizo falta entrar en acción. El Comité Central del Partido Comunista indicó preservar el orden.

A las 10:00 a. m. estaba prevista una reunión del gabinete francés con el presidente, a quien las presiones para que renunciara lo tenían abrumado. Con la tensión generada por la marcha comunista, Pompidou debió mirar su reloj más de lo acostumbrado. Faltaban 45 minutos para la hora señalada cuando recibió una llamada desde el Palacio del Elíseo: “Estoy agotado, llevo seis noches sin dormir. Necesito tener veinticuatro horas de tranquilidad y de reposo para tomar mi decisión. Me voy a Colombey a dormir”, comentó del otro lado de la línea De Gaulle, y pospuso la reunión para el 30 (Molchánov, 1990: 417).

De Gaulle no fue para su residencia particular en Colombey. No era hombre de amedrentarse frente a las adversidades. Subió a un helicóptero del ejército y voló hasta el cuartel general francés en Baden-Baden, en la RFA, donde se reunió con el general Jacques Émile Massu, el hombre que instrumentó la tortura contra el ALN en Argelia. Por su alto rango en las fuerzas armadas y sus nexos con la extrema derecha, un espaldarazo suyo tenía alto significado. Y lo consiguió...

El 30 de mayo entró al Palacio del Elíseo a las 2:00 p. m. Llegó resuelto, rejuvenecido. Expuso al gabinete su decisión de suspender el referendo y, en cambio, anunciar elecciones parlamentarias anticipadas los días 23 y 30 de junio. Era una movida del “todo o nada”, que se creía capaz de ganar. Dos certidumbres animaban su cálculo: además de disponer del respaldo de la derecha y la extrema derecha, contaba con la Francia rural, conservadora y turbada por el miedo a una guerra civil que desintegrara la

República, matriz sembrada por la campaña mediática con particular éxito a partir del 22 de mayo, cuando el gobierno silenció las frecuencias utilizadas por las emisoras de radio extranjeras, que transmitían las manifestaciones en Francia con pases en vivo a sus corresponsales en París. La repentina convocatoria neutralizaba como actor político a un segmento decisivo entre la “nueva izquierda”: gran parte de los estudiantes universitarios, alumnos de secundaria, jóvenes trabajadores e inmigrantes que participaban en las huelgas no llegaban a los 21 años, edad establecida para el derecho al voto, y la premura con que se proponía ir a las urnas no permitiría la actualización del padrón electoral e inscribir a los que ya cumplían este requisito legal.

Dos horas más tarde, De Gaulle leyó un discurso de 60 renglones que transmitió la radio: disolvió el Parlamento y convocó a las elecciones anticipadas; la República estaba en peligro y su deber era defenderla, dijo, antes de calificar al Partido Comunista de organización “totalitaria”. Llamó a los prefectos a convertirse en comisarios de la República, investidos de plenos poderes en la lucha contra la “actividad subversiva”. A las 5:00 p. m. salió al balcón. Varios cientos de miles de sus simpatizantes y la extrema derecha se manifestaban en su apoyo en los Campos Elíseos, bajo los colores blanco, azul y rojo de la bandera nacional. Predominaban las personas de mediana y avanzada edad, bien vestidas; antiguos paracaidistas, militares retirados y funcionarios. No había obreros. Los símbolos del gaullismo y los gritos de “¡Viva De Gaulle!” y “¡Francia al trabajo!” se combinaban con los de “*Algérie française*” (Argelia es francesa).

El Partido Comunista y la dirección de la CGT cayeron en la trampa y se proclamaron de acuerdo con la convocatoria. En todos lados se escuchó una misma frase: “traición”. Los comunistas, hasta ese instante segunda fuerza política de Francia, consumaron su suicidio. La frustración de los sectores populares se tornó en indignación. Entre muchos ejemplos, este resulta ilustrativo:

La vuelta al trabajo en las fábricas Wonder, realizado en directo por dos estudiantes del Instituto de Altos Estudios Cinematográficos, filmó a una obrera anónima de un fabricante de pilas de la región parisina, que, el 10 de junio de 1968, rechazó volver a su puesto de trabajo después de tres semanas de huelga. Frente a dos delegados de la CGT que intentaban convencerla de las ventajas obtenidas, ella denuncia las espantosas condiciones de trabajo y grita: “¡No pondré más los pies en esta jaula! ¡Entrad y veréis que es un burdel! ¡Estamos sucias (...), estamos negras! (...). Somos verdaderas carboneras cuando salimos de ahí, ¡no hay ni agua para lavarse!” (Gobille, 2018).

Un nuevo ministro del Interior fue nombrado el 12 de junio. Ese propio día prohibió las manifestaciones callejeras durante la campaña electoral, proscribió todas las organizaciones de la izquierda radical y expulsó del país a 200 “extranjeros sospechosos”. El 17 de junio, a seis días de las elecciones, en una jugada cantada para terminar de recomponer su relación con la extrema derecha, De Gaulle indultó al general Raoul Salan y a otros diez oficiales de la OAS, que en 1961 organizaron el golpe de Estado en Argelia.

La tensión entre los estudiantes y el movimiento sindical creció hasta que la sospecha y la hostilidad terminaron por separarlos. No poco hubo de artificio en ese desenlace. En junio irrumpió en las reuniones de los escolares sublevados un veterano cruzado de la CIA: el británico Stephen Spender, izquierdista de salón en su juventud, que llamó la atención de Estados Unidos desde finales de la década de 1940 con un artículo ampliamente difundido: “Podemos ganar la batalla por la mente de Europa”, encomio a la civilización, educación y cultura estadounidenses que le valió el puesto como director de *Encounter* hasta su cierre en 1967.

Cuando llegaron los comicios de junio, el partido gaullista y sus aliados obtuvieron el 46 % de los votos. El resultado para la asignación de escaños

en el Parlamento fue todavía más devastador: cuatro quintas partes los recibió la derecha (59 % el partido gaullista; 20 % sus aliados); la Federación de la Izquierda Democrática y Socialista (FGDS), formación socialdemócrata encabezada por François Mitterrand, el 12 % –en las próximas décadas tendría bajo su control a la clase trabajadora–; los comunistas, el 7 %. Según *Le Monde*, “... el Partido Comunista tuvo que pagar por las barricadas que no construyó” (Molchánov, 1990: 424).

La miopía política y el inmovilismo le pasaron factura al Partido Comunista. A pesar de la decepción, la conjunción entre el movimiento estudiantil y la huelga general provocó una sacudida de tal magnitud, que indujo cambios profundos en los patrones culturales del país. Todo lo viejo y arcaico, los rezagos medievales y la rigidez formal sufrieron un empujón modernizador radical. Y tanto el tema de los derechos de las mujeres como de los homosexuales se impusieron en la agenda nacional, como corroboró en un evento académico celebrado en octubre de 2018, en La Habana, Emmanuel Wallon, catedrático de la Universidad París Nanterre:

... si el movimiento de mujeres, la más importante de todas estas empresas colectivas, no solamente en la dimensión numérica, sino desde el punto de vista de cambios simbólicos, jurídicos, económicos y culturales que esto provocó, incluyendo en el seno de otros movimientos, comenzó formalmente dos años después de ese gran desfile masculino que también fue el movimiento estudiantil de mayo, no hay duda de que este último incubó las condiciones para que surgiera. Podemos decir lo mismo de los primeros grupos de liberación homosexual, de los colectivos en favor de la antipsiquiatría, de los comités de soldados, de las luchas por la denuncia de la condición en las prisiones, etcétera. Trabajo, educación, salud, vivienda, alimentación, entretenimientos, deportes, cultura, medioambiente, inmigración, ningún sector de la vida cotidiana fue olvidado en este cuestionamiento –

general en su objetivo, sectorial en su práctica— de lógicas de dominación social (Wallon, 2018: 21).

El Mayo Francés, pese a lo que algunos teóricos aducen, no puede considerarse como una situación con posibilidad de desembocar en una revolución social. Los estudiantes pasaban de un tema a otro sin coherencia, sin un razonamiento adecuado. No pocos militaron en el egoísmo y la anarquía. Tampoco contaban con un líder carismático capaz de encauzar el malestar hacia la acción organizada. Dentro del movimiento obrero no hallaron una figura que se adhiriera; peor aún, fueron rechazados. En general, a la izquierda francesa le faltó propósito y un liderazgo con una concepción ideológica de vanguardia que construyera la unidad y el consenso en torno a los ideales de justicia e igualdad social. Pese a todo, su efecto le arrancó a la derecha el capital político con que contaba para gobernar y ello apuntaló las bases de un Estado keynesiano de bienestar.

Todo lo sólido se desvanece en el aire

Hacia 1968 en la URSS y Europa del Este se producía una materialización vulgar de la conciencia. Frente a la ausencia de altruismo, el dinero y las aspiraciones de consumo al estilo occidental se convertían en instrumento movilizador. Poco a poco se exacerbaban el individualismo, el egoísmo y la indiferencia. Inmersa en un programa de reformas economicistas, la dirigencia de varios de esos países cada vez hablaba menos de justicia social y del Tercer Mundo.

Checoslovaquia, en particular, padeció de un dogmatismo intransigente agravado por la burocratización del trabajo político y el divorcio con las masas. El resentimiento acumulado se activó cuando su crecimiento económico empezó a mostrar signos de desaceleración y ello generó un proceso ideológico involutivo. Una parte de la militancia del Partido Comunista (KSČ) hablaba de la necesidad de encontrar un camino propio; otra, mayoritaria, abogaba por un curso a la postre contrarrevolucionario. ¿Cómo pudo caer en ese estado?

La dirección del KSČ creyó que al socialismo se llegaba mediante un salto al vacío o, peor aún, a bayoneta calada. No tuvo en cuenta un principio esencial: el socialismo es un fenómeno de conciencia y, al igual que en la URSS, se impuso el culto irrestricto a la autoridad con menoscabo de las libertades individuales.

Una medida del paquete impuesto por la URSS fue la orden de eliminar los partidos socialdemócratas en toda Europa del Este e incorporar su militancia a los partidos comunistas. Fundado en Praga en 1878, el Partido Socialdemócrata checo tenía 70 años de tradición y el grueso de sus filas se componía de académicos, profesores universitarios, escritores, artistas, periodistas y profesionales. Pese a la oposición del 65 % de su militancia, la fusión se llevó a cabo en 1948. No solo se debilitaron las bases ideológicas

del KSČ; como los comunistas carecían de un núcleo intelectual sólido, pues hasta ese instante se habían nutrido, sobre todo, de obreros, los nuevos afiliados empezaron a escalar en la superestructura de un gobierno que exigía, como condición para ocupar cualquier cargo, militar en el Partido. Así, de una influencia política limitada –en 1946 obtuvieron solo el 15,5 % del voto nacional–, poco a poco los socialdemócratas cobraron protagonismo en los destinos del país.

Las contradicciones se agudizaron y lejos de poner el énfasis en el trabajo de formación ideológica y cultural, para preservar la unidad política y la cohesión social se recurrió a la represión, con graves violaciones de la legalidad socialista de la que fueron víctimas hasta militantes leales. En diciembre de 1952, tres meses antes de la muerte de Stalin, la purga alcanzó a 14 de los cuadros principales del Partido acusados de “conspirar contra el Estado”. Tres recibieron cadena perpetua y 11 murieron en la horca, entre ellos el secretario general del KSČ, Rudolf Slansky, partidario de Lavrenti Beria, y el canciller Vladimir Clementis. Klement Gottwald lo relevó en el cargo apenas 90 días: una semana después de la muerte de Stalin falleció en una clínica de Moscú y, al igual que Lenin y Stalin, su cadáver fue preservado en formol. La colina de Ján Žižka en Praga se convirtió en el altar desde el que podría adorársele, sin que su aura atrajera la atención.

Lo sucedió Antonín Novotný, un hombre frío y distante, indiferente a los intereses de las bases populares del país; pero era el tipo de cuadro incapaz de no acatar una ordenanza del Kremlin y esa condición lo elevó. En Checoslovaquia era popular un chiste en el que Novotný salía a la calle con abrigo y paraguas en un día primaveral de cielo despejado y sol radiante. Y cuando Jiří Hendrych, miembro del secretariado del Partido que atendía la esfera ideológica, le advirtió que estaban en primavera, respondió impertérrito: “En Moscú está nevando”.

Las revelaciones de Jruschov en el XX Congreso del PCUS se publicaron en Checoslovaquia solo para uso interno del Partido, lo que no

impidió que la gente pudiese adquirir en la calle su intervención como resultado de la operación organizada por la CIA. Tuvo amplias implicaciones. Surgió una corriente favorable a revisar los casos operados y los tres prisioneros con cadena perpetua en el “Caso Slansky” fueron liberados. Ante la tensión que generó el “discurso secreto” en Polonia y Hungría, Novotný detuvo el examen asegurando la corrección legal del proceso. Las víctimas debieron esperar un lustro para su rehabilitación.

Otro problema no resuelto fue el de las relaciones entre Eslovaquia y Chequia. Al terminarse la guerra, los checos engavetaron el Programa Gubernamental de Košice e impusieron una relación de subordinación de Bratislava a Praga. En 1951 el dirigente comunista y líder de la resistencia antinazi Gustáv Husák fue acusado de “nacionalista burgués” y de actuar en connivencia con las potencias occidentales, por reclamar el cumplimiento del acuerdo. Lo expulsaron del Partido y un tribunal lo condenó a cadena perpetua. En 1960 recibió la libertad, pero continuó preterido. Enfermo de una pierna, lo ubicaron como guardabosques.

Novotný declaró con bombo y platillo en 1962 que, al igual que la URSS, Checoslovaquia había superado el primer período de transición en la construcción del socialismo y se encaminaban hacia la sociedad comunista. Su afirmación no halló eco en el pueblo, no tenía conexión emocional con la gente. La rigidez en el NSČ, el Estado y el gobierno ahogaron la crítica, a pesar de los signos alarmantes apreciados durante la década. Como en el resto de Europa del Este, un letargo caracterizado por la apologética enclaustró la ciencia y la investigación, mientras que la directriz de que solo militantes ocuparan cargos, cuando se velaba con prisma sectario el ingreso a las filas del Partido, trajo consigo que de 11.941 directores y adjuntos solo 2.822 (23,33 %) tuvieran formación universitaria. Este tipo de cuadros eran ridiculizados con el término despectivo de *apparatchiki* (agentes del aparato).

La renta nacional del 9,3 % entre 1949-1953, resultante del despliegue del modelo extensivo, durante el quinquenio 1959-1964 cayó a 3,5 %. Aparejada a la ampliación de la planta industrial y la extracción minera, la obsolescencia tecnológica hizo declinar la productividad y elevó los costos: "... un mercado exterior cada vez más exigente fue desplazando artículos de técnica congelada, provocando descensos en la producción global del país" (Che, 2012: 126). La ruptura de las relaciones comerciales con China, ordenada por la URSS, llevó al colmo del malestar industrial.

La esfera agrícola rebasaba a duras penas los índices de la era capitalista, como derivación del subequipamiento y la baja constante de la producción. Ello agravó las contradicciones del gobierno central con Eslovaquia, donde todo intento por tomar decisiones acordes con sus condiciones particulares era conceptualizado, y penado, en Praga, con el cargo de "nacionalismo burgués".

De constituir junto con la RDA la economía más avanzada de Europa del Este al término de la II Guerra Mundial, Checoslovaquia observó cómo Polonia y Hungría –en 1945 con relaciones de dominación semifeudales y solo un 20 % de ocupación industrial– en 1964 la superaban en índices de crecimiento económico, gracias a la prioridad recibida por Moscú a causa de sus conflictos internos.

Para colmo, con la mira fija en Occidente, en una delirante puja que la conducía a un laberinto inextricable, la URSS prometió convertirse en el primer país industrial del mundo, con el coeficiente más alto de productividad del trabajo y el más elevado nivel de vida. Su dirección vaciló a la hora de promover los cambios necesarios para conseguirlo; le faltó capacidad creativa para modernizar la economía y eliminar las trabas que impedían el desarrollo de las fuerzas productivas. La meta, sin una expresión práctica, se convirtió en consigna.

Ya en Checoslovaquia los temas políticos prácticamente habían desaparecido de los discursos oficiales y la apatía echaba raíces. Todavía no

se observaba afán de enriquecimiento entre la población, pero hasta los médicos exigían propina y cada día aparecían más prostitutas en las calles de Praga.

Los verdaderos comunistas estaban a nivel de fábricas, sobre todo entre los obreros de las industrias y minas, y los jóvenes de la ČSM (Organización de Masas Juvenil). Y al igual que el resto de la sociedad, estaban absorbidos por el descontento hacia la dirección del Partido. A pesar de todo, era notable la simpatía hacia la Revolución de Octubre y el pueblo soviético, como también se respiraba rechazo a los germanos. “Los alemanes son siempre alemanes –decían algunos, injustamente– aunque sean de la RDA” (Roa Kourí, 2018: 207). Pero al contrario de sus homólogos soviéticos, el Partido y el Gobierno de Checoslovaquia no eran desprendidos ni aceptaban sin cierta reticencia la ayuda solidaria y el internacionalismo como principios esenciales del socialismo. Se les conocía como los “fenicios” del bloque.

Y el calificativo les ajustaba bien. El 19 de abril de 1961, una concentración de más de 100.000 personas en la Plaza Vieja de Praga celebró como propia la victoria de Playa Girón. Como en Cuba, se coreó “¡Cuba sí, yanquis no!, *Vlast nebo smrt, zvítězíme!* ¡Patria o muerte! ¡Venceremos! *At žije Kuba!*”. Tres años más tarde este raudal de cariño se extinguía como resultado de la actuación de su máximo dirigente. Peor que el intercambio económico desigual, “... fue la utilización política que [...] Novotný hizo de la supuesta ayuda a Cuba, para justificar carencias (por ejemplo, de carbón, que no importábamos, en el crudo invierno de 1962-1963, o de carne, que tampoco les comprábamos) y otras insuficiencias”. Uno de esos discursos en los que se explayó en mentiras sobre la supuesta “«ayuda internacionalista» a los hermanos cubanos” para esconder su incapacidad, provocó que un grupo de estudiantes se lanzara a la calle con pancartas en las que se leía: “*Kuba ano-miaso ne* (¡Cuba sí, carne no! ¡Con

otra Cuba socialista nos vamos al demonio!)” (Roa Kourí, 2018: 162 y 207).

Estas aguas procelosas, encapotadas por el dogma y el resentimiento, le permitieron pescar a la CIA. En ellas navegaron también el cuartel general en Múnich de Radio Europa Libre –donde la agencia reunió un equipo de periodistas y locutores checoslovacos– y el resto de las instituciones comprendidas en el diseño de guerra psicológica y subversión contra el socialismo. Énfasis especial pusieron en la academia, la prensa, las universidades y la Unión de Escritores, cuando la socialdemocracia con carnet del NSČ tomaba posiciones clave en las instituciones reproductoras de ideología.

Se abrió un debate sobre política económica entre especialistas y docentes universitarios que llegó hasta la escuela superior del NSČ. Se decía que la aplicación meticulosa a la economía de los principios marxistas constituía un fracaso y se comenzó a hablar de emprender un proceso de revisión y apertura, sin perder de vista que el socialismo había sido capaz de garantizar un elevado nivel cultural y un comportamiento solidario entre la población, además de exhibir como un logro de primer orden las conquistas de la mujer.

Ota Sik, veterano de la resistencia antifascista que dirigía el Instituto de Estudios Económicos de la Academia de Ciencias y presidía la Comisión Económica del Comité Central del NSČ, recibió la tarea de estudiar el tema. Sik, quien más tarde acuñó el término de la “tercera vía”, organizó un equipo encabezado por Radovan Richta, director del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias, también veterano de la resistencia antifascista y miembro del Comité Central del NSČ. Escogieron como paradigma a Yugoslavia.

En el orden teórico, la dirección yugoslava se planteó encomendar el control de toda la reproducción ampliada a los productores asociados. Reconoció la ley del valor como reguladora de la actividad económica y

entronizó el mercado como mecanismo de vinculación entre las unidades productivas, curso que llevó a liberalizar los precios. Su modelo autogestionario concedió participación efectiva a los trabajadores en la toma de decisiones, en contraposición al régimen soviético de excesiva centralización y aparato burocrático hipertrofiado, pero pasó al otro extremo y distorsionó la interpretación marxista del papel del Estado en la construcción del socialismo, cuando su gobierno declinó la responsabilidad como rector del desarrollo socioeconómico.

¿Cómo asegurar los intereses de la sociedad en su conjunto si prescindía de la planificación? Los sectores y unidades no eficientes desaparecieron, las fábricas no rentables fueron absorbidas por otras eficientes, o cerradas; aparecieron las sociedades mercantiles de tipo capitalista en detrimento de la propiedad social. En carta a Fidel, el Che explicó en 1965:

... las propias unidades de producción, las más efectivas, claman por su independencia. Esto se parece extraordinariamente a la lucha que llevan los capitalistas contra los Estados burgueses [...] Los capitalistas están de acuerdo en que algo debe tener el Estado, ese algo es el servicio donde se pierde o que sirve para todo el país, pero el resto debe estar en manos privadas. El espíritu es el mismo: el Estado, objetivamente, empieza a convertirse en un Estado tutelar de relaciones entre capitalistas (Guevara, 2012: 12).

Así se abrió paso el “socialismo de mercado”. La reforma propició un incremento de la productividad, la elevación de los salarios y presentó como palanca un “socialismo consumista”. Una nueva estética de la publicidad y la moda, del ocio y la televisión, propagó el mensaje de que lo decisivo era “estar bien hoy”. Emergió una élite entre los tecnócratas que se enriquecía a costa de los trabajadores, a los que el pueblo denominó “burguesía roja”. En la otra cara de la moneda aumentaba la inflación, crecían de manera exagerada las diferencias entre estatus e ingresos, se

disparaba el desempleo y se producía una drástica caída de la inversión social. Empleadores suizos y holandeses buscaban en Belgrado y otras regiones del país mano de obra barata para la agricultura y empleos rechazados por sus nacionales.

Ota Sik y su equipo concluyeron que una reforma como aquella no se podría realizar en Checoslovaquia sin cambios estructurales. Debían abrir la crítica al socialismo y a sus leyes del desarrollo económico, para convertir la ley de oferta y demanda en regla suprema. Un paso de primer orden era liberalizar los precios. En esa dirección, reclamaron el acceso de los economistas a la producción teórica de Occidente y exigieron que el NSČ asumiera como base de su política económica el análisis científico y las indicaciones de los economistas.

En torno a este programa de matriz neoliberal cerró filas una élite de científicos sociales, especialistas y tecnócratas –liberales y socialdemócratas en su proyección–, que aspiró a mayor cuota de independencia y poder frente a los ignorantes *apparatchiki*. A diferencia de estos últimos, le prestaron atención al tema educativo y a la formación de opinión pública, en un programa que tuvo a la universidad y los medios de comunicación como protagonistas. Ante una dirección partidista arrogante, sin audacia ni conexión emocional con las bases populares, la clase trabajadora quedó desorientada y se abrió paso la tecnocracia. En la introducción a su libro *Apuntes críticos a la Economía Política* el Che previno:

Al dogmatismo intransigente de la época de Stalin ha sucedido un pragmatismo inconsistente. Y, lo que es trágico, esto no se refiere solo a un campo determinado de la ciencia; sucede en todos los aspectos de la vida de los pueblos socialistas, creando perturbaciones ya enormemente dañinas [...] cuyos resultados finales son incalculables (Guevara, 2012: 26).

Novotný y la cúpula que descalabró a héroes de la guerra y prestigiosos comunistas para imponer una línea política y económica que condujo al país

hacia el estancamiento empezaron a quedarse solos, incluso en el seno del Partido.

Hacia 1965 el titular de Cultura y Educación, Čestmír Čísař –viejo cuadro que integró el Secretariado del Comité Central desde 1960 hasta que en 1963 lo nombraron ministro, cuya proyección tuvo gran repercusión en los acontecimientos posteriores–, abrió espacio a los creadores con una marcada actuación anticomunista, como el escritor y dramaturgo Václav Havel, potenciado por la CIA y los medios de prensa occidentales.

Una política cultural que cercenó la libertad de creación e impuso el “realismo socialista” como estética unió en causa común a escritores de ideología liberal, liderados por Václav Havel, socialdemócrata, con carnet del NSČ y sin carnet, y marxista. Los libros, las obras teatrales, los guiones de películas y hasta la letra de canciones de la música pop eran apreciados con un prisma mediocre y sometidos a censura previa por el Departamento Ideológico del Comité Central del NSČ, entre cuyos funcionarios faltaba sensibilidad y capacidad de razonamiento. Las relaciones se degradaron hasta hacerse antagónicas y Čestmír Čísař abogó por flexibilizar para tratar de bajar presión. Las críticas vertidas durante el III Congreso de Escritores, en julio, dejaron preocupado a Novotný. Čísař fue sustituido y enviado como embajador a Rumanía; a su vez, clausuraron la revista *Tvář* (Cara), cuyo consejo de redacción dirigía Havel.

Ante un escenario tan complejo en los ámbitos ideológico y cultural, el pragmatismo empezó a abrirse paso y terminó por imponerse. El XIII Congreso del NSČ, en junio de 1966, acordó poner en marcha el programa presentado por Ota Sik y proclamó la apertura a Occidente.

Otoño e invierno en Praga: 1967-1968

La socialdemocracia en el seno del NSČ y los tecnócratas liderados por Ota Sik estaban claros de que la esperanza en el ideal socialista permanecía viva entre la mayoría de la militancia y una gran parte del pueblo. Ante tal disyuntiva, resolvieron proclamar como máxima su interés en construir un “socialismo con rostro humano”. *Literární Noviny* (Gaceta Literaria), publicación semanal de la Unión de Escritores con una tirada de medio millón de ejemplares, abrió 1967 con un comentario dirigido a legitimar este discurso: “Nos preguntamos si el espíritu de la libertad no se ha transferido en este momento a otra parte: al intento de formular una alternativa socialista positiva” (Guerrero y Ceretti, 1973: 10).

Los resultados del llamamiento al IV Congreso de la Unión de Escritores de Checoslovaquia, por celebrarse del 27 al 29 de junio de 1967, llenaron de preocupación a la dirección del país. Ante la inminencia de una crisis, el Secretariado del Comité Central del NSČ evaluó el tema en varias reuniones previas y revisó los documentos que se iban a discutir. Jiří Hendrych, miembro del secretariado que atendía la esfera ideológica, se preparó con meticuloso cuidado.

La suerte estaba echada. En la primera jornada del IV Congreso, Milan Kundera, quizás el escritor más importante de Checoslovaquia en el período —aunque su gran obra la escribió en francés—, intervino acerca del significado de la cultura para una nación pequeña y protestó contra la censura. Kundera militó en el NSČ y fue expulsado de sus filas en 1948; regresó en 1956, pero progresivamente derivó hacia el anticomunismo con una voz influyente. Le siguió Pavel Kohout, escritor, dramaturgo y director teatral, y militante del NSČ, quien abogó por enmendar la ley de prensa y redactar un manifiesto a favor de la libertad de creación. A continuación, Kohout leyó una carta abierta al Congreso de Escritores de la URSS, de

Aleksandr Solzhenitsin, para entonces, junto con el científico Andrei Sajarov, el más enconado crítico del socialismo soviético.

Cuando Kohout leía, Jiří Hendrych abandonó la sesión. A partir de ese instante todos los oradores cuestionaron la interferencia del poder en la cultura. Václav Havel presentó una misiva de la nueva generación de directores de cine, en protesta contra un decreto que se discutía en el Parlamento para prohibir la comercialización de sus películas, y un mensaje de respaldo a los escritores enviado por la Asociación de Artistas de Cine y Televisión Checoslovacos. El punto de no retorno llegó en la jornada del 28 de junio. El periodista y narrador Ludvík Vaculík, militante del NSČ, elevó el desafío a un tono al que ni el propio Havel se había atrevido: habló del éxito de la revolución como esperanza de una obra transformadora, pero cuestionó la “dinastización” de un “poder”, que, según dijo, tendía a perpetuarse y hacerse homogéneo. En varios momentos lanzó expresiones de ataque contra la URSS: “... la enfermedad estalinista del comunismo no se origina en Checoslovaquia”, dijo. Y el cierre causó euforia en unos, rechazo en otros, preocupación en los más:

... cuando buscamos causas que expliquen por qué hemos perdido tanto, ya sea moral como materialmente; por qué estamos económicamente atrasados, los grupos dirigentes dicen que “era necesario”. Quizás era necesario para el desarrollo espiritual de los órganos del régimen, que obligaron a todos los sostenedores del socialismo a realizar la experiencia de ese desarrollo juntamente con ellos. Resulta indispensable comprender que, en los últimos veinte años, no se resolvió ningún problema humano: desde las necesidades elementales como la vivienda, las escuelas y el bienestar económico hasta las más hermosas exigencias de la vida que ningún sistema no democrático puede satisfacer; por ejemplo, el sentirse plenamente realizado dentro de la sociedad; el subordinar las decisiones políticas a criterios éticos; el creer en el valor del

trabajo aunque sea subordinado; la necesidad de confianza entre las personas; la educación de todo el pueblo (...) Constató que no hemos dado a la humanidad ninguna idea original ni ninguna nueva inspiración; constató que ni siquiera tenemos, por ejemplo, ideas propias sobre los métodos de producción o sobre cómo evitar ser asfixiados por los resultados de la producción. Imitamos sin rebelarnos la civilización deshumanizante de tipo norteamericano, repetimos los errores del Este y del Oeste...

... mi crítica al poder en este Estado no es una crítica al socialismo. No pienso que haya sido necesaria la evolución que hemos conocido, y no identifico a tal poder con el socialismo, con el que él mismo busca identificarse. Tampoco es cierto que su destino sea idéntico, y aquellos que ejercitan el poder (...) si viniesen aquí y preguntasen si el socialismo es realizable, deberían aceptar como expresión de nuestra buena voluntad y al mismo tiempo de nuestra más elevada lealtad cívica, esta respuesta: “No lo sé” (Guerrero y Ceretti, 1973: 10).

Al día siguiente se distribuyeron cientos de copias de esta intervención en Praga. En el orden simbólico, por primera vez desde el ascenso al poder del NSČ, el 26 de febrero de 1948, en una tribuna oficial se profería una crítica implacable contra el régimen socialista. La reacción lo presentó con un eslogan que poco a poco sembraron en el imaginario popular: “Después de un largo silencio, la verdad”.

No se eligió presidencia ni secretariado nacional para la Unión de Escritores durante el IV Congreso. Jiří Hendrych regresó para clausurarlo el 29 de junio. Describió lo ocurrido como un mal uso del foro para atacar al Partido y al socialismo. Con posterioridad, Kohout recibió un señalamiento crítico en el núcleo y Vaculík fue separado de las filas. Hasta ahí constituía una decisión legítima porque, como mostraron los hechos posteriores, Vaculík ni era comunista ni le importaba preservar el socialismo. Pero la

dirección del Partido cometió un error costoso: desintegró las redacciones de las revistas y periódicos de la Unión de Escritores, incluida *Literární Noviny*, y transfirió su control al Ministerio de Cultura e Información. La comunidad intelectual reaccionó con un llamamiento firmado por 183 escritores, 69 artistas, 56 científicos y 21 cineastas:

Entre nosotros hay numerosos marxistas, comunistas, y la gran mayoría de nosotros desaprueba el sistema económico y social de las naciones capitalistas, es resueltamente favorable al socialismo. Pero estamos por un socialismo auténtico, por el “reino de la libertad” proclamado por Marx y no por el régimen del terror... (pedimos) que se restaure la libertad total de palabra y de expresión, de pensamiento y de creación... la supresión de la censura política (Duarte y Rabey, 2009: 2).

Tras este pronunciamiento la crisis política ganó en dimensión. El gobierno intentó evitar que el llamado circulara, sin conseguirlo. Corrió en volantes y periódicos clandestinos por toda Praga y la tensión llegó a los estudiantes universitarios.

Hasta aquel instante los jóvenes mostraban un comportamiento apático, pero la rigidez doctrinal y la falta de conexión emocional con la dirección del Partido trajeron consigo que empezaran a contemplar, admirados, lo que acontecía en occidente. Entre muchachos y muchachas causaban furor los Beatles, y el tema “Puppet on a String” (“Marionetas en la cuerda”), con el que la británica Sandie Shaw ganó el premio de Eurovisión en 1967, se escuchaba en todas las fiestas. Cada vez más se dejaban el pelo largo, sobre todo entre los obreros, a diferencia del resto del mundo, y vestían con ropas desgastadas, mientras conseguían de contrabando música e información de Estados Unidos y Europa Occidental. En el plano ideológico, el “ídolo” del momento era Ivan Sviták, profesor de marxismo en la facultad de Filosofía en Praga, quien coincidía en sus proyecciones con Václav Havel y era potenciado por los medios occidentales, especialmente desde París.

El 31 de octubre, de las residencias de Strahov –dormitorios de la Universidad Técnica de Checoslovaquia– partió una manifestación hacia la sede del gobierno en protesta por las malas condiciones habitacionales y los fallos frecuentes de electricidad. La policía interrumpió la marcha con gases lacrimógenos y bastonazos. “Por primera vez en la historia de nuestra República, muchachos nacidos y educados en el régimen, que no sufrieron otra influencia que la de la educación socialista, fueron golpeados por la policía, y coreaban consignas hostiles al Gobierno y al Partido”, declaró a *Le Monde*, en anonimato, un miembro del Comité Central del NSČ, cuyo pleno sesionó los días 30 y 31 de octubre (Guerrero y Ceretti, 1973: 11).

Novotný tiró por la borda el poco capital político que le quedaba. Reunido a finales de diciembre en un debate en el que se llegó a los ataques personales entre el aislado núcleo dirigente y los partidarios de la reforma, el Comité Central acordó separar los cargos de presidente de la República y secretario general del Partido. El 5 de enero de 1968 fue elegido por unanimidad para encabezar el NSČ Aleksandr Stepanovich Dubček, comunista eslovaco que se formó en la URSS y combatió en la resistencia antifascista. No bastó su buena voluntad. Su debilidad de carácter y poco relieve personal hacían difícil que pudiera encabezar un proceso de transformaciones conducentes a perfeccionar el socialismo: “Yo tenía una clara sensación de la importancia histórica del momento y de las oportunidades que ofrecía [...] Obviamente, en enero de 1968 ni se me ocurrió pensar que en aquellos momentos nos estuviéramos adelantando veinte años a la historia”, escribió más tarde (Dubček y Hochman, 1993: 180).

Fue simbólica la elección de un eslovaco. La primera medida aprobada estuvo relacionada con Eslovaquia, donde se instauró una República Federal. Le siguieron otras disposiciones que buscaban cierta democratización del gobierno del país, continuar la labor de recuperación económica y hacer efectivo el proceso de “desestalinización”. De gran

impacto fue la devolución a la Unión de Escritores de *Literární Noviny*, rebautizada como *Literární Listy*.

En febrero fue elegido para presidir la Unión de Escritores el germanista Eduard Goldstücker, exembajador checo en Israel y profesor de la facultad de Artes y Letras en la Universidad Carolina, de Praga; reconocido por sus esfuerzos para rehabilitar la obra de Kafka, sepultada bajo la sombra del realismo socialista. En 1951 Goldstücker había sido condenado a cadena perpetua por razones políticas y se benefició con la amnistía decretada en 1955. Eran públicos sus cuestionamientos al socialismo.

Comenzó una batalla política que tuvo como principal escenario el dominio de los medios, en la que Dubček tuvo las de ganar cuando el 29 de febrero de 1968 decidió no aplicar más la censura preliminar. “Perdónenme ustedes, mis nervios. Es la primera vez, tras 20 años, que emitimos en directo, la primera vez, que no grabamos el programa con antelación y a continuación lo retocamos. Sepan que de todo aquello que ustedes digan, no se podrá rectificar ni una sola palabra”, abrió el moderador de un espacio de debate televisivo (Maxa, 1969: 72).

Desde ese momento, en los periódicos, la televisión y la radio se transmitió una imagen simple, fraternal, humana y, sobre todo, sincera del nuevo secretario general del Partido, que terminó de enterrar a Novotný y sus partidarios. El escritor, dramaturgo, guionista y director de cine y televisión Hanuš Burger, entonces uno de los principales fustigadores del socialismo en Checoslovaquia, declararía que “Cuando Dubček apareció por primera vez ante las cámaras creó una gran sensación. Su discurso era lejano a la retórica y además en eslovaco. Al acabar, en vez de utilizar las repetitivas frases programadas por el sistema comunista, tan sólo apartó los folios y dijo «Gracias por haberme escuchado». Nos frotamos los ojos. Una nueva era había llegado” (Burger, 1977: 383).

A mediados de marzo Dubček descabezó la central sindical Movimiento de los Sindicatos Revolucionarios (ROH, por sus siglas en checoslovaco).

¿La razón? Oponerse a las reformas que abogaban por una mayor participación de los trabajadores en la gestión empresarial. En más de 250 asambleas fueron destituidos todos sus dirigentes de base y se elevó una nueva hornada de activistas. De inmediato se multiplicaron los reclamos de aumentos salariales y el cuestionamiento a los privilegios de los gerentes.

La deserción del general Jan Šegna, cercano a Novotný, precipitó los acontecimientos. La nueva dirección del Partido aprobó iniciar un proceso por corrupción contra Šegna, quien a finales de febrero se asiló con parte de su familia en el consulado estadounidense en Trieste, luego de llevarse una gran suma de dinero robado e importantes documentos militares. Al llegar a Estados Unidos reveló que en diciembre el jefe del 8.º Departamento del Comité Central del NSČ, bajo cuyo control se hallaban las fuerzas armadas, la seguridad del Estado y los órganos de justicia, preparó una lista con más de mil personas para detener, entre las que aparecían Dubček y Ludvík Vaculík. En pocos días fueron sustituidos todos los funcionarios del 8.º Departamento y la seguridad del Estado pasó a subordinación del Ministerio del Interior. El 22 marzo Novotný renunció a la presidencia. Se acercaba la primavera...

Dubček encabezó la delegación a una reunión de emergencia del Pacto de Varsovia convocada en Dresde, el 23 de marzo. Fue a tratar de calmar los ánimos; a explicar que el proceso de liberalización no significaba un retroceso del socialismo ni tendía al acercamiento a Occidente.

Era de gran preocupación que se extendieran al resto de Europa del Este los vientos que soplaban en Checoslovaquia. El 1.º de marzo las autoridades de Polonia indicaron prohibir en el Teatro Nacional de Varsovia la puesta en escena de *Dziady* (*Los abuelos*), del poeta y dramaturgo Adam Mickiewicz, nacido en el siglo XVIII en Nowogródek, hoy Bielorrusia, pero reclamado por los polacos porque escribió en su idioma y, aunque murió en Constantinopla, lo enterraron en la Catedral de Wawel, en Cracovia. Este drama romántico, escrito en 1824, se inspira en la historia de la resistencia

de los jóvenes polacos contra el despotismo zarista en 1823. Su adaptación por el director teatral Kazimierz Dejmek, separado de las filas del Partido por sus proyecciones antisocialistas, estaba llena de referencias que extrapolaban la obra al escenario de 1968. Pese a ello se había mantenido en cartelera todo el mes de enero, con 14 puestas.

Los estudiantes convirtieron las respuestas antirrusas del libreto de Dejmek en un éxito político tal, que el gobierno anunció la prohibición de la obra cuando faltaba una función. Un grupo de opositores se concentró ese día en el vestíbulo del Teatro Nacional con gritos de “¡Independencia sin censura!”, y otro con estudiantes de la escuela de teatro marchó hacia el monumento a Mickiewicz, derribado durante la ocupación nazi y reconstruido en 1955. El 2 de marzo la Unión de Escritores de Polonia condenó la prohibición; le siguió el sindicato de actores. Recogieron 3.145 firmas de apoyo en Varsovia y más de 1.200 en Cracovia. Panfletos que comparaban la guerra estadounidense en Vietnam con la intervención soviética en Hungría empezaron a circular por las universidades.

Adam Michnik, líder de la oposición en la Universidad de Varsovia, constituida por un centenar de alumnos de orientación liberal o socialdemócrata que se agrupó en reuniones clandestinas en apartamentos privados, y Henryk Szlajfer, divulgaron los hechos a través del corresponsal en Polonia de *Le Monde* y la noticia se diseminó por toda Europa Occidental. El 3 de marzo Michnik y Szlajfer fueron expulsados de la universidad. Más de un millar de jóvenes y cerca de 150 académicos firmaron una petición a su favor; en París, los estudiantes de la facultad de Nanterre se manifestaron frente a la embajada de Polonia.

En un panfleto difundido 24 horas más tarde en la Universidad de Varsovia se aseguraba: “¡Tenemos los mismos derechos que los estudiantes checos y los mismos medios para defender esos derechos!”. El 8 de marzo un volante convocó a una asamblea estudiantil en ese recinto. Los destacamentos ZOMO (policía antidisturbios) intentaron dispersar a los

asistentes y la multitud atacada salió en manifestación a las calles, gritando que no estaban contra el socialismo y exigiendo respeto a los derechos civiles garantizados por la Constitución. Los organizadores fueron detenidos y la crisis se multiplicó. “Toda Polonia espera su Dubček”, rezaba una pancarta en la Escuela Politécnica (Modzelewski, 2018).

Las protestas se extendieron a Cracovia, Lublin, Gliwice, Wrocław, Gdańsk, Poznań y Łódź. Al menos 2.039 personas fueron detenidas entre el 8 y el 21 de marzo (769 obreros, 525 universitarios, 327 estudiantes de secundaria, 288 empleados de oficinas y 130 sin empleo); 831 fueron liberados en las primeras 48 horas. Durante las próximas semanas las cifras aumentarían.

La Primavera de Praga

Al regreso de Dresde, Dubček presidió un pleno del Comité Central que evaluó como desviaciones el debilitamiento del papel rector del Partido, los desbordes de trabajadores y estudiantes –huelgas y protestas públicas–, y la creciente aparición de manifestaciones antisocialistas. Acordaron instituir el voto secreto para elegir los cargos del Partido y establecer como autoridad superior, por encima del Presídium y el Secretariado, al Comité Central; el Presídium se conformaría con cuadros que no desempeñaran cargos de nivel nacional en el Estado o el gobierno. Dos candidatos se manejaron para presidir la República: el general Ludvík Svoboda, separado del Ministerio de Defensa en la época de Novotný y ubicado entonces como contador en una pequeña cooperativa agrícola en un pueblecito en las afueras de Praga; y Čestmír Císař, quien tras la renuncia de Novotný regresó de Bucarest. Los dos eran partidarios radicales de las reformas. El pleno votó por el primero. Esta elección circunstancial tuvo un valor simbólico: *svoboda* en checo significa ‘libertad’.

A propuesta de Dubček fue elegido vice primer ministro Gustáv Husák y como canciller el historiador Jiří Hájek, hombre culto que sobrevivió a los horrores de un campo de concentración nazi. Socialdemócrata devenido comunista por fuerza de las exigencias políticas, Hájek era un hombre franco y cordial que profesó simpatía por la Revolución cubana. En modo alguno fue enemigo del socialismo; más al correr de 1968 había sido derrotado por la decepción. Para presidir el Parlamento fue elegido Josef Smrkovský, viejo comunista al que involucraron en el caso Slansky y condenaron a 15 años de prisión cuando era viceministro de Agricultura. Recibió la amnistía en 1955 y Novotný esperó ocho años para rehabilitarlo. Desde 1967 era ministro presidente de la Administración Central del Agua.

Poseía el don de la palabra y se manifestaba favorable a la reforma para rectificar las desviaciones. Abogaba por preservar el socialismo.

Poco después, a Čestmír Císař lo nombraron presidente del Consejo Nacional Checo. El periodista cubano Manuel Yepe, hasta 1968 embajador de Cuba en Bucarest, narró 40 años más tarde:

Yo conocí al embajador de Checoslovaquia en Rumania [...] cuando empezó la Primavera. Tenía grandes vinculaciones ideológicas con los líderes y estuvo a punto de ser designado presidente –de eso me enteré por un informe de Inteligencia de Radio Europa Libre que leí hace poco. Él profesaba una gran admiración por Cuba y, en especial, por el joven ministro Armando Hart, pues durante su desempeño como ministro de Cultura y Educación había visitado la Isla y conocido a su homólogo cubano. Se emocionaba con las cosas que veía en Cuba y que no eran iguales en Checoslovaquia. En la mentalidad de los líderes y de quienes apoyaban la Primavera de Praga, había indiscutiblemente mucha simpatía por nosotros... (Yepe, 2008).

Otro resultado del pleno fue la aprobación del “Programa de Acción” para implementar el “socialismo de rostro humano”. Incluía la creación de varios partidos políticos, siempre que tuvieran una orientación socialista, y la promulgación de una ley destinada a regular la libertad de prensa y el derecho de asamblea; además, garantizaba la autonomía de los sindicatos y el reconocimiento del derecho a huelga, así como la igualdad de checos y eslovacos. También se comunicó que se trabajaría en una legislación dirigida a brindar ayuda a las víctimas de desafueros durante los gobiernos “estalinistas”. En los ámbitos cultural y religioso, el “Programa de Acción” garantizó la libertad de culto, de creación artística e investigación científica, y en materia de política exterior reafirmó la soberanía nacional y la alineación con la URSS y el Pacto de Varsovia.

El 5 de abril, en la clausura, Dubček exhortó a continuar la línea democratizadora con “límites necesarios”; el respeto a las normas del Partido constituía “la mejor garantía contra las tendencias anarquistas”. Y puntualizó respecto a las relaciones exteriores: “Nuestra política exterior tiene por fundamento nuestra alianza con la URSS y los demás países socialistas” (Guerrero y Ceretti, 1973: 14).

En materia de política económica, el timón de la nave lo recibió Ota Sik, nombrado vicepresidente del Consejo de Ministros.

Sik impartió un ciclo de conferencias en la televisión para sembrar rechazo al camino transitado y generar consenso en torno al nuevo programa, que abría un amplio campo de acción al capital privado. Habló de la “tercera vía”, término manejado por primera vez, que ubicó entre el “socialismo estatista” y el capitalismo occidental. Proclamó como brújula al mercado y prometió aumentar en un 9 % la capacidad de consumo de la población para 1969, cifra jamás lograda. Estimularían la industria ligera, la producción de alimentos y la construcción de viviendas (460.000 en 36 meses), este último uno de los problemas sociales no resueltos que más irritaba a la juventud, sobre todo en Praga, donde una pareja recién casada podía demorar entre siete y diez años para tener casa propia.

Aseguraba en sus conferencias que nada de ello sería viable si no recobraban la independencia económica y tomaban distancia del CAME en la búsqueda de nuevos mercados, con mayores incentivos. Y algo importante: su estrategia solo tomaría impulso si se instituían el estímulo material (diferenciación de los salarios) y se eliminaban las empresas y ramas de la industria no rentables.

Apareció entonces el libro *La civilización en la encrucijada*, de un colectivo de autores del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias, liderado por Radovan Richta. En esencia su tesis planteaba que, en lo adelante, la batalla decisiva por el socialismo se libraría en el terreno del

progreso de la producción, la ciencia y la técnica, por encima de las contradicciones y la lucha de clases.

Los grandes medios de la prensa occidental no perdieron un minuto en esta batalla política y les acuñaron el epíteto de “conservadores” a los defensores del socialismo y de “progresistas” a quienes promovían el retroceso al capitalismo.

La prensa cayó en manos de una facción que demandaba el acercamiento a Occidente y desplegó una furibunda campaña contra la URSS, para exacerbar el nacionalismo en interés de restablecer los viejos lazos. Los principales temas abordados en la televisión, la radio y la prensa escrita eran los “dramáticos años pasados”: las purgas, las condenas a prisión, las torturas. Ni un solo logro en la construcción del socialismo aparecía en el inventario. Nada de objetivos fundamentales para la dignidad humana como el derecho al trabajo, la educación igual para todos o las conquistas de la mujer; nada se habló de la reforma agraria, de la eliminación de las desigualdades económicas y la desaparición de una oligarquía que rigió desde el imperio austrohúngaro; de la seguridad de las calles. Ni una palabra acerca de la extensión de la cultura a todos los estratos sociales, en una nación en la que la ópera y el ballet se convirtieron en espectáculos populares y la gente se iba a trabajar temprano en la mañana para dedicar tiempo en la tarde a la lectura.

Entre la población, pese a todo, no se escuchaban expresiones de venganza. Más allá del dogmatismo ideológico, la distorsión del marxismo y el distanciamiento entre la dirección del NSČ y las bases populares, la gente común en Checoslovaquia estaba clara de que había mucho de exageración en las noticias, y hasta de mentiras... La mayoría aspiraba a salvar lo positivo del régimen socialista y en no pocos lugares aparecía la famosa foto del Che debida a Korda:

La Primavera de Praga mezclaba aspiraciones populares legítimamente socialistas y justas, con manipulaciones

encauzadas a desmontar la orientación del socialismo del país; unos defendían la posibilidad de introducir cambios democráticos para reforzar el sistema en el interior, sin perturbar, por ello, las relaciones con la URSS y los demás países del campo socialista europeo; otros concebían que las reformas principales debían ser en el terreno de las relaciones exteriores, y en particular acercándolas a Alemania Federal y los Estados Unidos, y distanciándolas de la URSS (Yepe, 2008).

Desde Langley se emitió al cuartel general en Múnich de Radio Europa Libre la orden de actuar con prudencia. Tanto la dirección estadounidense como los locutores debían mantenerse expectantes. Según A. Ross Johnson, quien llegó a director de esta emisora:

Había una política consciente, escrita por el director de entonces, Ralph E. Walter, de ser muy precavidos [...] no podíamos emitir las cosas que sí emitía la radiodifusión checa. Por dos razones: una, evitar cualquier pretexto que la Unión Soviética pudiera utilizar, o que su propaganda pudiera usar. La otra razón era la historia de Radio Europa Libre. Habían pasado solo 12 años desde la Revolución Húngara (Ferrer y Kenety, 2018).

Rude Pravo, órgano oficial del NSČ, se incorporó al diseño de quienes apostaban por Occidente: el 24 de abril publicó que Estados Unidos esperaba de Checoslovaquia una política exterior “más inteligente” a partir de la nueva orientación, en referencia a la eventual salida del Pacto de Varsovia y el interés de ingresar en la OTAN (Castro Ruz, F., 23 de agosto de 1968: 27).

¿Fue esto la iniciativa de un periodista? Días antes, el canciller Jiří Hájek reveló el propósito de cooperar con Occidente, en particular con Inglaterra, Francia e Italia. Y aunque prometió no afectar la “... alianza con

los Estados socialistas”, la última expresión de sus declaraciones fue tomada en el Kremlin como un insulto. “Somos Europa, no Asia; y siempre lo fuimos” (Skilling, 1976: 626-628).

El “Programa de Acción” fue discutido en teatros, escuelas y centros de trabajo, en un proceso acompañado de artículos de opinión en la prensa escrita y debates televisivos y radiales.

Dubček elevó al Secretariado del Comité Central a Zdeněk Mlynář, el miembro más joven de esa estructura en toda Europa del Este, quien había estudiado en Moscú y mantenía estrechas relaciones con el dirigente juvenil soviético Mijaíl Gorbachov. De acuerdo con Mlynář, implantar un régimen de democracia representativa les tomaría una década y el pueblo no estaba dispuesto a esperar tanto para crear formaciones opositoras. Tras 20 años de crecimiento bajo la sombra, la socialdemocracia conducía la economía y detentaba el poder político. Sus más relevantes propulsores se reagruparon en torno al Consejo de Ministros, el Presídium y el Secretariado del Comité Central, desde los que orientaban la reforma. No podían asumir una estructura partidista para no precipitar la alarma, pero colocaron su agenda ideológica en los medios de comunicación, la academia, la universidad y los sectores de la intelectualidad artístico-literaria. En paralelo, emergían el Klub Angažovaných Nestraníků (Club de los no miembros del Partido), entre cuyos fundadores estuvo el profesor Ivan Sviták; y el Club 231, agrupamiento de exprisioneros políticos.

En su discurso, los nuevos dirigentes del Partido y el gobierno miraban a la izquierda; en la práctica, encarrilaban al país hacia la derecha. Años más tarde Zdeněk Mlynář reconoció:

... desde el punto de la evolución real del sistema de la dictadura política totalitaria que aquí existía, el comunismo reformista representaba la principal fuerza política que socavaba este sistema y allanaba el camino hacia la democracia política.

Yo era uno de los militantes que confiaba en que alcanzásemos una democracia pluralista, aunque sabía que no lo podíamos pregonar a bombo y platillo para no irritar a nuestros aliados del Pacto de Varsovia. Creíamos que gradualmente podíamos lograr convencerlos de que otra evolución en el socialismo no era posible; que el tipo soviético de socialismo aquí era sencillamente inviable y era necesario hacer el cambio (Manethová, 2008).

Dubček catapultó al Presídium a otro reformista que luchó contra el fascismo y sufrió sanciones en la etapa de Novotný: František Kriegel, quien combatió en España por la República y en los primeros años de la década de 1960 trabajó en Cuba como asesor del Ministerio de Salud Pública –de hecho, Aníbal Escalante intentó implicarlo en sus planes. Al igual que Smrkovský, era depositario de la confianza de la militancia que aprobaba los cambios, sin renunciar al régimen socialista. “Nuestro plan pretendía un retorno gradual al concepto de socialismo democrático que había imperado en el movimiento socialista europeo a principios de siglo”, rememoró Dubček (Dubček y Hochman, 1983: 207). Ese concepto de “socialismo democrático” de principios de la centuria era la socialdemocracia. La liberalización política y cultural del país desempeñó su cometido para hacer pasar el paquete económico de Ota Sik.

El desfile del 1.º de mayo transcurrió en un clima normal, de cierta alegría. A mediados de mes empezaron las huelgas en empresas y fábricas. Un dirigente sindical declaró al diario *Pravda*, de Bratislava, que la burocracia y los directores “... no han comprendido que ha tenido lugar un cambio y que deben considerar a los sindicatos como un interlocutor serio” (Libera y Udry, 2018).

Luego de una breve visita de Dubček a la URSS, el 9 de mayo de 1968 los dirigentes de Polonia, Bulgaria, Hungría y la RDA se reunieron en Moscú para debatir el problema checoslovaco. El 30 de mayo llegaron las

primeras unidades del ejército soviético que participarían en un ejercicio conjunto del Pacto de Varsovia en las montañas de Šumava –el tejado verde de Europa debido a su situación geográfica y espesos bosques–, en Bohemia del Sur, en la frontera entre Checoslovaquia y la RDA. Estaban previstos para el 20 de junio y el repentino arribo con tanto tiempo de antelación despertó la alarma en Praga.

A 72 horas de esta concentración, la sociedad yugoslava empezó a convulsionar por el rechazo a la diferencia entre estatus e ingresos y los altos costos sociales de la reforma económica en curso desde 1965. Las críticas a la clase media iban acompañadas de la crítica a la tecnocracia que detentaba el poder: la “burguesía roja”, como la bautizó el lenguaje popular. Un grupo de intelectuales reunidos en torno a la revista *Praxis* cuestionó “... la idea de una «economía socialista de mercado» en nombre de una crítica «socialista» de la economía política burguesa” (Janigro, 2018).

El repudio cobró especial fuerza entre los universitarios. A pesar del esfuerzo público para que hijos de obreros y campesinos accedieran a la enseñanza superior, los jóvenes vivían hacinados (y aislados) en pensiones prácticamente en ruinas, con comedores deprimentes. Los días 25 de abril y 14 de mayo de 1968 la Liga de los Estudiantes realizó un debate sobre “Las desigualdades sociales en el socialismo”. La discusión se centró en torno a los límites de esas desigualdades. Para los profesores no se trataba de dirimir si eran mayores o menores, grandes o pequeñas, sino el hecho de que existían desigualdades sociales exageradas, a la vez que se formaba una nueva élite de ricos. La mayor parte de las intervenciones de los estudiantes se centró en el impacto de las diferencias salariales. Entre los discursos de mayor trascendencia estuvo el del estudiante Bube Rakić: “... si no podemos construir un sistema que distribuya de forma más justa nuestra riqueza social, entonces es mejor que permanezcamos en el nivel del igualitarismo. Mejor un puñado de arroz para todos, que caviar para pocos” (Janigro, 2018).

Las manifestaciones de protesta escalaron cuando la policía comenzó a intervenir para sofocarlas. El 3 de junio de 1968 comenzó una larga marcha desde la Universidad de Belgrado hacia el centro de la ciudad. Fueron bloqueados por un cordón policial en un paso subterráneo:

... se desata la acción de la policía: golpean a los profesores, a los transeúntes y se ensañan sobre todo con las estudiantes llamándolas putas. El efecto es un auténtico *shock* colectivo. La repetición a la luz del día de lo acontecido la noche anterior suscita la incredulidad de algunos dirigentes comunistas y de la opinión pública. Los estudiantes también estaban perplejos: no pensaban que su Estado fuese a responder de este modo. En el llamamiento dirigido a los ciudadanos y en el programa se carga contra los privilegios, se denuncia el desempleo, se exige mayor democracia –libertades de reunión y de manifestación–, así como la mejora de las condiciones de vida. Son muchos y variados los eslóganes coreados: “Menos automóviles, más escuelas”, “Habla de cómo vives –firmado Lenin”, acompañados de retratos de Tito, Marx, Lenin, Che Guevara y de un distintivo con una marca roja –los estudiantes– rodeado por un círculo azul –la policía. A la cabeza del movimiento, la Facultad de Filosofía de la Universidad de Belgrado, rebautizada el 4 de junio como “Universidad Roja Karl Marx” (Janigro, 2018).

Los jóvenes que iniciaron la protesta contagiaron su entusiasmo. Más de 5.000 profesores y 50.000 estudiantes interrumpieron los exámenes para sumarse a la huelga de Belgrado. “Burguesía roja”, “Estudiantes-Obreros”, “Trabajo para todos”, “Autogestión de abajo-arriba”, fueron algunas de las proclamas. “Estamos por la autogestión social, de abajo a arriba [...] Contra el enriquecimiento de los menos a expensas de la clase trabajadora. Apostamos por la propiedad social frente a la creación de sociedades mercantiles capitalistas”, definió el documento enviado por los estudiantes

a Tito, el domingo 9 de junio. Esa noche, Tito les dio la razón en un discurso televisado y prometió abrir una investigación para determinar los responsables de la represión. Convencidos de que el dirigente estaba de su lado, el lunes suspendieron la huelga (Janigro, 2018).

Desaparece la primavera con un tiro de cañón...

Tras la semana caliente en Yugoslavia crecieron las tensiones. De acuerdo con lo expuesto por el Kremlin, en el orden simbólico los acontecimientos en Checoslovaquia adquirirían una fuerza desestabilizadora que amenazaba al conjunto del bloque. En todo junio la prensa occidental especuló acerca de las gestiones checoslovacas para obtener créditos en Estados Unidos, la RFA y el Banco Mundial, a cambio de ampliar la competencia de la misión comercial germanoccidental en Praga y normalizar las relaciones diplomáticas entre los dos países a principios de 1969, a sabiendas de que la RFA constituía el principal baluarte yanqui de la actividad contra el campo socialista en Europa, y había roto relaciones con todos los países que reconocieron a la RDA, incluso con Cuba.

Otra razón de peso gravitaba: en el Kremlin se elaboraba una estrategia para vender petróleo al exterior. Hasta ese instante, la URSS no exportaba combustibles. Stalin siempre se opuso. En 1964 la URSS y Checoslovaquia firmaron un acuerdo para construir un gasoducto que unió a Ucrania con Bratislava y abrió camino al suministro hacia Europa Occidental:

Coincidentemente, norteamericanos, ingleses y franceses elaboraban sus propios planes para el suministro de combustibles al Viejo Continente, pero ya los soviéticos se habían adelantado. La idea que comenzó a debatirse entre una parte de los reformadores checoslovacos de convertir su país en una especie de «segunda Suiza», se vio como un peligro real para sus planes (Sánchez Monroe, 2018: 94).

Entre el 20 y el 27 de junio se desarrollaron en las montañas de Šumava, en Eslovaquia, las maniobras del Pacto de Varsovia. Participaron más de 40.000 soldados. El último día, la prensa de Praga estalló con una carta abierta del escritor Ludvík Vaculík, que trascendió como el “Manifiesto de

las 2.000 palabras”. Un grupo de académicos se le acercó a Vaculík y le preguntó si no era oportuno activar a la sociedad checoslovaca previo a las conferencias regionales del NSČ, en las que se dirimiría cuál de sus alas, la reformista o la “conservadora”, se impondría. Le pidieron redactar una especie de proclama. El resultado fue una apelación a todos los medios de lucha pacífica: crítica pública, resoluciones, manifiestos y huelgas. También abogó por crear una fuerza de oposición política y exhortó en la misiva, firmada por 67 artistas, escritores, académicos y dirigentes sindicales: “Establezcamos comités para la defensa de la libertad de expresión y nuestros propios organismos de seguridad para proteger nuestras asambleas... desenmascaremos a los espías...” (Duarte y Rabey, 2009).

La propuesta de Vaculík se constituyó en un punto de ruptura. Nada tenía que ver su texto con las reformas promovidas en el seno del NSČ y la nueva dirección del Partido condenó el documento. Pese a ello, los medios de comunicación y los sectores intelectuales se encargaron de multiplicar su impacto en la población.

Al otro lado del Atlántico, plenipotenciarios de Johnson y Brezhnev culminaban las negociaciones para establecer un Tratado sobre No Proliferación de Armas Nucleares. Quedó listo el 1.º de julio y se rubricó al unísono en las capitales de los tres Estados depositarios: Washington, Moscú y Londres. Cincuenta naciones se sumaron ese día a través de sus embajadores en Estados Unidos. Fue publicitado como un paso de avance en la consecución de la paz. En la URSS se presentó como muestra del liderazgo de Brezhnev en la solución de los problemas internacionales. Otra es la verdad, explicada por Fidel en una intervención al pueblo cubano cuando el Senado estadounidense anunció que no lo ratificaría:

De esto no podemos sino alegrarnos. Nuestro pueblo conoce cuál fue la posición de la delegación cubana frente a este famoso Tratado de No Proliferación, que equivalía a la concesión permanente del monopolio de las armas nucleares a

las grandes potencias y del monopolio de la técnica en una energía que será esencial para el futuro de la humanidad. Nos preocupaba, sobre todo, el hecho de que ello equivalía a que muchos países del mundo aceptáramos que el gobierno imperialista de Estados Unidos tuviera el monopolio de esas armas, las cuales podrían usarse en cualquier instante contra cualquier pueblo, puesto que, además, ese proyecto de tratado iba acompañado de una declaración asombrosa en defensa de los países suscriptores del convenio que fuesen amenazados con armas nucleares. Países como Vietnam, países como Cuba, si les daba la gana de discrepar y de no estar de acuerdo con ese tipo de convenio, y menos de suscribirlo en una circunstancia en que la agresión a Vietnam se desarrolla de la forma más aguda, quedábamos fuera de ninguna protección, de donde teóricamente los imperialistas podían tener, incluso, el derecho de atacarnos a nosotros con armas nucleares. Y, por supuesto, todos conocen nuestra posición (Castro Ruz, F., 23 de agosto de 1968: 26).

A mediados de julio, la URSS, Polonia, RDA, Bulgaria y Hungría se reunieron en Varsovia para evaluar el caso checoslovaco. Brezhnev intentó infructuosamente que Dubček participara. Los días 14 y 15 discutieron cómo encarar los acontecimientos que, según concluyeron, desbordaban a la dirección del NSČ. Resolvieron enviar una carta a Praga en la que denunciaron la ofensiva contra el socialismo desplegada por la contrarrevolución con apoyo de Estados Unidos y la RFA. Ante la incapacidad observada entre el Partido y el Gobierno checoslovacos, se ofrecían para intervenir en la salvación del socialismo.

Ese 15 de julio el teniente general Václav Prchlík, jefe del 8.º Departamento del Comité Central del NSČ, convocó una conferencia de prensa en Praga, para llamar la atención sobre la lenta retirada de las tropas soviéticas del territorio checoslovaco después de finalizado el ejercicio

militar de Šumaba. Criticó la manera en que estaba concebido el Pacto de Varsovia, con preponderancia absoluta de la URSS tanto en las concepciones militares como en la toma de decisiones. La dirección de la URSS reaccionó con una grave acusación: el general Prchlík había revelado secretos militares.

Al día siguiente, *Berliner Zeitung*, un diario de la RDA, publicó el reportaje “Estrategia del imperialismo en Checoslovaquia”:

Como vemos las fuerzas contrarrevolucionarias tienen las mismas intenciones que las que tuvieron en 1956 contra Hungría y Polonia. Sin embargo, los métodos ya no son los mismos. Ya no se usan métodos sangrientos, sino el método de la liberalización. El enemigo sabe que el fascismo y el capitalismo están desprestigiados en los países en que quieren entrar y que los ciudadanos no quieren abandonar el socialismo que les dio la libertad. Además, utilizan el antiguo método de luchar contra el socialismo con la propia dialéctica socialista (Martos, 2009: 155).

Frente a la reacción del Kremlin y su repercusión en la prensa de Europa del Este, Dubček sustituyó al general Prchlík y accedió a reunirse con Brezhnev en Čierna nad Tisou, un poblado eslovaco de 4.000 habitantes ubicado en la frontera con Hungría. El 29 de julio de 1968 comenzaron las conversaciones dentro del tren en que viajaba la delegación de la URSS. Dada la tensión y falta de acuerdos concretos, se extendieron hasta el 1.º de agosto. En las noches, los soviéticos viajaban hasta Ucrania para descansar.

Brezhnev era un hombre bondadoso, que hablaba y sonreía mucho y tenía sentido del humor; pero también podía ser impulsivo, e incluso iracundo, y no ocultó su exasperación ante la parsimonia de Dubček para acabar con los ataques de la prensa checoslovaca contra la URSS, la dirección del PCUS y el socialismo. Le dijo que los medios se habían

convertido en un instrumento de la reacción y exigió sustituir a Jiří Pelikán, director general de la televisión. En presencia de František Kriegel demandó separarlo del Presídium, y a Čestmír Císař como presidente del Consejo Nacional Checo. Kriegel y Císař habían adoptado una conducta intransigente con los partidarios de Moscú en el seno del NSČ, línea que encontró una proyección concreta en el discurso de los medios. Otro tema tratado fue el restablecimiento como organismo independiente de las fuerzas de seguridad del Estado y el nombramiento como jefe del eslovaco Viliam Šalgovič, depositario de la confianza del KGB.

Dubček prometió cumplir con los reclamos para ganar tiempo. La cumbre finalizó con una convocatoria de reunión del Pacto de Varsovia 48 horas más tarde. Sus seis miembros: la URSS, RDA, Polonia, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia se encontrarían en Bratislava. Como resultado de las discusiones del 3 de agosto, redactaron un documento que registró el “... deber internacional común (de) asistencia fraternal” ante un peligro de “contrarrevolución” (Valenta, 1979: 74). En lenguaje del Pacto de Varsovia, la “asistencia” significaba intervención militar.

Al amanecer del 4 de agosto la URSS comenzó a retirar su contingente militar de Šumaba. El 13 de agosto Dubček no había dado un solo paso en cumplimiento de las exigencias de Čierna nad Tisou y Bratislava. A las 5:35 p. m., a Dubček le entró una llamada telefónica. Desde el Kremlin, Brezhnev lo acusaba de engaño y de sabotear “descaradamente” las decisiones alcanzadas “conjuntamente”.

“Esta postura hacia las obligaciones que asumí está creando una nueva situación y nos está impulsando a reevaluar su declaración. Por esta misma razón, estamos considerando decisiones nuevas e independientes que defenderían tanto al Partido Comunista de Checoslovaquia como a la causa del socialismo en Checoslovaquia”, expresó Brezhnev antes de calificar a Pelikán, Císař y Kriegel de sinvergüenzas, y conminar a Dubček a acabar de liberarlos de sus cargos. Reclamó la restitución de la seguridad del Estado

como un organismo independiente del Ministerio del Interior y ofrecer el mayor protagonismo en la conducción del Partido a un grupo de cuadros indicados por la dirección de la URSS. Debía convocar una reunión extraordinaria del Presídium para informar estos cambios y trasladar sus resultados al embajador soviético en Praga, Stepan V. Chervonenko. Por lo ilustrativo del final de la conversación, la cito en extenso:

Dubček: Espere, no obstante, Leonid Ilich, hasta el plenario.

Brezhnev: Bueno, si este plenario se lleva a cabo pronto, entonces, por supuesto, esperaré, y todos esperaremos.

Dubček: Leonid Ilich, entiendo bien sus intenciones benevolentes, y solo le pido que tenga en cuenta las dificultades que enfrentamos.

Brezhnev: Veo muy claramente tus dificultades, Sasha, pero debes luchar contra estas dificultades. La lucha contra ellas tendrá éxito solo bajo una condición; a saber, que usted mismo se haga cargo directo de esta lucha. Debe rodearse de miembros confiables del Partido [...] y al depender de estos camaradas, podrá superar sus dificultades.

Dubček: Me estoy quedando sin vapor. No fue por casualidad que te dije que el nuevo pleno elegiría un nuevo Secretariado. Estoy pensando en renunciar a esta responsabilidad. Querido Leonid Ilich, te pido que me perdone por haber hablado un poco irritado hoy. Espero que me perdone.

Brezhnev: Entiendo Sasha, son tus problemas y tus nervios. Quiero que comprenda que, en el contexto de lo acordado en Čierna nad Tisou, debe adoptar medidas y cumplir con sus obligaciones.

Dubček: Nuestro deseo no es menor que el tuyo camarada Brezhnev, para que estos asuntos se resuelvan con éxito.

Brezhnev: Sasha, me entusiasma su declaración porque el objetivo de nuestra conversación ha sido ayudarlo a cumplir con sus obligaciones. Pero también debes entender lo que es

para nosotros. Para nosotros también las cosas no son tan fáciles. Informamos sobre ese acuerdo al Pleno y al Comité Central, y ahora nos damos cuenta de que no se está cumpliendo. Y entonces [...] nos preguntan, como líderes, por qué es así. Quiero que entienda que las buenas relaciones entre nuestras partes se pueden preservar solo a condición de que haya un cumplimiento mutuo y honesto de las obligaciones de ambas partes. Creo que no tiene quejas sobre nuestro Partido y nuestro Politburó con respecto a nuestro cumplimiento del acuerdo alcanzado en Čierna nad Tisou.

Dubček: Leonid Ilich, una vez más, afirmo que no nos negamos a cumplir el acuerdo alcanzado en Čierna nad Tisou. Toda la pregunta es cuánto tiempo se nos dará para cumplirlo, ya que no hubo un cronograma concreto especificado en el acuerdo y aún necesitamos más tiempo para cumplir con todo.

Brezhnev: No debe plantear la pregunta de esa manera, ya que en cada tema se estipuló un cronograma concreto. Si dijéramos que todo esto debía decidirse lo antes posible y antes del Congreso, eso establece un plazo bien definido. Eso no implica que todo sea hecho en dos o tres días, pero si decimos “antes del Congreso”, entonces está claro que todo debería resolverse, digamos, en agosto.

Dubček: Te prometo camarada Brezhnev, que haré todo lo necesario para cumplir nuestro acuerdo.

Brezhnev: Bien, seguiremos de cerca el curso de los eventos [...] (Brezhnev y Dubček, 1968: 345-356).

Durante esta conversación Brezhnev se convenció de que Dubček no daría ningún paso. Lo corroboró el 15 de agosto: Tito llegó en visita oficial a Praga y fue aclamado como un héroe, hecho apreciado en Moscú como una provocación. El 17 de agosto el buró político del PCUS evaluó otra vez el tema. Primó la percepción de que Johnson no se inmiscuiría en caso de una intervención militar en Checoslovaquia, en vistas de la situación interna

en Estados Unidos. En el Estado Mayor del ejército soviético el reloj de arena echó a andar...

“... a los amigos se les hacen críticas; denuncias a los enemigos”⁴⁰

El 19 de agosto Dubček orientó al Presídium conversar con la prensa. La dirección del NSČ demandaba responsabilidad para evitar un paso mal interpretado en la URSS. No asistió a la conferencia porque estaba reunido con el presidente húngaro, János Kádár, quien no lo alertó acerca de la operación en curso. Ese día, en Praga, el primer ministro Oldřich Černík, tecnócrata de orientación liberal, declaró a los medios que Checoslovaquia solicitaría ayuda al Banco Mundial, a Francia, Suiza, Bélgica, Austria e Italia.

Apenas 24 horas más tarde comenzó la invasión. Las tropas penetraron por dos puntos de la geografía checoslovaca: Košice, segunda ciudad en población de Eslovaquia, en la frontera con Hungría –hasta 1945 formó parte del reino húngaro–; y Bohemia, que limita al Norte con Polonia. A las 11:00 p. m. el general Iván Pavlovskij llegó a Praga al frente de un ejército con 29 divisiones, 7.500 tanques y 1.000 aviones, el doble de las fuerzas utilizadas en Hungría en 1956, que sembró la desesperación entre los habitantes de la capital. Poco más de 80 checos murieron en la escasa resistencia presentada por focos aislados contra los interventores. Esa noche el Presídium condenó la ocupación siete votos contra cuatro. En la mañana del 21 de agosto, Dubček, Černík, Smrkovský y Kriegel fueron detenidos por efectivos del KGB sin que mostraran la menor resistencia y los enviaron presos a Moscú.

La dirección soviética no valoró el alcance moral de su decisión. Más allá de las razones políticas e ideológicas alegadas, su “ayuda fraternal” quebrantó la soberanía del Estado checo en franca violación de las normas del derecho internacional, y colocó en una situación embarazosa a los

revolucionarios de todo el mundo que defendían a la URSS como paradigma de justicia y solidaridad.

En el instante cumbre de la condena mundial a la guerra de Vietnam, se extendió por el planeta una ola de protestas contra la invasión a Checoslovaquia. En Cuba el rechazo se generalizó, sentimiento que tenía como trasfondo las molestias ocasionadas por las restricciones soviéticas al suministro de petróleo, apreciadas como chantaje político debido a que Fidel no se plegaba a sus mandatos.

Estaba fresco el desenlace de la Microfracción que puso a prueba las relaciones de amistad. El Gobierno Revolucionario expulsó al segundo secretario de la embajada soviética, Rudolf P. Shliapnikov; al corresponsal de *Pravda*, Vadim Listov, y a los oficiales del KGB con manto legal de periodistas. Brezhnev adoptó "... medidas un tanto contradictorias que parecían más bien un cierto compromiso entre los que buscaban el entendimiento con Cuba y sus oponentes". Retiró al jefe de los asesores del KGB en el ministerio del Interior, "... quien en sus informes a Moscú aseguraba que en Cuba habían madurado las condiciones para un estallido semejante al de Hungría, en 1956, y poco después también fue retirado el embajador Alexandr Alekseyev, el hombre que indudablemente más había hecho por las relaciones bilaterales, acusado de «cubanizarse»" (Sánchez Monroe, 2018: 97). Conocido admirador de Fidel y del Che, Alekseyev fue sustituido por el viceministro de Exteriores Alexander Soldatov, "... un diplomático inflexible, desprovisto de tacto político en el trato con los líderes de la Revolución. Muy pronto, en las recepciones oficiales en La Habana comenzaron a pronunciarse brindis irónicos, como: «Brindemos por Soldatov, que nunca fue soldado»" (Leonov, 2015: 166).

Tampoco le era posible a Fidel abstraerse de las secuelas en Checoslovaquia –con previsible impacto en Cuba, en el orden teórico–, ni del curso reformista adoptado por la URSS y Europa del Este en materia de política económica, que derivó en el abandono del "... comunismo

fraternal, humano, generoso” preconizado por Marx. Emplear el interés material como palanca económica acrecentó el afán de enriquecimiento y derruía dos valores esenciales: la solidaridad y el internacionalismo, cuya expresión al nivel del bloque convirtió al CAME, con palabras del Che, en una “olla de grillos”. En un acto de masas el 13 de marzo Fidel analizó:

... no podemos estimular ni permitir siquiera actitudes egoístas en los hombres si no queremos que los hombres sigan el instinto del egoísmo, de la individualidad, la vida del lobo, la vida de la bestia, el hombre enemigo del hombre, explotador del hombre, poniéndole zancadillas al hombre. El concepto del socialismo y del comunismo, el concepto de una sociedad superior entraña un hombre desprovisto de esos sentimientos [...]

Y eso nos lleva de la mano a un tema, el famoso tema de los estímulos. Durante mucho tiempo se discutieron teóricamente y parecía que era una cuestión de metodología, pero a nuestro juicio es una cuestión mucho más profunda. Y nosotros no creemos que se forma a un hombre comunista incitando la ambición del hombre, el individualismo del hombre, las apetencias individuales del hombre.

... además, ¿estímulos materiales aquí? ¿Quién puede ofrecer más estímulos materiales que el imperialismo? Con su economía desarrollada, con su industria técnicamente equipada, puede ofrecer más que nadie, y de hecho lo ofrece, y de hecho muchos de los que arman sus maletas y se van [...] le están rehuendo a la realidad de su patria, le están rehuendo al trabajo de hoy para ir allí de parásito en cierto sentido, a ganar más y disponer de las cosas que [le ofrece] un país con estándar de vida, como decíamos, con niveles de ingreso veinte veces más que el promedio de un país subdesarrollado [...] (Castro Ruz, F., 13 de marzo de 1968).

Cuba estaba enfrascada en una meta colosal: el Cordón de La Habana, un área de 200 km² de tierras fértiles en la que se trabajaba para dar un vuelco al desarrollo agrícola, esencial para abastecer a una población que elevó su poder adquisitivo después de 1959, y crear las condiciones para producir diez millones de toneladas de azúcar en 1970. A causa de la situación financiera de la Revolución, el recrudecimiento del bloqueo económico estadounidense y la decisión adoptada por la URSS, al país se le tornaba imposible realizar inversiones de envergadura por encima del ahorro nacional. De esa zafra dependía el plan 1970-1975, previsto para potenciar la industria siderúrgica (níquel, cromo y acero), la energética (extracción y refinación de petróleo) –de los 111.000 km² de superficie total del país, 56.000 km² tenían estructura petrolera– y la alimentaria, principalmente el ramo lácteo. Era el curso para encaminar el despegue económico de la nación con absoluta independencia política.

Ese 13 de marzo, en un acto multitudinario a los pies de la escalinata de la Universidad de La Habana, Fidel comunicó que el cumplimiento de las metas políticas, sociales y económicas del país demandaba radicalizar el proceso. Una investigación realizada por el Partido en La Habana –metropolitana e interior– sobre 6.452 comercios privados arrojó que en su operatoria mantenían patrones de explotación y 1.819 (28,2 %) carecían de licencia. De los 955 bares privados habaneros, el 72 % de sus dueños se oponía a la Revolución y el 28 % tenía varios negocios; dos tercios de ellos adquirirían los productos de manera ilegal, a partir del robo al Estado, y el 66 % de su clientela eran elementos antisociales. En una muestra observada de 41 vendedores de fritas y timbiriches, 39 eran contrarrevolucionarios. Cerca del 40 % de los propietarios habían adquirido los negocios después de 1959.

“¡Señores, no se hizo una revolución aquí para establecer el derecho al comercio! Esa revolución ya la hicieron en 1789, fue la época de la revolución burguesa –el que más y el que menos leyó algo de eso–, fue la revolución de los comerciantes, de los burgueses”, expresó Fidel antes de

recordar que la inmensa mayoría de los cubanos trabajaban por la supervivencia de la nación en condiciones de suma austeridad, y la ovación de la multitud apagó sus palabras. La de 1959 era la revolución de los socialistas y de los comunistas:

Estos estudios ponen de manifiesto la importancia política que tiene atender la solución de los problemas que crea esta infraestructura mercantilista y que surge en aquellos casos en que los organismos del Estado no dan un servicio adecuado al pueblo. El lumpen encuentra su medio adecuado para lucrar y vivir dentro de todos los vicios explotando a los demás.

[...]

¿Cuándo acabarán de entender que nadie derramó aquí su sangre luchando contra la tiranía, contra mercenarios, contra bandidos, para establecer el derecho a que nadie ganara, vendiendo ron, 200 pesos, o 50 pesos vendiendo huevos fritos o tortillas, mientras las muchachas que trabajan en esos lugares ganan el modesto salario, el modesto ingreso, que le permite hoy la economía de nuestro país y el desarrollo de nuestra economía? (Castro Ruz, F., 13 de marzo de 1968).

Ese día anunció que era momento de emprender a fondo una poderosa ofensiva revolucionaria: fueron intervenidos en todo el país 55.636 pequeños negocios (11.878 bodegas, 3.130 carnicerías, 3.198 bares, 8.101 restaurantes, cafeterías, friterías y timbiriches), 6.653 lavanderías, 3.643 barberías, 1.188 reparadoras de calzado, 4.544 talleres de mecánica automotriz, 1.598 artesanías y 3.345 carpinterías. La medida asestó un golpe a las bases económicas que sostenían la contrarrevolución, principalmente, en la capital, cuando las redes de la CIA y la oposición interna organizada habían sido desarticuladas. A su vez, permitió disponer de mano de obra para los planes del país.

La inmensa mayoría del pueblo cubano aprobó la medida de estatizarlo todo, aunque no pocos pensaron que se pecaba de idealismo, pues el Estado no estaba en condiciones de sobrecargarse con vendutas y oficios que lo alejaban de sus prioridades. Y ni el resto del país podía compararse al cuadro descrito en La Habana, ni la mayoría eran medianas empresas (las menos) o pequeñas, sino servicios operados por dos personas y trabajo individual.

Mirado en retrospectiva, se advierte un halo de romanticismo, a la larga, costoso. Los referentes del modelo se apartaban de los principios y Cuba, sin proponérselo, se levantaba como brújula moral y política del movimiento revolucionario en el Tercer Mundo. Sin experiencia, y en condiciones de asedio permanente, el Gobierno Revolucionario se vio obligado a improvisar. La Ofensiva... se insertó dentro de "... una filosofía que pretendía avanzar al socialismo con medidas que a la postre serían una manifestación de idealismo, como fue la eliminación de las relaciones monetario mercantiles en las actividades del Estado, que llegaron hasta la eliminación del Presupuesto y la contabilidad en 1967" (Rodríguez García, 2019). Desaparecieron del plan técnico económico las categorías costo, ganancia, rentabilidad y el plan financiero, lo que obligó a cambiar la base del Sistema Nacional de Contabilidad. Se debilitaron el control económico y la disciplina estadística. Los problemas organizativos y de dirección de la economía se agudizaron, y la eficiencia cayó.

En la práctica muchos de los negocios fueron cerrados, pues el Estado no tuvo cómo ocuparse de ellos. A la larga, derivó en la pérdida de oficios – electricistas, plomeros, carpinteros, mecánicos, cristaleros, cerrajeros, sastres, entre tantos– transmitidos de padre a hijo de generación en generación. Mucho humor brotó de este episodio, como la aparición de la insólita entidad ECOCHINTIM (Empresa Consolidada de Chinchales y Timbiriches), y hasta obras de teatro entre los jóvenes. Se generalizaron tanto las burlas, que se fomentó el prejuicio. La propia población sería la

principal afectada –su impacto llega hasta hoy–, porque con la disminución de estas actividades imprescindibles para la vida cotidiana se dispararon los precios y aparecieron los buscavidas que se hacen pasar por expertos sin la pericia adecuada:

Unos años después de 1968 casi todos hemos comprendido que la “Ofensiva Revolucionaria” fue una ruta equivocada, pero con el idealismo de 18 años, no poseía madurez ni visión política para entenderlo, y por ello quizás ridiculizamos a los “timbiriches” y a los pequeños negocios privados en una obra que contribuí a escribir y a actuar con el grupo de teatro de creación colectiva del preuniversitario; después la representamos en festivales, y, si mal no recuerdo, hasta ganamos un premio. Si bien existieron casos dramáticos de propietarios que trabajaron toda su vida para lograr un pequeño negocio y se ahorcaron cuando llegó su confiscación, también otros habían abusado de las penurias de la gente y acaparaban y especulaban con los productos necesitados por la población: en realidad, no sabíamos realmente de lo que nos estábamos burlando. Cuando después comprendí la complejidad de este tema, comencé a llamarme, hasta hoy, “el hombre de las equivocaciones” (Padrón, 2019).

Este clima presidió el análisis de lo ocurrido en Checoslovaquia. Más allá de errores y desviaciones, la URSS constituía un formidable muro de contención contra Estados Unidos y las potencias que anhelaban recolonizar al Tercer Mundo. Las reservas de petróleo, gas natural y los recursos hídricos del planeta estaban señalizados en los mapas del Pentágono y la OTAN.

Condenar a la dirección soviética solo favorecía a los intereses estadounidenses y ni siquiera ellos se lo iban a agradecer a Fidel, para quien la CIA no paraba de fabricar intentos de asesinato. Las divisiones en el seno

del movimiento revolucionario internacional habían llegado al límite. Amílcar Cabral, un líder de gran sabiduría y principios humanistas, comentó a diplomáticos cubanos que "... la acción soviética traería consecuencias negativas para los amigos de la URSS, por el interés de todos los países del Tercer Mundo hacia el más estricto respeto a la soberanía nacional y la no injerencia en los asuntos internos de los Estados, armas que estos esgrimían frente a las agresiones y apetitos de los imperialistas". Sugirió "... tener paciencia y ser prudentes, pues era un asunto muy grave que podía tener serias repercusiones internacionales" (Oramas, 2015: 110-111).

Cuba, además, atravesaba un momento de sumo peligro. La política de aislamiento y guerra sucia desplegada por Johnson demandó reserva y mucho tacto para preservar al nivel necesario las relaciones bilaterales con la URSS. "Dudamos que ni las dificultades económicas de Castro ni su relación polémica con la URSS hagan que él se acerque a Estados Unidos", predijo el 27 de junio de 1968 un Estimado Nacional de Inteligencia elaborado entre la CIA, el Pentágono y la Agencia de Seguridad Nacional (SNIE, 1968: 753). Y para empeorar el cuadro, Nixon encabezaba las intenciones de voto para las presidenciales. Dos artículos en *The New York Times*, el 8 de julio y el 7 de agosto, anunciaron su promesa de endurecer la política contra la mayor de las Antillas de resultar electo. Si llegaba a escalar a la Casa Blanca, no podían excluirse las acciones militares.

El 23 de agosto la prensa internacional amaneció dando amplia divulgación a un editorial del día anterior en el *Jornal do Brasil*, titulado "Allá y acá", que comparó a Cuba y Checoslovaquia como puntos de equilibrio en la balanza mundial de poder: "No hay cómo dejar de reconocer que ahora la presencia de Cuba adquiere otro sentido, a la luz del frío y brutal realismo que llevó a la Unión Soviética a sentirse insegura solo porque un país de la órbita comunista admitió debatir la necesidad de libertad". Luego de una extensa argumentación que presentó a la Isla como

una amenaza a la seguridad regional, invocó el Tratado de Río de Janeiro para reclamar el análisis del caso como un asunto de actualidad, o sea, como tema de la agenda militar de la OEA, y concluyó: “La agresión soviética a Europa expone su flanco en América Latina a un examen inevitable” (Castro Ruz, F., 23 de agosto de 1968: 30-31).

Esa noche, Fidel compareció ante la radio y la televisión nacionales para analizar los acontecimientos en Checoslovaquia. Pese a las consideraciones de orden ético con la URSS, su intervención no fue complaciente. La cito en extenso:

... lo que no cabría aquí es decir que en Checoslovaquia no se violó la soberanía del Estado checoslovaco. Eso sería una ficción y una mentira. Y que la violación, incluso, ha sido flagrante. Desde el punto de vista legal no puede ser justificable. Eso está clarísimo. A nuestro juicio la decisión en Checoslovaquia solo se puede explicar desde un punto de vista político [...] Visos de legalidad no tiene, francamente, absolutamente ninguno.

[...]

Todos nosotros sabemos que la dirección que durante 20 años en general tuvo Checoslovaquia era una dirección saturada de muchos vicios, de dogmatismo, burocratismo y, en fin, de muchas cosas que no se pueden poner como modelo de dirección verdaderamente revolucionaria. Al decir de nosotros aquí, exponer nuestras tesis sobre el carácter liberaloide de este grupo tan aplaudido por el imperialismo, no quiere decir que de ninguna forma nos solidaricemos nosotros con aquella dirección.

[...]

Nosotros estábamos contra todas esas reformas liberales burguesas dentro de Checoslovaquia. Pero estábamos también contra las reformas liberales económicas que estaban teniendo

lugar también en otros países del campo socialista.

[...]

¿...en la Unión Soviética van a poner también freno a determinadas corrientes que, en el campo de la economía, son partidarias de poner cada vez más el acento en las relaciones mercantiles en los efectos de la espontaneidad en esas relaciones? ¿A esos criterios que incluso han estado defendiendo la vigencia del mercado y el efecto beneficioso de los precios de ese mercado? ¿Significa que se toma conciencia en la Unión Soviética de la necesidad de poner un freno a esas corrientes?, puesto que existe más de un artículo de la prensa imperialista, donde con júbilo hablan de esas corrientes que se han hecho también presentes en el seno de la Unión Soviética.

[...]

... nos preocupa que ni el Partido Comunista, ni el gobierno soviético ni los gobiernos de los demás países que enviaron sus tropas a Checoslovaquia hayan hecho ninguna acusación directa al imperialismo yanqui por la responsabilidad que tiene en los hechos de Checoslovaquia.

[...]

Se explica que los países del Pacto de Varsovia enviaron los ejércitos para desbaratar la conjura imperialista y el desarrollo de la contrarrevolución en Checoslovaquia. Sin embargo, ha sido motivo de discrepancia, de descontento y de protesta por nuestra parte, el hecho de que esos mismos países hayan estado fomentando relaciones y acercamiento de tipo económico, cultural y político con los gobiernos oligárquicos de América Latina, que no son simplemente gobiernos reaccionarios [...] son cómplices desvergonzados de las agresiones imperialistas contra Cuba y [...] son cómplices desvergonzados del bloqueo económico contra Cuba. Y esos países se han visto estimulados y alentados por el hecho de que nuestros amigos, nuestros aliados naturales se han olvidado de ese papel canallesco [...]

[...]

Ya han comenzado estos gobiernos títeres a elaborar la teoría de que hay que invadir a Cuba, porque cae dentro del área de seguridad. Y son estos países, de los cuales solo debemos hacer una excepción, que es México [...] los más rabiosos acusadores y críticos de la Unión Soviética y de los países del campo socialista con motivo de estos hechos [...] no tienen ninguna moral para hablar de intervenciones, porque han sido cómplices de todas las fechorías perpetradas por el imperialismo contra los pueblos [...] Los propios gobiernos oligarcas como el de Brasil, Paraguay y otros, mandaron tropas [...] a Santo Domingo, y ahora son los abanderados del ataque y de la condena al campo socialista por los hechos de Checoslovaquia.

[...]

... Argentina, incluso le entró a cañonazos a un barco de pesca soviético, ¡a cañonazos! Creo que incluso hirieron a algún tripulante de una embarcación. Después estaban como fieras allí, esperando al otro barco. Realizan agresiones groseras, indecentes, contra todo el mundo y, sin embargo, se ha seguido esa política blanda, que a nuestro juicio no hace sino alentar sus posiciones de cómplices en las agresiones contra Cuba.

[...]

Otro tanto ocurre con los partidos comunistas de Europa, presa de vacilaciones en este momento. Y nosotros nos preguntamos si acaso en el futuro las relaciones con los partidos comunistas se basarán en sus posiciones de principio o seguirán estando presididas por el grado de incondicionalidad, satelismo y lacayismo, y se considerarán tan solo amigos aquellos que incondicionalmente aceptan todo y son incapaces de discrepar absolutamente de nada.

[...]

Yo me pregunto, a la luz de los hechos y a la luz de la amarga realidad que llevó a los países del Pacto de Varsovia a enviar

sus fuerzas para aplastar la contrarrevolución en Checoslovaquia, y apoyar allí –según declaran– a una minoría frente a una mayoría con posiciones de derecha, si cesarán de apoyar también en la América Latina a esas direcciones derechistas, reformistas, entreguistas, conciliatorias, enemigas de la lucha armada revolucionaria, que se oponen a la lucha de liberación de los pueblos.

[...]

... En la declaración de TASS, al explicar la decisión de los gobiernos del Pacto de Varsovia, en su último párrafo declara: “Los países hermanos oponen firme y resueltamente su solidaridad inquebrantable a cualquier amenaza del exterior. Nunca se permitirá a nadie arrancar ni un solo eslabón de la comunidad de Estados socialistas”. Y nosotros nos preguntamos: ¿esta declaración incluye a Vietnam? ¿Esta declaración incluye a Corea? ¿Esta declaración incluye a Cuba? ¿Se considera o no a Vietnam, a Corea y a Cuba eslabones del campo socialista que no podrán ser arrancados por los imperialistas?

... ¿Serán enviadas también las divisiones del Pacto de Varsovia a Vietnam si los imperialistas yanquis acrecientan su agresión contra ese país, y el pueblo de Vietnam solicita de esa ayuda?! ¿Se enviarán las divisiones del Pacto de Varsovia a la República Democrática de Corea si los imperialistas yanquis atacan a ese país?! ¿Se enviarán las divisiones del Pacto de Varsovia a Cuba si los imperialistas yanquis atacan a nuestro país, o incluso, ante la amenaza de ataque de los imperialistas yanquis a nuestro país, si nuestro país lo solicita?! Nosotros aceptamos la amarga necesidad que exigió el envío de esas fuerzas a Checoslovaquia, nosotros no condenamos a los países socialistas que tomaron esa decisión, pero [...] como revolucionarios, y partiendo de posiciones de principio, tenemos el derecho a exigir que se adopte una posición

consecuente en todas las demás cuestiones que afectan al movimiento revolucionario en el mundo (Castro Ruz, F., 23 de agosto de 1968: 10-27).

“Sin decirlo, Fidel le quitó el apodo de «internacionalista» a la acción del Tratado de Varsovia y dejó claro que en aquellos momentos ese tipo de ayuda quien la requería era Vietnam” (Sánchez Monroe, 2018: 98); de hecho, el encargado de negocios de la embajada soviética en La Habana se quejó ante un funcionario cubano de que Fidel le había quitado el fundamento legal a la intervención (Sánchez Monroe, 2019).

La agresión ocasionó un daño irreversible al ideal del socialismo en Checoslovaquia y en el resto del Este europeo. Ante la disyuntiva de ver a su país invadido, a los comunistas checos no les dejaron más que dos alternativas: asumir una actitud antinacional, aunque se tratase de un aliado socialista, o entrar en contubernio con la contrarrevolución articulada por la CIA y aupada por la prensa occidental, que se presentó como abanderada de la soberanía, el patriotismo y la libertad. Este resentimiento sería capitalizado por Estados Unidos.

Salvo František Kriegel, el resto de la dirección política y gubernamental checoslovaca aprobó la ocupación. Como era de esperar, Ota Sik, Zdeněk Mlynář y el director de la televisión Jiří Pelikán huyeron a Occidente. En septiembre, dos tercios de los asistentes al XIV Congreso del Partido Comunista checo condenaron la presencia militar extranjera; no obstante, poco a poco la crisis perdió intensidad. Estados Unidos y la OTAN reaccionaron con relativa mesura, lo que interpretó Moscú como una demostración de que no estaban dispuestos a comprometerse en el plano militar en su esfera de influencia.

Se hizo frecuente entonces entre la prensa y los funcionarios de Occidente la alusión a una nueva política: la doctrina Brezhnev de “soberanía limitada”. Nunca se proclamó ni mencionó siquiera en una reunión del Kremlin; sin embargo, la determinación de no permitir que un

país socialista de Europa del Este abandonara su órbita “... era, en esencia, un verdadero reflejo de los sentimientos que predominaban en la Unión Soviética” (Dobrynin, 1998: 197).

El entonces joven William J. Clinton visitó Praga, en enero de 1969, a cuatro meses de la ocupación. Lo invitó la familia de Jan Kopold, condiscípulo suyo en la Universidad de Oxford. En sus memorias brindó un testimonio revelador:

El padre de la señora Kopold había sido editor en jefe del periódico comunista *Rude Pravo*; murió luchando contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, y le pusieron su nombre a un puente de Praga. Tanto el señor como la señora Kopold eran académicos y ambos habían apoyado mucho a Dubček. La madre de la señora Kopold también vivía con ellos. Me llevaba de paseo por la ciudad durante el día, mientras los Kopold trabajaban. Vivían en un bonito apartamento en un edificio moderno de muchas plantas que tenía una impresionante vista a la ciudad. Yo dormía en la habitación de Jan, y estaba tan emocionado que me despertaba tres o cuatro veces cada noche solamente para contemplar el horizonte.

La familia Kopold, como todos los checos que conocí, se aferraba a la creencia de que volverían a tener otra oportunidad de liberarse. Se la merecían tanto como cualquiera. Eran inteligentes, orgullosos y tenían determinación. Los jóvenes checos eran especialmente pro-americanos. Apoyaban a nuestro gobierno en Vietnam porque estaba a favor de la libertad y los rusos no (Clinton, 2004: 197).

“¿Dónde tiraron a nuestros muertos? ¿Dónde mierda arrojaron a nuestros muertos?”

La Revolución cubana le impregnó un espíritu al estudiantado latinoamericano, que halló expresión en 1968. Una nueva sensibilidad había marcado a esa generación crecida al calor de las luchas sociales del continente y, en general, no se tomó como referente a Europa Occidental. Al sur del río Grande los jóvenes se nutrieron del movimiento antibélico y las reivindicaciones por los derechos civiles en Estados Unidos, pero también tuvieron afluentes propios, como la decadencia de las oligarquías latifundistas en una región de amplias zonas con relaciones de producción agraria semifeudales, la alianza entre los sectores de la alta burguesía y los ejércitos gorilas para preservar el poder político mediante la exclusión y los baños de sangre, y la marginación de una clase media que aspiraba a insertarse en la modernización cultural del capitalismo bajo una orientación desarrollista.

En 1968 los dos libros más leídos en Argentina fueron *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, y *Mi amigo el Che*, de Ricardo Rojo, escrito este último en mayo, a siete meses del asesinato en La Higuera. En Chile Violeta Parra compuso “Me gustan los estudiantes”, una exaltación de la rebeldía juvenil: “Que vivan los estudiantes, / jardín de las alegrías. / Son aves que no se asustan / de animal ni policía, / y no les asustan las balas / ni el ladrar de la jauría”; mientras, en Uruguay, Daniel Viglietti grababa *Canciones para el Hombre Nuevo*, un disco en el que asoció la revolución social con la necesaria transformación moral y cultural del ser humano: “Lo haremos tú y yo, / nosotros lo haremos. Tomemos la arcilla / para el hombre nuevo”, decía la letra de la pieza que sirve de título al *long play*.

Uruguay constituyó el preludio de la tormenta: el 12 de junio de 1968, una protesta en la que participaban estudiantes y obreros en Montevideo fue

reprimida con brutalidad. Para defenderse, los manifestantes levantaron barricadas y lanzaron cocteles molotov a las fuerzas públicas; al día siguiente, el presidente de la nación suspendió las libertades constitucionales. En Argentina, el 15 de junio la Federación Universitaria se adhirió a la huelga general de los trabajadores.

Once días más tarde, el 26 de junio, la “Marcha de los cien mil” estremeció Río de Janeiro. Tras el golpe a João Goulart, en 1964, la dictadura prohibió los partidos políticos y las organizaciones sociales de oposición, pero no consiguió evitar el florecimiento de un movimiento estudiantil que cuatro años más tarde contaba con una vanguardia de 2.500 jóvenes agrupados en núcleos de cinco. Su liderazgo se debatía entre dos tendencias: una, radical, partidaria de la lucha contra el capitalismo, crítica del Partido Comunista, acusado de reformista y de inmovilismo ante los crímenes del régimen militar; la otra limitaba sus objetivos a las reivindicaciones universitarias. La tensión subió el 28 de marzo, cuando la policía militar asesinó durante una manifestación contra el aumento del precio de la comida a Edson Luís de Lima Souto, joven de 18 años, pobre y recién llegado a Río de Janeiro, que pagaba sus estudios secundarios como auxiliar de limpieza en el Calabouço, restaurante universitario en el centro de la ciudad. Sus compañeros cargaron el cuerpo en procesión hasta la Asamblea Legislativa, a donde entraron por la fuerza. Hasta que llegó el ataúd lo velaron sobre una mesa, sin que nadie ajeno pudiera acercarse. Fue el primer escolar asesinado por la dictadura. Más de 60.000 personas acudieron a sus honras fúnebres: “... la extraordinaria comparecencia de la población en el entierro de Edson Luís, además de expresar la irritación contra su asesinato, señaló la repulsa a las contradicciones del sistema vigente, injusto” (Ribeiro, 2008: 35-36).

En junio los estudiantes retomaron la calle. Con el soporte mediático de la reacción, la dictadura intentó vincular las protestas al Mayo Francés. Publicitaron que se trataba de un plan de subversión orquestado por el

“comunismo internacional” y los conminaron a atenerse a las demandas universitarias. El 19 de junio se desarrolló una marcha que concluyó en el Ministerio de Educación y Cultura (MEC), en protesta contra la política educacional del gobierno, tendente a la privatización y la disminución de los fondos para los programas de enseñanza; adicionalmente, reclamaban un cambio de currículo y la suspensión de los maquiavélicos acuerdos entre el MEC y la Agencia Internacional para el Desarrollo de Estados Unidos (Usaid, por sus siglas en inglés). La policía militar arremetió contra los manifestantes en el Palacio de Cultura y encarceló a su líder. El 20, los estudiantes se reunieron en asamblea en la facultad de Arquitectura de Río de Janeiro, en Praia Vermelha, y fueron arrastrados a golpes hasta un estadio de fútbol. Más de 400 fueron detenidos y procesados como subversivos.

Antes de las 24 horas regresaron al Palacio de Cultura. Era el viernes 21 de junio de 1968. La policía militar no mostró conmiseración. Los jóvenes levantaron barricadas en la avenida Río Branco y prendieron fuego a varios camiones de las fuerzas represivas; lanzaron cocteles molotov, piedras y armados con palos se enfrentaron cuerpo a cuerpo con los militares. También tomaron la rectoría de la universidad federal y obligaron al consejo universitario a dialogar con ellos.

El saldo del “Viernes Sangriento” arrojó 27 estudiantes muertos y más de 100 heridos. Un policía falleció por el impacto de un objeto contundente. El régimen y la prensa señalaron como responsables a supuestos comunistas infiltrados en la manifestación con armas de fuego. El país estaba conmocionado y nadie creyó semejante invectiva. Se puso de manifiesto que resultaba imposible desligar la lucha contra el régimen dictatorial del mariscal Artur da Costa e Silva de la cuestión universitaria. A sabiendas de que la represión continuaría, convocaron otra marcha para el 26 de junio. A las 2:00 p. m., 50.000 personas se hallaban en el lugar. Se sumaron las madres de los detenidos, artistas, intelectuales, activistas sociales, los

sindicatos y otros sectores que rechazaban la violencia. Un gran telón abría la senda: “Abajo la dictadura. El pueblo al poder”. Una hora más tarde caminaban 100.000 personas. Vladimir Palmeira, uno de los líderes del movimiento estudiantil en el 68 brasileño, rememoraría: “Teníamos reivindicaciones estudiantiles; pero por el abanico de manifestantes que participaron, acabó volviéndose una protesta contra la dictadura” (Schivartche, 2008).

Un mes más tarde la conmoción se extendió a México, donde hasta 1968 una masa muda vivía las secuelas del autoritarismo y la represión.

Después de la II Guerra Mundial, México despegó hasta dejar atrás al resto del subcontinente. La industria sin chimeneas se convirtió en su locomotora económica. El 95 % de los turistas procedían de Estados Unidos y hasta en los desiertos se levantaron hoteles. En el Distrito Federal todo era construcción, progreso, bienestar... Hilton, Sheraton y Ramada Inn, entre otras cadenas, triunfaron en la carrera por El Dorado. Los sistemas de crédito y los préstamos bancarios potenciaron una sociedad de consumo al estilo del *American Way of Life*: “Hay un Ford en su futuro”, decían las publicitarias desde las pantallas de los televisores. La sociedad mexicana se norteamericanizó. Entre los grandes conjuntos en su capital se levantó Tlatelolco, alrededor de la pequeña iglesia colonial del Santo Santiago. Con 102 edificios, tenía cerca de 70.000 habitantes. “Muchos de ellos diariamente cruzaban una plaza: la de las Tres Culturas” (Poniatowska, 1980: 40).

México entró en un proceso de modernización del capitalismo, que trajo aparejada una sostenida industrialización. El país registraba tasas de crecimiento entre el 6 % y el 7,5 % anuales; la inflación oscilaba entre el 3 % y el 4 %. En 1965 comenzó la entrada controlada de inversión extranjera bajo el programa de maquilas. El capital estadounidense se estableció en la frontera con mano de obra barata, sin limitaciones de arancel o restricción

por la circulación de mercancías. No había un foro nacional e internacional en el que no se pregonara el “Milagro mexicano”.

“A pesar de registrar un desarrollo económico relativamente fuerte en las décadas de 1950 y 1960, los beneficios del crecimiento no se habían distribuido de manera notable. México no era un buen ejemplo de liberalismo embridado, si bien episódicas concesiones a los sectores inquietos de la sociedad (campesinos, obreros y clases medias) servían en cierta medida para redistribuir la renta”, apuntó David Harvey (Harvey, 2015: 109). Detrás del espejismo, desde finales de los 50 latía una sociedad con pobreza y contradicciones agravadas. En 1958 los maestros primarios se congregaron por varios días en la secretaría de Educación para demandar incremento de sueldos; mientras, 11.000 dirigentes y activistas ferrocarrileros eran apresados, golpeados y vejados en todo el país por exigir aumentos salariales. El 23 de mayo de 1962, el líder agrario Rubén Jaramillo fue acibillado a balazos junto con su esposa –con ocho meses de embarazo– y tres de sus hijos. Conquistó derechos para los campesinos sobre las tierras de Michapa y Los Guarines, en Morelos, y se convirtió en un inconveniente. Soldados con ametralladoras Thompson se aparecieron en su casa en vehículos blindados para silenciarlo. Nunca fueron procesados. En 1966, también en Morelos, el ejército segó la vida de varios alumnos de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo que participaron en una protesta.

Otras condicionantes regionales y globales también contribuyeron de una manera decisiva a armar el 68 mexicano. Lo describe Paco Ignacio Taibo II:

Una parte de la generación de estudiantes que hicieron el movimiento del 68, una pequeña parte, no más de siete u ocho millares en medio millón de estudiantes de enseñanza media y superior, se había construido en un caldo de cultivo político-cultural que tenía la virtud de la globalidad. Esa locura integral

nos rodeaba por todas las esquinas de la vida. Tenía que ver con las lecturas, los héroes, los mitos, las renunciadas, el cine, el teatro, el amor, la información. Vivíamos rodeados de la magia de la Revolución Cubana y la resistencia vietnamita.

El Che era el hombre que había dicho las primeras y las últimas palabras. Nos había conducido, desde *Pasajes de la guerra revolucionaria* hasta *El socialismo y el hombre en Cuba*, tomados de la mano hacia un debate ético que entendíamos claramente. Su muerte en el 67 nos dejó un enorme vacío que ni siquiera el *Diario de Bolivia* había podido llenar. Era el fantasma número uno. El que no estaba y si estaba, rondando en nuestras vidas, la voz, el personaje, la orden vertebral de arrojalo todo a un lado y ponte a caminar, el diálogo burlón, el proyecto, la foto que te mira desde todas las esquinas, la anécdota que crecía y crecía acumulando informaciones que parecieran no tener final, la única manera en que frases dignas de bolero como “entrega total” no resultaran risibles. Pero, sobre todo, el Che era el tipo que estaba en todos lados aún después de muerto. Nuestro muerto (Taibo II, 2004: 14-15).

Pese a todo, en 1968 nada hacía presagiar una tormenta política en México. El 23 de julio dos bandas juveniles: los Araños y los Ciudadelos, provocaron a un grupo de alumnos de las vocacionales Cinco y Dos del Instituto Politécnico Nacional y de la preparatoria Isaac Ochoterena en el D. F. ¿Resultados?: piedras cruzadas, cristales rotos, amenazas. Las autoridades ordenaron la intervención de 300 granaderos. En vista de que los conflictos continuaron, al día siguiente los soldados entraron a la vocacional Cinco y la emprendieron a porrazos contra los estudiantes dentro de las aulas. También agredieron a los maestros, indignados ante el allanamiento. Y ardió Troya...

Presionada por su membrecía, la directiva de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNED), adscripta al PRI y beneficiaria de fondos

federales –era una organización de control estudiantil creada por el gobierno–, solicitó permiso para una manifestación el 26 de julio. En paralelo, y también con autorización, la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) organizó ese día otra manifestación en honor a la Revolución cubana.

A la marcha de la FNED asistieron 2.000 alumnos del Instituto Politécnico Nacional. Concluido su acto partieron rumbo al Zócalo, la plaza más grande del mundo. Se proponían protestar frente al Palacio Nacional contra la represión y las agresiones de las bandas juveniles. El presidente de la organización los denunció y marcharon airados, echando pestes contra su directiva. Parecía una partida de colegiales inocentes que alborotaba camino a una fiesta; de repente, “... las cortinas metálicas de los comercios comenzaron a cerrarse. En la vanguardia sonaron gritos, el paf, paf, de las explosiones de las bombas de gas. Segundos después estábamos rodeados de granaderos que no pedían que nos disolviéramos, sino que se dedicaban a apalearnos, aprovechando que habíamos quedado atrapados en las estrecheces de la calle Palma” (Taibo II, 2004: 23).

Corrieron en círculos cerrados y no pocos adolescentes perdieron los zapatos en la desesperación. Intentaban abandonar la primera fila. Los moradores de la zona cerraron las puertas y el lugar se convirtió en una ratonera. Los granaderos provistos de fusiles y porras descargaban golpes a diestra y siniestra sin misericordia. Cuerpos imberbes bañados en sangre quedaban tendidos en el asfalto, retorcidos de dolor. Ante la eventualidad de morir con el cráneo macerado, cundió el pánico. El instinto de sobrevivencia llevó al combate cuerpo a cuerpo. Abracados a los soldados, los más valientes cubrieron la retirada de sus compañeros. Una valla rota y la oscuridad les permitieron abrirse paso y huir.

Tampoco los asistentes a la marcha de la CNED eludieron las porras. En su manifestación participaron cerca de 8.000 estudiantes. Sus consignas tenían un sentido consciente, meditado, pero menos beligerancia. Defendían

la Revolución cubana y ello fue suficiente para que los alcanzaran los gases y las macanas. Esa noche se desencadenó la cacería de brujas: la policía secreta allanó la sede del Partido Comunista, de orientación reformista y escasa capacidad de convocatoria. Detuvieron a dirigentes estudiantiles comunistas y a Gerardo Unzueta, miembro del Comité Central y director de *La Voz de México*, el diario del partido. “... pocas horas antes se produjo una *razzia* de extranjeros, la mayoría capturados a los márgenes de las manifestaciones y que, por apariencia de *hippies* o estampa estudiantil, servían para perpetuar la vieja costumbre político-policíaca mexicana de encontrar siempre a algún extranjero para demostrar la existencia de una conjura multinacional” (Taibo II, 2004: 26). Mika S. Seeger, hija de Peter Seeger, cayó en la redada en un hotel de la colonia Guerrero.

Cinco muertos, 119 heridos y seis desaparecidos fue el saldo de la represión. No se veía nada igual desde 1965, durante la embestida a una manifestación contra la guerra de Vietnam, que dejó 50 heridos. Así terminó la jornada del 26 de julio. Comenzaba el 68 mexicano...

Al día siguiente los estudiantes se atrincheraron en el Barrio Universitario, cercano al Zócalo, adonde la soldadesca no podía acercarse sin recibir pedradas. Las escuelas más politizadas efectuaron asambleas. Pedían disolver la FNET y la salida de los detenidos. Era sábado y la universidad estaba desmovilizada. Nada impidió que continuara la pequeña guerra en el centro del D. F. El domingo apareció una nueva demanda: desintegrar el cuerpo de granaderos. Dieron un plazo de 72 horas para recibir respuesta. Esa noche, alumnos de seis preparatorias y cuatro vocacionales del Instituto Nacional Politécnico, ubicadas en La Ciudadela y en la plaza de las Tres Culturas, secuestraron más de cien autobuses urbanos y cada vez que los granaderos intentaban asaltar la escuela, le prendían fuego a uno. Los militares repitieron los amagos de asalto, una y otra vez, para virar a la opinión pública en contra de los jóvenes.

En la madrugada del 30 de julio, paracaidistas y un batallón motorizado rodearon la Preparatoria Uno. Con la protección de tanques de guerra y vehículos blindados, armados de cañones y ametralladoras, derribaron con un disparo de bazuca la bella puerta colonial de San Ildefonso. Penetraron a bayoneta calada y golpearon a más de cien adolescentes de entre 13 y 14 años hasta desmayarlos; luego los sacaron en ambulancias y camiones de la policía. Participaron tres regimientos del ejército y la operación incluyó el allanamiento de varias escuelas del D. F. y la Ciudad Universitaria. Varios colegiales fueron ametrallados en la calle. La cifra de detenidos se elevó a cerca de mil, sobre todo militantes comunistas que nada tenían que ver con los hechos y estudiantes de la enseñanza media no politizados, que enfrentaron la primera embestida de los militares.

El miércoles 31 de julio Javier Barros Sierra, rector de la UNAM, condenó la violación de la autonomía universitaria e izó la bandera nacional a media asta en la explanada central del rectorado. En una tarde de lluvia, Barros Sierra encabezó la primera gran marcha multitudinaria en defensa de la autonomía universitaria con más de mil estudiantes y profesores de la UNAM, el Instituto Politécnico Nacional y otras instituciones educativas del Valle de México. Decenas de tanquetas, transportes militares, batallones de granaderos con bayoneta calada y patrullas de la policía les cerraron el paso al Zócalo. El presidente Gustavo Díaz Ordaz impartió la orden de no dejarlos llegar al Palacio Nacional. A su paso por los edificios multifamiliares, desde los balcones los vecinos lanzaban confetis de colores que al mezclarse con el agua impregnaron la escena de simbolismo. La escritora mexicana Elena Poniatowska –Premio Cervantes 2013– fue testigo de excepción:

De julio a octubre de 1968, México fue joven y vivió intensamente. Todos los días nos enterábamos de los choques entre granaderos y estudiantes en diversos rumbos de la ciudad; los mítines relámpagos en las puertas de las fábricas, las

colectas en la calle, los manifiestos que *El Día* publicaba y que después eran motivos de editoriales. En esos días, todo el mundo abría el periódico con verdadera ansia; el movimiento estudiantil había logrado contagiar hasta a los más indiferentes. En varios sindicatos hubo reuniones [...] El gobierno no podía detener el entusiasmo suscitado por el movimiento estudiantil, la euforia, el coraje, el ímpetu de jóvenes que, por primera vez, sentían que la ciudad era suya, que las calles les pertenecían [...] Claro, eran alborotadores, albureros, impunes; se les pasaba la mano, echaban relajo, pero ¿no son estos algunos de los rasgos del carácter de la juventud? (Además, muchos de los actos de vandalismo los realizaron porros con sueldo del erario, como se comprobó después, y como lo han seguido haciendo hasta la fecha (Poniatowska, 1980: 48).

Ante la ausencia de líder establecieron una dirección colectiva: el Consejo Nacional de Huelga, en el que cada escuela tenía una representación de tres alumnos, en muchos casos rotatoria. Las directivas surgían de la base, con sentido de transformación cultural. Miles de carteles, poesía, teatro y música eran parte de su universo. Para 1968 los jóvenes mexicanos escuchaban a la generación de intérpretes enfrentada a la guerra de Vietnam: Joan Báez, Bob Dylan, Pete Seeger y Peter, Paul and Mary, "... a escondidas (por lo menos los del sector meloso) a Charles Aznavour y Cuco Sánchez (los del sector meloso y azotado, como yo habríamos de añadir a la mezcla los boleros rastreros de José Feliciano) (Taibo II, 2004: 15-16).

Un heterogéneo abanico de tendencias estuvo representado en el Consejo Nacional de Huelga: comunistas, trotskistas, socialistas, socialdemócratas, demócrata-cristianos, maoístas, anarquistas... Influidos por la Revolución cubana, la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos y la guerra de Vietnam, eran los herederos de una crisis histórica condicionada por el bajo nivel de vida de vastos sectores de la pequeña

burguesía, la demagogia en torno a la reforma agraria y la crisis de la familia burguesa. A partir de la reforma universitaria de la UNAM, en 1966, el movimiento estudiantil cobró fuerza y sus acciones ganaban en audacia. Miles de brigadas de entre cinco y seis alumnos salían cada día a visitar fábricas, distribuir periódicos, regar volantes y pintar letreros en el D. F. y otras ciudades del país a las que se extendió la huelga. Frases como: “Papá: no quiero el México que me diste”; “A la cabeza le pegan, ¿pero al pensamiento cuándo?”; “No queremos olimpiadas, queremos revolución”, aparecían por doquier. Un sinnúmero era atrapado por la policía en plena faena.

Bajo las presiones de la reacción local y la CIA, los medios intentaron hacer creer que se trataba de un movimiento dirigido y pagado por la URSS, pero al régimen le resultó imposible competir contra medio millón de voces de brigadistas y millones de volantes que rebatían esa falsedad cada día en la calle. El programa estudiantil comprendía seis puntos: liberar a los presos políticos, derogar el precepto constitucional que definía las luchas y reivindicaciones de los líderes y militantes de izquierda como “disolución social”, destituir a la jefatura de la policía, establecer los responsables de la represión, desintegrar el cuerpo de granaderos e indemnizar a las familias de los muertos y a los heridos.

Ganaba en intensidad la denuncia contra la judicialización del activismo político, cuando un equipo de expertos en lucha antiterrorista del Pentágono llegó a la capital. Díaz Ordaz prometió a Johnson controlar las revueltas. Nada podía empañar los Juegos Olímpicos, los primeros a efectuarse en América Latina.

El cronometro corría y no extinguían el fuego. En los hoteles no paraban de sonar los teléfonos de la recepción. “En vista de los disturbios estudiantiles no queremos exponernos”, decían al otro lado de la línea para cancelar reservaciones. El temor llegó al rojo vivo. “Los ojos del mundo, se decía, convergían sobre nosotros. ¿Qué espectáculo estábamos dando? Se

habían invertido 3.000 millones de pesos –costo oficial de la Olimpiada– haciendo a un lado el problema del campo, la espantosa deuda pública nacional, el sector obrero, el problema de la vivienda, para transformar a México en una vitrina” (Poniatowska, 1980: 51).

Los estudiantes se propusieron reconquistar el Zócalo. El 15 de agosto, un contingente de más de 200.000 se lanzó a la calle para tomar posesión de la gigantesca plaza en la que se disuelven los ecos. En la primera línea marchaban los estudiantes de la facultad de Filosofía de la UNAM, portando una enorme lona con el rostro del Che. Desde los edificios multifamiliares el pueblo les lanzó pedazos de plástico o de papel para que se cubrieran de la lluvia; gente pobrísima se les acercó para alentarlos con aplausos y repartir entre ellos pan o frutas.

Desde la cárcel de Lecumberri –el “palacio negro”, donde estaban los presos políticos– el periodista español nacionalizado mexicano Víctor Rico Galán convocó al movimiento estudiantil a radicalizarse: “¡Oíd al pueblo estudiantes!”. Era ese el punto neurálgico en toda reunión o asamblea de los comités de huelgas y los brigadistas: ¿Hacia dónde iban? Consiguieron desembarazarse de los profesores más conservadores, de las direcciones paternalistas de los colegios y de los gánsteres de la FNET, pero sus voces resultaban demasiado dispares. Paco Ignacio Taibo II resume: “... nos odiábamos. Nada de amores: guerras pequeñas. En el seno del movimiento se discutía ásperamente, a veces mucho más violentamente de lo que era necesario” (Taibo II, 2004: 50-51). Tres tendencias se delinearon: un ala de derecha encabezada por el rector de la UNAM pretendía reducir los reclamos al regreso de la normalidad, respeto a la autonomía universitaria y liberación de los estudiantes encarcelados, aunque las movilizaciones y el Consejo Nacional de Huelga le arrebataron el liderazgo y no ejercía influencia real. La tensión provenía de las discrepancias entre el ala del centro (socialdemócratas y democratacristianos) y la izquierda:

El punto de choque entre izquierda y centro podía expresarse en cualquier cosa: destino central de las movilizaciones de las brigadas, toma completa o no de Radio UNAM, trayectoria de la marcha, actitud ante los primeros esbozos de negociación por parte del gobierno [...] La actitud del centro se fundamentaba en que pensaban que había que forzar la negociación. Nosotros hablábamos de diálogo público, pero no queríamos dialogar con Díaz Ordaz. Ellos querían mantener el movimiento en los límites de la acción estudiantil y pensaban que era fundamental conseguir para él una victoria. En la izquierda pensábamos que había que sacar el movimiento de las universidades y, en la tónica del mensaje de Rico, llegar al pueblo para buscar algo más allá. Visto a 20 años de distancia todos teníamos un pedazo de la elusiva razón. ¿Estábamos más locos nosotros que los centristas? ¿Estaba la revolución de la que no hablábamos en voz alta en el territorio de lo imposible? ¿Podía hurtarse el destino represivo del movimiento con habilidades negociadoras?

En Ciencias Sociales y Chapingo presionábamos para que las brigadas fueran hacia las zonas fabriles, para que el mensaje de los volantes abriera sus campos y hablara de democracia para todos, para que las futuras manifestaciones no fueran al Zócalo sino a la Glorieta de Camarones, centro de la zona industrial del norte del D. F. A veces no lo decíamos, lo hacíamos.

Pero todo era más complejo, porque los grupúsculos no eran propietarios del movimiento, y porque ni siquiera las organizaciones eran propietarias de sus militantes, vueltos de la noche a la mañana dirigentes de un movimiento masivo a cuyas asambleas respondían. Dan ganas de olvidar esa parte de la historia, las muchas veces que le grité a mi ahora amigo el Pino que era un pinche reformista, lo que a él le dio oportunidad de responder que yo era un pendejo acelerado.

Y todo este debate, envuelto en la necesidad de responder todos

los días al gobierno. ¿Y nosotros? ¿No queríamos una victoria? Claro que la queríamos, pero no la podíamos definir más allá de los seis puntos... Cuánta sangre de saliva corrió entre nosotros, cuántas injurias de pared y de papel [...] al final, nos descubríamos en la misma trinchera, y sonaban balas de verdad, porque en el país real, los verdaderos otros, el enemigo dirigido por el maligno presidente, mataba (Taibo II, 2004: 52-53).

El ejército tiroteaba a las brigadas estudiantiles y sacó perros pastores alemanes para que mordieran a los manifestantes, como en el desalojo de la Escuela Nacional de Teatro. Los macanazos de los granaderos estaban a la orden del día; no pocos adolescentes y jóvenes murieron de conmoción cerebral. Y en los campos militares en que encerraban a los presos se torturaba.

Las cifras de víctimas eran alarmantes: 200 muertos, 400 heridos –65 muy graves– y más de 1.200 detenidos. El pueblo mexicano comenzó a reaccionar. Las madres protestaron en la Cámara de Diputados. El debate familiar sobre los acontecimientos se extendió a millares de hogares. El malestar se multiplicó y el 27 de agosto medio millón de personas se concentró en el Museo de Antropología para marchar al Zócalo. Al llegar prendieron antorchas, un delirio de victoria se dibujó en cada rostro: mantendrían guardia hasta que Díaz Ordaz accediera al diálogo público. Cuando el mitin se disolvía, 4.000 manifestantes con antorchas idearon protestar en Lecumberri. La cárcel se mantenía en absoluta oscuridad y a lo lejos solo podía verse la silueta de los guardias que custodiaban en los torreones. Los jóvenes rodearon el “palacio negro” y caminaron en torno a su órbita. Gritaban frenéticos: “Los vamos a sacar”. Dentro, en las crujías, se escuchaba el clamor. Era como un bálsamo para los infortunados que a duras penas sobrevivían en el recinto macabro.

Díaz Ordaz habló a la nación el 1.º de septiembre. Negó la validez de las demandas y amenazó con recurrir a las fuerzas armadas, incluso, a la

Marina de Guerra de resultar necesario. El ala derecha del movimiento llamó al regreso a clases y Barros Sierra quedó en minoría. Aparecieron en la explanada central del rectorado carteles con un teléfono tachado y el mensaje: “Este no es diálogo público” (Taibo II, 2004: 69). Se celebraban entre 2.000 y 3.000 mítines diarios. Los granaderos andaban enloquecidos, sin dormir, con guardias de doble turno corridos. Muchos sentían miedo y eso los tornaba cada vez más peligrosos.

Doce días después el movimiento retomó las calles. Bajo la lluvia marcharon 300.000 personas por el Paseo de la Reforma. Estudiantes, madres y padres de familia, una representación del Sindicato Mexicano de Electricistas y del Sindicato de los Ferrocarrileros, la Central Campesina Independiente, pequeños comerciantes, taxistas y vendedores ambulantes, entre tantos, caminaron 6 km desde el Museo de Antropología hasta el Zócalo, con cinta aislante y esparadrapo en sus bocas. Mostraban que callar era su opción, no una imposición del régimen. Solo se escuchaba el ruido de los zapatos:

Recuerdo rostro tras rostro silencioso, y por tanto la fuerza de los gestos, las V de la victoria que se alzaban una y otra vez, los puños en alto ante la embajada norteamericana, los aplausos de la interminable valla solidaria de padres, mirones, aquello que se llamaba entonces pueblo en general, que protegía a lo largo de kilómetros los flancos de la marcha –evocó Paco Ignacio (Taibo II, 2004: 75-76).

La fuerza del silencio abrumó a los granaderos. Su rencor crecía. Era el 13 de septiembre de 1968. El Palacio Nacional se estremeció de furia...

Tardaron cinco días en reaccionar: el 18 de septiembre, 10.000 soldados penetraron en la universidad a bayoneta calada. A su paso rompieron cristales con las culatas de los fusiles, destrozaron laboratorios y salas de proyección; arriaron la bandera que ondeaba a media asta y sacaron a rastras de los salones en que estaban reunidos a unos 600 estudiantes

desarmados. En la explanada central del rectorado los apilaron sobre la yerba, de rodillas. Algunos jóvenes desafiaron a sus captores: se pusieron de pie y mostraron con sus dedos la V de la victoria. Una mezcla de miedo, rabia e impotencia se apropió de los rostros mozos. ¿Podía ocurrir algo peor? Claro que sí. El 24, los granaderos tomaron a tiros el Casco de Santo Tomás, sede de la mitad de las escuelas del Instituto Politécnico Nacional. Una docena de adolescentes armados con pistolas y cuatro o cinco escopetas respondió al fuego. Más de 30 heridos arrojó la incursión, sin contar los estragos posteriores entre los detenidos a causa de la tortura y las golpizas.

El 30 de septiembre el ejército abandonó las instalaciones universitarias. El gobierno creyó que el movimiento estudiantil estaba aterrorizado y renunciaría a mantenerse en huelga. Al día siguiente todas las asambleas votaron por continuar y exigieron la devolución de las escuelas del Instituto Politécnico Nacional. El 2 de octubre, representantes del presidente y del Consejo Nacional de Huelga se reunieron. Los estudiantes plantearon tres condiciones previas a un diálogo: desocupación de los planteles tomados por los granaderos, liberación de todo detenido a partir del 23 de julio y cese de la represión. Los enviados de Díaz Ordaz tomaron nota y prometieron someterlo a consulta. Acordaron reencontrarse en la Casa del Lago del Bosque de Chapultepec a la mañana siguiente.

A las 5:30 p. m. del propio 2, entre 10.000 y 15.000 personas se congregaron en la plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, a un lado de la Vocacional Siete del Instituto Politécnico Nacional, la escuela más activa dentro del movimiento estudiantil y la más agredida por la fuerza pública. Era el primer acto masivo convocado después de la marcha silenciosa, a dos semanas de los Juegos Olímpicos. Estudiantes, hombres y mujeres, niños y ancianos sentados en el suelo, vendedores ambulantes, amas de casa con criaturas en brazos y transeúntes que se detuvieron a curiosear, escuchaban

a los integrantes del Consejo Nacional de Huelga que hablaban desde el balcón del tercer piso del edificio Chihuahua.

Las calles convergentes fueron ocupadas por 10.000 granaderos, apostados con más de 300 tanques y carros de asalto. Soldados del batallón Olimpia y policías de los diversos cuerpos, mezclados entre la gente, usaban un guante o pañuelo blanco en la mano izquierda para identificarse entre ellos. Dos helicópteros del ejército sobrevolaban la plaza. Se respiraba una tensa calma. Los oradores destacaron el despertar de la conciencia cívica y la politización de la familia mexicana; atacaron la corrupción política, la actuación reaccionaria de la prensa y propusieron un boicot contra el diario *El Sol*. Un momento emotivo lo constituyó la llegada de un grupo de trabajadores con una lona: “Los ferrocarrileros apoyamos el movimiento y desconocemos las pláticas Romero Flores-GDO”. Los recibieron con una salva de aplausos. El frente obrero más combativo del país anunció paros escalonados a partir del día siguiente, en respaldo a las demandas de los estudiantes.

A las 6:10 pm. el mitin estaba por concluir. Un representante del Comité Nacional de Huelga anunció que era conveniente suspender la marcha programada al Casco de Santo Tomás, ocupado por los granaderos desde el 24 de septiembre, en vista del despliegue de las fuerzas públicas y la previsible represión. La gente estuvo de acuerdo; de pronto, desde uno de los helicópteros que sobrevolaba la plaza lanzaron bengalas. Las tropas desplegadas en balcones y azoteas comenzaron a disparar sobre la muchedumbre. Contagiados por la adrenalina emanada del olor a pólvora, los soldados y policías apostados en la calle descargaron sus cartucheras. Las primeras andanadas abrieron claros entre la multitud. El fuego cruzado hacía difícil escapar. Millares de personas corrían de un lado a otro, aterrorizadas. Las salidas habían sido cerradas:

Fue algo espantoso, de pesadilla. Bandadas de chiquillos histéricos, separados de sus padres en medio de la confusión,

corrían horrorizados, en muchas ocasiones para ir a dar frente a los fusiles asesinos, que barrían sin piedad a la multitud. Un grupo de estos niños enloquecidos pasó frente al lugar donde el reportero se había refugiado. De pronto, el cráneo de uno de ellos pareció estallar, tal vez alcanzado por una bala expansiva, y el pequeño rodó por el suelo.

Sus compañeros huyeron, pero un chiquitín de unos seis años, estupefacto y seguramente sin saber lo que es la muerte, trataba inútilmente de reanimarlo. Sacudía desesperado el inerte cuerpecillo mientras gritaba: “Beto, Beto, ¿qué te pasó?” La voz se fue quebrando, convirtiéndose en un ronco bisbiseo, hasta que se apagó por completo. Los dos pequeños cuerpos quedaron tirados sobre el asfalto, estrechamente unidos en un abrazo. Cuando logramos abandonar el refugio, ninguno de los dos se movía; quizás ambos estaban muertos; esta escena quedará grabada en forma indeleble en la mente del reportero; probablemente su cobardía le impidió salvar la vida del segundo niño, arrastrándolo hasta la zanja; pero las balas silbaban por todas partes, y el instinto de conservación es terriblemente egoísta (*Por Qué!*, 1968: 9-10).

Durante 20 minutos el tiroteo fue nutrido. En la medida en que disparaban, la soberbia de los granaderos crecía, alimentada por el miedo que desfiguraba los rostros de sus presas. Las ráfagas zumbaban en todas partes. A las 6:30 p. m. se hicieron esporádicas. A ninguna ambulancia de la Cruz Roja y la Cruz Verde se les permitió acceder. Los soldados no necesitaban ayuda. Agarraban a los heridos por el pelo y los arrastraban hasta sus vehículos. “... un número aún no establecido de estudiantes, hombres, mujeres y niños (325, según el periódico inglés *The Guardian*) cayeron asesinados en la plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre de 1968” (Poniatowska, 1980: 51); otros señalan 400, muchos de ellos cadáveres

anónimos, alineados en un hangar de la sección militar del aeropuerto y arrojados al golfo de México esa propia noche (Taibo II, 2004: 57 y 97).

Cientos de mujeres, niños y jóvenes hallaron refugio en los edificios multifamiliares de Tlatelolco; los más corrieron por las callejuelas hasta salir al Paseo de la Reforma. Personas indignadas que no tenían que ver con la protesta estudiantil dispararon sus pistolas contra el ejército y la policía desde las ventanas de sus apartamentos, pero tras la masacre taxis, ciclistas y peatones pasaban por allí como si nada hubiese ocurrido. Los detenidos fueron a parar al campo militar número 1, donde los fusilaban con balas de salva y los desfiguraron a golpes. Una práctica acostumbrada era ahogarlos en los bebederos de agua de la caballeriza; no pocos fueron castrados. A varios les arrancaron confesiones fantasmagóricas sobre la génesis del movimiento; los más no se quebraron. Las torturas se filtraron a través de abogados y parientes. La gente estaba aterrada y los medios no manifestaron la menor reacción. Octavio Paz –Premio Nobel de Literatura 1990– renunció a su cargo de embajador de México en la India. Fue de los pocos que se atrevió a desafiar a Díaz Ordaz.

Ninguna crítica se escuchó por parte de Estados Unidos, ni la prensa occidental. El pueblo mexicano soportó su dolor en silencio, con un odio latente que lo paralizó por temor a mayores represalias. Desde el 23 de julio al 2 de octubre se calculan en unos mil los muertos o desaparecidos. Era una clara señal de hasta dónde estaban dispuestos a llegar Estados Unidos y las oligarquías locales. La resistencia duró todavía un mes más. Los estudiantes sabían que era necesario cambiar de formas de lucha y tras cientos de mítines y debates no las encontraron. El 4 de diciembre las últimas escuelas aceptaron regresar a clases: “... no se sonreía demasiado. Era el retorno a la derrota, con los presos y los muertos vagando por los patios de la escuela como fantasmas del manifiesto comunista” (Taibo II, 2004: 106). Miles de mexicanos buscaron un nuevo camino, dentro o fuera de la universidad. Una parte, la más desgarrada, se incorporó a la guerrilla

urbana y fue ahogada en sangre tras un lustro de guerra sucia sin cuartel. Otro grupo enorme se fue hasta los barrios para organizar las colonias que en los próximos 20 años ofrecieron un modelo de resistencia popular.

La Nueva Canción Latinoamericana, que acompañó desde sus inicios en los años 60 las luchas sociales de Nuestra América, registró en la voz del chileno Ángel Parra y con aires de corrido los trágicos sucesos:

México 68

ÁNGEL PARRA

Para que nunca se olviden
las gloriosas olimpiadas
mandó a matar el gobierno
cuatrocientos camaradas.

Ay, Plaza de Tlatelolco,
cómo me duelen tus balas,
cuatrocientas esperanzas
a traición arrebatadas.

¿Cómo harán los granaderos
cuando llegan a sus casas?
¿Amarán a sus mujeres
con manos ensangrentadas?

Pero esas manchas no salen
ni con jabón, ni con agua.
Te pregunto, granadero:
¿Con qué has pensado lavarlas?

La Virgen de Guadalupe
conoce a los asesinos,

ya no les prendas velitas
porque está con los caídos.
No acallarás tu conciencia
con plegarias o con vino.

Los estudiantes caminan
con la verdad en la mirada,
nada podrá detenerlos,
ni las flores ni las balas.
Para sus muertos les llevan
acciones, no más palabras.

A pesar de estar tan lejos
se escuchó aquí la descarga
de esos valientes soldados
que mataban por la espalda.

Para que nunca se olviden
de esa tierra mexicana
mandó a matar el gobierno
cuatrocientos camaradas.

Mientras México ardía, 146 cardenales, arzobispos y obispos se reunían en Medellín, Colombia, entre el 26 de julio y el 8 de septiembre de 1968, para celebrar la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II convocado por Juan XXIII, un campesino que llegó a papa y ejerció gran influencia en el Tercer Mundo y entre sus revolucionarios, por promover dentro de la Iglesia católica una vocación por las grandes mayorías sumidas en la pobreza. Medellín marcó un cambio hacia un mayor compromiso social de la Iglesia bajo el predicamento de la “opción preferencial por los pobres”, y abrió paso a una corriente teológica de gran significado: la Teología de la Liberación,

promovida por obispos y sacerdotes, entre los que destacan Leonardo Boff, Jon Sobrino, Juan Luis Segundo y Frei Betto, que comprendieron la necesidad de concebir las transformaciones sociales, económicas y políticas demandadas por la región a partir de las realidades y la historia de nuestros pueblos, en estrecho vínculo con sus bases populares como sujetos del cambio.

Poco antes de que Johnson concluyera su mandato, dos golpes de Estado de corte nacionalista causaron sorpresa en la región: el del 3 de octubre, en Perú, dirigido por el general Juan Velasco Alvarado, y el del 11, en Panamá, entre cuyos jefes estuvo el entonces teniente coronel Omar Torrijos Herrera. Ambos contaron con el apoyo de bases populares.

Noviembre marcó el ascenso a la Casa Blanca del beligerante Richard M. Nixon. Su alianza con la ultraderecha latinoamericana le brindó oxígeno al régimen del mariscal Artur da Costa e Silva, quien encarceló al liderazgo en pleno del movimiento estudiantil en octubre, cuando se disponían a efectuar un congreso. En diciembre promulgó el Acta Institucional N.º 5, con la que clausuró el Congreso Nacional por tiempo indefinido; anuló el mandato de diputados, senadores, gobernadores y alcaldes, decretó el estado de sitio, suspendió el *habeas corpus* para los delitos políticos, canceló los derechos políticos de los opositores al régimen, prohibió la celebración de cualquier tipo de reunión, creó la censura previa y cerró todos los periódicos desde los que había recibido algún tipo de crítica. Con Nixon en la presidencia ya no necesitaba del simulacro de Estado de derecho. La opción por la lucha armada por parte de un núcleo radical, unido al endurecimiento del régimen después del AI-5, fue trágica. En pocos años todas las organizaciones de izquierda fueron destruidas, con un saldo de decenas de miles de muertos, desaparecidos, exiliados y expatriados.

Nixon recibió un país polarizado, sumido en el caos y con una economía viciada por los gastos de guerra. Lejos de cumplir sus promesas de

campana, al igual que su predecesor hizo frente a las necesidades de la aventura en Vietnam inundando el mundo de dólares, con cada vez menor respaldo en oro. Su llegada generó presión entre los revolucionarios del continente, dada su alianza con la reacción suramericana y su respaldo a cruentos golpes de Estado. Los gorilas de Brasil lo apoyaron en todas las aventuras del Cono Sur, y en 1971 incluso evaluaron la organización de una agresión militar contra Cuba. Nixon, que nunca perdonó la humillación de verse abucheado en las capitales latinoamericanas que visitó, y menos a la Revolución cubana, pronto se hizo sentir. En diálogo con una delegación de primer nivel de la RDA el 14 de noviembre de 1968, Fidel aseguró:

Ustedes son miembros del Pacto de Varsovia, por lo que tienen una garantía contra la agresión imperialista. Tienen muchas divisiones soviéticas que están listas para luchar de su parte. En Cuba no es así. No tenemos garantías contra una agresión imperialista. No tenemos veinte divisiones que nos protejan. Ustedes pueden dormir en paz, incluso con los imperialistas germano occidentales en sus fronteras. No los atacarán, porque si lo hacen habrá guerra... Nosotros no podemos tener un momento de paz... nadie nos podría garantizar ayuda en caso de una agresión estadounidense. No tenemos frontera común con la Unión Soviética. La flota estadounidense es más poderosa que la marina soviética. Ustedes tienen todas las garantías; nosotros no tenemos ninguna.

Lo digo con claridad: ideológicamente somos parte de la comunidad socialista, en nuestros propósitos, en nuestra forma de pensar, en nuestros sentimientos. Pero en lo que tiene que ver con nuestra capacidad de resistir a este enemigo que puede atacarnos en cualquier momento, no somos parte de la comunidad socialista. La Unión Soviética nos ha dado armas. Se lo agradecemos y siempre se lo agradeceremos... pero si los

imperialistas atacan a Cuba, no podemos contar más que con nosotros mismos (Gleijeses, 2002: 101-102).

EPÍLOGO

Después de la tormenta, ¿quién quedaba en pie?...

... somos herederos de una espada flamígera que se formó como la de Vulcano, en una fragua de dolor y sacrificio. Yo estuve con Fidel aquel día frente a la embajada estadounidense: los que vamos a morir te saludamos, era nuestro sentimiento.

Y lo creíamos de verdad, que estaban ahí, pero no vinieron porque no quisieron.

La espada está ahí, yo la levanto, créame.

EUSEBIO LEAL SPENGLER

Lo ocurrido a lo largo de la década del 60 generó profundos cambios en tres instituciones estremecidas por los levantamientos estudiantiles: la familia, la escuela y los medios de comunicación.

La píldora anticonceptiva para control de la natalidad y del tamaño de la familia, la maternidad independiente, el incremento progresivo de las tasas de divorcio, el cambio del rol social de la mujer y la promulgación de los derechos de los niños y niñas, penetraron irrefrenables dentro del espacio familiar, en tanto el modelo vertical de relaciones jerárquicas de transmisión del conocimiento en la enseñanza universitaria, en el que el profesor era considerado el único depositario del saber, colapsaba ante el choque abrupto que significó el año 1968.

Frente a la crisis, en Occidente el *establishment* encargó a los medios asumir el rol protagónico como formadores de opinión pública y, por primera vez, su mensaje irradió hacia todas las clases y estratos sociales. Sexo, matrimonio, familia, libertad individual, política, pobreza, derechos

humanos, problemas globales y la guerra..., entre tantos, estuvieron en la agenda de la “nueva izquierda”; sin embargo, la reacción trabajó para escamotear cada conquista y en el orden semántico recicló a su favor muchos de estos términos hasta apropiarse de ellos.

En 1968, empero, no puede hablarse de revolución; tampoco de una rebelión internacional, porque no existían propósitos similares en las demandas ni articulación. Ni siquiera se conciliaron las agendas de los estudiantes que protestaron con las de partidos y movimientos de la izquierda hasta entonces establecidos, en medio del calentamiento de los términos en que se desarrollaba la Guerra Fría luego de la escalada estadounidense en la península de Indochina.

El anhelo de cambio en el Primer Mundo no trascendió más allá del interés por transgredir normas y patrones culturales de una sociedad de consumo, cuyas bases a casi nadie le interesó dinamitar. Lo que se intentaba cambiar era “... sobre todo la lógica del funcionamiento y el modo mismo de expresión de las formas dominantes de la cultura entonces vigente” (Aguirre, 2011: 103). Resulta necesario destacarlo: en los 60 la esencia del capitalismo como sistema socioeconómico en su fase imperialista no se vio amenazada ni en su catedral –Estados Unidos–, ni en ninguna de las naciones desarrolladas de Europa Occidental.

Cuando Nixon se estableció en el Despacho Oval el 20 de enero de 1969, en su discurso de toma de posesión retomó la retórica que lo elevó a la presidencia: “Donde la paz es desconocida, démosle la bienvenida; donde la paz es frágil, hagámosla fuerte; donde la paz es temporal, hagámosla permanente. Después de un período de confrontación, entramos en una era de negociación” (Garthoff, 1994: 30). Mientras hablaba, por indicación suya el multimillonario H. Ross Perot elaboraba un diseño de comunicación política para dilatar el fin de la guerra en Vietnam. Dada su participación como asesor en la campaña presidencial, Milton Friedman recibió la prerrogativa de aportar dos de sus discípulos al equipo económico de

Nixon: George P. Schultz, al frente de la Oficina de Administración del Presupuesto; y Donald Rumsfeld, su alumno en varios seminarios, que asumió el cargo de director de la Oficina de Oportunidades Económicas.

Para entonces los muertos de la larga noche del 68 vagaban por la Tierra como espíritus errantes... Era el fin de una época cuyas raídas vestiduras incineró el hálito fundente de la guerra, abandonada desde hacía mucho tiempo por los vientos del Ártico. Los partidos comunistas y la izquierda tradicional no estuvieron a la altura del momento. La URSS dio muestras de agotamiento ideológico y no estaba en capacidad de asumir el liderazgo. Empezaban a avizorarse los primeros signos del alumbramiento de una nueva era, indescifrable para quienes hasta aquel instante marcaron la ruta en los senderos de la izquierda.

La Revolución cubana se reveló como paradigma y columna sobre la que se vertebró el movimiento guerrillero en África y América Latina durante los próximos años. Muchas debieron de ser las interrogantes de su dirección en aquel minuto crucial. ¿Cómo afrontar un futuro que a no pocos se les antojaba de contornos imprecisos, mientras las armas tronaban y no se necesitaba de un médium para advertir el baño de sangre con que el nuevo emperador se proponía apagar el fuego en el continente? ¿Cómo detenerse a descifrar enigmas cuando los cañones apuntaban anhelantes a la minúscula Isla? Su propia existencia compulsó a la enmohecida dirigencia soviética a reverdecer algunos aspectos de su proyección internacional, lo que favoreció a los movimientos de liberación nacional y al movimiento revolucionario en el Tercer Mundo. Quedó claro que la “revolución mundial”, al menos como se concibió a principios de los 60, había fracasado de la mano del dogma, la división y la falta de solidaridad.

“El sueño ha terminado. Tan solo tengo treinta años, y todo es lo mismo, la única diferencia es que los hombres llevan ahora el pelo largo”, declaró frustrado John Lennon en 1970 (Prieto, 2017: 27). Marshall Berman

advertía en 1981, cuando Ronald Reagan apenas se disponía a tomar las riendas de Estados Unidos:

El eclipse del problema de la modernidad en la década de los setenta ha significado la destrucción de una forma vital de espacio público. Ha apresurado la desintegración de nuestro mundo en una agregación de grupos privados de interés material y espiritual, habitantes de mónadas sin ventanas, mucho más aislados de lo que necesitamos estar (Berman, 2.000: 24).

Al caos le siguió una nueva crisis económica mundial, agudizada tras el boicot petrolero de los países miembros de la OPEP, en 1973, y en Occidente se exacerbó el instinto de sobrevivencia entre las clases medias y los sectores reaccionarios de la pequeña burguesía. Hollywood y los medios se habían encargado de rechazar el discurso y se impuso una narrativa devastadora contra cualquier anhelo de transformación social.

Los espacios de concertación multilateral del Tercer Mundo se constituyeron en una amenaza a la transnacionalización del capital. Los círculos financieros necesitaban fabricar símbolos y codificarlos para atraer la atención de los circuitos académicos: Friedrich A. Hayek recibió el Premio Nobel de Economía –sufragado por el Banco de Suecia– en 1974; a Milton Friedman le tocó en 1976. Con el asalto al poder por parte de generales sanguinarios, la privatización extrema de las riquezas de nuestros pueblos se extendió a todo el Cono Sur, bajo el amparo de la Operación Cóndor, que, con supervisión de la CIA, desapareció a decenas de miles de jóvenes de la izquierda. Grandes serían los desafíos en lo adelante. Cerraba un período y comenzaba una nueva era que apenas demoraría una década en llegar: el neoliberalismo.

Reagan llegó al Despacho Oval con *Capitalismo y libertad* bajo el brazo, en 1980. Su alianza con Margaret Thatcher, quien desde hacía un año aplicaba recetas neoliberales en Gran Bretaña, acabó de sepultar la idea del

Estado de bienestar preconizada por Keynes. “Quiero que piensen en un sistema de escuelas donde las enseñanzas humanistas estén completamente vedadas...”, predicó desde la televisión, en 1986, Pat Robertson, ministro de la Convención Bautista del Sur y magnate de los medios de comunicación (Eco, 2016: 289).

Se trataba de extender como idea que más allá del idealismo y la democracia lo importante era el triunfo personal e integrarse al sistema para alcanzar la felicidad. No era concebible otra dimensión del éxito: ¡Triunfar!, era la máxima que podía dar sentido a cualquier historia de vida.

Se despojó de sentido toda idea revolucionaria, incluso entre los estratos más bajos, compelidos a avergonzarse de sí mismos frente a la “incapacidad” de estar a la altura de las exigencias de la postmodernidad, dado el ritmo frenético que demandó la conversión del ciudadano en consumidor. No pocos protagonistas del 68, ante la frustración y el fracaso, se asimilaron al *establishment*: “No quieren gastar el tiempo en discusiones. Quieren trabajar, triunfar y ocuparse de su familia. No se puede luchar para triunfar en el trabajo y, a la vez, pasarse todo el tiempo saliendo a la calle para cambiar la sociedad...” (Cohn-Bendit, 1987: 42). Al decir de Eric Hobsbawm, lo ocurrido puede “... entenderse como el triunfo del individuo sobre la sociedad o, mejor, como la ruptura de los hilos que hasta entonces habían imbricado a los individuos en el tejido social” (Hobsbawm, t. II, 2003: 336).

Ya en los 80 el “posmodernismo” en la Historia, que venía incubándose desde mediados de los 60, se convirtió en corriente hegemónica. Samuel P. Huntington, profesor de Harvard y consejero de la Administración Nixon durante la guerra de Vietnam, encabezó la cruzada para imponerlo. Se establecieron como campos de investigación temas hasta entonces periféricos, pues hacia ellos giraron los fondos de investigación y el interés de las publicaciones especializadas de la academia; de repente, la esquizofrenia, la prostitución, la homosexualidad, la brujería y la

cartomancia fueron sometidos al más riguroso examen, una tendencia que se mantiene vigente. Poco a poco se apagó el interés por una interpretación globalizadora de la historia del hombre en sociedad:

Muchos intelectuales –artistas y literatos– se han sumergido en el mundo del estructuralismo, un mundo que simplemente deja la cuestión de la modernidad –junto con todas las cuestiones acerca del ser y la historia– fuera del mapa. Otros han adoptado una mística del postmodernismo que se esfuerza por cultivar la ignorancia de la historia y la cultura modernas, y habla como si todos los sentimientos, la expresividad, el juego, la sexualidad y la comunidad humanos acabaran de ser inventados –por los postmodernistas– y fueran desconocidos, e incluso inconcebibles una semana antes. Mientras tanto, los científicos sociales, incómodos por los ataques críticos a sus modelos tecnopastorales, han abandonado la tarea de construir un modelo que pudiera ser más fiel a la vida moderna. En vez de eso, han dividido la modernidad en una serie de componentes separados –industrialización, construcción del Estado, urbanización, desarrollo de los mercados, formación de una élite– y se han opuesto a cualquier intento de integrarlos en un todo. Ello los ha librado de generalizaciones extravagantes y totalidades vagas, pero también de un pensamiento que pudiera comprometer sus propias vidas y obras y su lugar en la historia (Berman, 2.000: 23-24).

Divorciadas de las necesidades y las aspiraciones de las masas, tanto a la URSS como a Europa del Este se les hizo imposible preservar el socialismo frente a los desafíos del capitalismo neoliberal. Luego de reducir el marxismo a ideología oficial desde el prisma sectario y petrificado de sus manuales, fueron superadas por fenómenos adversos y tendencias negativas que no alcanzaron a comprender. Como secuela de la obsesión por justificar en cada momento histórico la lógica de las decisiones partidistas y

gubernamentales, el carácter coyuntural de la práctica política permeó la investigación histórica y el desarrollo de las ciencias sociales. Se consagró un modelo interpretativo antimarxista. Desde una contemplación sacralizada, que nada tuvo de dialéctica y sí mucho de espejismo, renunciaron a la autocrítica y ello impidió a su dirigencia y a sus científicos sociales avizorar cómo el capitalismo conseguía reponerse y encontrar salida a la crisis que atravesó en la década de los 60 y en el primer lustro de los 70, mientras el socialismo era arrastrado por la inercia, la corrupción, el estatismo y la desorientación, hasta ahogarse en el desaliento y mutar hacia el neoliberalismo.

Cuando la URSS y Europa del Este se desintegraban, los resultados de la práctica solidaria e internacionalista de Cuba tributaban a la más grande transformación en el continente africano. El 20 de enero de 1973, Amílcar Cabral fue baleado por la espalda a la entrada de su casa, en Conakry, por militantes de su movimiento que reclutó para asesinarlo la Policía Internacional y de Defensa del Estado (PIDE) de Portugal. Era ya una personalidad de talla mundial, con amplio reconocimiento en la ONU. Nadie dudaba de que Guinea Bissau y Cabo Verde sería la primera colonia portuguesa en independizarse. En Lisboa estaban aterrados. “Cabral es un hombre que no puede ser ni comprado, ni engañado. Para alcanzarlo usted tiene que matarlo”, recomendó el general Antonio de Spínola al premier Marcelo Caetano (Oramas, 2015: 103). Tenía 38 años. Fidel recibió la noticia con indignación. Los asesores cubanos bajo el mando de los comandantes Raúl Díaz Argüelles y Víctor Dreke recibieron la orden de preparar una ofensiva arrolladora junto con los combatientes guineanos. La guerrilla desafió al ejército en sus mismas instalaciones, algo impensado hasta aquel minuto. El empuje tuvo un peso decisivo en la Revolución de los Claveles que derrocó al régimen fascista de Caetano y abrió paso al proceso de desintegración del imperio colonial luso con la independencia de Guinea Bissau, Cabo Verde, Angola y Mozambique.

En 1976, Conakry acogió una minicumbre de jefes de Estado organizada para plantar cara a la invasión sudafricana contra los países recién liberados. Era esta la capital de la independencia de África. Desde 1958 el presidente Sékou Touré brindó retaguardia segura y ayuda solidaria a los combatientes independentistas de Argelia, Guinea Bissau y Cabo Verde, Guinea Ecuatorial y Angola, entre tantos. A la reunión asistieron Fidel, Agostthino Neto, Luis Cabral y Sékou. Acordaron no cejar en la contienda hasta que las tropas de Sudáfrica retornaran a su territorio. Poco más de una década después, la victoria cubano-angolana contra Sudáfrica no solo consolidó la independencia de la tierra de Neto, también permitió la emancipación de Namibia y el derrumbe del *apartheid*. A ello habría que añadir el impacto de la cooperación brindada por Cuba en esa década y en lo adelante en materia comercial, tecnológica, educativa, de salud, deportiva y artística a varios países de África, sin contar las decenas de miles de jóvenes procedentes de ese continente formados en la Isla a lo largo de casi sesenta años.

América Latina –al decir del diplomático cubano Germán Sánchez Otero– no ha tenido “... recesos históricos, como pareciera que ha ocurrido en Europa y en los Estados Unidos después de 1968: cuando las insurgencias resultaron neutralizadas o asfixiadas en una subregión o en determinados países, han reaparecido en otros sitios” (Sánchez Otero, 2018: 76). En 1979, el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional, en Nicaragua, confirmó que Cuba no era un caso único. La victoria legitimó el camino de la lucha armada para tomar al poder. No les fue posible en las condiciones afrontadas construir el socialismo, pero impulsaron una transformación social de gran alcance. A espaldas del Congreso de Estados Unidos, la Administración Reagan ahogó el proceso mediante una guerra sucia que no dio cuartel a la joven revolución. Incluso la CIA abrió el territorio de la Unión al narcotráfico con tal de emplear a los capos del

crimen organizado en sus operaciones antisandinistas. Otro “laurel” yanqui fue impedir la victoria plena del Frente Farabundo Martí de El Salvador.

En 1989 –año en que se desplomará el Muro de Berlín– sobrevino en febrero el histórico “Caracazo”. El incremento de la pobreza y el descrédito de las instituciones políticas tenían disparada la tensión social y, a veinte días de instalarse en el Palacio de Miraflores Carlos Andrés Pérez –once años antes había entregado la presidencia al destaparse hechos de corrupción que lo comprometían–, dispuso el aumento del precio del transporte para satisfacer los mandatos del FMI. Al amanecer del 27 de febrero, un importante contingente de los habitantes de Guarenas –ciudad satélite ubicada a unos 20 km de Caracas– no pudo tomar los autobuses en que se desplazaban a la capital para a trabajar, pues el dinero no les alcanzaba. Allí comenzaron las protestas.

Del subsuelo emergió la masa, enfrentada por primera vez a un paquete neoliberal y al proyecto fondomonetarista; la furia se extendió a varias ciudades del país y en Caracas el pueblo bajó de los cerros. Carlos Andrés ordenó a las fuerzas armadas descargar todo su poder de fuego sobre las decenas de miles de personas que protestaban y contra los que saqueaban comercios. Soldados asustados barrieron las calles, los cerros y los barrios populares a bala. Entre la noche del 27 y el día 28 dispararon millones de proyectiles que acribillaron a más de 3.000 personas. La horrible matanza dejó una huella imborrable en la nación.

“Este hecho representó la explosión social más grande de la historia de ese país y fue también la primera rebelión espontánea de un pueblo contra el neoliberalismo a escala mundial” (Sánchez Otero, 2018: 77). Ya en Venezuela se fraguaba un nuevo líder: Hugo Rafael Chávez Frías, profundo admirador de las figuras y el pensamiento de Fidel y del Che, quien sumó al movimiento clandestino que organizó a los excomandantes guerrilleros Douglas Bravo, Alí Rodríguez y Julio Escalona. Un poco más al sur, en Bolivia, un líder indígena, Evo Morales, se enrolaba en las luchas sindicales

con el socialismo como meta, imbuido por la épica de la Revolución cubana y el ejemplo del Che.

Luego de tres décadas de lucha contra la guerra orquestada por sucesivas administraciones de Estados Unidos, la Revolución cubana adquirió el prestigio y madurez que la convirtieron en interlocutora imprescindible dentro de los organismos multilaterales y los procesos de paz tanto en África como en América Latina. Su liderazgo fue capaz de atemperarse y aprovechar las condiciones globales imperantes para la consecución de los objetivos de su política exterior, sin negar la lucha armada como instrumento emancipatorio. Resulta esclarecedora la definición expresada por Germán Sánchez al respecto:

Quienes opten por una estrategia de lucha armada deben saber que se trata de una decisión sustantiva, de largo aliento e implicaciones formidables. La guerra no se improvisa, ni tampoco hay que temerle si solo existe esa alternativa para avanzar por el carril revolucionario. Toda línea política no fundada en el análisis del escenario y del movimiento real – nacional, regional y mundial– es no solo inoperante, sino peligrosa. Puede conducir a la derrota y retardar el curso de la revolución deseada (Sánchez Otero, 2018: 77).

El 26 de julio de 1989, cuando Fidel anunció que era posible el “desmerengamiento” del socialismo real, no mostró duda acerca del futuro cubano. Más allá de su célebre optimismo, sabía que el capital moral acumulado durante 30 años hacía imposible que se cerraran todas las puertas. Solo había que resistir, resistir y vencer, con la cultura como centro. Un pueblo lo acompañó en la pelea.

Con el fin de la confrontación Este-Oeste en los términos de la Guerra Fría, llegó el delirio. El pesimismo se apoderó de la izquierda, empujada a comulgar con la globalización neoliberal. Palabras como “dignidad” y “soberanía” se presentaron como caducas; “derechos humanos”,

“democracia” y “libertad” se prostituyeron. “... Marx quedó encasillado como el inspirador del terror y del Gulag, y los comunistas básicamente como defensores, si no partícipes, del terror y de la KGB”, apuntó Eric Hobsbawn (Hobsbawn, 2015: 404).

Entró en crisis la apoteosis de la razón inaugurada por la Ilustración en el siglo XVIII. Las terapias de choque se pusieron de moda. Eran la exigencia del FMI, el Banco Mundial y las instituciones crediticias para conceder préstamos. Los gobiernos manejaban la economía como los conductores de un tren descarrilado, sin saber hasta dónde llegarían ni cómo terminaría todo; mientras tanto, se acentuaba la crisis de la moral en el ejercicio de la política.

En 1990 Fidel y Luiz Inácio Lula da Silva fundaron el Foro Social de São Paulo. Se proponían levantar el espíritu insumiso de los pueblos al sur del río Bravo.

Dos años más tarde apareció *El fin de la Historia y el último hombre*, en el que Francis Fukuyama, subdirector del Departamento de Planeamiento Político del Departamento de Estado estadounidense, defendió la tesis de que la derrota del socialismo del Este europeo y la evolución ideológica del mundo culminaban en la universalización de la democracia occidental. El libro fue traducido a más de 20 idiomas y generó gran revuelo en los círculos académicos internacionales. Se dedicaron seminarios, debates y artículos a polemizar sobre la teoría de que la Historia habría acabado porque el capitalismo neoliberal era irreversible. Una descomunal campaña mediática se encargó de someter al mundo a la creencia de que no sería posible construir una vida diferente; era un llamado a la más absoluta apatía—empleada como arma, o como droga. “Mucha gente pensó que la crisis del sistema soviético significaba la crisis del marxismo [...] un error garrafal; sin embargo, eso confundió a mucha gente” (Borón, 2007: 31).

Poco duró la euforia: entre la noche del 3 y la madrugada del 4 de febrero de 1992, el ya teniente coronel Hugo Chávez comandó un

alzamiento armado. Sobre las 7:30 a. m. del 4 comprendió que estaban perdidos y depuso las armas. Lo llevaron preso al Ministerio de Defensa. En Aragua y Valencia aún se combatía y escuchó decir que empezarían a bombardear a los sublevados. Solicitó hablar en vivo ante la radio y la televisión para evitar la matanza. Aquel oficial de presencia popular dejó impactada a la nación: “Compañeros: lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados...” (Báez y Elizalde, 2005: 75-76). Hasta entonces Chávez permanecía en el anonimato, incluso los militantes al tanto de la sublevación solo conocían su seudónimo: José Antonio; de repente, toda Venezuela lo descubrió. Dos palabras suyas calaron en el imaginario popular: “Por ahora”. Pocos días después, las encuestas revelaron que el 60 % de los venezolanos lo apoyaba. Fue tal el alcance, que lo previsto por Carlos Andrés Pérez como un llamado a la rendición terminó convirtiéndose en el primer discurso de alcance nacional en la campaña presidencial del nuevo líder revolucionario.

Chávez sufrió cárcel. Fue recluido en el Cuartel San Carlos, en las inmediaciones de Caracas, y sus muros exteriores se convirtieron en dominio de peregrinaje popular. Lo visitaba tanta gente que debían hacer filas larguísimas para verlo y las autoridades cogieron miedo. Lo trasladaron para la cárcel de Yare, donde permaneció preso hasta el 27 de marzo de 1994. Ese día el pueblo se congregó para recibirlo a la entrada del Círculo Militar de Fuerte Tiuna. Al bajarse del carro para ofrecer la conferencia de prensa prevista de antemano, una avalancha de gente salió desde el fondo para abrazarlo y cayeron hasta los soldados que lo conducían. Cuando se levantaba, alguien le puso una grabadora delante: “¿Adónde va usted ahora? ¿Qué va a hacer, qué piensa hacer?”; solo atinó a responder: “Vamos a las catacumbas con el pueblo y vamos al poder”. (Báez y Elizalde, 2005: 26).

Un lustro después su entrada triunfal a Miraflores le brindaría un hermano y aliado estratégico a la Revolución cubana, que resistió erguida la

embestida imperial. La Administración Bush halló su correlato en la reacción venezolana. Convertido Chávez en pilar contra el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), con el que Estados Unidos pretendía regir la región, se orquestó un golpe de Estado coordinado por la misión yanqui en Caracas, el 11 de abril de 2002. Negado a renunciar, en la madrugada del 12 de abril lo sacaron preso de su oficina. A continuación, se instaló en el poder una camarilla fascista. Investido como presidente de una junta de transición, Pedro Carmona –o Pedro el Breve, como se le identificó después– satisfizo las demandas estadounidenses: interrupción del abastecimiento petrolero a Cuba, ruptura del acuerdo con la OPEP que fijaba cuotas a la producción de petróleo, y disolución de la institucionalidad revolucionaria. Un mar de gente se lanzó a las calles con apoyo de los militares patriotas; la oligarquía tembló. Los generales gorilas no consiguieron dominar a la juventud de la Fuerza Armada Nacional, cuyo lema era “Lealtad hasta la muerte”. No habían pasado 48 horas cuando el presidente regresó a Miraflores a bordo de los helicópteros del Regimiento de Paracaidistas de Maracay, que nunca lo olvidó.

Dos años más tarde, el 14 de diciembre de 2004, Chávez y Fidel constituyeron la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) –hoy Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-TCP. “Fue la primera vez en la historia que se pudo concretar un mecanismo de integración basado en la cooperación y la solidaridad, para satisfacer las necesidades y anhelos de los países latinoamericanos y caribeños, y que, a su vez, preservara la independencia, soberanía e identidad de sus naciones”. Por esos días lanzó una declaración de principios: “Voy a levantar las banderas del socialismo nuestroamericano, indígena, bolivariano, cristiano; vamos a atrevernos con audacia a construir ese sueño de la humanidad y en democracia: el socialismo” (Maduro, 2013: 4).

La ALBA hizo trizas los esquemas tradicionales de integración de corte economicista y marcó una nueva era, con amplia influencia en la derrota del

ALCA en la Cumbre de las Américas en Mar del Plata, el 5 de noviembre de 2005. Un continente despertaba: Lula, en Brasil; Néstor Kirchner, en Argentina; Evo Morales, en Bolivia; Rafael Correa, en Ecuador; Daniel Ortega, en Nicaragua, y fue derrotado el neopanamericanismo. Ese año Chávez creó Petrocaribe, para contribuir a la seguridad energética de 19 países de Centroamérica y el Caribe. Para entonces Cuba y Venezuela ya habían sido declaradas, por parte de la Administración Bush, como los ejes del mal en el hemisferio occidental.

Mientras su liderazgo regional e internacional crecía, dentro de su país Chávez dio una decisiva batalla por transformar el tradicional esquema rentista de la economía para hacerla productiva, complejo desafío como consecuencia de sus deformaciones estructurales. Estaba consciente de que constituía una necesidad de primer orden para sostener la nueva sociedad y la posibilidad de ascender a escaños superiores del desarrollo. Mucho avanzó. Entre 2002 y 2010 el índice de pobreza en Venezuela bajó del 48,6 % al 27,8 %; mientras, la pobreza extrema caía del 22,2 % al 10,7 %. Lo más importante: recuperó la autoestima de la gente humilde, que aprendió y construyó su derecho al trabajo, a la salud, a estudiar y formar parte de un proyecto de edificación espiritual desde el arte, la literatura, la práctica deportiva... Los sectores populares cobraron conciencia de que Venezuela es una nación mucho más grande de lo que las élites intentaron hacerles creer. Esas fueron las razones de su victoria electoral del 7 de octubre de 2012, con el 55,07 % de los votos emitidos; mas poco a poco Chávez iba siendo derrotado por un enemigo implacable: el cáncer. Y el 5 de marzo de 2013 cruzó el portón de los héroes para convertirse en leyenda.

Nicolás Maduro asumió la presidencia. Desde entonces Venezuela no ha tenido paz. En un paso que consideró estratégico, Barack H. Obama decidió iniciar una ofensiva mediante la “Ley de Defensa de los Derechos Humanos y la Sociedad Civil de Venezuela 2014”, al día siguiente de haberse iniciado el proceso de normalización de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba.

Dos meses más tarde declaró estado de “emergencia nacional con respecto a la amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional y política exterior de Estados Unidos planteada por Venezuela” –preludio de acciones de carácter agresivo.

El ascenso a la Casa Blanca de Donald J. Trump empeoró el escenario. Estados Unidos pretende barrer las conquistas de la Revolución Bolivariana, sus ideales democráticos y de justicia social. Y en la consecución de ese propósito necesita humillar a su pueblo para que nadie más se atreva a seguir su ejemplo. Toda la poderosa capacidad de manipulación cultural del capital transnacional ha sido puesta en función de torcer el rumbo de la Venezuela bolivariana. Frente al impacto de la crisis financiera internacional y la despiadada guerra económica de la que es víctima, se pretende hacer creer que basta con retroceder al régimen oligárquico de la IV República para que avance. Una porción de la clase media que asume el individualismo feroz y las apetencias consumistas de la oligarquía se ha hecho depositaria, en su manera de pensar y actuar, de esta seudocultura, conformando un terreno fértil para que germine la semilla del fascismo.

Tales desafíos imponen la promoción de una nueva cultura que entronice cambios sustanciales en las concepciones ante la vida y de la relación con el mundo, de un sujeto que gane conciencia acerca de la necesidad de construir una sociedad solidaria y humanista gobernada por sus hombres y mujeres, y no por la fuerza ciega del mercado. El enemigo es el régimen neoliberal que despoja a los trabajadores de su seguridad laboral, derechos sindicales y prestaciones sociales, sanitarias y educativas; que criminaliza al inmigrante y niega al campesino el derecho a la tierra; que cierra a los pobres la posibilidad de tener casa, el camino a la escuela, la puerta de los hospitales... En este combate por la sobrevivencia de la especie humana, las vanguardias intelectuales de la izquierda latinoamericana pudieran contribuir, con mayor entrega e intención, a

preservar una revolución nacida del sueño chavista de construir el socialismo del siglo XXI.

El problema es bien complejo. Más de 1.000 millones de seres humanos viven por debajo de la línea de pobreza, mientras el 1 % de la población mundial controla cerca del 60 % de las riquezas de la Tierra y 7,6 billones de dólares permanecen resguardados de las políticas sociales en paraísos fiscales. Decenas de miles de personas fallecen cada 24 horas por hambre o enfermedades curables; desaparecen etnias, modos de vida y culturas ancestrales, como derivación de una lógica perversa que pone el acento sobre lo privado y lo individual. Con el tsunami neoliberal que provocó –lo mismo en el Sur que en el Norte–, el capital financiero se hizo de las redes públicas, desde los ferrocarriles, la electricidad, el agua, el transporte y la telefonía, hasta las selvas, los ríos, las tierras, y los servicios de salud, educación y seguridad social. Y lo ha transformado todo en mercancías al servicio de lo que Carlo Frabetti ha dado en llamar “sociedad del despilfarro”, no importa los costos humanos o sociales, ni el daño al clima y la naturaleza.

A pesar de todo, el neoliberalismo como concepción global y la posmodernidad como su justificación teórica en el campo de la cultura, de la mano de la multimillonaria industria del entretenimiento y de una estrategia de comunicación articulada mediante la concentración mediática mundial en apenas unos seis emporios, han permitido al capital transnacional legitimarse con un discurso hegemónico que en no pocas áreas dejó descolocada a la izquierda, incapaz de articular una teoría revolucionaria que haga frente a estos fenómenos; sumado a una incomprensible división que atenta contra la concertación de las voluntades políticas. Al igual que el cine nazi en las décadas de 1930 y 1940, hoy Hollywood y la industria del entretenimiento son instrumentos de control social:

Se puede argumentar que, gracias a Internet y la casi total digitalización de la sociedad, estamos en una nueva etapa de control y manipulación, y que la industria del entretenimiento está cada vez menos enfocada en desarrollar mentes libres y a iluminarlas. Es lo que pienso a veces, pero también creo que las teorías de la conspiración y el pesimismo cultural son un grave peligro para la democracia. Están ahí para hacernos sentir impotentes –plantea el realizador Rüdiger Suchsland en su documental *El Hollywood de Hitler* (Pérez Betancourt, 2019: 6).

Este escenario se agravó al estallar la crisis financiera generada por ideologías de derecha en el 2008, la primera del siglo XXI y la más grande en casi 80 años desde la Gran Depresión de 1929. Sus catastróficos efectos sobrepasan ya la década y han extendido por el planeta un clima socioeconómico –y psicológico– aterrador. Para los expertos, se mantiene como interrogante cuánto tiempo durará este estado de cosas y el tope de su intensidad, ya que la burbuja financiera de 2008 fue mucho mayor que la de 1929 y se generó en un mundo en el que las diferentes economías están más interconectadas. Los sueños rosa mueren, en sentido inverso crece la incertidumbre. El Estado keynesiano ha sido desmontado pieza a pieza en sus últimos bastiones de Europa Occidental. Los adoquines del Mayo Francés traquean bajo el paso de los “chalecos amarillos”.

La crisis estructural del capitalismo neoliberal trae de regreso al fascismo. En los dramáticos años posteriores a la Gran Depresión de 1929, de ruinoso decadencia, tanto en Europa como Latinoamérica la vieja clase dominante liberal –proclamada depositaria de los ideales de libertad y progreso– se vio irremediamente abrumada por gobiernos de orientación fascista:

... asusta la similitud entre las clases dominantes de la época y las actuales; ambas políticamente débiles, carentes de

planificación, cada vez más alejadas de las necesidades reales de las poblaciones, sensibles solo a los intereses económicos y financieros de una minoría pequeña e insaciable que gobierna el destino del mundo –advierte el jurista y escritor italiano Alessandro Senatore (Senatore, 2019: 22-23).

Su mayor expresión ha sido instalada en la Casa Blanca, pero sus ramificaciones se extienden a América Latina y el Viejo Continente, donde hasta se ha intentado legitimar la figura de Mussolini. Para su núcleo intelectual, la crisis de la Iglesia y la civilización occidental han puesto en riesgo al capitalismo y, al igual que los ideólogos nazis, asumen este escenario caótico como una oportunidad. “Rabia y miedo es lo que lleva a la gente a las urnas”, repetía Steve Bannon, arquitecto de las campañas de Donald Trump y de Jair Bolsonaro, cuando le preguntaban cómo fue posible que escalara a la Casa Blanca este tóxico hijo de un exitoso inmigrante de “raza aria” (González Morales, 2019).

Bajo el peso de la agresiva política injerencista de Estados Unidos en connivencia con sectores de ultraderecha y el capital transnacional –así como la complicidad de amplios segmentos de clase media y hasta entre ciertos sectores populares–, en América Latina se han producido retrocesos que ponen en riesgo la paz. Varios de los miembros de la ALBA han debido resistir el embate de los planes desestabilizadores coordinados por las embajadas estadounidenses en sus capitales, para generar un clima de pánico entre la población de modo que las oligarquías proyanquis se abran paso en las urnas. Cuando no les resultó suficiente acudieron a la vieja fórmula de los golpes de Estado –Honduras (2009), Paraguay (2012), Brasil (2016) y Bolivia (2019)–, o al reclutamiento por parte de la CIA entre la izquierda, como los casos de Lenín Moreno, en Ecuador, y Luis Almagro, con quien preservan el control de la OEA, su Ministerio de Colonias.

“Más que una alfombra, América Latina es un cuero seco, que la pisan por un lado y se levanta por el otro”, escribió el venezolano Earle Herrera

(Elizalde, 2019), y los pueblos al sur del río Bravo se encargan de confirmarlo en jornadas impregnadas de dramatismo. Pero es importante sacar lecciones de los reveses. La oleada neoliberal que intenta retrotraer al escenario en que se configuraba el ALCA –mandado por Chávez, Lula y Kirchner “al carajo”–, se vale de manipulaciones y artificios. En esta guerra cultural a la que dedican tanto dinero como a la carrera armamentista, lo han ensayado todo en el plano de la subjetividad. Intentan desmovilizar y sembrar en el imaginario popular la bandera de la modernidad sobre el predominio estadounidense como mecanismo de sujeción neocolonial.

Frente a tales desafíos, precisamos mirar al mundo con ojos nuevos, hacer ciencia y política sin narrativas apologéticas. Y ahora que las *fake news* son práctica cotidiana en las redes sociales de Internet –signatura que impartirá Bannon en La Cartuja de Trisulti–, vale recordar que no existe un mejor antídoto contra la mentira y la manipulación que el trabajo directo con las bases populares, con los sectores humildes de nuestros pueblos, sin perder un minuto en la batalla por la educación política e ideológica. Constituye una prioridad de primer orden revisitar la historia, aprender de lo andado y de lo retrocedido. Para los pueblos que luchan, Fidel no ha dejado de ser un símbolo. Ahora que se apuesta a un mundo sin referentes, se impone otorgar carácter universal a una máxima del antropólogo cubano Fernando Ortiz: “¡La cultura es la humanidad!”. La cultura nos salva.

BIBLIOGRAFÍA

- ACANDA GONZÁLEZ, JORGE LUIS. “Situación internacional e influencia global de la Comintern”, *Comunismo, socialismo y nacionalismo en Cuba (1920-1958)*. La Habana, Instituto Cubano de Investigación Cultural, 2013.
- ACHESON, DEAN G. *Present at the Creation: My Years in the State Department*. New York, W. W. Norton, 1969.
- ACOSTA DE ARRIBA, RAFAEL. “El Congreso Olvidado. Rescate en el tiempo del Congreso Cultural de La Habana, de enero de 1968”, *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.
- ADZHUBEI, ALEXEI. “Alexei Adzhubei’s Account of his visit to Washington to the Central Committee of the Communist Party of the Soviet Union”, March 12, 1962, *History and Public Policy Program Digital Archive, Archive of the President of the Russian Federation (APRF)*. Moscow, Special declassification, April 2002; translated by Adam Mayle (National Security Archive). Disponible: <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115124>. (Consultado 26 de enero de 2019).
- AGOSTO, PATRICIA. *El nazismo: la otra cara del capitalismo*. México D. F., Ocean Sur, 2008.
- AGUIRRE ROJAS, CARLOS ANTONIO. *La historiografía en el siglo xx. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* La Habana, Ediciones

ICAIC, 2011.

ALI, TARIQ. *El choque de los fundamentalismos. Cruzadas, yihads y modernidad*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009.

ALMEYDA, CLODOMIRO. “La OLAS y la crisis política en América Latina”, *Estudios Internacionales* (Universidad de Chile), vol. 1, n.º 3-4 (1967): octubre 1967 - marzo 1968.

ALMISAS ALBÉNDIZ, MANUEL. “Las mujeres rapadas por la represión franquista a través de la prensa republicana malagueña” (PDF), El Puerto de Santa María (Andalucía), 12 de octubre de 2017. (Archivo del autor).

ARIÈS, PHILIPPE. “La historia de las mentalidades”, *La Historia y el oficio de historiador*. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2012.

ARRUPE, PEDRO. *Yo viví la bomba atómica*. Madrid-Buenos Aires, Ediciones Stvdivm de Cultura, 1952.

BÁEZ, LUIS. *El mérito es estar vivo*. La Habana, Prensa Latina, 2005.

_____. *Fidel por el mundo*. La Habana, Casa Editora Abril, 2011.

_____ y Rosa Miriam Elizalde. *Chávez nuestro*. La Habana, Casa Editora Abril, 2004.

BARNET, RICHARD J. *Intervention and Revolution*. New York, Meridian, 1972.

BARRAL, FERNANDO. *Hungría: 1956. Historia de una insurrección*. La Habana, Ediciones La Memoria, 2017.

BBC MUNDO. ¿Quién fue el primer hombre en entrar a Auschwitz tras su liberación?, 27 de enero de 2015. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/01/150127_sociedad_auschwitz_concetracion_sovietico_amv. (Consultado 14 de noviembre de 2018).

BEKES, CSABA, MALCOLM BYRNE Y JANOS RAINER (eds.). *The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents. National Security Archive Cold War Readers*. Budapest and New York, Central European University Press, 2002.

BELL, JOSÉ, DELIA LUISA LÓPEZ Y TANIA CARAM. *Documentos de la Revolución Cubana (1966)*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2015.

BEN BELLA, AHMED. “Así era el Che”, Resumen Latinoamericano y del Tercer Mundo (Argentina), n.º 58 (junio-julio de 2019).

BENEDETTI, MARIO. “Problemas del mundo subdesarrollado. Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual”, *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.

BENSAÏD, DANIEL. “Nace el movimiento 22 de marzo 1968. Ha sonado la hora...”, Viento Sur (España) (24 de marzo de 2018). Disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article13621>. (Consultado 24 de marzo de 2018).

BERMAN, MARSHALL. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México, D. F., Siglo Veintiuno Editores, S. A. de C. V., 2.000.

_____ . *Aventuras marxistas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Argentina Editores, S. A., 2003.

BERTHAUT, RICARDO. “Administración Kennedy (1961-1963)”, Colectivo de Autores: *De Eisenhower a Reagan. La política exterior de Estados Unidos contra la Revolución Cubana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

BERTOT TRIANA, HAROLD. “Batalla de Moscú. El fracaso de la guerra relámpago”, *Juventud Rebelde*. La Habana, domingo 13 de diciembre de 2015.

BETTO, FREI. *Paraíso perdido. Viajes por el mundo socialista*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2016.

BLACK, IAN. “Secrets and lies at the heart of Britain’s Middle Eastern folly”. *The Guardian* (UK), (July 11, 2006). Disponible en: <https://www.theguardian.com/uk/2006/jul/11/egypt.past> (Consultado 14 de enero de 2019).

BLUM, WILLIAM. *Asesinando la esperanza. Intervenciones de la CIA y del Ejército de los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2005.

BONDARENKO, ALEXANDRA. “¿Por qué EEUU ‘odiaba’ a España, pero luego se hizo su amigo?”. *Sputnik* (Rusia) (19 de septiembre de 2019). Disponible en: <https://mundo.sputniknews.com/espana/201909241088769497-el-odio-hacia-espana-del-que-eeuu-se-olvido-en-aras-de-su-expansion-militar/> (Consultado 19 de septiembre de 2019).

BORÓN, ATILIO A. “Testimonio ofrecido a la Videoteca Contracorriente”, *Por la Izquierda*. La Habana, Editorial José Martí, 2017.

_____. *El hechicero de la tribu. Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2018.

BRINKLEY, DOUGLAS. *Acheson. The Cold War Years, 1953-1971*. New Haven, Yale University Press, 1992.

BROWN INFANTE, FRANCISCO, COLMAN FERRER FIGUEROA, FRANCISCO FLORENTINO GRAUPERA Y REBECA OROZA BUZUTIL. *Europa del Este: el colapso*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2002.

BUENO, RODOLFO. “Teherán 1943”, *Rebelión* (7 de agosto de 2018). Disponible en: <http://rebellion.org/noticia.php?id=245006>. (Consultado 8 de agosto de 2019).

BUNÉVICH, DMITRI. “¿Habría sido posible evitar la liberación de la capital polaca por el Ejército Rojo en 1945?”, *Sputnik* (Rusia), (17 de enero de 2020). Disponible en: <https://mundo.sputniknews.com/opinion/202001171090161393-habria-sido-posible-evitar-la-liberacion-de-la-capital-polaca-por-el-ejercito-rojo-en-1945/>. (Consultado 17 de enero de 2020).

BURGER, HANUŠ. *Der Frühling war es wert. Erinnerungen*. Gütersloh, Bertelsmann SE & Co. KGaA, 1977.

BURLEIGH, MICHAEL. *El Tercer Reich. Una nueva historia*. México, D. F., Santillana Ediciones Generales, S. A., de C. V., 2005.

CAPELLÍN CORRADA, MARÍA JOSÉ Y CONSUELO RODRÍGUEZ BARREIRO. “A 100 años de la Revolución de Octubre: su impacto en la emancipación de

la mujer”. *Abaco* (Gijón), Revista de Cultura y Ciencias Sociales, 2.^a época, vol. 1/2, n.º 91-92 (2017).

CASTILLO BERNAL, ANDRÉS. *Ellos cuentan sobre él*. La Habana, Casa Editorial Verde Olivo, 2015.

CASTRO RUZ, FIDEL. “Alocución del Comandante en Jefe Fidel Castro, por Radio Rebelde, el 1.º de enero de 1959”. José Bell Lara, Delia Luisa López y Tania Caram. *Documentos de la Revolución Cubana (1959)*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

_____. “Comparecencia ante las cámaras de la televisión cubana, 10 de mayo de 1959”. Disponible en:
<http://www.cubadebate.cu/especiales/2015/06/15/mesa-redonda-en-la-tv-de-1959-fidel-habla-de-su-viaje-a-estados-unidos-fotos/>.
(Consultado 2 de febrero de 2020).

_____. “Discurso de clausura de la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), teatro Chaplin, 10 de agosto de 1967”, *OLAS. Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad* (folleto), 1967.
(Archivo del autor).

_____. “Discurso pronunciado en la clausura del Congreso Cultural de La Habana, teatro Chaplin, el 12 de enero de 1968”, en *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.

_____. “Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del XI aniversario de la acción del 13 de marzo de 1957, efectuado en la escalinata de la universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1968”. Disponible en:

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1968/esp/f130368e.html>
(Consultado 31 de enero de 2019).

_____. *Comparecencia ante la radio y la televisión nacionales para analizar los acontecimientos de Checoslovaquia* (folleto). La Habana, Ediciones COR, 23 de agosto de 1968.

_____. “Comparecencia ante la televisión cubana, 16 de enero de 1998”, *Granma* (La Habana), 20 de enero de 1998.

_____. “La envidia de Goebbels”, *Juventud Rebelde* (La Habana), (12 de junio de 2009). Disponible en:
<http://www.juventudrebelde.cu/especiales/fidel-castro/reflexiones/2009-06-12/la-envidia-de-goebbels/> (Consultado: 20 de junio de 2017).

_____. “Palabras a los intelectuales”, *Palabras a los intelectuales. 40 aniversario*. La Habana, Casa Editora Abril, 2004.

_____. “Fragmentos de las intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en la última sesión del Primer Congreso de la Asociación Hermanos Saíz, en el Palacio de las Convenciones, el 18 de octubre de 2001, «Año de la Revolución victoriosa en el nuevo milenio»”, *Fidel y la AHS*, La Habana, Casa Editora Abril, 2018.

CASTRO RUZ, RAÚL. “Informe del comandante Raúl Castro, presidente de la Comisión de las FAR y de Seguridad del Estado del Comité Central, ante la reunión de este organismo del Partido”, *El Militante Comunista* (La Habana), suplemento, febrero 1968.

- CAUTE, DAVID. *The Great Fear: The Anti-Communist Purge Under Truman and Eisenhower*. New York, Simon and Shuster, 1979.
- CHAN, LE. “Los medios masivos de comunicación en la República Democrática de Vietnam”, *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.
- CHANDLER, ALFRED D. JR. (ed.). *The Papers of Dwight D. Eisenhower. The War Years*. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1970.
- CHERIF, CHEICK. “Los «mass-media», instrumentos de combate popular”, *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.
- CHURCHILL, WINSTON L. *La Segunda Guerra Mundial, Se cierne la tormenta*, 4.^a ed. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1950.
- ČIERNA-LANTAYOVÁ, DAGMAR. “Vývog európskych krajín sovietskeho bloku v rokoch 1947-1949 pohľadom československých diplomatov”. *Historický časopis, Bratislava*, roč 42, č. 3, 1994.
- CLINTON, WILLIAM J. *Mi vida*. Bogotá, Plaza & Janés, 2004.
- COHN-BENDIT, DANY. *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1987.
- CONFERENCIA TRIPARTITA 1992. *El mundo al borde de la guerra nuclear*. La Habana, Editora Política, 2012.
- CUPULL, ADYS Y FROILÁN GONZÁLEZ. *La CIA contra el Che*. La Habana, Editorial Capitán San Luis, 2006.

DÁVALOS FERNÁNDEZ, RODOLFO. *¿Embargo o bloqueo? La Instrumentación de un crimen contra Cuba*. La Habana, Editorial Capitán San Luis, 2012.

DALLECK, ROBERT A. *The Roosevelt Diplomacy and World War II*. Huntington, R. E. Krieger, 1978.

DEAN, MATTEO. “Trieste, ciudad multiétnica”, *La Jornada* (México, D. F.), (13 de diciembre de 2009). Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2009/12/13/sem-matteo.html> (Consultado 14 de diciembre de 2018).

DELGADO BERMÚDEZ, EDUARDO. *Para que no se olvide*. La Habana, Imprenta Impresionarte, 2017.

_____. “La batalla diplomática de Cuba en la OEA” (inédito). (Archivo del autor).

_____. “La conferencia Tricontinental: un hito en el siglo XX”, *Política Internacional*. Revista Semestral, Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García (La Habana), n.º XXIV (enero-junio de 2016).

_____. “Mensaje del Che Guevara a la Tricontinental: dónde, cómo y cuándo fue escrito, y a quién estaba dirigido” (inédito). (Archivo del autor).

DEUTSCHER, ISAAC. *Rusia después de Stalin* (digital), 1953. Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1953/rusia_despues_de_stalin.htm. (Consultado 17 de diciembre de 2018).

_____. “El caso Beria”, 15 de julio de 1953. Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1953/caso_beria.htm.

(Consultado 20 de diciembre de 2018).

_____. “El final de la era de Stalin”, *Lenin: la transición en la revolución socialista*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial, 2013.

_____. “1984: El misticismo de la crueldad”, 1954.

Disponible en:

<https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1954/1984.htm>

(Consultado 17 de diciembre de 2018).

_____. “Khrushchev habla de Stalin”, 1956. Disponible en:

https://www.marxists.org/espanol/deutscher/1956/khrushchev_stalin.htm
m. (Consultado 17 de diciembre de 2018).

DIEZ ACOSTA, TOMÁS. *Los últimos 12 meses de J. F. Kennedy y la Revolución Cubana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2011.

_____. *La derrota de la guerra sucia*. La Habana, Casa Editorial Verde Olivo, 2014.

DOBRYNIN, ANATOLY. *En confianza. El embajador de Moscú ante los seis presidentes norteamericanos de la Guerra Fría (1962-1986)*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1998.

Document n.º 81. “Transcript of Leonid Brezhnev’s Telephone Conversation with Alexander Dubček”, August 13, 1968, en *The Prague Spring 1968. A National Security Archive Documents Reader*, Compiled and Edited by Jaromír Navrátil, Central European University Press, Prague, 1998.

DORTICÓS TORRADO, OSVALDO. “Discurso pronunciado en la apertura de la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de

Solidaridad”, *OLAS. Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad* (folleto). (Archivo del autor), 1967.

DUARTE, OSCAR DANIEL Y PABLO RABEY. *Conclusiones en torno a “La Primavera de Praga”*. *La revolución política y el inicio del fin de la “tercera vía”* (folleto). San Carlos de Bariloche, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, 2009.

DUBČEK, ALEKSANDR STEPANOVICH Y JIRI HOCHMAN. *Dubček. Autobiografía del líder de la primavera de Praga*. Barcelona, Prensa Ibérica, 1993.

DUMOIS, CONCHITA Y GABRIEL MOLINA. *Jorge Ricardo Masetti: el comandante Segundo*. La Habana, Editorial Capitán San Luis, 2012.

EGAÑA, IÑAKI. *Breve historia de Euskal Herria*. San Sebastián, Txertoa Argitaletxea, 2013.

EISENHOWER, DWIGHT D. *Mandate for Change 1953-1956: The White House Years*. Garden City, Doubleday & Company, Inc., 1963.

ELIZALDE, ROSA MIRIAM. “Los tres días que estremecieron a Cuba”, *La Jornada* (México, D. F.), (14 de noviembre de 2019). Disponible: <https://www.jornada.com.mx/2019/11/14/opinion/020a2pol> (Consultado 14 de noviembre de 2019).

ESCALANTE FONT, FABIÁN. “Sesenta años en defensa de la Revolución”, *Granma* (La Habana), (1.º de marzo de 2019).

ECO, UMBERTO. *De la estupidez a la locura. Crónicas para el futuro que nos espera*. Buenos Aires, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A., 2016.

- FALLACI, ORIANA (2007). *Entrevista con la historia*. La Habana, Editorial Pablo de la Torriente Brau.
- FANON, FRANTZ. *Los condenados de la tierra*. La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2011.
- FERNÁNDEZ MUÑOZ, ÁUREA MATILDE. *Breve historia de España*. Editorial de Ciencias Sociales, 2008.
- FERRER, CARLOS Y BRIAN KENETY. “Cuando Radio Praga era más libre que Radio Free Europe”. *Radio Praga* (4 de agosto de 2018). Disponible en: <https://www.radio.cz/es/rubrica/legados/cuando-radio-praga-eras-libre-que-radio-free-europe>. (Consultado el 15 de octubre de 2018).
- FISCHER, HERVÉ. *La decadencia del imperio hollywoodense*. La Habana, Ediciones ICAIC, 2008.
- FRANKLIN, H. BRUCE. *Vietnam y las fantasías norteamericanas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2016.
- FRIEDMAN, MILTON. *Capitalismo y libertad*. Madrid, Editorial Rialp, 1966.
- _____ Y ROSE D. FRIEDMAN. *Two Lucky People: Memoirs*. Chicago: University of Chicago Press, 1998.
- GALBRAITH, JOHN K. *El capitalismo americano*. Barcelona, Ediciones Ariel, 1968.
- GARTHOFF, RAYMOND L. *Detente and Confrontation. American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*. Washington, D. C., The Brookings Institution, 1994.

- GATES, JR., HENRY LOUIS. *Gente de color*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2013.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, ROBERTO. *Estados Unidos: doctrinas de la Guerra Fría (1947-1991)*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003.
- GARCÍA OLIVERAS, JULIO A. *Ho Chi Minh el patriota: 60 años de lucha revolucionaria*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010.
- GINSBERG, ALLEN. “Lamentación del sin techo”. *Unión* (La Habana), año LVIII, n.º 95 (2019).
- GIULIANO, HÉCTOR. “Las letras MEFO del Dr. Hjalmar Schacht”, Montevideo, 4 de enero de 2019. Disponible en: <https://psr.la/blog/2019/01/04/las-letras-mefo-del-dr-hjalmar-schacht/>. (Consultado 8 de agosto de 2019).
- GLEJESES, PIERO. *Misiones en conflicto. La Habana, Washington y África (1959-1976)*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2002.
- _____. *Visiones de libertad. La Habana, Washington, Pretoria y la lucha por el sur de África (1976-1991)*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2015.
- GRIBKOV, A. I., M. V. KIZENKOV, V. N. KOTOV, M. I. NAUMENKO, P. YU. RACHKOVSKI, L. I. SANNIKOV, V. V. SOLOVIOV, M. G. TITOV. *Al borde del abismo nuclear*. Moscú, Editora Gregori-Peidzh, 1998.
- GRIMALDOS, ALFREDO. *La CIA en España*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007.
- GOBILLE, BORIS. “Explotación, alienación y división social del trabajo”, *Viento Sur* (España) (17 de febrero de 2018). Disponible en:

<http://vientosur.info/spip.php?article13490>. (Consultado 30 de agosto de 2018).

GONZÁLEZ MORALES, RAFAEL. “Los gladiadores de Steve Bannon: rabia y miedo”, *Contexto Latinoamericano* (La Habana), (18 de junio de 2019). Disponible en:

<http://www.contextolatinoamericano.com/site/article/los-gladiadores-de-steve-bannon-rabia-y-miedo>. (Consultado 8 de agosto de 2019).

GONZÁLEZ SANTAMARÍA, ABEL ENRIQUE. *La gran estrategia. Estados Unidos vs. América Latina*. La Habana, Editorial Capitán San Luis, 2013.

GOODMAN, AMY Y DENIS MOYNIHAN. “Cuatro palabras que cambiaron el curso de la historia”, *Democracy Now* (digital), (22 de junio de 2018).

Disponible en:

https://www.democracynow.org/es/2018/6/22/cuatro_palabras_que_cambiaron_el_curso. (Consultado 19 de septiembre de 2018).

GUERRERO, DIANA Y CONRADO CERETTI. *La Primavera de Praga* (folleto). Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.

GUEVARA, ALFREDO. *Epistolario. ¿Y si fuera una huella?* La Habana, Editorial Nuevo Cine Latinoamericano, 2009.

_____. *En el ejercicio de la crítica. En Hoy y Nuestro Tiempo (1953-1957)*. La Habana, Ediciones Nuevo Cine Latinoamericano, 2017.

GUEVARA, ERNESTO CHE. *Apuntes críticos a la Economía Política*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2012.

_____. *Mis sueños no tendrán fronteras*. La Habana, Centro de Estudios Che Guevara, Casa Editora Abril y Ocean Sur, 2012.

_____. “Mensaje a todos los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, *Rebelión Tricontinental. Las voces de los condenados de la tierra de África, Asia y América Latina*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007.

_____. “Intervención en la sociedad Nuestro Tiempo, 27 de enero de 1959”, *Che en la Revolución Cubana*, tomo II: Discursos (1959-1969). La Habana, Editorial José Martí, 2013.

_____. “Proyecciones sociales del Ejército Rebelde. Charla del comandante Ernesto Che Guevara en la Sociedad Nuestro Tiempo, el 29 de enero de 1959”. José Bell Lara, Delia Luisa López y Tania Caram: *Documentos de la Revolución Cubana (1959)*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

_____. “Intervención en el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, 24 de febrero de 1965”, *Che en la Revolución Cubana*, t. v: Discursos (1964-1965). La Habana, Editorial José Martí, 2015.

_____. “Una revolución que comienza”, *Che en la Revolución Cubana*, t. VII: Pensamiento guerrillero. La Habana, Editorial José Martí, 2016.

_____. *Epistolario de un tiempo. Cartas 1947-1967*. La Habana, Centro de Estudios Che Guevara / Ocean Sur, 2019.

GUÉRIN, DANIEL. “Imperialismo y racismo”, en *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.

HARARI, YUVAL NOAH. *Sapiens. De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U., 2016.

HART DÁVALOS, ARMANDO. *Aldabonazo. En la clandestinidad revolucionaria cubana 1952-1958*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

_____. “Problemas teóricos y acción eficaz”, *Visión del mundo contemporáneo*. La Habana, Centro de Estudios Martianos / Oficina del Programa Martiano, 2017.

_____. “Carta al Che. Sierra maestra, 25 de diciembre de 1957”, Ernesto Che Guevara: *Epistolario de un tiempo. Cartas 1947-1967*. La Habana, Ocean Sur, 2019.

HARVEY, DAVID. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, Ediciones Akal, S. A., 2015.

HAYEK, FRIEDRICH A. VON. *Camino de servidumbre*. Madrid, Editoriales de Derecho Reunidas, S. A., 2007.

HOBBSAWM, ERIC J. *Historia del siglo xx*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2003.

_____. *Cómo cambiar el mundo*. Buenos Aires, Editorial Paidós SAICF / Crítica, 2015.

HOSEK, JENNIFER RUTH. “Reverberaciones tricontinentales”, La Habana, 8 de noviembre de 2018. Conferencia impartida en el coloquio *Los*

1968: *miradas desde hoy*, convocado por la Academia de Historia de Cuba, la Universidad de Nanterre y la revista *Temas*, 8-10 de noviembre de 2018. (Archivo del autor).

HENDERSON, GREGORY. *Korea: The Politics of the Vortex*. Cambridge, Harvard University Press, 1968.

HENRÍQUEZ ORREGO, ANA. “Propuesta didáctica para la enseñanza de la Guerra Fría” (tesis de grado), Viña del Mar, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2005. Disponible en <https://historia1imagen.cl/2007/09/11/wiston-churchill-el-telon-de-acero/> (Consultado 29 de octubre de 2018).

HISTORY AND PUBLIC POLICY PROGRAM DIGITAL ARCHIVE, NATIONAL ARCHIVES AND RECORDS ADMINISTRATION, DEPARTMENT OF STATE RECORDS (RECORD GROUP 59). “George Kennan’s ‘Long Telegram’”. February 22, 1946, *Foreign Relations of the United States, 1946*, vol. VI, Eastern Europe; The Soviet Union, Washington, D. C., United States Government Printing Office, 1969.

IRUJO, XABIER. *Gernika. 26 de abril de 1937*. Barcelona, Crítica, 2017.

JANIGRO, NICOLE. “El 68 yugoslavo. El movimiento de los siete días”. *Viento Sur* (España) Disponible en: <https://vientosur.info/spip.php?article13886>. (Consultado 30 de junio de 2018).

JOHNSON, PAUL. *Tiempos modernos. La historia del siglo xx desde 1917 hasta la década de los 90*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor S. A., 1993.

JOHSUA, FLORENCE. “El componente internacional en el Mayo francés”, *Temas* (La Habana), n.º 95-96 (julio-diciembre de 2018).

JRUSCHOV, NIKITA S. “Discurso ante el XX Congreso (25 de febrero de 1956)”, *Lenin: la transición en la revolución socialista*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial, 2013.

JULIEN, CLAUDE. *El imperio norteamericano*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970.

KELLEY, KITTY. *La familia. La verdadera historia de la dinastía Bush*. Bogotá, Plaza & Janés, 2004.

KELLNER, MANUEL. “La revuelta de los años 60 en Alemania”, *Viento Sur* (España) (19 de marzo de 2018). Disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article13598>. (Consultado 30 de junio de 2018).

KENNAN, GEORGE F. “The Charge (Kennan) in The Soviet Union to the Secretary of State”, Moscow, February 22, 1946, Foreign Relations of the United States, 1946, volume VI, Eastern Europe, The Soviet Union. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1969.

_____. “The Sources of Soviet Conduct”, *Foreign Affairs*, volume 25, Number 4 (July 1947).

KENNEDY, ROBERT F. a). *Trece días. La crisis de Cuba*. Barcelona/Buenos Aires/ México, D. F./ Bogotá, Plaza & Janés, S. A., Editores, 1968.

_____ b). “La Alianza Para el Progreso: símbolo y sustancia”, *Robert Kennedy ante el Congreso*. La Habana, Instituto del Libro, 1968.

KENNEDY, ROBERT F. *Trece días. La crisis de Cuba*. Barcelona, Plaza & Janés, S. A., 1968.

KERSHAW, IAN. *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2004.

KEYNES, JOHN MAYNARD. *As consequências econômicas da paz*. São Paulo, Universidad de Brasilia, 2002.

KHÁC VIÊN, NGUYÉN. *Vietnam. Una larga historia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2014.

KIE-CHIANG OH, JOHN. *Korea: Democracy on Trial*. Ithaca, Cornell University Press, 1968.

KISSINGER, HENRY. *Mis memorias*. Buenos Aires, Editorial Atlántida, S. A., 1979.

_____. *La Diplomacia*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 2004.

KLEIN, NAOMI. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009.

KOLTAN, MICHAEL Y ELFRIEDE MÜLLER. “Alemania, 1968”, *Viento Sur* (España), (22 de abril de 2008). Disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article567>. (Consultado 30 de junio de 2018).

LABAURIA, JOSÉ DE. “Informe del alcalde Labauria”, *La Roseraie* (Ilbarritz), (20 de abril de 1938). Disponible en: <http://www.euskonews.eus/0621zbk/gaia62102es.html>. (Consultado 16 de enero de 2020)

LA JIRIBILLA (La Habana). “Opiniones a propósito del mural 'Cuba colectiva'”, 1967. Disponible en:

http://www.lajiribilla.co.cu/2012/n592_09/592_04.html#karol.
(Consultado 30 de agosto de 2018).

LAPIERRE, DOMINIQUE Y LARRY COLLINS. *¿Arde París?*. Barcelona, Plaza & Janés Editores S. A., 1987.

LA VANGUARDIA (Barcelona) “Himmler o la paz interior de Alemania”
(editorial), 23 de octubre de 1940.

LENIN, VLADIMIR I. “Carta al Congreso”, 23 de diciembre de 1922 al 3 de enero de 1923, en *Lenin: la transición en la revolución socialista*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial, 2013.

_____. “Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial”, 26 de julio de 1920, en *Lenin: la transición en la revolución socialista*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial, 2013.

LEOGRANDE, WILLIAM M. Y PETER KORNBLUH. *Diplomacia encubierta con Cuba. Historia de las negociaciones secretas entre Washington y La Habana*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 2017.

LEÓN COTAYO, NICANOR. *El bloqueo a Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983.

LEONOV, NIKOLAI S. RAÚL CASTRO. *Un hombre en revolución*. La Habana, Editorial Capitán San Luis, 2015.

LESCAY MERENCIO, ALBERTO. *Agenda de notas. 1863 días en la URSS*. Holguín, Ediciones Holguín, 2014.

LIBERA, ANNA Y CHARLES ANDRÉ UDRY. “Checoslovaquia: 8 meses de primavera”, *Viento Sur* (España), (3 de marzo de 2018). Disponible en:

<http://vientosur.info/spip.php?article13532>. (Consultado 30 de julio de 2018).

LIPSET, SEYMOUR MARTIN. *El hombre político*. México, D. F., Red Editorial Iberoamericana México, S. A. de C. V., 1993.

LÓPEZ DE URIBE, JESÚS MARÍA. “Las fotos de los ochenta años de la despedida de la Legión Cóndor de León”. *Ileón* (León), (22 de mayo de 2019). Disponible en: <https://www.ileon.com/historia/097811/las-fotos-de-los-ochenta-anos-de-la-despedida-de-la-legion-condor-de-leon> (Consultado 27 de julio de 2019).

LÓPEZ SACHA, FRANCISCO. *Prisionero del Rock and Roll*. La Habana, Ediciones Unión, 2017.

LUXEMBURGO, ROSA. “La Revolución Rusa: un examen crítico”, *Lenin: la transición en la revolución socialista*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial, 2013.

MADURO MOROS, NICOLÁS. “Palabras en la Ceremonia Oficial en memoria del Comandante Presidente Hugo Rafael Chávez Frías, 8 de marzo de 2013”, *Granma* (La Habana), (9 de marzo de 2013).

MALENKOV, G. *Report to the Nineteenth Party Congress on the Work of the Central Committee of the CPSU (b)*, October 5, 1952, Moscow, Foreign Languages Publishing House, 1952. (Traducido para “Crítica Marxista-Leninista” por Thiago R).

MANETHOVÁ, EVA. “En 1968 los reformistas prometieron a los ciudadanos libertades inéditas en un país comunista”, *Radio Praga* (5 de abril de 2008). Disponible en: <https://www.radio.cz/es/rubrica/legados/en-1968-los-reformistas-prometieron-a-los-ciudadanos-libertades->

ineditas-en-un-pais-comunista. (Consultado el 20 de septiembre de 2018).

MARQUINA, ANTONIO. “Planes internacionales de mediación durante la guerra civil”, *UNISCI Discussion Papers* (Madrid), n.º 11 (mayo de 2006).

MARSHALL, GEORGE C. “European Initiative Essential to Economic Recovery”, *The Department of State Bulletin*, volume XVI, number 415 (June 5, 1947).

MARTÍNEZ GARCÍA, CELIA. “Paisajes de cine. Berlín Oriental en la pantalla: construcción, reconstrucción, representación”, *Abaco* (Gijón), Revista de Cultura y Ciencias Sociales, 2.ª época, Vol.1/2, n.º 91-92 (2017).

MARTOS CONTRERAS, EMILIA. “La Primavera de Praga en el diario comunista Berliner Zeitung”, *Revista de Historia Actual Online* (Cádiz), n.º 19 (primavera, 2009).

MATLOFF, MAURICE (General Editor). *American Military History (Army Historical Series)*. Washington, D. C., Office of the Chief of Military History, United State Army, 1969.

MATTHEWS, HARRISON F. “Political Estimate of Soviet Policy for Use in Connection with Military Studies”, April 1, 1946, *Foreign Relations*, United States, 1946.

MAXA, JOSEF. *Die kontrollierte Revolution. Anatomie des Prager Frühlings*. Viena/ Hamburgo, Zsolnay, 1969.

MCCONE, JOHN A. (1997). «Memorandum of Meeting with President Kennedy», August 23, U. S. Department of State, *Foreign Relations of the United States*, 1961-1963, Washington, D. C.

MENÉNDEZ RODRÍGUEZ, MARIO. “Tlatelolco: horrenda matanza urdida por mentes enfermas”, *Por Qué? Revista Independiente* (México, D. F.), número extraordinario ¡Asesinos! (octubre de 1968).

MINFAR. PELIGROS Y PRINCIPIOS. *La Crisis de Octubre desde Cuba*. La Habana, Editora Verde Olivo, 1992.

MODROW, HANS. *La Perestroika. Impresiones y confesiones*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2015.

MODZELEWSKI, KAROL. “El 68 polaco: marzo en Varsovia, detrás del Telón de Acero”, *Sin Permiso* (España) (3 de abril de 2018). Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-68-polaco-marzo-en-varsovia-detras-del-telon-de-acero>. (Consultado 30 de agosto de 2018).

MOLCHÁNOV, NICOLÁI. *General De Gaulle*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales-Editorial Progreso, 1990.

MONTOYA, ROBERTO. “América Latina y el Caribe: el detonante cubano”, *Viento Sur* (España), (28 de marzo de 2018). Disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article13639> (Consultado 28 de marzo de 2018).

MONIZ BANDEIRA, LUIZ ALBERTO. *La formación del imperio americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*. La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2010.

MORINSON, SAMUEL ELIOT, HENRY STEELE COMMAGER Y M. E. LEUCHTENBURG. *Breve historia de los Estados Unidos*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988.

MORRIS, ROGER P. *Uncertain Greatness: Henry Kissinger & American Foreign Policy*. New York, Harper & Row, 1977.

NIEBEL, INGO Y JUANTXO EGAÑA SEVILLA. *Gernika. Memoria de un pueblo bajo las bombas y el fuego*. San Sebastián, Baigorri Argitaletxea S. A., 2012.

NIXON, RICHARD M. *La verdadera guerra. La tercera guerra mundial ha comenzado...* Barcelona, Editorial Planeta, 1980.

NORONHA GOYOS JR., DURVAL DE. *A campanha da força expedicionária brasileira pela libertação da Itália*. São Paulo, Cultura Acadêmica, 2013.

..... *Introdução à Revolução Cultural na República Popular da China. Aspectos económicos, sociais e políticos*. Santo André, Gráfica Cartex, 2016.

NOVE, ALEC. *Historia económica de la Unión Soviética*. Madrid, Alianza Editorial, 1973.

OEA (Documentos Oficiales). Acta Final Novena Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores del 21 al 26 de julio de 1964 (folleto). Washington, D. C., Comisión Panamericana, 1964.

OLAS. *Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad* (folleto). (Archivo del autor), 1967.

ORAMAS OLIVA, OSCAR. *Por los caminos de África*. La Habana, Colección Sur Editores, 2015.

PADRÓN BARQUÍN, JUAN NICOLÁS. “1968: tal y como lo recuerdo”. (Inédito), La Habana, 9 de enero de 2019. Disponible en: <http://cubarte.cult.cu/blog-cubarte/1968-tal-y-como-lo-recuerdo/>. (Consultado 4 de febrero de 2019).

_____. “Entrevista personal”, La Habana, 4 de marzo de 2019. (Archivo del autor).

PAUWELS, JACQUES R. *El mito de la guerra buena. Los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2014.

PEREIRO, PRESINA. *Pasar haciendo caminos*. Málaga, Ediciones del Genal, 2018.

PÉREZ BETANCOURT, ROLANDO. “El Hollywood de Hitler”, *Granma* (La Habana), (20 de noviembre de 2019).

PÉREZ JR., LOUIS A. *Cuba en el imaginario de los Estados Unidos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2014.

PFEIFFER, JACK B. (1979). *Historia oficial de la operación de Bahía de Cochinos: evolución de la política anti-Castro de la CIA (de enero de 1959 a 1961)*, Washington D. C., Documento desclasificado por la CIA, vol. III, 1998. Archivos del Centro de Investigaciones Históricas de la Seguridad del Estado.

PODHORETZ, NORMAN. *Why We Were in Vietnam*. New York: Simon and Schuster, 1982.

POGOLOTTI, GRAZIELLA. “Cuba era ese espacio de diálogo en el cual se forja el ser de la nación”. *Un texto absolutamente vigente. A 55 años de Palabras a los intelectuales*. La Habana, Ediciones Unión, 2016.

_____. “Otra década crítica”, *La Gaceta de Cuba* (La Habana), n.º 1 (enero-febrero de 2013).

_____. “En defensa de la cultura”, *Juventud Rebelde* (La Habana) (19 de noviembre de 2017).

_____. “Los intelectuales y la Revolución”, *Granma* (La Habana) (28 de enero de 2019).

PONIATOWSKA, ELENA. *Fuerte es el silencio*. México, D. F., Ediciones Era, 1980.

POWER, SAMANTHA. *Problema infernal. Estados Unidos en la era del genocidio*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 2005.

PRIETO JIMÉNEZ, ABEL. *Apuntes en torno a la guerra cultural*, La Habana, Ocean Sur, 2017.

PRUDHOMME, FLORENCE. “El 22 de marzo de 1968, mayo del 68 y las mujeres”, (11 de abril de 2018). Disponible en <https://blogs.mediapart.fr/florence-prudhomme/blog/240318/22-mars-1968-mai-68-et-les-femmes> (Consultado 25 de mayo de 2018).

PUTIN, VLADIMIR. “The Real Lessons of the 75th Anniversary of World War II”. *The National Interest*. June 18, 2020. Disponible en: <https://nationalinterest.org/feature/vladimir-putin-real-lessons-75th-anniversary-world-war-ii-162982> (Consultado 20 de junio de 2020).

RAMONET, IGNACIO. *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, cuarta edición, 2018.

RANSOM, DAVID. “The Berkeley Mafia and the Indonesia Massacre”, *Ramparts* (San Francisco) October: 37-42, 1970.

RIBEIRO DO VALLE, MARÍA. “As representações da violência nos episódios estudantis de 1968”, *Mediagões. Revista de Ciências Sociais* (Porto Alegre), vol. 13, n.º 1-2 (Jan/Jun e Jul/Dez, 2008).

RICHARDS, BILL. “My Lai Participant Tries to Forget”, *The Washington Post* (digital), November 13, 1979. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1979/11/13/my-lai-participant-tries-to-forget/951e54e7-db8c-4d55-901b-7db63345e08a/?noredirect=on>. (Consultado 19 de septiembre de 2018).

ROA GARCÍA, RAÚL. *Canciller de la dignidad*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1986.

_____. “Discurso ante la Asamblea General de la ONU”, *Cuba Socialista* (La Habana), t. XVI, año VI, n.º 63 (noviembre de 1966).

_____. “Rutilante constelación de escritores, poetas y creadores”, palabras de apertura del Salón de Mayo, La Habana, 30 de julio de 1967. Disponible en: http://www.lajiribilla.co.cu/2012/n592_09/592_13.html. (Consultado 30 de agosto de 2018).

ROA KOURÍ, RAÚL. *En el torrente*. La Habana, Ediciones Abril, 2018.

ROCHEFORT, CHRISTIANE. “La colonización de las conciencias”, *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.

RODRÍGUEZ ARAQUE, ALÍ. *Antes que se me olvide. Conversación con Rosa Miriam Elizalde*. La Habana, Editora Política, 2012.

RODRÍGUEZ GARCÍA, JOSÉ LUIS. *El derrumbe del socialismo en Europa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial, 2014.

_____. “El debate económico en la URSS durante la década de los años veinte del pasado siglo”, *Lenin: la transición en la revolución socialista*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial, 2013.

_____. “Entrevista al autor sobre la Ofensiva Revolucionaria de 1968” (Inédita), 15 de enero de 2019. Archivo del autor.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. “Intervención ante el pleno del Comité Central celebrado durante los días 24-25-26 de enero de 1968”, *El Militante Comunista* (La Habana), suplemento, febrero 1968.

_____. *Palabras en los setenta*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1984.

ROJAS, FERNANDO. “El triunfo de Stalin. A manera de Epílogo”, LEÓN TROTSKI (selección, introducción y epílogo de Fernando Rojas). *Textos escogidos*, La Habana, Ocean Sur, 2015.

RÜHLE, JÜRGEN. *Literatur und Revolution – Die Schriftsteller und der Kommunismus in der Epoche Lenins und Stalins*, München, 1963.

RUIZ MARULL, DAVID. “Las mentiras de Gernika”, *La Vanguardia*, 26 de abril de 2017. Disponible en:
<https://www.lavanguardia.com/cultura/20170426/422014207076/mentiras-gernika-bombardeo.html>. (Consultado 27 de julio de 2019).

RZHESHEVSKI, OLEG A. *Operación “Guardia del Rin”*. Moscú, Editora Militar, 1986.

SÁNCHEZ MONROE, JUAN. “Las relaciones cubano-soviéticas en 1968 vistas desde Cuba”, en *Temas*, La Habana, n.º 95-96 (julio-diciembre de 2018).

_____. “Entrevista personal”, La Habana, 5 de julio de 2019. (Archivo del autor).

SÁNCHEZ OTERO, GERMÁN. “Las insurgencias armadas en nuestra América. Una mirada actual sobre los 60”, *Temas* (La Habana), n.º 95-96 (julio-diciembre de 2018).

SANGER, DAVID E. “U. S. General Considered Nuclear Response in Vietnam War, Cables Show”, *The New York Times*, October 6, 2018.

SAN MARTÍN, RAFAEL. *Biografía del Tío Sam*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

SARRIONANDIA, JOSEBA. *¿Somos como moros en la niebla?*, Pamplona/Iruña, Pamiela, 2012.

SAUNDERS, FRANCES STONOR. *La CIA y la guerra fría cultural*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003.

SCHIVARTCHE, FABIO. “«Éramos líderes revolucionários fracos', diz Vladimir Palmeira». Em entrevista ao G1, ex-líder estudantil fala sobre a herança dos movimentos de 1968”, 10 de maio de 2008. Disponible en: <http://g1.globo.com/Sites/Especiais/Noticias/0,,MUL464483-15530,00-ERAMOS+LIDERES+REVOLUCIONARIOS+FRACOS+DIZ+VLADIMIR+PALMEIRA.html><http://g1.globo.com/Sites/Especiais/Noticias/0,,MUL464483-15530,00->

ERAMOS+LIDERES+REVOLUCIONARIOS+FRACOS+DIZ+VLA
DIMIR+PALMEIRA.html (Consultado 5 de febrero de 2019).

SCHLESINGER JR., ARTHUR M. *Los mil días de Kennedy*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970.

SCHÜLER-SPRINGORUM, STEFANIE. *La guerra como aventura. La Legión Cóndor en la Guerra Civil española (1936-1939)*. Madrid, Editorial Alianza, 2014.

SCHWARZ, PETER. “1968: La huelga general y la revuelta estudiantil en Francia”, parte 1, 7 de junio de 2018. Disponible en:
<https://www.wsws.org/es/articles/2018/06/07/fran-j07.html>.
(Consultado 7 de septiembre de 2018).

SENATORE, ALESSANDRO. *El anarquista elegante*, La Habana, Ediciones Boloña, 2019.

SERRA, ALFREDO. “La Noche de los Bastones Largos, el trágico episodio que frenó el desarrollo argentino”, *Infobae* (Argentina) (30 de julio de 2017). Disponible en: <https://www.infobae.com/historia/2017/07/30/la-noche-de-los-bastones-largos-el-tragico-episodio-que-freno-el-desarrollo-argentino/> (Consultado 31 de julio de 2018).

SHILS, EDWARD A. “The End of Ideology”, *Encounter* (London) (5, November, 1955).

SILBER, IRWIN. “Apuntes sobre la cultura del imperialismo”, *Congreso Cultural de La Habana de 1968* (digital). La Habana, Ediciones Cubarte, 2014.

SIMÓN, ANA IRIS. “La dictadura franquista rapaba y daba laxantes a las mujeres para pasearlas en público”, en *vice.com*, 29 de octubre de

2019. Disponible en:

<https://www.vice.com/amp/es/article/gyz3kw/mujeres-rapadas-franquismo-guerra-civil-historia>. (Consultado 19 de enero de 2020).

SKILLING, H. GORDON. *Czechoslovakia's Interrupted Revolution*. Princeton, Princeton University Press, 1976.

SOLÉ MARIÑO, JOSÉ MARÍA. “30 de septiembre de 1938: el Pacto de Munich”, *Tiempo de Historia* (Madrid), año IV, n.º 46 (septiembre de 1978).

_____. “Checoslovaquia, 1938-1978: la guerra y la paz”, *Tiempo de Historia* (Madrid), año IV, n.º 48 (noviembre de 1978).

SORENSEN, THEODORO C. *Kennedy, el hombre, el presidente*, Barcelona / México, D. F., Ediciones Grijalbo S. A., 1966.

SPECIAL NATIONAL INTELLIGENCE ESTIMATE. *Johnson Library*, National Security File, 85, Cuba, Secret, Washington, June 27, 1968.

STALIN, IÓSIF V. “Respuesta al discurso de Winston Churchill”, 13 de marzo de 1946. Disponible en: <http://studyres.es/doc/230091/discurso-de-churchill-en-fulton>. (Consultado 30 de octubre de 2018).

STONE, OLIVER. *The Untold History of the United States* (documental), Showtime Networks Inc., CBS Company, 2012.

SUÁREZ, FELIPA Y PILAR QUESADA. *A escasos metros del enemigo. Historia de la Brigada de la Frontera*, La Habana, Casa Editorial Verde Olivo, 2013.

TAIBO II, PACO IGNACIO. 68. Nueva York, Siete Cuentos Editorial, 2004.

TALBOT, DAVID. *La conspiración. La historia secreta de John y Robert Kennedy*, Barcelona, Editorial Planeta, S. A., 2013.

TCACH, CÉSAR. “El 68 latinoamericano, entre el cielo y la sangre”, *La Voz* (Buenos Aires), 6 de mayo de 2013. Disponible en: <https://www.lavoz.com.ar/francia/68-latinoamericano-entre-cielo-sangre> (Consultado 4 de enero de 2019).

THE NEW YORK TIMES EDITION. *The Pentagon Papers*, Bantam Books, 1971.

TOGLIATI, PALMIRO. *Corso sulli avversari - Le Lezioni sul fascism*. Milano, Einaudi, 2010.

TORRES-CUEVAS, EDUARDO. “Introducción a La Historia y el oficio de Historiador”, en *La Historia y el oficio de historiador*, 2.^a ed. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2012.

TROTSKI, LEÓN. *Stalin*. Buenos Aires, Editorial El Yunque, 1975.

_____. *Textos escogidos*. Selec., introd. y epíl., Fernando Rojas. La Habana, Ocean Sur, 2015.

TRUMAN, HARRY S. *Memorias*. Barcelona, Vergara Editorial, 1956.

_____. *Years of Trial and Hope 1946-1952. Memoirs*. New York, Doubleday, 1956.

_____. *Public Papers of the Presidents of the United States*. Washington, D. C., U. S. Government Printing Office, volume 1947, 1963.

- URRA TORRIENTE, DARÍO DE. *Che. El embajador viajero (África, 1959-1965)*. La Habana, Editorial José Martí, 2018.
- URTEAGA, LUIS, FRANCESC NADAL Y JOSÉ IGNACIO MURO. “La cartografía del Corpo di Truppe Volontarie, 1937-1939”, *Hispania*. Revista Española de Historia (Madrid), vol. LXII /1 (enero-abril de 2002).
- VALDÉS, JUAN GABRIEL. *Pinochet’s Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- VALENTA, JIRI. *Soviet Intervention in Czechoslovakia, 1968. Anatomy of a Decision*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1979.
- VALENZUELA, JUAN LUIS. “Una de las tres únicas fotografías de las mujeres rapadas por el franquismo”, *ElPlural.com* (Madrid) (7 de enero de 2018). Disponible en: https://www.elplural.com/politica/una-de-las-tres-unicas-fotografias-de-las-mujeres-rapadas-por-el-franquismo_117064102_amp. (Consultado 19 de enero de 2020).
- VERDÚ, DANIEL. “El templo populista de Steve Bannon en Italia”, *El País* (Madrid) (21 de septiembre de 2018). Disponible en: https://elpais.com/internacional/2018/09/20/actualidad/1537462031_280140.html. (Consultado 8 de agosto de 2019).
- VILAR, PIERRE. *La historia de España*. Barcelona, Grijalbo, 1978.
- _____. *La Guerra Civil Española*. Biblioteca de Bolsillo, 1986.
- _____. “Historia”, *La Historia y el oficio de historiador*, 2.^a ed. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2012.
- WAINWRIGHT, HILARY. “Debajo de los adoquines, la playa... ¿o el jacuzzi?”, *Viento Sur* (España) (13 de febrero de 2018). Disponible en:

<http://vientosur.info/spip.php?article13477> (Consultado 30 de junio de 2018).

WALLON, EMMANUEL. “De la solidaridad internacional a la política de lo cotidiano: las especificidades culturales del Mayo Francés”, *Temas* (La Habana), n.º 95-96 (julio-diciembre de 2018).

WEINER, TIM. *Legado de cenizas. La historia de la CIA*. Barcelona, Random House Mondadori, S. A., 2008.

XYDIS, STEPHEN G. *Greece and the Great Powers, 1944-1947*, Thessaloniki, Institute for Balkan Studies, 1963.

YEPE, ROBERTO M. “La postura cubana ante la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968: un reexamen crítico”, *Temas* (La Habana), n.º 55 (julio-septiembre de 2008). Disponible en: http://temas.cult.cu/articulo_academico/la-postura-cubana-ante-la-invasion-sovietica-a-chechoslovaquia-en-1968-un-reexamen-critico/. (Consultado 20 de diciembre de 2016).

_____. “Intervención en el panel: 1968: una mirada retrospectiva” (pdf), Estudios de Animación del ICAIC, La Habana, 28 de febrero de 2008. (Archivo del autor).

ZANETTI LECUONA, OSCAR. *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*. La Habana, Ediciones Unión, 2014.

ZETKIN, CLARA. *Recuerdos sobre Lenin*. Barcelona, Demófilo, 2009.

ZHDÁNOV, ANDREI. *Sobre la situación internacional* (ebook), Bitácora Marxista Leninista, 2016.

ZINN, HOWARD. *La otra historia de los Estados Unidos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004.

ЧЕРНОВА, АННА. “Катынь без секретов”. *РИА Новости*, Москва, 28 апр 2010. Disponible: <https://ria.ru/20100428/227752658.html>
(Consultado 20 de julio de 2019).

1)

En 1932 el partido nazi tenía 121 publicaciones con más de un millón de ejemplares por tirada. ←

2)

Thälmann permaneció en confinamiento solitario en la prisión de Bautzen durante once años, hasta que el 17 de agosto de 1944 lo transfirieron al campo de concentración de Buchenwald. A la mañana siguiente lo ejecutaron. Nunca le celebraron juicio. Su cuerpo fue cremado y en la prensa nazi se informó que había muerto como consecuencia de un ataque aéreo. ←

3)

Resultante de los tratados de Saint-Germain, firmado por las potencias aliadas con Austria el 10 de septiembre de 1919, y de Trianón, con Hungría el 4 de junio de 1920, el imperio austrohúngaro fue dividido en dos: Austria (seis millones de habitantes) y Hungría, que perdió poco más de las dos terceras partes de su territorio (70 %) y mantuvo solo ocho de los veinte millones de personas que la habitaron con anterioridad. En ambas el fascismo conservó gran peso en la vida política. ←

4)

Como resultado del Tratado de Versalles de 1918, Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina se integraron a Serbia, y Yugoslavia fue reconocida como país de pleno derecho. ←

5)

Cataluña daría un voto casi unánime a su Estatuto (gobierno, parlamento, administración, justicia, presupuesto y cultura) y, tras un espinoso debate, se aprobó en las Cortes de la República; aunque la controversia se extendería por el tema del orden público y el traspaso de servicios. ←

6)

En 1234 Teobaldo I accedió al reino de Navarra y promulgó por escrito el “Fuero General”, una especie de compromiso entre el derecho pirenaico que regía a partir de la tradición oral en las comunidades vascas (en el que una especie de Consejo de Estado denominada Junta de Obanos dictaba al monarca lo que este debía hacer), y la nueva era inaugurada bajo su Corona. La sociedad vasca en su conjunto era partidaria de la foralidad y todos los reyes de España y Francia sancionaron estos cuadernos de leyes hasta el siglo XVIII, en la parte norte, y el XIX en la sur. Decretos reales dictados en Madrid los abolieron en Navarra, en 1841, y en Álava, Vizcaya y Guipuzcoa, en 1876. Ello impidió a la élite vasca mantener el disfrute de un régimen administrativo casi autónomo respecto al gobierno central. Para las clases populares también constituyó un hecho trágico. “La supresión de los fueros supuso que los jóvenes vascos estuviesen obligados a cumplir el servicio militar y permitió al Gobierno español recaudar impuestos y trasladar definitivamente las aduanas hasta la línea de costa y hasta la frontera oficial con Francia, con lo que los territorios forales perdían su singularidad fiscal”. A partir de ese momento, los jóvenes vascos fueron arrastrados a las aventuras coloniales hispanas y dado el cambio aduanal se encarecieron los productos de primera necesidad (Egaña, 2013: 70-74). ←

7)

En 1934 la Falange Española se fundió a las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), creadas en 1931 en Valladolid. La nueva formación nació como Falange Española de las JONS bajo el liderazgo de José Antonio Primo de Rivera. ←

8)

Juan March Ordinas se hallaba refugiado en Biarritz, Francia, adonde huyó el propio 16 de febrero de 1936 tras el triunfo del Frente Popular. Entre tantas propiedades, era dueño de la Société Internationale des Tabacs du Maroc, empresa con el monopolio del tabaco en el Protectorado francés de Marruecos, y durante el gobierno de facto de Miguel Primo de Rivera recibió la concesión del tabaco de Ceuta y Melilla, negocio que atendía mediante un testaferro; a cambio, financió actividades del dictador, para lo que fundó la Banca March con asiento legal en las Baleares. Fue elegido constituyente en 1931, pero luego de erigida la República se le siguió un dilatado proceso penal bajo la acusación de colaborar con la dictadura y contrabando. En junio de 1932 fue encarcelado y, el 3 de noviembre de 1933, se fugó de la cárcel de Alcalá de Henares y se exilió. Pese a ello, en las legislativas de noviembre de 1933 resultó elegido diputado por Palma de Mallorca con 102.340 votos. En 1934, al concretarse el gobierno de coalición entre Lerroux y la CEDA, regresó a la península para incorporarse a las Cortes. El Frente Popular cursó una solicitud de extradición a Francia y emitió una orden de incautación de sus propiedades en Mallorca y Marruecos. Nadie tenía más interés que él en poner fin a lo que llamaba la “tiranía socialista”. ←

9)

Se llamó requetés a los combatientes carlistas. La primera guerra carlista se desarrolló por la herencia del trono entre 1833 y 1840, entre los partidarios del infante de España, Carlos María Isidro de Borbón, y los defensores de la reina regente María Cristina de Borbón. El bando carlista era apoyado por los privilegiados del antiguo régimen, mientras los cristinos se vinculaban a un proyecto constitucionalista liberal. Entre vascos y catalanes, el carlismo constituyó un movimiento popular mayoritario, vinculado más bien a la defensa de los fueros o libertades locales, contra el unitarismo del Estado nacional. La Segunda Guerra Carlista se desarrolló entre 1846 y 1849, sobre todo en Cataluña. La Tercera Guerra Carlista fue una nueva insurrección popular vasco-navarra y catalana que combatió al ejército entre 1872 y 1876. Tras la derrota carlista y la abolición de los fueros, en la parte industrializada del País Vasco la población evolucionó hacia el independentismo; en las zonas más rurales como Navarra y Álava tendieron a un insurreccionalismo ultracatólico. Reconocidos por sus boinas rojas, se calcula que 60.000 requetés participaron en la Guerra Civil; unos 6.000 murieron en combate, generalmente de origen campesino y humilde. Constituyeron una extraordinaria fuerza de choque en el bando franquista. ←

10)

Los estatutos aprobados en el XVIII Congreso del Partido, en 1939, confirieron a sus organizaciones en las empresas, koljoses y ministerios la responsabilidad de controlar la actividad de las administraciones. ←

11)

Al año siguiente, en 1944, Hitler desintegró la Abwehr y tras el atentado que sufrió detuvo a Canaris, quien fue ejecutado cuando finalizaba la guerra, el 9 de abril de 1945. ←

12)

El pueblo polaco tampoco perdonó al Gobierno de la URSS la actitud pasiva de sus tropas, que fueron mandadas a detener desde el Kremlin en aquel instante crítico. Dmitri Bunévich, doctor en Ciencias Históricas y director del Instituto de Cooperación Ruso-Polaca de Moscú, relató que el 3 de agosto el primer ministro del Gobierno con sede en Londres, Stanislaw Mikolajczyk, de visita en Moscú, le dijo a Stalin que la victoria del levantamiento era inminente y prometió que su gobierno se reuniría con el Ejército Rojo en Varsovia. Una semana más tarde, desesperado, Mikolajczyk llamó al dirigente soviético para solicitar ayuda. Stalin le respondió "... que el levantamiento estaba mal preparado y no estaba coordinado con el Ejército Rojo, agotado por muchas semanas de lucha [...] no veía la oportunidad de prestarle apoyo". Pese a todo, les brindaron auxilio por vía aérea. "Se entregaron más de 3 millones de cartuchos, medios de comunicación, más de 130.000 kilos de alimentos y más de 500 kilos de medicamentos. La aviación soviética llevó a cabo ataques aéreos contra las unidades alemanas y cubrió a los rebeldes desde el aire" (Bunévich, 2020). ←

13)

Se plantea que la Inteligencia estadounidense alertó a Roosevelt respecto a lo ocurrido en Katyn, pero su preocupación por la guerra en el Lejano Oriente era tal, que prefirió pasarlo por alto. ←

14)

Antes de la II Guerra Mundial, Polonia tenía 388.000 km². En Yalta se redujo a 312.520, con una frontera marítima de 520 –cuatro veces más larga que antes del conflicto. ←

15)

Oppenheimer se convirtió con posterioridad en la víctima más espectacular de la Guerra Fría: fue sujeto a varios procesos investigativos por parte del FBI y, en 1954, cuando se opuso a la bomba de hidrógeno –con mayor poder mortífero que la atómica– lo acusaron de espionaje para la URSS. No pudieron probarle lo que obviamente resultaba falso, pero le revocaron su acreditación de seguridad por constituir un “riesgo para la seguridad nacional de Estados Unidos”. ←

16)

Los niveles de plutonio 239 y 240 en Bikini y Enewetak son entre diez y mil veces más altos que en Fukushima y cerca de diez veces más elevados que en la zona de exclusión de Chernóbil. La lluvia radioactiva entre 1946 y 1958 afectó a otros dos atolones entonces habitados: Rongelap y Utirik, que debieron ser evacuados ante el impacto nocivo. Más de 70 años después, resulta imposible hablar del repoblamiento de los atolones norteños de las islas Marshall. ←

17)

En una economía en que los gastos militares frisaban el 40 % del Producto Nacional Bruto, se estimaba que tras finalizar las hostilidades "... cinco millones de americanos perderían sus empleos o al menos sufrirían una gran reducción en su tiempo de trabajo como resultado de los recortes del gobierno" (Pauwels, 2004: 115). ↵

18)

Mao llevaba 20 años en las montañas y cuevas de China, desde donde dirigió la guerra civil más prolongada de la historia moderna. Solo los cerca de 100.000 militares yanquis destacados en el gigante asiático, para supuestamente garantizar la repatriación de las tropas japonesas, conseguían evitar que los revolucionarios tomaran Beijing. ←

19)

Estados Unidos disponía de 50 bombas atómicas; dos años más tarde, tendría 300. ←

20)

Trieste se erigió en municipio medieval independiente en el siglo XII y, ante el acoso de Venecia, en 1382 pidió protección a Leopoldo de Habsburgo, duque de Austria. Fue el principal puerto austriaco hasta 1919, cuando Italia la reclamó a Gran Bretaña en recompensa por su participación en la alianza contra el imperio austrohúngaro durante la I Guerra Mundial. La anexión se consumó en 1921, y un año más tarde Mussolini anunció desde Trieste sus leyes raciales y la convirtió en teatro principal del “fascismo de frontera”, política de italianización forzada. Miles de eslavos y judíos fueron asesinados. Tras el armisticio firmado por Italia con los aliados, fue abandonada por las tropas italianas y la ocuparon los nazis que operaban en el Alto Adriático –territorio marítimo colindante de Italia, Eslovenia y Croacia. Establecieron en ella un campo de exterminio. Los partisanos la recuperaron el 1.º de mayo de 1945 y la mantuvieron durante un mes, período en el que fueron ajusticiados los italianos implicados en los crímenes del fascismo. Luego se replegaron y la dejaron bajo control de los aliados. ←

21)

Vasili fue liberado en 1960. Le prohibieron vivir en Moscú o Georgia y usar el apellido Stalin. Le impusieron una nueva identidad a nombre de Dzhugashvili y le asignaron como lugar de residencia la ciudad de Kazán, en la República de Tatarstán. “... murió poco después en circunstancias todavía no del todo claras. Gracias a la presión ejercida por numerosas personalidades y organizaciones, en 1999 dejó de considerársele «enemigo del pueblo», lo que permitió que en noviembre del 2003 sus restos fueran trasladados de Kazán a Moscú, donde se encuentran junto a los de su madre” (Sánchez, 2019). ←

22)

Fernando Barral fue amigo de la infancia del Che en Argentina, donde se radicó con sus padres que huyeron de la dictadura franquista. Debido a la represión del régimen peronista en 1950, debió exiliarse en Hungría –único país de Europa del Este que acogió a los perseguidos políticos latinoamericanos de entonces. Allí se formó como psiquiatra. Invitado por el Che, en 1961 se estableció en Cuba. Ingresó en el Ministerio del Interior y trabajó en el área de las investigaciones sociales hasta su jubilación, en 1989. Ostentaba el grado militar de teniente coronel. ←

23)

En el Pacto de Varsovia estaba instituido que solo el Kremlin podía aprobar la venta de armas por parte de cualquiera de sus Estados miembros. ←

24)

Embargo fue el término pensado por la Administración Kennedy para encubrir el carácter violatorio del derecho internacional del decreto 3447/1962, que estableció el bloqueo económico. Desde entonces, medios de comunicación, académicos y políticos occidentales se dieron a la tarea de establecer el vocablo para encubrir el alcance genocida y extraterritorial de la política. El jurista cubano Rodolfo Dávalos Fernández, en *¿Embargo o bloqueo? La instrumentación de un crimen contra Cuba*, realiza un abarcador análisis al respecto. ←

25)

Penkovsky fue reclutado por la CIA en abril de 1961. Le suministró a la agencia miles de páginas de documentos acerca de la estructura del sistema militar de la URSS, incluida la caracterización y los datos de los sistemas coheteriles R-12 y R-14, y los planes defensivos en Berlín. Lo detuvieron en Moscú el 22 de octubre de 1962, cuando comenzó la Crisis de Octubre. Condenado a la pena capital por espionaje y alta traición, fue ejecutado en mayo de 1963. ←

26)

Los cohetes R-14 nunca llegaron a territorio cubano. Recibieron en alta mar la orden de regresar. Un buque con ojivas nucleares destinadas para ellos permaneció varios días en un puerto de la Isla y retornó a la URSS sin descargarse. ←

27)

En 1968 una investigación realizada por el influyente Comité de Relaciones Exteriores del Senado concluyó que el 4 de agosto no hubo disparos contra los destructores norteamericanos. Cuarenta años más tarde el presidente William J. Clinton (1992-2000), quien entonces trabajaba como asistente del presidente de dicho comité J. William Fulbright, admitió: “Raras veces en la historia un no suceso ha tenido una repercusión tan enorme” (Clinton, 2004: 128). ←

28)

Para evitar nuevas provocaciones, el Batallón de la Frontera construyó casamatas más adecuadas y retiró sus fuerzas de las posiciones de avanzada a otras más alejadas de la línea divisoria; a su vez, la dirección del país indicó su refuerzo hasta convertirlo en Brigada. ←

29)

El 12 de mayo de 1972, Fidel llegaría a Argel en visita oficial. “... fui testigo de su emoción cuando desde los balcones de los edificios, el pueblo le tiraba pétalos de flores, símbolo del fraternal reconocimiento del pueblo argelino por quien desde 1959 se había solidarizado de manera efectiva. Fueron momentos luminosos, plétóricos de enseñanzas. Allí comenzó una amistad entre Fidel y Boumédiène que duraría hasta el fallecimiento de este último. Cuando se encontraban, las conversaciones eran interminables”, rememoró Oscar Oramas (Oramas, 2015: 16). ←

30)

Fuera del campo socialista, conservaban las relaciones comerciales con Cuba: España, Japón, Canadá, Marruecos, Francia y el Reino Unido; de América Latina, solo México. ↵

31)

En aquella época, las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos se habían reducido de tal manera que al Gobierno estadounidense lo representaba el embajador suizo en La Habana; a Cuba, el embajador checo en Washington. Para tal fin, el checo se reunía con el Departamento de Estado para transmitir los mensajes cubanos; el suizo, con la cancillería en La Habana para transmitir los mensajes estadounidenses. ↵

32)

En 2009 salió a relucir que Benno Ohnesorg trabajaba para los servicios de Inteligencia de la RDA. Es probable que estuviesen observando los acontecimientos al otro lado del Muro. Dada la profesionalidad del BND y sus estrechas relaciones de cooperación con la CIA –sobre todo en Berlín Occidental–, todo apunta a que el asesinato del joven constituía un mensaje para el Gobierno de la RDA: no aceptarían que se involucrara en estas manifestaciones. ←

33)

Con posterioridad combatió en Etiopía y Angola. Por sus misiones internacionalistas fue condecorado con la orden Héroe de la República de Cuba. Fue condenado a la pena máxima y fusilado en 1989, por alta traición a la patria debido a sus vínculos con el narcotráfico internacional. ←

34)

Para esclarecer aún más este asunto, llegó el triunfo del comandante Hugo Chávez Frías, en 1998: Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, quienes derivaron hacia la socialdemocracia durante los gobiernos neoliberales de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera, se convirtieron en fervientes opositores de la Revolución Bolivariana. ←

35)

Versos del poema “Carta a mi esposa” del turco Nazim Hikmet, citados por el Che en carta a su madre desde la cárcel en México, el 6 de julio de 1956. ↩

36)

Stokely Carmichael regresó a Conakry para informar a Amílcar Cabral que las Panteras Negras serían entrenadas por instructores cubanos en Tanzania, pero conoció a la cantante sudafricana Miriam Makeba, se casó con ella y se hizo ciudadano guineano. “¡Nos abandonó!”, recordó el coronel Víctor Dreke, jefe de la misión militar cubana en Guinea-Bissau (Gleijeses, 2002: 218). ↩

37)

El 29 de abril de 1969, Roger P. Morris renunció junto con W. Anthony Lake debido a su desacuerdo con la política hacia el sudeste asiático de la Administración Nixon tras la invasión a Cambodia, la actitud racista entre altos funcionarios del ejecutivo, el enfoque cínico del presidente Nixon en temas de política interna, y la atmósfera de sospecha, manipulación y malicia prevaleciente en la Casa Blanca tras la llegada de su nuevo inquilino. ◀

38)

Zona desmilitarizada que se pactó como línea divisoria entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, tras los Acuerdos de Ginebra, suscritos el 21 de julio de 1954. El límite se estableció en el río BẾN Hai hasta la frontera con Laos y el mar de China Meridional. Comprendía 5 km a cada lado de la frontera y tanto las tropas del norte como las del sur fueron excluidas de esta área. ←

39)

El 21 de marzo de 1970, el SDS se autodisolvió y una parte del movimiento juvenil fue absorbida por el partido socialdemócrata. Ese año, tres jóvenes de la izquierda radical: Andreas Baader, su novia Gudrun Ensslin y la periodista Ulrike Meinhof fundaron la Fracción del Ejército Rojo (RAF), organización que acudió a la táctica de guerrilla urbana –historia que acabó con el asesinato extrajudicial en la prisión de Meinhof, en 1976, y de Baader, Ensslin y otros dos compañeros, en 1977. “La ola de represión que siguió al secuestro y la muerte a manos de la RAF, en 1977, del presidente de la patronal, Hanns-Martin Schleyer (un antiguo SS), destruyeron por mucho tiempo la esperanza de ver que la izquierda revolucionaria pudiera jugar un papel político decisivo en Alemania” (Koltan y Müller, 2008). “Tirad vuestros fusiles y recoged de nuevo los adoquines”, pidió Joschka Fischer a la segunda generación de la RAF, en 1977, cuando se hizo evidente que la izquierda radical se hundía sin apoyo popular (Cohn-Bendit, 1987: 219). ←

40)

Posición de principios expresada por Frei Betto. ←

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Sombras de la Guerra Fría 1929-1968
se terminó de editar en formato digital,
en la República Bolivariana de Venezuela,
en el mes de octubre de 2020

ERNESTO LIMIA DÍAZ (Cuba, 1968)

Ensayista, investigador y promotor cultural. Licenciado en Derecho, especialista en Análisis de Información y titular de diplomados en Migraciones Internacionales y emigración cubana en el exterior, Economía Política y Gestión de Negocios. Es profesor invitado del Centro Memorial Martin Luther King de La Habana, donde ha impartido cursos y conferencias a profesionales y estudiantes universitarios estadounidenses acerca de las relaciones Cuba-Estados Unidos. Es vicepresidente primero de la Asociación de Escritores de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y miembro de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNIHC). Ha escrito numerosos ensayos y artículos sobre historia, economía y las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Es autor de *Cuba entre tres imperios: perla, llave y antemural*, *Cuba Libre: la utopía secuestrada* y *Cuba: ¿fin de la Historia?* Trabajos suyos aparecen en la Base Naval en Guantánamo: *Estados Unidos versus Cuba* y *Visión del mundo contemporáneo*. En 2019 presidió el jurado de la XVI edición del Premio Pensar a Contracorriente y el jurado de la VII edición del Premio Una Especie en Peligro.

Sombras de la Guerra Fría 1929-1968 propone una impecable lectura crítica de los hechos históricos ocurridos en el mundo desde finales de los años 20 hasta finales de los 60. Con una rigurosa base investigativa, Ernesto Limia registra los acontecimientos desarrollados en Europa, Estados Unidos, Asia, África y América Latina, colocando como punto inicial las repercusiones que tuvo en el mundo la Gran Depresión, para internarse, posteriormente, en otros hechos no menos trascendentales como la influencia y declive de la Unión Soviética, la recomposición del mundo luego de la II Guerra Mundial, las estrategias y la pugna entre sistemas económicos y sociales antagónicos, y el determinante papel de la Revolución cubana y su lucha por lograr una cohesión estratégica de países del llamado Tercer Mundo. El autor no deja de referirse al Mayo Francés, a la represión en Tlatelolco y a la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Praga. Finaliza sus páginas con una sucinta y concreta mención de los acontecimientos que estrenaron el curso de la historia a finales del siglo xx e inicios del XXI en América Latina. Un libro de profundidad histórica que presenta una visión proyectada desde el Sur y que se convierte en lectura necesaria para entender desde una mirada retrospectiva y datos concisos los tiempos que corren.

